

COLECCION
DE
PLÁTICAS DOMINICALES

QUE PARA FACILIDAD Y DESCANSO
DE LOS VENERABLES CURAS PÁRROCOS Y TENIENTES DE CURA

HA FORMADO Y REUNIDO, DE LOS MAS CLÁSICOS AUTORES,

D. ANTONIO MARÍA CLARET Y CLARÁ,
Arzobispo de Trajanópolis in part. inf.

TOMO IV.



Con aprobacion del Ordinario.

LIBRERÍA

LIBRERÍA RELIGIOSA
Avingü, 20.
BARCELONA.

ABLO RIERA,

1862.

COLECCION DE PLÁTICAS DOMINICALES.

TERGER AÑO.

PLÁTICA PRIMERA.

SOBRE EL CREDO, LA FE Y LA OBLIGACION QUE TENEMOS
DE PROFESARLA PÚBLICAMENTE.

*Corde creditur ad justitiam, ore autem confessio
fit ad salutem. (Rom. x).*

Se cree de corazon para ser justificado, y se confiesa de boca para ser salvo.

Creer de corazon y confesar de boca son dos condiciones necesarias para salvarnos, y dos cualidades esenciales á nuestra fe, para que sea meritoria delante de Dios. No basta creer en Jesucristo en el fondo del corazon é interiormente, es necesario tambien profesar su religion exteriormente, y confesarle de boca y por nuestras acciones: *Corde creditur ad justitiam, ore autem confessio fit ad salutem.* Estas palabras de san Pablo condenan á todos los herejes antiguos y modernos, que pretenden que no es necesario confesar la Religion de boca, ni hacer de ella profesion pública. Tales fueron en otro tiempo los Priscilianistas, los Maniqueos¹; y tales son los herejes de los últimos siglos, particularmente los Socinianos. Ellos fingen ser católicos con los Católicos, luteranos con los Luteranos, calvinistas con los Calvinistas. Es necesario, dicen ellos, acomodarse á los ritos ex-

¹ Aug. epist. CCLIII ad Ceretiam.

teriores de las gentes con quienes se vive, para no turbar el orden y la paz de la república; pero en lo demás es permitido ó lícito creer en el corazon lo contrario de lo que se sabe que los otros creen y practican, aunque exteriormente estemos unidos con ellos. La Iglesia católica mira con horror todos estos artificios y disimulos; y san Pablo los condena en pocas palabras cuando dice, que es necesario creer de corazon para ser justificado, y confesar de boca para ser salvo. No hay justicia, si no se tiene la fe en el corazon; ni salud, si no se la confiesa de boca: *Corde enim creditur ad justitiam*, etc. La fe, como dice san Agustin ¹, nos impone dos obligaciones: la una, creer sinceramente y de corazon las verdades que nos enseña, y la otra, confesar de boca lo que creemos de corazon. Estas dos cosas son inseparables; la boca y el corazon no deben tener dos lenguajes diferentes. Aquellos á quienes esto sucede en el mundo pasan por embusteros y engañadores; los que la practican en la Religion deben ser mirados como impíos que no conocen el Dios de la verdad. No es, pues, suficiente creer interiormente lo que la fe nos enseña, es necesario confesarlo públicamente, como vamos á explicar en esta plática.

PREGUNTA. Siendo el Símbolo una especie de profesion de fe, de la cual teneis ánimo de tratar, decidnos, ¿qué se entiende por esta palabra símbolo, si hay muchos símbolos en la Iglesia, y cuál es aquel que llamamos Símbolo de los Apóstoles?

RESPUESTA. La palabra símbolo viene del griego, y significa el signo ó señal de una cosa que se quiere explicar. Por esta palabra entendemos aquí con san Agustin una regla de fe que nos instruye en pocas palabras en las verdades que debemos creer y saber: *Symbolum est breviter complexa regula fidei, ut mentem instruat, nec oneret memoriam*, dice este Padre ². Hay en la Iglesia tres símbolos: el de los Apóstoles, el de Nicea y el de san Atanasio. El de los Apóstoles es el mas antiguo, y se dice en voz baja; porque, como afirma santo Tomás ³, se compuso en el tiempo de las persecuciones, y cuando la fe no estaba aun publicada. Los otros dos se dicen en alta voz: el de Nicea, que se llama tambien de Constantinopla, porque el primer concilio general celebrado en esta ciudad le añadió una explicacion mas ámplia de algunos artículos, se dice en la misa; y el que se atribuye á san Atanasio se reza á la hora de Prima.

El Símbolo de los Apóstoles ha venido de los Apóstoles hasta nos—

¹ Lib. de fide et Symbolo, c. 1. — ² Serm. CCCXIII de temp. — ³ 2, 2, q. 1, art. 9, in resp. ad 6.

otros por el canal de la tradicion : nos lo enseñaron de viva voz , y no por escrito , como advierte san Jerónimo : *Symbolum fidei et spei nostræ ab Apostolis traditum, non scribitur in charta, sed in tabulis cordis carnalibus* ¹. Contiene doce artículos , que son un compendio de la doctrina cristiana. Los Apóstoles lo compusieron antes de separarse para ir á predicar el Evangelio por toda la tierra , á fin de que no hubiese diversidad de opiniones entre los fieles , y que en todas partes se guardase uniformidad en la creencia : *Ut scilicet id ipsum omnes sentirent, ac dicerent, neque ulla essent inter eos schismata, sed essent perfecti in eodem sensu, et in eadem sententia* ². Se tenia gran cuidado de hacer aprender este Símbolo á los catecúmenos ; esto es , á los que se preparaban para recibir el Bautismo ; y por este capítulo se han distinguido siempre los Cristianos de los infieles. Nosotros procuraremos explicar las verdades que contiene ; verdades que los santos Apóstoles nos enseñaron , que una infinidad de Mártires han sellado con su sangre , y que estamos obligados á creer y defender , aunque sea á costa de nuestra vida.

P. ¿Qué significa la palabra *Creo* , por donde empezamos el Símbolo , y por qué le empezamos de esta suerte ?

R. Esta palabra *Creo* , por la cual empezamos el Símbolo , no significa : soy de opinion ó sentir , como se habla comunmente en el mundo ; significa , sí : yo tengo por cierto , consiento y me someto enteramente á todo lo que se me propone en el Símbolo : *Non est æstimatio, sed certitudo* , dice san Bernardo ³. Esta palabra *Creo* lleva consigo una entera certeza y un perfecto asenso á las verdades contenidas en el Símbolo , ya las comprendamos , ya no. Yo , decia san Agustin , creo aun aquello que no sé , porque hago profesion de ser fiel : *Quia fidelis factus sum, credo quod nescio ; et propterea scio, quia scio me nescire quod scio* ⁴.

Damos principio al Símbolo por la palabra *Creo* , porque la fe , sin la cual es imposible agradar á Dios , es la primera cosa que Jesucristo exige de nosotros para entrar en su Iglesia y tener parte en sus promesas. Por eso llama el Apóstol á la fe el fundamento de las cosas que esperamos y una plena conviccion de las que no vemos : *Est autem fides sperandarum substantia rerum, argumentum non apparentium* ⁵. Nuestra Religion , segun san Agustin , se reduce particularmente á tres virtudes , que son : fe , esperanza y caridad ; virtudes que se llaman teologales , porque miran á Dios directamente , y

¹ Epist. LXI. — ² Cath. ad Paroch. præf. n. 32. — ³ Epist. CIX ad Innocent. — ⁴ Serm. I de Trin. — ⁵ Hebr. XI, 1.

se refieren inmediatamente á él. Por la fe creemos en Dios ; por la esperanza esperamos poseerle , y le amamos por la caridad : *Domus Dei credendo fundatur , sperando erigitur , diligendo perficitur* ¹. Por la fe empieza la obra de nuestra salud ; ella es el fundamento y la fuente de nuestra justificacion , como dice el concilio de Trento : *Fides humanæ salutis initium , fundamentum et radix omnis justificationis* ². Así , si un infiel se nos presentase para recibir el Bautismo y hacerse cristiano , seria necesario decirle lo que el diácono san Felipe dijo al eunuco eriado de Candaces , reina de Etiopia : Si crees de todo corazon , podrás recibir lo que pides : *Si credis ex toto corde , licet* ³. Ved aquí por qué empezamos el Símbolo por la palabra *Creo*. Para ser cristiano es necesario empezar por creer , y cualquiera que no haya querido creer , será condenado , como dice Jesucristo : *Qui vero non crediderit , condemnabitur* ⁴.

P. ¿ Qué cosa es fe , y sobre qué fundamento estriba la nuestra ?

R. La fe es un don de Dios , y una luz por la cual el hombre ilustrado con ella da un firme asenso á todo lo que ha sido revelado por Dios y propuesto por la Iglesia para ser creído , ya esté escrito , ó ya no. Esta es la definicion que dan los teólogos. *Fides est donum Dei , ac lumen quo illustratus homo , firmiter assentitur omnibus quæ Deus revelavit , et nobis per Ecclesiam credenda proposuit , sive in sacris Litteris illa scripta sint , sive non sint*. Expliquemos esta definicion.

I. Debemos saber que la fe es un don de Dios , contra el error de los Semipelagianos , que defendian que el principio de la salvacion , que es la fe , viene de nosotros , y que solo teníamos necesidad en el curso de la vida de ser asistidos del auxilio de la gracia. Este error ha sido combatido poderosamente por san Agustin , y despues por san Fulgencio y san Próspero , sus discípulos. Estas palabras que Jesucristo dice en su Evangelio ⁵ : *Hoc est opus Dei , ut credatis in eum quem misit ille* , son suficientes para haceros comprender que la fe no es obra del hombre , sino un don de Dios , como lo ha definido el concilio de Trento ⁶.

II. La fe es una luz que ilustra al hombre de tal suerte , que le hace conocer las verdades que debe creer , y se las hace recibir con una entera sumision , compréndalas ó no. Hay verdades que podemos comprender ; por ejemplo , que Dios haya hecho el cielo y la tierra : la vista solo de estas criaturas basta para instruirnos en ello , como dice san Pablo ⁷. Hay otras que nosotros no comprendemos ,

¹ Aug. serm. XXVII. — ² Sess. VI , cap. 8. — ³ Act. VIII , 37. — ⁴ Marc. XVII , 16. — ⁵ Joan. VI , 29. — ⁶ Sess. VI , cap. 8. — ⁷ Rom. I , 20.

v. g. los misterios de la Trinidad, de la Encarnacion, etc. La fe nos hace creer igualmente todas las verdades, porque Dios, que no puede engañarse ni engañarnos, las ha revelado todas igualmente á su Iglesia. Tódo hombre que quiere ser católico, debe someterse á ellas; así el sábio como el ignorante debe sujetarse al yugo de la fe, como afirma san Pablo: *In captivitatem redigentes omnem intellectum in obsequium fidei* ¹.

Debemos creer todas estas verdades, ya sean escritas, ya no. No todo lo que debemos creer está expreso en la sagrada Escritura: tenemos tambien por regla de nuestra creencia la doctrina de los santos Padres reconocida y aprobada por la Iglesia; los santos Concilios que se juntaron por su autoridad; en una palabra, la tradicion, que es una fuente muy pura en donde bebemos la verdad, que ha venido de siglo en siglo hasta nosotros.

En órden á lo que habeis preguntado sobre cuál es el fundamento de nuestra fe, respondo que estriba sobre solo la palabra de Dios. Nosotros solo creemos como artículo de fe lo que Dios ha hecho y revelado: y conocemos lo que Dios ha hecho y revelado á los hombres por el ministerio de la Iglesia, á quien ha confiado el depósito de su palabra. La palabra de Dios está contenida en la sagrada Escritura y la tradicion. Se entiende por sagrada Escritura la palabra de Dios escrita y contenida en los Libros sagrados que llamamos canónicos, porque son la regla de nuestra fe.

Estos libros son los del Antiguo y Nuevo Testamento, que se llaman comunmente Biblia, cuyas palabras son otras tantas verdades que debemos creer, como dictadas por el Espíritu Santo, segun lo dice expresamente san Pedro: *Spiritu Sancto inspirati locuti sunt Sancti Dei homines* ². Por tradicion se entiende la palabra de Dios que no está escrita en los Libros canónicos, pero que nos ha venido como por sucesion y como de mano en mano desde los Apóstoles. San Pablo nos enseña que nos debemos apoyar igualmente sobre la Escritura y la tradicion, pues dice á los tesalonicenses: Manteneos firmes y conservad las tradiciones que habeis aprendido, sea de palabra, sea por nuestra carta: *State et tenete traditiones quas didicistis, sive per sermonem, sine per epistolam* ³. Es evidente, dice sobre este lugar san Juan Crisóstomo, que los Apóstoles no lo escribieron todo; ellos enseñaron muchas cosas solo de palabra; y las unas y las otras son igualmente objeto de nuestra fe. No nos detendremos mas en pro-

¹ II Cor. x, 5. — ² II Petr. ii, 12. — ³ II Thes. ii, 14.

bar la necesidad de recurrir á la tradicion ; nuestros controversistas lo han hecho de un modo que debe convencer á los Protestantes. Bástanos haber explicado qué cosa es fe ; que la palabra de Dios es el fundamento cierto y firme de ella, y que esta divina palabra está contenida en la Escritura y la tradicion , de la cual la Iglesia es depositaria y el intérprete infalible.

P. ¿ La fe es igualmente perfecta en todos los cristianos?

R. Sin hablar de los herejes , que por sus errores han perdido la fe ; porque basta errar en un punto , y aun dudar voluntariamente de una verdad perteneciente á la fe , para caer en la infidelidad , segun esta decretal atribuida al papa Estéban I : *Dubius in fide, infidelis est* ¹ ; digo que la fe , aun entre los hijos de la Iglesia , no es igualmente perfecta. Una es la fe de los justos , otra la de los pecadores ; una la fe de los rústicos é ignorantes , otra la de los hombres instruidos. Por tanto se divide la fe en fe viva y fe muerta ; en fe implícita y en fe explícita.

Fe viva es aquella que se sostiene por las obras , y que san Pablo llama fe operante por la caridad : *Fides quæ per charitatem operatur* ². Esta fe solo se halla en los justos que viven conforme á su fe ; ella es absolutamente necesaria para ser salvo. El justo que yo he santificado , vive de la fe ; pero si la abandonare , no me será agradable : *Justus autem meus ex fide vivit : quod si subtraxerit se, non placebit animæ meæ* ³.

La fe muerta es la que está desnuda de la caridad. Tal es la fe de los pecadores que viven de un modo contrario á lo que creen , y desmienten su fe con sus obras. Ellos creen , por ejemplo , que basta un pecado mortal para ser condenados , y pasan la vida en cometerlos : creen que ni los ladrones , ni los deshonestos , etc. , entrarán en el reino de Dios ; y se abandonan á todos estos vicios. Esta es una fe muerta , que no los salvará jamás : *Quid proderit, fratres mei, si quis dicat fidem se habere, opera autem non habeat? Numquid poterit fides salvare eum?* dice Santiago. Así como un cuerpo sin alma es un cuerpo muerto , del mismo modo una fe sin obras es una fe muerta , que no puede llevarnos al cielo. Cuidado , hermanos míos ; hay muchos que rezan el *Credo* ; mas si su conducta no es conforme á su fe , sabed que una fe semejante , léjos de justificarlos , solo servirá para hacerlos condenar mas severamente : *Multi enim dicunt Credo, dice san Agustin, sed fides sine operibus non salvat* ⁴.

¹ Cap. Dubius 1, de hæret. lib. V, tit. 5. — ² Galat. v, 6. — ³ Hebr. x, 38. — ⁴ Tract. 10 in epist. Joan.

Fe implícita es la que se halla en aquellos que no tienen mas que un conocimiento confuso de las verdades de la Religion, y que se contentan con creer en general todo lo que cree la Iglesia. Fe explícita es la de las personas mas ilustradas, que tienen un conocimiento mas distinto de las verdades de la Religion. Se ve, por lo dicho, que la fe no es igualmente perfecta en aquellos mismos que creen.

P. ¿Es necesario que cada fiel sepa en particular todo lo que la Iglesia cree y nos enseña? ¿Cuáles son los principales artículos que cada uno debe saber?

R. Es necesario que cada fiel cristiano crea en general todo lo que la Iglesia cree y nos enseña, con una humilde sumision, sin querer disputar sobre lo que no comprende: *Tu fide stas; noli altum sapere, sed time* ¹. Además de esta fe general, no debe ignorar ciertos artículos principales, como son: los misterios de la Trinidad, de la Encarnacion y de la Redencion de los hombres, y las demás verdades contenidas en el Símbolo, el *Padre nuestro*, y los Mandamientos, á lo menos en cuanto á la sustancia, esto es, lo que Dios nos manda ó nos prohíbe por sus Mandamientos; los Sacramentos, particularmente aquellos que estamos obligados á recibir. Esto lo deben saber aun los mas rudos, y nadie puede ignorarlo sin riesgo de su salvacion: *Post tempus gratiæ revelatæ, tam majores quam minores tenentur habere fidem explicitam de mysteriis, præcipue quantum ad ea quæ communiter solemnizantur in Ecclesia, et publice proponuntur* ², dice santo Tomás. Los que están encargados de la direccion de los fieles, deben explicárselo con frecuencia en sus pláticas y sermones, para que nadie lo ignore.

En órden á aquellos que son capaces de aprender su religion mas de raíz, no puede dudarse que están obligados á ello: porque no hay cosa que nos toque mas de cerca, y cuyo conocimiento nos sea mas necesario que saber la doctrina de la Iglesia. Los que están vecinos de los herejes ³ ó que comercian con ellos, deben instruirse en los puntos controvertidos entre ellos y nosotros, sea á fin de defenderse contra los errores que ellos siembran, y que podrian corromperlos, sea tambien para hallarse en estado de dar razon de su fe, cuando sea necesario: *Parati semper ad satisfactionem omni poscenti vos rationem de ea, quæ in vobis est, spe*, dice san Pedro ⁴. Me diréis que no teneis tiempo para instruiros de esta suerte. Permitidme que os responda lo que san Paulino á un amigo que se explicaba en los mis-

¹ Rom. XI, 20. — ² 2, 2, q. 2, art. 7. — ³ Sylvius in Sancto Thom. ibi, art. 7, concl. 8. — ⁴ I Petr. III, 15.

mos términos que vosotros : ¡ Qué , hermano mio , tienes tiempo para leer libros curiosos é inútiles , y tal vez peligrosos , y no lo tienes para leer aquellos que te enseñan tu religion ! *Vacat tibi ut sis philosophus , non vacat ut sis christianus* ¹ ! No tienes tiempo : pierdes tanto en compañías y conversaciones inútiles , en el juego , en la taberna y en mil bagatelas , y no lo tienes para asistir á la explicacion de doctrina de la parroquia , y adquirir la ciencia de la salvacion. Sábeta , que tu ignorancia no es excusable , y que serás responsable de ella delante de Dios : *Si quis ignorat , ignorabitur* , dice el Apóstol ² .

P. Puesto que la fe nos es tan necesaria , enseñadme cuándo estamos obligados á hacer actos y profesion pública de ella.

R. Debemos hacer con frecuencia actos de fe ; pues , como dice la Escritura , el justo vive de la fe ; pero estamos particularmente obligados á ello : 1.º cuando llegamos al uso de razon y estamos suficientemente instruidos en las verdades que Dios ha revelado , y la Iglesia nos propone : *Hoc est primum præceptum* , dice san Agustin ³ , *hoc est initium religionis et vitæ nostræ , fixum habere cor in fide* ; 2.º cuando somos tentados contra la fe , y no podemos vencer la tentacion ; entonces debemos decir á Jesucristo , como los Apóstoles : *Adauge nobis fidem* ⁴ ; 3.º cuando nos hallamos en peligro evidente de muerte , debemos armarnos de la fe , á fin de salir de este mundo en buen estado : *Hæc est victoria , quæ vincit mundum , fides nostra* ⁵ . Estamos obligados á ello por accidente , como se habla en la escuela ; esto es , con ocasion de alguna cosa que no se puede hacer , si la fe no precede , como cuando es necesario hacer actos de esperanza y caridad , recibir la Eucaristía y los demás Sacramentos , y en general cuando es necesario orar : porque sin la fe no se puede orar como se debe : *Si fides deficit , oratio perit* , dice san Agustin ⁶ .

Se debe , en fin , hacer actos de fe cuando uno se halla en la obligacion de dar testimonio exterior de su creencia ; porque si este testimonio fuese acompañado de una verdadera fe interior , solo seria una hipocresía detestable.

En cuanto á la obligacion de confesar la fe , y de hacer de ella profesion pública , dice santo Tomás que este es un precepto afirmativo , que no obliga siempre , sino en ciertos tiempos , ocasiones y circunstancias , es á saber : 1.º cuando en ello va la gloria de Dios ,

¹ Paulin. ep. XVI , alias XXXVIII , ad Jev. — ² I Cor. XIV , 38.

³ Serm. XXXVIII ; Luc. XVII , 5. — ⁴ I Joan. V , 4. — ⁵ Serm. XV de V. Evang. — ⁶ 2 , 2 , q. 3 , art. 2.

y cuando no se podia guardar silencio sobre la Religion, sin faltar al honor que la es debido; 2.º cuando se trata de la salvacion y del bien del prójimo : como en el caso en que el silencio que se guardase le pudiese hacer creer que no tenia verdadera fe, ó que le diese ocasion de separarse de la fe, de renunciar su religion ó de vacilar en ella, entonces estaríamos indispensablemente obligados á profesar nuestra fe delante de todos los que estuviesen presentes. En semejantes casos, dice el angélico Doctor, es absolutamente necesario declarar nuestra fe: *In hujusmodi casibus confessio fidei est de necessitate salutis*.

De aquí se infiere: 1.º que siendo preguntados por autoridad pública, por un juez ó magistrado, si somos cristianos ó católicos, debemos confesarlo claramente, aunque sea con peligro de perder la vida; ni podemos guardar silencio, ni servirnos de respuestas equívocas. Inocencio XI condenó por su decreto de 2 de marzo de 1676 esta proposicion: *Si à potestate publica quis interrogetur, fidem ingenuè confiteri, ut Deo et fidei gloriosum consulo; tacere, ut peccaminosum per se non damno*; 2.º aunque no siempre estemos obligados á hacer profesion de fe delante de los herejes que son sus perseguidores, lo estamos no obstante en algunas ocasiones, como si estando presos como católicos, se nos preguntase sobre este punto: *Non enim qualibet tenetur fidem suam coram persecutore profiteri*, dice santo Tomás ¹, *sed in casu est de necessitate salutis quando, scilicet, aliquis à persecutore deprehensus, de fide sua requiritur, quam confiteri tenetur*; 3.º estamos obligados á predicar á Jesucristo crucificado, y exponer su imágen en las iglesias, aunque de ello se escandalicen los gentiles. La sagrada Congregacion de *Propaganda Fide* declaró por un decreto de 1645 que los misioneros de la China estaban obligados á hacerlo, no á la verdad en todas sus predicaciones, pero sí en todas las ocasiones en que la prudencia cristiana lo dictase por conveniente. *Non enim erubescio Evangelium*, decia san Pablo ².

P. ¿Es lícito á los católicos disputar con los herejes sobre puntos de controversia?

R. Antes de responder á la pregunta es necesario suponer una máxima cierta que se halla en san Agustin ³, y es, que el prurito de disputar que tienen los herejes no viene por lo comun sino de una obstinacion llena de orgullo y del deseo que tienen de vencer y confundir á los fieles, á fin de pervertirlos. *Non enim disputare amant*

¹ In 4, dist. 49, art. 3, q. 2. — ² Rom. 1, 16. — ³ Lib. XV contra Faustum, c. 12.

hæretici, sed quoquomodo superare impudentissima perversitas, dice este santo Doctor.

Esto supuesto, digo que no conviene á todo género de personas disputar con los herejes; y es la razon, porque aquellos que no tienen estudio suficiente para mantener la disputa se exponen, cuando menos, á peligro de vacilar en algunos de los artículos sobre que rueda la disputa, y de quedar menos firmes en la fe, teniendo los herejes la costumbre de alegar solamente diversos pasajes de la Escritura que interpretan á su modo para seducir á los otros, como han sido seducidos ellos mismos. Por eso los Concilios y los Papas prohibieron bajo pena de excomunion á los legos disputar en público ni en secreto con los herejes sobre puntos concernientes á la fe católica. *Inhibemus*, dice el papa Alejandro IV ¹, *ne cuiquam laicæ personæ liceat publice vel privatim de fide catholica disputare; qui vero contra fecerit, excommunicationis laqueo innodetur*. Tampoco le es lícito ir á las pláticas ni á los demás ejercicios de los herejes. Todo lo que pueden hacer los legos que están bien instruidos en su religion, cuando se hallan con los herejes que imputan á la Iglesia modos de sentir que ella no aprueba, es exponerles la creencia de los Católicos. Una simple exposicion de la fe es muchas veces mas útil que la disputa.

Los eclesiásticos mismos que no se sienten con bastantes fuerzas para confundir á los herejes no deben exponerse á disputar con ellos, porque los hay, como advierte san Jerónimo, que por sus razonamientos capciosos reducen algunas veces á los eclesiásticos á no poder defender la verdad.

En cuanto á los eclesiásticos capaces de mantener la disputa, deben examinar el carácter de los herejes con quienes tienen que hablar. Si ellos obran de buena fe, y solicitan instruirse, no se les debe despreciar, sino atraerlos con suavidad, como dice san Pablo á Timoteo: *Cum modestia corripientem eos, qui resistunt veritati* ². Mas si son tercos, que se obstinan en sus errores y se hacen rebeldes á la verdad, es preciso dejarlos, y no perder el tiempo en disputar con ellos inútilmente. *Hæreticum hominem, post unam et secundam correptionem, evita*, dice san Pablo ³, *sciens quia subversus est, qui ejusmodi est, et delinquit, cum sit proprio judicio condemnatus*.

P. ¿Cuáles son los pecados contra la fe, y los que ordinariamente tienen la desgracia de cometerlos?

¹ In cap. Quicumque, 2, 31, de hæret. in 6. — ² II Tim. II, 25. — ³ Tit. III, 10, 11.

I. Respondo, que se peca contra la fe: I. Por ignorancia voluntaria de lo que se debe saber y creer. Hay cristianos que no quieren saber lo bueno, por no practicarle, como dice el Profeta: *Noluit intelligere ut bene ageret*. Estos son ignorantes malignos, afectados y voluntarios, á quienes se les puede llamar fantasma de católicos, que no están instruidos de nada de lo concerniente á la Religión y la salud; que no saben ni lo que deben creer, ni lo que se debe pedir á Dios, ni lo que se debe observar para adorarle, amarle y servirle. Viviendo así en una ignorancia voluntaria de los misterios de Dios, pecan habitualmente contra la fe.

II. Se peca contra la fe por negligencia en instruirse en las verdades que se deben saber. Tales son aquellos cristianos que, enteramente ocupados de los negocios del mundo, cuidan muy poco de asistir á las instrucciones públicas y familiares, ó de hacerse instruir particularmente en la doctrina cristiana necesaria para la salvacion. Estos son ignorantes corrompidos y perezosos que pecan gravemente contra la fe.

III. Se peca contra la fe por el miedo y cobardía que tienen algunos de parecer cristianos. Tales son aquellos falsos y mal entendidos prudentes que temen profesar muy abiertamente la religion cristiana, por no atraerse las sátiras y desprecios de los mundanos. Ellos se sonrojarían de dar mucho á conocer que respetan las humildes máximas de un Dios crucificado, de sufrir con paciencia las injurias, y perdonar á los enemigos, porque se les tendría por cobardes. Estos son unos malvados políticos, á quienes Jesucristo se sonrojará de reconocer delante de su Padre: *Qui me erubuerit et meos sermones, hunc Filius hominis erubescet*¹.

IV. Se peca contra la fe por la herejía, cuando se abrazan opiniones formalmente contrarias á la fe, y cuando se habla mal de los misterios de la Religión, y de las verdades definidas por la Iglesia, sea en conversaciones públicas ó privadas.

Finalmente se peca contra la fe cuando uno duda voluntariamente de lo que ella enseña. Tales son esos espíritus incrédulos que se glorían de dudar de todo, y que con sus conversaciones escandalosas disminuyen la fe de los fieles.

No obstante eso, es necesario advertir que hay tentaciones y dudas contra la fe que se nos ocurren contra nuestra voluntad y á las cuales no damos consentimiento; estas no son pecado, ni hay que

¹ Luc. ix, 26.

inquietarse por ellas, sino hacer actos de fe, particularmente sobre los artículos de que el demonio, espíritu del error y de mentira, querría hacernos dudar: entonces se debe recurrir á Jesucristo, pedirle perfeccione nuestra fe, diciéndole mas con el corazon que con la boca: Yo creo, Dios mio, todos los misterios que Vos habeis revelado, y que vuestra Iglesia, que es la sábia depositaria de vuestros oráculos, nos propone en vuestro nombre: ella está dirigida por vuestro Espíritu Santo, y Vos la habeis prometido auténticamente que no la desampararéis jamás. Yo creo, Dios mio, todo lo que en ella me manda creer; ayudadme, Señor: *Credo, Domine, adjuva incredulitatem meam*. Haced que mi fe sea tal, que yo merezca verla mudar en aquella lumbre de gloria que nos descubrirá vuestras infinitas perfecciones, y nos las hará contemplar por toda la eternidad.

PLÁTICA SEGUNDA.

SOBRE ESTAS PALABRAS : CREO EN DIOS PADRE TODOPODEROSO.

De Dios, de la trinidad de personas en Dios, y de sus infinitas perfecciones.

Credere oportet accedentem ad Deum, quia est, et inquirentibus se remunerator sit. (Hebr. II).

Para acercarse á Dios es necesario creer primeramente que él existe, y que recompensará á los que le buscan.

La primera verdad que debemos creer es , que hay un Dios que recompensará á los buenos, y castigará á los malos; verdad que se nos propone en primer lugar en el Símbolo de los Apóstoles, como el fundamento de la religion cristiana ; pero verdad tan clara y tan constante, que solo un insensato podrá ponerla en duda. Por eso son muy dignas de notarse aquellas palabras que el real Profeta dice en nombre del impío: *Dixit insipiens in corde suo, non est Deus*. Ellas nos enseñan que cuando el impío ha llegado al exceso de locura de no querer reconocer que hay un Dios, tiene menos parte en esta extravagancia su entendimiento que su corazon. Esto quiere decir, que el impío quisiera que no hubiera Dios para poder sofocar los remordimientos de su conciencia, y abandonarse mas atrevidamente al furor de sus pasiones. Él quisiera no tener testigos de su conducta, juez de sus acciones, ni vengador de sus delitos, á fin de pecar mas libremente. Así la depravacion de su corazon es la que le hace hablar como ateista ; pero en vano se empeña en alucinarse y aturdirse sobre esta importante verdad : ella está tan profundamente impresa en el espíritu del hombre , que jamás podrá borrarla enteramente. *Signatum est super nos lumen vultus tui Domine* : Señor , dice el real Profeta ¹, Vos habeis grabado sobre nosotros la luz de vuestra cara, y esta impresion es tan fuerte, que no hay hombre que en los peligros y ocasiones imprevistas no recurra á Vos. Esto es lo

¹ Psalm. iv, 7.

que un Padre de la Iglesia llama testimonio de un alma naturalmente cristiana: *Testimonium animæ naturaliter christianæ* ¹.

Dejando, pues, aparte una verdad tan conocida, me contentaré con decir, explicando estas palabras del Símbolo: «Creo en Dios Padre «todopoderoso,» lo que debemos saber de la naturaleza de Dios, de la trinidad de personas en Dios, y de sus infinitas perfecciones: y aunque estoy persuadido de que muchos de entre nosotros tienen de esto noticia suficiente, mas porque algunos pueden ignorarlo, es necesario enseñárselo. Diré, pues, en esta ocasion lo que san Agustín decia de los mas hábiles de su pueblo respecto de los otros: *Patiantur aquilæ, dum pascuntur columbæ*.

P. ¿Podrémos tener en esta vida una perfecta idea de Dios? Decidnos lo que debemos saber en este punto, y lo que la fe nos enseña.

R. No podemos tener en esta vida una perfecta idea de Dios. Él habita, segun san Pablo, una luz inaccesible: *Lucem habitat inaccessibilem*. Ningun hombre vivo le ha visto, ni puede ver su esencia; así ninguno puede explicar lo que él es para conocerle bien. Él solo sabe quién es; y él solo se lo puede enseñar á los hombres. Hé aquí lo que él mismo nos ha dicho de sí mismo en la Escritura, cuando envió á Moisés para sacar á los israelitas de la cautividad de Faraon: Yo soy el que es, dirás á los hijos de Israel; el que es me ha enviado para sacaros de Egipto, en donde estais oprimidos, y haceros pasar á la tierra de Canaan: *Ego sum qui sum*. Esta es la idea que Dios quiere tengamos de él en esta vida, en donde no somos capaces de conocerle perfectamente. Dios es el que es: es decir, que es propiamente el solo Ser, el Ser necesario, el Ser supremo, el Ser eterno é independiente, el solo Ser que vive y subsiste absolutamente por sí mismo: todos los otros seres son criados, y dependen de él; de suerte, que no son sino una participacion muy imperfecta del Ser, y se puede decir en cierto modo que todo lo criado no es ó no existe cuando se le compara con el Criador. Esto es todo lo que podemos decir mas propio, para dar una idea de Dios, cual se puede tener en esta vida, en la cual no le podemos ver en sí mismo, sino solamente en sus obras, que publican la grandeza de su ser. Solo en el cielo le verémos como él es, como dice san Juan: *Videbimus eum sicuti est* ². Hé aquí lo que debemos saber de su naturaleza y de su unidad: I. Debemos saber que Dios en su naturaleza es un ser

¹ Tert. Apol. c. 17. — ² Joan. III, 2.

simple que no está compuesto de partes; que es un puro espíritu muy distante de la materia; que no tiene ni cuerpo, ni figura, ni color, y que no puede percibirse por nuestros sentidos: *Spiritus est Deus* ¹. Es un espíritu infinitamente perfecto, lo que le distingue de las criaturas espirituales é inteligentes, cuales son los Ángeles y las almas de los hombres, que son á la verdad espíritus; pero espíritus criados y finitos, cuyas perfecciones son medidas y limitadas; mas Dios es un espíritu increado é infinito que posee todo género de perfecciones en supremo grado, como diremos en adelante. II. Lo que debemos saber de su unidad es, que no hay sino un solo Dios, y que no puede haber mas: *Ego primus, et ego novissimus, et absque me non est Deus* ². Multiplicarle seria destruirle, dice Tertuliano; porque no es posible concebir dos seres que sean soberanamente perfectos. Para ser soberanamente perfecto es necesario no tener igual; porque ser sin igual es una perfeccion, y el que no tiene esta perfeccion carece de alguna cosa. Así es evidente que multiplicar la divinidad es destruirla, porque un Dios á quien faltase una perfeccion no seria Dios: este es el razonamiento de Tertuliano ³, y de san Cipriano ⁴ contra los gentiles, y todos pueden comprenderlo fácilmente.

Pero ¿de dónde proviene, me diréis, que los hombres en otro tiempo adoraron muchos dioses? Esto nace de la ceguedad y del endurecimiento de su corazon causado por el pecado. Las pasiones desordenadas de los hombres son las únicas que han introducido en el mundo la idolatría, el paganismo, los cismas, las herejías y todo género de errores: lo que es tan cierto, que si fuese permitido á los hombres abandonarse á sus pasiones, consentirian en creer todo lo que se quisiese. Ejemplo terrible, que demuestra que una vez que los hombres abandonen á Dios, Dios los entrega á un sentido réprobo; y entonces no hay locura ni exceso de que no sean capaces aquellos mismos que parecen mas sábios y mas ilustrados, como lo nota san Pablo en los filósofos paganos: *Sicut non probaverunt Deum habere in notitia, tradidit illos Deus in reprobum sensum, ut faciant ea quæ non conveniunt* ⁵.

P. Cuando decimos en el Símbolo: Creo en Dios Padre, reconocemos que haya muchas personas en Dios: ¿no es esto introducir de nuevo la pluralidad de dioses? Explíquenos lo que debemos saber del misterio de la santísima Trinidad.

R. Es cierto que rezando el Credo reconocemos que hay tres per-

¹ Joan. xxiv. — ² Isai. xlv. 6. — ³ Tert. Lib. I ad Marc. iii. — ⁴ Cypr. lib. de Idolol. vanitate. — ⁵ Rom. xviii.

sonas en Dios, que son Padre, Hijo, y Espíritu Santo; pero estamos muy distantes de querer por eso introducir la pluralidad de dioses, porque creemos, y la fe nos enseña, que estas tres personas no son sino un solo Dios; que ellas tienen una misma naturaleza y una misma divinidad. Es cierto que este es un gran misterio, y que nosotros no podemos comprender cómo la naturaleza de Dios subsiste en tres personas: mas este misterio es el principal fundamento de la religion cristiana, y en él estamos muy seguros. Dios, que no puede engañarse ni engañarnos, lo ha revelado. Jesucristo dijo expresamente á sus Apóstoles ¹, enviándolos á predicar su Evangelio en toda la tierra, que bautizasen todas las naciones en el nombre del Padre, y del Hijo, y del Espíritu Santo. Esta verdad está contenida no solamente en la Escritura, sino tambien en la tradicion, y la Iglesia ha condenado siempre como herejes á todos aquellos que han tenido la temeridad de oponerse á ella. Ved aquí en pocas palabras lo que debemos sacar en este punto para ser buenos católicos.

1.º Que esta adorable Trinidad es un solo Dios en tres personas, que son Padre, Hijo, y Espíritu Santo. 2.º Que hay una verdadera distincion entre estas tres personas, segun la cual la una no es la otra, aunque todas ellas no tengan mas que una misma esencia, ó una misma naturaleza, y que ellas no sean sino un solo espíritu infinitamente excelente en toda suerte de perfecciones: *Verus Deus in personis Trinitas est, in una natura est*, dice san Fulgencio. 3.º Que el Padre es la primera persona que no procede de alguna otra: el Hijo la segunda, que procede del Padre; y el Espíritu Santo la tercera, que procede del Padre y del Hijo. Que estas tres personas son eternas; que no han tenido principio, ni tendrán fin, y que la una no es inferior á la otra: *Nemo alium præcedit æternitate, aut excedit magnitudine, aut superat potestate*, añade el mismo Santo. 4.º Que estas tres personas hicieron todas las cosas, que las conservan y gobiernan libremente, y que están presentes en todas partes. 5.º Finalmente, que por la posesion de este gran Dios es por quien debemos esperar ser bienaventurados, si morimos en gracia. Estas son las principales cosas que todo cristiano debe saber tocante á este misterio; y como estamos obligados con necesidad de salud, esto es, so pena de perdernos, á creerlas explícitamente cuando llegamos á tener suficiente uso de razon, de aquí se sigue que los párrocos deben explicárselo frecuentemente á su pueblo, y los padres y madres á sus hijos.

¹ Matth. xxiii, 19.

P. ¿Por qué decimos en el Símbolo: Creo en Dios Padre todopoderoso? El Hijo y el Espíritu Santo ¿no lo son igualmente? Ó ¿por qué no habláis sino de la omnipotencia, habiendo en Dios otras muchas perfecciones?

R. Nosotros creemos que no solo el Padre es todopoderoso, sino tambien el Hijo y el Espíritu Santo; mas como este es un atributo de la naturaleza divina, no se sigue que haya tres todopoderosos: *Non tres omnipotentes, sed unus omnipotens*; así como cuando decimos que el Padre es Dios, el Hijo es Dios, el Espíritu Santo es Dios, no se sigue que haya tres Dioses. Estas palabras todopoderoso significan que Dios puede todo lo que quiere, que nada le es imposible ni difícil. No se habla en el Símbolo mas que de la omnipotencia, porque ella basta para hacernos concebir que él posee todo género de perfecciones, de las cuales la omnipotencia es como el fundamento. En efecto, basta saber que Dios lo puede todo para comprender que es infinitamente perfecto, que es eterno, inmutable, inmenso, que lo sabe todo, que lo gobierna todo, y que todas las cosas dependen de él. No podemos, hermanos míos, explicaros todas las perfecciones de Dios; ellas son incomprendibles al espíritu humano, que bien puede admirarlas, pero no alcanzarlas: *Magnus Dominus et laudabilis nimis, et magnitudinis ejus non est finis* ¹. Esto debemos decir nosotros con el real Profeta; y si queremos añadir alguna cosa, digamos con el sábio cardenal Cayetano, que Dios es una infinidad de veces infinitamente infinito en sus infinitas perfecciones: *Infinitis modis infinities infinitus in perfectionibus infinitis*; es decir, que Dios tiene no solamente un número infinito de perfecciones, y que sus perfecciones son infinitamente elevadas, sino tambien que cada una de sus perfecciones contiene un número infinito de grandezas, de excelencias y maravillas. Ved aquí, cristianos, cuál es aquel que será nuestra felicidad y nuestra bienaventuranza eterna, si le servimos fielmente sobre la tierra; mas porque ahora no le conocemos sino muy imperfectamente, y que solo en el cielo le veremos á descubierto, como dice el Apóstol: *Videmus nunc per speculum in ænigmate: tunc autem facie ad faciem* ², nos contentaremos con hablar en pocas palabras de los atributos de que tenemos mas conocimiento.

P. Decidnos algo de la omnipotencia de Dios.

R. Diré solamente tres palabras: que ella es independiente. Dios,

¹ Psalm. CXLIV. — ² I Cor. XIII, 12.

dice san Pablo, es el que es infinitamente feliz, el solo poderoso, el Rey de los reyes, y el Señor de los señores: *Beatus, et solus potens, Rex regum, et Dominus dominantium* ¹. Notad bien esta palabra, Dios es el solo poderoso: esta cualidad le conviene privativamente, y no á ningun otro. Cuando la criatura está sola, no hay cosa mas débil. Los mas poderosos monarcas no pueden nada sin ajeno socorro. Si un rey quiere hacer la guerra, necesita de soldados: si quiere administrar justicia, necesita de ministros: si quiere mantener su corte y sus Estados, necesita de dinero; y Jesucristo dice en general de todos los hombres que no pueden nada sin él: *Sine me nihil potestis facere*. Mas Dios lo puede todo sin nosotros, no depende de nadie, no toma nada sino de sí mismo, y no tiene necesidad de sus criaturas: *Solus potens*, etc. II. Su omnipotencia es infatigable. Ella tiene una virtud infinita é in exhausta: decir y hacer son en Dios una misma cosa ². Le es tan fácil el hacer, como á nosotros el hablar; y mucho mas, pues lo hace todo con solo su voluntad: *Omnia quaecumque voluit fecit* ³. Notad que no hay cosa mas infatigable que la voluntad. Puede cansarse el ojo de ver, la lengua de hablar, el entendimiento de concebir; mas la voluntad no puede cansarse de querer: ella puede querer cien cosas en un momento. Nuestra voluntad no es poderosa, antes bien es muy débil; mas la de Dios hace todo lo que quiere. Ella puede con un solo acto hacer cien mil mundos mucho mas espaciosos que este, porque no solamente es infatigable, sino tambien invencible.

III. Es decir, que no hay quien pueda resistirle: la nada le obedece igualmente que el ser: todo le está sujeto. Esto es lo que el santo hombre Mardoqueo reconoció en la oracion que hizo á Dios por los judíos: *Domine, Rex omnipotens, in ditione tua cuncta sunt posita, et non est qui possit tuæ resistere voluntati, si decreveris salvare Israel* ⁴: Señor, Rey todopoderoso, todo está sujeto á vuestro poder y ninguno puede resistir á vuestra voluntad, si habeis resuelto salvar á Israel. ¿En qué pensais, pues, vosotros, pecadores, que osais rebelaros contra vuestro Dios y desobedecerle? Tened entendido que no podeis resistirle, y que si no os aprovechais de sus misericordias, caeréis en manos de su justicia. Humillaos, pues, bajo la poderosa mano de Dios, como os lo advierte san Pablo, para que en el tiempo de su visita halleis gracia delante de él: *Humiliamini igitur sub potenti manu Dei, ut vos exaltet in tempore visitationis* ⁵.

¹ I Tim. vi, 15. — ² Psalm. cxlviii. — ³ Psalm. cxiii, 3. — ⁴ Esther, xiii, 9. — ⁵ I Petr. v, 6.

P. ¿Qué entendeis por eternidad de Dios?

R. Se entiende por este atributo que Dios no tiene principio ni fin: que él mismo es el principio y fin de todas las cosas: *Ego sum alpha et omega, principium et finis* ¹. Él es, ha sido y será siempre: *Vivo ego in æternum* ². Es un sol que alumbra siempre y que no se eclipsa jamás: *Apud quem non est transmutatio, nec vicissitudinis obumbratio* ³, dice Santiago. No está sujeto á vicisitudes ni á mudanzas: ha sido y será siempre el mismo: no puede envejecer ni faltar: *Tu autem idem ipse es, et anni tui non deficient* ⁴. Es decir, que su eternidad no admite ni pasado ni porvenir; es un momento siempre presente, al cual nada sucede y del cual nada se escapa, que es siempre el mismo y que dura siempre. ¡Oh Dios mio! ¡qué admirable es vuestra eternidad! Seais bendito eternamente: *Benedictus Dominus in æternum, fiat, fiat*.

Hay cosas que durarán siempre, como los Ángeles y nuestras almas; pero ellas no han sido ó existido siempre, y si tienen una duración que no se acabará, este es un beneficio del Criador, quien solo posee la inmortalidad, como se explica san Pablo ⁵. La eternidad es de tal suerte su carácter, que él solo la tiene en propiedad; siendo por sí mismo eterno é inmutable en su ser, en sus pensamientos, en sus palabras y en sus designios. *Ego Dominus et non mutor* ⁶. No obstante eso, este Rey de los siglos, este Rey inmortal, á quien solo se debe el honor y la gloria, es á quien tantas veces hemos menospreciado y ofendido. Sí, pecadores, vosotros habeis abandonado al Eterno por bagatelas, por placeres momentáneos, por un vil interés, por bienes caducos y perecederos. ¡Qué ceguedad! *Cui assimilastis me, et adæquastis, et comparastis me, et fecistis similem* ⁷? Así se queja el mismo Dios por la boca de su profeta Isaias. ¡Ah! insensatos, ¡cuál ha sido vuestra conducta! Habeis comparado á vuestro Dios con una miserable criatura. ¿Qué digo? le habeis estimado en menos, pues no habeis puesto dificultad en violar su santa ley por agradar á esta criatura, y contentar vuestras pasiones. Acordaos de vuestros desórdenes, sonrojaos de ellos, y pensad en convertirlos: *Mementote istud, et confundamini: redite prævaricatores ad cor*.

P. ¿Qué debemos saber de la inmensidad de Dios?

R. Que Dios está en todas partes, en el cielo, en la tierra y en todo lugar: *Cælum et terram ego impleo* ⁸. Él está en todo lugar sin

¹ Apoc. VIII, 1. — ² Deut. XXXII, 40. — ³ Jacob. I, 17. — ⁴ Hebr. I, 12. — ⁵ I Tim. VI, 16. — ⁶ Malach. III, 6. — ⁷ Isai. XLVI, 5. — ⁸ Jer. XXXII, 24.

estar rodeado por ningún espacio. Está en todo lugar, dice santo Tomás, por esencia, presencia y potencia. Esto es lo que el real Profeta nos significa por estas palabras: *Quo ibo à Spiritu tuo* ¹? Es un espíritu infinito que se halla en todo lugar: de este modo se halla en todas partes por esencia. *Et quo à facie tua fugiam?* Nada puede ocultársele, ni serle desconocido: hé aquí cómo está en todas partes por su presencia. Puede uno ocultarse á la luz del sol, encerrándose en las entrañas de la tierra; mas no hay medio para ocultarse á esta luz divina que penetra todos los espíritus y todos los cuerpos, que está presente en los infiernos igualmente que en los cielos. *Si ascendero in cælum, tu illic es; si descendero in infernum, ades.* Finalmente, está en todas partes por su poder, que sostiene y gobierna todas las cosas. *Si habitavero in extremis maris: etenim illuc manus tua deducet me, et tenebit me dextera tua.* Si quereis que me sirva de una comparacion familiar, porque no somos capaces sino de hablar como niños en una materia tan elevada, os diré que Dios está en todo lugar por esencia, como un rey en su trono; que está en todo lugar por presencia, como un rey en su cámara; que está en todo lugar por potencia, como el rey en su reino. En un reino bien arreglado, nada se hace sino por orden del rey: del mismo modo nada sucede en el mundo sino por orden de Dios.

Pero ¿en dónde estaba Dios, me diréis vosotros, antes que hubiese mundo? No es difícil de responder á esta pregunta, supuesto lo que hemos dicho de su grandeza y de su independencia. Dios, antes que hubiese mundo, estaba encerrado en sí mismo, feliz y gozando de sí mismo, no necesitando mas de sus criaturas antes de hacerlas que despues de haberlas hecho. Porque una de las propiedades del Criador, incommunicable á la criatura, es que él solo es suficiente á sí mismo, y no necesita de nada. Lo que hizo decir á Tertuliano estas bellas palabras: *Ante omnia Deus erat solus, ipse sibi et mundus, et locus, et omnia* ². Hagamos un poco de reflexion sobre esta inmensidad de Dios. Nosotros estamos siempre delante de Dios: él está al rededor y dentro de nosotros. Nosotros somos en esta inmensidad menos que una gota de agua en el mar, y que un átomo en el aire, ¡y no obstante nos atrevemos á pecar en su presencia! No osamos cometer la menor descortesía delante de los hombres, ¡y no reparamos en hacer las acciones mas vergonzosas delante de Dios! ¿En dónde está nuestra fe y nuestra religion? Entremos

¹ Psalm. cxxxviii, 7. — ² Tert. lib. adversus Prax. c. 8.

dentro de nosotros mismos, y acordémonos en todo lugar que estamos en la presencia de Dios. Este pensamiento es el que sacó á Susana victoriosa de los dos ancianos infames. *Melius est mihi absque opera incidere in manus vestras, quam peccare in conspectu Domini* ¹. La memoria de este pensamiento fue el medio de que se sirvió san Efreñ para convertir á una cortesana que le incitaba á pecar. No habria delito que nosotros no evitásemos, dice san Jerónimo ², si estuviésemos penetrados en la memoria de la presencia de Dios. *Memoria enim Dei excludit cuncta flagitia*.

P. Decidnos algo sobre la providencia de Dios, y enseñadnos lo que de ella debemos saber.

R. Ved aquí en pocas palabras lo que debeis saber en este punto:

I. Que hay en Dios una providencia que lo arregla todo, que lo gobierna todo, que encamina cada cosa á su fin, y que hace que todo ceda, ó sea gloria del Criador. *Tua autem, Pater, providentia gubernat* ³.

II. Que la providencia de Dios es cierta é infalible, y no puede engañarse en la ejecucion de sus designios, como dice la Iglesia en sus oraciones. *Deus cujus providentia in sui dispositione non fallitur* ⁴. Así este mundo no es efecto del acaso, como se lo han imaginado falsamente los ateistas: el mismo Dios que lo crió por su poder lo gobierna por su sabiduría; y dispone soberanamente, no solamente de los reinos y de los imperios, sino tambien de todos los sucesos. Nada sucede sino por su orden; y cuando permite el mal, es para sacar de él mayor bien. *Melius enim judicavit de malis benefacere, quam mala nulla esse permittere* ⁵. Él castiga ó aflige algunas veces á los buenos, para salvarlos por las humillaciones: concede algunas veces á los malos una felicidad pasajera, para obligarlos á convertirse; mas ya ejerza su justicia, ya su misericordia, él lo gobierna siempre todo con una sabiduría admirable. *Attingit à fine usque ad finem fortiter, et disponit omnia suaviter* ⁶.

III. Que ella es universal, y se extiende sobre todas las criaturas. El cielo y la tierra, el curso del sol, de la luna, de las estrellas, la vicisitud de las estaciones, todo nos anuncia esta Providencia: ella está grabada sobre todas las obras de la naturaleza, que publican su magnificencia y su grandeza: *Quam magnificata sunt opera tua, Domine: omnia in sapientia fecisti* ⁷.

No sucede con Vos, Señor, como con otros obreros ó artífices,

¹ Dan. xiii, 23. — ² In cap. xxii Ezech. — ³ Sap. xiv, 3. — ⁴ Orat. Dom. VII post. Pent. — ⁵ Aug. Euchar. c. 27. — ⁶ Sap. viii, 1. — ⁷ Psalm. ciii, 64.

quienes así que acaban la obra la abandonan. Un pintor luego que concluye una pintura, y un arquitecto un edificio, lo dejan y se retiran; y ¿por qué? Porque la obra ya no necesita del obrero. No sucede así con las criaturas, que son obras de vuestras manos. El mundo entero es un edificio que Vos sosteneis con la fuerza de vuestro brazo. Todo lo que tiene vida, movimiento y ser subiste solo por el concurso de vuestra providencia.

IV. No solamente es general, sino tambien particular é inmediata: es decir, que ella entra en el pormenor de nuestras acciones y de todo lo que sucede en el mundo. Ella es la que aplica á aquel á una profesion del mundo, á este al estado eclesiástico, etc. No hay uno solo entre nosotros á quien no haya señalado su lugar: *In manibus tuis sortes meae*¹. ¿Qué se sigue de aquí? que debemos abandonarnos enteramente al cuidado de la Providencia: *Omnem sollicitudinem vestram projicientes in eum, quoniam ipsi cura est de vobis*². Esperar de ella el socorro necesario, así para lo temporal como para lo espiritual. Para lo temporal, nos dice Jesucristo en el Evangelio que no nos inquietemos por la comida ni por el vestido. No debemos vivir menos seguros en orden á lo espiritual. Yo, dice el Salvador, os preparo un reino, como mi Padre me lo ha preparado: *Et ego dispono vobis, sicut disposuit mihi Pater meus regnum*³. Él nos da las gracias para arribar á él, y cuenta las buenas obras que nosotros hacemos para merecerlo. En lugar de disputar sobre el misterio de la predestinacion, que será siempre para nosotros un misterio impenetrable, pongamos, pues, nuestra confianza en la Providencia divina, que no nos faltará jamás mientras que nosotros seamos fieles á la gracia: *Sua gratia semel justificatos non deserit, nisi prius ab eis deseratur*⁴.

Meditemos frecuentemente en las perfecciones de Dios, que serán algun dia el objeto de nuestra eterna bienaventuranza. Concibamos un vivo dolor de haber ofendido á un Dios tan grande y tan perfecto. Leed la historia de la mujer de Tobías: *Flebat irremediabilibus lacrymis*, etc.

¹ Psalm. xxx, 16. — ² Matth. vi, 25. — ³ Luc. xxii, 29. — ⁴ Conc. Trid. sess. VI, c. 11.

PLÁTICA TERCERA.

SOBRE ESTAS PALABRAS : CRIADOR DEL CIELO Y DE LA TIERRA.

De la creacion del mundo y de los Ángeles.

In principio creavit Deus cælum et terram. (Genes. 1).

Al principio del mundo crió Dios el cielo y la tierra.

Estas primeras palabras de la sagrada Escritura nos enseñan lo que rezamos todos los dias en el *Credo*, que Dios es criador del cielo y de la tierra, y que este mundo no ha existido siempre, sino que ha sido criado cuando comenzó el tiempo. El concilio general de Letran, celebrado en el pontificado de Inocencio III, nos propone esta verdad en estos términos: Debemos creer con una firmísima fe que al principio del tiempo sacó Dios de la nada todas las criaturas espirituales y corporales. Así es Dios el que crió el mundo, y no el acaso ni el reencuentro fortuito de los átomos, como falsamente se lo imaginaron algunos antiguos filósofos. Dios crió el mundo: es decir, que ha salido de la nada por su omnipotencia, y no de una materia que existiese antes, como enseñó Hermógenes y algunos otros herejes ¹, que sostuvieron que Dios habia formado el mundo de una materia eterna como él. En el principio crió Dios el cielo y la tierra, dice Moisés. Esto quiere decir que Dios empezó la creacion del mundo por la del cielo y de la tierra, y que nada hizo antes. Solo Dios es nombrado en la creacion, porque él solo crió el mundo, y no se sirvió para ello de otra criatura, como dijeron ciertos herejes de quienes habla Tertuliano ², los cuales afirmaban que el mundo habia sido hecho por los Ángeles. Dios crió el mundo, no por necesidad, sino por su suprema voluntad, como nos lo asegura David: *Omnia quæcumque voluit fecit*. Finalmente crió el mundo para su gloria: *Universa propter semetipsum operatus est Dominus* ³, es decir,

¹ Tert. adv. Hermog. c. 25. — ² De Præscrip. c. 46. — ³ Prov. XVI, 4.

para hacer conocer, amar, adorar, servir y glorificar su soberano ser y sus perfecciones infinitas. Despues de haberos hablado de las perfecciones de Dios, es necesario deciros alguna cosa de sus obras, continuando la explicacion del Símbolo.

P. ¿De qué modo nos ha hecho Dios conocer sus infinitas perfecciones?

R. Principalmente por sus obras. El mundo, esto es, el cielo y la tierra, con todo lo que contienen, publican la gloria de Dios, dice el real Profeta: *Cæli enarrant gloriam Dei* ¹. La vista sola de la belleza de los cielos basta para manifestar la divinidad del artífice todopoderoso que los hizo; así como al mirar un palacio magnifico nos movemos naturalmente á admirar la habilidad del arquitecto que lo edificó: *Et opera manuum ejus, annuntiat firmamentum*: El firmamento publica la obra de sus manos; y presentando á nuestra vista esos vastos cuerpos del sol y de la luna, y ese número casi infinito de estrellas colocadas en él, clama de un modo, no menos inteligible que brillante, que unas obras tan admirables son obras de un Dios infinitamente sábio, infinitamente bueno, é infinitamente poderoso. Pero me diréis, ¿cómo pueden los cielos cantar la gloria de Dios, no teniendo boca ni lengua? Lo hacen por la vista, dice san Crisóstomo ²; porque cuando ellos presentan á nuestros ojos esa belleza tan asombrosa, esa grandeza tan inmensa, esa altura casi infinita, esa proporcion tan admirable, y ese movimiento tan uniforme de todas estas diferentes partes, nosotros somos instruidos por la vista, y oímos como una voz que nos obliga á adorar á aquel que es el Creador de todo ello.

De aquí nace que los gentiles que no le glorificaron, son inexcusables, como dice san Pablo, porque las grandezas de Dios han venido á ser visibles despues que él se hizo ver por sus obras en la creacion del mundo, que sacó de la nada cuando le plugo. Él dijo, dice la Escritura, y todo fue hecho: dijo hágase la luz, y fue hecha la luz: dijo hágase la tierra, y la tierra fue hecha. Él manda como Dios, dice san Agustin ³; hizo todo lo que dijo como todopoderoso, y aprobó todo lo que hizo como infinitamente bueno. Así la creacion del mundo es por donde nos ha hecho conocer sus divinas perfecciones, y nosotros solo debemos servirnos de las criaturas que Dios hizo, para glorificarle, á ejemplo del real Profeta: *Confiteantur tibi Domine omnia opera tua* ⁴. Por este mismo medio exhortaba la

¹ Psalm. XVIII, 1. — ² Ad pop. Ant. hom. IX. — ³ De Gen. ad litt.

⁴ Psalm. CXLIV, 10.

madre de los Macabeos al martirio al mas jóven de sus hijos : *Peto, nate, ut aspicias ad cælum, et terram, et ad omnia quæ in eis sunt; et intelligas quia ex nihilo fecit illa Deus* ¹.

P. ¿Ha mucho tiempo que Dios crió el mundo, y cuánto tiempo empleó en criarle?

R. Sin entrar en la discusion de la exacta cronología del mundo, respondo que segun la autoridad del texto original de la sagrada Escritura há cerca de 5646 años que el mundo ha sido criado, como se puede ver en la cronología que está al fin de la Biblia. Algunos se admiran, dice san Agustin, de que Dios haya pasado tiempos infinitos antes de criar el mundo : mas el que piensa así, continúa el mismo santo Doctor, no considera que su espanto es error de su imaginacion, y que se admira de una cosa falsa : *Attendat qui hoc miratur, quia falsa miratur* ². Porque es cierto que lo que ha precedido á la creacion, no ha sido el tiempo sino la eternidad : el tiempo no ha comenzado sino con el mundo, puesto que el tiempo no es otra cosa que la medida del movimiento y la duracion de una cosa temporal, y que así mientras no hubo criaturas perecederas y sujetas al tiempo, tampoco hubo tiempo. Aquel, pues, añade este Padre, que se imagina siglos infinitos antes del mundo es como el que se imagina espacios infinitos fuera del mundo. El uno y el otro se engañan igualmente, siendo cierto que así como no hay lugar fuera del mundo, tampoco ha habido tiempo antes del mundo, habiendo Dios criado el tiempo en el momento mismo en que crió el cielo y la tierra. ¿Quién es el criador de los tiempos, dice el mismo Santo, sino Dios que crió los cuerpos, cuyos movimientos reglan el curso y la sucesion de los tiempos? *Quis alius est Creator temporum, nisi qui fecit ea quorum motibus corruunt tempora* ³?

En cuanto al tiempo que Dios empleó en criar el mundo, la sagrada Escritura nos dice que seis dias, aunque pudo criarle en un momento, pues es todopoderoso. El primer dia crió el cielo y la tierra, de suerte que la tierra estaba toda desnuda, y las tinieblas cubrian la faz del abismo. Dios hizo despues la luz, y dividió la luz de las tinieblas. El segundo dia hizo el firmamento, y dividió las aguas de la tierra de las del cielo. El tercer dia separó el agua de la tierra, é hizo producir á la tierra todo género de árboles y de plantas. El cuarto dia hizo el sol, la luna, los planetas y las estrellas. El quinto dia las aves y los peces, y el sexto crió todos los ani-

¹ II Mach. vii, 28. — ² Lib. II Conf. c. 12. — ³ De Civit. Dei, lib. II, c. 17.

males y reptiles de la tierra, y finalmente el hombre y la mujer para presidir á los animales, las aves, los peces y reptiles. Bendigamos á Dios en todo lo que ha hecho. *Benedicite Domino omnia opera ejus*, y en orden á lo que no comprendemos, contentémonos con decir : *Vidit Deus cuncta quæ fecerat, et erant valde bona* ¹.

P. ¿Cuáles son las criaturas que tienen el primer lugar entre las obras de Dios?

R. Son los Ángeles : es propiamente en su creacion en lo que Dios Hegó al fin que se proponen todas las causas, dice santo Tomás ², que es producir, en cuanto sea posible, efectos que las sean semejantes ; y como por este principio, estos puros espíritus desembarazados de la materia se acercan mas que ninguna criatura á la espiritualidad y actividad de Dios, no hay que extrañar sea difícil explicar cuál es su naturaleza, y definir precisamente lo que ellos son. Hé aquí la noción que de ellos nos da la teología : Los Ángeles son criaturas espirituales é inteligentes que no han sido hechas para ser unidas á cuerpos. I. Son criaturas espirituales : es decir, que los Ángeles no tienen cuerpo como nosotros, ni tampoco cuerpos mas sutiles que los nuestros, como creyeron algunos antiguos : son puros espíritus, que no pueden ser percibidos por nuestros sentidos en su propia naturaleza. *Qui facis Angelos tuos spiritus*, dice el real Profeta ³ : lo que san Pablo explica de los Ángeles y aun de los demonios, diciendo á los efesios ⁴, que no solamente tenemos que combatir contra la carne y sangre, sino tambien contra los espíritus de malicia esparcidos en el aire. II. Son criaturas inteligentes, que no solamente tienen entendimiento como nosotros, sino tambien conocimientos mucho mas perfectos, y el lenguaje mas elevado ; porque ellos se explican, no por palabras como nosotros, sino por solo la accion de su voluntad que quiere manifestar su pensamiento : *Per voluntatem conceptus mentis angelicæ ordinatur ad alterum*, dice santo Tomás ⁵. III. Los Ángeles son criaturas espirituales que no han sido hechas para unirse á cuerpos como el alma del hombre. El alma racional es una criatura espiritual igualmente que el Ángel ; mas ella es hecha para unirse á un cuerpo. Es verdad que ella se separa por la muerte ; mas es para volver á unirse á él en el último dia. No sucede así con los Ángeles ; ellos han sido hechos para subsistir solos sin dependencia de ningun cuerpo. Ellos pueden á la verdad mover cuerpos, pues vemos en la Escritura que se han aparecido algunas

¹ Genes. I, 13. — ² 1 p. q. 50, art. 1. — ³ Psalm. ciii, 4. — ⁴ Cap. vi, 12. — ⁵ 1 p. q. 107, a. 1.

veces bajo forma humana ; mas esta impresion de movimiento no tiene nada de comun con la union que Dios ha puesto entre el cuerpo y el alma. Los cuerpos con los cuales se han aparecido los Ángeles no eran sino cuerpos fantásticos ó prestados. De aquí nace que el Ángel que habia guiado á Tobías, le dijo : *Videbar quidem vobiscum manducare et bibere : sed ego cibo invisibili, et potu qui ab hominibus videri non potest, utor* ¹. Siendo los Ángeles espirituales por su naturaleza, se sigue tambien que son incorruptibles é inmortales. A esto se reduce lo que sabemos en esta materia, y lo que yo puedo deciros.

P. ¿Cuándo crió Dios los Ángeles? ¿Cómo los crió? ¿Han sido todos ellos fieles á Dios?

R. Es una verdad en que todo el mundo conviene que los Ángeles han sido criados : la Escritura nos lo enseña ; mas no se conviene del mismo modo sobre el tiempo y manera de su creacion. Moisés no habló de ello claramente, por el temor, dicen los intérpretes, de que los judíos, que eran tan inclinados á la idolatría, adorasen á unas criaturas tan perfectas si tuviesen noticia de ellas. Algunos Padres antiguos creyeron que Moisés los habia comprendido bajo el nombre de cielos ², y que diciendo que Dios crió el cielo, quiso darnos á entender que habia producido al mismo tiempo los Ángeles, que debian de ser sus habitantes. Otros dijeron que estaban comprendidos bajo el nombre de luz ; y este es el sentir de san Agustin ³. Me parece, dice, que Dios crió á los Ángeles cuando dijo : *hágase la luz* ; y que separó los Ángeles buenos de los malos cuando se dijo que Dios separó la luz de las tinieblas ; porque la separacion de la luz del dia de las tinieblas de la noche se atribuye despues al sol, que fue criado para presidir al dia, y á la luna, que Dios hizo para presidir á la noche.

Dios crió á los Ángeles en un orden admirable, y con una gracia abundante : *Simul in eis condens naturam, et largiens gratiam*, dice san Agustin ⁴. Se dividen los Ángeles en tres jerarquías, y cada jerarquía en tres órdenes de coros. Se pone en la primera jerarquía los Serafines, los Querubines y los Tronos ; en la segunda las Dominaciones, los Principados y las Potestades ; en la tercera las Virtudes de los cielos, los Ángeles y los Arcángeles. Esta distincion de jerarquías y de órdenes de Ángeles se halla en el libro de la jerarquía atribuido á san Dionisio, y en san Gregorio papa ⁵. Sabemos

¹ Tob. xii, 19. — ² Orig. h. I Gen. — ³ De Civit. Dei, lib. XII, c. 19. —

⁴ Ibid. lib. XII, c. 9. — ⁵ Hom. XXXIV in Ev. ; Dan. vii, 10 ; Apoc. v, 11, etc.

por la Escritura que el número de los Ángeles es sin comparacion mayor que el de los hombres. Dios los crió para hacerlos bienaventurados; y para este efecto les dió una inteligencia muy pura para conocer el bien, una voluntad bien dispuesta para amarle, todas las gracias necesarias para poder perseverar, y llegar á la vida eterna. No obstante no todos se salvaron; muchos de ellos se han perdido por la soberbia. Lucifer y los ángeles que arrastró á su rebelion, en vez de referir á Dios la belleza que de él habian recibido, se engrieron, hasta querer sustraerse á la dependencia, y hacerse semejantes al Altísimo. Dios castigó á estos espíritus soberbios, y los condenó á las penas eternas.

Se les llama á los ángeles que han caido ángeles malos, demonios, potencias del infierno, espíritus de tinieblas y de malicia. Los Ángeles buenos son aquellos que, considerando que Dios era su soberano bien, perseveraron en ser fieles, sumisos y obedientes á sus órdenes; y Dios, para recompensar su fidelidad, los confirmó en gracia, y ellos han llegado á la bienaventuranza eterna. Se les llama ordinariamente Ángeles buenos, santos Ángeles, espíritus bienaventurados. Detestemos aquí la soberbia de los demonios, y temamos un vicio que tanto desagrada á Dios. Imitemos la humildad de los santos Ángeles, y aprendamos de ellos que por perfecta que sea una criatura, toda su dicha consiste en mantenerse unida inseparablemente á su Dios. *Mihi adhærere Deo bonum est*. Es lo que dijeron los santos Ángeles; mas por el contrario, los ángeles apóstatas dijeron: *Mihi adhærere, mihi bonum est*. Es reflexion de san Agustín ¹. ¡Ah! ¿quién no temerá una soberbia que ha sido el principio de una miséria infinita?

P. ¿En dónde están los demonios, y cuál es su ocupacion?

R. Ellos sufren todas las penas eternas del infierno, á las cuales los condenó Dios, como dice san Pedro: *Rudentibus inferni detractos in tartarum tradidit cruciandos* ²; lo cual no impide que muchos de ellos estén aun esparcidos en el aire, y san Jerónimo asegura que es opinion constante de todos los Doctores que el aire que hay entre el cielo y la tierra está lleno de espíritus malos: *Hæc autem omnium Doctorum opinio est, quod aer iste qui cælum et terram medius dividens inane appellatur, plenus sit contrariis fortitudinibus* ³. Su ocupacion es tentar á los hombres: ellos andan continuamente al rededor de ellos para devorarlos, como dice san Pedro; esto es, para hacerlos infe-

¹ De Civit. Dei, lib. II, c. 9. — ² II Petr. II, 4. — ³ Hier. ibid.

lices como ellos mismos. Antes del nacimiento de Jesucristo su poder era de mucha extension, porque reinaba por todas partes la idolatría; mas Jesucristo los despojó de su imperio por su muerte y resurreccion. Desde entonces acá el poder del demonio está atado, no ejerce su tiranía sino sobre aquellos que quieren sujetarse á ella. Él es, dice san Agustin, como un perro que está atado con una cadena, el cual puede ladrar, mas no puede morder sino á aquellos que se le acercan: *Latrare potest, mordere omnino non potest, nisi volentem* ¹. Al fin del mundo, durante la persecucion del Anticristo, la malicia de los hombres hará que el imperio del demonio sea mas extendido; mas durará poco: Jesucristo le disparará por su segundo advenimiento: precipitará todos los demonios y los impíos en los infiernos, y se llevará consigo todos los santos al cielo, para reinar en ellos y con ellos por toda la eternidad. Hasta allá, esto es, hasta el dia del juicio, los hombres tienen siempre que temer de los demonios, que no se cansan y que emplean mil artificios para hacerlos caer en sus lazos; lo que nos obliga á estar sobre aviso, á velar sobre nosotros mismos, á orar y armarnos de la fe, que es el medio eficaz y poderoso para resistirlos, como dice san Pedro ²: *Cui resiste fortes in fide*.

P. ¿En dónde están los santos Ángeles, y cuál es su ocupacion?

R. Están en el cielo, siempre en la presencia de Dios: le ven, le adoran, y están unidos á él por toda la eternidad: *Semper vident faciem Patris mei, qui in cælis est*, dice Jesucristo ³. Ellos son los ministros de Dios, siempre prontos á obedecerle; y Dios se sirve de ellos para ejecutar sus órdenes sobre las criaturas, y particularmente sobre los hombres: *Omnes sunt administratorii spiritus in ministerium missi propter eos, qui hæreditatem capiunt salutis*, dice san Pablo ⁴. Esto es lo que indica el nombre de ángel, que significa enviado, embajador, mensajero. Dios los envia á anunciar el nacimiento de algunos hombres grandes, como de Isaac, Sanson, san Juan Bautista y Jesucristo mismo. Ellos son diputados para conducir y proteger á sus amigos. El ángel Rafael fue enviado á Tobías. Se le encarga tambien ejercer su justicia contra los malos, como aquellos que fueron enviados á Sodoma, y el Ángel exterminador que dió muerte á los primogénitos de Egipto. Finalmente, ellos son destinados para anunciar la voluntad del Señor á sus profetas y á sus siervos, como aquellos que fueron diputados á Abrahan, Daniel,

¹ Aug. serm. CXC VII de Temp. — ² I Petr. v, 9. — ³ Matth. xviii, 10. — ⁴ Hebr. i, 14.

Zacarías, etc. Ellos presiden á las naciones y á los Estados. San Miguel es recomendado como el Ángel del pueblo de Dios : Daniel nos habla del Ángel de la Persia : los Actos de los Apóstoles del de Macedonia : Zacarías habla tambien de los Ángeles de diversas naciones : las Iglesias, las santas congregaciones, los lugares sagrados, tienen asimismo sus Ángeles ; segun la Escritura y los Padres, san Juan en el Apocalipsis escribe á los Ángeles de las siete iglesias de Asia , y bajo este nombre no entiende solamente los Obispos , que son los ángeles visibles , sino tambien á los Ángeles ó tutelares invisibles que las gobiernan : *Non solum episcopos ad tuendam gregem Dominus ordinavit, sed etiam angelos destinavit*, dice san Ambrosio ⁴ ; y por lo que toca á los santos lugares, en donde se celebran los divinos misterios, no lo dudeis, añade el mismo Santo, que el Ángel se halla en ellos cuando Jesucristo asiste, cuando Jesucristo es inmolado : *Ne dubites assistere Angelum, quando Christus assistit, quando Christus immolatur* ⁵. Ellos ofrecen á Dios el incienso de nuestras oraciones y de nuestras súplicas, dice san Juan. Inferid de aquí, hermanos mios, cuál debe ser nuestra modestia en las iglesias, y con qué fervor debemos orar á Dios en ellas para juntar nuestras alabanzas á las que le dan estos bienaventurados espíritus : *In conspectu angelorum psallam tibi, adorabo ad templum sanctum tuum, et confitebor nomini tuo* ⁶.

P. ¿ Tienen todos los hombres un Ángel de la guarda?

R. Es comun sentir de los teólogos ⁴ que todos los hombres, aun los infielés, tienen un Ángel de la guarda. A lo menos todos convienen en que es una cosa cierta que cada fiel tiene desde su nacimiento un Ángel de la guarda : aunque esta verdad no se haya decidido expresamente por la Iglesia, los testimonios de la Escritura y de los Padres no nos permiten dudar de ella. Jacob hablaba de su Ángel de la guarda cuando decia que el Ángel le habia librado de los peligros á que habia estado expuesto ⁵. Del Ángel de la guarda hablaba Judit cuando decia ⁶, que el Ángel del Señor habia cuidado de ella cuando estaba en la tienda de Holofernes. Del Ángel de la guarda de cada fiel hablaba Jesucristo cuando decia : No despreciéis á ninguno de estos pequeñuelos ; yo os declaro que sus Ángeles ven sin cesar la cara de mi Padre, que está en los cielos ⁷. Admirad la dignidad de las almas, dice á este asunto san Jeróni-

¹ In Luc. lib. 2. — ² Apoc. viii, 3. — ³ Psalm. cxxxvii, 1, 2. — ⁴ S. Thom. 1 p. q. 113, art. 4 ad 3; Silv. ibid. — ⁵ Genes. xlviii, 16. — ⁶ Cap. xiii, 20. — ⁷ Matth. xviii, 20.

mo : apenas os dió Dios un alma, hermanos míos, cuando os dió al mismo tiempo un Ángel para guardarla : *Magna dignitas animarum ; ut unaquæque habeat ab ortu suæ natiuitatis in custodiam sui Angelum deputatum* ¹. Las palabras de Jesucristo, dice san Juan Crisóstomo, nos muestran claramente que todos tenemos un Ángel de la guarda que nos ve, aunque nosotros no le veamos ; que está siempre con nosotros en cualquiera lugar que estemos ; que nos oye por secreto que hablemos ; que nos observa en cualquiera cosa que hagamos, y que está siempre á nuestro lado. *Angelus meus vobiscum est* ². Si, hermanos míos, el Ángel del Señor está con vosotros, os acompaña en vuestra peregrinacion de esta vida, y no os dejará hasta la muerte. Él está con nosotros para librarnos de los lazos del demonio, é inspirarnos santos pensamientos mientras que el tentador solicita perdernos. *Vobiscum est*. Él está con vosotros, os sigue á todas partes, y entra en cualquiera lugar en que os escondais : no podeis huir de su presencia, ni eludir su testimonio ³. Almas santas, tened entendido que él apunta todas las buenas obras que haceis, vuestras limosnas, etc. Pero sabed tambien, pecadores, que observa todos vuestros desórdenes, y que algun dia os reprenderá de ellos.

P. ¿Cuál debe ser nuestro reconocimiento para con nuestros Ángeles de la guarda?

R. San Bernardo nos lo enseña cuando explicando estas palabras del salmo xc : *Angelis suis mandauit de te*, mandó Dios á sus Ángeles que os guarden en todos vuestros caminos, exclama : ¡Oh! cuánto respeto, devocion y confianza en nuestros santos Ángeles deben inspirarnos estas palabras : *Quantam tibi debet hoc verbum inferre reuerentiam, afferre devotionem, conferre fiduciam* ! Su presencia pide nuestro respeto, su amistad nuestra devocion, y su cuidado nuestra confianza : *Reuerentiam pro præsentia, devotionem pro beneuolentia, fiduciam pro custodia*. Hé aquí tres cosas que nosotros debemos á estos espíritus bienaventurados que Dios nos dió por guías y protectores.

Reuerentiam pro præsentia. Su presencia merece nuestro respeto : así no hagamos cosa delante de ellos que pueda ofenderlos. Vosotros temeis delante de una persona á quien teneis veneracion, componeis vuestro gesto y vuestra vista ; si se os escapa alguna palabra que le desagrade, le pedís perdon ; si os halla en una postura indecente,

¹ Hier. ibid. — ² Baruch, vi, 6. — ³ Act. x, 4.

lo sentís; y delante de vuestro Ángel de la guarda, en cuya comparacion los mas grandes príncipes son unos gusanos de la tierra, ¿os atreveis á cometer acciones escandalosas, dar á vuestros ojos, á vuestras manos, á vuestra boca, á vuestras pasiones una licencia desenfrenada; caer en su presencia en prostituciones vergonzosas, y os dejais llevar á todo género de defectos? ¿Es eso tratar á vuestro santo Ángel con respeto?

Devotionem pro benevolentia. Los santos Ángeles son nuestros amigos, y los mejores amigos. ¡Oh cuántos buenos consejos nos han dado! ¡cuántas veces nos han advertido el peligro en que estábamos, y que huyésemos de las malas compañías! ¡cuántas veces nos han tomado, por decirlo así, por la mano, como á Lot, para hacernos salir de Sodoma, é impedir que pereciésemos con ella! ¡Oh! ¿quién podrá decir todos los buenos oficios que les debemos? Tengamos, pues, una singular devocion con ellos, y no dejemos de implorar su ayuda cuando la necesitemos.

Fiduciam pro custodia. Ellos son nuestros guardas y nuestros guías, en quienes debemos tener confianza. Es cierto que, hablando con propiedad, Dios solo es quien nos guarda, nos conserva, nos acoge, nos cubre con las alas de su misericordia; mas lo que podia hacer por sí solo, quiere ejecutarlo por el ministerio de los Ángeles. *Ecce ego mittam angelum meum*, dice en la Escritura, *qui præcedat te, et custodiat in via, et introducat in locum quem paravi*¹. Notad bien todas estas palabras. Dios nos hace la gracia de darnos un Ángel que ande delante de nosotros, y que nos muestre el buen camino que debemos seguir. Este Ángel es no solamente nuestra guía, sino tambien nuestra guarda, que nos defiende de los enemigos de nuestra salvacion: *Et custodiat te*. ¡Ay! qué seria de nosotros, si él no se opusiese á los esfuerzos del demonio, que hace todo lo que puede para perdernos! Finalmente, este bueno y fiel guarda es el que nos conduce al lugar que el Señor nos ha preparado: *Et introducat in locum quem paravi*. Este lugar es el cielo, en donde quiere hacernos entrar, para que participemos de su dicha.

Amable y fiel guarda, que desde mi nacimiento habeis tenido cuidado de mí, no os canseis de darme señales de vuestra proteccion, á fin de que yo persevere hasta el fin en el camino que guía á la bienaventuranza que Vos gozais.

¹ Exod. xxiii, 20.

PLÁTICA CUARTA.

SOBRE LA CREACION DEL HOMBRE.

Faciamus hominem ad imaginem et similitudinem nostram. (Genes. I).

Hagamos al hombre á nuestra imágen y semejanza.

Los santos Padres advierten ¹, que habiendo hecho Dios todas las cosas por solo su precepto, diciendo, hágase la luz, y la luz fue hecha, y así de lo demás, se exhorta en alguna manera á sí mismo, cuando quiere formar el hombre, á hacer una cosa mas grande que todo lo que habia hecho hasta entonces, para denotar la dignidad de aquel que debia ser el fin, y como la principal entre todas sus obras. Así el hombre ha sido formado el último despues de la creacion y establecimiento del cielo y la tierra, de los elementos y de todas las criaturas; y en esto mismo manifestó Dios la grandeza á que le habia destinado, cuando le dió el ser; habiendo querido que el mundo fuese perfecto en todas sus partes antes de introducir en él al hombre, á fin de que entrase en él como en un palacio y un reino, del cual fuese señor y rey. Vos habeis criado al hombre un poco inferior á los Ángeles, dice David hablando con Dios: *Minuisti eum paulo minus ab Angelis*; no obstante, aunque menos noble que los Ángeles, Vos le habeis coronado de honor y de gloria, estableciéndole como señor del universo: *Gloria et honore coronasti eum, et constituisti eum super opera manuum tuarum*. Mas ¿qué hizo el hombre? En vez de servirse de este grande espectáculo de la naturaleza como de un espejo siempre expuesto á sus ojos, para contemplar la belleza de las criaturas y reverenciar el poder y la sabiduría del Criador, ha perdido por el pecado todas estas grandes ventajas que habia recibido de la bondad de Dios. Así para conocer bien al hombre es necesario distinguir en él lo que viene de Dios, de lo que es obra del pecado. Esto procuraremos hacer en esta plática y en las siguientes.

¹ Basil. hom. XVIII in Hexam.

P. ¿Cuál es la criatura mas perfecta despues de los Ángeles?

R. El hombre, que es una criatura racional compuesta de cuerpo y alma á imágen y semejanza de Dios. Estando obligado cada uno á saber lo que él es, nos es preciso explicar esta definicion. Decimos que el hombre es una criatura racional, esto es, que obra con conocimiento, con eleccion y deliberacion; que conoce lo que hace, y por qué lo hace. *Deus ab initio constituit hominem*, dice el Sábio ¹, *et reliquit illum in manu consilii sui*. Es una criatura compuesta de cuerpo y alma: cuando Dios hizo el hombre, dice la Escritura que formó su cuerpo de tierra: *Formavit Dominus Deus hominem de limo terræ* ²; y le dió vida á este cuerpo uniéndole un alma racional que crió, es decir, que sacó de la nada: *Et inspiravit in faciem ejus spiraculum vitæ*. Así cria Dios todas las almas para unir las al cuerpo humano, como enseña la teología ³, conforme á la Escritura. Finalmente, el hombre es una criatura hecha á la imágen y semejanza de Dios: *Creavit Deus hominem ad imaginem suam*. Las otras criaturas solo son vestigios de la Divinidad, como dice un Padre de la Iglesia: *Vestigia Dei*: mas el hombre es su imágen, que se le parece, aunque con mucha desigualdad; porque solo el Verbo eterno es la imágen perfecta del Padre, el carácter y la expresion de su sustancia, como que le es consustancial é igual en todo. El hombre es imágen de Dios, no en el cuerpo, como imaginaban los Antropomorfitas, que atribuian á Dios una forma humana; sino en el alma, en que el hombre ha recibido de Dios el espíritu, el entendimiento, la voluntad y la libertad: y por estas ventajas de que carecen las demás criaturas, excepto los Ángeles, Dios, por decirlo así, ha impreso en nosotros su imágen y semejanza; porque Dios es espíritu ⁴: su entendimiento, su voluntad, su libertad son las perfecciones mas notables de su divina esencia.

Reconozcamos aquí la grandeza de nuestro ser, y demos gracias á Dios por habernos hecho lo que somos. Nosotros no somos del número de las criaturas insensibles y desnudas de razon; nos ha elevado hasta darnos un ser capaz de poseerle. Él crió todo el universo para el servicio del hombre, y toda la naturaleza trabaja para socorrer sus necesidades. Cuando no hubiera mas que un hombre en el mundo, el cielo, la tierra y los elementos le servirian igualmente á él solo como sirven á todos: *Omnia subjecisti sub pedibus ejus* ⁵, exclama el real Profeta. Demos con él gracias á Dios del beneficio

¹ Eccli. xv, 14. — ² Genes. ii, 7. — ³ Thom. 1 p. q. 9, 2, 4, et q. 118, art. 2. — ⁴ Thom. 1 p. q. 93. — ⁵ Psalm. viii, 8.

de nuestra creacion, y guardémonos de abusar de él : *Tuus sum ego, saluum me fac* ¹.

P. Cuando crió Dios al hombre, ¿en qué estado le crió?

R. Dios crió al hombre en el sexto dia de la creacion del mundo. Adan fue el primer hombre, y Eva la primera mujer ; y es una verdad de fe que no ha habido hombre ni mujer antes de ellos. Dios los crió en la inocencia y la santidad, con todas las ventajas de cuerpo y alma ; y si ellos decayeron fue únicamente por su culpa : *Solummodo hoc inveni quod fecerit Deus hominem rectum*, dice el Sábio, *et ipse se infinitis miscuerit questionibus* ².

Por lo que toca al cuerpo, reinaba en el primer hombre una salud siempre igual : no estaba sujeto á enfermedades ni á la muerte. Adan, dice san Agustín, era á un tiempo mortal é inmortal : mortal por la naturaleza de su cuerpo animal, que por sí mismo podia morir ; é inmortal por gracia de su Criador, que le habia dado el árbol de la vida para impedirle que envejeciese : *Mortalis erat conditione corporis animalis, et immortalis beneficio Conditoris* ³. En efecto, no hubiera muerto jamás, si se hubiese mantenido en el estado de la inocencia, en que Dios le habia criado ; hubiera vivido en este dichoso estado con todos sus hijos el tiempo que faese del agrado de Dios ; y despues hubieran sido trasladados al cielo sin morir, siendo cierto, segun la Escritura, que la muerte entró en el mundo por el pecado ⁴ : *Per peccatum mors*.

En cuanto al alma, Adan y Eva recibieron todo lo que puede hacer el espíritu perfecto. Ellos tenian una libertad plena y entera para hacer todo lo que quisiesen, y una voluntad recta é inclinada á lo bueno sin ninguna propension á lo malo. Dios les habia dado todos los auxilios y todas las gracias, con las cuales podian arribar á la vida eterna. En una palabra, Adan era como un rey, dice san Agustín ⁵ ; pero un rey de una majestad, en cuya comparacion la de los príncipes del mundo es bajeza y servidumbre. Toda la naturaleza le estaba sumisa, y todos los elementos conspiraban de concierto á su felicidad. Él mandaba igualmente sobre las aves del cielo que sobre los peces del mar y los animales de la tierra ; y lo que es mas, era rey de sí mismo ; y tenia un imperio absoluto sobre todas las impresiones de sus sentidos, sobre todos los pensamientos de su entendimiento y los movimientos de su corazon. No poseia solamente para sí esta felicidad : debia transmitirla á toda su posteridad : to-

¹ Psalm. cxviii, 94. — ² Eccles. vii, 30. — ³ Aug. de Gen. et Lit. lib. VI, c. 25. — ⁴ Rom. v, 12. — ⁵ De Civit. Dei, lib. XVIII, c. 10.

dos sus hijos habian de nacer de una inocencia y una santidad original, así como de una fuente perfectamente pura salen los arroyos puros. Por consiguiente todos ellos hubieran nacido reyes, todos señores del mundo, y todos serian venerados de las criaturas. ¡Oh Dios mio! ¿quién podrá pensar en esta felicidad sin sentir haberla perdido, y sin exclamar con san Agustín: ¡Oh caída de Adán, y qué funesta eres! *Ruina ineffabilis, et ineffabiliter grande peccatum* ¹!

P. ¿Para qué crió Dios al hombre?

R. Para hacerle bienaventurado como los Ángeles, comunicándosele sin reserva por toda la eternidad. El hombre no debe, pues, acercarse sino á Dios, que es el sumo bien suyo. Solo la posesion de Dios puede hacerle feliz. Lo que obliga á san Agustín á decir que el corazon del hombre estará siempre inquieto hasta que descanse en Dios, que es su centro y su fin. *Fecisti nos, Domine, ad te, et inquietum est cor nostrum donec requiescat in te* ². Así acordémonos, hermanos míos, que no hemos sido hechos para los bienes, los placeres y los honores de este mundo, ni para alguna criatura, sino para solo Dios; que él es con quien debemos unirnos, dirigiéndole todos nuestros pensamientos, nuestras palabras y nuestras obras, en una palabra, toda nuestra vida, como nos lo advierte el Apóstol: *Omnia in gloriam Dei facite* ³. No nos olvidemos de esta importante leccion. Padres y madres, enseñádsela á vuestros hijos desde la edad mas tierna: decidles con frecuencia que Dios es su primer principio y su último fin, que toda su ocupacion debe ser conocer, amar y servir á este gran Dios que los sacó de la nada, y los hizo capaces de una bienaventuranza eterna. Mas en lugar de darles estas instrucciones, no se les habla sino del mundo y sus vanidades; y al Dios del mundo se le olvida, y apenas os atreveis á hablar de él. El cielo y la tierra publican la gloria de Dios; y vosotros, padres y madres, no decís palabra sobre este punto á vuestros hijos: ¿qué podeis esperar, sino que salgan unos hijos libertinos y desreglados? Porque el Espíritu Santo lo dijo, y será eternamente cierto, que todos los hombres que no cuidan de conocer á Dios son vanos: *Vani sunt omnes homines in quibus non subest scientia Dei* ⁴.

P. Habeis dicho que el hombre se compone de cuerpo y alma; enseñadnos qué cosa es el alma del hombre, y lo que debemos saber acerca de ella.

R. Nuestras almas son espíritus inmortales, que han sido criados

¹ Enchirid. c. 48. — ² Conf. lib. I, c. 1. — ³ I Cor. x, 31. — ⁴ Ibid.

por Dios, para ser unidos al cuerpo humano. Nosotros debemos conocer su naturaleza y dignidad. El alma del hombre es espiritual é inmortal por su naturaleza: esto es lo que la fe y la razon nos enseñan. La fe nos instruye por la sagrada Escritura que Dios crió el hombre inmortal, y le hizo á su imágen y semejanza: *Deus creavit hominem inextermínabilem, et ad imaginem similitudinis suæ fecit illum* ¹. Lo que se deja conocer tambien por toda la economía de la Religion, la que no podria subsistir sin esta verdad fundamental. Porque, como dice san Pablo, si esperásemos en Jesucristo solo para esta vida, seríamos los mas miserables de todos los hombres: *Si in hac vita tantum in Christo sperantes sumus, miserabiliores sumus omnibus hominibus* ². La razon nos ofrece tambien pruebas convincentes. Solo me valdré aquí del siguiente discurso: Todo aquello que piensa y reflexiona sobre sus pensamientos es espiritual; la materia no es capaz de pensar y discurrir; dadla todas las vueltas que quisiéreis, y solo concebiréis en ella extension, figuras y movimiento local. Es imposible que el pensamiento sea cuerpo, que el cuerpo sea pensamiento. Pues todos nosotros sabemos que pensamos, que conocemos, que queremos, que reflexionamos, etc., luego hay en nosotros un principio espiritual que nos hace pensar, y este principio es lo que nosotros llamamos alma racional. Siendo esta alma espiritual, se sigue que ella es inmortal, porque no hay mortal sino lo que es corruptible; y no hay corruptible sino aquello que tiene partes separables la una de la otra. Lo que es espiritual es indivisible, luego es incorruptible.

Supuesta esta verdad, ¿qué se debe inferir de aquí? Vuestra alma es espiritual, amados hermanos míos; no se la debe, pues, emplear en obras de la carne, en excesos de comida y bebida. Sabed, os dice Jesucristo, que vuestra alma es mas que todo esto: *Nonne anima plus est quam esca?* Vuestra alma es inmortal. ¡Oh, qué palabra! Yo la repito para que la noteis. Vuestra alma es inmortal, y nada de cuanto hay en el mundo es capaz de destruirla. No debeis, pues, temer nada de esto. *Nolite timere eos qui occidunt corpus*, nos dice Jesucristo, *animam autem non possunt occidere* ³. Aquel tramposo os amenaza con un pleito, si no jurais falso por complacerle: este deshonesto, con que os enviará la justicia ó el alguacil, que se echará sobre todos vuestros bienes y os arruinará, si no consentís á su brutal pasion: ese malvado os quiere dar de palos ó mataros, si

¹ Sap. II, 23. — ² I Cor. xv, 19. — ³ Matth. x, 28.

no cometeis tal robo, tal injusticia : no temais á todas estas gentes : ellos pueden hacer daño á vuestro cuerpo y á vuestros bienes ; mas no tienen el menor poder sobre vuestra alma : *Occidunt corpus, animam autem non possunt occidere*. Yo quiero mostraros á quien debeis temer : *Ostendam autem vobis quem timeatis* ¹. Temed á aquel que despues de haber quitado la vida al cuerpo puede enviar el alma y el cuerpo á los tormentos del infierno : *Time eum qui postquam occiderit, habet potestatem mittere in gehennam* : ved aquí á quien debeis temer de ofender : *Ita dico vobis, hunc time*.

P. Despues de habernos explicado la naturaleza de nuestras almas, mostradnos la estimacion que debemos hacer de ellas.

R. Para comprender la grandeza del alma y el aprecio que debemos hacer de ella es necesario considerarla, no con respecto al cuerpo que ella anima, sino con respecto á Dios, de quien es imágen, como advierte san Gregorio Nazianceno. Este santo Doctor habia casado á su sobrina Alipiana con un caballero llamado Nicóbulo, quien despreciaba á su mujer por ser pequeña, lo que dió motivo al Santo para escribirle estas palabras ² : Sobrino mio, procedes como un hombre que estimase mas un gran morrillo que un diamante, un cuervo que un ruiseñor, un gran cardo que un clavel : reflexiona las virtudes que adornan á tu mujer, el amor que te tiene, la obediencia que te rinde, la fidelidad que te guarda, su devocion para con Dios, su solicitud en los negocios, su prudencia en el gobierno de tu familia. Si te haces cargo de todas estas cualidades, confesarás que para bien conocer la grandeza de un alma no se debe medir á palmos : *Animus in mensuram non cadit*. Así, no debemos juzgar de nuestra alma por las sombras é imperfecciones del cuerpo, si queremos conocerla bien : *Revertamur ad animam, et hominem Deo metiamur*. Mirémosla con respecto á Dios, que es quien la crió y destinó á una gloria inmortal : esto es lo que debe hacérnosla estimar. Es un gran motivo de confianza para nosotros, dice san Agustin, saber que nuestra alma ha salido de las manos de Dios ; que ha recibido de él todo lo que ella es ; que no solo es un débil vestigio de su poder, como son las criaturas irracionales, sino que la crió á su imágen y semejanza, capaz de poseerle : *Non parvæ fideiæ est res facta ad factorem suum, et non quomodocumque facta, sed ad imaginem et similitudinem ejus* ³. Mas esta confianza se hace aun mayor si reflexionamos que el mismo Hijo de Dios ha querido

¹ Luc. XII, 4. — ² Epist. CLV. — ³ De Gen. lib. III, c. 24.

ser su Redentor ; que dió para redimirla, no oro ó plata, sino su sangre y su vida, como dice san Pedro : *Scientes quod non corruptibilibus auro vel argento redempti estis... sed pretioso sanguine Christi* ¹. De aquí se infiere que es preciso que nuestra alma sea una cosa muy grande, pues ha sido redimida á tal precio. *Oh anima! erige te*, exclama san Agustin ², *tanti vales... salus tua Christus est. Christum ergo cogita*.

P. ¿ Qué fruto debemos sacar de esta plática ?

R. Debemos : I. Hacer una séria reflexion sobre lo que somos por el beneficio de nuestra creacion ; amar y estimar en nosotros lo que es obra de Dios ; aborrecer al mismo tiempo y detestar los desórdenes que el pecado ha causado en nosotros : *Oportet ut oderis in te opus tuum, et ames in te opus Dei*, nos dice san Agustin ³. II. Dar gracias á Dios por habernos dado un alma tan noble, tan excelente y tan elevada, que todo lo grande y rico que hay en el mundo no tiene comparacion con ella á juicio del mismo Jesucristo, que nos dice, que si alguno pierde su alma, no hay en el mundo con qué reparar esta pérdida : *Quid prodest homini si mundum universum lucretur, animæ vero suæ detrimentum patiat, aut quam dabit homo commutationem pro anima sua* ⁴? III. Trabajar con cuidado para santificarla y hacerla agradable á los ojos de Dios por el ejercicio de las buenas obras : *Miserere animæ tuæ placens Deo* ⁵. Tened compasion de vuestra alma, no la deixeis estar en pecado, adornadla de las virtudes propias de vuestro estado, y haced todo lo que pudiéreis para asegurar su salvacion. Haced ver en todo trance que no habeis recibido en vano una alma inmortal. Dichoso aquel que se halla en esta disposicion. *Qui non accepit in vano animam suam* ⁶. Dichosos los padres de familias y todos los que teniendo cargo de almas contribuyen á la santificacion de las que Dios puso á su cuidado, á las cuales, dice el Sábio, ama tanto, que ejerce su misericordia con todas, porque las ama : *Parcis omnibus quoniam tua sunt, Domine, qui amas animas*. Por estos motivos y consideraciones, hermanos míos, han tenido los Apóstoles un celo ardiente de la salud de las almas. Todos ellos dijeron como san Pablo : *Ego autem libentissime impendam, et superimpendar ipse pro animabus vestris* ⁷. Yo daré de buena gana todo lo que tengo, y me daré tambien á mí mismo por la salud de vuestras almas : id, Apóstoles, atravesad los mares, recorred las provincias, exponed vuestra vida por ganar almas á un

¹ I Petr. I, 8. — ² In Psalm. cii, n. 6. — ³ Serm. CCCLXVIII. — ⁴ Matth. xvi, 26. — ⁵ Psalm. xxiii, 4. — ⁶ Sap. xi, 72. — ⁷ II Cor. xii, 15.

Dios : cuando no convirtiéseis sino una , seríais bien recompensados , pues esa alma lleva la imágen de Dios , es el precio de la muerte de un Dios , y está destinada por la redencion á una gloria que nunca se acabará . Y vosotros , cristianos , que no sois llamados á los trabajos apostólicos , aplicaos con gran cuidado á la santificacion de vuestras almas y á la de vuestros hijos y domésticos ; tomad con amor la pena de dirigirlos , y recibiréis de la mano del Señor la corona de gloria que tiene prometida á sus buenos y fieles siervos .

PLÁTICA QUINTA.

SOBRE LA CAIDA DE ADAN, Y EL PECADO ORIGINAL.

Ecce enim in iniquitatibus conceptus sum, et in peccatis concepit me mater mea. (Psalm. L).

Yo he sido engendrado en la iniquidad, y mi madre me ha concebido en pecado.

¿Qué quiere decir en esto el Rey penitente, pregunta san Agustín? ¿Ha nacido de adulterio, para decirnos que ha sido concebido en la iniquidad? Jesé, su padre, ¿no era de arreglada conducta, y su mujer no conservó la castidad conyugal? No hay duda, sí. ¿Por qué, pues, nos dice que ha sido engendrado en la iniquidad? Es, dice este Padre, porque nos quiere enseñar en estas breves palabras que la iniquidad es el origen de los hijos de Adan; que ningun hombre nace en este mundo sin ser pecador, y sin traer al mismo tiempo la pena del pecado. Es para representarnos, y ponernos delante de los ojos esta espantosa miseria, que se extiende á todos los hijos de Adan; para hacernos conocer que contraen el pecado con la vida, y para obligarnos á deplorar con lágrimas y gemidos un estado tan digno de compasion, diciendo á Dios como él: ¡Ay! Señor, tened piedad de mí; bien sabeis cuán corrompido es mi origen y mi nacimiento: *Ecce enim in iniquitatibus conceptus sum*. Notad, hermanos míos, que este santo Rey no dice solamente que ha sido concebido en pecado, sino que se sirve de plural, diciendo que ha sido concebido en pecados, para hacernos comprender que este pecado único es el origen general de todo género de pecados. Notad tambien que lo dice dos veces en un mismo verso, lo que hace ver que estaba muy vivamente penetrado, que pensaba en ello con frecuencia, y que lo mismo debemos hacer nosotros, no habiendo cosa mas capaz de humillar el orgullo humano que la verdad del pecado original. Y siendo esta verdad uno de los principales artículos de nuestra Religion, será la materia de esta plática.

P. ¿Vivieron mucho tiempo Adan y Eva en el estado de la inocencia y santidad en que Dios los habia criado?

R. No podemos asegurar cuánto tiempo vivieron Adan y Eva en el estado de la inocencia en que Dios los habia criado: la Escritura no lo dice; y como ella habla tan presto de su pecado, podemos inferir con los santos Padres que vivieron pocos dias en este dichoso estado, y que decayeron bien presto de él por su desobediencia; hé aquí cómo:

Habiendo Dios criado á Adan en una edad perfecta, esto es, una edad correspondiente á la de treinta y tres años, que es la en que murió Jesucristo, le puso en un jardin delicioso, que la Escritura llama paraíso terrenal, lugar de una belleza divina, que nos es hoy dia desconocido, como advierte Tertuliano: *Locus divinæ amœnitatis de notitia orbis communis segregatus* ¹. Le puso en este delicioso jardin, para que se ocupase en cultivarlo, no por una agricultura penosa, como es la de hoy dia, sino por una ocupacion agradable que le diese motivo para elevarse á la grandeza del Criador. Poniendo Dios á Adan y Eva en el paraíso terrenal, les impuso un precepto justísimo en sí mismo, y muy fácil de cumplir. Comed, les dice, de todos los frutos de este jardin; pero no toqueis al árbol de la ciencia del bien y el mal: porque al punto que le tocáreis, morireis ciertísimamente. Este árbol es así llamado por los efectos que habia de producir; porque absteniéndose los hombres del fruto de este árbol por obedecer á Dios, habian de ser dichosos, y por consiguiénte conocerian el bien: y por el contrario, comiendo contra la órden de Dios el fruto de este árbol, habian de ser desgraciados, y por consiguiénte conocer el mal por una funesta experiencia. El fruto de este árbol era, sin duda, bueno como los otros; y solo les prohibió Dios el uso de él para probar su obediencia, hacerles conocer que no debian atenerse sino á Dios, amarle sobre todas las cosas, vivir en la sumision y dependencia de su Criador, y rendirle sus homenajes como á su soberano Señor; pero en vez de mantenerse en esta sumision le desobedecieron.

El demonio, que ya habia caido por su soberbia, envidioso de su dicha, los tentó con el fin de hacerlos miserables como él mismo: para esto se sirvió del órgano de la serpiente, y dijo á Eva que si comiesen del fruto no moririan, sino que vendrian á ser como dioses, conociendo el bien y el mal. Eva escucha al tentador, y se deja seducir: come del fruto, y despues de haber comido se lo presenta á su marido, que come de él como ella por una complacencia

¹ Apol. c. 47.

tanto mas culpable cuanto era enteramente voluntaria; porque Adán no fue como Eva seducido por el demonio, segun nota san Pablo: *Adam non est seductus; mulier autem seducta in pravaricatione fuit* ¹. Él se determinó por sí mismo á pecar: vió el mal, dice san Agustín ², lo conoció, lo quiso, lo hizo: *Adam sciens prudensque peccavit*. Quiso usar de su propia voluntad, dice el mismo Santo: se complació en hacer todo lo contrario de lo que le habia sido mandado, como para mostrar que podia obrar sin dependencia de Dios, y hacerse semejante al Altísimo, que no depende de nadie, ni tiene cosa que le sea superior: *Sua potestate uti voluit, præceptum rumpere delectavit, ut nullo sibi dominante foret sicut Deus, quia Deo nullus utique dominatur* ³. Así decayó el primer hombre del dichoso estado en que habia sido criado.

P. ¿Cuál ha sido el pecado del primer hombre, y qué idea nos dejan de él los santos Padres?

R. San Agustín ⁴, considerando con la mas profunda reflexion este pecado, nos enseña que es tanto mas grande, quanto encierra en sí todos los pecados. Es un atentado, dice este Santo, contra la majestad de Dios; porque desobedeciendo á Dios Adán y Eva, quisieron igualarse á él, y hacerse semejantes al Altísimo: *Ut sub Deo esse nollent, et Deo pares esse vellent* ⁵. Es una traicion y una infidelidad, pues hallándose el hombre entre Dios y el demonio, cree al demonio antes que á Dios, y se pone del lado del ángel apóstata, para sacudir, como él, el yugo del que le habia criado, por una independencia y orgullo detestable; lo que hizo decir al santo Doctor de la gracia, que el demonio hizo caer á nuestros primeros padres por los mismos pasos por donde él habia caido: *Unde cecidit demon, inde deiecit* ⁶. Es una profanacion y un sacrilegio, pues el hombre ha violado en sí mismo aquella hermosura angélica que hacia su alma templo de Dios. Es un homicidio, y el mayor de todos, pues el primer hombre no solamente se ha dado la muerte á sí mismo, sino tambien á esta multitud innumerable de hombres que habian de descender de él en el curso de todos los siglos. Es un adulterio y una corrupcion, y no se puede condenar suficientemente, pues el alma del hombre, que era esposa de Dios, se ha corrompido á sí propia, prostituyéndose al demonio; corrupcion tan grande, que pasó á todos los sentimientos y miembros de su cuerpo. Es un robo, un latrocinio, pues el hombre se ha sustraído de su Dios, como un es-

¹ I Tim. II, 14. — ² De Civit. Dei, lib. XIV, c. 11. — ³ Aug. in Psalm. LXX, conc. 1, post medium. — ⁴ Enchir. c. 46. — ⁵ De V. apost. serm. V. — ⁶ Ibid.

clavo que se huye de la casa de su señor para vivir á su antojo. Es una avaricia intolerable, pues el hombre deseó lo que no le pertenecía, y quiso enriquecerse con lo robado á Dios. En una palabra, si se examina de cerca el pecado de Adán, se verá que encierra todos los pecados; que es una ruina incomprensible, y un pecado inefable en sí y en sus consecuencias: *Ruina ineffabilis et ineffabiliter grande peccatum* ¹.

P. ¿Ha pasado á nosotros el pecado del primer hombre? ¿Cómo podremos comprender que nazcamos todos reos de un pecado cometido tantos siglos há?

R. Es verdad de fe que el pecado de Adán ha pasado á nosotros, y que todos nacemos culpados de este pecado. Esta verdad está expresa en la sagrada Escritura. Se dice en ella que Adán, despues de su pecado, engendró hijos á su imágen y semejanza: *Genuit ad imaginem et similitudinem suam* ², es decir, como lo explican los intérpretes, hijos pecadores como él. Si Adán se hubiera mantenido en la inocencia en que Dios le habia criado, sus hijos hubieran nacido puros, de un padre purísimo: hubieran sido como él imágenes vivas de la santidad de Dios; mas habiendo caído en este enorme pecado, que con la profunda llaga que en él hizo le desordenó enteramente en alma y cuerpo, sus hijos han llevado la imágen y el carácter de la corrupcion de su padre, y toda la naturaleza humana ha venido á ser no solamente pecadora, sino que no ha engendrado sino pecadores: *Magno illo primi hominis peccato*, dice san Agustín ³, *natura nostra in deterius commutata: non solum facta est peccatrix, sed etiam genuit peccatores*.

Siendo esta verdad uno de los principales artículos de la Religion, san Pablo la establece de un modo invencible en su Epístola á los romanos. El pecado, dice ⁴, entró en el mundo por un solo hombre, en el cual pecaron todos: *In quo omnes peccaverunt...* Por el pecado de uno solo ha caído la condenacion sobre todos los hombres. La Iglesia, instruida por el Espíritu Santo, ha enseñado siempre esta verdad; y cuando los Pelagianos se esforzaron á destruirla, pretendiendo que los niños nacen el día de hoy tan puros de toda mancha original como si hubieran estado en el paraíso terrenal, los santos Padres de la Iglesia, como san Jerónimo y san Agustín, los impugnaron con todo esfuerzo, y finalmente los Concilios los condena-

¹ Enchir. c. 48. — ² Genes. v, 3. — ³ De nupt. et concup. lib. II, c. 34. —

⁴ Rom. v, 12, 18.

ron: sobre lo cual se pueden ver los concilios de África, de Orange, de Florencia, y últimamente el de Trento.

Es cierto, hermanos míos, que el pecado original es un gran misterio, y que no comprendemos cómo un pecado cometido tantos siglos há, ha pasado hasta nosotros; no obstante, si reflexionamos que todos nosotros estábamos encerrados de un modo inefable en la persona de nuestro primer padre, reconoceremos que no es extraño ni injusto que de una raíz pecadora salgan hijos pecadores: *Nec mirum, nec injustum est quod radix profert damnata damnatos*¹. Por otra parte los efectos del pecado original son tan palpables y tan sensibles, que los mismos paganos los conocieron sin saber la causa, como advierte san Agustín: *Rem viderunt, causam nescierunt*. ¿De dónde viene que el hombre comienza la vida por las penas; que todo lo que sabe hacer, viniendo al mundo, es llorar y gemir? Bajo el gobierno de un Dios justo ¿puede uno nacer tan miserable y desdichado sin haberlo merecido? *Neque enim sub Deo justo miser esse quisquam, nisi mereatur potest*². Así nosotros podemos decir que por incomprensible que sea este misterio para el hombre, mas incomprensible es el hombre sin este misterio. En efecto, todo cuanto vemos en nosotros de grandeza y de bajeza prueba la gran miseria de un ser que está corrompido, no por su naturaleza, sino por el pecado. Creamos, pues, firmemente la verdad del pecado original, que Dios ha revelado en la sagrada Escritura, que la Iglesia ha enseñado siempre, que sentimos por nuestra propia miseria, y sobre lo cual está fundada la necesidad de un Redentor, y toda la economía de la Religión.

P. ¿Cuáles son los efectos del pecado original?

R. Estos efectos pertenecen al alma y al cuerpo. En orden á este, la rebelion de la carne contra el espíritu, las penas, dolores y la muerte son sus fatales consecuencias. Apenas pecaron Adán y Eva, cuando se avergonzaron de su desnudez, y se cubrieron con hojas de higuera, dice la Escritura; porque entonces empezaron á sentir la rebelion de la carne contra el espíritu, dice san Agustín³, perdieron no solamente el imperio que tenían sobre los animales, sino tambien el que tenían sobre su propio cuerpo. Ellos se habían sublevado contra Dios, y todo se sublevó contra ellos. Esta rebelion pasó á todos los hijos de Adán; la Escritura nos lo advierte, y una funesta experiencia nos lo enseña demasiado: esto es lo que hace

¹ Aug. cont. Julian. lib. III, c. 10. — ² Ibid. — ³ De Gen. ad lit. 11, c. 32.

gemir á los mas grandes Santos, y los obliga á exclamar con san Pablo: *Video aliam legem in membris meis, repugnantem legi mentis meae* ¹.

Los trabajos, las enfermedades, los dolores, fueron tambien penas á que el cuerpo del hombre se sujetó. Dios dijo á la mujer: «Yo «te afligiré con muchos males durante tu preñado; parirás con dolor; estarás bajo la potestad de tu marido, y él te dominará ².» Despues dijo á Adan: «Porque diste oidos á la voz de tu mujer, y «comiste del árbol del cual te habia prohibido comer, la tierra será «maldita por tu causa, y no sacarás de ella tu alimento todos los «dias de tu vida sino con mucho trabajo. Ella te producirá abrojos «y espinas, y tú te alimentarás de la yerba de la tierra, comerás el «pan con el sudor de tu rostro hasta que te vuelvas á la tierra de «donde has salido, porque eres polvo, y en polvo te has de volver.» Hé aquí las penas del pecado respecto del cuerpo, penas á que son condenados todos los hijos de Adan, y que nosotros debemos sufrir en espíritu de penitencia; no solamente porque son efectos del pecado original, sino tambien porque las habemos juntamente merecido por los que á él hemos añadido. Acordémonos, pues, que los males de esta vida, y por fin la muerte, son el sueldo y la paga del pecado, y que lo debemos sufrir todo con paciencia y sumision á la voluntad de Dios. *Stipendia enim peccati, mors* ³.

P. ¿Cuáles son los efectos del pecado respecto del alma?

R. Desde luego que pecaron Adan y Eva fueron el uno y el otro echados vergonzosamente del paraíso terrenal, sin que les fuese permitido volver á él: se sujetaron al imperio del demonio: se les cerró la entrada en el cielo, y merecieron la condenacion eterna. Su alma quedó sujeta á la ignorancia, á la concupiscencia, y se debilitó su libertad. Todos estos males cayeron sobre nosotros; mas como tenemos de ellos poca inteligencia, es necesario explicarlos.

Hay en el alma entendimiento, voluntad, libertad y memoria: ¿en qué han venido á parar estas facultades despues del pecado? Cási no hay mas que error é ignorancia en el entendimiento: *Error, et tenebrae peccatoribus concretae sunt*, dice el Sábio ⁴. Hé aquí la herencia del hombre pecador. Mas este, diréis, es un grande ingenio, un hombre de buen juicio, un entendimiento tan excelente que dirige con mucha inteligencia sus negocios. No importa: consideradle privado de la gracia del cristiano; y apenas hallaréis en él mas

¹ Rom. vii, 23. — ² Genes iii. — ³ Rom. vi, 23. — ⁴ Ecdi. ii, 16.

que errores, tinieblas é ilusiones. Su voluntad no es menos defectuosa; ella no puede por sí misma concebir algun buen deseo para la salvacion. Digo lo mismo de su libertad: es cierto, y es de fe, que ella no ha sido destruida por el pecado; pero lo es tambien que se ha debilitado, y que el hombre no tiene la misma facilidad para lo bueno que tenia antes ¹: y nosotros podemos mirar, con el profeta Isaias, esta libertad como la hoja: *Cecidimus quasi folium universi* ². La menor cosa la abate, la menor pasion la hace caer, una ojeada, la presencia de un objeto, un pensamiento, una tentacion, un pequeño interés, un placer momentáneo la trastornan: es la hoja que cae por el menor viento. *Cecidimus quasi folium universi, et iniquitates nostræ quasi ventus abstulerunt nos*. Si pasamos á la memoria del hombre pecador, ¿no podremos decir con san Bernardo que es un albañal y un depósito de todo género de inmundicias, una sentina de extravagancias, de locuras, de corrupcion? *Tota in repletorium memoriæ recurrit sentina vitiorum* ³. Añadamos á todo esto la concupiscencia, esto es, la propension é inclinacion que tenemos al mal, la cual queda en nosotros aun despues de perdonado el pecado original. *Deleta est iniquitas, sed manet infirmitas*. Y el santo concilio de Trento nos advierte que, habiendosenos dejado hasta la muerte, debemos resistirnos á ella con valor.

P. ¿Qué fruto habemos de sacar de lo que hemos dicho de la caida del hombre y del pecado original?

R. Debemos humillarnos en la presencia de Dios, y gemir á vista del latimoso estado á que nos ha reducido el pecado. Estado que hizo decir á san Pablo que todos nosotros por la desgracia de nuestro nacimiento éramos hijos de ira, y dignos de la venganza divina. *Natura filii iræ* ⁴. Estado que movió á Job á maldecir el dia de su nacimiento: *maledixit diei suo* ⁵. Gran Dios, aniquilad este dia, decia, y haced que nadie se acuerde de aquella noche en la cual se dijo que habia sido concebido un hombre. ¿A qué fin esta maldicion? Porque nosotros sabemos por la misma Escritura que este santo hombre no pecó por sus palabras: *in omnibus his non peccavit Job labiis suis*; es porque yo he sido concebido en pecado, y pecador desde el instante en que empecé á vivir, porque el seno que me ha traído, ha traído un pecador, y no me ha quitado de la vista las miserias que me agobian. *Quia non conclusit ostia ventris, qui portavit me, nec abstulit mala ab oculis meis*. Pluguiera á Dios que este dia

¹ Conc. Trid. sess. VI, can. 2 et 5. — ² Isai. LXIV, 6. — ³ Serm. VI, de V. cap. 9. — ⁴ Ephes. II, 3. — ⁵ Job, III, 2.

no hubiera jamás existido; y según la explicación de san Ambrosio ¹, quiera Dios que perezca el día funesto de mi nacimiento carnal, y sea como absorbido en la presencia de Dios por otro día, que es el de mi generación espiritual. *Pereat, inquit, dies sæcularis, ut dies spiritualis oriatur.*

¡Oh hombre soberbio! Hé aquí con qué confundirte y abatir tu orgullo; no puedes sufrir que te humillen, y este es un motivo suficiente para humillarte y cerrarte la boca. Yo he nacido en la iniquidad, mi cuerpo no es mas que miseria; mi entendimiento está lleno de ignorancia, mi voluntad de malicia, mi imaginación y memoria de mil pensamientos locos, mi libertad varía continuamente, mi concupiscencia me inclina al mal, sin cesar, y como hijo de Adán no tengo sino mentira y pecado. *Nemo habet de suo nisi peccatum et mendacium*, como dice un concilio ². Este es mi patrimonio, mi herencia y mis riquezas. A vista de ello ¿podré yo engreirme y gloriarme en alguna cosa? ¿No debo por el contrario anonadarme, confundirme y exclamar con el Apóstol: *Infelix ego homo! quis liberabit me de corpore mortis hujus?* ¡Infeliz de mí! ¿quién me librará de este cuerpo mortal, bajo cuyo peso gimo agobiado de enfermedades y tentaciones? La gracia de Dios que me ha merecido Jesucristo mi Salvador, el cual me hará esta misericordia. *Gratia Dei per Jesum Dominum nostrum*. Hablarémos de ella en la primera plática; y entre tanto yo os la deseo, etc.

¹ Amb. in Luc. iv, t. III, pag. 66. — ² Conc. Araus. 22, c. 2.

PLÁTICA SEXTA.

SOBRE LA NECESIDAD DE UN REDENTOR.

Fidelis sermo, et omni acceptione dignus, quod Christus Jesus venit in hunc mundum peccatores salvos facere. (I Tim. 1).

Es una verdad cierta y digna de ser recibida con perfecta sumision, que Jesucristo ha venido al mundo á salvar á los pecadores.

Ved aquí, cristianos, una verdad que debe consolarnos, una palabra fiel, segura, firme, que merece ser creida y bien recibida de todos: Jesucristo ha venido al mundo para salvar á los pecadores: *Fidelis sermo*, etc. Ninguna cosa debe ocupar tanto nuestra fe y abrazar nuestro corazon en amor de Jesucristo, como esta verdad de un Dios encarnado y hecho hombre por la salud de los hombres: mas ¡oh insensibilidad de los hombres respecto de un misterio que les es tan ventajoso! poco piensan en él; la mayor parte no se acuerdan de él absolutamente: apenas hay quien corresponda á él como debe, por su reconocimiento y la santidad de su vida. Sin embargo, este es el misterio que quiere el Apóstol que tengamos siempre delante de los ojos y que nos propone como el grande objeto de nuestra fe: *Fidelis sermo*, etc.

Toda la religion cristiana consiste, segun san Agustin, en conocer bien á dos hombres, Adan y Jesucristo. Adan, origen de la muerte, y Jesucristo, principio de la vida: Adan, que introdujo el pecado en el mundo, y Jesucristo, que trajo al mundo la gracia y la verdad: Adan, pecador, y Jesucristo, redentor ¹. *In causa duorum hominum quorum per unum venundati sumus peccato, et per alterum redimimur à peccatis, proprie fides christiana consistit.* Estudiemos bien estos dos hombres; y despues de haber considerado el mal que nos hizo el primero, veamos la obligacion que debemos al segundo. Para comprender el beneficio de que le somos deudores, es necesario daros á conocer la extrema necesidad que teníamos del Reden-

¹ Aug. lib. II de pec. orig. c. 14.

tor despues de la caida de Adan, que nos habia hecho miserables como él; y es lo que harémos en esta plática.

P. ¿En qué hubieran parado los hombres despues del pecado de Adan, si Dios los hubiera tratado como merecian?

R. Siendo todos los hombres hijos de ira y de maldicion por el pecado original y por los actuales que cometen todos los dias, merecian ser abandonados de Dios y condenados á suplicio eterno con los demonios. La corrupcion en que estaba sepultada la naturaleza era tal, que jamás hubieran los hombres conocido saludablemente su miseria, si Dios por su gracia no se hubiese dignado abrirles los ojos y descubrírseles: ellos hubieran amado siempre sus pecados lógicos de llorarlos y de hacer penitencia, como se vió palpablemente en tiempo de Noé, en que Dios se vió obligado á castigar á los hombres con el diluvio universal, que purificó la tierra de los delitos con que los hijos de Adan la habian manchado. Mas quando supiéramos que el hombre pudiese por sí mismo conocer su miseria, gemir por ella delante de Dios y pedirle perdon, todo ello seria inútil: los hombres no pueden por sí mismos expiar una ofensa infinita cometida contra Dios, no podian aplacar su justicia ni satisfacerle de un modo proporcionado, pues todos ellos eran pecadores, y por consiguiente enemigos de Dios. Esto es lo que el Salvador del mundo quiso que comprendiéramos quando dijo que no habia venido á llamar á los justos, sino á los pecadores á penitencia: *Non veni vocare justos, sed peccatores ad penitentiam* ¹.

Así, pues, el mal de los hombres era tanto mas peligroso, dice san Agustin, quanto era mal sin remedio y crecia todos los dias de mas en mas; porque cayendo los hombres de un pecado en otro, aumentaban sin cesar su condenación, que al fin hubiera parado en un suplicio eterno que sufririan en el infierno con Lucifer y los ángeles apóstatas, cuyo orgullo y rebellion habian imitado: *De malis in mala precipitabatur totius humani generis massa damnata, et adjuncta parti eorum qui peccaverant angelorum, luebat impiæ desertionis dignissimas pœnas* ².

Tal era el infeliz estado de los hombres despues de la caida de Adan: todos se hubieran perdido para siempre, si Dios, por un efecto de bondad que no podian merecer, no hubiese usado con ellos de misericordia. Así que, todo lo que debemos saber en este punto es que, si no hemos sido condenados á las penas eternas como los de-

¹ Luc. v, 32. — ² Aug. Enchirid. c. 25.

monios, es únicamente á la misericordia de Dios á quien somos deudores: *Misericordiae Domini, quia non sumus consumpti* ¹.

P. ¿En qué consiste esta gran misericordia que Dios usó con nosotros?

R. Esta misericordia es incomprensible, y no hallamos términos suficientemente enérgicos para explicarla. Ved aquí cómo la explica la Escritura: De tal suerte, dice san Juan, amó Dios á los hombres, que envió á su Hijo único al mundo para salvarle: *Sic Deus dilexit mundum, ut Filium suum unigenitum daret* ². Reflexionemos bien todas estas palabras. No es un rey ó un príncipe de la tierra el que nos amó de esta suerte: es un Dios el que nos amó hasta enviar por precio de nuestra redencion, no á un ángel, sino á su propio Hijo, su Hijo único, que le es igual y consustancial y Dios como él: *Deus, qui dives est in misericordia*, exclama san Pablo ³, *propter nimiam charitatem suam, qua dilexit nos, cum essemus mortui peccatis, convivificavit nos in Christo, cujus gratia estis salvati*. El mismo Apóstol, queriendo hacernos sentir la grandeza de este beneficio, nos enseña que el Hijo de Dios, entrando en este mundo por su encarnacion, habló de esta manera: «Padre mio, Vos no habeis querido hostia ni oblacion, mas me habeis formado un cuerpo. Vos no habeis querido los holocaustos ni los sacrificios por el pecado ⁴.» Viendo que nada de todo aquello que se os ofrecia por la ley podia satisfaceros, entonces me ofrecí á todo lo que os pluguiese.

«Vedme aquí, yo vengo, Dios mio, para hacer vuestra voluntad.» *Tunc dixi: ecce venio ut faciam Deus voluntatem tuam*. A este punto llegó el exceso del amor que nos tuvo el Hijo de Dios. Se ofreció á tomar la naturaleza humana con todas sus enfermedades, para sacarla de la infelicidad eterna en que ella se habia precipitado. Se hizo hombre en el seno de una vírgen; nos reconcilió por su muerte con Dios su Padre; por su cruz venció al demonio, de quién éramos esclavos; por su resurreccion nos abrió el cielo, que estaba cerrado para nosotros. En fin, nos mereció por todos sus misterios una vida bienaventurada y eterna, de la cual gozaremos seguramente si somos fieles á sus gracias. ¡Oh! y cuánto motivo tenemos de bendecir y dar gracias á Dios, por haber ejercido así su misericordia con nosotros! digámosle con el mismo reconocimiento que el real Profeta: *Misericordias Domini in aeternum cantabo* ⁵.

¹ Thren. iii, 22. — ² Joan. iii, 19. — ³ Ephes. ii, 4. — ⁴ Hebr. x. — ⁵ Psalm. LXXXVIII, 1.

P. ¿ Hizo Dios tan grande misericordia á los hombres inmediatamente despues del pecado ?

R. Dios se contentó con prometer inmediatamente despues del pecado un Redentor á los hombres , mas no le envió hasta mucho tiempo (despues y en la plenitud de los tiempos , como se explica san Pablo: *At ubi venit plenitudo temporis; misit Deus Filium suum* ¹. Cuatro mil años , á lo menos , se pasaron desde el pecado hasta la venida del Mesías. Hemos dicho que Dios lo prometió desde luego , y ved aquí cómo: Despues de haber dado su maldicion á la serpiente que sirvió de órgano al demonio para perder á los hombres , dijo entre otras cosas que pondria una enemistad eterna entre él y los hombres , y que la mujer quebrantaria la cabeza de la serpiente: *Inimicitias ponam inter te et mulierem, et semen tuum et semen illius; ipsa conteret caput tuum* ². El sentido de estas palabras , segun todos los expositores antiguos y modernos , es que la enemistad entre los hombres y los demonios figurados por serpiente seria irreconciliable , y que algun dia naceria de una vírgen el Salvador del mundo que destruiria el imperio del demonio. Prometió Dios despues , aun con mas claridad , el Mesías á los patriarcas Abrahan , Jacob , David , etc. Jesucristo mismo dice , hablando de Abrahan , que deseó con ardor ver su venida , que la vió , y se alegró: *Exultavit ut videret diem meum: vidit, et gavisus est* ³. Los Profetas del Antiguo Testamento , inspirados de Dios , lo predijeron y anunciaron muchas veces á los hombres. No referirémos aquí sus profecías , porque seria necesario dilatarlos mucho ; nos contentarémos con decir para aquellos que quisieren instruirse mas á la larga , que las mas claras y precisas son las de Jacob , referidas al capítulo XLIX , v. 10 del Génesis ; de Daniel , cap. II , v. 44 ; ibid. c. IX , v. 24 y 26 ; de Isaias , cap. VII , v. 14 ; ibid. c. XIX , v. 1 ; ibid. c. XXXV , c. LX , v. 1 ; de Aggeo , c. II , v. 7 , 8 , 10 , etc.

No obstante , aunque el Mesías haya sido así prometido y predicho , no vino al mundo sino mucho despues del pecado , y esto por razones muy importantes , como notaron los santos Padres.

I. Para hacer sentir á los hombres , por una larga experiencia , su flaqueza y la extrema necesidad que tenian de un libertador , y moverlos á desearlo , y pedirlo con instancia: *Cognitio enim majoris ægritudinis, et desiderari medicum vehementius fecit, et diligi ardentius* , dice san Agustin ⁴.

¹ Galat. IV , 4. — ² Genes. III , 15. — ³ Joan. VIII , 56. — ⁴ Expos. Epist. ad Gal. num. 26 , tract. XXXI in Joan.

II. Para dar pruebas anticipadas de la grandeza y de las cualidades de este futuro libertador, haciendo profetizar mucho tiempo antes todas las circunstancias de su nacimiento, de su vida, de su muerte, de su resurreccion, y la mudanza que habia de obrar sobre la tierra.

III. Finalmente, quiso Dios que hasta los sucesos del mundo fuesen una prueba de lo que habia de suceder bajo el Mesías; de suerte que aquellos que fuesen convertidos por él ó por el ministerio de sus discípulos, pudiesen reconocer en la historia de los hechos pasados las figuras de los sucesos de que ellos serian testigos, y que así todo concurriese á hacerles la religion venerable, y á unirlos á Jesucristo ¹.

P. Puesto que Jesucristo no vino sino cuatro mil años despues del pecado, se habrán condenado todos los hombres que vivieron en este intervalo, pues por mas esfuerzos que ellos hiciesen no podian satisfacer á la justicia de Dios ofendido por el pecado de Adán, con el cual nacen todos los hombres.

R. Dios por su misericordia proveyó á este inconveniente. El Mesías habia de satisfacer á la justicia divina por los pecados de todos los hombres, así de los que habian vivido antes de él, como de los que habian de venir despues; y en este sentido dice la Escritura que él ha sido muerto desde el principio del mundo: *Occisus est ab origine mundi* ². Así en vista de esta satisfaccion del Mesías, y por sus méritos, han podido los hombres, aun antes de su venida, satisfacerse, y obtener la remision de sus pecados. Es cierto que la gracia no era tan abundante en el Antiguo Testamento como en el Nuevo; mas es error decir que bajo la ley no se obraba jamás bien, y que cada uno estaba abandonado á su flaqueza ³; error condenado por la Iglesia: y santo Tomás advierte que aunque la antigua ley no fuese suficiente para salvar á los hombres, no obstante Dios les habia dado con la ley otro socorro con el cual podian ser salvos; esto es, la fe del mediador, por la cual fueron justificados los antiguos Patriarcas, como lo somos nosotros. Así concluye este santo Doctor: Dios no faltaba á los hombres, y les daba los auxilios necesarios para la salud: *Sic Deus non deficiebat hominibus, quin daret eis salutis auxilia* ⁴.

Lo necesario para santificarse antes de la venida del Mesías era: 1.º Creer en un solo Dios, adorarle, servirle, y amarle sobre todas

¹ Aug. de Cath. rudib. c. 20. — ² Apoc. XIII, 8. — ³ Propositiones de Quesnel, 6 y 7. — ⁴ Thom. 1, 2, 98, art. 1, q. 2 ad 4.

las cosas. 2.º Esperar un Redentor, y poner en él su confianza. 3.º Amar al prójimo como á sí mismo, abstenerse de toda injusticia, y vivir conforme á las leyes de la conciencia y de la recta razon. Tal era la obligacion general de todos los pueblos de la tierra, antes de la encarnacion del Hijo de Dios. Pero, además de esto, los judíos estaban obligados á observar la ley de Moisés, y creer todo lo que Dios les habia revelado en particular. Viviendo así los hombres, podian adquirir la justicia por los méritos del Redentor, y llegar á la vista eterna; mas la entrada del cielo no habia de abrírseles sino por este divino Mesías: era necesario que él entrase primero, y los condajese. Por esto nos enseña san Pablo que los Santos del Antiguo Testamento no podian recibir su recompensa sino con nosotros: *Ut non sine nobis consummarentur* ¹.

P. ¿Se salvaron Adan y Eva?

R. Sí: ellos se santificaron por la penitencia, y alcanzaron el perdón de sus pecados en vista de los méritos del Salvador, en quien creyeron y esperaron. Habiéndolos Dios echado del paraíso terrestre y condenado á cultivar la tierra, salieron de aquel lugar de delicias para ir á llorar su pecado y su espantosa miseria en el resto de la tierra, que no les ofrecia sino abrojos y espinas, en donde veian á cada paso señales muy notables de su pecado. Ellos se acordaban de los bienes inefables que habian gozado al principio, y para los cuales habian sido criados; y sintiendo los males que se les habian acarreado, esta triste comparacion, que podian hacer infinitamente mejor que nosotros, por la experiencia y luz que tenian, los sumergió en un profundo dolor. La consideracion de tantos hijos que iban á nacer de ellos, y de quienes habian sido los asesinos, les penetró vivamente el corazon; y si ellos fueron los primeros actores del pecado, tambien fueron los primeros modelos de la penitencia, penitencia que hicieron durante novecientos años, y de un modo que nos es incomprensible.

Creemos con mucha razon, dice san Agustin, que los dos primeros hombres, habiendo tenido una santa vida en medio de los trabajos y miserias de que estaban agobiados, se libraron de los suplicios eternos por la virtud de la sangre de Jesucristo: *Merito credimus primos homines in laboribus juste vivendo, per Domini sanguinem ab extremo supplicio liberatos* ². Es, dice aun este santo Doctor, sentir de toda la Iglesia, que cuando Jesucristo bajó á los infiernos,

¹ Hebr. xi, 40. — ² Aug. de peccat mer. et remiss. lib. II, c. 34; ejusdem, epist. XCIX ad Enoch.

sacó de allí al primer hombre con los Patriarcas y Profetas para llevarlos consigo al cielo. Este testimonio de la tradición sería suficiente para establecer la salud de Adán cuando no estoviere confirmado por la sagrada Escritura; no obstante, el Espíritu Santo quiso enseñarnos por sí mismo esta verdad. La sabiduría, dice, es la que conservó al que Dios había formado el primero, para que fuese padre del mundo, habiendo al principio sido criado solo; ella es también la que le sacó de su pecado: *Et eduxit illum à delicto suo* ¹.

Estas palabras son tan claras, que los santos Padres tuvieron por herejes á Taciano y sus discípulos por haber impugnado la salvación del primer hombre. Es, pues, indubitable que Adán y Eva se salvaron, y en sus personas es en quienes principalmente se han verificado las palabras del Apóstol, que dice que Dios derramó una superabundancia de gracia en donde hubo abundancia de pecado: *Ubi autem abundavit delictum, superabundavit et gratia* ².

P. ¿Qué fruto debemos sacar de esta plática?

R. Debemos: I. Ser cuidadosos y fieles en dar gracias á Dios todos los dias por la misericordia que usó con los hombres, dándoles un Redentor, y acordarnos que todo lo que hizo por todos en general, lo hizo por nosotros en particular; y por consiguiente, que cada uno de nosotros debe darle gracias por el beneficio de la redención. II. Poner toda nuestra confianza en los méritos de Jesucristo, que se ofreció á su Padre por precio de nuestra redención. Exclamemos, pues, con san Agustin: *O pretiosum pretium perditorum!* ¡Oh Salvador mio! diga toda la tierra redimida y rescatada con el precio de vuestra sangre: mi maldad es grande, lo confieso, mas lo que Vos habeis dado por mi rescate es infinitamente mayor: *Magna iniquitas mea, sed major est redemptio tua* ³. III. Debemos concebir un ardiente amor á Jesucristo, que derramó hasta la última gota de sangre para lavarnos de nuestros pecados. ¡Ah! aquí es donde la caridad de Jesucristo nos estrecha: *Charitas Christi urget nos!* Ella exige el retorno de nuestros corazones: serian insensibles si no se sintiesen tocados de una caridad ardiente y penetrados de las obligaciones infinitas que tenemos á este adorable Redentor. Anatematizado sea el que no amare á Jesucristo y que se olvide de lo que obró por él: *Si quis non amat Dominum nostrum Jesum Christum, sit anathema* ⁴. Cuando pensamos en el pecado de nuestros primeros padres, pensemos también en la larga y penosa penitencia

¹ Sap. x, 20. — ² Rom. v, 20. — ³ Aug. serm. CCIX de Temp.

⁴ 1 Cor. xvi, 20.

que ellos hicieron. ¡Oh, cuánto sufrieron en esta tierra de miserias y aflicciones! Toda su vida se pasó en llanto y trabajos continuos. No cesaron de pedir á Dios misericordia con lágrimas y gemidos, á nombre y por los méritos del Salvador, que habia algun dia de morir por ellos, como murió por todos. Imitemos á estos ilustres penitentes. Suframós con humilde penitencia las miserias de esta vida: borremos, como ellos, nuestros pecados con lágrimas de sincera penitencia, para tener parte algun dia en su felicidad.

PLÁTICA SÉPTIMA.

SOBRE EL MISTERIO DE LA ENCARNACION.

Ecce concipies in utero, et paries filium, et vocabis nomen ejus Jesum. (Luc. I).

Concebirás en tu seno, y parirás un hijo, á quien pondrás por nombre Jesús.

Lo que los antiguos Patriarcas desearon con tanto ardor y pidieron con tanta instancia ; lo que los Profetas predijeron de tantos modos y representaron en tantas figuras ; lo que el pueblo judío esperó tan largo tiempo, esto es lo que un Ángel enviado de Dios acaba de anunciar á una vírgen, diciéndola : Concebirás en tu seno y parirás un hijo, á quien llamarás Jesús. Cuanto mas reflexiono sobre este misterio, tanto mas le admiro, y cuanto mas le admiro, menos le comprendo. ¿Quién hubiera pensado jamás que el Verbo divino habia de hacerse carne, descender del seno de su Padre al de una vírgen, encerrarse en un espacio tan estrecho siendo inmenso, tomar en el tiempo nuestra naturaleza y cargarse de nuestras flaquezas en medio de su eternidad y su omnipotencia? ¿Quién hubiera jamás creído que un Dios infinitamente rico, santo, independiente, hubiese querido tolerar todas las desgracias de nuestra pobreza, para hacernos participantes de sus bienes, y revestirse de la semejanza de una carne pecadora, para comunicarnos su santidad?

Gracias os sean dadas, Padre eterno, que nos dais á vuestro único Hijo por Redentor, y en su persona todo lo que mas amais : á Vos, Verbo divino, que viniendo á ser lo que no érais, sin dejar de ser lo que sois, venís á tomar nuestra naturaleza : á Vos, Espíritu Santo, que obráis este inefable misterio en las castas entrañas de una doncella, que va á ser Madre de un Dios sin dejar de ser vírgen, hácia la cual vuela un embajador del cielo, para llevarla la nueva : *Ecce concipies*, etc. Seria tambien necesario un Ángel para explicarnos este misterio que un Ángel vino á anunciar al mundo. Entre el Verbo en el seno de su Padre y en el esplendor de los Santos, y el Verbo en el seno de una Madre vírgen, revestido de nuestras miserias y enfermedades, hay un espacio infinito ; una distancia tan grande

que no puede alcanzarla el entendimiento humano : por eso nos contentaremos con explicar lo que nos enseña el Símbolo de la fe.

P. ¿Cuál es el Redentor que Dios envió al mundo para sacar á los hombres de la tiranía del demonio y esclavitud del pecado?

R. Este Redentor es Jesucristo su Hijo, que ha venido al mundo precisamente en el tiempo en que los Profetas habian anunciado que naceria el Mesías, esto es, cerca de cuatro mil años despues de la creación del mundo : *At ubi venit plenitudo temporis*, dice san Pablo, *misit Deus Filium suum factum ex muliere, factum sub lege, ut eos qui sub lege erant redimeret: ut adoptionem filiorum reciperemus* ¹. Este adorable Hijo, habiéndose formado un cuerpo en el seno de una virgen, hizo el oficio de Redentor, nos reconcilió con su Padre, y se hizo nuestra paz, como dice el Apóstol ² : *Ipse enim est pax nostra*. Mudó el decreto de muerte pronunciado contra todos los hombres : nos libró de la esclavitud del demonio, de la servidumbre del pecado, y de las penas del infierno : nos hizo hijos adoptivos de Dios y herederos de su reino eterno. Es el buen Pastor que vino á buscar la oveja descarriada, esto es, el hombre perdido ; porque todos nosotros éramos ovejas errantes, y él vino, como él mismo lo dice, para que tengamos vida, y la tengamos con abundancia : *Ego veni, ut vitam habeant, et abundantius habeant* ³. Es el gran Médico que ha venido del cielo á la tierra, como se explica san Agustin ⁴, para curar las profundas llagas que el pecado habia hecho á nuestra naturaleza. Él remedió la ignorancia y extravío de nuestro espíritu, dándonos el amor y el conocimiento del verdadero Dios : *Dedit nobis sensum, ut cognoscamus verum Deum* ⁵, dice san Juan. Él corrigió la rebelion de nuestra voluntad por la sumision de la suya : haciendo siempre la voluntad de su Padre, nos enseñó á no hacer la nuestra, sino únicamente la de Dios. Finalmente, se entregó á la muerte para franquearnos la entrada á la vida eterna. Hé aquí el Redentor que Dios nos ha dado : es Jesucristo su Hijo, su Verbo eterno, el esplendor de su gloria, su imagen y la figura de su sustancia, que siendo Dios como él, se hizo hombre, para ser nuestro mediador, satisfacer á la divina justicia, y pagar por nosotros. Él es en quien debemos poner toda nuestra confianza, porque no hay salud sino en Jesucristo. Él es el que y por quien han sido y serán salvos todos los que lo han sido y serán hasta la consumacion de los siglos : *Non est in alio ali-*

¹ Galat. iv, 3. — ² Ephes. ii, 14. — ³ Joan. x, 10. — ⁴ Serm. LXV de Verb. Dom. — ⁵ Joan. v, 20.

quo salus, dice san Pedro ¹, *nec enim aliud nomen est sub celo datum hominibus, in quo oporteat nos salvos fieri.*

P. ¿Cómo se cumplió el misterio de la Encarnacion?

R. La Escritura nos lo enseña en estos términos ²: «Envió Dios al ángel Gabriel á la ciudad de Nazaret en Galilea, á una virgen llamada María, desposada con un hombre llamado José, de la familia de David. Habiendo entrado el Ángel donde ella estaba, la dijo: Dios te salve, llena de gracia: el Señor es contigo: bendita tú eres entre todas las mujeres. Ella, habiéndolo oído, se turbó con estas palabras; y pensaba dentro de sí misma cuál podria ser esta salutacion. Mas el Ángel la dijo: No temas, María; porque hallas-te gracia delante de Dios: concebirás en tu seno, y parirás un Hijo, á quien darás el nombre de Jesús. Él será grande, y se llamará Hijo del Altísimo: el Señor Dios le dará el trono de David su Padre: reinará eternamente sobre la casa de Jacob; su reino no tendrá fin.» Entonces María dijo al Ángel: «¿Cómo se hará esto, pues yo no conozco varon?» Lo que hace ver, dice san Agustin, que habia hecho voto de virginidad: *Hoc non diceret, nisi Deo se ante visisset* ³. El Ángel la respondió: «El Espíritu Santo descenderá sobre tí, y la virtud del Altísimo te cubrirá con su sombra; por lo cual el santo fruto que nacerá de tí se llamará Hijo de Dios.» Confirmó esta prediccion con el ejemplo de un milagro que Dios acababa de obrar con Isabel su prima, que habiendo concebido un hijo, estaba ya en el sexto mes; porque no hay cosa imposible para Dios. La santísima Virgen lo creyó, dió su consentimiento, y dijo: «Yo soy la sierva del Señor, hágase en mí segun tu palabra.» En el mismo instante se cumplió el misterio de la Encarnacion del Hijo de Dios, por la operacion del Espíritu Santo, en el casto seno de esta bienaventurada Virgen. Esta es la historia de la Encarnacion, como la refiere la sagrada Escritura.

P. ¿De qué familia era la santísima Virgen? estuvo casada con san José? y por qué siendo virgen de profesion permitió Dios que se casase con este Santo?

R. La santísima Virgen era descendiente de la tribu de Judá, y de la familia real de David, como tambien san José su esposo. Es sentir de todos los intérpretes antiguos y modernos que han escrito sobre la genealogía de Jesucristo referida por los evangelistas san Mateo y san Lucas. La Escritura dice que fue prometida á san Jo-

¹ Act. iv, 12. — ² Luc. 1, 26, etc. — ³ Aug. de S. Virg. c. 4.

sé ; y esto da á entender la palabra *desponsata* ¹ : mas no dice si hubo entre los dos un verdadero matrimonio. San Agustin lo creyó así ². Otros han defendido que no hubo entre ellos mas que unos simples esponsales , y san Jerónimo dice expresamente ³ : *Cum virum audieris, suspicio tibi non subeat nuptiarum*. Mas sea que la santísima Virgen haya sido simplemente desposada ó casada con san José , todos convienen en que vivieron en una perpétua continencia , y seria una herejía decir lo contrario.

Pero ¿ por qué la santísima Virgen , que habia hecho voto de perpétua virginidad , se casó , ó á lo menos desposó despues de haber hecho este voto ? Lo hizo por orden particular de Dios , que lo quiso así por razones muy importantes que los santos Padres notaron. 1.º A fin de que el misterio de la Encarnacion pudiese estar oculto todo el tiempo que conviniese á los impenetrables designios de la misericordia de Dios y de su justicia. 2.º Para que el honor de la santísima Virgen estuviese á cubierto de la malignidad de la murmuracion y del genio violento de los judíos , que no hubieran dejado de apedrearla : *Ne lapidaretur à Judæis ut adultera* , dice san Jerónimo ⁴. 3.º Para que la santísima Virgen tuviese un compañero y conductor en los viajes que habia de hacer de Nazaret á Belen , y de Belen á Egipto : *Ut in Ægyptum fugiens haberet solatium* , dice el mismo santo Doctor. 4.º Segun el pensamiento de san Ignacio mártir , para que el demonio , engañado con este casamiento , mirase á Jesucristo como un hombre ordinario , y se cumpliesen las intenciones de Dios sobre la muerte del Salvador : *Ut partus ejus celaretur diabolo, dum eum putat non de Virgine, sed de uxore generatum* ⁵. Podemos añadir , que quiso Dios dar á Jesús y María , en la persona de José , un hombre justo que pudiese ganar con su trabajo la vida para el uno y para el otro ; que pudiese ser el guarda de la pureza de María , y el testigo del nacimiento milagroso , y de la vida admirable de Jesucristo. Estas son las razones que se pueden dar del matrimonio mas santo que hubo jamás ; y que , como lo advierte san Agustin ⁶ , enseña á los casados que el matrimonio no consiste precisamente en la union de los cuerpos , sino en la de las almas y en la concordia de los corazones : *Posse permanere vocarique conjugium non permixto corporis sexu, sed custodito mentis affectu*.

P. La santísima Virgen ¿ ha venido á ser verdaderamente Madre de Dios por el misterio de la Encarnacion ?

¹ Luc. 1, 27. — ² Lib. II de consen. Evang. c. 1. — ³ Hier. in Matth. 1, 19. — ⁴ Hier. ibid. — ⁵ Ig. Eph. et Hier. Ep. ibid. — ⁶ Aug. loc. cit.

R. Sí : pues ella ha dado á luz un hijo que es Dios y hombre juntamente, y la carne del Hombre-Dios ha sido verdaderamente formada de su carne, como dice san Pablo : *Misit Deus Filium suum factum ex muliere*¹. Santa Isabel le reconoció por tal, diciendo : *Unde hoc mihi, ut veniat Mater Domini mei ad me* ?² Palabras que condenan de antemano á los herejes, que disputaron á María la cualidad de Madre de Dios. Para comprender esta alta dignidad á que fue elevada la santísima Virgen es necesario saber que la fe nos enseña que no hay en Jesucristo mas que una sola persona : que esta persona es el Hijo de Dios, que teniendo la misma naturaleza que el Padre y el Espíritu Santo, tomó la naturaleza humana en el seno de la santísima Virgen su Madre. Pues esta maternidad terminándose á la persona del Hijo de Dios, se sigue que la santísima Virgen debe ser llamada Madre de Dios, y lo es verdaderamente. Lo cual fue expresamente decidido en el concilio de Éfeso, celebrado el año de 431, para condenar la herejía de Nestorio, patriarca de Constantinopla, que consistia principalmente en dos capítulos : I. Pretendia que habia dos personas en Jesucristo, y que el Hijo de Dios no se habia unido, como habla la Iglesia, hipostáticamente, sino solo accidentalmente, al hijo del hombre, de suerte que Jesucristo no era Hijo de Dios sino por adopción. II. Pretendia, por una consecuencia necesaria de este primer error, que la santísima Virgen no era Madre de Dios, pues el hijo que habia dado á luz no era Dios en su propia persona, como él osaba defender por una horrible blasfemia. Este herejiarca, en lugar de arrepentirse de sus errores, murió miserablemente en sus impiedades, y su lengua fue roida de gusanos en castigo de las blasfemias que habia proferido contra Jesucristo y su santísima Madre, como lo refiere la historia eclesiástica³.

P. ¿Cómo ha sido concebido Jesucristo en el casto seno de la santísima Virgen, y qué significan estas palabras del Credo : «Fue concebido por obra y gracia del Espíritu Santo?»

R. Estas palabras nos enseñan que Jesucristo fue concebido en el casto seno de la Virgen santísima, no por la via ordinaria de la generacion, como los demás hombres, sino de un modo milagroso por la virtud y operaciones del Espíritu Santo, como lo habia predicho el profeta Isaías, diciendo : «Una virgen concebirá y parirá un hijo, que se llamará Emanuel ;» palabra hebrea, que significa Dios.

¹ Galat. iv, 4. — ² Luc. i, 43. — ³ Fleury, Hist. eccl. t. VI, p. 211.

con nosotros, ú Hombre-Dios. Así, Jesucristo, en cuanto hombre, no ha tenido padre; y esto es lo que significan estas palabras del Credo: «Fue concebido por obra y gracia del Espíritu Santo.» Ellas nos enseñan que el Espíritu Santo crió el alma de Jesucristo; que formó su cuerpo de la sangre mas pura de la santísima Virgen, y que unió este cuerpo y esta alma al Hijo de Dios, segunda persona de la santísima Trinidad. Aunque toda la santísima Trinidad haya obrado este milagro, se atribuye á solo el Espíritu Santo; porque el Hijo de Dios encarnó por un efecto del amor infinito de Dios á los hombres, pues los efectos del amor de Dios se atribuyen al Espíritu Santo, como se atribuyen al Padre los de la omnipotencia, y al Hijo los de la sabiduría.

Vosotros me diréis que no sabeis cómo el Verbo se hizo carne; cómo aquel que es invisible en su naturaleza divina se hizo visible en la naturaleza humana; cómo el que es incomprensible quiso ser comprendido en el seno de una mujer: *Quis hoc fecit?* Yo os respondo con san Bernardo que el amor es quien hizo esta maravilla: *Amor dignitatis nescius, dignatione dives, affectu potens, suasu efficax*¹. El amor que se olvida de su dignidad, que es rico en compasion, poderoso en afeccion, eficaz en persuasion, es el que le trae del seno de su Padre al de una vírgen. El amor es el que le hace descender de su trono real á la tierra, en donde se anonada hasta tomar la forma de esclavo para restituir al hombre la grandeza que habia perdido por el pecado. ¡Qué cosa mas fuerte que el amor! Él triunfa del mismo Dios, y empeña al Verbo divino á habitar entre nosotros, cási sin ninguna señal de su grandeza y de su filiacion divina: *Quid violentius? Triumphat de Deo amor!* Conclayes san Bernardo: *Ita ut summus omnium, imus factus est omnium.*

P. ¿A qué nos obliga el misterio de la Encarnacion, y el amor que Jesucristo nos manifestó en este misterio?

R. 1.º Nos obliga á considerar con una fe viva, y adorar con profundo respeto, la anonadacion del Verbo encarnado. No solamente plugo al Hijo de Dios hacerse hombre, sino tambien quiso bajarse hasta hacerse en todo semejante á los hombres, á excepcion de la ignorancia, la concupiscencia y el pecado, que son imperfecciones que no podia tener. ¿Podrá pensarse sin asombro en este abatimiento del Hijo de Dios? *Et homo factus est.* ¡Un Dios se hizo hombre, pobre, mortal, pasible como nosotros! ¡Oh que este es un abismo

¹ Bern. serm. LXIV in Cant.

de la humillacion , en el cual no podemos menos de perdernos y confundirnos ! 2.º Debemos instruirnos con particular cuidado en el misterio de un Dios encarnado.

Cuando se hallase un solo cristiano que careciese de la inteligencia de tan saludable misterio , seria esto un gran mal ; mas si se hallan muchos que lo ignoran , ¡quién podrá llorar suficientemente esta desgracia ! No obstante , podemos decir que este misterio es desconocido para la mayor parte de los mundanos. *Loquimur Dei sapientiam in mysterio , quæ abscondita est , quam nemo principum hujus sæculi cognovit*¹. 3.º Finalmente , este misterio debe excitar en nuestros corazones un grande amor á Jesucristo , y un continuo reconocimiento al beneficio de su Encarnacion. A esto nos convida el Apóstol advirtiéndonos que el Hijo de Dios no tomó la naturaleza de los Ángeles , sino la de Abrahan. *Nusquam enim Angelos apprehendit , sed semen Abrahamæ apprehendit*². Quiere hacernos comprender que cuando oímos que el Hijo de Dios tomó nuestra naturaleza , no debemos mirar con indiferencia estas palabras , pues no hizo á los ángeles apóstatas la gracia que á los hombres pecadores : no se revistió de su naturaleza , sino de la nuestra : no vino á ser su libertador sino el nuestro. ¡Qué bondad ! ¡qué misericordia ! ¡qué reconocimiento no merece una preferencia que nos es tan ventajosa ! El término de que se sirve el Apóstol bien puede y debe excitarla ; porque no dice simplemente *suscepit* , tomó , sino *apprehendit* , se asió de nuestra naturaleza , cuando ella huía y se alejaba de él con todas sus fuerzas , como dice el Crisóstomo : *Ab ipso enim fugientem humanam naturam , et procul fugientem (longe enim eramus) apprehendit*. Lo cual nos enseña que Dios es quien lo hizo todo por su misericordia y por el cuidado que ha tenido de salvarnos. ¡Oh Dios mio ! ¿y pensamos nosotros en esta gran misericordia , y en el amor que nos habeis tenido ? Nos olvidamos de vuestros beneficios , y léjos de retribuir amor por amor , correspondemos á vuestros favores con ingratitudes. En otro tiempo se abrió el cielo para darnos un Salvador , y hoy merecíamos que se abriese la tierra para tragarnos como á impíos profanadores de vuestro santo nombre ; pues en vez de vivir en una continua accion de gracias , no hacemos cási otra cosa que ofenderos. Perdonad , Señor , nuestras infidelidades pasadas , y perfeccionad en nosotros la obra de nuestra redencion , haciéndonos mas fieles á vuestras gracias , para que merezcamos conseguir vuestra gloria.

¹ I Cor. II, 7. — ² Hebr. II, 6.

PLÁTICA OCTAVA.

SOBRE EL NACIMIENTO DE JESUCRISTO.

Natus est vobis hodie Salvator. (Luc. 11).

Hoy os ha nacido un Salvador.

No nace Jesucristo en el mundo sino para nacer en nuestros corazones ; este es el fin de su encarnacion, este su deseo y nuestra única felicidad. Si no nace en nosotros, nace contra nosotros : pues no nace en nosotros, sino imprimiendo en nosotros las disposiciones que manifestó en su nacimiento temporal ; todas ellas son efecto de su inclinacion y de su eleccion. Él nace pobre, porque menosprecia todas las riquezas de la tierra. Nace entre penas y trabajos, porque es enemigo de los placeres de los sentidos. Nace olvidado y desechado de los hombres, porque aborrece sobre todo el orgullo y la vanidad. Él obra en algun modo estas disposiciones en los corazones en donde nace. Cualquiera, pues, que no las tiene absolutamente, y que no ha hecho propósito de combatir sus pasiones, no ha concebido á Jesucristo, y no puede decir que le haya nacido un Salvador como dijo el Ángel á los pastores : *Natus est vobis hodie Salvator.*

Se le representa á los sentidos y al entendimiento humano una gran desproporcion entre un establo, un pesebre, unos animales, el olvido y abandono de los hombres, y la grandeza del Rey del cielo y de la tierra, que hace su entrada en el mundo ; mas el entendimiento ilustrado por la fe halla en esto una proporcion admirable. ¿Qué cosa mas conveniente al destructor de la concupiscencia que el desprecio de todos los objetos de la concupiscencia ? El hombre está enfermo del amor de los placeres, de los honores, de las grandezas y riquezas del mundo. Jesucristo viene á curarle de esta enfermedad, á hacerle conocer la nada de estos bienes que él ama, y proponerle otros reales y sólidos. ¿Qué podia hacer mas propio para este intento que privarse de ellos él mismo, y enseñar desde luego á los hombres con su ejemplo á menospreciarlos ? Pues esto es lo que

hizo con el estado tan pobre y tan humilde de su nacimiento, que será el asunto de esta plática.

P. Pues habeis de hablarnos hoy del nacimiento de Jesucristo, continuando con la explicacion del Símbolo, decidnos, ¿qué significan estas palabras: «Nació de la Virgen María?»

R. Estas palabras nos enseñan: I. Que habiendo encarnado el Hijo de Dios en el seno de la santísima Virgen, nació sin que ella hubiese perdido su virginidad: ha sido virgen antes del parto, en el parto, despues del parto y siempre virgen. Esta ha sido siempre la creencia de la Iglesia, que ha condenado como herejes á los que negaron su perpétua virginidad ¹. II. Estas palabras denotan que hay dos naturalezas en Jesucristo; la naturaleza divina, segun la cual es con el Padre y el Espíritu Santo un solo y un mismo Dios, y la naturaleza humana, segun la cual tiene un cuerpo y un alma como nosotros. Estas dos naturalezas están unidas en Jesucristo en una sola persona, que es el Hijo de Dios, la segunda persona de la santísima Trinidad, y esto sin mezcla ni confusion, como lo decidió la Iglesia en el cuarto concilio general, celebrado en Calcedonia el año de 451, en donde fueron condenados los errores de Eutiques. No solamente hay dos naturalezas distintas en Jesucristo, sino tambien dos voluntades, que son tambien realmente distintas, como fue definido contra el error de los Monotelitas en el sexto concilio general celebrado en el año de 680 en Constantinopla, bajo el pontificado del papa san Agaton. Mas es necesario advertir que las dos voluntades en Jesucristo han estado siempre subordinadas la una á la otra; esto es, que la voluntad humana ha estado siempre sumisa á la voluntad divina. III. La tercera instruccion que debemos sacar de estas palabras del *Credo* es que el Hijo de Dios no dejó el cielo para hacerse hombre, porque Dios está en todas partes; así, no necesitó dejar el cielo para venir á la tierra. Cuando, pues, oimos decir que el Hijo de Dios bajó del cielo á la tierra, es un modo de hablar que no quiere decir otra cosa sino que se unió sobre la tierra á la naturaleza humana, á la cual no estaba antes unido, y que se hizo sensible, por la humanidad que tomó, el que por su divinidad llena de un modo inefable el cielo y la tierra. Esta union del Hijo de Dios con la naturaleza humana se llama union *hipostática*; esto es, personal. *Hypostasis* es una palabra griega que significa persona; y la persona del Hijo de Dios es la que ha sido el término de esta union.

¹ Hier. advers. Helvid. de per. virg. B. M.

Las otras personas no son el término de esta union ; porque solo el Hijo de Dios se hizo hombre , y no el Padre ni el Espíritu Santo.

P. ¿ Cuándo vino Jesucristo al mundo ? ¿ En qué año , en qué día y en qué lugar nació ?

R. Jesucristo vino al mundo en el tiempo en que los Profetas habian predicho que naceria el Mesías : esto es , cerca de cuatro mil años despues de la creacion del mundo , el año 37 y el último del reinado de Herodes el Grande , el 40 del imperio de César Augusto , estando en paz todo el universo. La antigua tradicion de la Iglesia latina nos enseña que el Salvador del mundo nació á 25 de diciembre , cerca de la media noche , segun estas palabras del libro de la Sabiduría , que la Iglesia aplica á la hora de su nacimiento : « Es-
«tando todas las cosas en un profundo silencio , y la noche en medio
«de su curso , descendió de su régio trono vuestra palabra todopo-
«derosa. » Nosotros celebramos en este día el nacimiento de Jesu-
cristo con una fiesta que los griegos llaman Theophania ; esto es ,
día en que Dios es manifiesto á los hombres , y los latinos día de la
Natividad del Salvador. Esta es una de las mas solemnes del año ;
y dice san Agustin que en su tiempo era precedida de un ayuno
público. El día de hoy la precede un adviento de cuatro semanas ,
en las cuales desea la Iglesia que nos preparemos para esta gran
fiesta.

El lugar del nacimiento del Salvador fue Belen , ciudad de la tri-
bu de Judá , distinta de otra Belen de la tribu de Zabulon. La de
Judá estaba al Mediodía , y á dos leguas de Jerusalem. Los Profetas
habian anunciado que el Mesías naceria en esta ciudad , como se lo
dijeron á los Magos los doctores de los judíos en presencia del rey
Herodes ¹. Aunque la morada ordinaria de la santísima Virgen y de
san José fuese Nazaret , ciudad de la tribu de Zabulon , á treinta le-
guas de Belen ² , no obstante la divina Providencia permitió que se
hallasen en Belen ; y ved aquí cómo : Mandó el emperador Augusto
que se hiciese un empadronamiento de todos los vasallos del impe-
rio romano. Esta orden obligó á todos los judíos á presentarse en el
lugar de donde su familia era oriunda ; María y José pasaron por
esta razon á Belen , que era la ciudad de David. Apenas llegaron ,
cuando la Virgen santísima se halló en el término de su preñez. Per-
mitió Dios que ellos no hallasen lugar en el meson , porque el em-
padronamiento habia hecho concurrir á Belen otras muchas perso-

¹ Matth. II , 5. — ² Luc. II , 1.

nas. Ellos se retiraron á una caverna que servia de establo al meson, y en este lugar pobre y miserable fue donde la Virgen santísima dió á luz al Salvador. Ella le envolvió en unos pañales; dice san Lucas ¹, y le reclinó en el pesebre de los animales: *Pannis eum involvit, et reclinavit eum in praesepe*. Lo que hace ver que como habia concebido sin menoscabo de su virginidad, tambien parió sin dolor, no habiendo necesitado de ningun socorro, ni experimentado ningun efecto de la maldiccion pronunciada contra la primera mujer: *In dolore paries*.

P. ¿No podia Jesucristo nacer hombre perfecto como Adán cuando Dios le crió? ¿Por qué ha querido nacer niño como nosotros?

R. Es cierto que el Hijo de Dios pudo hacerse hombre sin ser niño, tomar nuestra naturaleza sin pasar por las diferentes edades que en ella se distinguen, y nacer hombre perfecto como Adán: mas ha querido, haciéndose hombre, hacerse en todo semejante á nosotros, como lo advierte san Pablo ², y esto por muchas razones: I. A fin de consagrar en su persona los primeros instantes de la vida cristiana, no solamente por una concepcion del todo santa, sino tambien por una infancia, cuya inocencia honrase á Dios tanto y mas que le deshonra el pecado de los demás hombres concebidos en pecado.

II. Para enseñarnos que su union con nuestra naturaleza no era una union imaginaria ó parcial, como creyeron algunos herejes ³, sino una union real y perfecta, habiendo querido descender á todos sus grados, pasar por todas las edades por donde pasan los hombres, y llevar desde el pesebre hasta la cruz todas las señales de nuestra verdadera carne. III. Finalmente, cuando se hizo niño ha sido para humillarse mas delante de su Padre, haciendo el oficio de víctima y de penitente público por el llanto, los gemidos y las flaquezas de la infancia. San Agustín dice que si el Hijo de Dios añadió esta circunstancia á su encarnacion fue para que durasen mas sus humillaciones, y hacerlas mas perfectas: *Inclmatio majestatis hæc est, natus ex Maria Virgine*. La soberbia, dice este santo Doctor ⁴, era la flaga mas peligrosa del hombre: el Verbo encarnado para curarle opone á ella la humildad de su nacimiento, como un prodigio que debemos admirar, como un ejemplo que debemos seguir, como un remedio de que debemos servirnos para nuestra correccion: *Humilitas proposita quam intueamur, apposita cui adhæreamus, imposita qua reprimamur* ⁵.

¹ Luc. II, 7. — ² Hebr. II, 17. — ³ Tert. adv. Marcionem. — ⁴ De Sym. — ⁵ Ejusdem, epist. CXVIII.

P. ¿Nació Jesucristo de tal suerte en la oscuridad y la humillacion, que no manifestase su nacimiento á los hombres?

R. Aunque el Salvador del mundo haya querido, para nuestra instruccion, nacer en un estado pobre, humilde y paciente, no quiso sin embargo que su nacimiento estuviese oculto á los hombres. La sagrada Escritura nos enseña ¹ que así que nació, el Ángel del Señor anunció á los pastores de la Judea, que estaban en las cercanías de Belen, y que velaban de noche apacentando sus ganados, que habia nacido allí el Salvador; y juntándose una legion de Ángeles al que anunciaba esta gran nueva, entonaron todos este cántico: «Gloria á Dios en las alturas, y paz á los hombres de buena voluntad.» Despues que los Ángeles se retiraron al cielo, los pastores partieron, y se fueron al meson de Belen, en donde hallaron á María y José y al niño en el pesebre. Ellos publicaron despues todo lo que habian visto y oido, y los que se lo oyeron se llenaron de admiracion.

Algun tiempo despues vinieron los Magos de Oriente á Jerusalem ², conducidos por una estrella que se les habia aparecido. A su arribo se conmovió toda la ciudad oyéndoles decir que buscaban al Rey de los judíos recién nacido, cuya estrella habian visto en Oriente. Habiendo juntado Herodes los príncipes de los sacerdotes y los doctores de la ley, se informó de ellos en dónde habia de nacer el Cristo; y le respondieron que en Belen, ciudad de Judá. Entonces Herodes llamó secretamente á los Magos, y les dijo que fuesen á buscar el nuevo Rey, y así que le hubiesen visto, viniesen á decirselo para ir él tambien á adorarlo. Ellos partieron, y apareciéndoselles de nuevo la estrella que habian visto en el Oriente, los guió á Belen, y se fijó sobre el lugar en donde estaba el Niño: entraron dentro, le adoraron, le ofrecieron sus presentes. La noche inmediata se les apareció un Ángel, y les mandó que no volviesen á avisar á Herodes, porque queria quitar la vida al Niño; ellos tomaron, pues, otro camino para volverse á su país. Cuarenta dias despues del nacimiento de Jesús, cumplido el tiempo de la purificacion de María, pasó de Belen á Jerusalem para presentar su hijo en el templo del Señor, y ofrecer las víctimas prescritas por la ley á las mujeres despues de su parto ³. El santo viejo Simeon, lleno del Espíritu Santo, fué á la misma hora al templo; y tomando al niño Jesús en sus brazos, dió gracias á Dios, y le dijo que salia contento de este mundo,

¹ Luc. iii, 9. — ² Matth. ii, 1. — ³ Luc. ii, 22.

pues habia visto al Salvador, que era la esperanza de Israel. Predijo despues á María que su corazon seria traspasado de dolor, y que su Hijo seria la ruina y resurreccion de muchos en Israel. Estaba al mismo tiempo en el templo una santa viuda llamada Ana, hija de Fanuel, la cual alabando al Señor por lo que habia visto, hablaba de ello á todos los que esperaban la redencion de Israel.

Estos ejemplos sacados de la Escritura prueban que, por humilde que fuese el nacimiento de Jesucristo, no ha sido no obstante incógnito á los hombres : *Ostendit se ab initio ortus sui*, dice el Crisóstomo ¹, *multorum mirabilium testimonio*.

P. ¿Cómo debemos celebrar el nacimiento de Jesucristo, y qué fruto debemos sacar de él?

R. I. Debemos celebrar el nacimiento del Salvador, no con alegría profana, sino con una santa alegría, glorificando á Dios, y cantando sus misericordias, á ejemplo de estos buenos pastores que, habiendo visto y adorado al niño Jesús en el establo de Belen, se volvieron llenos de alegría, alabando y bendiciendo al Señor : *Reversi sunt pastores*, dice san Lucas, *glorificantes et laudantes Deum*.

II. Debemos meditar en la grandeza del beneficio que celebramos.

Considera, dice san Bernardo, quién es el que viene á tomar un cuerpo pasible y mortal por amor de nosotros. Es el Hijo del Padre eterno. ¡Ah, qué majestad! ¿A quién viene? A criaturas rebeldes á su Dios : ¡qué compasion! ¿Por qué viene? Por salvar á miserables pecadores, y sacrificarse á la venganza de su Padre justamente irritado contra nosotros : ¡qué extension de caridad! *Si attendas qui venit, vide quanta majestas! Si ad quod descendit, vide quanta dignatio! Si propter quod venit, vide quanta sit latitudo charitatis* ²! III. Debemos dar á Jesucristo un nacimiento espiritual en nuestras almas,

y para este efecto desterrar de ellas el pecado ; porque es imposible que habite por su gracia donde reina el pecado mortal : *In malevolam animam non introibit sapientia, nec habitabit in corpore subdito peccatis* ³. El espíritu de sabiduría, que es el Verbo divino, no entrará en una alma malévola, ni habitará en un cuerpo manchado con las culpas. Notad que no dice la Escritura que no establecerá en ella una morada fija y permanente, sino que no entrará absolutamente : no dice que saldrá, hallándose allí despreciada y ultrajada, sino que no dará un solo paso para introducirse en ella : *Non introibit*, y es la razon, porque este pecador deshonor el nacimiento de su Salvador

¹ Hom. VII in Matth. — ² Bern. serm. in vig. Nat. Dom. — ³ Sap. 1, 4.

y le hace inútil para su salvacion. ¿Por qué pensais que ha nacido el Hijo de Dios en el mundo? Para librar al hombre de la servidumbre del pecado: *Ut finem accipiat peccatum*¹. ¿Por qué derrama lágrimas este divino Niño? Para borrar la iniquidad del mundo. ¿Cómo, pues, pecadores que continuais en ofenderle, podréis esperar que entre en vuestra alma, mientras que os oponéis tan fuertemente á sus designios? No, yo pongo por testigo á su cuna; de ningún modo entrará en ella: *Non introibit*, etc.

Per el contrario, me atrevo á aplicaros esta profecía del Apóstol: *Christus vobis nihil proderit*². ¡Ah! pues que por vuestra malicia hacéis imposible el nacimiento del Salvador en vuestra alma, sabed que de nada os aprovechará Jesucristo. ¡Ay! qué funesta profecía, que aquel que ha venido al mundo para salvarnos sea inútil á ese miserable entregado al vino; que un Dios penitente no haga ninguna impresion sobre el corazon de ese deshonesto; que mientras que tantos cristianos que tienen el honor de recibirle vienen á ser hijos de Dios, ese ímpio se quede esclavo del demonio! ¡Ah, pobre hermano mio! pues que es preciso renunciar á los frutos del nacimiento de Jesucristo, ó dejar el pecado, ¿qué esperas para convertirte? No hay que deliberar. Pecado, que no eres capaz sino de perderme, yo voy á vomitarte á los pies del confesor y reconciliarme con mi Dios. Finalmente, despues de haber dado un nacimiento espiritual en nuestras almas á Nuestro Señor Jesucristo, es necesario estarle siempre unidos: cuando él tomó nuestra naturaleza fue para no dejarla jamás: *Quod semel assumpsit nunquam dimisit*. Despues de haberla inmolado sobre la cruz por la salud del mundo, la coronó de gloria en el cielo, en donde la tendrá unida por toda la eternidad. Unámonos del mismo modo á este adorable Salvador, de tal suerte, que no nos separemos jamás de él por el pecado, á fin que merezcamos estar unidos con él por toda la eternidad.

¹ Ban. ix, 24. — ² Galat. v, 2.

PLÁTICA NONA.

SOBRE LA VIDA DE JESUCRISTO.

Post hæc in terris visus est, et cum hominibus conversatus est. (Baruch, III).

Despues de esto fue visto sobre la tierra, y conversó con los hombres.

Estas palabras del profeta Baruc nos muestran, segun los santos Padres ¹, la admirable conducta de Jesucristo despues de su encarnacion. Él ha sido visto, dice san Ambrosio, como hombre entre los hombres, mas al mismo tiempo ha sido adorado como Dios; su carne era envuelta en pañales, y su divinidad servida por el ministerio de los Ángeles. *Ut homo cernitur, ut Dominus adoratur; caro est quæ involvitur, divinitas quæ ab Angelis ministratur.* Así él no perdía el honor debido á su eterna majestad, al mismo tiempo que probaba la verdad de la carne de que se habia revestido: conversó con los hombres, mas fue para enseñar á los hombres á conversar con Dios: vivió algun tiempo con ellos sobre la tierra, mas fue para merecerles la gracia de vivir algun dia con él eternamente en el cielo. De esta vida mortal y pasajera del Salvador, que debe ser el modelo de la nuestra, tengo ánimo de hablaros hoy. Es cierto que el Evangelio que se os explica con frecuencia en todo el año no es otra cosa que la historia de la vida de Jesucristo; pero como no todos leen el Evangelio, á lo menos con la atencion debida, y no hacen el uso que deben de las palabras de vida eterna contenidas en este libro, no será inútil referiros en pocas palabras la santa vida del Salvador durante su mansion sobre la tierra, á fin de que, poniendo los ojos en este divino modelo de los Cristianos, procureis imprimir en vuestras almas sus virtudes, y una imagen de la sábia conducta que tuvo mientras habitó en este mundo.

P. ¿Cómo vivió Jesucristo durante su mansion en Nazaret?

R. De todo el tiempo que Jesucristo moró en Nazaret no nos dice

¹ Chrys. in Matth. hom. II; Ambros. de fide, lib. I, c. 2.

el Evangelio mas que una sola accion pública que hizo de edad de doce años. Habiendo ido á Jerusalem con María y José á la fiesta de Pascua, pasados los dias de esta solemnidad, se quedó Jesús en Jerusalem sin que sus padres lo advirtiesen; volvieron á Jerusalem á buscarle, y le hallaron en el templo sentado en medio de los doctores, haciéndoles preguntas y dándoles respuestas que admiraban á los que le oían: volvióse despues á Nazaret, en donde tuvo una vida pobre, humilde, oculta y casi desconocida de los hombres; lo cual se deja ver: 1.º En que quiso escoger para su morada un lugar tan despreciable entre los judíos, que creían que no podia salir de él cosa buena. *A Nazareth potest aliquid boni esse?* 2.º En que pasó este tiempo en la sumision y dependencia de María y José, como lo notó el Evangelista por su orden: *Et erat subditus illis* ¹. Un Dios sujeto á sus criaturas; ¡qué ejemplo de humildad, y sobre todo de la obediencia y respeto que debemos á nuestros padres! Jesucristo vino á santificar todos los estados, y como la mayor parte de los hombres habian de trabajar en el negocio de su salvacion ejercitando la obediencia, consagra la mayor parte de su vida á esta virtud, y nos enseña á someternos á nuestros superiores aunque sean inferiores en mérito: san José era infinitamente inferior á Jesucristo, y no obstante Jesús quiso obedecerle. 3.º Lo que es aun mas humillarse para el Salvador es que quiso ocuparse en el trabajo de manos en el oficio de san José, que se cree haber sido carpintero. *Nonne hic est fabri filius?* de donde se infiere que trabajó con este Santo. Quiso sujetarse al trabajo por penitencia; y como, conservando Dios por misericordia la vida al primer hombre, le condenó á trabajar para comer el pan con el sudor de su rostro, nuestro divino Salvador, habiéndose cargado de nuestros pecados, quiso llevar de todos modos la pena que les era debida. De aquí nace que los santos Padres le aplicaron estas palabras del Profeta: *Pauper sum ego, et in laboribus à juventute mea* ². Ved aquí cuál ha sido la vida oculta de Jesucristo: una vida pobre, humilde y laboriosa.

Mas el ejercicio principal de una vida tan santa, y que no me es posible explicaros, es aquella vida interior y verdaderamente escondida del alma de Jesucristo, siempre unida y recogida en Dios, siempre viva, mas de la vida de Dios que de su propia y natural vida. ¡Oh! ¿quién podrá saber las virtudes que practicó este Hombre-Dios? Cuál fue su paciencia, su mansedumbre, su humil-

¹ Joan. I, 46, — ² Luc. II, 52. — ³ Psalm. LXXXVII, 16.

dad, etc. Este es un misterio oculto á los mismos Ángeles. No se ha visto la extension de su caridad; los hombres no eran capaces de sufrir su brillantéz y su grandeza. No se vió tampoco el rigor de su penitencia, que fue tal, que cuando pareció en público le daban cerca de cincuenta años de edad, no teniendo sino poco mas de treinta. ¿Cuál fue su perseverancia en la oracion? ¿Cuántas veces pasó en ella toda la noche! ¿Cuántas se retiró á los desiertos y lugares separados para adorar á su eterno Padre! Pero nosotros ¿quién somos para atrevernos á penetrar el divino santuario del sagrado corazon de Jesús? Está cerrada la entrada á miserables pecadores como nosotros. Cuidemos antes de convertirnos y hacernos santos; y el cielo nos revelará algun dia esta vida escondida de Jesucristo: esta será una de las ocupaciones de la bienaventuranza eterna.

P. ¿Qué hizo Jesucristo á la edad de treinta años?

R. Se fué á buscar al Bautista, que predicaba el bautismo de penitencia en el desierto de Judea, cerca del río Jordan ¹, y bautizaba á los judíos, para prepararlos á la venida del Mesías, del cual era el precursor. Quiso Jesús recibir el bautismo de san Juan. Este Santo se excusó al principio diciendo: A Vos es á quien toca bautizarme á mí; mas habiéndole dicho Jesús que era necesario que él cumpliese todas las obligaciones de la justicia, Juan obedeció, y le dió su bautismo. Se cree que Jesús bautizó tambien á san Juan despues de haber sido bautizado por él; no se puede negar á lo menos que Jesucristo haya dado á san Juan el bautismo del espíritu despues de haber recibido el bautismo del agua ². Como Jesucristo saliese del agua, é hiciese su oracion, se abrieron los cielos, bajó el Espíritu Santo sobre él en figura de paloma, y se oyó una voz del cielo, que dijo: «Este es mi amado Hijo en quien he puesto mi complacencia ³.» Juan dió muchos testimonios de que Jesucristo era el Mesías esperado, y dijo al pueblo señalándole: «Ved aquí el cordero de Dios, ved aquí el que quita los pecados del mundo ⁴.»

Jesús se retiró despues á un desierto que la Escritura no nombra. Ayunó cuarenta dias y cuarenta noches sin comer ni beber. Queriendo el demonio experimentar si era verdaderamente Dios ó solamente hombre, hizo todos los esfuerzos para hacerle caer en el pecado de gula, ó de la vanidad, de curiosidad ó de ambicion. El Salvador dispuso todas estas tentaciones del demonio, sin descubrirsele mas de aquello que juzgó conveniente: *Tantum innotuit*, dice san

¹ Matth. iii — ² Hier. ibid. — ³ Matth. iii, 17. — ⁴ Joan. i, 10.

Agustin.¹, *quantum voluit; tantum autem voluit, quantum oportuit*. Jesucristo permitió al demonio que le tentase, por muchas razones que no debemos omitir: I. Entró en la palestra con el príncipe de los demonios, á fin de vencerle y confundirle con una vergonzosa derrota, y de reparar en el desierto la caída de Adán en el paraíso terrenal. II. Quiso ser tentado para merecernos la victoria y la gracia de vencer al tentador: *Ideo tentatus est Christus, ne vincatur à tentatore christianus* ². III. Quiso manifestarnos que era verdaderamente hombre, y que estaba revestido de todas nuestras flaquezas, excepto el pecado: *Tentatur per omnia absque peccato*, dice san Pablo ³. Quiso enseñarnos la necesidad que hay de pasar por las tentaciones y pruebas para arribar á la gloria; que los mas perfectos son á quienes ordinariamente el demonio tiene mas envidia, y por consiguiente deben velar sobre sí mas que los otros, porque el tentador los acomete con mas fuerza, como advierte san Ambrosio ⁴. Finalmente, quiso mostrarnos con su ejemplo que la oracion, el ayuno y la palabra de Dios son las armas de que debemos valernos para vencer al tentador; sirvámonos de ellas al tiempo de la tentacion, á fin de rechazar con facilidad las saetas encendidas del enemigo de nuestra salvacion. Despues de la tentacion del Salvador el demonio se retiró confuso; y los Ángeles se acercaron á Jesús para servirle: *Tunc reliquit eum diabolus, et ecce Angeli accesserunt et ministrabant ei*, dice el Evangelio. Lo cual nos enseña que despues de la tentacion favorece Dios por lo comun con sus consolaciones á los que han sido fieles á resistir al tentador.

P. ¿Qué hizo Jesucristo al salir del desierto?

R. Comenzó las funciones de su vida pública, y empleó todo el resto de ella en predicar, esto es, segun el comun sentir, cerca de tres años y tres meses. A este efecto llamó discípulos para que le siguiesen; eligió á doce, á quienes dió el nombre de apóstoles, que significa enviados, porque habia de enviarlos á predicar el Evangelio por toda la Judea, y despues por toda la tierra. El primero de sus apóstoles fue Simon Pedro, hijo de Jonás ó Juan, á quien el mismo Jesús dió el nombre de Pedro, para denotar que queria hacerle fundamento de su Iglesia. Los otros fueron Andrés, hermano de este, Jacobo y Juan, hijos del Zebedeo, Felipe, Bartolomé, Simon, Tomás, Santiago y Judas, hijos de Alfeo, Mateo y Judas Iscariote, que vendió al Salvador. Todos estos apóstoles eran hombres

¹ Aug. lib. IX de Civit. Dei, c. 21. — ² Idem in Psalm. xc. — ³ Hebr. iv, 15. — ⁴ Ambr. in iv Luc.

groseros y sin estudio, y Jesucristo los eligió de esta clase para hacer brillar mas admirablemente su poder ¹, y á fin de que no se les pudiese atribuir los felices progresos del Evangelio. Como la mies era grande para tan pequeño número de obreros, eligió tambien otros setenta y dos discípulos ², que envió por el mundo como corderos en medio de lobos, recomendándoles la mansedumbre, la paciencia, la prudencia, la sencillez, el desprendimiento de las cosas terrenas, y la confianza en la divina Providencia. Jesús iba con ellos por las ciudades y lugares de Judea, predicando el Evangelio del reino de Dios, esto es, la feliz nueva de la redencion de los hombres y de su reconciliacion con Dios, y lo que debian hacer para ser sus hijos y herederos de su reino.

Predicaba sin haber estudiado, y con una autoridad que le hacia respetar de todo el mundo ³. Hacia ver en su conducta, como tambien en sus ejemplos, un gran menosprecio de las riquezas, un perfecto aborrecimiento de toda sensualidad, de todo orgullo, de toda curiosidad. Comia solo lo necesario, y lo primero que se le presentaba. Se hospedaba en sus viajes en casa de los que querian ejercer la hospitalidad con él; trataba igualmente á los pobres que á los ricos. No se desdenaba de la compañía de los pecadores, porque de todo tomaba ocasion para instruir y practicar las funciones de Salvador. Juntaba al ejercicio de su ministerio todo género de milagros, que manifestaban su divinidad, resucitando muertos, curando leprosos y paralíticos, dando habla á los mudos, oido á los sordos, vista á los ciegos; de suerte que todos exclamaban: *Bene omnia fecit, et surdos fecit audire, et mutos loqui* ⁴. Por esto, queriendo san Pedro hacérselo conocer al centurion Cornelio, le dijo: El Salvador que yo predico, amado hermano mio, pasó la vida en hacer bien á todo el mundo, y dejó en todas partes señales de su bondad y de su misericordia, manifestó en toda su conducta que estaba Dios en él, y que era aquel gran médico venido del cielo para la curacion de los enfermos: entró en el mundo como en un grande hospital, para hacer curas asombrosas: *Pertransiit benefaciendo et sanando omnes oppressos à diabolo, quoniam Deus erat cum illo* ⁵.

Ved aquí, amados hermanos míos, un ligero diseño de la vida pública de Jesucristo; pues para poder explicar suficientemente todo lo que hizo serian necesarias muchas conversaciones y muchos libros. ¿Qué digo muchos libros? El mundo entero no podria con-

¹ Hier. II de Trinit. — ² Luc. x. — ³ Joan. vii; Matth. vii, 29. — ⁴ Matth. vii, 37. — ⁵ Act. x, 28.

tener los que se pudieran escribir sobre esta materia, dice san Juan al fin de su Evangelio: *Sunt autem et alia multa quæ fecit Jesus, quæ si scribantur per singula, nec ipsum arbitror mundum capere posse eos, qui scribendi sunt libros* ¹.

P. ¿Qué debemos notar en la vida pública de Jesucristo?

R. Todo en ella es digno de notarse, dice san Bernardo; sus palabras, sus acciones, sus trabajos y sus dolores. En todas estas cosas nos dejó señales de su amor y un perfecto modelo de la perfeccion cristiana: *Dixit multa, gessit mira, pertulit dura* ². Expliquemos estas tres palabras: I. Nos instruyó Jesucristo sobre todas las cosas; tenia en sus palabras una dulzura que ganaba los corazones mas endurecidos. Los vecinos de Nazaret, aunque poco dispuestos en su favor, se admiraban, y estaban encantados de las palabras de gracia que salian de su boca: *Mirabantur in verbis gratiæ, quæ procedebant de ore ipsius* ³. Los pueblos que le oian estaban tan hambrientos y deseosos de escucharle, que se olvidaban de comer y beber. Sus mismos enemigos se veian obligados á confesar que nunca hombre habia hablado como él: *Nunquam sic locutus est homo* ⁴. Sus palabras eran la misma verdad; la mentira y el dolo no se hallaron jamás en su boca, como dice san Pedro: *Non inventus est dolus in ore ejus* ⁵. Sus palabras no tenian menos fuerza que verdad; no hizo mas que decir dos veces en el templo: *Auferte ista hinc*, y echó de él á los que lo profanaban; en el monte Olivete, ó de las Olivas, no hizo mas que decir á los impíos satélites que iban á prenderle: *Ego sum* ⁶, y los hizo caer en tierra.

II. No solamente fue poderoso en palabras, sino tambien en obras: *potens in opere et sermone*, dice san Lucas ⁷. No enseñó máxima ni dió consejo que no hubiese practicado primero con la perfeccion mas eminente: él quiso comenzar obrando antes de enseñar, no porque esto fuese necesario para él, sino para mostrarnos el órden que nosotros debiamos observar, que es practicar antes lo que pretendemos enseñar á los demás: *Cæpit Jesus facere et docere* ⁸.

III. Mas vengamos á sus dolores y trabajos. ¡Cuántas contradicciones no sufrió este gran predicador de la verdad! ¡Cuántas persecuciones de parte de los fariseos y doctores de la ley, cuyos vicios é hipocresía reprehendia! ¡Qué de penas durante el curso de su mision! Pasaba los dias en enseñar, y las noches en orar: *Erat per-*

¹ Joan. xxi, 25. — ² Bern. serm. VI in vig. Nat. Dom. — ³ Luc. iv, 22. —

⁴ Joan vii, 46. — ⁵ I Petr. ii, 22. — ⁶ Joan. xviii, 6. — ⁷ Luc. xxiv, 19.

— ⁸ Act. i, 1.

noctans in oratione Dei ¹. No se daba un instante de reposo : su vida era toda de fatiga, de trabajo continuo, siempre tirante y aplicada. Hacia todos sus viajes á pié sin prevencion ninguna, viviendo de limosna, sufriendo todos los rigores de las estaciones, el frio, el calor, los vientos, las lluvias, todas las injurias del tiempo y de los hombres ; llegó á tanto, que respondiendo un dia á un escriba que queria seguirle, y queriendo destruir en este hombre todo proyecto de interés y ambicion que podia tener, le dijo : Las zorras tienen sus cuevas, y las aves sus nidos, mas el Hijo del Hombre no tiene en dónde reclinar la cabeza : *Filius autem hominis non habet ubi caput reclinet* ². ¡ Qué pobreza ! Predicaba, no en iglesias bien cerradas, sino en los desiertos, en los montes, en las riberas del mar, y por lo comun, muchas veces al dia, llevando su cuerpo hasta donde podia llegar. Así cuando le vemos cerca del pozo de Jacob, abrasado de sed, y pidiendo un poco de agua á la Samaritana, y tomando de aquí ocasion para catequizarla, debemos suponer que se hallaba sin fuerzas, y que no podia mantenerse en pié, lo cual denota mas mortificaciones corporales que cuantas practicaron los Santos mas penitentes : *Jesus ergo fatigatus ex itinere, sedebat sic supra fontem* ³.

Veis aquí algunos rasgos de la vida de Jesucristo, y de lo que sufrió para enseñar á los hombres el camino del cielo. Ahora bien, cristianos cobardes y perezosos, que pasais la vida en el regalo y la ociosidad, ¿ qué decis á esto ? *Usquequo marcetis ignavia, et non intratis ad possidendam terram, quam Dominus Deus patrum vestrorum dedit vobis* ⁴ ? Habiendo trabajado tanto Jesucristo para hacernos entrar en la tierra santa y llevarnos al cielo, ¿ no haréis vosotros nada para llegar allá ? *Usquequo marcetis*, etc.

P. ¿ Qué frutos debemos sacar de esta instruccion ?

R. Debemos aplicarnos á estudiar bien la vida de Jesucristo durante su morada sobre la tierra, y copiarla en nosotros por la santidad de nuestras costumbres, á ejemplo de los Santos, cuya vida ha sido una imitacion de la de Jesucristo : *Ut et vita Jesu*, dice san Pablo ⁵, *manifestetur in corporibus nostris*. No perdamos jamás de vista este grande ejemplar nuestro ; seamos fieles á copiarle y pintar en nosotros los rasgos de este divino original. La cualidad de miembros de Jesucristo es una ley que nos obliga á imitar á nuestra cabeza. Es un mónstruo la vida de Adan en un miembro de Jesucristo. Yo

¹ Luc. vi. — ² Matth. viii, 20. — ³ Joan. iv, 6. — ⁴ Josue, xviii, 3. —

⁵ II Cor. iv, 10.

os he dado el ejemplo, decia él mismo, para que pensando en lo que yo hice hagais vosotros lo propio: *Exemplum dedi vobis, ut quemadmodum ego feci, ita et vos faciatis* ¹. ¿Nos aprovechamos de esta leccion? ¿Seguimos este ejemplo? ¿Somos copias perfectas de Jesucristo, y fieles imitadores de sus virtudes? ¿Se ve en nosotros su paciencia, su mansedumbre, su humildad, su celo, su penitencia, etc.? ¡Ah! si nos examinamos de cerca, hallaremos que mas bien llevamos impresos en nuestras acciones los rasgos y caracteres de su enemigo que los suyos: *Si filii Abraham estis*, decia á los judíos ², *opera Abraham facite*: Si sois hijos de Abraham, haced obras de Abraham. Digamos lo mismo á tantas personas que deshonran el nombre de cristianos. Vosotros decís que sois hijos de Dios y hermanos de Jesucristo: ¿de dónde proviene que no imitais á Jesucristo, y que vuestra vida es tan opuesta á la suya? ¡Qué! ¿queréis que este adorable Salvador, que ha sido tan sóbrio, tan casto, tan humilde, tan mortificado, dé entrada en su reino á personas que no tienen virtudes ni buenas obras, y que sea él mismo la recompensa de los soberbios, de los borrachos, de los deshonestos, de los juradores, de los injustos y holgazanes? ¿Cómo es posible esto? Convirtámonos, pues, hermanos míos; pongamos sin cesar los ojos en Jesucristo, autor y consumidor de nuestra fe, y convenzámonos de que para ser del número de los predestinados es necesario tener una vida conforme á la suya. Dios nos conceda esta gracia, etc.

¹ Joan. XIII, 15. — ² Joan. VIII, 39.

PLÁTICA DÉCIMA.

SOBRE LA PASION DE JESUCRISTO.

Sicut ovis ad occisionem ducitur. (Isai. LIII).

Será llevado como una oveja á la muerte.

Esta es la profecía de Isaías tocante á la pasion y muerte del Mesías, que se cumplió en la persona de Jesucristo, como se lo hizo comprender el diácono Felipe á aquel doméstico de Candaces, reina de Etiopia, á quien bautizó, y de quien se habla en los Actos de los Apóstoles ¹. Jesucristo acabó, pues, su vida y sus predicaciones padeciendo la muerte que le dió el pueblo á quien habia predicado con tanta continuacion, y en favor del cual habia hecho tantos milagros. Este adorable Salvador, que fue tan manso en vida, fue como mudo en la muerte: *Mitis in vita, mutus in morte*. No abrió la boca, dice el Profeta; se mantuvo mudo como un cordero delante del esquilador: *Tamquam ovis ad occisionem ductus est, et sicut agnus coram tondente se sine voce, et non aperuit os suum*. Hemos visto en la plática pasada la admirable conducta que tuvo durante los dias de su vida mortal; veamos ahora, continuando la explicacion del Credo, lo que sufrió al tiempo de su pasion, en la cual consumó su sacrificio, y acabó la grande obra de nuestra redencion, ofreciendo al Padre hasta la última gota de su sangre para lavarnos de nuestros pecados: *Lavit nos à peccatis nostris in sanguine suo* ². Aqui es, hermanos míos, en donde su amor á nosotros es un amor consumado, y pide en retorno nuestro amor. Para que esteis plenamente convencidos de ello, voy á poner delante de vuestros ojos las principales circunstancias de su pasion. Me contentaré con una simple narracion sacada del Evangelio, á la cual añadiré dos palabras de moral para vuestra instruccion.

P. ¿Qué significan aquellas palabras del Credo: «Padeció bajo el poder de Poncio Pilato?»

R. Nos enseñan: 1.º Que Jesucristo, despues de haber predicado

¹ Act. VIII. — ² Apoc. I, 5.

el Evangelio en la Judea, haber dado ejemplo de todo género de virtudes, haber hecho todo género de milagros y concluido su misión, sufrió de parte de los judíos todo lo que los Profetas habían predicado que padecería el Mesías de parte de su pueblo. No referirémos aquí sus profecías, porque sería dilatarlos mucho; nos contentarémos con indicar las principales sacadas de los Salmos de David, de Isaías, Daniel, Zacarías, y del libro de la Sabiduría ¹. 2.º Estas palabras del Credo denotan el tiempo de la pasión del Salvador, que sucedió siendo Poncio Pilato gobernador de Judea por los romanos, bajo el emperador Tiberio. Los judíos habían conspirado contra el Salvador y proyectado su muerte; no pudiendo por sí mismos y de su propia autoridad ejecutar su detestable designio, porque los romanos les habían quitado el derecho de vida ó muerte, tuvieron consejo sobre los medios que debían tomar para perder á Jesús. Resolvieron, pues, acusarle ante el tribunal del gobernador de la provincia, ir de tropel á su casa á pedir su muerte, y no desistir hasta conseguirla. Pusieron los judíos á Jesús en las manos de Pilato, para que este juez idólatra le condenase á ser crucificado, y que fuese el ejecutor de su malvado designio. *Vinctum adduxerunt eum, et tradiderunt Pontio Pilato* ². Imitan á los pérfidos y malignos judíos aquellos que por pleitos, injurias y otros malos caminos solicitan perder á los buenos y saciar el odio y envidia que les tienen. *Considerat peccator justum*, dice el real Profeta ³, *et querit mortificare eum... Sedet in insidiis cum divitibus in occultis, ut interficiat innocentem* ⁴.

P. ¿Dónde empezó la pasión de Nuestro Señor Jesucristo?

R. En el huerto de las Olivas ⁵. Habiendo celebrado Jesús la última Pascua con sus discípulos é instituido la Eucaristía el jueves en la noche, predijo que uno de sus Apóstoles le había de vender; y viendo que ellos estaban abatidos y consternados por lo que les había dicho de su pasión y de su cercana muerte, los consoló con un discurso admirable, que se llama el sermón de la Cena ⁶, en el cual les anuncia su vuelta al Padre, y les promete el Espíritu Santo para suplir su ausencia. Rezó después con ellos un cántico; y saliendo de Jerusalén, pasó con ellos el torrente Cedron, que David, que era figura del Mesías, había pasado á pie en otro tiempo con una profunda tristeza cuando huía de su hijo Absalón que se había re-

¹ Psalm. xxi, 68, etc. — ² Matth. xxvii, 2. — ³ Psalm. xxxvi, 22. —

⁴ Psalm. x, 8. — ⁵ Matth. xxvi; Marc. xiv; Luc. xxii; Joan. xviii. —

⁶ Joan. xiv, xv, xvi, xvii.

helado contra él. Despues de haber pasado el torrente, subió al monte de las Olivas y se retiró al huerto de Getsemaní, y se separó de sus Apóstoles, encargándoles antes que se armasen, por medio de la vigilancia y oracion, para la tentacion que se iba acercando. Tomó solamente á Pedro, Juan y Santiago, que habian sido testigos de su transfiguracion, como mas capaces de sufrir la prueba de su profunda tristeza y de la agonía en que iba á entrar, y les dijo: «Mi alma está triste hasta la muerte; estaos aquí, velad y orad para que no entreis en tentacion.» Habiéndose despues alejado de ellos como un tiro de piedra, se puso de rodillas, y postrándose con el rostro en tierra, dijo: «Padre mio, todas las cosas os son posibles: si es de vuestro agrado, haced que pase de mí este cáliz; pero hágase vuestra voluntad y no la mia.» Un Ángel del cielo vino á consolarle; y estando Jesús en esta agonía, continuó su oracion, y salia de todo su cuerpo un sudor como de gotas de sangre que corria hasta la tierra ¹.

Ved aquí la primera circunstancia de la pasion del Salvador. Mas ¿por qué llegó á tan gran tristeza, al acercarse su muerte, aquel que la habia predicho con tanta frecuencia, que la habia deseado tan ardientemente, y que tenia la fuerza de un Hombre-Dios? Los santos Padres dicen que por nosotros quiso sentir esta tristeza. Quiso, dice san Agustin ², tomar sobre sí las enfermedades ó flaquezas de sus miembros, y hablar como ellos: *Loquebantur membra in capite, et loquebatur caput pro membris*. Quiso, dice tambien el mismo Santo, consolarnos enseñándonos que la repugnancia que tenemos á morir no es pecado, con tal que á su ejemplo sometamos nuestra voluntad á la de Dios. Mas la principal razon de este mortal y cruel dolor que sintió Jesucristo fue para llevar todas las humillaciones y penas debidas á nuestros pecados, de los cuales se miraba como fiador universal. Trajo á su memoria todos los pecados que se habian cometido y los que se habian de cometer, y tocado del horror que ellos inspiran, esta tristeza le condujo á una agonía de muerte. Sudó sangre para enseñarnos que no se pueden derramar lágrimas que sean excesivas por el pecado: creyó que no era bastante llorar con los ojos, y quiso llorar por todas las partes de su cuerpo. ¡Ah, pecadores! yo os convido á este espectáculo. ¡Oh, vosotros todos los que venís á confesaros, pecadores sin compuncion y sin dolor, ved y considerad cuál ha sido la contricion del Salvador! Es como un

¹ Luc. xxii, 24. — ² Aug. in Psalm. xl et Psalm. lxxxvii, et tract. in Joan.

vasto mar que no tiene fondo ni márgenes; es un abismo insondable, y la vuestra es un dolor aparente, superficial y pasajero. Entra aquí dentro de tí, pecador, y sírvate la vista de Dios agonizando y muriendo de dolor por los pecados de los hombres, de modelo para en adelante cuando le acercares al sacramento de la Penitencia. *Attendite, et videte, si est dolor sicut dolor meus* ¹.

P. ¿Qué hizo Jesucristo en el huerto despues de su agonía y su oracion, y en qué paró Judas que le vendió?

R. Jesucristo despertó á sus discípulos rendidos de tristeza, fatiga y sueño: habiéndoles advertido que Judas se acercaba, salió al encuentro á este traidor que le venia á buscar acompañado de soldados y gentes enviadas por los judíos. Así que el traidor avistó á Jesús, tuvo la insolencia y la perfidia de acercarse á besarle. Jesús, que sabia que esta era la señal que este miserable habia dado á los judíos para ponerle en sus manos, quiso aun hacerle entrar dentro de sí mismo por la mansedumbre con que le habló: «Amigo, le dice, ¿á qué has venido? ¿con un beso entregas al Hijo del Hombre?» Pero Judas se quedó endurecido. Acercándose despues Jesús á los judíos, les preguntó á quién buscaban: ellos respondieron que á Jesús Nazareno. *Yo soy*, les respondió, y con esta palabra echó por tierra toda aquella tropa de gente armada, para dar á entender que no iba á padecer sino por su voluntad. Finalmente se entregó á sí mismo, se dejó atar, y les ordenó dejasen ir á sus Apóstoles que le acompañaban; y ellos sobrecogidos de miedo se huyeron. Pedro, el mas atrevido de todos, sacó la espada para defender á su Maestro, y cortó una oreja á Malco criado del pontífice. Jesús curó al punto á Malco, y dijo á Pedro: «Mete la espada en la vaina; porque todo aquel que echare mano á la espada, perecerá por la espada: ¿piensas que no podré yo pedir á mi Padre mas de doce legiones de Ángeles para mi defensa? ¿quieres que no beba el cáliz que me ha dado mi Padre? ¿Cómo se cumplirán las Escrituras que dicen que esto se ha de hacer así?» Manifestó al mismo tiempo á los judíos lo mal que hacian en venir de aquel modo á prenderle como si fuera un ladron, habiendo tenido tantas veces oportunidad de ejecutarlo en el templo, donde enseñaba públicamente. Mas esta es vuestra hora, les dice, y el poder de las tinieblas.

Viendo Judas el efecto de su traicion, tuvo horror á su delito, se arrepintió, restituyó el dinero que habia recibido, y dió un testimo-

¹ Thren. III, 12.

nio público de la inocencia de Jesús. *Peccavit tradens sanguinem justum* ¹. Mas habiendo desesperado de la misericordia de Dios, se ahorcó. Tal fue el fin de este miserable apóstata: habia sido apóstol de Jesucristo, testigo de sus milagros y de su virtud, vivió y conversó tres años con él, y aun habia comulgado poco antes de su mano: en medio de todos estos favores vendió á su divino Maestro por treinta dineros. Él manifestó estar pesaroso de su delito; pero no siendo suficiente su arrepentimiento, murió desesperado. ¡Terrible ejemplo! que nos muestra cuán importante es oponerse á la codicia desde que empieza á descubrirse, viendo el delito á que la avaricia condujo á Judas. *Radix omnium malorum est cupiditas* ².

P. ¿Dónde llevaron los judíos á Jesucristo despues que le prendieron en el huerto?

R. Le llevaron primeramente á casa de Anás, suegro de Caifás, y despues á casa del mismo Caifás, que era aquel año sumo pontífice. Caifás, asistido de todos los príncipes de los sacerdotes y de todos los que componian el Consejo de los judíos, preguntó á Jesucristo, como á un reo, sobre su doctrina y sus discípulos. Jesús respondió que siempre habia hablado públicamente, y que así se podia preguntar sobre este punto á los que le habian oido. Se produjeron despues falsos testigos contra él; mas siendo evidente la falsedad y contradiccion de sus testimonios, Jesús guardó silencio, y no respondió palabra; entonces el sumo pontífice le preguntó jurídicamente si era Cristo, Hijo de Dios. Jesús respondió sin detenerse, que lo era, aunque sabia que esta respuesta habia de ser causa de su condenacion; efectivamente, por solo esto le condenaron todos á muerte. Una condenacion tan injusta no fue lo único que Jesucristo tuvo que sufrir en este conciliábulo. Sufrió tambien de parte de uno de los criados del pontífice, que le dió una bofetada; de parte de san Pedro que, sin embargo de su promesa tan reiterada de dar la vida por su Maestro, le negó tres veces, como se lo habia predicho el Salvador; mas habiéndole mirado este divino Maestro con ojos de misericordia, salió Pedro de casa de Caifás, entró sériamente dentro de sí, y lloró amargamente su pecado. Sufrió de todos los judíos que allí estaban y de los criados del sumo pontífice, quienes así que el Consejo declaró á Jesús digno de muerte le escapieron en la cara, le dieron de bofetadas, le llenaron de golpes, y le hicieron otros mil insultos. En esta ocasion fue cuando se cumplió lo que Jeremías

¹ Matth. xxvii, 4. — ² I Tim. vi, 10.

habia profetizado del Mesías: *Dabit percutienti se maxillam, saturabitur opprobriis* ¹. Presentará su mejilla al que quiera herirle, y será saciado de oprobios. Jesucristo sufrió todo esto con una paciencia divina, y no dijo siquiera una palabra á los que le maltrataban de esta suerte. Consolaos aquí, discípulos de Jesucristo: aunque os persiga el mundo todo cuanto quiera, jamás seréis tratados tan indignamente por la defensa de la verdad, como vuestro divino Maestro por la sincera confesion de su divinidad. El cielo, la tierra y el mismo infierno lo habían testificado: la mayor parte de los judíos sabian todos sus prodigios; no obstante, siempre incrédulos, no piensan sino en perderle: vomitan contra él blasfemias, y le hacen todos los insultos que la rabia de los demonios puede inspirar á unos furiosos. Repasad todo esto en vuestra memoria, y ved si teneis motivo para quejaros, y caer de ánimo en vuestras aflicciones: *Reco-gitate cum qui talem sustinuit à peccatoribus, adversum semetipsum contradictionem, ut ne fatigemini, animis vestris deficientes* ².

P. ¿Qué hicieron los judíos con Jesucristo despues que le condenaron á muerte en su Consejo?

R. Le ataron, y le condujeron á Pilatos, gobernador de la Judea por los romanos, para que él ejecutase la sentencia que su furor habia pronunciado. Ellos acusaron á Jesús ante Poncio Pilato sobre tres capítulos principalmente: I. Que alborotaba la nacion con sus discursos. II. Que impedía pagar el tributo al César. III. Que decía ser rey. Pilato, oidas estas acusaciones, le preguntó si era verdaderamente rey de los judíos, y Jesucristo le respondió que lo era; pero que su reino no era de este mundo. Pilato le hizo algunas otras preguntas, y reconoció manifestamente la inocencia de Jesús y la malignidad de sus acusadores; mas queriendo salir de este negocio sin ofender á los judíos, viendo que estos alegaban las predicciones que el Salvador habia hecho en Galilea, se sirvió de este pretexto para enviarle á Herodes Antipas, tetrarca de aquella provincia, á fin de que este Príncipe conociese de esta causa, como que le tocaba. Jesucristo fue, pues, conducido á Herodes, que se hallaba entonces en Jerusalem. Este Príncipe estima á Pilato su atencion, y siendo antes enemigos, desde aquel dia se hicieron amigos, para significar que Jesucristo reconciliaria á los judíos con los gentiles por su muerte, y que extinguiria en su sangre todas las enemistades. Herodes se alegró de ver á Jesucristo, de quien habia oido

¹ Thren. iii, 30. — ² Hebr. xii, 3.

decir tantas maravillas, esperando que haria en su presencia algun prodigio. Le hizo muchas preguntas inútiles; y Jesús, no juzgando deber satisfacer á este Príncipe, guardó un profundo silencio. Herodes con toda su corte le despreció, le hizo por burla vestir de una ropa blanca, y se lo devolvió á Pilato.

Sirvióse Pilato de esta remision para representar á los judíos que Herodes habia hallado á Jesús inocente como él; pero insistiendo los judíos en pedir que fuese condenado, este Gobernador recurrió á dos medios para librarle; ved aquí el primero: en la fiesta solemne de Pascua, que se celebraba entonces, acostumbraban los judíos pedir que se diese libertad á un reo. Pilato les propuso á Jesús y á Barrabás: siendo este último un insigne ladron, que en una sedicion habia hecho una muerte, creyó que el horror que el pueblo debia tener á Barrabás le obligaria á pedir que se diese por libre á Jesús; pero se engañó, porque Jesús debia morir para salvar á los pecadores. Los judíos pidieron, pues, que se diese libertad á Barrabás, y que Jesús fuese crucificado. Entonces Pilato recurrió á otro arbitrio muy indigno de un juez que estaba persuadido de la inocencia de Jesucristo; le hizo azotar cruelmente, para aplacar el furor de los judíos y excitar su compasion. Hé aquí, pues, á Jesús entre las manos de los verdugos, que se echan sobre él como bestias feroces: despojanle de sus vestidos, y atándole á una columna del pretorio, descargan en su cuerpo adorable un sinnúmero de golpes: su sangre corre por todas partes; la crueldad de los verdugos se cansa: antes falta la fuerza á estos bárbaros que la paciencia á este Cordero divino. A la flagelacion añaden los insultos mas crueles: echan sobre la carne desgarrada un manto de púrpura; le ponen sobre la cabeza una corona de espinas y una caña en la mano por cetro; y despues doblando la rodilla delante de él, y dándole golpes sobre la cabeza y la cara, le dicen por escarnio: *Dios te salve, Rey de los judíos*. Jesucristo sufrió todo esto sin decir palabra. Adoremos la paciencia del Salvador, y procuremos imitarla.

P. ¿Qué hizo Pilato despues que los soldados romanos ejecutaron el cruel suplicio de la flagelacion?

R. Mostró á Jesús á los judíos y les dijo: « Ved aquí el hombre, » esperando que el lastimoso estado á que estaba reducido calmaria al fin su rabia; mas los sacerdotes y el pueblo judío, semejante, segun el Profeta ¹, á unos toros furiosos, animando su pasion con este horrible

¹ Psalm. xxi, 13.

espectáculo, clamaron que lo mandase crucificar. «Tomadle, pues, vosotros, respondió Pilato, y crucificadle; porque por lo que á mí toca, yo no hallo en él cosa que merezca la muerte.» Insistiendo los judíos clamaron: «Nosotros tenemos ley, y segun esta ley él debe morir, porque dice que es Hijo de Dios.» Aumentase el temor de Pilato, entra en el pretorio, pregunta á Jesucristo para saber de dónde era; á lo cual Jesús no responde nada. Pilato espantado, le dice: ¿No me respondes? ¿no sabes que tengo potestad para condenarte á muerte, ó darte por libre? Jesús insinuándole que daría cuenta á Dios, de quien habia recibido este poder, del uso que de él hiciese, le dijo lo bastante para hacerle comprender que no podría condenarle sin delito; pero se lo dijo de un modo lleno de suavidad y dulzura: «Aquellos que me han puesto en tus manos cometieron mayor pecado que tú.» Esto era, dice san Agustin ¹, darle suficientemente á entender que seria culpable el juez si por timidez cediese á la injusta pasion de los acusadores. Pilato salió del pretorio resuelto á absolver á Jesucristo; mas los judíos reconociendo la parte por donde flaqueaba, le dijeron á voces que seria traidor al César, si le daba por libre, porque Jesús pretendia ser rey, y cualquiera que tiene esta pretension es enemigo del César. Cedió Pilato á esta razon de política y de interés. Quiso no obstante lavarse las manos en público, y declaró que Jesucristo era inocente, y que descargaba sobre los judíos la injusticia de la sentencia que iba á pronunciar.

Los judíos respondieron á voces: «Su sangre recaiga sobre nosotros y sobre nuestros hijos,» y por estas palabras se echaron á sí mismos una maldicion terrible, cuyos efectos experimentaron bien presto, y subsisten aun el dia de hoy. Pilato, despues de haberse lavado las manos, pronunció sentencia de muerte contra Jesucristo, y se lo entregó á los judíos para que lo crucificasen, sin embargo de estar plenamente convencido de su inocencia: ejemplo terrible para los jueces que se dejan llevar de cualquiera pasion humana. No tardó Dios mucho tiempo en vengarse de este juez inícuo y erradamente prudente. Mientras que llegaba el castigo de la otra vida, fue castigado en esta y cayó en la infelicidad, cuyo vano temor le habia hecho injusto. Incurrió en la desgracia del Emperador, que le desterró á Francia ², en donde murió miserablemente, siendo él mismo su verdugo, como nos lo enseña la historia eclesiástica.

¹ Tract. CXVI in Joan. n. 2.

² Pilato fue desterrado á Viena sobre el Ródano. Euseb. Hist. Eb. II, c. 7.

P. ¿Qué fruto debemos sacar de esta narracion de la pasion del Señor?

R. Debemos: I. Considerar cuán desagradable es á Dios el pecado, y cuánto debemos aborrecerlo nosotros, pues que fue necesario que el Hijo de Dios padeciese tanto para librarnos de él. Reconozcan aquí los hombres, dice san Próspero ¹, cuán grande era la enfermedad de sus almas, pues que no pudo curarse sino con la muerte de su Médico: *Agnoscant homines morbum, quibus eripiendis, succurri haud alter potuit, quam morte medentis*. II. Debemos tener una singular devocion á la pasion del Salvador, y ocuparnos en pensar y hablar de ella. *Christo passo in carne, et vos eadem cogitatione armamini*, nos dice san Pedro ². Notad que no nos dice este Apóstol que lloremos la pasion de Jesucristo, sino que nos armemos de este pensamiento, y lo tengamos siempre á la vista. No son unas lágrimas infructuosas las que debemos derramar, contemplando los dolores de nuestro divino Salvador, sino unas armas útiles, que es necesario tomar para combatir contra el pecado, que ha sido la causa de su muerte; ó si hemos de derramar lágrimas, derramémoslas antes por nosotros mismos, que es lo que el Salvador nos dice hablando á las hijas de Jerusalem: *Filiæ Jerusalem, nolite flere super me, sed super vos ipsas flete* ³. III. No basta repasar en nuestra memoria todas las circunstancias de la pasion de Jesucristo, es necesario aplicarnos á imitar á este Dios en lo que padeció por nosotros. Él es no solamente la cabeza sino tambien el modelo de todos los escogidos; trabajemos para hacernos conformes á él. ¿Os hallais en la afliccion y desgracia? Volved los ojos á este hombre de dolor: *Ecce Homo*. ¿Os persiguen, os quieren despojar de los bienes, de los empleos y del honor? Echad los ojos sobre este Rey tan pobre, tan humillado, que no tiene otras señales exteriores de majestad que una corona de espinas en la cabeza y una caña en la mano. Ved ahí: *Ecce Homo*. ¿Estais enfermos, achacosos, pobres, miserables? Mirad á este soberano Señor del cielo y la tierra tratado como el mas infeliz, cargado de todas las flaquezas humanas, y que con las llagas sangrientas, de que está cubierto, apenas conserva la figura de hombre. Mirad en qué estado se halla: *Ecce Homo*. ¿Hay calumnia que no se le levante, injuria que no se le haga? No me digais que se os haga agravio: ¿sois vosotros mas inocentes que Jesucristo que no tenia sino la apariencia del pecado? Ved no obstante cómo se le trata, y

¹ Pros. de ingrat. c. 45. — ² I Petr. iv, 1. — ³ Luc. xxiii, 28.

como lo padece todo por los pecados de que voluntariamente se habia cargado. Veis aquí vuestro modelo, miradle bien: *Ecce Homo*. Yo no puedo, hermanos míos, representaros todo lo que debeis imitar en este divino modelo; me contento con decir que debeis conformaros con él, para ser del número de los predestinados, y participar de sus penas para tener algun día parte en su gloria.

PLÁTICA UNDÉCIMA.

SOBRE LA MUERTE DE JESUCRISTO.

Traditus est propter delicta nostra. (Rom. iv).

Fue entregado á muerte por nuestros pecados.

Que Jesucristo se haya entregado á la muerte por nuestros pecados es una verdad que todos sabemos, pero que meditamos poco. El justo muere por los impíos, el santo por los pecadores, y apenas hay quien piense en ello: *Justus perit, et non est qui cogitet in corde suo*¹. Es una queja antigua del profeta Isaías; y tenemos mucho motivo de renovarla y repetirla en nuestros dias, en los cuales hay pocos cristianos que se empleen con fe en la memoria de la pasion y muerte de Jesucristo. Para hacerlo de este modo seria necesario poder decir con san Pablo: «Yo vivo en la fe del Hijo de Dios, que me amó, y se entregó á sí mismo á la muerte por mí².» Seria necesario manifestar á Jesucristo, como el Apóstol, el debido reconocimiento por medio de continuas acciones de gracias, acordándonos que nos amó á todos en particular con el mismo amor que ha tenido á todo el género humano. Dichoso y muy dichoso, exclama san Jerónimo, aquel que viviendo en la fe del Hijo de Dios, se ocupa sin cesar en el pensamiento de que Jesucristo le amó, y se entregó á la muerte por él: *Beatus multumque felix qui vivente in se Christo, per singulas cogitationes et opera potest dicere: in fide vivo Filii Dei, qui dilexit me, et tradidit semetipsum pro me*³. Para inspiraros semejantes pensamientos de piedad y de amor, y excitar vuestro reconocimiento al Salvador, os expliqué por menor las principales circunstancias de su pasion; mas como no pude explicarlas todas en la plática antecedente, continuaré hablando de ellas en esta.

P. ¿Qué se hizo con Jesucristo luego que Pilato pronunció su sentencia de muerte?

R. Se echaron sobre él los soldados, le despojaron del manto de púrpura que le habian puesto por burla, le dieron sus vestidos or-

¹ Isai. LVII, 1. — ² Galat. II, 20. — ³ Hier. in cap. II Galat.

dinarios, y le cargaron de su cruz; y así como Isaac, figura expresa de Jesucristo, subiendo al monte en donde habia de ser inmolado llevaba sobre sí la leña para su sacrificio, así tambien el Salvador cargó con el madero de la cruz en que habia de ser enclavado. No pudiendo Jesús llevar solo la cruz por su debilidad y flaqueza, obligaron los soldados á un hombre llamado Simon, que encontraron al salir de la ciudad, á que puesto detrás de él se la ayudase á llevar; circunstancia que nos enseña que debemos llevar la cruz en pos de Jesucristo. El lugar destinado para el suplicio del Salvador fue el monte Calvario, situado fuera de la ciudad de Jerusalem. Como la víctima solemne de expiacion que el sumo sacerdote de los judíos ofrecia todos los años era inmolada fuera del campo, Jesucristo, verdadera víctima por nuestros pecados, quiso asimismo padecer fuera de la ciudad, como dice san Pablo: *Propter quod et Jesus, ut sanctificaret per suum sanguinem populum, extra portam passus est* ¹. Cuando Jesús subia al Calvario le seguia un grande tropel de gente, y muchas mujeres que se deshacian en lágrimas; y volviéndose á ellas les dijo el Señor: Hijas de Sion, no lloreis por mí, sino por vosotras y por vuestros hijos. Despues de esto predijo en términos encubiertos las infelices en que iba á caer su nacion. Condujeron detrás de él á dos ladrones, que habian de ser crucificados con él: así se cumplió la profecía de Isaías de que el Mesías seria puesto en clase y número de los malvados ². Esta ignominia hecha al Salvador sirvió de consuelo á los Mártires, á quienes sus perseguidores trataron como á malhechores y facinerosos, y debe tambien consolarnos á nosotros. Cuando, pues, el mundo nos persiga injustamente, cuando nos veamos despreciados de los hombres, acordémonos de esta circunstancia de la pasion de Jesucristo: *Cum iniquis reputatus est* ³.

P. ¿Qué hicieron con Jesucristo cuando llegó al Calvario?

R. Se le dió vino mezclado con mirra, como se acostumbraba hacer con los reos, ó para amortiguar el dolor, ó para dar fuerzas; pero le habian echado tambien hiel por un exceso de inhumanidad. Jesús lo gustó por conformarse con la costumbre; pero como quiesiese sufrir sin tentativo la muerte de cruz armada de todos sus dolores, no quiso beber mas. Esto lo hizo tambien para enseñar á sus discípulos que habian de beber el cáliz de su pasion, y participar de sus dolores. Se le despojó de sus vestiduras, que fueron divididas en cuatro partes para los soldados: mas la túnica inconsútil, ó

¹ Hebr. XIII, 12. — ² Isai. LIII. — ³ Marc. XV, 28.

sin costura, la sortearon. Así se cumplió lo que David había profetizado del Mesías : Dividieron entre sí mis vestidos, y echaron suertes sobre mi ropa ¹. Jesús fue enclavado en la cruz con clavos que traspasaron sus piés y manos. Mientras se le crucificaba estaba orando por los verdugos, diciendo : « Padre mio, perdónales porque no saben lo que se hacen. » Entre tanto Pilato hizo poner sobre la cruz un rótulo con estas palabras en hebreo, griego y latin : *Jesús Nazareno, Rey de los judíos*. Indignados los judíos del título de rey que se le daba, pretendieron que se mudase este título ; pero Pilato no quiso, y respondió : *lo escrito, escrito*. Dios lo permitió, dice san Agustín ², para que se entendiese que el reino de Jesucristo se extendería sobre todos los pueblos de la tierra designados por estas tres lenguas. Cuando Jesús estuvo enclavado en la cruz, los soldados le insultaron de nuevo con palabras injuriosas ; el magistrado de los judíos y el pueblo hicieron lo mismo, y decían : Descienda ahora de la cruz, y creéremos en él. Jesús, sin hacer caso de sus blasfemias, quiso morir sobre la cruz, para enseñarnos que la vida del cristiano debe ser una cruz continua, y que no es esté el tiempo de arrancar los clavos, como dice san Agustín. *In hac quidem cruce per totam vitam perpetuo debet pendere christianus... non enim est in hac vita tempus evellendi clavos* ³.

P. ¿ En qué dia fue Jesucristo clavado en la cruz, y qué hizo estando en ella ?

R. En el viernes, víspera del dia del sábado, que era también aquel año víspera de Pascua, cerca de la hora sexta del dia, es decir, segun nuestro modo de contar, cerca del mediodía, *Erat autem Parasceve Paschæ, hora quasi sexta*, dice san Juan ⁴, fue crucificado entre dos ladrones, de los cuales el uno se convirtió, y el otro murió blasfemando. Entonces empezaron aquellas milagrosas tinieblas de que habla el Evangelio, que duraron hasta las tres, que murió Jesucristo. Hé aquí lo que hizo el Salvador estando en la cruz : 1.º Oró por los que le daban la muerte. 2.º Ofreció al Padre el sacrificio de su sangre, el único que podia satisfacer á la divina justicia por los pecados de los hombres. 3.º Hizo de antemano el oficio de juez, que ha de ejercer algun dia á la faz de toda la tierra. De dos reos que estaban á su lado, dejó al uno en su impiedad, y recompensó en el otro la fe y la penitencia que él mismo le habia ins-

¹ Psalim. xxi, 19. — ² Tract. CXVII in Joan. n. 2. — ³ Aug. serm. CCV, edit. n. — ⁴ Joan. xix, 14.

pirado ¹. 4.º Dijo á su santísima Madre que estaba al pié de la cruz : *Ves ahí á tu hijo*, hablando de san Juan , que estaba tambien al pié de la cruz ; y á san Juan : *Ves ahí á tu madre*, hablando de la santísima Virgen. Sobre lo cual se puede decir que san Juan representaba á todos los Cristianos que habian de mirar á María como á su madre , pues tienen la honra de ser hermanos de Jesucristo ². 5.º A las tres de la tarde dió Jesucristo un gran grito para consumir su sacrificio ; y hablando así en alta voz dió á entender que no moria por necesidad , ni por habérsele debilitado las fuerzas , sino libremente , voluntariamente , y á la hora que él habia escogido. 6.º Despues de este grito , que segun san Pablo fue acompañado de lágrimas , dijo estas palabras del salmo xxi : Dios mio , Dios mio , ¿ por qué me habeis desamparado ? Habló segun la humanidad , y representó en su persona la flaqueza de nuestra naturaleza ³. Este salmo es una profecía expresa de la pasion del Salvador. 7.º Despues de estas palabras , habiendo dicho que tenia sed , se le presentó una esponja con vinagre en la punta de una caña. Entonces dijo que todo estaba consumado , y encomendando su alma á Dios Padre bajó la cabeza y dió su espíritu.

Así murió , segun la prediccion de los Profetas , el Cristo , el Mesías tanto tiempo esperado de los judíos , y desechado por ellos , el Deseado de las naciones , el Hijo único de Dios , el Redentor de los hombres , que en medio de la flaqueza aparente de su muerte hizo ver que era el Señor absoluto de su vida y de toda la naturaleza ; porque así que estuvo sobre la cruz se eclipsó el sol , contra las leyes de la naturaleza , durante tres horas ; el velo del templo que separaba el santuario del lugar santo se rasgó en dos de arriba abajo , para denotar que iba á abrirse el cielo á los hombres , que se habian disipado las sombras de la ley , que Jesucristo , verdadero sumo pontífice , habia entrado en lo interior del templo para expiar los pecados de todos los hombres. Tembló la tierra , se rompieron las rocas , los sepulcros se abrieron , resucitaron muchos difuntos , y se dejaron ver en Jerusalem. El Centurion , que comandaba la guardia de los soldados romanos , se convirtió á vista de estos prodigios , y otros muchos reconocieron que Jesús era verdaderamente el Hijo de Dios , y movidos de su muerte se volvian dándose golpes de pechos : *Percutientes pectora sua revertebantur*, dice san Lucas ⁴ ; mas la ma-

¹ Aug. in Psalm. xxxiv, et serm. CCCXXVII. — ² Ambr. in Luc. xxiii. — ³ Hier. ibi, et Amb. lib. X in Luc. i. — ⁴ Luc. xxiii, 48.

yor parte de los judíos se quedaron en su obstinacion, mas duros, dice san Leon, que las mismas piedras que se habian roto. *Duriora saxis, ad pœnitentiam scindi nolunt* ¹. Guardémonos, hermanos mios, dice san Pablo, de endurecer nuestros corazones como ellos. *Ut non obduretur quis ex vobis fallacia peccati* ². Seamos fieles en aprovecharnos de las gracias de Dios, que Jesucristo nos ha merecido por su muerte. *Contemplantes ne quis desit gratiæ Dei* ³.

P. ¿Qué hicieron del cuerpo de Jesucristo despues de su muerte?

R. La solemnidad del sábado, que entre los judíos comenzaba el viernes en la tarde al ponerse el sol, hizo que ellos consiguiesen de Pilato licencia para quebrarle las piernas á Jesucristo y á los dos ladrones crucificados con él, para acabar con ellos, no queriendo que sus cuerpos estuviesen en la cruz durante aquella fiesta. Quebraron, pues, las piernas á los dos ladrones, que vivian aun en la cruz; mas habiendo muerto Jesucristo á las tres horas despues de mediodía, no le quebraron las piernas, en lo cual se cumplió lo que estaba figurado en la prohibicion que puso Moisés de no romper ó quebrantar los huesos del cordero pascual: *Nec os illius confringetis* ⁴. Mas un soldado, para asegurarse de la muerte de Jesucristo, ó para adelantársela, si aun no habia espirado, le hirió el costado con una lanza: salió de esta herida sangre y agua, figura de los Sacramentos de la Iglesia que traen toda su fuerza y virtud de la sangre que Jesucristo derramó sobre la cruz ⁵. Quiso el Salvador que su costado fuese abierto, para asegurar á toda la tierra de su muerte, y manifestar por este medio la verdad de su resurreccion. Despues de esto un hombre llamado José de Arimatea, que hasta entonces no se habia atrevido á declararse por Jesucristo, aunque era su discípulo en secreto, se armó de valor, fué á buscar á Pilato, y le pidió el cuerpo de Jesucristo para enterrarlo. Concedióselo, y ayudado de Nicodemus, otro discípulo oculto de Jesucristo, desenclavó de la cruz este precioso cuerpo, lo embalsamó con perfumes de mucho precio, lo envolvió en un lienzo, y lo puso en un sepulcro excavado en una roca, y en el cual no se habia enterrado ningun otro. Puso una gran piedra á la entrada del sepulcro, y se retiró. Pilato permitió á los judíos sellar la entrada del sepulcro, y poner en él guardia, para impedir que viniesen sus discípulos y se lo llevasen. Todo esto se hizo por orden de la Providencia, á fin de hacer mas auténtica la verdad de la resurreccion de Jesucristo, y dar á la Igle-

¹ Leo, serm. XVII de Pas. c. 13. — ² Hebr. III, 13. — ³ Ibid. XII, 15. — ⁴ Exod. XII, 46. — ⁵ Aug. serm. CXV de diversis.

sia armas invencibles para cerrar la boca á las calumnias de sus enemigos.

P. ¿Por quién murió Jesucristo? ¿Basta para ser salvos que Jesucristo haya muerto por nosotros?

R. Jesucristo murió por todos los hombres, satisfizo por todos, todos han sido redimidos por Jesucristo, que padeció como hombre y como Dios, dió un precio infinito á sus penas y dolores. Así él satisfizo suficientemente, no solo por todos los pecados que los hombres habian cometido, y cometerán hasta el fin del mundo, sino tambien su muerte era capaz de redimir mil mundos, pues es de un precio absolutamente infinito, y los pecados de mil mundos no lo son. Es, pues, un error muy injurioso á la bondad del Salvador defender, como lo hicieron Calvino y sus sectarios, que Jesucristo no murió sino por los predestinados. Él sufrió, por la gracia de Dios, la muerte por todos nosotros, como dice san Pablo ¹. Sí, hermano mio, sí, hermana mía. Jesucristo murió por vosotros. ¡Ah! ¿pensais bien en ello? ¿Qué cuidado teneis de darle las gracias? No obstante es necesario advertir que aunque Jesucristo haya muerto por todos, no todos reciben el fruto de su muerte, como dice el concilio de Trento ², sino aquellos á quienes se les comunica el mérito de su pasion. No basta saber que Jesucristo murió por todos nosotros, es necesario aprovecharse de las gracias que nos ha merecido por su muerte. Él nos libró de la esclavitud del demonio y de las penas del infierno, y no debemos hacernos segunda vez acreedores á ellas; nos abrió la entrada del cielo que estaba cerrada despues del pecado, y debemos caminar por el camino que nos enseñó para ir allá. Finalmente, Jesucristo murió por nuestros pecados, por una vez solamente, como dice el Apóstol: *Quod enim mortuus est peccato, mortuus est semel* ³. Esto quiere decir que si no nos aprovechamos de su muerte durante esta vida no nos aprovecharemos jamás por toda la eternidad. No: en todo aquel diluvio de sangre que el Salvador derramó sobre la cruz no hay ni una sola gota para los condenados: no hay redentor ni redencion en el infierno. ¡Ah! pues que esto es así, y que el tiempo presente es el de la misericordia, hermanos mios, vuelvo á decirlo, aprovechémonos de él; y ya que Jesucristo murió por nuestros pecados, y no muere mas, muramos nosotros enteramente y para siempre al pecado. Esta es la conclusion que debemos sacar, con el Apóstol, de tan importante verdad.

¹ Hebr. II, 9. — ² Sess. VI, c. 3. — ³ Rom. VI, 10.

Non ergo regnet peccatum in vestro mortali corpore, ut obediatís concupiscentiis ejus ¹. No seamos de hoy mas esclavos del pecado y de las pasiones que nos conducen á él. No vivamos mas que para Dios en Jesucristo nuestro Señor, á fin de que viva en nosotros por su espíritu, su amor y su gracia, y que merezcamos vivir eternamente con él en su gloria.

¹ Rom. vi, 12.

PLÁTICA DUODÉCIMA.

SOBRE LA RESURRECCION DE JESUCRISTO.

Resurrexit propter justificationem nostram.
(Rom. iv).

Resucitó para nuestra justificacion.

Murió Jesucristo para destruir el hombre viejo, y resucitó para que reinase el nuevo : murió para librar los esclavos que el demonio tenia cautivos, y resucitó para enseñar á sus hijos á usar bien de la libertad : murió para pagar nuestras deudas, y resucitó para colmarnos de sus gracias : murió para redimir á los culpados, y resucitó para consolar á los justos : murió para cerrarnos las puertas del infierno, y resucitó para abrírnos las del cielo : en una palabra, murió por nuestros pecados, y resucitó por nuestra justificacion : *Traditus est propter delicta nostra, et resurrexit propter justificationem nostram.* Ved aquí la doctrina de san Pablo que se nos propone en el Símbolo de los Apóstoles, como uno de los artículos de nuestra fe : *Tertia die resurrexit à mortuis* : Jesucristo resucitó al tercero día de entre los muertos. Tiemble el infierno, confúndase la Sinagoga, desespérense la infidelidad y el ateismo, manténgase la Iglesia eternamente en posesion de la verdad, regocijense los fieles con esta gran nueva que Dios señaló en sus decretos eternos como el día de la gloria de su Hijo Jesucristo y de la libertad y salud de todos los hombres.

Esta importante verdad es la que voy á explicaros, y para hacerlo con solidez me ceñiré á lo que nos enseña la sagrada Escritura.

P. ¿A dónde fué el alma de Jesucristo cuando se separó de su cuerpo ; y qué significan estas palabras : «Descendió á los infiernos?»

R. Habiendo muerto Jesucristo y separádose su alma de su cuerpo por el cruel suplicio de la cruz, bajó primeramente á los infiernos, esto es, á los lugares bajos de la tierra, como lo explica san Pablo : *Descendit primum in inferiores partes terræ* ¹. Para compren-

¹ Ephes. iv, 9.

der este artículo del Símbolo, «descendió á los infiernos,» es necesario advertir que la palabra infierno tiene muchas significaciones. Se entiende comunmente por esta palabra el lugar en donde los condenados y réprobos sufren los tormentos eternos. Se entiende tambien por esta palabra lo que nosotros llamamos purgatorio. Finalmente, se entiende el limbo, llamado en la Escritura seno de Abraham, lugar en donde reposaban antes de la venida de Jesucristo las almas de los justos que no tenian nada que expiar. A este último lugar fue á donde descendió el alma de Jesucristo, no para sufrir allí ninguna pena, pues era bienaventurada por la union que tenia con la persona del Hijo de Dios, y habia consumado sus dolores sobre la cruz, sino para hacer sentir á los demonios el poder y la virtud de su cruz, y para sacar las almas de los antiguos justos y llevarlas consigo en triunfo al cielo, cuya entrada estaba cerrada á los hombres hasta que Jesucristo la abrió con su muerte y resurreccion ¹. Solo sacó Jesucristo de los infiernos las almas santas; porque las almas condenadas á las penas eternas no podian ser libertadas de ellas. Por lo que toca á las almas que estaban sufriendo las penas temporales del purgatorio, no sabemos si Jesucristo las libró de ellas desde entonces enteramente sin esperar á que acabasen de satisfacer, ó si las dejó allí ². Lo cierto es que solo los justos fueron librados, y que los impíos no tuvieron parte en esta gracia.

P. ¿Cuándo resucitó Jesucristo, y cómo resucitó?

R. Jesucristo resucitó al tercero dia despues de su muerte, como lo habia predicho; habia muerto el viernes, y resucitó el domingo siguiente. No sabemos á punto fijo á qué hora resucitó: «El Evangelista dice solamente que fue el primer dia de la semana, muy de mañana, y antes de nacer el sol: *Una autem sabbati valde diluculo* ³. Resucitó por su propia virtud y poder. Ni la piedra que cerraba su sepulcro, y que estaba sellada, ni algun otro obstáculo pudo impedir la resurreccion de su cuerpo glorioso, que salió del sepulcro, como del seno de su madre, sin romper el sello.

Esta resurreccion de Jesucristo por sí mismo es una prueba manifiesta de su divinidad, no pudiendo un puro hombre resucitarse ni darse la vida que no tenia. Hay Santos que resucitaron; pero ninguno se ha resucitado á sí mismo. Solo Jesucristo, siendo al mismo tiempo Dios y hombre, pudo resucitarse: *Nullus mortuus est sui ipsius suscitator*, dice san Agustin ⁴: *ille se potuit suscitare qui*

¹ Aug. ep. CLXY ad Evodium. — ² Thren. I. IV, c. 39; Tert. lib. de anima, c. 55. — ³ Luc. xxiv, 1; Joan. xx, 1. — ⁴ Serm. XVI de V. Dom.

mortua carne mortuus non est. Así, añade este Padre, cumplió á la letra estas palabras que habia dicho á los judíos: *Solite templum hoc, et in tribus diebus excitabo illud* ¹.

Mas á fin de que esta resurreccion no quedase oculta, y que los soldados de los judíos que guardaban el sepulcro viniesen á ser testigos de este prodigio, un Ángel lleno de luz bajó del cielo, y habiendo excitado un gran terremoto, trastornó la piedra que cerraba la entrada del sepulcro, á fin de que todos pudiesen ver que Jesucristo no estaba allí. Este Ángel infundió con su resplandor tal miedo á los guardas, que cayeron en tierra como muertos: algunos de ellos fueron á contar á los príncipes de los sacerdotes lo que habia sucedido. Estos les ofrecieron una gran suma de dinero con tal que dijese que estando ellos durmiendo habian venido los discípulos de Jesucristo, y se habian llevado su cuerpo. ¡Miserable arbitrio! exclama san Agustín ², como si fuese admisible la deposicion de unos testigos dormidos. ¡Qué extravagancia como la de esta mentira, que se esparció entre los judíos! *Stulta insania!* Si los guardas velaban, ¿por qué no lo impidieron? Si dormian, ¿cómo pudieron verlo? Y si nada vieron, ¿qué pueden deponer? Si *vigilabas, quare permisisti? Si dormiebas, unde scisti?* Este engaño se descubre por todas partes: el mismo Pilato no le dió crédito; porque en la relacion que envió al emperador Tiberio de lo que habia pasado se explicó, dice Tertuliano, como si fuera cristiano: *Ea omnia super Christo Pilatus, et ipse jam pro sua conscientia christianus Casari tunc Tiberio nuntiavit* ³.

P. ¿Cómo sabemos nosotros que Jesucristo ha resucitado?

R. Lo sabemos por las figuras y profecías que predijeron su resurreccion; por el testimonio de los que le vieron despues de resucitado, que tocaron sus llagas, que comieron y bebieron con él, y que sellaron esta verdad con su sangre.

Comencemos por las figuras. Este misterio fue significado antes de la venida de Jesucristo, en la vida de Isaac, despues que su padre Abraham le puso sobre la hoguera para sacrificarle; en la prosperidad de Job, despues de sus trabajos; en el estado glorioso de José, despues de su prision; y aun mas claramente, segun la explicacion del mismo Jesucristo, en la libertad espantosa de Jonás, quien para apaciguar la tempestad fue echado al mar y tragado por un pez monstruoso, y estando en su vientre tres dias, salió de él con-

¹ Joan. II, 19. — ² In Psalm. XXXVI, serm. II. — ³ Tert. Apol. advers. Gent. c. 20.

vida para anunciar los juicios de Dios á los gentiles : *Sicut enim fuit Jonas in ventre ceti tribus diebus et tribus noctibus, sic erit Filius hominis in corde terræ tribus diebus et tribus noctibus* ¹. Además de estas figuras, que eran profecías vivas, la resurreccion de Jesucristo fue predicha por él mismo muchas veces antes de su muerte, y mucho tiempo antes de su venida por los Profetas. No referiré aquí todas sus profecías : me detendré únicamente en las de David, citadas por los Apóstoles.

David, hablando del Mesías, dice estas palabras que solo pueden convenir á Jesucristo : «No dejarás mi alma en el infierno, y no permitirás que tu Santo experimente la corrupcion ².» Ved aquí las palabras de san Pedro sobre este pasaje, con las cuales se convirtieron tres mil judíos, y recibieron el Bautismo : «Hermanos, ¿séame permitido deciros libremente del patriarca David, que murió, y fue sepultado, y su sepulcro se ve entre nosotros hasta el día de hoy : mas como él era profeta, y sabia que Dios le tenia prometido con juramento que de su sangre naceria un Hijo que vendria á sentarse en su trono ; segun este conocimiento que tenia de lo futuro habló de la resurreccion de Jesucristo, diciendo que «su alma no ha sido dejada en el infierno, y que su carne no experimentó corrupcion. Este Jesús es á quien Dios resucitó, y nosotros somos testigos de la resurreccion ³.»

San Pablo dice lo mismo sobre esta profecía de David ⁴ á los judíos, juntos en la sinagoga de Antioquía de Pisidia.

David dice tambien, hablando á nombre del Mesías : «Yo he dormido con el sueño de la muerte, y he resucitado, porque el Señor estuvo siempre conmigo ;» y en otra parte : «Vos me sacaréis de las puertas de la muerte, para que yo anuncie vuestras alabanzas á la hija de Sion ⁵,» es decir, en toda la Iglesia figurada por la hija de Sion. Los profetas Isaias, Daniel, Oseas y Zacarías, que predijeron que el Mesías seria muerto por su propio pueblo, tambien profetizaron su resurreccion. Es, pues, cierto que esta resurreccion ha sido anunciada.

P. ¿De quién se dejó ver Jesucristo despues de su resurreccion ?

R. I. El Evangelio nos enseña que la primera persona á quien se apareció Jesucristo resucitado fue santa María Magdalena : *Surgens autem mane prima sabbati, apparuit primo Mariæ Magdalene*, dice san Marcos ⁶. Ella tuvo el consuelo de verle antes que los mis-

¹ Matth. xii, 40. — ² Psalm. xv, 10. — ³ Act. ii, 29. — ⁴ Ibid. xiii, 35. —

⁵ Psalm. lxi, 6. — ⁶ Marc. xvi, 9.

mos Apóstoles : y fue , dice san Agustín ¹ , para recompensar la fe , la caridad , el ardor y la perseverancia con que habia ido á buscarle al sepulcro.

II. Se apareció despues á las santas mujeres que habian ido al sepulcro para embalsamar su cuerpo ; las ordenó fuesen á llevar á los Apóstoles , á quienes llamó sus hermanos , la nueva de su resurreccion , y decirles que fuesen á Galilea , donde le verian ².

III. Se apareció á san Pedro , príncipe de los Apóstoles. Esta aparicion particular á san Pedro la refiere san Lucas ³ , y san Pablo hace mencion de ella en su primera á los corintios ⁴ : *Visus est Cephae , et post hoc undecim*. Hay mucho motivo para creer que se dejó ver tambien en particular de la santísima Virgen su Madre ; mas la Escritura no lo dice , sea para manifestar la profunda humildad de María , ó para dar á entender la grandeza de su fe , que podia pasar sin este consuelo.

IV. Se apareció bajo la forma de viajero á los dos discípulos que iban á Emaús , lugar que dista sesenta estadios , ó cerca de dos leguas y media. Les hizo comprender que , segun la Escritura , el Mesías debia padecer todo lo que habia padecido , y entrar así en su gloria ; y ellos le conocieron , dice san Lucas ⁵ , en la fraccion del pan , esto es , segun lo explican los intérpretes , en la comunión de su cuerpo que les dió.

V. Se apareció á los otros Apóstoles en el lugar donde se hallaban congregados estando las puertas cerradas ⁶. Les reprendió de su incredulidad , y les mostró las llagas de sus manos , de sus piés y costado ; y para acabarlos de convencer de su resurreccion , comió delante de ellos de un pez y miel , y los hizo comer. Entonces sopló sobre ellos , y les dijo : « Recibid el Espíritu Santo : los pecados serán perdonados á aquellos á quienes se los perdonáreis , y serán retenidos á aquellos á quienes se los retuviéreis. » Todas estas apariciones sucedieron el mismo dia de la resurreccion de Jesucristo.

VI. Como santo Tomás no estoviesse entonces con los Apóstoles , persistió en su incredulidad sobre la resurreccion , y dijo que no la creeria si no tocaba por sí mismo las llagas de su Maestro ⁷. Ocho dias despues vino Jesucristo de nuevo al lugar en donde estaba santo Tomás con los otros Apóstoles , y le dijo á Tomás que tocase sus llagas. Entonces Tomás lo creyó , y exclamó : « Vos sois mi Señor y mi Dios. »

¹ Lib. III cont. or. ev. c. 60. — ² Matth. xxviii, 10. — ³ Luc. xxiv, 34. — ⁴ 1 Cor. xv, 4. — ⁵ Cap. xxiv, 35. — ⁶ Joan. xx, 19. — ⁷ Ibid. xx, 24.

VII. Jesucristo se apareció otra vez en Galilea á la orilla del lago de Tiberíades á Pedro, Santiago, Juan, Tomás, Natanael y otros dos discípulos que estaban pescando ¹. El Salvador hizo que cogiesen una pesca milagrosa, y comió con ellos. Despues de esta comida quiso que san Pedro reparase por triplicado testimonio de amor la falta que habia cometido negándole tres veces; y le confió despues el gobierno de su Iglesia.

VIII. Habiendo Jesucristo hecho juntar sobre un monte de Galilea sus Apóstoles y discípulos, se hallaron allí mas de quinientos. Así que le vieron le adoraron, y se volvieron confirmados para siempre en la fe de la resurreccion que habian de predicar en toda la tierra ².

IX. Se apareció á Santiago el Menor, que fue el primer obispo de Jerusalem. San Pablo, que refiere esta aparicion ³, no dice el tiempo ni el lugar.

X. Finalmente, se apareció Jesucristo la última vez á sus Apóstoles al tiempo de subir al cielo.

La Escritura no habla sino de estas diez apariciones; mas como dice en general que durante los cuarenta dias que estuvo sobre la tierra se dejó ver de sus Apóstoles para instruirlos y hablarles del reino de Dios ⁴, hay motivo para creer que se les apareció otras muchas veces, aunque en la Escritura no se refieran estas apariciones.

P. ¿Debe darse entero crédito á los que vieron y publicaron que Jesucristo habia resucitado?

R. Su testimonio es incontestable, y no se puede revocar. Es imposible que ellos hayan sido engañados, ni que intentasen engañar, porque: I. Ellos vieron muchas veces á Jesucristo resucitado, tocaron sus llagas, comieron y bebieron con él: ellos eran una vez mas de quinientos, como lo notó san Pablo: *Visus est plus quam quingentis fratribus simul* ⁵. Entre estos quinientos testigos oculares ninguno se retractó: al contrario, casi todos sufrieron la muerte por dar testimonio de la verdad de este hecho. Y ninguno da su vida por asegurar un hecho que cree ser falso ó dudoso.

II. Los discípulos de Jesucristo, dando testimonios á la verdad de su resurreccion, producian los libros de los Profetas que la habian predicho ⁶; ellos sostenian con grandes milagros que persuadian á una infinidad de personas en medio de los terribles peligros á que se exponian abrazando esta creencia. Estos milagros se hacian

¹ Joan. xxi, 2. — ² Matth. xxviii; I Cor. xv, 6. — ³ I Cor. xxv, 7. —

⁴ Act. i, 3. — ⁵ I Cor. xv, 6. — ⁶ Act. ii, 13; Marc. xvi, 20.

delante de los mayores enemigos de Jesucristo ¹, que no se atrevían á negar la verdad de los hechos.

III. Predicando los Apóstoles la resurreccion de Jesucristo, afirmaban, conforme á las antiguas profecías ², que Jesucristo resucitado iba á convertir todos los pueblos de la tierra, y hacerles conocer y servir al verdadero Dios. Ellos lo aseguraban en el tiempo en que toda la tierra era idólatra, y que no habia apariencia humana de que sucediese. Añadian que era llegada la hora de la reprobacion de los judíos, que iban á ser dispersos por toda la tierra, y que no se convertirían hasta el fin del mundo ³. La ciudad de Jerusalem y el templo subsistian aun cuando hacian estas predicciones: sin embargo el suceso justificó la verdad de lo que afirmaban: los gentiles se convirtieron, y los judíos fueron reprobados y dispersos por toda la tierra, y aun se hallan hoy en el mismo estado de desolacion. A vista de esto seria necesario tener el entendimiento muy ciego y el corazon muy endurecido para no rendirse á una verdad predicha por los Profetas, cuyo cumplimiento vemos asegurado por tantos testigos, sellado con la sangre de tantos Mártires, confirmado con tantos prodigios, y es preciso confesar con san Agustín que el que pidiese nuevos milagros para creer seria él mismo un prodigio de incredulidad: *Quisquis adhuc prodigia ut credat inquirat, magnum est ipse prodigium, qui mundo credente non credit* ⁴. Es, pues, una verdad constante, y que no admite duda, que Jesucristo resucitó: *Resurrexit Christus, absoluta est res*, dice el mismo santo Doctor ⁵.

P. ¿Qué debemos inferir de esta verdad fundamental de nuestra Religion, tan sólidamente establecida?

R. Debemos inferir: I. Que la divinidad de Jesucristo es incontestable, porque solo Dios puede resucitar los muertos, y solo un Hombre-Dios pudo resucitarse á sí mismo. Jesucristo se resucitó, y por consiguiente es á un mismo tiempo Dios y hombre: *Resuscitatus homo*, dice san Ambrosio ⁶, *sed resuscitans Deus*. II. Que la religion cristiana que profesamos es incontestablemente verdadera; que no hay otra en la cual pueda el hombre salvarse; que todos sus dogmas son ciertos; que sus promesas son infalibles, y que, habiendo resucitado Jesucristo, tambien resucitarémos nosotros algun día: *Qui suscitavit Jesum, et nos cum Jesu suscitabit*, dice san Pablo ⁷. Que siendo esta resurreccion futura uno de los principales objetos de

¹ Act. vi, etc. — ² Isai. XLIX; Dan. XXIV. — ³ Rom. xi, 31. — ⁴ Lib. XII de Civit. Dei, c. 8. — ⁵ Serm. CXLVII de Temp. — ⁶ Lib. de fide resur. — ⁷ II Cor. iv, 14.

nuestra fe, de nuestra esperanza y de nuestro consuelo sobre la tierra entre los males que en ella padecemos, debemos meditarla con frecuencia, y con esta esperanza vivir una vida pura, santa é irreprehensible. Esta es la consecuencia que sacaba san Pablo, y la que nosotros debemos sacar con él : *In hoc et ipse studeo sine offenculo conscientiam habere ad Deum et ad homines semper* ¹. Ved aquí, pues, cristianos, el gran misterio que os anuncio con el mismo Apóstol : *Ecce mysterium vobis dico : omnes quidem resurgemus, sed non omnes immutabimur* ². Todos nosotros resucitaremos, pues que Jesucristo nuestra cabeza ha resucitado ; pero no todos seremos mudados. Los buenos y los malos tendrán parte en la resurreccion ; pero los malos no experimentarán aquella dichosa mudanza que tendrán los escogidos : no poseerán el reino de Dios, no serán revestidos de gloria, ni participarán de todas aquellas cualidades que gozarán los bienaventurados en el cielo : *Non omnes immutabimur*. Impíos y réprobos, vosotros resucitaréis, pero será con ese cuerpo de pecado, cuyas pasiones desordenadas habeis seguido, con esos ojos que han dado tantas miradas deshonestas, con esa lengua que ha proferido tantas blasfemias, con esas manos que han hecho tantas y tan malas acciones : en una palabra, resucitaréis con el cuerpo de pecado para aumentar vuestro suplicio y dar una nueva materia á las devoradoras flamas que os atormentarán eternamente en los infiernos. Mas vosotras, almas justas, que habeis hecho de vuestro cuerpo el instrumento de vuestra santificacion, vosotras veréis ese cuerpo vil y despreciable, ese cuerpo que habeis mortificado, y de que habeis descuidado, resucitar glorioso é inmortal ; y despues de haber participado de las penas y humillaciones del Salvador, participaréis plenamente de su gloria, de que gozaréis en cuerpo y alma por toda la eternidad.

¹ Act. xxiv, 16. — ² Ibid.

PLÁTICA DÉCIMATERCIA.

ASCENSION DE JESUCRISTO AL CIELO, SU SEGUNDA VENIDA Á LA TIERRA, Y EL JUICIO FINAL.

Ascendit super omnes cælos, ut impleret omnia.
(Ephes. iv).

Subió sobre todos los cielos para cumplir todas las cosas.

Si consideramos bien todos los pasos de Jesucristo, comprenderemos fácilmente, dice san Gregorio el Magno ¹, que toda su vida se pasó en subir y bajar. Estaba en el cielo, y descendió de allí para venir al seno de la santísima Virgen. *De cælo in uterum*. Encerrado durante nueve meses en el seno de María, salió de él para bajar á un establo : *Ex utero in præsepe*. Del establo subió á la cruz : *E præsepe in crucem*. De la cruz bajó al sepulcro : *De cruce in sepulchrum*. Finalmente, del sepulcro subió al cielo : *De sepulchro redit in cælum*. ¿ Para qué todos estos movimientos de elevacion y de abatimiento, de humillacion y de gloria ? Para cumplir todas las cosas : *Ut imple-ret omnia*. Habia salido de su Padre para venir al mundo : *Exivi à Patre, et veni in mundum*. Y era necesario que saliese del mundo para volver al Padre : *Iterum relinquo mundum, et vado ad Patrem* ². Habia como salido de sí mismo, dice san Gregorio Nazianceno, era preciso que entrase de sí mismo en sí mismo : *A seipso ad seipsum* ; de sí mismo pasible, á sí mismo impasible ; de sí mismo mortal y anonadado, en sí mismo glorioso é inmortal. Sin dejar el seno del Padre habia descendido á los hombres para trabajar en la obra de su salvacion ; era necesario que por su ascension volviese á su Padre, y que sin dejar enteramente los hombres, se colocase á su diestra, á fin de cumplir todas las cosas. *Ascendit super omnes cælos, ut impleret omnia*. Su muerte fue su combate, su resurreccion fue su victoria, y su ascension su triunfo. Mas ¿ qué parte no tenemos todos nosotros en estos misterios ? Él murió porque era nuestro fiador ;

¹ Hom. XXIX in Evang. — ² Joan. xvi, 28.

resucitó porque era nuestra vida, y triunfa porque es nuestra cabeza. Levantemos, pues, valerosamente los ojos al cielo con sus bienaventurados discípulos que le vieron subir á él; y animados de una santa confianza, acordémonos que vendrá del mismo modo para juzgar á todos los hombres, y que entonces comunicará su gloria á los buenos, y echará á los malos al infierno; verdades contenidas en los artículos sexto y séptimo del Símbolo ¹, y que voy á explicaros en esta plática.

P. ¿Cuánto tiempo estuvo Jesucristo en la tierra despues de su resurreccion, y ¿cómo subió al cielo?

R. Jesucristo estuvo sobre la tierra cuarenta dias despues que resucitó, para dar á los hombres pruebas de la verdad de su resurreccion, para tranquilizar á los Apóstoles de la turbacion en que los habia puesto su pasion, curar su incredulidad, y darles las instrucciones que necesitaban para emplearse en la conversion de los hombres esparcidos por toda la tierra ². Llegado el dia cuarenta, y estando con los Apóstoles congregados en la ciudad de Jerusalem, se les apareció la última vez, y les dijo que habia recibido todo poder en el cielo y en la tierra. Les ordenó que fuesen por todo el mundo á enseñar á los hombres, bautizarlos en el nombre del Padre, y del Hijo, y del Espíritu Santo, enseñándoles á guardar todas las cosas que les habia mandado. Les prometió el don de milagros ³ y su asistencia, y les dijo: *Mirad que yo estoy con vosotros hasta la consumacion de los siglos.*

Promesa solemne que el Salvador hizo desde entonces á su Iglesia de no abandonarla jamás; de donde aprendemos que aunque Jesucristo despues de su ascension no esté sobre la tierra de un modo visible, sin embargo está en ella de dos maneras invisibles: la primera por su presencia real y corporal en el santísimo Sacramento del altar, y la segunda de un modo espiritual en medio de su Iglesia y entre los fieles, por su gracia y su proteccion. Jesús prometió tambien á sus discípulos enviarles en breve el Espíritu Santo ⁴, y les mandó detenerse en la ciudad de Jerusalem hasta que fuesen revestidos de la fuerza de lo alto. Despues de esto los llevó á Betania, cerca de la ciudad, y de allí sobre el monte de los Olivos. Así que llegaron les dió su bendicion, y mientras que se la daba, fue elevado al cielo, no por el ministerio de los Ángeles, sino por su propia virtud. Elevóse de un modo sensible y por un movimiento pro-

¹ Leo, serm. I de Ascens. c. 1. — ² Marc. xvi, 17. — ³ Matth. xxviii, 20.

⁴ Luc. xxiv, 49.

gratioso que permitió á sus discípulos seguirle con los ojos hasta que entrándose en una nube luminosa le perdieron enteramente de vista; y como ellos continuasen mirando al cielo, se les aparecieron dos Ángeles en figura humana vestidos de blanco, y les dijeron que aquel Jesús que acababan de ver subir al cielo vendría algun día del mismo modo ¹. Palabras que deben obligarnos á suspirar por su vuelta á la tierra, á imitacion del Apóstol y de todos los Santos. *Nostra autem conversatio in cælis est, unde etiam expectamus Dominum Jesum Christum, qui reformabit corpus humilitatis nostræ configuratum corpori claritati suæ* ².

P. ¿Cómo está Jesucristo en el cielo, y qué significan estas palabras del Credo: Está sentado á la diestra de Dios todopoderoso?

R. Por estas palabras no se entiende que Dios tenga una diestra y una siniestra, pues no tiene cuerpo; mas el Espíritu Santo se sirve de esta expresion figurada ³ para hacernos comprender que Jesucristo, en cuanto Dios, es en el cielo igual al Padre en poder; y que en cuanto hombre está allí elevado sobre todas las criaturas por la grandeza de su gloria y de su poder. Decimos que está sentado, para dar á entender que entró en el cielo como en el lugar de su descanso eterno, despues de los trabajos de su vida mortal, y para significar la estabilidad de su trono y la duracion de su reino, que nunca tendrá fin: subiendo al cielo ha tenido á bien asociarnos á este reino eterno; porque no entró en él solamente para tomar posesion de la gloria que le era debida, sino tambien para prepararnos morada en ella. *Vado parare vobis locum*, dijo á sus Apóstoles. Nosotros debemos hacer todos los esfuerzos para merecerlo, desprender nuestros corazones de la tierra y levantarlos al cielo, en donde está Jesucristo, nuestro tesoro y nuestra felicidad. *Christus ascendit in cælum, ascendat et cum illo oer nostrum*, dice san Leon ⁴. Suspiremos ardientemente por la Jerusalem celestial, esperando el dichoso instante del cumplimiento de las promesas que el Señor nos hizo de entrar en ella algun día; y con esta esperanza apliquémonos á nuestra santificacion, y á retratar en nuestras costumbres la vida de Jesucristo. Cuando Elías fue elevado en un carro de fuego (figura de la ascension de Jesucristo), dice la Escritura que dejó su manto á su discípulo Eliseo: nuestro divino Maestro, subiendo al cielo, nos dejó asimismo su santa vida como un manto con que debemos cubrirnos, y un modelo que debemos imitar. No perdamos de vista este

¹ Act. 1, 11. — ² Philip. III, 20, 21. — ³ Ephes. 1, 30. — ⁴ Serm. I de Ascens. Dom.

divino ejemplar, y procuremos copiarle fielmente, para que despues de haberte imitado en la tierra merezcamos estar con él en el cielo, segun lo que él mismo dijo: *Ubi sum ego, illic et minister meus erit* ¹.

P. Explicadnos tambien cómo nos es ventajosa la ascension de Jesucristo al cielo.

R. Ella nos es tan ventajosa, que debemos mirarla : 1.º Como el dia del triunfo de la naturaleza humana; porque en él nuestra naturaleza, unida al Hijo de Dios, tomó posesion de la gloria eterna, para la cual habia sido criada: *Descendit redempturus*, dice san Pedro Crisólogo, *ascendit glorificaturus* ². Y lo que aumenta mas la gloria de su triunfo es que el Salvador, subiendo al cielo, llevó consigo todos los judíos detenidos en el limbo, á quienes libró de su cautividad para hacerlos enteramente dichosos en su compañía. *Ascendens in altum, captivum duxit captivitatem* ³. 2.º Este es el sólido fundamento de nuestra esperanza. Habiendo Jesucristo entrado en el cielo como nuestro precursor, nos hace posible su posesion, presentando continuamente á Dios Padre la sangre que derramó por nosotros. *Ut appareat nunc vultui Dei pro nobis*, como dice san Pablo ⁴. Las puertas eternas, que nos estaban cerradas desde el pecado de Adán, se han abierto á su palabra: *Elevamini portæ æternales* ⁵; y el cielo que no encerraba sino Ángeles aprendió desde la ascension de nuestra cabeza á recibir hombres. Nuestra esperanza está tan bien fundada, que san Pablo hablando de la gloria como de una cosa cuya posesion nos está asegurada, dice que mirádonos el Padre eterno en la persona de Jesucristo su Hijo, nos ha resucitado ya, y colocado con él en el cielo. *Conresuscitavit, et consedere fecit in celestibus in Christo Jesu* ⁶. Ved aquí un gran motivo de consolacion para nosotros en medio de los males que sufrimos en esta vida; mas para que nuestra esperanza no degenera en presuncion, sostengámosla con la pureza de nuestra vida: *Scire tamen debemus, fratres*, nos dice san Agustín ⁷, *quod cum Christo non ascendit superbia, non avaritia, non luxuria, nullum vitium ascendit cum Medico nostro: et ideo si post Medicum desideramus ascendere, debemus vitia et peccata deponere*.

P. Habiendo Jesucristo subido al cielo, ¿volverá segunda vez á la tierra?

R. Volverá al fin del mundo á juzgar los vivos y los muertos, esto

¹ Joan. xii, 26. — ² Serm. de bona Christ. man. — ³ Ephes. iv, 8. — ⁴ Hebr. ix, 24. — ⁵ Isai. xxiii, 7. — ⁶ Ephes. ii, 6. — ⁷ Serm. CLXXV de Temp.

es, según lo explican los intérpretes de la sagrada Escritura ¹, todos los hombres justos y pecadores, ya los que entonces estuvieren vivos, los cuales morirán y resucitarán al punto, ya los que hubieren muerto mucho tiempo antes, todos generalmente comparecerán ante Jesucristo, su juez, que descenderá del cielo con grande poder y majestad, dice el Evangelio, al son de la trompeta; y á la voz del Arcángel, añade san Pablo ², que llamará todos los hombres á juicio. Esta voz de Arcángel nos significa la orden de Dios, que mandará á los difuntos salir del polvo del sepulcro, y les dará la vida y la inmortalidad. Es decir, que el mismo *fiat* que en otro tiempo los sacó de la nada, los sacará entonces del polvo. No solamente los hombres, sino tambien los demonios sufrirán este juicio, dice san Pablo ³. Entonces el buen Pastor, como dice el Evangelio, separará los buenos de los malos: los buenos, figurados por las ovejas, estarán á la derecha; y los malos, representados por los castrones, estarán á la izquierda. Queriendo Jesucristo manifestar que á los santos, que hacen con él un mismo cuerpo, los asociará á su juicio para realzar su gloria, á proporcion de las humillaciones que hayan sufrido en esta vida, y para confundir á los malos que despreciaron á los santos en la tierra. El soberano Juez dará despues su sentencia á los unos y á los otros. Dirá á los escogidos: « Venid, « benditos de mi Padre, á poseer el reino que os está preparado desde el principio del mundo; porque tuve hambre, y me disteis de « comer, etc. ⁴. » Dirá á los réprobos: « Id, malditos, al fuego eterno, que está preparado al diablo y á sus ángeles; porque tuve « hambre, y no me disteis de comer; tuve sed, y no me disteis de « beber; estuve desnudo, y no me vestisteis, etc. » Es decir, que los que hubieren hecho buenas obras serán salvos; los que no las hubieren hecho serán condenados. Despues de esta sentencia los réprobos se irán á los infiernos á sufrir en cuerpo y alma los tormentos eternos, y los escogidos irán en cuerpo y alma al cielo á gozar con Jesucristo y los Ángeles de la vida eterna: *Et ibunt hi in supplicium æternum; justi autem in vitam æternam*. Tal será el decreto decisivo de la eternidad de todos los hombres. Meditemos en ello, hermanos mio, y cuidemos de hacer buenas obras. ¡ Ah ! ¿ qué pueden prometerse en la otra vida los que obran mal, dice san Agustin, pues que aquellos que no han hecho bien serán condenados al su-

¹ Chrys. hom. de Symb.; Aug. Enchir. c. 31; Connel. in Act. x, 42. —

² 1 Thes. iv, 15. — ³ 1 Cor. vi, 3. — ⁴ Matth. xxv, 34, etc.

pliecio eterno? *Quam enim spem habere possunt qui mala faciunt, quando illi perituri sunt qui bona non faciunt* ¹?

P. ¿En qué lugar se hará el juicio final?

R. La Escritura no señala expresamente en qué lugar se ha de hacer el juicio final. Se cree comunmente que así como Jesucristo subió al cielo desde el monte de las Olivas, así tambien vendrá á él en el segundo adviento para juzgar á los hombres, segun estas palabras que los Ángeles dijeron á los Apóstoles: *Hic Jesus qui assumptus est à vobis in cælum, sic veniet, quemadmodum vidistis eum euntem in cælum* ². Algunos han creido que el juicio universal se hará sobre el Calvario donde fue crucificado Jesucristo: otros en el valle de Josafat. «Yo congregaré, dice el profeta Joel, todas las naciones, y las llevaré al valle de Josafat, y entraré con ellas en juicio ³.» Muchos creen que Jesucristo establecerá su trono sobre las nubes, y que por valle de Josafat, que significa valle de juicio, se debe entender toda la tierra, lo que parece conforme á lo que dice san Pablo ⁴, que los escogidos se levantarán en el aire, y saldrán al encuentro á Jèscristo cuándo venga á juzgar la tierra. No hablaremos aquí del rigor de este juicio, por haberlo hecho ya en otra parte: diremos solamente que será una confirmacion del juicio particular hecho á la hora de la muerte de cada uno, y que seremos juzgados al fin del mundo segun lo hubiésemos sido al fin de nuestra vida.

P. Puesto que todos los hombres en particular son juzgados á la hora de la muerte, ¿para qué es necesario el juicio universal?

R. El juicio universal es necesario por muchas razones, y ved aquí las cuatro principales: I. Para justificar la conducta de Dios delante de todos los hombres, y hacer brillar y triunfar su providencia, contra la cual blasfeman tan á menudo los impíos, como nota san Agustín ⁵. II. Para separar públicamente los buenos de los malos: *Separabit eos ab invicem, sicut pastor segregat oves ab hædis* ⁶. III. Para recompensar ó castigar á los hombres así en el cuerpo como en el alma: *In utraque substantia exhibendum dicimus*, dice Tertuliano ⁷, *quem totum oporteat judicari*. IV. Para aumentar la gloria de los santos y el tormento de los malos á proporcion de lo que los unos y los otros hubieren merecido. Para comprender bien esta razon conviene notar que hay pecados y buenas obras que no tendrán su consumacion y complemento hasta el fin del mundo; y que por consi-

¹ Serm. olim XXXVIII, nunc. in app. XVII. — ² Act. I, 11. — ³ Joel, III, 2. — ⁴ I Thess. IV, 16. — ⁵ In Psalm. XXXVI et LXXVIII. — ⁶ Matth. XXV, 32. — ⁷ De resurr. carn.

guiente no podrán ser castigados ó recompensados hasta entonces con su justa proporcion. Dos ejemplos harán sensible esta verdad. Un heresiarca no solo es culpable de todo el mal que hace separándose de la Iglesia, sino que participa tambien del pecado que cometen los que seducidos de su mala doctrina se separaron, y se irán separando hasta el fin de los siglos, y sus pecados, por consiguiente, no llegarán á su colmo, ni podrán ser castigados con su justa proporcion hasta el fin de los siglos. Por el contrario, un apóstol merece no solamente por las buenas obras que hizo por sí mismo, sino tambien por todas las que hacen y harán hasta la consumacion de los siglos las personas catequizadas, instruidas y convertidas al Señor de edad en edad, por los ejemplos, los escritos, las instrucciones de este Apóstol y de sus discípulos. Se puede juzgar por estos dos ejemplos del contagio del pecado y de la profundidad de la virtud, que aumentan el mérito ó el demérito de un hombre hasta el fin del mundo, y que por consiguiente hacen indispensable el juicio universal para aumentar á proporcion la recompensa ó el suplicio de cada particular.

P. ¿Cuándo será el juicio final y el fin del mundo?

R. Los Apóstoles hicieron un dia la misma pregunta á Nuestro Señor Jesucristo: *Quod signum adventus tui, et consummationis sæculi* ¹? Nosotros no debemos dar otra respuesta que la que dió entonces el Salvador del mundo: *De die autem illa et hora nemo scit, neque angeli cælorum, nisi solus Pater* ². El fin del mundo y el dia del juicio final son un secreto que no pueden descubrir los hombres ni los mismos Ángeles, y cuyo conocimiento está reservado á solo Dios. Ved aquí en pocas palabras lo que nos enseña la Escritura acerca de ello, y lo que debemos saber: I. Que el mundo se acabará: *Cælum et terra transibunt*, dice Jesucristo ³, y su apóstol san Pedro nos advierte que este mundo será abrasado por un fuego que quemará la tierra con todo lo que contiene; que el cielo y la tierra pasarán para dar lugar á un nuevo cielo y tierra nueva, que será la morada eterna de los bienaventurados. Lo que muestra que el mundo no será enteramente aniquilado, sino solamente mudado y perfeccionado; porque cuando la Escritura dice que el Señor hará unos nuevos cielos y una tierra nueva, no dice otros cielos y otra tierra; sino unos nuevos cielos y una nueva tierra, como advierte san Jerónimo: *Non dixit alios cælos, et aliam terram videbimus, sed veteres et antiquos in*

¹ Matth. xxiv, 3. — ² Ibid. xxiii, 36. — ³ Ibid. xxiv, 38.

velius commutator ¹. ¿Cuándo sucederá esta mudanza? ¿Será de día ó de noche, dentro de seis mil años, ó mas tarde? Ningun hombre puede asegurarlo.

Habrán no obstante señales que anunciarán el juicio último y fin del mundo, las cuales están notadas en la Escritura. Estas señales son: I. Las guerras, pestes, hambres casi universales, frecuentes terremotos, trastorno de las estaciones y de los elementos. II. La decadencia de la caridad y la poca fe entre los cristianos. III. La predicacion del Evangelio en toda la tierra: *Et prædicabitur hoc Evangelium regni in universo orbe*, dice Jesucristo á sus Apóstoles ², *in testimonium omnibus gentibus, et tunc veniet consummatio*. IV. La venida y la persecucion del Anticristo: este hombre de pecado, este hijo de perdicion, como lo llama san Pablo, será muy opuesto á Jesucristo y á su Iglesia, y la perseguirá del modo mas cruel y seductor que hubo jamás: cederán muchos cristianos á esta persecucion; pero segun los intérpretes de la Escritura, durará solo tres años y medio ³, despues de los cuales el Señor Jesús destruirá á este impío con el soplo de su boca, y le perderá con el resplandor de su presencia ⁴. V. La venida de Enoc y Elías, que volverán á la tierra para oponerse al Anticristo, y trabajar en la conversion de los judíos ⁵. En orden á los principales sucesos que precederán inmediatamente el dia del juicio final, el Evangelio nos enseña que el sol y la luna se oscurecerán, que las estrellas mudarán de lugar, que toda la naturaleza será trastornada con un ruido espantoso, que se aparecerá la cruz de Jesucristo como la insignia de su triunfo, y que semejantes acontecimientos llenarán de espanto el corazon de los hombres: *Arescentibus hominibus præ timore* ⁶. Entonces los buenos hallarán su consuelo en sus buenas obras, y los malos su confusion en sus delitos. Procuremos, pues, hermanos míos, convertirnos y aprovecharnos del primer adviento de Jesucristo. Velemos y oremos, como él mismo nos lo advierte, para precaver tan terribles males, y hallarnos dignos de comparecer en su presencia: *Vigilate itaque omni tempore orantes, ut digni habeamini fugere ista omnia quæ futura sunt, et stare ante Filium hominis* ⁷.

P. ¿Qué fruto debemos sacar de esta plática?

R. Meditar con mas fe estas palabras del Símbolo: *Inde venturus est judicare vivos et mortuos*. Creamos, pues, con una fe viva, que este mismo Jesucristo, que en su pasion ha sido nuestro Redentor,

¹ Hier. in Isai. II, 81, 68. — ² Matth. XXIV, 14. — ³ Dan. VII, 25. —

⁴ II Thess. II, 8. — ⁵ Apoc. XXI, 2. — ⁶ Luc. II, 26. — ⁷ Luc. XXI.

que subiendo al cielo ha venido á ser nuestro abogado y nuestro intercesor para con Dios, vendrá segunda vez á la tierra para ser nuestro juez: *Inde venturus est*, etc.

Pronunciará, cristianos, vuestra sentencia y la mia, y ninguno se eximirá de su juicio. Este artículo de fe, la Escritura lo dice á cada paso, los Apóstoles lo predicaron, los Padres y los predicadores no han cesado de intimárnoslo; y así no podemos dudarlo. Pensemos en ello, hermanos míos, y arreglemos por ello nuestra vida. Decid dentro de vosotros mismos: yo seré juzgado por tales y tales pecados que no quiero dejar; por estos deseos pecaminosos que fomento en mi corazón; por este dinero ajeno que no restituyo; por estas malversaciones y estas injusticias que cometo en mi empleo, etc. *E vestigio dies illa et judicium animo inscribantur* ¹. Tengamos el juicio final siempre á la vista, para que vivamos santamente, y hallemos al Juez favorable en el último día.

¹ Chrys. hom. XLIV in Joan.

PLÁTICA DÉCIMACUARTA.

VENIDA DEL ESPÍRITU SANTO SOBRE LOS APÓSTOLES, ESTABLECIMIENTO DE LA RELIGION CRISTIANA.

Paracletus Spiritus quem mittet Pater in nomine meo, ille vos docebit omnia, et suggeret vobis omnia quaecumque dixerit vobis. (Joan. xvi).

El Espíritu consolador que mi Padre enviará en mi nombre, os enseñará todas las cosas, y os recordará todo lo que os he dicho.

Hemos explicado hasta aquí las dos primeras partes del Símbolo, que pertenecen á las dos primeras Personas de la santísima Trinidad; y nos hallamos en la tercera parte, que habla del Espíritu Santo: *Credo in Spiritum Sanctum*. Lo que debemos saber del Espíritu Santo es que es la tercera Persona de la santísima Trinidad, que procede del Padre y del Hijo: *Quem Pater mittet in nomine meo*, dice Jesucristo; que es el amor consustancial del Padre y del Hijo; que es su igual, y posee las mismas perfecciones divinas; en una palabra, que es el mismo Dios que el Padre y el Hijo, mas no la misma Persona; que este divino Espíritu descendió sobre los Apóstoles el día de Pentecostes para perfeccionar la Iglesia que entonces nacia, acabar las conquistas de Jesucristo, y ser como el Vicario de nuestra redención, como le llama san Agustín: *Vicarius nostræ redemptionis* ¹. El Espíritu Santo fue dado á los primeros discípulos del Salvador, no solo para consolarlos de su ausencia, sino tambien para instruirlos en todas las cosas, y hacerlos capaces, por la efusion de sus luces, de establecer la religion cristiana sobre las ruinas de la idolatria: *Ille vos docebit omnia, et suggeret vobis omnia quaecumque dixerit vobis*. Este grande suceso será el asunto de esta plática.

P. ¿Qué se hicieron los Apóstoles despues que vieron subir á Jesucristo al cielo, y cómo se dispusieron para recibir el Espíritu Santo?

¹ Serm. de Temp. CLI.

R. Despues de la Ascension de Jesucristo al cielo se retiraron los Apóstoles á Jerusalem, conforme á lo que les habia mandado Jesucristo: *Sedete in civitate, quoadusque induamini virtute ex alto* ¹. Allí estuvieron en silencio y retiro hasta la venida del Espíritu Santo, guardando entre sí una union verdaderamente fraternal, ó, por mejor decir, un mismo espíritu, y perseverando en la oracion, á fin de atraer sobre sí á aquel divino Espíritu que el Salvador les habia prometido. No se sabe de quién era la casa en donde se juntaron los Apóstoles y discípulos de Jesucristo: algunos creen que era de san Juan Evangelista; otros de María Cleofás, madre de Juan Marcos. La Escritura solo nos dice que ellos escogieron el cuarto mas alto de la casa, como mas distante del ruido y comercio del mundo, y mas propio para su designio. Los discípulos que no podian alojarse en él iban allá todos los dias, y oraban con fervor y perseverancia, juntamente con las santas mujeres que habian seguido á Jesucristo, entre las cuales la mas ilustre era María, madre del Salvador ².

De este modo se dispusieron los Apóstoles á la venida del Espíritu Santo. Imitémoslos si queremos ser participantes de la gracia que les fue concedida, porque el Espíritu Santo no se comunica á las almas disipadas. El mundo, dice Jesucristo, no podria recibirle: este divino Espíritu solo gusta de comunicarse á las almas recogidas, retiradas, desprendidas de las criaturas, y alejadas del tumulto y la corrupcion del mundo: sobre estas es sobre quienes hacer correr sus gracias y sus bendiciones: *Ducam eam in solitudinem, et loquar ad cor ejus*, dice por su profeta Oseas ³. Vosotros me responderéis, por ventura, que vuestro estado y vuestro empleo no os permiten separaros así del mundo. Convengo en que no podeis privaros de todo comercio con el mundo; pero podeis haceros una soledad en medio del mundo, no teniendo ninguna parte en los delitos é impiedades que en él se cometen; esto es lo que Dios os pide. La huida del mundo, dice san Ambrosio, es abstenerse de la corrupcion que reina en él: *Fuga sæculi est abstinere à peccatis* ⁴.

P. Cuando bajó el Espíritu Santo sobre los Apóstoles, ¿cómo bajó, y qué parte tenemos nosotros en este misterio?

R. Sabemos por la sagrada Escritura ⁵ que el Espíritu Santo bajó sobre los Apóstoles el dia de Pentecostes á la hora de tercia; esto es, hácia las nueve de la mañana, el dia diez despues de la Ascension, y el cincuenta despues de la fiesta de Pascua; en cuyo dia ce-

¹ Luc. xxiv, 49. — ² Act. i, 13. — ³ Osee, ii, 14. — ⁴ Ambr. de fuga sæculi. c. 2. — ⁵ Act. ii.

lebraban los judíos la fiesta de Pentecostes. Jesucristo lo eligió para enviar en él su santo Espíritu á su Iglesia, á fin de hacer mas visible la conexión de la realidad con la figura. Los judíos habian recibido la ley de Dios por el ministerio de Moisés, grabada en tablas de piedra, cincuenta dias despues de su salida de Egipto; y el Señor quiso que el Espíritu Santo viniese á grabar esta misma ley en el corazon de los cristianos cincuenta dias despues de la resurrección de Jesucristo, que nos libró de la esclavitud del demonio, cuya figura era la de Egipto.

Ved aquí los símbolos y signos bajo los cuales el Espíritu Santo encubrió sus divinas operaciones cuando bajó sobre los Apóstoles. «Se oyó de repente un gran ruido como de un viento fuerte é impetuoso que venia del cielo, y llenó la casa donde estaban congregados: al mismo tiempo vieron aparecerse unas como lenguas de fuego que se repartieron y se fijaron sobre cada uno de ellos. «Al punto fueron todos llenos del Espíritu Santo,» que los animó con su divina virtud, y los hizo capaces de cooperar á los grandes designios que tenia sobre su Iglesia. Los Apóstoles no recibieron el Espíritu Santo solamente para sí mismos, sino tambien para todos aquellos que habian de creer en Jesucristo por su ministerio ¹, ó por el de sus sucesores, como se ve expresamente notado en la Escritura ². El mismo Jesucristo lo habia predicho ³, diciendo que cualquiera que creyese en él vendria á ser como una fuente de agua viva, lo que se entendia, dice san Juan, del Espíritu que habian de recibir los que creyesen en él: *Hoc autem dixit de Spiritu, quem accepturi erant credentes in eum* ⁴. Así, pues, todos los fieles tienen parte de esta efusion del Espíritu Santo sobre los Apóstoles: ellos reciben las primicias en el sacramento del Bautismo, y se les da de un modo mas abundante en el de la Confirmacion. Demos gracias á Dios por habernos dado su Santo Espíritu, que es el único que puede curar los defectos y extravíos del nuestro. Pidamos á este divino Espíritu que corrija en nosotros todo lo vicioso é imperfecto; esto es lo que la Iglesia le pide por nosotros, y lo que nosotros debemos pedir con ella.

P. ¿Qué efectos produjo el Espíritu Santo en los Apóstoles, y cuál es el que produce aun en los fieles que le reciben?

R. Habiendo bajado el Espíritu Santo sobre los Apóstoles, hizo de ellos: I. Unos hombre del todo nuevos, llenos de la luz, de temor

¹ Act. VIII, 15. — ² Joel, II, 28. — ³ Rom. VIII, 9. — ⁴ Joan. VII, 39.

de Dios, de celo, de fuerza y de virtudes, tanto, que sus mayores contrarios se veian obligados á admirar su constancia y su firmeza ¹. Estos hombres tan débiles, que no osaban confesar á Jesucristo al tiempo de su pasion, van á publicar atrevidamente la gloria de su nombre delante de los magistrados, de los grandes y de los príncipes de la tierra, sin que se les pueda hacer callar: *Non possumus, dicen, quæ vidimus et audivimus non loqui*. II. El Espíritu Santo les hizo entender profundamente todas las verdades de la religion que habian de predicar, segun Jesucristo les habia prometido: *Cum venerit Spiritus veritatis, docebit vos omnem veritatem* ². III. Les dió el don de hablar muchas lenguas, y de hacer todo género de milagros; de suerte que estos hombres, antes tan groseros, sin educacion y sin letras, se vieron repentinamente en estado de hablar á todos los pueblos de la tierra, y de atraer á todas las naciones del mundo á la fe y al conocimiento de Jesucristo.

P. ¿Obra el Espíritu Santo el dia de hoy sobre los cristianos que le reciben los mismos efectos que obró en los Apóstoles?

R. No siempre les da el don de milagros y el de hablar muchas lenguas; porque estos dones, que eran necesarios en el nacimiento de la Iglesia para la conversion de los infieles y el cumplimiento de las profecias, no lo son hoy, que la verdad de la religion cristiana está suficientemente establecida por pruebas constantes é invencibles, como lo nota san Agustin ³; mas este divino Espíritu continúa siempre en derramar sobre el corazon de los fieles la caridad que derramó en el corazon de los Apóstoles y de los primeros cristianos. Él es el que, como á ellos, nos anima de celo, de fuerza y de virtud; él es el que inspira el celo á los pastores, la piedad á los sacerdotes, la mortificacion á los penitentes, la caridad á las vírgenes, la obediencia á los religiosos, el recogimiento á los solitarios; en una palabra, él es por quien viven todos los verdaderos cristianos. Él es el alma de nuestra alma, el principio de todos nuestros buenos pensamientos, el que nos sostiene y nos conforta en nuestras flaquezas, como dice san Pablo: *Adjuvat infirmitatem nostram* ⁴. Ved ahora, hermanos míos, si habeis recibido el Espíritu Santo: *Si Spiritum Sanctum accepistis credentes* ⁵. ¿Os conducís por sus luces? ¿seguís sus inspiraciones? ¿hay en vosotros alguna centella de este divino fuego, y alguna señal de su actividad? ¿Qué celo tenéis de vuestra propia santificacion? Si vivimos del Espíritu de Dios,

¹ Act. iv, 13. — ² Joan. xvi, 13. — ³ Serm. CLXVII de Temp. — ⁴ Rom. viii, 9. — ⁵ Act. xix, 2.

es necesario, segun el Apóstol, que demos pruebas de ello con nuestras obras: *Si Spiritu vivimus, Spiritu et ambulemus* ¹.

P. ¿Qué hicieron los Apóstoles despues de la venida del Espíritu Santo?

R. Se fueron, segun la órden de su divino Maestro ², á predicar el Evangelio á los judíos, á los samaritanos, y finalmente á los gentiles repartidos por toda la tierra. Por Evangelio se entiende la buena nueva de la reparacion del género humano, y la reconciliacion de los hombres con Dios por Jesucristo, todas las maravillas de su vida, de su muerte, de su resurreccion, de su ascension, de que los Apóstoles habian sido testigos, y que algunos de ellos nos dejaron por escrito. Se entiende tambien por esta palabra las verdades que el Salvador nos ha enseñado, y que es necesario practicar para conseguir la vida eterna. Habiendo sido los judíos el pueblo de Dios, con el cual habia hecho alianza, y á quien habian sido hechas las promesas del Mesias, fueron los primeros á quienes los Apóstoles anunciaron el Evangelio. Se convirtieron muchos al principio: la primera predicacion de san Pedro atrajo á tres mil de ellos al Cristianismo; la segunda cinco mil. Los otros hicieron grandes frutos, y el número de los que se convertian se aumentaba todos los dias. Mas la mayor parte de este pueblo se mantuvo en su obstinacion é incredulidad persiguiendo á los Apóstoles y á los cristianos. Dios castigó á estos judíos incrédulos con todos los azotes con que los Profetas los habian amenazado. Ellos fueron abandonados á su ceguedad y endurecimiento; dejaron de ser el pueblo de Dios, y fueron llamados los gentiles para que ocupasen su lugar: Jerusalem, su principal ciudad, fue tomada, saqueada y quemada; su templo arruinado enteramente, y todo su país destruido. Una innumerable multitud de ellos fue exterminada por los romanos; y los que se escaparon fueron dispersos por toda la tierra, en donde subsisten segun las palabras del profeta Oseas ³, y subsistirán hasta el fin de los siglos sin rey de su nacion, sin templo, sin altar, sin sacrificio, llevando por todas partes señales visibles de su reprobacion.

Los Apóstoles predicaron en segundo lugar el Evangelio á los samaritanos, que lo recibieron gustosos, y se convirtieron muchos de ellos. Los que no creyeron en Jesucristo experimentaron el mismo castigo de los judíos. Habiendo estos resistido al Evangelio, manifestó Dios á los Apóstoles que era tiempo de predicarlo á los genti-

¹ Galat. v, 25. — ² Act. II, 8. — ³ Osee, II; Dan. IX.

les ¹. Comenzaron por los que se hallaban entonces en Judea, y despues se esparcieron por toda la tierra para enseñar y bantizar á todas las naciones segun la órden de Jesucristo. Entonces fue milagrosamente san Pablo convertido y llamado al apostolado por el mismo Jesucristo. Habia perseguido á la Iglesia furiosamente, mas la sirvió despues con tanto celo y trabajo, con tan feliz éxito á la propagacion del Evangelio, que le llama la Escritura Apóstol y Doctor de las gentes. Así empezó la religion cristiana á establecerse en el mundo, sosteniendo el Señor á sus Apóstoles, y confirmando su predicacion con los milagros con que la acompañaba: *Prædicaverunt ubique, Domino cooperante, et sermonem confirmante sequentibus signis* ².

P. ¿Hicieron los Apóstoles gran fruto predicando el Evangelio á los gentiles, y cómo lo hicieron?

R. Los Apóstoles hicieron tanto fruto predicando el Evangelio á los gentiles, que destruyeron la idolatría, en la cual estaban sumergidas todas las naciones de la tierra, y establecieron en todas partes el conocimiento y el culto del verdadero Dios con la religion de Jesucristo. Nuestros padres eran idólatras, y nosotros somos cristianos: este es el efecto de la predicacion de los Apóstoles. Ellos hicieron todas estas conversiones, ó por sí mismos, ó por sus discipulos y sucesores. Su palabra, segun lo habia predicho el real Profeta, resonó en toda la tierra: *In omnem terram exiit sonus eorum* ³. San Pablo, queriendo probar á los romanos que la predicacion de Jesucristo se extenderia á todos los pueblos, cita este pasaje, y nos enseña que en su tiempo apenas habia provincia del imperio romano en donde no se hubiese predicado el Evangelio ⁴. Mas ¿cómo hicieron tanto fruto los Apóstoles? Por la virtud del Espíritu Santo que hacia sus predicaciones eficaces; por sus milagros y la santidad de su vida; y, finalmente, por la muerte que sufrieron para dar testimonio á las verdades que predicaban. Llenos del fuego divino con que el Espíritu Santo habia abrasado sus corazones, eran semejantes, dice san Agustin, á un leño encendido que desechado de todas partes, y llevado de lugar en lugar, abrasó en fin el vasto bosque del mundo, y llenó la tierra de la luz de la verdad y del ardor del Espíritu divino: *Impleti sunt Spiritu Sancto discipuli; cæperunt prædicare magnalia Christi. Lapidati, occisi, fugati sunt: et cum inde tanquam ex uno loco fugarentur, quasi ligna ardentia igne divino to-*

¹ Act. x. — ² Marc. xvi, 20. — ³ Psalm. xviii, 5. — ⁴ Rom. i, 8, 10, 18; Colos. i, 6, 23.

tam syloam mundi accensam fervore Spiritus et lumine veritatis impleverunt ¹.

P. ¿Cómo vivían los que se convirtieron al Cristianismo por la predicación de los Apóstoles?

R. Vivían tan santamente, y estaban tan unidos entre sí, que no tenían todos ellos mas que un corazón y un alma, según la expresión de la Escritura: *Multitudinis credentium erat cor unum et anima una* ². Estaban tan adheridos á la doctrina de los Apóstoles, que el Evangelio era su única regla: tan religiosos y fervorosos en la oración, que oraban continuamente y celebraban todos los días la comunión del cuerpo y sangre de Jesucristo ³, recibiendo este manjar divino con un corazón sencillo y lleno de alegría, alabando y bendiciendo á Dios por haberles llamado á su servicio. Eran tan desprendidos de los bienes de la tierra, y tan caritativos con los pobres, que vendían lo que poseían y llevaban el precio á los pies de los Apóstoles, para que lo distribuyesen según las necesidades de la Iglesia. ¡Qué maravilla! exclama san Ambrosio, ver una unión tan perfecta entre personas que la mayor parte no se habían conocido jamás: *Ita quos separabat longitudo terrarum, Christi gratia connectebat* ⁴. No solamente estaban desprendidos de los bienes del mundo, sino, lo que era aun mas admirable, ellos estaban tan desprendidos de sí mismos, que siempre estaban dispuestos á dar su vida por Jesucristo,teniéndose por dichosos de padecer alguna cosa por su nombre. En una palabra, su vida era tan edificante, que se adquirían la estimación y la aprobación de todo el mundo y nuevos hijos á la Iglesia. Tal era la vida de estos primeros cristianos según el retrato que de ella nos dió san Lucas. ¡Oh! qué distantes estamos de ella nosotros! ¿Queremos ser sus imitadores? Conformemos como ellos nuestra vida al Evangelio, dice san Juan Crisóstomo: *Id agendum est, ut vita nostra Evangelio respondeat* ⁵.

P. La religion cristiana ¿se estableció en el mundo sin contradicción?

R. No por cierto. Ella fue impugnada y perseguida de todos modos en su establecimiento, como lo habían predicho los Profetas. Los Apóstoles vieron el cumplimiento de sus profecías desde la primera persecución, como se ve en los Actos de los Apóstoles, en donde citan estas palabras de David: *Quare fremuerunt gentes, et populi meditati sunt inania? Astiterunt reges terræ, et principes conve-*

¹ Aug. in Psalm. xxx, enarr. 4, n. 9. — ² Act. iv, 32. — ³ Act. ii, 32. —

⁴ Ambr. serm. XXXIX. — ⁵ Chrys. hom. II in II Cor.

nerunt in unum adversus Dominum, et adversus Christum ejus ¹. El demonio, aquel fuerte armado de quien habla el Evangelio, queriendo conservar el imperio que tenia sobre los hombres, y oponerse al de Jesucristo, suscitó las potencias del siglo contra la religion cristiana. Los hombres, acostumbrados á vivir á su antojo, no podian sufrir una religion que combatia sus pasiones y sus deseos desordenados. Habiendo cesado las persecuciones de los Emperadores paganos, la Iglesia ha sufrido otras muchas de parte de los herejes y de los malos cristianos ². No ha estado ni estará jamás sin alguna de estas persecuciones que serán terminadas por la del Anticristo, que sucederá al fin del mundo. Ella se llama militante, porque mientras está sobre la tierra tiene enemigos que combatir, de los cuales unos están fuera, y otros dentro de su seno: aquellos son los demonios, los infieles, los herejes, los judíos, los cismáticos y los excomulgados: estos son los malos católicos.

Fuera de estos enemigos comunes, contra quienes la Iglesia combate, cada cristiano tiene sus particulares combates que sufrir. La Escritura nos enseña que el que quiere servir á Dios debe prepararse á la tentacion. Jesucristo prometió cruces y trabajos en esta vida á todos sus verdaderos discípulos. San Pablo nos advierte que todos los que quieren vivir con piedad en Jesucristo sufrirán persecucion. Así, hermanos míos, no os escandaliceis cuando oigais hablar de las contradicciones que sufrió la Iglesia en sus principios. Dios lo permitió así para hacer su establecimiento mas maravilloso, y manifestar que la conversion del mundo era obra suya, y no de los hombres. No os escandaliceis tampoco viendo á los buenos y los mas santos miembros de la Iglesia perseguidos, calumniados, oprimidos por la religion, la justicia y la verdad: Jesucristo lo predijo así, quiere que nosotros consigamos el cielo por medio de los trabajos.

P. ¿Cómo triunfó la Iglesia, y triunfa aun hoy de sus perseguidores?

R. Por el auxilio de la gracia de Jesucristo, su cabeza, que prometió que las potencias del infierno nunca prevalecerian contra ella ³. Es un edificio fundado sobre la piedra; Jesucristo, que es su principal arquitecto, la ha sostenido desde su principio, y la sostendrá hasta el fin: nunca jamás los enemigos de la Iglesia conseguirán el cruel é impío intento que tienen de aniquilarla: *Qui habitat in cælis*

¹ Act. iv, 25, 26; Psalm. ii, 1, 2. — ² Aug. lib. XVIII de Civit. Dei, c. 52.
— ³ Matth. xvi, 18.

irridebit eos, et Dominus subsannabit eos ¹. La Iglesia es sostenida y se sostiene por la paciencia en las persecuciones. ¿Quereis saber cómo se portaron los Apóstoles y los primeros cristianos con sus perseguidores? Ninguno de ellos murmuró ni se defendió. Se contentaron con representar de palabra y por escritos llenos de sabiduría su inocencia y la verdad de la religion cristiana. Sufrieron en su defensa toda la rabia y crueldad de los tiranos sin vengarse ni quejarse. Las persecuciones que les suscitaron, sirvieron solo de multiplicar el número de los discípulos de Jesucristo por la infinidad de Mártires que produjeron, y por la admiracion que causaba el valor de estos generosos atletas. Ellos aumentaban con su muerte la multitud de los fieles, lo que dió motivo á Tertuliano para llamar á la sangre de los Mártires semilla de los cristianos.

Suframós así con paciencia la persecucion de los malos : todo lo que nos pueden hacer es nada ; su poder se encierra en esta vida, que no es nada comparada con la eterna. Todas sus amenazas no son mas que un vapor, una ilusion. En llegando el dia de la venganza del Señor, todo esto desaparecerá como un sueño de la noche : *Vélut somnium surgentium imaginem ipsorum ad nihilum rediges* ². Entonces todo se pondrá en órden ; se conocerá el fondo de los corazones ; no tendrá lugar la mentira : no habrá mas que verdades reales, de consuelo para los unos, y funestas para los otros. Disipada la falsa brillantez de las pasiones, los que persiguieron á los siervos de Dios conocerán entonces, pero muy tarde, que ninguna cosa castiga con mas rigor que la persecucion de sus amigos. La memoria del justo será bendita eternamente, dice David ³ ; no temerá ya el oír cosa que le aflija ; mas el deseo de los malos perecerá : ellos verán á los que desearon perder puestos entre los Santos y elevados á la gloria de los hijos de Dios. Valor, pues, hermanos míos ; si el mundo os persigue, acordaos que primero persiguió á Jesucristo y á sus discípulos ; poned como ellos vuestra confianza en sus méritos, y esperad que despues de haber participado de sus trabajos participareis de su gloria.

¹ Psalm. II, 4. — ² Psalm. LXXII, 20. — ³ Psalm. CXI, 7.

PLÁTICA DÉCIMAQUINTA.

DE LA IGLESIA, SUS PRIVILEGIOS, Y SEÑALES Ó CARACTÉRES QUE LA DISTINGUEN DE TODAS LAS SECTAS QUE FALSAMENTE SE ATRIBUYEN EL NOMBRE DE IGLESIA.

Si quis Ecclesiam non audierit, sit tibi sicut ethnicus, et publicanus. (Matth. xviii).

Si alguno no oye á la Iglesia, miradle como á un gentil y un publicano.

Si san Hilario decia á los herejes de su tiempo que el mayor mal que habia venido al mundo era no haber querido conocer ni recibir á Jesucristo: *Nihil tam mundo periculosum quam non accepisse Christum*¹, bien podemos decir nosotros á los de nuestro tiempo que su gran mal viene de que no quieren reconocer ni oir á la Iglesia, que es la esposa de Jesucristo, que adquirió por su sangre, y de la cual por consiguiente es preciso sean miembros los que quieran participar de la salud que nos ha merecido. Es verdad que ellos rezan con nosotros el Símbolo de los Apóstoles, y que confiesan de boca la santa Iglesia católica ó universal, mas no quieren someterse á su autoridad ni recibir su doctrina. Ved aquí el origen de su extravío y de su pérdida. Si creyesen como es debido este artículo del Símbolo, bien presto verian terminadas sus controversias, pues este solo artículo lleva consigo la decision de todas las demás. El que se une á la Iglesia con una adhesion firme é inmóvil, mirándola, segun la expresion de san Cipriano, como la casa de la unidad y de la verdad: *Domicilium unitatis et veritatis*², no halla dificultad en recibir todo lo que ella nos propone, ni en desechar lo que ella condena, porque sabe que ella está inmediatamente unida al Espíritu Santo, que la dirige. Por esto, despues de haber dicho en el Símbolo: «Creo en el Espíritu Santo,» decimos seguidamente: «Creo la santa Iglesia católica.» Este artículo fundamental, sobre el cual estriba particularmente nuestra Religion, será la materia de esta plática.

¹ Hilar. comm. in Matth. x. — ² Cypr. epist. LXIX.

P. ¿Qué se entiende en general por el nombre Iglesia?

R. La palabra *Iglesia* es griega, que en su propia significacion quiere decir convocacion, junta, congregacion ó sociedad; se toma tambien ordinariamente por el lugar de estas juntas. La Iglesia se define en general, una congregacion de fieles y de pastores, que están unidos en Jesucristo para hacer un cuerpo, cuya cabeza es él mismo. *Ecclesia*, dice san Cipriano ¹, *plebs Sacerdoti adunata, et Pastori suo grex adhærens*. Llamámosla congregacion de los fieles, porque todos los que la componen han tenido ó tienen la fe, sin la cual es imposible agradar á Dios. Se añaden los pastores á los fieles, porque es romper el lazo que Jesucristo puso entre los miembros de la Iglesia, el no reconocer los pastores que estableció para gobernarla. Esta congregacion comprende en su universalidad la Iglesia del cielo, la Iglesia del purgatorio, y la Iglesia de la tierra. La Iglesia del cielo son los bienaventurados que están en el cielo, que se llama Iglesia triunfante, Jerusalem celestial: la Iglesia del purgatorio son los justos que padecen en el purgatorio, y se llama Iglesia paciente: la Iglesia de la tierra son todos los fieles que viven sobre la tierra, en cualquiera lugar, en cualquiera tiempo que se les considere, sea antes de la ley de Moisés, sea durante la ley de Moisés, ó sea despues de la venida de Jesucristo. Todos estos fieles son miembros de un mismo cuerpo, cuya cabeza es Jesucristo, porque todos ellos están unidos en Jesucristo, autor y consumidor de nuestra fe; él es el que mereció la gracia y la gloria á todos los santos del Antiguo y Nuevo Testamento.

Solo hablaremos aquí de la Iglesia de la tierra, llamada militante, á causa de los combates que tiene que sostener, y aun no hablaremos de ella sino en cuanto comprende los fieles del Nuevo Testamento; porque hablando con propiedad solo despues de la predicacion del Evangelio se ha llamado Iglesia esta congregacion. Los fieles que la componen empezaron á llamarse cristianos en Antioquía, una de las principales ciudades del Oriente ², á donde los discípulos de los Apóstoles, dispersos por la primera persecucion de los judíos, fueron á predicar el Evangelio. San Pedro, cabeza de los Apóstoles, estableció allí por algun tiempo la silla de su apostolado, que fijó despues en Roma. La palabra cristiano significa discípulo de Jesucristo. Así se llaman todos los que están bautizados, y que hacen profesion de creer en Jesucristo, y obedecerle. Ved aquí una idea general de la Iglesia.

¹ Epist. LXVI ad Papiamum: — ² Act. x, 20.

P. ¿Cuál es la Iglesia cristiana; ó la Iglesia considerada desde la predicacion del Evangelio, y quiénes son sus miembros?

R. La Iglesia cristiana es la congregacion de los fieles, que bajo los pastores legítimos hacen un mismo cuerpo, cuya cabeza invisible es Jesucristo, y el Papa la cabeza visible. Decimos que es la congregacion de los fieles, es decir, de todos aquellos que creen en Jesucristo. Estos fieles están bajo la autoridad de los pastores legítimos, á quienes obedecen; porque Jesucristo estableció sus Apóstoles, y sus discípulos los Obispos y los demás pastores, que son sus legítimos sucesores para el ministerio exterior y gobierno de su Iglesia: *In opus ministerii, in ædificationem corporis Christi*, como dice san Pablo ¹. Todos estos fieles solo hacen un cuerpo místico; porque están todos unidos por la profesion de la misma fe y la participacion de los mismos Sacramentos. Jesucristo es la cabeza principal é invisible de la Iglesia; él es el que la formó, y que se entregó á la muerte por ella; él es el que la anima con su gracia, que la dirige y dirigirá hasta el fin de los siglos con sus luces y la direccion del Espiritu Santo. El Papa ó el Obispo de Roma es la cabeza exterior y visible, porque es el legítimo sucesor de san Pedro, el primero de los Apóstoles, y á quien Jesucristo eligió por cabeza de su Iglesia y su vicario sobre la tierra, diciéndole: «Tú eres Pedro, «y sobre esta piedra edificaré mi Iglesia ²: yo te daré las llaves del «reino de los cielos... Pedro, ¿me amas? apacienta mis corderos, «apacienta mis ovejas ³.» Ten cuidado de mi rebaño. Prerogativas de que san Pedro gozó siempre en su persona y en la de sus sucesores. Él ha sido siempre mirado como el príncipe y cabeza de los Apóstoles; y la Iglesia romana, en la cual estableció su silla, ha sido mirada en todos los siglos como el centro de la unidad de la Iglesia y de la religion cristiana.

Por aquí se puede conocer á los que son y á los que no son miembros de la Iglesia. I. Los infieles y los judíos no son miembros de la Iglesia, porque no están bautizados, y no creen en Jesucristo. II. Los herejes no son miembros de la Iglesia, porque no reconoce por hijos á los que alteran ó dividen la fe. III. Los cismáticos y los apóstatas no son ya de la Iglesia, porque se separaron ellos mismos por su desobediencia. IV. No lo son los excomulgados, mientras están en estado de excomunion, porque la Iglesia los ha separado de su cuerpo. V. Los niños bautizados por los infieles, ó por los judíos, por los herejes, los cismáticos, los excomulgados, son hijos

¹ Ephes. iv, 12. — ² Matth. xvi, 18. — ³ Joan. xxi, 16.

de la Iglesia, porque el Bautismo conferido por cualquiera de estos es válido, y se perdonan por él los pecados. Los cristianos bautizados, por grandes pecadores que sean, son miembros de la Iglesia, con tal que no estén excomulgados; porque Jesucristo nos enseña en el Evangelio ¹ que en la Iglesia sobre la tierra está mezclada la paja con el grano, esto es, los buenos con los malos, y que la separacion de ellos no se hará hasta el fin del mundo: solamente entonces vendrá á ser Iglesia la congregacion de los predestinados. Entre tanto la zizaña se halla con el grano, y los buenos deben sufrir á los malos: *Boni tolerant malos*, dice san Agustin ², *donec separentur*.

P. La Iglesia ¿es una congregacion visible?

R. Sí, porque la Escritura la compara á un monte alto, al cual deben concurrir todas las naciones ³; y todas las ideas que nos da la Escritura muestran que esta congregacion debe ser sensible. Jesucristo nos dice que es necesario escucharla y obedecerla. San Pablo da á Timoteo reglas para conducirse en medio de esta congregacion que él llama basa y columna de la verdad: *Ut scias quomodo oporteat in domo Dei conversari, Ecclesiam Dei vivi, columna et firmamentum veritatis* ⁴. El mismo Apóstol dice ⁵ que el Espíritu Santo estableció los Obispos para gobernar la Iglesia. Esta debe instruir, administrar los Sacramentos, juzgar, excomulgar, y todo esto prueba que debe ser visible. No hay, pues, cosa mas falsa que la pretension de los herejes, que se atrevieron á decir que la Iglesia ha sido invisible antes de Lutero y Calvino, y que se habia mantenido oculta y desconocida durante muchos siglos. La Iglesia siempre ha sido visible, y lo será siempre; ella no puede estar sin pastores que enseñen, que prediquen la palabra de Dios, que administren los Sacramentos, y sin pueblos que los oigan. Id, dice Jesucristo á sus Apóstoles ⁶, enseñad á todas las naciones, bautizándolas en el nombre del Padre, y del Hijo, y del Espíritu Santo, enseñándolas á observar todas las cosas que os he mandado. La Iglesia debe, pues, siempre ser visible, por la predicacion de la verdad, y por una legitima administracion de Sacramentos. Todas estas funciones no pueden subsistir con la imaginaria invisibilidad de los Protestantes. ¿Cómo es posible oir á pastores invisibles, obedecerles y seguir sus órdenes? Pueblos invisibles ¿podrán recibir Sacramentos y formar

¹ Matth. xiii, 38. — ² Serm. CCCLXII, alias CXXI, de diversis. — ³ Isai. ii, 2; Matth. v, 17, 18. — ⁴ I Tim. iii, 15. — ⁵ Act. xx, 28. — ⁶ Matth. xxviii, 20.

juntas para oír á pastores invisibles? A la verdad, es necesario confesar que todo es muy invisible entre estos sectarios, y que es muy fácil conocer la falsedad de semejante dogma.

P. Mas si la Iglesia es visible, ¿por qué la creemos nosotros, y decimos en el Símbolo: *Creo la Iglesia*? No hay necesidad de creer lo que se ve.

R. Es fácil responder á esta objecion. Hay en la Iglesia cosas que se ven, y otras que no se ven, pero se creen. Lo que se ve es la congregacion de los fieles gobernados por pastores legítimos. Lo que se cree, es que sea necesario ser miembro de esta congregacion para poder salvarse; que esta congregacion ha de subsistir hasta el fin del mundo sin ninguna interrupcion; que ella es incapaz de errar y de extraviarse. Ved aquí lo que creemos nosotros los Católicos, y lo que no vemos, y por este medio cumplimos con el sentido del artículo de la Iglesia inserto en el Símbolo. Es fácil comprender que se puede ver una cosa, y creer en ella otra. Se veía á Jesucristo conversando con los hombres, y se creía que él era el Mesías y el Hijo de Dios: se ve la administracion de los Sacramentos, y se cree que obran la remision de los pecados. No hay en ello cosa incompatible.

P. La Iglesia de Jesucristo ¿puede errar, ó faltar?

R. No por cierto. Ella es infatible en la fe, y perpétua en la duracion: ha subsistido desde los Apóstoles hasta nosotros, y subsistirá hasta el fin de los siglos sin ninguna interrupcion. Jesucristo se lo prometió, y es todopoderoso para cumplir su promesa. «Yoregaré á mi Padre, dijo á sus discípulos¹, y él os enviará otro Consolador, que estará con vosotros eternamente.» Y hablando al Príncipe de los Apóstoles le dijo: «Tú eres Pedro, y sobre esta piedra edificaré mi Iglesia, y las puertas del infierno no prevalecerán contra ella².» Ved aquí su omnipotencia, que hace que la proteccion que da á su Iglesia no pueda faltar. «Se me ha dado todo poder en el cielo y en la tierra; id, enseñad á todas las naciones bautizándolas, etc. Estad seguros de que yo estoy con vosotros hasta la consumacion de los siglos.» Notad que no dice Jesucristo: yo estoy con vosotros hasta vuestra muerte, porque no habla solamente á los Apóstoles; sino yo estoy con vosotros hasta la consumacion de los siglos. Por tanto estas palabras hablan tambien con sus sucesores en el ministerio que continuarán hasta el fin del mundo.

¹ Joan. xiv, 16. — ² Matth. x, 18.

Hasta entonces habrá una Iglesia, que enseñará, bautizará, y [subsistirá á pesar de todos los esfuerzos del infierno, y con la cual estará siempre Jesucristo sin abandonarla jamás. Lo prometió, y es todopoderoso para cumplir sus promesas; es, pues, necesario creerlo: *Qui usque ad consummationem sæculi cum discipulis se futurum esse promittit*, dice san Jerónimo ¹, *et illos ostendit semper esse victuros, et se nunquam à credentibus recessurum*.

P. Si la Sinagoga erró, y faltó condenando á Jesucristo, ¿por qué á la Iglesia, dicen los Protestantes, no podrá suceder lo mismo?

R. Es muy extraño que los ministros protestantes hagan esta objecion. Es necesario haber renunciado á la sagrada Escritura, á todo el Antiguo Testamento y á la razon natural para querer igualar la Iglesia de Jesucristo con la Sinagoga. ¿Quién ignora que Dios no habia prometido la infalibilidad y la indefectibilidad á la iglesia judaica? Muy al contrario, habia predicho por sus Profetas ² que estableceria una nueva alianza, y elegiria un nuevo pueblo. Cuando se dejó ver Jesucristo, es constante por la Escritura y por la tradicion judaica que era el tiempo en que el Mesías habia de manifestarse, y establecer esta nueva alianza. La Sinagoga no siguió estas reglas en la condenacion de Jesucristo, antes por el contrario las abandonó; y cuando llegó á faltar habia ya sobre la tierra una autoridad divina mucho mas eminente que la de la Sinagoga; es á saber, la de Jesucristo, que probaba su mision por una infinidad de milagros. Por tanto, todo lo que la Sinagoga podia decidir contra lo que enseñaba Jesucristo era de ningun valor. Mas los Protestantes no pueden decir del mismo modo de la Iglesia católica, con cuyas decisiones no se conforman, que en el tiempo en que ellos empezaron á dejarse ver hubiese una autoridad superior á la suya; porque es incontestable y evidente que en el tiempo que comenzó su pretensa reforma no habia en el mundo autoridad mas eminente. Decir que la de la Iglesia católica ha sido interrumpida, y que fue necesario que Dios suscitase extraordinariamente ministros que la restableciesen, esto es no solo abrazar una máxima contraria á la Escritura, sino tambien acusar á Jesucristo de haber faltado á su promesa, y de haber abandonado la Iglesia, quebrantando su palabra; lo que es una horrible blasfemia que nos obliga á decir á los Protestantes lo que san Agustin decia á los Donatistas, que eran del mismo sentir: «Los que no están ya en la Iglesia dicen que

¹ Hier. in Matth. — ² Jerem. XXXI, 34; Isai. LXV, 1; Osee, II, 24.

«esta Iglesia, en la cual entraron todas las naciones, ya no subsiste. ¡ Oh palabra descarada ! ¡ Qué ! ¿ ella no subsiste, porque no « estais vosotros en su seno ? Guardaos de no estar ya en ella. La « Iglesia no dejará de subsistir, aunque vosotros no subsistais. El « Espíritu Santo habia previsto que habria gentes que proferirian « esta palabra abominable, detestable, llena de presuncion y de falsedad, que no está fundada sobre la verdad, ni ilustrada de la sabiduría, que es vana, temeraria, precipitada... Este lenguaje no « es propio sino de herejes y de hombres perdidos : *Quid est quod « recedentes à me murmurant contra me ? quid est quod perdisti me per- « riisse contendunt* ? »

P. Hay muchas congregaciones que pretenden ser la Iglesia cristiana : los Griegos cismáticos, los Luteranos, los Calvinistas, los Protestantes de Inglaterra, todos pretenden este título. En medio de tanta diversidad de opiniones, ¿ por qué señales se podrá discernir la verdadera Iglesia de Jesucristo ?

R. Por cuatro señales, que, segun las santas Escrituras y la tradicion, distinguen la Iglesia de las sociedades heréticas ó cismáticas. Estas señales son, que ella es una, santa, católica y apostólica. El símbolo de Constantinopla, adoptado por los demás concilios generales posteriores, cuya autoridad es igualmente respetada por los cristianos de estas diversas sociedades, dice expresamente que la Iglesia es una, santa, católica y apostólica. La congregacion á la cual convienen estos cuatro caracteres es la Iglesia de Jesucristo. Toda congregacion, á la cual no convienen, es una iglesia falsa. Pues es fácil mostrar que la Iglesia católica, que se llama ordinariamente Iglesia romana, es la única que tiene estas cuatro cualidades.

I. Ella es una. Todos los fieles que la componen hacen un solo cuerpo, cuya cabeza es Jesucristo. Nosotros somos un mismo cuerpo en Jesucristo ¹. El Papa es la cabeza visible. Todas las iglesias le obedecen, y miran á la silla de san Pedro como el centro de la unidad : ellas tienen todas una misma fe, participan de unos mismos Sacramentos, tienen un mismo culto y la misma religion, segun estas palabras del Apóstol : *Unus Dominus, una fides, unum Baptisma* ². Es cierto que algunas veces hay disputas entre los Católicos ; mas estas disputas no pertenecen á la fe, y aun cuando pertenecen, la Iglesia separa de su cuerpo á todos aquellos que tienen una fe

¹ Serm. II in Psalm. ciii, n. 8 et 9. — ² Rom. xii, 5. — ³ Ephes. iv, 5.

diferente de la suya : sobre este punto no admite ninguna composicion , y requiere una sola y misma creencia en todos sus miembros.

II. Ella es santa. Su cabeza, que es Jesucristo, es el Santo de los Santos : el espíritu que la anima es el Espíritu del mismo Dios. Todos sus miembros son llamados á la santidad : los Sacramentos que administra santifican á los que los reciben dignamente. Es cierto que en esta vida sufre que los malos estén mezclados con los buenos ; pero condena sin cesar la corrupcion de los malos católicos : la Iglesia no puede tener parte en ella , ni ser culpable de los pecados que cometen desobedeciéndola. Finalmente , es santa , porque fuera de ella no hay salvacion ni santidad : ella encierra en su unidad todos los Santos , puesto que todos los Santos , cuyas almas están ó estarán con Dios , han sido ó serán concebidos y formados en su seno.

III. Ella es católica y universal. Se extiende á todos los tiempos y á todos los lugares : despues de la predicacion del Evangelio por los Apóstoles , no ha cesado jamás de tener hijos esparcidos por todos los países del mundo , que están unidos entre sí con el lazo de una misma fe , por la participacion de unos mismos Sacramentos , y por la obediencia á la misma cabeza visible. No está ceñida á un pequeño rincon de la tierra , como el Lutéranismo y el Calvinismo , sino que está esparcida por todas partes. Ella no es solamente reconocida por un pueblo particular , sino que corren hácia ella una multitud de pueblos para referir la fe y la ley : *Ea Ecclesia catholica est , ad quam non una natio , non unus angulus , sed tota multitudo convertitur* , decia en otro tiempo el bienaventurado Vicente Lerinense ¹ , autor del siglo V , célebre por sus bellas y juiciosas notas sobre la Religion.

IV. Ella es apostólica ; esto es , cree y enseña la misma doctrina que los Apóstoles creyeron y enseñaron ; fue fundada por los Apóstoles , y es dirigida por sus sucesores que son los Obispos establecidos por el Espíritu Santo para gobernar la Iglesia de Dios , como dice san Pablo en los Actos ². Y en su Epístola á los de Éfeso dice que « Jesucristo dejó á su Iglesia pastores para la perfeccion de los « santos , para la obra de su ministerio , para la edificacion del cuerpo de Jesucristo , hasta que todos lleguemos á la unidad de la fe « y del conocimiento del Hijo de Dios ³. » Es decir , hasta la consumacion de los siglos la Iglesia ha de ser gobernada por una conti-

¹ Vinc. Liren. advets. hæc. — ² Act. xx, 28. — ³ Ephes. iv, 11, etc.

naa sucesion de pastores, los cuales, ordenados por los sucesores de los Apóstoles, ordenaron á otros para que les sucediesen. Pues esta sucesion de Obispos se ve evidentemente en la Iglesia romana, que por una cadena no interrumpida de Pontífices ha continuado desde san Pedro hasta nosotros. Muéstrennos del mismo modo la suya los herejes, como decia ya en su tiempo Tertuliano ¹: *Edant origines Ecclesiarum suarum*: dénnos la lista de sus obispos que se sucedieron los unos á los otros, y dígannos: ved aquí el primero que hemos tenido, y desde el tiempo de los Apóstoles hé aquí los que le han sucedido: *Evolvat ordinem Episcoporum suorum ita per successiones ab initio decurrentium, ut primus ille Episcopus aliquem ex Apostolis, vel Apostolicis viris, qui tamen cum Apostolis perseveraverint, habuerit auctorem et antecessorem*. Esto es lo que no harán nunca; solo la Iglesia romana es la que por una sucesion no interrumpida de doscientos sesenta Pontífices, desde san Pedro hasta Pio IX, que ocupa hoy su lugar, abraza todos los tiempos. Ella sola ha sido siempre, y será siempre: ella sola tiene el privilegio de ser una, santa, católica y apostólica.

P. ¿Por qué se llama papa el Obispo de Roma, y por qué él y no otro obispo es la cabeza de la Iglesia?

R. La palabra papa es griega, que significa padre. Se daba en otro tiempo este nombre á todos los Obispos, porque ellos son los padres de la Iglesia. El uso la restringió muchos siglos há á solo el Obispo de Roma, que en calidad de cabeza de los Obispos es el padre de todos los cristianos, como lo llama san Agustín ². El Papa es la cabeza de la Iglesia y de los Pastores, y no otro ningun obispo; porque sucedió en la silla y en la autoridad de san Pedro, que murió en Roma, despues de haber estado allí la silla de su obispado, y que era la cabeza de todos los Apóstoles por institucion del mismo Jesucristo, como se ve por testimonios expresivos del Evangelio ³. Pues que san Pedro haya estado en Roma, y que haya establecido allí la silla de su obispado, y que haya muerto en esta ciudad, no hay cosa mas cierta: estos hechos constan por la unánime relacion de todos los autores de la antigüedad. Los Padres que nos dejaron lista de los Obispos de Roma todos han puesto á san Pedro por cabeza. Eusebio, el mas antiguo de nuestros historiadores eclesiásticos, á quien somos deudores de casi todas las noticias que tenemos de los tres primeros siglos de la Iglesia, dice en términos formales

¹ Lib. de Præscript. c. 32. — ² Epist. XLIII, n. 16. — ³ Matth. xvi, 18, etc.; Joan. xxi, 16, etc.

en su Crónica ¹, que Pedro, el primer pontífice de los cristianos, después de haber fundado la iglesia de Antioquía, vino á Roma el año 44, que fundó allí una iglesia, y la gobernó veinte y cinco años en calidad de obispo. San Jerónimo y san Ambrosio dicen lo mismo casi en los propios términos ². San Cipriano y san Agustin no llaman de otra suerte á la silla de Roma y la cátedra de san Pedro. San Próspero y los demás Padres se explican del mismo modo ³:

*Sedes Roma Petri, quæ Pastoralis honoris,
Facta caput mundi, quidquid non possidet armis,
Religione tenet.*

Habiendo muerto san Pedro, el primero y cabeza de los Apóstoles, y habiendo sido martirizado en Roma por el emperador Nerón, se sigue que el Obispo de Roma es el primero y la cabeza de los Obispos; porque los obispos de una silla suceden no solamente en el carácter, sino tambien en la autoridad, preeminencia y jurisdiccion de sus predecesores. Sobre este fundamento toda la Iglesia ha mirado en todos los siglos á la silla del Obispo de Roma como la primera, y los Papas como que tienen derecho divino en calidad de sucesores de san Pedro, una primacía de honor y jurisdiccion en toda la Iglesia.

P. ¿Se ha reconocido siempre en la Iglesia esta superioridad en los Papas?

R. Lutero en su tratado del Papado, y los de su secta, pretenden que antes de Bonifacio III, que fue elevado al pontificado en el año de 607, era desconocida esta superioridad del Papa, y que la ignoraron los Padres de los primeros siglos. Para refutar este error, y cerrar la boca á los que tienen la temeridad de sostenerlo, no necesitamos mas que referir en pocas palabras lo que sobre esto dicen los primeros Padres de la Iglesia.

San Ireneo, obispo de Leon (de Francia), era un Padre de los primeros siglos, pues era discípulo de san Policarpo, obispo de Esmirna, que habia tenido por maestro á san Juan Evangelista: «Nosotros, dice este Santo, confundimos á todos los herejes por la tradición de la muy grande y muy antigua Iglesia fundada en Roma por los gloriosos apóstoles Pedro y Pablo. Porque es necesario que todas las iglesias estén de acuerdo y unidas con ella á causa de su mas poderosa principalidad... Esta Iglesia es donde se conservó

¹ Ed. m. t. I, p. 200. — ² Hier. de Scrip. ecclies.; Ambr. lib. VIII de Sac. c. 1. — ³ Pros. lib. I de ingrat.

«siempre la tradicion por todos los fieles que están en el universo ¹.» Notad, dice este Santo, que es necesario que todas las iglesias estén acordes y unidas á la de Roma. Esto no es una cosa indiferente, sino necesaria. Mas ¿por qué lo es? A causa de la mas poderosa principalidad: *Ad hanc enim Ecclesiam propter potentiores principalitatem, necesse est, omnem convenire Ecclesiam.* Y ¿en qué consiste esta mas poderosa principalidad sino en la mayor autoridad de cabeza de la Iglesia, que la gobierna y la ha heredado de san Pedro, establecido por Jesucristo para ser su vicario en la tierra? San Cipriano vivia en los primeros siglos, y ved aquí lo que este ilustre mártir y obispo de Cartago dice en su carta tercera, quejándose al papa Cornelio de algunos obispos cismáticos y herejes de África que habian ido á Roma para solicitar sorprender á la Santa Sede: Ellos se atreven á hacerse á la vela hácia la cátedra de san Pedro, y llegar á la Iglesia principal, que es el principio y el centro de la unidad sacerdotal: *Navigare audent ad Petri cathedram, et Ecclesiam principalem, unde unitas sacerdotalis exhorta est* ². En otra carta escrita al mismo Papa, que es la octava del cuarto libro, llama á la Iglesia de Roma la madre y raíz de todas las iglesias católicas. San Jerónimo en su libro contra Joviniano ³ nos enseña que, aunque se haya fundado la Iglesia igualmente por los doce Apóstoles, Jesucristo eligió á uno por cabeza, para evitar el peligro de cisma, estableciendo una autoridad propia para reunir á aquellos á quienes la diversidad de pareceres podria dividir: *Licet super omnes Apostolos ex æquo Ecclesiæ fortitudo solidetur, tamen propterea inter duodecim unus eligitur, ut capite constituto schismatis tolleretur occasio.* El mismo san Jerónimo, escribiendo al papa Dámaso, le dice ⁴: Yo me uno á vuestra santidad, esto es, á la cátedra de san Pedro: yo sé que la Iglesia se fundó sobre esta piedra; que cualquiera que coma el Cordero fuera de esta casa es un profano, y que el que no se retire á esta arca perecerá en las aguas del diluvio: *Beatitudini tuæ, id est, cathedræ Petri communione consocior: super illam petram ædificatam Ecclesiam scio: quicumque extra hanc domum agnum comederit, profanus est: si quis in arca Noe non fuerit, peribit regnante diluvio.*

San Agustin en la carta á Glorioso dice en términos expresos que en la Iglesia de Roma siempre se ha dejado ver la preeminencia de la Silla apostólica por las públicas señales de una mayor autoridad:

¹ Iren. lib. III, c. 3. — ² Epist. III, vers. med. — ³ T. 4, Ep. par. p. 447. — ⁴ Epist. LVII ad Damas.

In qua semper Apostolicæ cathedræ viguit principatus ¹. Mas ninguna cosa prueba mejor la alta idea que este santo Doctor tenia de la autoridad de la silla de Roma que estas célebres palabras que dijo con motivo del error de Pelagio ²: «Ya se enviaron sobre este negocio las actas de dos concilios á la Silla apostólica: han venido de «Roma los rescriptos: la causa está concluida: ojalá que se acabe «algún dia el error:» *Jam enim de hac causa duo concilia missa sunt ad Sedem apostolicam: inde rescripta venerunt: causa finita est: utinam aliquando finiatur error.*

A los Padres de los primeros siglos se pueden añadir los cuatro primeros concilios generales; es á saber, de Nicea, de Constantino-
pla, de Éfeso y de Calcedonia, quienes reconocieron todos la auto-
ridad superior de los Papas. Ved aquí mas de lo que se necesita para
demostrar que la superioridad que nosotros reconocemos el dia de
hoy en el Papa ha sido igualmente reconocida en los primeros siglos
de la Iglesia. Así que los Protestantes y los Griegos, que separándose
de la comunión del Papa disputaron su primacía contra la doctrina
expresa de la Escritura y la tradicion, rompieron el lazo de la unidad
de la Iglesia, abandonaron la creencia de sus padres y de sus pre-
decesores, se han hecho manifestamente cismáticos, y no pueden
salvarse sino volviendo á la sumision y obediencia debida á la ca-
beza visible de la Iglesia.

P. ¿Qué fruto debemos sacar de esta plática?

R. Debemos: I. Dar gracias á Dios por habernos hecho nacer en el
seno de la Iglesia católica, mientras que tantos infieles y herejes es-
tán separados de ella, y por consiguiente excluidos de la herencia
eterna, que no se puede merecer sino estándole unidos, como dice
san Cipriano: *Quisque ab Ecclesia segregatus, adulteræ jungitur,
à promissis Ecclesiæ separatur, nec perveniet ad Christi præmia qui
reliquit Ecclesiam Christi* ³. II. Creer firmemente que la Iglesia ca-
tólica, apostólica, romana no puede faltar. Ella ha sido, por confe-
sion de los Protestantes, la Iglesia de Jesucristo en los primeros si-
glos, lo era cuando ellos se separaron, y lo será hasta el fin de los
tiempos: de otra suerte serian vanas las promesas de Jesucristo de
estar con ella hasta la consumacion de los siglos; lo que no se pue-
de decir sin impiedad y sin blasfemia. III. Creer asimismo que es-
ta Iglesia no puede caer en error, porque el Espíritu Santo, que
es un espíritu de verdad, la dirige, y estará eternamente con ella,

¹ Epist. XLIII, n. 7, alias CLXII. — ² Serm. CXXXI, n. 10, alias serm. II de V, ap. — ³ Cypr. lib. de Unit. Eccl.

y que todos los que aspiran á ser del número de sus hijos, deben sujetarse á sus decisiones y decretos, porque ella ha recibido de Jesucristo una autoridad soberana para definir y decidir lo que pertenece á la fe. IV. Estar plenamente convencido de que no hay salvación sino en la Iglesia católica, y de que es necesario ser miembro de esta Iglesia para tener parte en la gloria que Jesucristo nos ha merecido. Aquel, dice san Cipriano ¹, que no tuviere á la Iglesia por madre, no tendrá á Dios por padre. V. El último fruto que debemos sacar de esta plática es estar bien persuadidos de que no basta ser católico é hijo de la Iglesia para ser salvo, sino que además de esto es necesario vivir como católico; no basta creer, es necesario practicar lo que creemos: *Non enim auditores legis justi sunt apud Deum*, dice san Pablo ², *sed factores legis justificabuntur*. No os engañéis, hermanos míos; en vano os gloriáis del nombre de cristianos y de católicos, si no teneis una fe animada por la caridad, y sostenida por las buenas obras.

Esta es la doctrina que los santos Padres nos han dejado como una regla cierta é indubitable. «Tened por cierto, dice san Fulgencio, y no lo dudeis de ninguna manera, que no todos los que han sido bautizados en el seno de la Iglesia católica recibirán la vida eterna, sino solamente aquellos que despues de haber recibido el Bautismo, viven santamente; es decir, los que se abstienen de los vicios y deseos de la carne; porque así como los infieles, los herejes y los cismáticos no tendrán parte en el reino de los cielos, del mismo modo no lo poseerán los católicos que viven mal.» *Fortissime tene, et nullatenus dubites, non omnes qui intra Ecclesiam baptizantur accepturos esse vitam æternam, sed eos qui percepto baptismo, recte vivunt, id est, qui abstinerint se à vitiis et concupiscentiis carnis: regnum enim cælorum sicut infideles, hæretici, atque schismatici non habebunt, sic catholici criminosi possidere non poterunt*. Vivamos, pues, de tal manera en el mundo, que merezcamos la vida eterna y bienaventuranza que confesamos al fin del Símbolo, y será la gran recompensa de los verdaderos hijos de la Iglesia.

¹ Epist. LXI. — ² Rom. II, 12.

PLÁTICAS

SOBRE LOS SACRAMENTOS.

PLÁTICA PRIMERA.

SOBRE LOS SACRAMENTOS EN GENERAL.

Haurietis aquas in gaudio de fontibus Salvatoris. (Isai. XII).

Sacaréis agua con alegría de las fuentes del Salvador.

Estas fuentes del Salvador, á las cuales debemos acercarnos con alegría, son los Sacramentos de la nueva ley: las aguas que debemos sacar son las gracias que Jesucristo depositó en ellas; aguas saludables que nos lavan y purifican, que producen en nosotros una verdadera justicia, y resaltan hasta la vida eterna. En estas fuentes misteriosas, que no contienen nada menos que los méritos infinitos de Jesucristo, y que son sus canales sagrados, es donde debemos buscar nuestra fuerza y nuestra virtud: *Haurietis*, etc. Vamos á apagar la sed en estas fuentes de salud: aprovechémonos de estos tesoros divinos que se nos ofrecen con tanta liberalidad; en nosotros está el no malograrlos, pues depende de nuestra voluntad. Nosotros podemos beber en ellos cuanto queramos, y todas las veces que queramos. Esto es lo que la teología nos enseña, cuando dice que los Sacramentos causan infaliblemente su efecto, cuando no se les pone obstáculo, es decir, que producen por sí mismos la gracia en nosotros, cuando nos acercamos á ellos con las disposiciones convenientes. Si vosotros, cristianos, lleváis mucho fervor y devoción, recibiréis de ellos mucha gracia; mas si lleváis poco, recibiréis poca. Es, pues, de la mayor importancia que aprendamos á tratar dignamente los Sacramentos, y á hacer de ellos un santo uso; y esto es á lo que voy á exhortar en esta plática.

P. ¿Qué se entiende en la Iglesia por la palabra Sacramento, y qué diferencia hay entre los de la ley antigua y los de la nueva?

R. Por la palabra Sacramento se entiende un signo sensible instituido por Dios para significar y obrar nuestra santificacion: *Invisibilis gratiæ visibile signum ad nostram justificationem institutum* ¹. El Sacramento es un signo; porque, además de la cosa que representa á nuestros sentidos, nos da á conocer una gracia invisible que él produce en nuestra alma: *Aliud oculis, aliud menti exhibet*, dice san Juan Crisóstomo ². Este signo es sensible; es decir, exterior, que cae bajo nuestros sentidos. Nosotros vemos la accion del ministro del Sacramento; oímos las palabras que pronuncia: esta accion y estas palabras significan y producen en el alma del que recibe el Sacramento una gracia que no vemos nosotros. Este signo es instituido por Dios; porque el Sacramento no es un signo natural de la gracia, sino un signo arbitrario, que no significa la gracia ni la obra sino con dependencia de la voluntad de Dios que lo instituyó para este efecto. Este signo significa y obra nuestra santificacion; es decir, nos hace santos y agradables á Dios, ya sea dándonos la vida de la gracia, que no teníamos antes, ó ya aumentando y fortificando en nosotros la gracia santificante que ya teníamos.

Los Sacramentos de la nueva ley convienen con los de la antigua en que los unos y los otros son signos sagrados que significan la gracia santificante; porque los Sacramentos de la antigua ley no significan solamente la santidad legal y exterior que ellos comunicaban, sino tambien la gracia que se comunicaba á los hombres por la pasion de Jesucristo.

Es artículo de fe ³ que la diferencia que hay entre los Sacramentos de la ley antigua y los de la nueva no consiste solamente en que las ceremonias exteriores son diferentes. El papa Eugenio IV en el decreto para los armenios señala otra mas esencial, y es que los Sacramentos de la ley antigua, siendo solo sombras y figuras de los de la nueva, no tenían la virtud de conferir la gracia; ellos significaban solamente que se nos daría por los méritos de la pasion de Jesucristo; mas los Sacramentos de la nueva ley encierran en sí la gracia, y tienen por los méritos de Jesucristo la virtud de comunicarla á los que los reciben dignamente: *Illa non causabant gratiam, sed eam solum per passionem Christi dandam figurabant: hæc vero nostra, et continent gratiam, et ipsam digne suscipientibus conferunt.*

¹ Catech. ad Par. p. 2, n. 5. — ² Hom. VII in I ad Cor. — ³ Conc. Trid. sess. VII, can. 7.

San Agustín explica esta diferencia en otros términos ¹, que significan lo mismo. Dice que los Sacramentos del Antiguo y del Nuevo Testamento no son los mismos; porque los unos nos dan la salud, y los otros nos prometen solamente el Salvador. Los Sacramentos del Nuevo Testamento dan la salud, y los del Antiguo solamente han prometido el Salvador: *Sacramenta non eadem... quia alia sunt Sacramenta dantia salutem, alia promittentia Salvatorem: Sacramenta Novi Testamenti dant salutem, sacramenta Veteris Testamenti promiserunt Salvatorem.*

Demos gracias á Nuestro Señor por habernos dado unos Sacramentos cuya virtud es incomparablemente mas eficaz que lo era la de los sacramentos de la antigua ley. Hagamos de ella el mayor aprecio. Jesucristo, dice san Agustín ², formó con muy pocos Sacramentos, muy fáciles de observar y muy excelentes en su significado, la congregacion de su nuevo pueblo: *Dominus Noster Jesus Christus Sacramentis numero paucissimis, observatone facilimis, significatione prestantissimis, societatem novi populi colligavit.*

P. ¿Qué debe saber un cristiano, á lo menos en general, acerca de los Sacramentos de la nueva ley?

R. Debe saber: I. Que solo Jesucristo, y no otro alguno, es el autor de los Sacramentos de la nueva ley. Solo él pudo ligar á unos simples signos el poder de producir una gracia sobrenatural, no pudiendo pertenecer este poder admirable sino solo á Dios, soberano Señor de la naturaleza y de la gracia. La pasion y muerte del Salvador es de donde los Sacramentos derivan la virtud que tienen de producir la gracia.

II. Que Jesucristo instituyó siete para proveer á todas las necesidades de su Iglesia y de cada uno de los fieles en particular. Estos Sacramentos son: Bautismo, Confirmacion, Eucaristía, Penitencia; Extremauncion, Orden y Matrimonio. El Bautismo nos da un nacimiento espiritual. La Confirmacion nos fortifica en la fe, y nos da nuevos auxilios. La Eucaristía nos alimenta. La Penitencia nos cura. La Extremauncion nos ayuda á bien morir. El Orden da á la Iglesia ministros y pastores. El Matrimonio le da hijos para perpetuarla.

La Iglesia condenó á todos aquellos que se han resistido á reconocer cualquiera de estos Sacramentos, es á saber, en el siglo III á los Novacianos, que no daban la Confirmacion á los nuevos bau-

¹ Aug. in Psalm. LXXIII. — ² Idem, epist. LIV, alias CXVIII, ad Januar.

tizados; en el siglo IV á los Maniqueos, que negaban el del Matrimonio; en el siglo XIV á Wiclef y sus secuaces, que menospreciaban la Extremaunción; en el siglo XVI á los Luteranos y Calvinistas, que no recibían propiamente por Sacramentos sino el Bautismo y la Eucaristía.

III. Que los Sacramentos de la nueva ley contienen la gracia que significan y la producen por sí mismos independientemente de la santidad del ministro. Que esté en gracia ó en pecado, con tal que obre como ministro de la Iglesia, estos signos sagrados siempre producen la gracia, con tal que no se les ponga obstáculo¹. Además de la gracia habitual y santificante, ellos confieren otras gracias particulares, actuales y convenientes á los que dignamente los reciben.

IV. Que hay cinco que se deben recibir en estado de gracia; que son la Confirmación, la Eucaristía, la Extremaunción, el Orden y el Matrimonio. Los otros dos, es á saber, el Bautismo y la Penitencia, están instituidos para conferirlos á los que no la tienen. El Bautismo se la da á los que jamás la han tenido, y la Penitencia á los que la han perdido después del Bautismo.

V. Que hay tres que imprimen en el alma un carácter indeleble, que son el Bautismo, la Confirmación y el Orden; carácter que distingue de los demás hombres al que lo recibe, y que hace que no se puedan recibir sino una vez estos Sacramentos. Ved aquí una idea general de los Sacramentos que debe tener cada cristiano.

P. ¿Quién puede administrar los Sacramentos, y qué disposiciones se requieren para administrarlos?

R. Los ministros de los Sacramentos son los Obispos y los sacerdotes. Solo los Obispos son los ministros de la Confirmación y del Orden. Los curas y los sacerdotes aprobados por el obispo pueden administrar los demás Sacramentos. El Bautismo lo puede administrar cualquiera en caso de necesidad; pero fuera de este caso es necesario recurrir á los ministros de la Iglesia establecidos para la administración de los Sacramentos².

Las disposiciones necesarias en el que quiere administrar un Sacramento son: I. Tener intencion de hacer lo que hace la Iglesia y lo que instituyó Jesucristo. Si alguno es llamado para bautizar á un niño (lo que puede suceder á cualquier fiel), es necesario ante todas cosas que forme intencion de portarse como ministro de la Iglesia, cuidando de hacer con todas veras una accion tan santa; pues

¹ Conc. Trid. sess. VII, can. 6 et 12. — ² Conc. Trid. sess. de Sacram. c. 10.

el que en tal caso obrase por juguete y de burlas, remedaría la verdad, y representaría lo que hace la Iglesia; pero no lo haría ni obraría como ministro de la Iglesia. Un hombre dormido, embriagado ó frenético podría asimismo bautizar por costumbre y por hábito; mas no estando capaz de reflexion, no tendría la intencion de hacer lo que hace la Iglesia, como lo exige el concilio de Trento¹. Se debe observar lo que es de esencia del Sacramento, que se llama la materia y la forma; y así, si el que bautiza dejase de echar el agua sobre el cuerpo del niño, ó de pronunciar una sola de estas palabras: «Yo te bautizo en el nombre del Padre, y del Hijo, y del Espíritu Santo,» sería nulo el Bautismo; también lo sería, si el que derrama el agua no pronunciase por sí mismo estas palabras, ó no las pronunciase al mismo tiempo, ó á lo menos si hubiese en ello una interrupcion notable. Ved aquí lo que se requiere para el valor del Sacramento, y lo que el papa Eugenio IV, en el decreto dispuesto para la instruccion de los armenios, notó por estas palabras: *Omnia Sacramenta tribus perficiuntur, videlicet rebus tamquam materia, verbis tamquam forma, et persona ministri conferendis sacramentum: cum intentione faciendi quod facit Ecclesia, quorum si aliquid desit, non perficitur sacramentum.*

Mas para poder administrar un Sacramento lícitamente y sin ofensa de Dios es necesario además de esto: I. Hallarse en estado de gracia. El que le administrase en pecado mortal (fuera de caso de necesidad) cometería un nuevo pecado, porque profana voluntariamente una cosa santa. II. Observar las oraciones y las ceremonias que la Iglesia prescribe en la administracion de los Sacramentos. No se pueden omitir sin necesidad, ni mudarlas sin desobedecer á la Iglesia². Cuando se han omitido por necesidad es necesario suplirlas luego que el tiempo lo permita.

P. ¿Es lícito exigir ó recibir dinero por la administracion de los Sacramentos?

R. Santo Tomás dice³ que no se puede conferir los Sacramentos por dinero sin cometer simonía: lo 1.º porque el que los administra no es dueño de ellos; lo 2.º porque administrando un Sacramento por dinero, se le apropia en la suma que se recibe, aunque la gracia sea inestimable; y lo 3.º porque es propiedad natural de la gracia el ser gratuita; y es hacerla venal exigir dinero por un Sacramento que la confiere al que le recibe dignamente. No obstante co-

¹ Sess. VII, can. 12. — ² Ibid. can. 16. — ³ S. Thom. in c. 4, dist. v. 25; q. 3, a. 2, q. 1 in corp.

mo los Sacramentos no pueden ser dispensados á los fieles sino por los ministros de la Iglesia, y es justo y aun necesario que estos ministros saquen su subsistencia del pueblo, segun las palabras de san Pablo : *Nescitis quoniam qui in sacrario operantur, quæ de sacrario sunt, edunt : et qui altari deserviunt, cum altari participant* ¹ : es necesario decir que aunque sea una verdadera simonía prohibida por el derecho natural y divino el exigir ó recibir dinero, ú otra cualquiera cosa temporal, como precio de la gracia de los Sacramentos, que es el sentido en que habla santo Tomás, no lo es sin embargo el tomar alguna cosa que sea necesaria para la subsistencia de los que los administran, con tal que se haga conforme á las disposiciones de la Iglesia y al uso recibido y aprobado : *Accipere autem aliqua ad sustentationem eorum qui Sacramenta Christi ministrant, secundum ordinationem Ecclesiæ, et consuetudines approbatas, non est simonia neque peccatum* ², dice este santo Doctor; y hé aquí la razon que da : *Non enim sumitur tamquam pretium mercedis, sed tamquam stipendium necessitatis* ³. Por este mismo principio se puede justificar la costumbre de dar y de recibir un honorario, ó sea limosna, por el santo sacrificio de la misa, como lo enseña el mismo Santo.

El cuarto concilio general de Letran ⁴, en el cual presidió Inocencio III en persona el año 1215, se explica sobre esto casi en los mismos términos que santo Tomás, y aun quiere que los que se opongan á las loables costumbres introducidas en la Iglesia, de dar alguna cosa para la subsistencia de sus ministros, sean obligados á ello por la autoridad del obispo. De aquí se sigue que un cura no peca en exigir sus derechos eventuales, segun está establecido en su parroquia por la costumbre ó por disposicion del obispo, arreglando su intencion conforme á la doctrina de santo Tomás, usando de caridad con los pobres, y de moderacion con todos; porque no hay cosa mas odiosa en la Iglesia, ni que mas escandalice á los herejes, que el ver todos los dias á los curas y feligreses disputar sobre cosas semejantes. Para evitar este abuso es necesario, como dice san Pablo, juzgar de las cosas espirituales por reglas espirituales : *Spiritualibus spiritualia comparantes* ⁵.

P. ¿Cómo deben portarse los que presencian la administracion de los Sacramentos?

R. Deben asistir : I. Con fe viva, considerando que lo que pasa á

¹ I Cor. ix, 13. — ² S. Thom. c. 2, v. 2, q. 100, a. 2 in corp. — ³ Ibid. ad 2. — ⁴ Conc. Lat. IV, can. 66 in cap. ad apostolicam, c. 42, de Simonia. —

⁵ I Cor. iii, 13.

sus ojos es un gran misterio, que produce la gracia del hombre por una virtud sacada de la pasión de Jesucristo, que murió en la cruz por nosotros, y que instituyó los Sacramentos para comunicarnos sus méritos infinitos. II. Con respecto al sacerdote que los administra, mirándole como teniente de Jesucristo y dispensador de los misterios de Dios, como lo ordena san Pablo : *Sic nos existimet homo sicut ministros Christi, et dispensatores mysteriorum Dei* ¹. III. Con modestia, porque la Iglesia no es una alameda ó prado para irse á pasear en ella, saludar y cumplimentar á los amigos : es un lugar santo, y es la casa de Dios que debeis honrar con un profundo silencio, sobre todo cuando se confiere algun Sacramento, para no turbar al sacerdote en un acto tan importante que pide toda su atención. Las mujeres no deben presentarse allí sino con modestia y vestidos decentes; deben portarse con tanta circunspeccion y recogimiento, que no den el menor motivo de escándalo (y lo mismo digo á los hombres) en estos grandes concursos que se forman con ocasion de bautismos y de casamientos, en donde muchas veces es Dios ofendido. Por esto los Concilios prohibieron muy expresamente administrar el Bautismo (lo mismo debe decirse del Matrimonio) á los que vienen á la iglesia de un modo inmodesto y escandaloso : *Curati*, dice el de Aix en Provenza ², celebrado en 1585, *sub gravi pœna arbitrato episcopi infligenda, in posterum sacramentum Baptismi ne ministrent iis, qui ad ecclesiam accedunt cum tympanis, et aliis instrumentis, strepitum, ac clamorem cum risu et aliis inanibus lætitiarum signis excitantibus.*

P. ¿ Se deben recibir con frecuencia los Sacramentos ?

R. No se puede determinar á punto fijo el tiempo en que es necesario acercarse á los Sacramentos ; esto depende de las necesidades de nuestra conciencia, y cada uno debe examinarse á sí mismo sobre este punto. Hay personas que se mantienen en gracia y en la piedad cristiana más tiempo que otras, tales han sido aquellos antiguos Padres del desierto : tales son, aun en el día de hoy, muchas almas santas que viven en el retiro, y se alejan de la corrupción del mundo. Hay otros que no están tan arraigados en la práctica de la virtud, y cuyas caídas son mas frecuentes. Estos últimos están obligados á confesarse mas á menudo que los otros ; mas como no se puede dar á todos una misma regla, debo decir hablando en general, que el uso frecuente de los Sacramentos es útil á todos, y algu-

¹ I Cor. iv, 1. — ² Synod. Aqueñ. en 1585, tit. de Bapt.

mas veces necesario á la mayor parte de los cristianos para conservarse en estado de gracia. Por esto los curas, dice san Carlos, deben tener cuidado de advertir á sus feligreses que no se contenten con recibirlos por tiempo de Pascua, sino tambien en las fiestas principales del año. Es verdad que ha habido Santos que penetrados de un profundo respeto á la Eucaristía se han estado mucho tiempo sin comulgar; pero seria una humildad mal arreglada abstenerse de ella por propio parecer, con el pretexto de reconocerse indigno, sobre todo cuando obliga á ello el precepto de Jesucristo ó el de la Iglesia: *Non potest esse laudabilis humilitas*, dice santo Tomás, *si contra preceptum Christi et Ecclesie, aliquis omnino à communione abstineat*¹.

P. ¿Basta recibir con frecuencia los Sacramentos para ser buen cristiano?

R. No por cierto: es necesario acercarse á ellos con las debidas disposiciones, y recibirlos con fruto. Es muy mala señal cuando los remedios son inútiles á un enfermo; y se debe juzgar del mismo modo cuando un cristiano no se aprovecha de los Sacramentos, cuando no se ve en él ninguna mudanza despues de tantas confesiones y comuniones. Es señal de que este cristiano está endurecido en el pecado, y que su salud está en peligro: *Insanabilis fractura tua: pessima plaga tua: curationum utilitas non est tibi*², dice el Señor por su profeta Jeremías. Los Sacramentos están instituidos para nuestra santificacion: ¿de dónde proviene que recibiendo los tantas veces nos santificamos tan poco? Los Sacramentos son fuentes de agua viva: ¿en qué consiste que lavándonos en ellos con frecuencia estemos tan manchados? Los Sacramentos son el tesoro en donde Jesucristo encerró sus méritos; y ¿cuál es la causa de que, recurriendo á ellos tantas veces, estemos tan pobres y tan desnudos de gracias y virtudes? Los Sacramentos son medicinas muy saludables y eficaces: ¿de qué proviene que usando nosotros de ellas frecuentemente estamos siempre enfermos? Esto no puede nacer sino de la negligencia y modo indigno con que los recibimos. Cuando os casais no teneis el menor cuidado de prepararos para el sacramento del Matrimonio, no os casais con rectitud de intencion: en vez de solicitar dar á Jesucristo y á su Iglesia hijos que sirvan al Señor con fidelidad, no teneis sino pensamientos brutales y miras de intereses. Comulgais por Navidad y Resurreccion como otros muchos; pero

¹ 3, 2, q. 80, a. ad 1. — ² Jerom. CXXXIX, 122, 13.

lo haceis sin pagar á vuestros acreedores, sin restituir los bienes ajenos, sin reconciliaros con vuestros enemigos, sin dejar la ocasion de pecar, sin enmendaros de vuestros malos hábitos; ¿hay que extrañar que, frecuentando los Sacramentos de esta suerte, os hagais mas pecadores? *Curationum utilitas non est tibi.*

Lo que condenará á una infinidad de cristianos en el juicio de Dios será sin duda el mal uso que habrán hecho de los Sacramentos. Estos eran talentos infinitamente preciosos que el Señor les habia confiado con obligacion de aprovecharse de ellos, y ellos abusaron. No permitais, Dios mio, que nos suceda esta desgracia: dadnos la fe de vuestros divinos misterios y el grande aprecio que se merecen unos Sacramentos tan admirables: Haced con vuestra gracia que imitemos el fervor de los Santos, que sacaron de ellos tantos tesoros de dones celestiales, y que nos preparemos tan dignamente para recibirlos, que experimentemos sus saludables efectos, á fin de que siendo purificados desde esta vida por la virtud de vuestros Sacramentos, merezcamos en la muerte gozar de Vos por toda la eternidad en la morada de la gloria.

PLÁTICA SEGUNDA.

DEL BAUTISMO.

Euntes, docete omnes gentes, baptizantes eos in nomine Patris, et Filii, et Spiritus Sancti: docentes eos servare omnia quaecumque mandavi vobis. (Matth. xxviii, 19).

Id, instruid á todos los pueblos, bautizándolos en el nombre del Padre, y del Hijo, y del Espíritu Santo: enseñándoles á observar todas las cosas que os he mandado.

Este es el mandamiento que Jesucristo impuso á los Apóstoles cuando los envió á predicar el Evangelio por toda la tierra, y bautizar los pueblos. Notad que les ordena hasta dos veces instruir á los que habian de ser cristianos; porque es necesario enseñar antes del Bautismo al que se quiera bautizar, á fin de disponerle para recibir el Sacramento, y despues del Bautismo se le debe tambien instruir para que conserve y cultive la gracia que recibió en el Bautismo. Por esto en la primitiva Iglesia, cuando un adulto pedia el Bautismo, se le dejaba muchos meses, y algunas veces años enteros, en el catecumenato, que era como el noviciado y el aprendizaje del cristiano, en donde se explicaba el Catecismo, y se enseñaba, no solos los misterios de la fe que es necesario creer, sino tambien las máximas del Evangelio que es preciso practicar para ser salvo. De aquí nace que los santos Padres¹ llaman al Bautismo sacramento de iluminacion, y á los bautizados iluminados. Hoy que los niños que se bautizan no son capaces de instruccion, la Iglesia deja al cuidado de los que están encargados de su educacion el instruirlos, cuando lleguen al uso de razon, en las cosas necesarias para conseguir la vida eterna. Pero es preciso confesarlo: son muy pocos los que cumplen con ello, lo que es causa de que muchos cristianos vivan en la ignorancia de sus obligaciones, y cuiden muy poco de cumplirlas.

Para evitar este abuso instruyámonos nosotros en una materia tan importante.

¹ Clem. Alex. lib. I Ped. c. 6; Greg. Naz. or. XXXIX et XL in. S. lum.

P. ¿Qué cosa es el Bautismo, y cuáles son los efectos que produce en nosotros?

R. El Bautismo, primer Sacramento de la nueva ley, por cuya razon le llaman los Padres ¹ el Sacramento de la fe y la puerta por donde entramos en la Iglesia, es un Sacramento por el cual se perdonan todos los pecados y toda la pena que les es debida, el que nos hace cristianos, hijos de Dios y de la Iglesia. Sus efectos son los siguientes:

I. Perdonar el pecado original con que todos nacemos, y los demás cometidos antes del Bautismo por enormes que sean. No solamente se perdonan por él toda suerte de pecados, sino tambien toda la pena que les era debida; esto es, todas las penas que el hombre pecador debia sufrir para satisfacer á la justicia de Dios en este mundo ó en el otro: de suerte, que todo sin excepcion se perdona por este Sacramento. Ya no hay pena ni condenacion para los que están en Jesucristo por el Bautismo. *Nihil ergo nunc damnationis est iis qui sunt in Christo Jesu*, dice el apóstol san Pablo ².

II. Nos hace cristianos, hijos de Dios y de la Iglesia. Cuando venimos al mundo nacemos todos hijos de ira y dignos de los suplicios eternos: *natura filii iræ*, dice el Apóstol ³. Por el Bautismo renacemos y recibimos una vida en Jesucristo, que nos da derecho de llamar á Dios nuestro Padre, y de mirar al cielo como nuestra herencia. Esta vida nueva es de la gracia que nos une á Dios por la fe, esperanza y caridad ⁴. Ella se nos da por Jesucristo, en quien Dios nos adopta por hijos, herederos de su reino, y coherederos de Jesucristo su Hijo. El Bautismo nos hace tambien hijos de la Iglesia, porque nos pone en el número de los fieles, nos da derecho á los otros Sacramentos, y nos hace participantes de todas las demás gracias de la Iglesia.

III. Imprime en el alma un carácter espiritual que no se puede borrar jamás; y por eso no se puede recibir este Sacramento mas que una sola vez. Pero por grandes que sean los efectos del Bautismo, es necesario tener presente que el hombre no se restituye por él al estado en que se hallaba antes de la caída de Adán; le queda la ignorancia; la concupiscencia, las enfermedades espirituales y corporales. El Bautismo no destruye estas consecuencias del pecado original: no se verán libres de ellas los hombres hasta despues de la resurreccion general. Dios lo ha querido así, á fin de que el hom-

¹ Ambr. lib. de Spirit. S. c. 3; Aug. epist. XCVIII. — ² Rom. viii, 1. —

³ Ephes. ii, 3. — ⁴ Conc. Trid. sess. VI, c. 7.

bre se acordase siempre de su caída, y que este mundo fuese para él un lugar de destierro, que viviese en él en la humillación y en el temor; y que esta sujeción, viniendo á ser inevitable después del pecado, sirviese de continuo ejercicio á su virtud, y le diese motivo de implorar continuamente la gracia de Jesucristo ¹.

P. ¿Cómo se administra el sacramento del Bautismo?

R. Se derrama tres veces en forma de cruz agua bendita sobre la persona que se bautiza, y se dicen al mismo tiempo una sola vez estas palabras: *Ego te baptizo in nomine Patris, et Filii, et Spiritus Sancti*, ó en castellano: «Yo te bautizo en el nombre del Padre, y del Hijo, y del Espíritu Santo.» Se puede también bautizar de otros dos modos, por inmersión, metiendo y sumergiendo tres veces la persona que se bautiza en el agua, ó por aspersion, echando tres veces agua sobre el que se bautiza, diciendo las mismas palabras. El modo de bautizar por inmersión era en otro tiempo el mas común, y á eso alude san Pablo cuando dice que hemos sido sepultados con Jesucristo en el Bautismo ². Ahora no se bautiza entre nosotros sino por infusión, esto es, echando el agua sobre la cabeza de la persona que se bautiza. Aunque los tres modos de bautizar sean todos lícitos, es necesario no obstante conformarse con la costumbre de la Iglesia en que cada uno se halla. El uso de echar el agua tres veces en forma de cruz, de sumergir tres veces en el agua, ó de hacer tres aspersiones sobre la persona que se bautiza, es muy antiguo: la Iglesia lo practicó así desde el tiempo de los Apóstoles; pero no mira esta ceremonia como necesaria para lo válido del Sacramento; y aunque no se echase el agua mas que una sola vez, y sin hacerlo en forma de cruz, el Bautismo no dejaría de ser bueno.

El agua que se debe usar para bautizar, es la que se bendijo en las vigilijs de Pascua y de Pentecostes; pero en caso de necesidad cualquiera agua es buena para bautizar, con tal que sea agua natural, como agua de fuente, de rio, de pozo, de lluvia, y generalmente toda agua que no sea hecha por artificio de los hombres. La cabeza es la parte sobre la cual se debe echar el agua siempre que se pueda; no obstante, basta para lo válido del Sacramento que toque una parte considerable del cuerpo, sea la que fuere. Es necesario advertir que la misma persona que echa el agua debe pronunciar las palabras: «Yo te bautizo en el nombre del Padre, y del Hijo, y del Espíritu Santo,» y pronunciarlas al mismo tiempo,

¹ Conc. Trid. sess. V, c. 5. — ² Rom. vi, 4.

porque la pronunciacion de las palabras debe acompañar la accion del que bautiza; y sin esto el Bautismo será nulo. Ved aquí lo que cada uno debe saber en orden á la administracion del Bautismo, pues todo el mundo puede ser llamado en caso de necesidad para administrar este Sacramento.

P. ¿ Quiénes pueden bautizar, y en qué lugar se debe hacer?

R. Los obispos, los sacerdotes, y extraordinariamente los diáconos son los únicos que pueden bautizar solemnemente y con las ceremonias de la Iglesia; mas en caso de necesidad todo hombre, sin distincion de sexo y de religion, puede bautizar sin solemnidad, con tal que tenga intencion de hacer lo que la Iglesia hace y prescribe. Dios tuvo á bien dar á todos los hombres sin distincion la potestad de bautizar, á fin de facilitar la recepcion de un Sacramento sin el cual ninguno puede ser salvo. No obstante, cuando concurren muchas personas que pueden bautizar en caso de necesidad, deben ser preferidos los eclesiásticos á los legos, los católicos á los herejes ó infieles, los hombres á las mujeres, á no ser que la mujer esté mejor y mas instruida, ó que lo pida la decencia, como dicen los Rituales.

El padre y la madre no deben bautizar á su propio hijo sino en extrema necesidad, y cuando son los solos católicos que pueden hacerlo, á causa de los inconvenientes que se siguen de la cognacion espiritual que se contrae por el Bautismo. Por las leyes de la Iglesia hay una cognacion espiritual entre el bautizante y el bautizado, que hace que la persona que bautiza no se pueda casar con la persona bautizada, ni con su padre y su madre. Si el padre ó la madre bautizan sin necesidad á su propio hijo, esta cognacion hace que aquel ó aquella que ha bautizado no pueda pedir el débito, aunque siempre debe pagarlo ¹.

El lugar en donde se debe bautizar es la iglesia parroquial. No es lícito bautizar en otra parte, fuera del caso de necesidad. Esta es una regla de la cual solo están exceptuados los reyes y los príncipes soberanos, como lo decidió Clemente V en el concilio general de Viena tenido en 1311, cuya constitucion fue recibida con respeto por los Obispos en sus sínodos. Y aun hay quienes han impuesto pena de excomunion *ipso facto* contra los que hicieron bautizar en casa los niños que pueden ser llevados á la iglesia; mas en una extrema necesidad se puede bautizar en todo tiempo y en todo lugar. Vemos

¹ S. Thom. in Sup. q. 86, a. 1.

en los Actos de los Apóstoles ¹ que el diácono san Felipe bautizó al eunuco criado de Candaces, reina de Etiopia, en medio del camino real en donde se hallaban. Así, pues, es gran crueldad la de los Protestantes, quienes dejan morir sin Bautismo á los niños que están en peligro cuando no llega la hora destinada por el ministro, y no puede cómodamente ir á la iglesia á bautizar, imaginándose con error que estos niños serán salvos, en atencion á la fe de sus padres, y al deseo que tienen de que reciban el Bautismo. La Iglesia condena esta conducta, y nos enseña que todos indiferentemente pueden bautizar en caso de necesidad, y que no hay tiempo ni lugar en donde no se pueda cuando es necesario conferir este Sacramento.

P. ¿Puédese dar ó recibir muchas veces el Bautismo? ¿Qué se debe hacer cuando se duda si este Sacramento ha sido bien administrado?

R. Hay tres Sacramentos que no se pueden conferir ni recibir sino una sola vez, que son el Bautismo, la Confirmacion y el Orden; porque estos Sacramentos imprimen en el alma un carácter indeleble, y por eso no se pueden reiterar: la Iglesia lo ha definido ². No solamente es pecaminosa la reiteracion del Bautismo, sino tambien produce irregularidad en el ministro y en el sujeto, si obraron con pleno conocimiento.

Cuando se duda con fundamento si una persona ha sido bien bautizada, por haberse servido el bautizante de materia dudosa, ó por no haber pronunciado todas estas palabras esenciales á la forma: «Yo te bautizo en el nombre del Padre, y del Hijo, y del Espíritu Santo,» ó finalmente, por no haber tenido intencion de hacer lo que hace la Iglesia, debe bautizar la tal persona con esta condicion: *Si no estás bautizado*. Entonces no se reitera el Bautismo; porque no se puede probar que hubiese sido conferido: *Quod non ostenditur gestum, ratio non sinit ut videatur iteratum*, dice san Leon ³. Segun san Carlos, se debe bautizar de esta suerte á los niños expósitos, á menos que se tengan pruebas ciertas de su Bautismo; y no lo son los billetes que se les ponen al cuello con declaracion de estar bautizados; porque sujetos que exponen de ese modo sus hijos no merecen que se dé fe á sus billetes: *Licet expositus infans scriptum habeat collo appensum, quo ille baptizatus significetur*, dice el concilio provincial de Aix ⁴. Se debe tambien bautizar bajo condicion á los ni-

¹ Act. viii, 36. — ² Conc. Trid. sess. VII, can. Qui bis, 117 de Consecrat. dis. c. 4. — ³ Epist. CII ad Rust. Narb. Episc. 15. — ⁴ Syn, Aq. 1585, t. de Bapt.

ños que no habiendo nacido perfectamente han sido bautizados sobre cualquiera parte del cuerpo que no sea la cabeza; y aunque hayan sido bautizados sobre la cabeza, lo mas seguro, segun algunos teólogos, es bautizarlos bajo condicion, pues por este medio se asegura su salud eterna, y no se hace ninguna injuria al Sacramento administrándole de este modo, lo cual se puede confirmar con estas palabras de san Agustin: *Ne renasci quisquam potest, antequam natus sit* ¹.

Las comadres y cirujanos, que se hallan ordinariamente en estos casos peligrosos, deben saber el modo de bautizar; y como es regular turbarse en tales lances, deben, si pueden, llamar testigos de su accion, contar despues al cura cómo lo hicieron, para que él juzgue de lo válido del Bautismo. Así lo ordena el concilio que acabamos de citar.

P. ¿El Bautismo es absolutamente necesario para salvarse, así á los niños como á los adultos?

R. Siendo el Bautismo el único remedio contra el pecado original con que todos nacemos, se sigue que todos estamos obligados á recibirle, y que este Sacramento es necesario, no solamente con necesidad de precepto, sino tambien con necesidad de medio; de suerte que ninguno puede sin este Sacramento entrar en el reino de los cielos. Así nos lo enseña la Iglesia fundada en las palabras de su Esposo: «Yo os digo, en verdad, que si alguno no renaciere por el agua y el Espíritu Santo, dice Jesucristo ², no entrará jamás en el reino de Dios.» Palabras que no exceptúan á nadie, y nos demuestran la necesidad del Bautismo, así para los niños, como para los adultos. Por esto hablando san Agustin de los niños que mueren sin Bautismo, dice ³: «No creais, no digais, no enseñeis, si queris ser católicos, que los niños que mueren antes de ser bautizados pueden alcanzar remision del pecado original.» Este mismo Padre, escribiendo á san Jerónimo ⁴, le habla en estos términos: «Aquellos que dicen que los niños que mueren sin haber recibido el Bautismo serán vivificados en Jesucristo, hablan contra lo que predicaron los Apóstoles, y condenan á toda la Iglesia: si se procura no perder tiempo, si se corre por bautizar un niño, es porque se tiene por seguro que no puede salvarse sino por el Bautismo.» Este Padre no puede ser sospechoso á los Calvinistas, pues vivió en los primeros siglos que ellos llaman los felices dias de la Iglesia, y

¹ Aug. epist. CLXXXVII, n. 13. — ² Joan. III, 5. — ³ Aug. lib. III de anima. — ⁴ Ejusd. Ep. c. 166, n. 21.

el mismo Cabrino le llama antorcha de la verdad! Reconozcan, pues, los pretendidos reformados, á vista del testimonio que este grande hombre da á la palabra de Jesucristo, que el Bautismo es necesario para todos, y que ellos cometen un gran delito en dejar morir los niños sin Bautismo, cuando no ha llegado la hora ó el tiempo señalado por sus ministros.

Y nosotros, hermanos míos, que sabemos que segun la doctrina de la Iglesia el Bautismo es absolutamente necesario á los niños; debemos hacer todo lo posible para que reciban este Sacramento. A este efecto está prohibido en muchas diócesis, y particularmente en la de Leon de Francia¹, á toda suerte de personas de aguardar mas de dos dias despues de su nacimiento para bautizarlos, y esto se pena de excomunion, en la cual se incurre por el mismo hecho.

P. ¿Se puede suplir por algun medio el Bautismo?

R. Se puede suplir ó por el deseo personal de recibirle, acompañado de un acto de caridad, ó por el martirio. Esto es lo que dió lugar á los teólogos á distinguirle en tres clases: bautismo de agua, bautismo de deseo, y bautismo de sangre. El bautismo de agua es el bautismo ordinario que se hace con agua y las palabras debidas. El bautismo de deseo es el deseo ardiente de recibir el Bautismo cuando no se puede recibir efectivamente. Un hombre que muere con este deseo sin haber podido efectuarle (si este deseo es sincero y acompañado de caridad), se salva como si hubiese recibido el Bautismo: la Iglesia lo ha creído siempre, y así san Ambrosio² creía que el emperador Valentiniano fue bautizado en su piedad, no habiendo tenido tiempo de recibir este Sacramento. El bautismo de sangre, esto es, la muerte sufrida por Jesucristo tiene tambien la misma virtud que el Sacramento. Por esto la Iglesia honra á los que murieron por Jesucristo, aunque no hubiesen recibido el bautismo de agua, como mártires bautizados en su propia sangre, y por esta misma razon ha celebrado siempre la fiesta de los santos Inocentes, muertos por órden de Herodes, como consta de san Agustin³.

Pero como la ocasion de padecer martirio es muy rara, y los niños, que son á quienes se da ordinariamente el Bautismo, no son capaces de concebir el deseo de recibirlo, se debe inferir que este Sacramento es absolutamente necesario, y que aquellos que mueren sin haberlo recibido serán separados de Dios por toda la eternidad. Hay algunos santos Doctores que creyeron que sufrían la pena de

¹ Estatutos de Leon de 22, p. 7055. — ² Ambro. *Or. f. de Obi. Valent.* Imp. — ³ Serm. CCCLXXIII de diver.

fuego, pero la pena mas suave: *omnium misissimam*, como se explica san Agustin. No habiendo decidido nada la Iglesia sobre esto, basta creer que estos niños no son bienaventurados, como pretenden los Pelagianos: ¹, y que la privacion de Dios que sufren eternamente es para ellos una pena muy sensible.

P. ¿Puedense omitir algunas veces las ceremonias del Bautismo? ¿Deben suplirse cuando han sido omitidas?

R. No se pueden omitir las ceremonias del Bautismo y demás Sacramentos, sino cuando hay peligro de muerte: fuera de este caso hay obligacion de observarlas exactamente. Cuando, pues, la necesidad de administrar el Bautismo á un niño las hizo omitir, se deben suplir cuanto antes todas ellas, sin exceptuar el exorcismo, porque, como lo advierte santo Tomás ², el demonio no solamente procura impedir que el niño reciba el efecto del Bautismo, sino tambien continúa despues que lo recibió en impedir que se aproveche de él en el tiempo venidero. Solo aquellos que han hecho abjuracion de la herejía es á quienes no se las suple. Mas si la Iglesia no lo hace, es á fin de que los pueblos mal instruidos, y principalmente los herejes, que no piensan sino en multiplicar falsedades á la Iglesia, no se imaginen ó publiquen maliciosamente que se reitera el Bautismo en la Iglesia católica, ó que se juzga en ella que las ceremonias del Sacramento son necesarias para la salvacion.

P. ¿Cuál es la primera ceremonia que se observa en el Bautismo?

R. La eleccion de un padrino y de una madrina para que presente á la iglesia el que ha de ser bautizado, ponerle nombre, ser testigo de su bautismo, y responder por él á la Iglesia. Este uso es muy antiguo, y para compoenderlo conviene notar que en los primeros siglos, y aun en los posteriores hasta el de Carlomagno y de Luis Augusto, este es, hasta el siglo VIII, no se conferia solemnemente el Bautismo, sino en las vigilijs de Pascua y de Pentecostes; y de aquí viene el uso que nosotros conservamos aun de no bendecir el agua de la fuente bautismal sino en estos dias. Antes de conferir este Sacramento se tomaban los nombres de los que habian de ser bautizados, y de los que hoy llamamos padrinos, y se llamaban entonces susceptores ó recibidores, certificadoros, responsables, *susceptores*, *sponsors*, *fideijussors*. ¿Para qué esto? Era, dice Tertuliano, por no arriesgar la gracia del Sacramento, por no deshonestar su santidad, y no exponerle á la disipacion y el menosprecio.

¹ S. Thom. c. 3, p. q. 88, a. 9. — ² Conc. Trid. sess. VII, can. 13.

³ S. Thom. p. q. 71, a. ad 3.

Cuando vosotros quereis prestar á alguno vuestro dinero, procurais saber á quién lo prestais, y si su buena fe os es sospechosa, si temeis que no se halle en estado de volveros lo que le habeis prestado, le pedís fianza, solicitais que os lo asegure; y nadie tiene que murmurar de este proceder. Yo, le decís, os doy mi dinero, y podeis malgastarlo; no tengo noticia de vuestras facultades; es necesario que me traigais quien os fie. Así que la gracia del Bautismo es el mayor de los bienes, es un tesoro precioso, es un bien y un don del mismo Dios: es necesario asegurarse de la administracion de aquel á quien se le confia, y para tener mas seguridad, es preciso que haya quien sea responsable. Ved aquí por qué se les dan padrinos y madrinas á los que se presentan para ser bautizados; á fin de que sean su caucion y que respondan por ellos, que conservarán fielmente la gracia del Bautismo, y que cumplirán las promesas que han hecho por ellos.

P. ¿Pueden ser padrinos y madrinas todo género de personas?

R. Para ser padrino y madrina es necesario ser: I. Buen católico, porque los que están fuera de la Iglesia no tienen derecho á presentarla hijos, ni responder por ellos: por otra parte, la Iglesia no tiene ninguna comunicacion con los herejes en sus oraciones y ceremonias. II. Es necesario ser de buenas costumbres; y no deben admitirse á esta funcion los excomulgados, los pecadores públicos, los que no han cumplido con la Iglesia, los borrachos y otros sujetos infames y escandalosos; porque ¿cómo una persona de costumbres corrompidas podrá desempeñar las obligaciones de padre espiritual para con su hijo? III. Los padrinos y madrinas deben estar bien instruidos en los misterios de la Religion y en las cosas necesarias á la salud.

Por esta razon, es necesario que hayan recibido la primera comunión, y aun si se puede que hayan sido confirmados, porque conviene que los que quieren presentar una persona al Bautismo sean ellos mismos perfectos cristianos. IV. No deben serlo el padre ni la madre del que ha de ser bautizado, á causa de la cognacion espiritual que contraen los padrinos y madrinas con la persona bautizada, y con su padre y su madre. Si el padre ó la madre fuera del caso de necesidad sacasen de pila á sus propios hijos, muchos creen que estarian obligados á hacer lo que hemos dicho arriba, para el caso en que un padre hubiese bautizado á su propio hijo: sin embargo, es necesario advertir que esta cognacion no se contrae cuando no se hace mas que suplir las ceremonias, ni cuando no se bau-

tiza solemnemente. V. No se debe tomar por padrinos y madrinas á los religiosos y religiosas, porque estos deben estar enteramente separados de los embarazos y comercio del mundo por el estado de vida que abrazaron : *Ad hoc etiam munus admitti non debent Monachi, vel Sanctimoniales, neque alii cujusvis Ordinis Regulares à sæculo segregati*, dice el Ritual romano ¹. San Carlos lo extiende tambien á los eclesiásticos ordenados *in Sacris* ². No se debe admitir sino un padrino, ó cuando mas un padrino y una madrina, segun lo dispuso el concilio de Trento.

P. ¿ Cuáles son las obligaciones de los padrinos y las madrinas, respecto de sus ahijados y ahijadas?

R. I. Deben hacer sentar en los libros de la Iglesia á los bautizados, de quienes han sido padrinos. II. Cuando sus ahijados hayan llegado al uso de razon, deben advertirles que renueven las promesas que hicieron para ellos en el Bautismo, y enseñarles todas las cosas necesarias para la salvacion si fuere necesario : *Ut parentes filios suos, et patrini eos quos de fonte lavacri suscipient, erudire summopere studeant : illi, quia eos genuerunt, isti, quia pro eis fideijussores existunt*, dice el concilio VI de Arles ³, tenido en el pontificado de Leon III el año de 813. III. Deben amarlos, segun Dios, cuidar de su educacion, recomendar á los padres y á las madres que los crien cristianamente, y en su defecto tomarlos á su cargo. Veis que vuestro ahijado frecuenta las tabernas y las malas compañías ; que no asiste á la explicacion de la doctrina y sermones de la parroquia ; que vive licenciosamente y en la ignorancia de las máximas de la Religion ; y no le decís palabra, ni os da cuidado : andad, que sois unos buenos padrinos y madrinas... Veis que vuestra ahijada es una mujer mundana, amiga de galanteos, dada á las vanidades y pompas del siglo, etc., y la dejais perder la gracia de su bautismo sin decirle palabra, sin advertirla, sin corregirla : andad, que sois un buen padrino y una buena madrina... ¿ Os imaginais que para ser padrino no hay otra cosa que hacer que dar vuestro nombre al niño, tenerle sobre la fuente del bautismo, volverle á llevar á su casa, cumplimentar á la madrina y á los concurrentes, hacer algun regalito al ahijado ó ahijada? Os engañais : hay otras muchas cargas : sabed que sois el padre espiritual de los niños que habeis sacado de pila, que sois responsables de ellos, y su caucion para con Dios : *Fideijussores apud Deum*, como dice un cánón ⁴ que Gra-

¹ Tit. de patr. — ² Act. Eccl. Med. p. 4, tit. de Bapt. sess. 44 de dif. matr. c. 2. — ³ Conc. Arelat. VI, can. 19. — ⁴ Can. Vos ante, 105 de cons. dist. 4.

ciano atribuye á san Agustín; y que en calidad de tal debeis darle de tiempo en tiempo algunas lecciones de piedad é inclinarlos á vivir segun la santidad de su bautismo, diciéndoles lo que santa Dionisia decia á su hijo, segun san Victor Vitense: *Fili, non perdamus indumentum nostræ salutis, ne veniens invitator vestem non inveniat nuptialem, et dicat: mittite eum in tenebras exteriores* ¹.

P. ¿Cuáles son las demás ceremonias que preceden al Bautismo, y cuál es su significacion?

R. El sacerdote deliene al bautizado á la puerta de la iglesia, porque, estando por el pecado original bajo el poder del demonio, es indigno de entrar en ella.

Se le da el nombre de un Santo, para que le mire como su modelo y su protector para con Dios.

El sacerdote sopla sobre él, para expeler al demonio por la virtud del Espíritu Santo, que se llama el soplo de Dios. Sopla en forma de cruz, para enseñarnos que por la cruz de Jesucristo fue echado por tierra, y vencido el demonio.

Hace la señal de la cruz sobre la frente y sobre el pecho del cateúmeno, para denotar que un cristiano no debe avergonzarse jamás de la cruz de Jesucristo, sino glorificarse, amarla, y poner en ella toda su confianza. Las otras señales de la cruz significan que el Bautismo tiene toda su virtud de la cruz del Salvador y de los méritos de su pasion.

Los exorcismos, cuyo uso es tan antiguo, como se deja ver por los primeros Padres de la Iglesia ², son para echar al demonio, bajo cuyo poder estamos por el pecado original. La sal que el sacerdote pone en la boca del cateúmeno significa la sabiduría y el gusto de las cosas del cielo, que la Iglesia pide para él. La saliva que le pone en las narices y los oídos significa que debe tenerlos abiertos á las verdades del Evangelio, y percibir su dulzura; el sacerdote emplea para esto las palabras de Jesucristo, quien se sirvió de su saliva para curar á un hombre sordo y mudo.

El sacerdote manda decir el Credo, y en muchas diócesis el Padre nuestro al padrino y á la madrina al tiempo de introducir el cateúmeno en la iglesia, para dar á entender que solo la verdadera fe puede merecernos la entrada en la Iglesia, la gracia del Bautismo, y finalmente la gloria del cielo; que un cristiano debe saber y decir á menudo la oracion que el mismo Jesucristo nos enseñó.

¹ Victor. Vit. lib. V. — ² Cyr. epist. LXXVI; Greg. Naz. or. XL; Cyr. Hier. cath. 4, etc.

Se exige despues del catecúmeno que renuncie á Satanás, á sus pompas y á sus obras, y que prometa seguir solamente á Jesucristo; y si es un niño, responden por él el padrino y la madrina. Se exigen estas promesas, porque el Bautismo es un pacto recíproco entre Dios y el hombre. El hombre se obliga á renunciar á Satanás y seguir á Jesucristo, y Dios á dar la vida eterna á todos los que sean fieles á sus promesas. Veis aquí el sentido de nuestras promesas: *Yo renuncio á Satanás*; quiere decir: declaro que abandono desde ahora el partido del demonio: *á las pompas de Satanás*; es decir, á las máximas y vanidades del mundo: *á las obras de Satanás*; es decir, á todos los pecados. *Creo en Jesucristo*; es decir, solo quiero ser del partido de Jesucristo; yo me someto á creer los misterios que ha revelado á su Iglesia, quiero seguir su doctrina y sus ejemplos: me pongo en el número de sus discípulos, y á él solo tomo por maestro. Ved aquí lo que os ha preguntado, y lo que habeis respondido: *Repete quid interrogatus sis, dice san Ambrosio: recognosce quid responderis*. Habeis renunciado al demonio y á sus obras, al mundo y á sus vanidades. Vuestras promesas están escritas, no en el sepulcro de los muertos, sino en el libro de los vivos. Las habeis proferido en la presencia de los Ángeles, y no la podeis negar ni engañar: *Tenetur vox tua, non in tumultu mortuorum, sed in libro viventium. Præsentibus Angelis locutus es: non est fallere, non est negare*¹.

P. ¿Cuáles son las ceremonias que acompañan y que siguen el Bautismo?

R. El sacerdote hace con el santo óleo, que se llama óleo de los catecúmenos, una unción en forma de cruz sobre el pecho y sobre las espaldas de la persona que se va á bautizar. Esta unción significa la gracia que fortifica al cristiano en los trabajos y los combates de la vida espiritual, y que les suaviza el yugo de Jesucristo, al cual se somete.

Se le pregunta al catecúmeno, antes de darle el Bautismo, si quiere ser bautizado; porque la Iglesia no concede el Bautismo sino á los que lo desean y lo piden. No pudiendo pedirlo los niños lo pide por ellos la Iglesia, y comisiona un padrino y una madrina para que hagan esta súplica y presten caucion al niño.

Despues del Bautismo, el sacerdote hace con el santo crisma la unción sobre la cabeza del bautizado; lo que denota que el Bautis-

¹ A mbr. de init. c. 2.

mo, uniéndole á Jesucristo, le hace participante de su sacerdocio y de su reino. Por esto dice san Pedro que los Cristianos son una nacion escogida y un pueblo santo compuesto de sacerdotes y reyes ¹.

Se le pone despues sobre la cabeza al bautizado un lienzo blanco, para advertir que debe conservar hasta la muerte la inocencia significada por este lienzo. En otro tiempo se les daba á los nuevamente bautizados vestiduras blancas que traian por siete dias. Durante este tiempo asistian á los oficios de la Iglesia, comulgaban cada dia á la misa, que se decia principalmente para ellos, como se deja ver por las oraciones antiguas de que la Iglesia se sirve aun el dia de hoy. Por esto la Dominica, en la cual estos nuevos bautizados se quitaban las vestiduras blancas, se llamaba *Dominica post albas*, y se llama aun hoy *Dominica in albis*; es decir, dominica en la cual se quitan las vestiduras blancas. El lienzo que se pone hoy sobre la cabeza del bautizado significa lo mismo que las vestiduras blancas.

Finalmente, se le da al bautizado una vela encendida, para enseñarle que debe ser por el lucimiento de sus virtudes y el ardor de su caridad una especie de antorcha ardiente y luciente. El sacerdote al entregársela le dice estas palabras: « Recibe esta vela encendida, « que denota la vida ejemplar é irreprehensible que debes tener: conserva la gracia de tu bautismo, y guarda los mandamientos de tu « Dios, para que cuando el Señor venga á la sala de las bodas puedas salirle al encuentro y entrar con todos los santos en la vida « eterna. »

P. ¿ Qué fruto debemos sacar de esta plática ?

R. I. Concebir una grande estimacion de la gracia del Bautismo, cuya exelencia debemos conocer por las ceremonias que acompañan este Sacramento. II. Dar gracias á Dios por habernos favorecido con una gracia tan preciosa, por un puro efecto de su misericordia, cuando tantos infieles son privados de ella, y tantos niños mueren en el seno de sus madres. III. Celebrar todos los años el dia aniversario de nuestro bautismo, como solemnizamos la fiesta del Santo cuyo nombre tenemos. Este uso estaba en gran recomendacion en los primeros siglos del Cristianismo, y sabemos por san Gregorio Nazianceno ² que la Iglesia griega acostumbraba solemnizar este dia, bajo el nombre de fiesta de las luces. IV. Renovar con fre-

¹ I Petr. II, 9. — ² Or. XXXIX.

cuencia las promesas de nuestro bautismo, y no olvidarnos de ellas jamás: *Memor esto sermonis tui, et nunquam excidat tibi series cautionis tuæ*, nos dice san Ambrosio ¹. San Cárlos, uno de sus sucesores, advierte á los curas que exhorten á los pueblos á renovar frecuentemente las promesas que hicieron á Dios en su bautismo, como medio el mas propio para trabajar á su satisfaccion. V. Resolverse á vivir segun la santidad de nuestro bautismo. Despues que Constantino el Grande recibió el Bautismo, segun refiere Eusebio ², dijo: Yo protesto que de hoy mas viviré segun las máximas que se me acaban de proponer, y son verdaderamente dignas de Dios: *Has vivendi leges mihi præscriptas esse spondeo quæ sunt Deo dignæ*. ¿Estais, vosotros, hermanos míos, en la misma disposicion que este primer Emperador cristiano? ¡Ay! puede suceder que hayais violado estas santas leyes desde los primeros años... ¿Qué os resta que hacer sino arrepentiros de haber sido infieles á vuestro Dios? Promeledle de nuevo que no traspasaréis mas los sagrados votos que habeis hecho en vuestro bautismo, segun los cuales debeis vivir para llegar á la herencia eterna: *Has vivendi leges*, etc.

¹ Ambr. de init. c. 1. — ² Euseb. Hist. eccl. lib. IV, c. 7.

PLÁTICA TERCERA.

SOBRE LA CONFIRMACION.

Tunc imponebant manus super illos, et accipiebant Spiritum Sanctum. (Act. viii).

Entonces les imponian las manos, y ellos recibian el Espíritu Santo.

Leemos en los Actos de los Apóstoles, que habiendo recibido la fe los habitantes de Samaria, por la predicacion de san Felipe, uno de los siete diáconos y colega de san Esteban, los Apóstoles que estaban en Jerusalem, habiendo recibido esta nueva, pidieron á san Pedro y á san Juan pasasen á esta provincia, para perfeccionar á estos nuevos convertidos. Pasando los dos Apóstoles á aquellos lugares, emplearon dos medios para darles el Espíritu Santo, la oracion y la imposicion de las manos. Oraron por ellos, para manifestar que esta efusion del Espíritu Santo es una gracia que ninguno puede merecer: *Oraverunt pro eis*, dice el sagrado texto ¹, *ut acciperent Spiritum Sanctum*. Les impusieron las manos para denotar que Dios lo concede á ruegos de la Iglesia: *Tunc imponebant manus super illos, et accipiebant Spiritum Sanctum*. Así, los samaritanos, que no habian aun recibido el Espíritu Santo, aunque habian sido bautizados en el nombre de Jesucristo, le recibieron entonces por la imposicion de las manos de los Apóstoles; su cristianismo, al cual faltaba aun la última perfeccion, la consiguió por el sacramento de la Confirmacion. Voy á hablaros de este Sacramento, despues de haber explicado el del Bautismo, del cual es el complemento y la perfeccion, como dice el Catecismo romano: *Baptismi gratiam perficit*.

P. ¿Qué cosa es Confirmacion? ¿Es uno de los Sacramentos de la nueva ley?

R. Los Católicos entienden por la palabra Confirmacion un sacramento de la nueva ley instituido por Jesucristo, que da á los bautizados el Espíritu Santo para hacerlos perfectos cristianos, afirmarlos en la fe, comunicarles fuerza para profesarla con valor, y defender-

¹ Act. viii, 15.

la aunque sea con peligro de la vida contra sus enemigos. Ved aquí la idea que los Padres y los autores eclesiásticos nos dan de este Sacramento, al cual llaman con diferentes nombres, la imposición de las manos, el santo crisma, el sello del Señor, la unción sagrada; mas el nombre que al presente es mas comun y mas usado es el de Confirmacion. Se llama así, porque este Sacramento fortifica y perfecciona la nueva vida, que nos comunicó la gracia de Jesucristo, cuando hemos recibido el Bautismo. Los Luteranos y Calvinistas excluyeron la confirmacion del número de los Sacramentos, diciendo que no es mas que una ceremonia establecida para hacer dar razon de su fe á los que han sido bautizados en la infancia. El concilio de Trento, conforme á lo que siempre se ha creído en la Iglesia, definió lo contrario, declarando que la Confirmacion es uno de los siete Sacramentos, instituido por Jesucristo, que es un verdadero Sacramento, y no una pura ceremonia¹.

Este artículo de fe de la Iglesia católica se demuestra claramente por la Escritura y en la tradicion²: san Lucas dice expresamente que los Apóstoles daban el Espíritu Santo á los nuevos bautizados, imponiéndoles las manos; y san Pablo, escribiendo á los corintios, habla tambien de la unción³, como lo nota Teodoreto, cuando dice: «Aquel que nos confirma con Vos en Jesucristo, y que nos ha juntado, es Dios mismo, como tambien el que nos ha sellado con su sello, y por señal nos ha dado el Espíritu Santo en nuestros corazones⁴».

La tradicion nos enseña la misma verdad. Mas para no ser prolijos, nos contentaremos con indicar al pié los testimonios de los Padres antiguos⁵, que hacen ver que la Iglesia ha sido siempre creída, que los Obispos en calidad de sucesores de los Apóstoles podian dar el Espíritu Santo á los nuevos bautizados; sea por la imposición de las manos, sea por la unción del santo crisma; sea por uno y otro todo junto.

Jesucristo es el autor de este Sacramento como de todos los otros de la ley de gracia, con esta diferencia, dice santo Tomás⁶, que lo instituyó prometiéndolo y no dándolo; porque era necesario que muriese, que resucitase, y que subiese al cielo, antes de dar la plenitud del Espíritu Santo; en la cual consiste el efecto propio de este Sacramento: *Expedi vobis ut ego eadam*, dijo á sus discipulos; si

¹ Conc. Trid. sess. VII, cap. 1 de Sac. in genere et de conf. can. 1. —

² Act. VIII, 16. — ³ II Cor. I, 21. — ⁴ Theodoret. ibid. — ⁵ Tertul. leg. de bapt. c. 7, et de carniz. carniz, 8. — ⁶ 3 p. q. 72, a. 3, ad 1.

enim non abiero, Paracletus non veniet ad vos; si autem abiero, militam cum ad vos.

P. ¿Podrá decirse que la imposicion de las manos de que habla la Escritura, por la cual se daba el Espíritu Santo á los nuevos bautizados, se instituyó solamente para el tiempo de los Apóstoles, y que cesó despues de su muerte?

R. Los Calvinistas lo creen así, mas la Iglesia católica, que conoce las necesidades de sus hijos, condena esta doctrina; es cierto que despues que la Religion se halla bien establecida, no tenemos necesidad de los dones milagrosos del Espíritu Santo, tan-frecuentes entre los primeros cristianos; pero siempre tenemos necesidad de los dones saludables, por los cuales el Espíritu Santo confirma la fe y la piedad de los fieles. Se conoce tambien, por lo que dice la Escritura, que esta imposicion de manos no debió acabarse despues del tiempo de los Apóstoles; porque san Pablo dice formalmente en su epístola á los hebreos ¹, pertenece al fundamento de la fe; la pone entre los dogmas esenciales, que todos los Cristianos reconocen ser comunes á todos los siglos de la Iglesia; es á saber, la penitencia, la fe, el Bautismo, la resurreccion y el juicio último. De donde se sigue que la Confirmacion es un artículo fundamental, y que los pretendidos reformadores, excluyéndolo de la Religion, suprimieron lo que el Espíritu Santo ha declarado positivamente pertenecer al fundamento de la fe. Hay en el mismo capítulo una enumeracion de los tres sacramentos Bautismo, Confirmacion y Eucaristía, que los primeros fieles acostumbraban recibir al mismo tiempo, porque se habla en él de los cristianos que han sido iluminados, de los que han participado del Espíritu Santo, y de los que gustaron el don celestial.

No deben replicar que este Sacramento era necesario en los primeros siglos de la Iglesia, que eran tiempos de persecucion, pero que ya no lo es al presente que la Iglesia está en paz; porque bien podremos nosotros decir con san Bernardo ² que los mundanos, los impíos y los libertinos, delante de los cuales debemos sostener las máximas del Evangelio, sin avergonzarnos del nombre de cristianos, son infinitamente mas temibles que los tiranos y los perseguidores. La Iglesia se queja de que en tiempo de paz es mas amarga su afliccion: *Eccò in pace amaritudo mea amarissima* ³. Su afliccion, dice este Padre, fue amarga en la muerte que los paganos hicieron

¹ Hebr. vi, 2. — ² Serm. XXXIII in Cant. — ³ Isai. xxxviii, 27.

sufrir á los Mártires : *Amara in nocte martyrum* ; lo fue aun mas en los combates de los herejes : *amarior in conflictu hæreticorum*. Pero ahora es amarguísima en la mala conducta de sus domésticos, esto es, de los cristianos disolutos que se burlan de las almas devotas y hacen escarnio de la piedad ; *amarissima nunc in moribus domesticorum*. Ahora bien , ¿ no está el mundo lleno de este género de perseguidores , que son peores que los tiranos , pues no matan los cuerpos, sino las almas , que escandalizan con su mala vida ? Luego la Confirmacion no es menos necesaria el dia de hoy que en los primeros siglos de la Iglesia.

P. ¿ No hemos ya recibido el Espíritu Santo en el Bautismo ? ¿ Por qué , pues , decís que la Confirmacion nos es necesaria ?

R. Es cierto que hemos recibido ya el Espíritu Santo en el Bautismo , mas en la Confirmacion se nos da bajo un nuevo signo , y por un Sacramento establecido para este fin. Por esto vemos en los Actos apostólicos que los Apóstoles recibieron el Espíritu Santo el dia de Pentecostes , aunque ya lo tuviesen antes ; y del mismo modo los fieles deben recibir el sacramento de la Confirmacion , que es el Pentecostes de cada cristiano , aunque hayan recibido al Espíritu Santo en el Bautismo , pero no con la misma plenitud de gracia , ni con los mismos efectos. Así vemos que los Apóstoles despues de Pentecostes fueron muy otros de lo que habian sido antes ; ya no temian la muerte , y confesaban animosamente el nombre de Jesucristo con peligro de la vida. Este santo atrevimiento lo produce aun en nosotros la Confirmacion , cuando la recibimos debidamente : *In Baptismo regeneramur ad vitam , post Baptismum confirmamur ad pugnam* ¹. De donde debemos inferir que , aunque este Sacramento no sea absolutamente necesario para salvarse , pecaria no obstante el que fuese negligente en recibirlo , ó tuviese el atrevimiento de despreciarlo : *Omnino periculosum esset , si ab hac vita sine Confirmatione migrare contingerit*, dice santo Tomás ² , *non quia damnetur , nisi forte propter contemptum , sed quia detrimentum perfectionis pateretur*. Hay sobre todo obligacion de recibirle , cuando uno se ve perseguido por la fe , ó expuesto á violentas tentaciones. Por esto nota Eusebio de Cesarea que el sacerdote Novaciano , que tanto se opuso á la eleccion del papa san Cornelio , y despues cayó en la herejía y en el cisma , se habia descuidado de recibir este Sacramento : *Non fuit signaculo chrismatis consummatus*, dice este historiador ³, unde

¹ S. Hilar. Arel. H. in Pœnit. — ² 5 p. q. 72, a. 8. — ³ Euseb. lib. VI Hist. eccl. c. 33.

nee Spiritum Sanctum potuit promereri; y así es una negligencia muy culpable: et no disponense para recibir este Sacramento quando se proporciona ocasion.

P. ¿Cuál es la materia de la Confirmacion? ¿qué cosa es crisma? ¿debe ser consagrado por el obispo? ¿cuál es la forma de este Sacramento, y quién es el ministro?

R. Es sentencia comun de los teólogos que la imposicion de las manos y la uncion del santo crisma son la materia esencial del sacramento de la Confirmacion. La prueba es que los Padres de la Iglesia atribuyen igualmente el efecto de la Confirmacion á la imposicion de las manos y á la uncion del santo crisma. Este se compone de aceite de olivas y de bálsamo, mezclados y bendecidos solemnemente por el obispo ¹. El aceite denota la abundancia de la gracia del Espíritu Santo, que suaviza lo que la ley de Jesucristo tiene al parecer de penoso, y nos da fuerzas para cumplirla. El bálsamo significa que el cristiano debe ser por la santidad de su vida el buen olor de Jesucristo.

La forma de este Sacramento, segun el decreto de Eugenio IV á los armenios, consiste en estas palabras que dice el obispo al dar la Confirmacion: *Signo te signo crucis, et confirmo te chrismate salutis, in nomine Patris, et Filii, et Spiritus Sancti*. Es decir, yo te marco con la señal de la cruz, y te confirmo con el crisma de la salud, en el nombre del Padre, y del Hijo, y del Espíritu Santo. Solo el obispo es el ministro ordinario de la Confirmacion, como está definido por el concilio de Trento ², que impuso excomunion contra los que dijeren que los simples sacerdotes son ministros ordinarios de este Sacramento. Esta funcion se les confió particularmente á los Obispos; porque estaba reservada á los Apóstoles, de quienes son sucesores. Lo sabemos, no solo por la costumbre de la Iglesia, sino tambien por la sagrada Escritura ³, que nos dice que los Apóstoles enviaron á san Pedro y san Juan á que fuesen á confirmar á los habitantes de Samaria, que habian sido bautizados por los discípulos.

P. ¿Cómo se administra este Sacramento?

R. I. El obispo impone las manos sobre los que quiere confirmar. Esta imposicion de las manos representa que el Espíritu Santo desciende, y viene á descansar sobre el alma del cristiano, como las manos del obispo se fijan sobre su cabeza. Representa tambien la proteccion de Dios, que le recibe como entre sus manos para de-

¹ Esta bendiccion se hace todos los años el Jueves Santo. — ² Conc. Trid. ess. XII, cap. 3 de confirm. — ³ Act. viii, 14.

fenderle de sus enemigos. II. Hace con su dedo pulgar, mojado en el santo crisma, una cruz en la frente del que se confirma. Esta unción significa la abundancia de la gracia que fortifica al cristiano, como atleta de Jesucristo, y le prepara á combatir con valor contra los enemigos de su salud. Esta acción se hace en la frente, que es en donde reside el pudor; lo que nos enseña á no avergonzarnos jamás del Evangelio de Jesucristo, y á conservarlo y guardarlo fielmente. III. El obispo da despues una pequeña bofetada al que acaba de confirmar diciéndole: La paz sea contigo. La Iglesia quiere darnos á entender, por esta ceremonia, que este Sacramento debe darnos fuerzas para sufrir generosamente por Jesucristo todo género de afrentas y de suplicio, y que no hay en el mundo paz sólida para un cristiano sino en la paciencia. En algunas diócesis se elige un padrino y una madrina, para que presenten al obispo á los que han de ser confirmados. Las obligaciones y cargos de estos padrinos y madrinan son los mismos que los del Bautismo, de los cuales hemos hablado en su lugar.

P. ¿Quién puede recibir el sacramento de la Confirmacion, y qué disposiciones debe llevar?

R. Todos los que han sido bautizados y no confirmados pueden recibir este Sacramento. Antiguamente la Iglesia daba la Confirmacion hasta á los niños recién bautizados; y cuando era obispo el que bautizaba, siempre confirmaba á los que acababa de bautizar. Este uso subsiste aun entre los griegos, y la Iglesia romana no lo desaprueba; pero no lo sigue ya, y esto por buenas razones, porque recibido este Sacramento con conocimiento, hay menos peligro de reiterarlo, y se recibe con mas disposiciones y mayor fruto.

Las disposiciones que se deben llevar para recibir este Sacramento pertenecen al cuerpo y al alma. Las del cuerpo son: 1.º Estar en ayunas, si puede ser, especialmente si es á la mañana cuando se confirma: *Qui adultæ ætate confirmati sunt... admoneantur ut jejuni illud suscipiant, cum mane ministratur*; dice el concilio de Aix de 1585. 2.º Ir con modestia en el vestido y en todo el exterior, haberse lavado la cara y llevarla limpia, especialmente la frente, que es en donde el obispo hace la unción. 3.º Los hombres y los muchachos deben separarse de las mujeres y las muchachas. Deben guardar silencio; abstenerse de meter ruido, y prepararse por la oracion para recibir el Espíritu Santo.

Las disposiciones del alma son: 1.º Haber sido bautizado, y haber llegado al uso de razon. Si no se espera á la edad de doce años,

dice el Catecismo romano que á lo menos no se debe dar hasta los siete ; y san Carlos en su primer concilio provincial de Milan , tenido en 1565 , prohíbe expresamente administrarle antes de esta edad : *Minori septennio confirmationis sacramentum nemini præbeatur.*

2.º Estar en estado de gracia ; porque seria un sacrilegio recibirlo en pecado mortal. Es necesario, pues, confesarse antes, y si no se puede confesar, tener á lo menos una verdadera contrición de sus pecados : *Adulti deberent prius peccata confiteri, et postea confirmari, vel saltem peccata quæ admiserunt doleant,* dice el Pontifical romano.

3.º Estar instruido en los principales misterios de la fe, particularmente del sacramento de la Confirmacion, de las gracias que confiere, y de los efectos que produce.

P. ¿Cuáles son los efectos del sacramento de la Confirmacion?

R. I. Este Sacramento conviene con los otros Sacramentos de la nueva ley, en que confiere la gracia habitual y santificante á los que le reciben dignamente. Su efecto propio y particular es darnos una gracia de fuerza para resistir á los combates exteriores é interiores de los enemigos de nuestra salvacion : esta nos hace menospreciar las persecuciones, los ultrajes, los tormentos que los tiranos y los herejes hacen sufrir á los cristianos para hacerlos titubear en la fe y en la virtud. Nos da ánimo para confesar valerosamente la fe de Jesucristo, aunque sea con peligro de la vida. Nos ayuda á reprimir los movimientos de la concupiscencia que se levantan en nosotros. Nos hace resistir á las tentaciones del demonio y las burlas de los mundanos, que quisieran impedirnos el tener una vida arreglada y conforme al Cristianismo : *Ideo autem nos unxit Christus, quia luctatores contra diabolum fecit,* dice san Agustin ¹.

II. En la Confirmacion comunica el Espíritu Santo sus siete dones : son, sabiduría, inteligencia, consejo, fuerza, ciencia, piedad y temor de Dios. Estos dones son hábitos sobrenaturales que adornan y perfeccionan nuestra alma, y la inclinan á obrar segun los movimientos del Espíritu Santo. El obispo se los pide á Dios ² en la oracion que dice sobre los que quiere confirmar.

III. La Confirmacion tiene además otro efecto : imprime en el alma del bautizado un carácter espiritual indeleble, que hace que no se pueda recibir dos veces este Sacramento. Este carácter es diferente de el del Bautismo : este es el carácter de hijo de Dios ; el otro es el carácter de soldado de Jesucristo, que hace que combatamos por él.

¹ Trid. c. 33 in Joan. — ² Emitte in eo septiformem Spirit. Paraclet.

P. ¿Cómo debe vivir el cristiano despues de haber recibido el sacramento de la Confirmacion?

R. I. Debe hacer obras de un perfecto cristiano. Todos los confirmados deberian ser como aquel ilustre Mártir de Viena en el Delinado, de quien se habla en la historia de los Mártires de Leon ¹. Era diácono y santo en el nombre y en la realidad; porque se llamaba santo, y vivia santísimamente. Habiéndole preguntado el tirano cómo se llamaba, y quién era, se contentó con responderle: *Yo soy cristiano*. ¿Cuál es tu nombre? *Soy cristiano*. ¿De dónde eres? *Soy cristiano*. ¿Cuál es tu profesion? *Soy cristiano*. Esto es lo que nosotros deberíamos decir, ó, por mejor decir, lo que deberíamos hacer: ser cristianos en todo, y nada mas; vivir conforme á la fe y á las máximas del Evangelio, hablar como cristianos, obrar como cristianos, negociar como cristianos, hacer todas nuestras acciones con el fin de agradar á Dios, é imitar á Jesucristo: *Frustra appellamur christiani, si imitatores non sumus Christi*, dice san Leon ².

II. Tener un celo ardiente por la Religion, defender con valor las verdades de la fe y las máximas del Evangelio contra los infieles, los herejes, los impíos y los libertinos, que las impugnan con sus palabras y con sus malos ejemplos. Hay muchísimos perseguidores de este linaje que ridiculizan la devocion, y alejan á los otros del servicio de Dios: es necesario oponerse á ellos con valor: *Frontosus esto, quando opprobrium audis de Christo*, dice san Agustin ³; *quid times fronti tuæ quam signo crucis armasti?*

III. Un confirmado no debe dejarse llevar de los respetos humanos. Este pensamiento: qué dirá el mundo, detiene á muchos, les impide caminar por la senda de la perfeccion. Decid á esa mujer: ese lujo en los vestidos es perjudicial á vuestra salud eterna, apegá vuestro corazon á la vanidad, os hace perder la mejor parte del tiempo, os impide pagar vuestras deudas, ó dar limosna; haréis mejor en vestiros mas llanamente. Lo haria de buena gana, responde ella; pero ¿qué dirán? Yo frecuentaria mucho mas los Sacramentos, dice este jóven, yo visitaria los enfermos y los hospitales; pero tengo vergüenza del mundo, que me tendria por un beato. Yo no gusto de requiebros, especialmente en la iglesia, dice esta jóven: me alegrara no hallar allí sino á Dios, sé que no se va allí sino á esto; pero yo no me atrevo á disgustar á mi vecina, que me viene á contar los negocios de su casa. Yo enseñaria de buena gana los miste-

¹ Euseb. Hist. eccl. — ² Serm. V in Nativ. Dom. — ³ In Psalm. LXXVIII.

rios de la fe á mis domésticos, dice este amo; pero no me atrevo, dirian que me metia á predicador. ¡ Ah! ¿ para qué, hermano mio, para qué, hermana mia, os habeis confirmado? ¿ No sabéis lo que dice Jesucristo en su Evangelio? Al que me confesare y reconociere delante de los hombres, dice el Señor yo le reconoceré tambien delante de mi Padre, que está en los cielos; mas al que me renunciare delante de los hombres, yo le renunciaré tambien delante de mi Padre, que está en los cielos. Tended la vista sobre esa multitud innumerable de Mártires que confesaron la fe y el nombre de Jesucristo en medio de los mas crueles tormentos, y aprended de ellos á confesarle sin miedo y sin disfraz, á fin de que habiendo imitado su valor, participeis algun dia de su corona.

PLÁTICA CUARTA.

DE LA EUCARISTÍA.

Promesa é institucion de este Sacramento , presencia real y transustanciacion.

Memoriam fecit mirabilium suorum misericors et miserator Dominus : escam dedit timentibus se. (Psalm. cx).

El Señor misericordioso y clemente eternizó la memoria de sus maravillas, dando una vianda celestial á los que le temen.

Así habla el real Profeta del maná que el Señor hizo caer del cielo en el desierto, para alimentar al pueblo que le adoraba y le temia : y así figuraba el Espíritu Santo, bajo este admirable alimento, el del cuerpo de Jesucristo, que es la vianda incorruptible y el verdadero pan venido del cielo, que quiso darnos sin que lo hubiésemos merecido, porque es un Dios lleno de bondad y de misericordia para con nosotros : *Misericors et miserator Dominus*. Debemos, pues, mirar este misterio como un memorial y un compendio de todas sus maravillas : *Memoriam fecit mirabilium suorum*. ¿Cuál debe ser el memorial de tantas gracias, de la encarnacion, de la vida y de la muerte de Jesucristo, de sus dolores, de nuestra redencion, de su resurreccion, y de todos los demás beneficios? ¿cuál, vuelvo á decir, debe ser este memorial? ¿no era necesario que fuese tan excelente como las gracias de que era figura? Así que solo Jesucristo en la Eucaristía podia ser una imágen de las acciones divinas y de las gracias infinitas del mismo Jesucristo. Esta es, pues, la grande obra de su amor y de su sabiduría. Quiso quedarse con nosotros hasta la consumacion de los siglos, para ser el alimento de los que le temen : *Escam dedit timentibus se* : digo de los que le temen ; porque aunque la Eucaristía sea recibida de todos, no mantiene ni vivifica sino á los que están llenos del temor del Señor. Voy á hablaros de este augusto Sacramento, despues de haber tratado del Bautismo y la Confirmacion. Para hacerlo con orden, explicaré primero lo que debemos creer de este misterio, y despues lo que exige de nosotros.

P. ¿Qué cosa es la Eucaristía? ¿tiene otros nombres? ¿la prometió Jesucristo á su Iglesia antes de instituir-la?

R. La Eucaristía es un Sacramento de la nueva ley, que contiene verdadera y realmente, bajo las especies de pan y de vino, el cuerpo, la sangre, el alma y la divinidad de Jesucristo, que la instituyó para ser alimento espiritual de nuestras almas. La palabra Eucaristía significa accion de gracias. Instituyéndola Jesucristo, dió gracias á su Padre; y nosotros ofreciéndola, y recibéndola, damos tambien á Dios la accion de gracias mas agradable que se le puede tributar. La Eucaristía tiene además otros nombres: llamámosla el santísimo Sacramento por excelencia; porque es el mayor de todos los Sacramentos, que contiene no solo la gracia, sino tambien á Jesucristo, autor y fuente de todas las gracias. Se llama tambien la cena del Señor, *cæna Domini*, porque el Salvador instituyó este Sacramento despues de haber cenado con sus Apóstoles; la santa mesa, porque á ella nos convida Jesucristo; comunión, porque une á todos los fieles entre sí, y con Jesucristo su cabeza; y viático, porque nos fortifica durante la peregrinacion de esta vida, y nos ayuda á pasar de la tierra al cielo.

Jesucristo prometió la Eucaristía á su Iglesia, antes de instituir-la, como consta del capítulo vi de san Juan; dice: «Yo soy el pan vivo «venido del cielo; si alguno comiere de este pan, vivirá eternamente, «y el pan que yo daré es mi carne que he de entregar por la vida «del mundo.» Ved aquí la promesa de la Eucaristía. «En verdad, «en verdad os digo, si no comeis la carne del Hijo del Hombre, y «no bebeis su sangre, no tendréis la vida en vosotros.» Y ved aquí el precepto que nos impone para que lo recibamos. «Mi carne es «verdaderamente comida, y mi sangre es verdaderamente bebida.» Hé aquí la realidad, y como el cuerpo de Jesucristo es verdaderamente recibido por la boca de los Cristianos. Ved aquí ahora los efectos de este Sacramento. «El que come mi carne y bebe mi sangre está en mí, y yo en él.» Hé aquí la estrecha union que nos hace tener con Jesucristo. «Este es el pan vivo que ha bajado del «cielo: no es semejante al que comieron en el desierto vuestros padres que se han muerto: el que come este pan vivirá eternamente.» Ved aquí, en fin, el último efecto de este Sacramento, que es ser para los que lo reciben dignamente una prenda segura de la vida eterna.

Pero ¿es del todo cierto que se deba explicar este capítulo aplicándole á la Eucaristía? No hay duda; la razon por sí sola nos con-

vence de ello. A no ser así, san Juan no hubiera hablado de este gran misterio, del cual los otros tres Evangelistas tuvieron cuidado de no olvidarse. Sin esto faltaria una cosa muy importante á la palabra de Dios, quiero decir, un lugar en donde se hablase de los efectos de la Eucaristía. Finalmente, sin esto es imposible, como lo notan los intérpretes, explicar todo lo que contiene este capítulo. Por otra parte, tenemos la autoridad de los antiguos Padres de la Iglesia, que lo entendieron de la Eucaristía ¹.

P. Despues de habernos explicado la promesa que Jesucristo hizo á su Iglesia de la Eucaristía, decidnos ¿cómo la instituyó?

R. Conviene considerar en esta accion las circunstancias que acompañaron á la consagracion del pan y las que acompañaron á la consagracion del vino, que son las materias de que se sirvió Jesucristo en la institucion de este Sacramento.

I. La primera es la del tiempo. La instituyó la víspera de su pasion : *In qua nocte tradebatur*, dice san Pablo ². Fue despues de comer el cordero pascual, y durando aun la cena : *Cœnantibus autem eis*, dice san Mateo ³, á fin de juntar en una misma cena la verdad y la figura. Quiso tambien concluir con este Sacramento su última cena con sus discípulos para imprimir mas profundamente su memoria, dice san Agustin ⁴.

II. Tomó el pan en sus manos, dió gracias á su Padre, lo bendijo; y por esta bendicion eficaz y omnipotente convirtió el pan en su propio cuerpo, partió lo que acababa de bendecir, é hizo trece porciones para otras tantas personas que estaban á la mesa. Tomó para sí mismo la primera : *Ipsè conviva et convivium; ipse comedens, et qui comeditur* ⁵, dice san Jerónimo. Distribuyó despues las otras á los Apóstoles, diciendo : « Tomad y comed, esto es mi cuerpo, « que se da por vosotros : » *Quod pro vobis datur* ⁶. Es decir, que ahora se os distribuye; ó segun san Pablo ⁷, que será entregado á muerte por vosotros : *Quod pro vobis tradetur*.

III. Ordenó á sus Apóstoles hacer lo mismo, y renovar en adelante la memoria de lo que él habia hecho : *Hoc facite in meam commemorationem* : lo cual se entiende hasta el fin de los siglos, segun lo advierte san Pablo ⁸, quien nos enseña que todas las veces que

¹ S. Iren. lib. IV, c. 34; Orig. hom. VI in Num.; S. Cypr. lib. de Orat. Dom.; S. Cyril. Hieros. Lath. c. 4; S. Ambr. lib. de initiant.; S. Aug. Tract. c. xxvi in Joan., etc. — ² I Cor. xi, 23. — ³ Matth. xxvi, 26. — ⁴ Epist. LIV ad Jan. n. 8. — ⁵ Epist. ad Hedib. — ⁶ Luc. xxii, 19. — ⁷ I Cor. xi, 24. — ⁸ I Cor. xi, 26.

cómiéremos de este pan, y habiéremos de este vino, anunciaremos la muerte del Señor hasta su venida. Ved aquí lo que pertenece á la consagracion del pan.

I. La primera circunstancia de la consagracion del vino es que Jesucristo tomó del mismo modo, despues de cenar, el cáliz, esto es, la copa en que bebia : *Similiter et calicem postquam cœnavit* ¹; circunstancia que nos advierte que la cena legal habia pasado, y que la Eucaristía fue instituida en su lugar. II. Repitió la accion de gracias y la bendicion, para hacer ver que por la virtud de su omnipotencia iba á convertir el vino en su sangre, como acababa de convertir el pan en su cuerpo. III. Bebió él primero, convidó á los Apóstoles á beber despues, diciendo : « Bebed todos de esto, porque esto es mi sangre, la sangre del Nuevo Testamento, que será derramada por vosotros y por muchos en remision de los pecados ². » La sangre que Jesucristo daba á sus Apóstoles era la misma que habia de ser derramada sobre la cruz : *Qui pro vobis fundetur*; por consiguiente la verdadera sangre del Salvador, no en figura y en virtud solamente, sino sustancial y realmente.

Esta es la historia de la institucion de la Eucaristía, referida por los Evangelistas y por san Pablo, en la cual no vemos ninguna dificultad propuesta por los Apóstoles, que comprendieron muy bien que esto era el efecto de la promesa que Jesucristo les habia hecho de darles su carne á comer, y su sangre á beber.

P. ¿Deben entenderse á la letra estas palabras que dijo Jesucristo instituyendo la Eucaristía : Esto es mi cuerpo, esto es mi sangre?

R. Sí : hé aquí las pruebas convincentes. I. Los tres evangelistas san Mateo, san Marcos, san Lucas, y san Pablo en la primera á los corintios, capítulo 1, que hablaron de la institucion de la Eucaristía, refieren unánimemente que Jesucristo dijo del pan : *Esto es mi cuerpo*, y del cáliz : *Esto es mi sangre*, y están uniformes sobre la institucion de la Eucaristía. Se ve en todos la misma fidelidad sobre la palabra « cuerpo, » y sobre la palabra « sangre; » y ninguno de ellos explica de otra suerte las palabras de la institucion. Se deben, pues, tomar á la letra : entenderlas de otro modo es dar á la Escritura un sentido forzado y contrario á la palabra de Dios.

II. Jesucristo hacia entonces su Testamento, como advierten los santos Padres : *Hæreditarium munus novi Testamenti*, dice san Gau-

¹ Luc. xxii, 20. — ² Matth. xxvi, 27, 28.

dencio, obispo de Brescia ¹; establecia el mas augusto de todos los Sacramentos, y el que estaba particularmente destinado á mantener la union de la Iglesia. Pues un testador sábio y prudente, amante de sus herederos, no se explica con palabras oscuras y figuradas, sino con términos claros, para no dar lugar á disputas. Esto es lo que hizo Jesucristo; porque ¿cómo podia explicarse mas claramente que diciendo del pan: *Esto es mi cuerpo*, y del vino: *Esto es mi sangre*? Luego el sentido literal, que es el de los Católicos, es el verdadero sentido de estas palabras.

Los Apóstoles, viendo que Nuestro Señor les habia dicho en la cena que precedió á la institucion de la Eucaristía, segun san Lucas, que escribió las acciones de Jesucristo por el orden que pasaron: «Yo no beberé mas del fruto de la vid hasta que lo beba nuevo con vosotros en el reino de mi Padre ²,» conocieron sensiblemente que su Maestro habiéndose puesto segunda vez á la mesa para comer y beber con ellos diciéndoles: *Esto es mi sangre*; ellos conocieron, vuelvo á decir, que esta era su verdadera sangre, pues acababa de asegurarles que no beberia mas del fruto de la vid. Ellos no lo dudaron de ningun modo, sabiendo que era la verdad eterna incapaz de toda mentira y de todo engaño. Así fueron confirmados en esta verdad, cuando habiendo Jesucristo entrado en el reino de su Padre por su gloriosa resurreccion, vieron que cumplió lo que les habia prometido antes de la institucion: que bebió, quiero decir, con ellos del fruto de la vid, el cual era verdaderamente nuevo para él, por el estado divino y sobrenatural en que habia entrado.

En fin, lo que debe acabar de convencer á cualquiera mediano entendimiento, es que la Iglesia en todos los siglos entendió siempre estas palabras á la letra, como se puede ver en los testimonios de los santos Padres referidos muy á la larga por nuestros contraversistas.

P. ¿No se podria dar á estas palabras: *Esto es mi cuerpo*, un sentido figurado, y decir que significan: esto es la figura, el signo ó la representacion de mi cuerpo?

R. Los cabezas de los pretendidos reformados, que se separaron de la Iglesia habrá como trescientos años, queriendo abolir la misa y la adoracion de Jesucristo en la Eucaristía, negaron que estuviese allí realmente presente; y por combatir una verdad que se habia creído siempre en la Iglesia durante quince siglos, discurrieron el

¹ Tr. II in ex. — ² Luc. XXII, 18; Matth. XXVI, 29.

arbitrio de dar á las palabras de Jesucristo, tan claras y expresas : *Esto es mi cuerpo*, un sentido alegórico, diciendo que significan : esto es el signo ó la figura de mi cuerpo, ó mi cuerpo en representacion. Explicacion forzada, contraria á la santa Escritura, á la fe, al sentir de los Padres, y á la misma razon ; lo que vamos á demostrar en pocas palabras.

Los Protestantes, segun ellos mismos dicen, hacen profesion de no creer sino lo que está en la Escritura ; pero se les desafia á que en ninguna parte de la Escritura hallen esta explicacion : este es el signo ó la figura de mi cuerpo ; al contrario, todas las veces que se trata en ella de la Eucaristía, sea en el capítulo vi de san Juan, sea en los Evangelistas y en san Pablo, siempre se habla de una presencia y de una manducacion corporal ; luego su explicacion es contraria á la sagrada Escritura.

Ella es opuesta á la fe : aniquila el misterio de la redencion de los hombres, que estos herejes profesan creer como nosotros. Porque si cuando Jesucristo dijo : « Esto es mi cuerpo, que será entregado por vosotros : esto es mi sangre, que será derramada por vosotros, » se deben tomar estas palabras en sentido figurado ; se infiere necesariamente que Jesucristo no murió sino en figura, y que no derramó su sangre sino en figura : doctrina impía y blasfema de los Maniqueos, en la cual los hizo caer su explicacion. No solo no autorizan los Padres esta explicacion, sino que la excluyen expresamente. No se les debe prometer, dice san Agustin, á los Católicos que viven mal la vida eterna, por haber comido el cuerpo de Jesucristo, no solamente en signo, sino realmente y en verdad : *Quia non solo sacramento, sed re ipsa manducaverunt corpus Christi* ¹.

El Señor, dice san Juan Damasceno en su cuarto libro de la fe ortodoxa, nos asegura positivamente que es su cuerpo el que nos dió en la Eucaristía, y no la figura de su cuerpo ; que es su sangre, y no la figura de su sangre : *Dominus dixit, non corporis signum, sed corpus, nec sanguinis signum, sed sanguis* ². Teofilacto, arzobispo de Acridia en Bulgaria, que florecia en el siglo XI, dice en el capítulo 26 de su comentario sobre san Mateo : Jesucristo, por estas palabras : *Esto es mi cuerpo*, hizo ver que el pan consagrado sobre el altar es el cuerpo mismo del Señor, y no un antitipo, ó una imágen de este cuerpo. No dijo, esto es la figura de mi cuerpo, sino esto es mi cuerpo ; mudándose este pan por una operacion inefable,

¹ De Civit. Dei, lib. XXI, c. 19 et 20. — ² C. 4, Ort. fid. c. 14.

aunque nos parezca pan : *Non dixit : hoc est figura, sed hoc est corpus meum, ineffabili enim operatione transformatum* ¹. La explicacion de los Calvinistas no solo la reprueban los santos Padres, sino que tambien es contraria á la recta razon y sano juicio ; porque decir que estas palabras : *Esto es mi cuerpo*, significa simplemente : esto es la figurá ó el signo de mi cuerpo, es querer que el pan sea signo del cuerpo ; lo que es hablar contra el buen sentido, porque aunque el signo trae algunas veces el nombre de la cosa significada, es solo cuando aquellos á quienes se habla están advertidos de ello anteriormente : pues los Apóstoles no habian sido jamás advertidos de que el pan que Jesucristo tenia en sus manos estuviese destinado á ser el signo de su cuerpo ; luego el sentido de los Calvinistas es un sentido ridículo, falso, engañoso y enteramente indigno de atribuirse á Jesucristo. Ved aquí el abismo de ceguedad á donde lleva la herejía y el cisma, sin que el hombre que ha caido en él abra los ojos para conocer su deplorable estado.

P. ¿ Podráse mostrar por los usos y prácticas de la primitiva Iglesia que se creia entonces la presencia real de Jesucristo en la Eucaristía, como lo creemos el dia de hoy?

R. Sin referir los pasajes formales de los antiguos Padres, es fácil demostrar, por las prácticas de la primitiva Iglesia, que la fe de los primeros cristianos tocante á la Eucaristía era la misma que la de los católicos del dia de hoy. Oigamos á san Cirilo Jerosolimitano, que vivia en el siglo IV en tiempo del emperador Constancio. En sus Catequesis ó pláticas á los nuevos cristianos para instruirlos en los misterios de la Religion, les enseña lo mismo que nosotros decimos todos los dias á los que comulgan por primera vez : esto es, que deben creer firmísimamente que bajo las especies de pan y de vino se recibe verdaderamente el cuerpo y la sangre de Nuestro Señor Jesucristo : *Omni cum certitudine corpus et sanguinem Christi sumamus : nam sub specie panis datur tibi corpus, et sub specie vini datur sanguis : ut sumpto corpore Christi, efficiaris et comparticeps corporis et sanguinis* ². Les dice lo que nosotros decimos con tanta frecuencia, que no se debe juzgar de este misterio por el testimonio de los sentidos, sino por el de la fe : *Ne ex gustu rem judices, quin potius habeas pro certissimo, ita ut nulla subeat dubitatio, esse tibi donata corpus et sanguinem*. Les enseña como se debe comulgar y tener las manos segun el uso de aquel tiempo, que era recibir la Euca-

¹ Theophil. in Matth. xxvi. — ² Cyril. Hieros. Catech. mystag. c. 4.

ristía en la mano derecha antes de llevarla á la boca, y les advierte tengan cuidado de no dejar caer la menor parte : *Accedens autem ad Communionem, non ex pane manum velis recedere, neque cum disjunctis digitis accede, sed sinistram veluti sedem quamdam subicias dexterae, quæ tantum Regem susceptura est; et concava manu suscipe corpus Christi, dicens: Amen. Sanctificatis ergo diligenter oculis tam sancti corporis contactu, communica, cave autem ne quid inde excidat tibi* ¹.

Estos primeros cristianos adoraban como nosotros á Jesucristo en la Eucaristía, como lo testifica el mismo san Cirilo ². Ellos creían como nosotros que el mismo Jesucristo que habia estado en el pesebre de Belen estaba sobre nuestros altares : *Tu vero non in præsepe, sed in altari vides*, dice san Juan Crisóstomo á su pueblo ³. Creían como nosotros que la misma sangre que corrió del costado de Jesucristo se hallaba en el cáliz, y que la recibimos en la santa Comunión : *Quod est in calice, id est quod à latere fluxit, et illius sumus participes*, dice el mismo Santo ⁴. Ellos tenían como nosotros una devoción muy particular al santísimo Sacramento del altar, como refiere san Agustín de su madre santa Mónica ⁵. Ellos extendían con nosotros su respeto á todo lo que tiene conexión con este santo Sacramento, como son las iglesias, los altares, los vasos sagrados y los ornamentos. De aquí viene que san Optato, obispo de Milevi en Numidia, que vivía en el siglo IV, acusa de un horrible sacrilegio á los Donatistas, por haber demolido los altares y roto los cálices : *Quid tam sacrilegum quam altaria Dei, in quibus aliquando et vos obtulistis frangere... Fregistis etiam calices Christi sanguinis portatores*. Yo suplico ahora á los señores de la religión reformada me digan de buena fe cuál de las dos religiones, la suya ó la nuestra, sigue los usos de la Iglesia primitiva. Ellos no pueden dudar de lo que acabamos de referir, sacado de los Padres de los cuatro primeros siglos, en los cuales segun su confesion estaba del todo para la creencia de la Iglesia. Yo les pregunto, pues, ¿en dónde están entre ellos estos altares, en donde segun san Optato, san Agustín y san Juan Crisóstomo, se ofrece el santo sacrificio, y en donde reside el cuerpo de Nuestro Señor Jesucristo? ¿En dónde están los cálices portadores de su sangre y los otros vasos sagrados? ¿No abolieron todos los antiguos usos de la Religión desde que se separaron de la Iglesia? ¿Qué sería necesario para obligarlos á abandonar esta nueva secta que ha quedado, como la de los judíos, sin altares y sin sacrificio?

¹ Cyril. *ibid.* c. 8 sub finem. — ² *Ibidem*. — ³ Hom. XXIV in v. 2 ad Cor.

— ⁴ *Ibid.* — ⁵ Aug. *lib.* IX, c. 13.

P. Cuando Jesucristo está en la Eucaristía, ¿no hay allí ni pan ni vino?

R. Los Luteranos, que creen la presencia real de Jesucristo en la Eucaristía, á lo menos al tiempo de recibirla los fieles, sostienen que el pan y el vino permanecen en el Sacramento; pero esto es un error condenado por la Iglesia, que nos enseña por las palabras de la consagración que con las palabras del mismo Jesucristo, pronunciadas por el sacerdote en su nombre, la sustancia de pan se convierte en la sustancia del cuerpo de Jesucristo, y la sustancia de vino en la sustancia de la sangre de Jesucristo, y que no queda del pan y del vino sino las especies ó apariencias; es á saber, el color, la figura y el gusto, y esta mudanza se llama transustanciación, esto es, mudanza de sustancia. La doctrina de la Iglesia sobre este artículo es de tradición apostólica, y está fundada sobre las palabras de Jesucristo; porque cuando el Salvador dijo á sus discípulos: «*Tomad y comed, esto es mi cuerpo,*» es claro que lo que les presentaba era su cuerpo. Sobre lo cual los Católicos discurren así: Lo que les presentó el Salvador á los Apóstoles era el cuerpo de Jesucristo; luego no era pan, no pudiendo una misma cosa ser pan y carne á un mismo tiempo; era pan antes de ser presentado; ya no lo es despues que el Salvador asegura que es su cuerpo. Además de esto, cuando Jesucristo dijo á sus discípulos: *Esto es mi cuerpo*, habló segun las reglas ordinarias de hablar, pues hablando de esta suerte, estas palabras: *Esto es mi cuerpo*, no podían significar, mi cuerpo está en este pan; porque el pan en el uso ordinario no está destinado á contener el cuerpo de Jesucristo; luego estas palabras significan simplemente, que lo que entonces tenía Jesucristo en las manos era únicamente su cuerpo.

Cuando solo atendiésemos á la letra de la Escritura, es evidente que nuestra explicación está mejor fundada; pero lo que demuestra que ella es sola la verdadera es, 1.º que está adoptada por todas las naciones cristianas del universo, aun por aquellas que un cisma muy antiguo separó de nosotros; es innegable que todas estas sociedades, de cualquiera comunión que sean, exceptuando los Protestantes, creen como nosotros la presencia real y la transustanciación. Tenemos de ello muchísimos testimonios auténticos que se han dado á luz, y no se pueden poner en duda.

Lo 2.º que nuestra creencia sobre este artículo es enteramente conforme á la de los primeros siglos de la Iglesia. No se necesita otra prueba que lo que dice san Cirilo de Jerusalén en su Cateque-

sis, que hemos citado arriba. Vosotros sabeis muy bien que este género de obras es en donde se atiende particularmente á hablar con exactitud, y á no decir nada que no sea conforme á la doctrina universalmente recibida en la Iglesia. «Pues que Jesucristo, dice este Padre¹, declaró, hablando del pan, que era su cuerpo, ¿quién se atreverá á dudarlo? y pues aseguró que esta era su sangre, ¿quién podrá ponerlo en disputa? Él mudó en otra ocasion el agua en vino en Caná de Galilea por solo su voluntad; ¿y no merecerá ser creído cuando muda el vino en su sangre? Si siendo convidado á unas bodas humanas hizo este prodigioso milagro, con mas razon debemos creer que los hace igualmente grandes cuando admite á los hijos del Esposo al sagrado banquete que les ha preparado. Recibamos, pues, con una entera certeza el cuerpo y la sangre de Jesucristo; porque bajo la especie de pan se os da el cuerpo, y bajo la especie de vino se os da la sangre, á fin de que siendo hechos participantes del cuerpo y sangre de Jesucristo, seais con él un mismo cuerpo y una misma sangre.» ¿Podria este Padre explicarse mas á nuestro favor? ¿Hallaráse en la Iglesia romana algun catecismo ó libro devoto que enseñe el dogma de la transustanciacion con mas claridad y precision? ¿Qué dirán á esto los Protestantes? ¿No deberian rendir las armas y confesar que es una injusticia acusarnos de innovacion, pues el dogma que imaginan ser nuevo se hallaba tan perfectamente establecido en medio del siglo IV, que se juzgó necesario enseñárselo á los catecúmenos?

P. ¿Qué fruto deben sacar los Católicos de esta plática?

R. Tener en este misterio de la Eucaristía una fe llena de temor, de veneracion y respeto, á fin de tributar á Jesucristo el honor que los que están fuera de la Iglesia roban á sus altares. La infidelidad y el desprecio de los extraños debian añadir un nuevo fervor á la piedad de los fieles, que son, cómo dice el Apóstol, los domésticos de Dios, y en calidad de tales están obligados á mantener la gloria de su divino Maestro. Sin embargo, estamos muy distantes de hacerlo así. Pasamos una parte de nuestra vida en presencia de Jesucristo y cerca de su divina persona, pues nuestra Religion nos obliga á concurrir con frecuencia á la Iglesia, en donde creemos que él está siempre presente; y no obstante, ¿cómo estamos allí? No lo diré yo, sino san Juan Crisóstomo², quien, reprendiendo la impiedad de su tiempo, parece hizo una pintura del nuestro. «Es cosa

¹ Catech. mystag. 4. — ² Hom. XXXVI in I Cor.

«lastimosa, dice, ver el poco respeto que los Cristianos tienen á
«nuestros santos misterios, y las irreverencias que cometen aun al
«pié de nuestros altares. Ellos hablan allí como en casa; tratan de
«negocios como en el mercado; galantean como en el baile; rien
«como en la comedia. ¿En dónde imagináis estar, cristianos? ¿Pen-
«sais que nuestros altares son teatros? ¿Teneis nuestros misterios
«por fábulas, y á Jesucristo por un rey de comedia? *Numquid thea-
«trica sunt ista?* Ved lo que se hace con el que representa en el tea-
«tro el papel de rey: se le respeta mientras dura la comedia; mas
«así que se acaba se le desprecia como un hombre vil.»

Yo me horrorizo, Salvador mio, de aplicar á vuestra gloria una
expresion tan injuriosa. No obstante, es preciso confesarlo, la im-
piedad de muchos cristianos hace esta injusta distincion en vuestros
santos misterios. Cuando el sacerdote en la misa eleva la hostia, to-
dos se postran, doblan las rodillas, y le adoran; pero inmediata-
mente despues, y durante el tiempo que permaneceis sobre nuestros
altares, no se ve sino inmodestia é irreverencia. ¿No es esto, Sal-
vador mio, trataros como á un rey de teatro? *Numquid theatrica sunt
ista?* ¡Ah! cristianos indevotos, ¿en dónde está vuestra fe? ¿Qué
podrán pensar los herejes al ver vuestra disipacion? ¿No tendrán
motivo de dudar de vuestra religion? ¡Qué! dicen ellos, si los Ca-
tólicos creyeran, como lo aseguran, que Jesucristo está realmente
en la Eucaristía, ¿le tratarian de esta suerte? ¡Ah! hermanos mios,
enmendémonos; hagamos cesar por nuestra piedad las blasfemias
de los herejes, mostremos nuestra fe por las obras, y no cesemos de
adorar y glorificar en nuestras iglesias al que es bendito en todos los
siglos.

PLÁTICA QUINTA.

SOBRE LA COMUNION.

Sicut misit me vivens Pater, et ego vivo propter Patrem; et qui manducat me, et ipse vivet propter me. (Joan. vi).

Así como mi eterno Padre me envió, y yo vivo por el Padre, así el que me reciba vivirá también por mí.

Estas palabras de consuelo y de instruccion nos enseñan que la Eucaristía es un Sacramento de vida, que Jesucristo está en él vivo, y que hace vivir á los que participan de él dignamente: *Et qui manducat me, et ipse vivet propter me.* Podemos notar dos vidas diferentes en la persona del Salvador, una vida sensible y pública que ha tenido en otro tiempo sobre la tierra, y otra secreta é invisible que tiene hoy en el santísimo Sacramento. La primera no duró sino treinta y tres años; la segunda ha de durar hasta la consumacion de los siglos. Aquella se pasó en las ciudades y lugares de la Palestina; esta se pasa todos los dias sobre nuestros altares, y en el corazón de los Cristianos. ¡Vida admirable, que tiene semejanza con la que ha recibido de su Padre! Porque, así como él vive por su Padre, así también nos hace vivir para él y por él en este augusto Sacramento: *Et qui manducat me, et ipse vivet propter me.* Todos nosotros estamos interesados en el conocimiento de esta vida espiritual que desea tener en nuestras almas por la santa comunión; pues ella se dirige enteramente á nuestro provecho, procuremos instruirnos en ella.

P. ¿Estamos obligados á recibir la Eucaristía? y ¿cuándo particularmente tenemos obligacion de recibirla?

R. Estamos obligados á recibir la Eucaristía por precepto divino y por precepto eclesiástico. Mas se debe notar con santo Tomás ¹ que hay dos modos de recibirla; el uno espiritual, y el otro sacramental. La comunión espiritual consiste en unirse á Jesucristo, y la sacramental en recibir el Sacramento que le contiene. Cuando lle-

¹ 1 p. q. 80, 4, 1.

gamos al uso de razon, debemos recibirla de las dos maneras: es decir, que si alguna enfermedad corporal no nos permite comulgar realmente, debemos hacerlo espiritualmente; porque ninguno puede salvarse si no está unido á Jesucristo, que es la cabeza de todos los predestinados. Pero si no tenemos alguna incomodidad que nos impida comulgar, estamos obligados á ello: I. Por el precepto divino; habiendo dicho Jesucristo expresamente: «En verdad, en verdad, yo os declaro, si no comeis la carne del Hijo del Hombre, y no bebeis su sangre, no tendréis vida en vosotros ¹.» Así, esto no es una cosa indiferente y de simple consejo, sino un precepto expreso que obliga particularmente cuando estamos en peligro de muerte. Un enfermo que se halla en este estado, aunque haya comulgado algunas veces en el año, está obligado á recibir, si puede, este Sacramento; porque no hay tiempo en la vida en que mas sea necesario que en la enfermedad. II. Estamos obligados á ello por el precepto de la Iglesia, segun el cual en otro tiempo se debia comulgar tres veces al año: por Navidad, Resurreccion y Pentecostes; mas habiendo crecido la relajacion de los Cristianos, el concilio general de Letran, en tiempo de Inocencio III, el año de 1215 redujo esta obligacion á la Pascua: lo que fue confirmado en el de Trento ². De suerte, que cualquiera que deja de cumplirla, debe ser tenido por excomulgado, que merece ser privado de la entrada en la iglesia durante su vida, y de sepultura eclesiástica, si muere en este estado: sin embargo, solo toca al obispo el poner estas penas en ejecucion; por lo cual los curas deben tener cuidado de remitirle el nombre de los rebeldes, esperar sus órdenes y ejecutarlas fielmente. *Communicantium*, dice el concilio de Tolosa del año de 1590, página 2, cap. 5, *in Paschate Parochi nomina describent, quos communioni defuisse perciperint, notam ad Episcopum deferent; quosque defectu rationis extra confessionem cognoverint, significabunt.*

La comunión pascual debe hacerse en la iglesia parroquial de cada uno, y no en otra, como lo prescribe el Ritual romano.

P. ¿Están obligados los fieles á comulgar con las dos especies? ¿Cuál era en otro tiempo el uso de la Iglesia? ¿Pudo esta privar de la participacion del cáliz á los legos?

R. Los Luteranos y los Calvinistas, á ejemplo de Juan Hus, pretenden que hay un precepto divino que obliga á todos los fieles á comulgar bajo las dos especies.

¹ Joan. VI, 54. — ² Sess. XIII, c. 9.

El concilio de Trento ¹ ha pronunciado anatema contra este error. El de Constancia ² habia declarado anteriormente que no habia precepto que obligase á todos los fieles á comulgar bajo las dos especies. Esto no es de esencia del Sacramento, porque el cuerpo y la sangre de Jesucristo están igualmente bajo cada especie. Jesucristo está en la Eucaristía vivo é inmortal; porque, como dice san Pablo ³, despues que ha resucitado, no muere ya. Estando, pues, vivo en la Eucaristía, y no pudiendo su cuerpo separarse de la sangre, se sigue, que comulgando bajo una especie, se recibe su cuerpo y su sangre, y Jesucristo todo entero, como si se comulgase bajo las dos especies. Así, á excepcion de los sacerdotes, que están obligados á comulgar bajo las dos especies cuando celebran la misa, segun la disciplina actual de la Iglesia ⁴, no se debe comulgar sino bajo la especie de pan. No obstante, esta disciplina tiene alguna excepcion. Hay aun el dia de hoy iglesias en donde, además de los sacerdotes, comulgan otros bajo las dos especies en ciertos tiempos y con varias ceremonias. En Roma, el diácono y subdiácono que sirven al altar en la misa del Papa comulgan bajo las dos especies. Lo mismo se hace en la abadía de Cluny, y en la de San Dionisio de Francia, por los diáconos y subdiáconos que sirven al altar en los domingos y fiestas; por todos los religiosos de Cluny el dia de la apertura del Capítulo general de la Orden; por los Reyes de Francia el dia de su consagracion, etc.

En orden al uso antiguo, respondo que los fieles comulgaban bajo las dos especies, y algunas veces bajo una sola. San Lucas no hace mencion sino de la especie de pan en los Hechos apostólicos, donde habla de la vida de los primeros cristianos: «Ellos perseveraban», dice ⁵, en la doctrina de los Apóstoles, en la comunión de «la fraccion del pan y en la oración.» San Pablo en su primera á los corintios, donde habla de la comunión indigna, dice ⁶ que «basta haber recibido el cuerpo ó la sangre del Señor,» sirviéndose de la disyuntiva *ó*, y no de la copulativa *y*. Tenemos, pues, motivo para creer que desde aquel tiempo se comulgaba algunas veces bajo una especie; pero la prueba cierta de que la Iglesia jamás ha creído que para satisfacer al precepto de la comunión fuese necesario recibir las dos especies es que desde los primeros siglos permitia la comunión bajo una sola especie en muchas ocasiones. Cuando se daba la comunión á los enfermos, no se les daba la Eucaristía si-

¹ Sess. XXI, c. 1. — ² Sess. XIII. — ³ Rom. vi, 9. — ⁴ Conc. Trid. loc. cit. c. 2. — ⁵ Act. ii, 42. — ⁶ I Cor. xi, 27.

no bajo la especie de pan, como nos lo enseña la Historia eclesiástica ¹. De este modo dió san Honorato, obispo vercelense, la comunión á san Ambrosio en su enfermedad ². En los tiempos de persecucion los fieles llevaban la Eucaristía á sus casas bajo la especie de pan solamente: los solitarios la llevaban del mismo modo á sus desiertos, en donde á falta de sacerdotes se daban la comunión á ellos mismos ³. Estos hechos referidos por los Padres antiguos ⁴ hacen ver que la Iglesia jamás miró la comunión bajo las dos especies como un precepto de Jesucristo, sino para los sacerdotes que dicen la misa. Fuera de este caso la ha mirado y mira como un punto de disciplina que pueda variarse.

La comunión de los enfermos, que se hacia ordinariamente bajo una especie, la dificultad de tener vino en algunas provincias, la repugnancia que ciertas personas tienen al vino, el peligro de derramar por tierra la sangre de Jesucristo distribuyéndola á los fieles, hicieron que se suprimiese el uso del cáliz. Las cosas se hallaban en este estado, sin ningun decreto de la Iglesia en el siglo XII, como se deja ver por los testimonios de Alejandro de Hales y de santo Tomás ⁵, y los fieles, instruidos en que la comunión era igualmente útil bajo una que bajo dos especies, y contenía á Jesucristo todo entero, no llevaban á mal esta privacion, cuando Pedro de Dresde y Juan Hus excitaron sobre esto turbaciones en Bohemia, pretendiendo que el uso del cáliz era absolutamente necesario. El concilio de Constancia, que comenzó el año de 1414, se opuso á este error; y examinado todo con madurez, ordenó que se observase el uso entonces establecido de comulgar bajo una sola especie. El concilio de Trento siguió este decreto, y pronunció anatema contra los que se atreviesen á decir que «la Iglesia no habia tenido justos motivos «ni buenas razones para privar del cáliz de la sangre de Jesucristo «á los legos y á los sacerdotes que no celebraban ⁶.»

P. ¿Débese admitir á todo género de personas á la comunión? ¿á quiénes se debe negar?

R. Dar la comunión indiferentemente á todo el mundo seria obrar contra el precepto de Jesucristo que nos prohibe dar las cosas santas á los indignos: *Nolite sanctum dare canibus* ⁷. Por tanto no se debe admitir á la sagrada mesa: I. A los pecadores públicos, como lo

¹ Euseb. Hist. eccl. lib. VI, c. 36. — ² Paul. in vit. S. Ambr. — ³ Tertul. l. II ad ux. c. 5; Cyprian. de laps. — ⁴ Basil. epist. CCLXXXIX ad Cæsarian. — ⁵ 3 p. q. 80, art. 12. — ⁶ Conc. Trid. sess. XXI, c. 2 et 3. — ⁷ Matth. VII, 6.

enseña santo Tomás ¹. Este santo Doctor llama pecador público á aquel que es reconocido por tal por notoriedad del hecho, ó declarado tal por sentencia del juez eclesiástico. San Carlos ² dispone que se niegue la comunión no solamente á los herejes, cismáticos, excomulgados, entredichos, sino tambien á los pecadores públicos, como son los concubinarios (amancebados), usureros, hechiceros y blasfemos, hasta que se hayan corregido y dado una justa satisfacción para reparar el escándalo que han causado; y esto, añade el Santo, aun cuando presenten testimonio de haberse confesado.

II. El mismo Santo dice que se la debe negar á las mujeres que se atreven á llegar á la sagrada mesa con los pechos descubiertos, con lunares en la cara y otras señales escandalosas de ser mundanas. A aquellos cuyo pecado no es público, no se les debe negar la comunión cuando la piden públicamente, y no se les puede negar sin escándalo; mas si la piden en particular, puede el sacerdote negársela cuando está seguro de su indignidad por cualquiera otra via que la de la confesion, ó advertirles, como dice santo Tomás, que no se presenten á ella. III. No se debe dar la comunión á los insensatos y frenéticos, á no ser que tengan algunos buenos intervalos, en los cuales manifiesten desearla: entonces, no habiendo peligro de alguna irreverencia, es lícito administrársela. IV. No se debe dar la comunión á los niños, segun la actual disciplina de la Iglesia, hasta que lleguen á la edad de discrecion y estén suficientemente instruidos, lo que por lo comun, segun santo Tomás, no sucede hasta la edad de diez años.

P. ¿Debese comulgar con frecuencia? ¿Qué reglas se pueden dar á los fieles sobre la frecuencia de la comunión?

R. No hay cosa mejor ni mas útil para nuestra santificación que comulgar á menudo, con tal que se haga dignamente. No es temeridad, dice san Juan Crisóstomo ³, acercarse muchas veces á la sagrada mesa; pero lo es el acercarse á ella indignamente, aunque eso no se hiciese sino una sola vez: *Non est audacia sæpius accedere in dominicam mensam, sed indigne accedere, etiam si semel tantum quispiam toto vitæ tempore accedat*. Os exhortamos, pues, hermanos míos, con los santos Padres, á vivir tan santamente, que podais comulgar á menudo. Esta es la intencion de la Iglesia, que se alegraria, como dice el concilio de Trento, que nosotros estuviésemos en estado de imitar en este punto el fervor de los primeros cristianos,

¹ 3 p. q. 80, art. 6. — ² Inst. de Sac. Com. etc. — ³ Chrys. hom. V in I Tim.

y comulgásemos todas las veces que asistimos á la misa. Mas por decir alguna cosa en términos mas precisos, es conveniente considerar, con santo Tomás, la Eucaristía en sí misma, y con respecto á las disposiciones de los que la reciben. Considerada en sí misma, encierra tantas gracias y es tan útil, que seria muy apreciable el que pudiésemos recibirla todos los dias; mas si la consideramos con respecto al estado en que se hallan la mayor parte de los cristianos, no conviene recibirla con tanta frecuencia. Es necesario, pues, proponer á los fieles algunas reglas de conducirse para poder comulgar con frecuencia.

La primera que nos dan los santos Padres es tener una vida verdaderamente cristiana: ó si por desgracia se ha caído en algun desorden, es necesario haber salido de él por una sólida y sincera penitencia. Jesucristo en la Eucaristía es nuestra vida, dice san Ambrosio; mas para recibir la vida es necesario mudar de vida: *Mutet vitam qui vult accipere vitam* ¹. Aquel puede comulgar frecuentemente, dice san Isidoro de Sevilla, que ha cesado de pecar: *Qui peccare jam quievit, communicare non desinat* ².

La segunda regla, para no engañarse en el uso frecuente de la Eucaristía, es seguir el consejo de un sábio doctor que, conociendo el fondo de nuestra conciencia, nos prescribirá lo que tenga por conveniente. Ved aquí lo que el venerable Ávila dice en general en una carta que escribió á un confesor ³: Bastará para el pueblo comulgar tres ó cuatro veces al año: las almas mas adelantadas podrán hacerlo nueve ó diez veces al año: los casados que viven con gran piedad podrán comulgar una vez al mes, ó de tres en tres semanas, las personas libres de quince en quince dias; y aquellas que están verdaderamente tocadas de Dios, y que sacan una gran ventaja de este alimento de los fuertes, cada ocho dias. Tengo para mí que hay muy pocos á quienes convenga comulgar con mas frecuencia; y san Buenaventura dice que á excepcion de los sacerdotes y religiosos, que por la santidad de su profesion deben hallarse en estado de celebrar con frecuencia la misa, apenas se hallarán personas tan virtuosas á quienes por lo comun no baste comulgar una vez á la semana. San Francisco de Sales en su Filotea es del mismo sentir, y cita bajo el nombre de san Agustín estas palabras del autor de los dogmas eclesiásticos: Yo aconsejo y exhorto á los fieles á comulgar todos los domingos, con tal que estén exentos de todo afecto al pe-

¹ Ambr. serm. IV Adv. — ² Isid. lib. I offi. eccl. c. 5. — ³ I p. ep. LXIV.

cado : *Omnibus dominicis diebus communicandum suadeo, et hortor, si tamen mens sine affectu peccandi sit* ¹.

Finalmente, la tercera regla, no menos segura que las otras, es atender al fruto que se saca de la comunión; porque es un abuso creer, como se imaginan los mundanos, que la frecuente comunión sea compatible con una vida en un todo pagana y desarreglada. Esto es lo que dió lugar á Inocencio XI de condenar por su decreto de 2 de marzo de 1679 la siguiente proposición : *Frequens confessio, et communio, etiam in his, qui gentiliter vivunt, est nota prædestinationis*. No basta, pues, comulgar á menudo; es necesario hacerlo con las disposiciones que exige tan gran Sacramento.

P. ¿Cuáles son las disposiciones que se deben llevar á la santa comunión?

R. Hay disposiciones del cuerpo, y disposiciones del alma. Las del cuerpo se pueden reducir á tres, que son : ayuno, pureza y modestia.

I. Es necesario estar en ayunas el día en que se quiere comulgar, es decir, que desde la media noche no se ha de tomar nada de bebida ni de comida, á no ser que se esté enfermo; porque los enfermos que comulgan por modo de viático pueden comulgar despues de haber comido y bebido; mas fuera de este caso no se puede recibir la Eucaristía sino estando perfectamente en ayunas: *Virgine adhuc saliva*, dice Tertuliano ². Este es un precepto de la Iglesia fundado sobre el respeto que debemos tener al santísimo Sacramento, sobre el peligro de vomitar ó de otra cualquiera irreverencia; y finalmente, sobre que siendo la Eucaristía nuestro primero y principal alimento, podamos, dice santo Tomás ³, buscarlo con preferencia á todos los demás. Por las mismas razones se debe tener cuidado de no cenar muy tarde la víspera de la comunión. Se puede no obstante, segun este santo Doctor, comulgar aunque se haya pasado por inadvertencia algun resto de alimento de la cena precedente, que se hubiere quedado entre los dientes. Se debe decir lo mismo, si enjuagando la boca con agua ó vino se hubiese pasado sin querer alguna gota. En cuanto á los que prueban los caldos ó las salsas, aunque pueden comulgar ⁴ cuando están seguros de que nada han pasado de lo que gustaron, dice san Antonino ⁵ que se abstengan de hacerlo por la decencia. Con mas fuerte razon se debe

¹ Gennad. lib. de Eccl. dog. c. 23. — ² Lib. II ad ux. c. 5. — ³ 2 p. q. 80, a. 8. — ⁴ In Sim. c. III, p. tit. 13, c. 6, § 8. — ⁵ Sil. in 3 p.; S. Thom. q. 80, a. 8.

decir lo mismo de los que toman tabaco de hoja masticado ó fumado.

II. La pureza del cuerpo pide que nos abstengamos de la comunión cuando en la noche antecedente hubiésemos caído en poluciones voluntarias, ó en sí mismas ó en sus causas; mas si estas poluciones son inocentes ó excitadas por algunas ilusiones del demonio que se han desechado, no impiden comulgar. San Carlos y el catecismo del concilio de Trento ¹ enseñan que conviene que los casados guarden continencia algunos dias antes de comulgar.

III. La modestia exige que los hombres y las mujeres reciban la Eucaristía de rodillas, con las manos desnudas y los ojos bajos; los hombres sin armas, y las mujeres vestidas modestamente. También es necesario no tener indisposición que impida pasar ó consumir las especies consagradas, como sucede á las personas que padecen una tos violenta, ó vómitos frecuentes. Se debe evitar el escupir inmediatamente despues de la comunión, y no salir de la iglesia hasta despues de haber dado gracias.

P. ¿Cuáles son las disposiciones del alma necesarias para comulgar?

R. Se pueden tambien reducir á tres, que son, instruccion, pureza de conciencia, y práctica de las virtudes cristianas.

I. Es necesario estar instruido en los misterios de la fe, y particularmente en el de la Eucaristía. En la primitiva Iglesia estaban los fieles tan persuadidos de ello, que san Justino en la segunda apología dice expresamente que no se daba la Eucaristía sino á aquellos que profesaban la doctrina de Jesucristo: *Nulli alii participare licitum est, quam veram esse doctrinam nostram credenti* ². Por esto no se da el dia de hoy la comunión á los niños que no están bien instruidos, y no tienen suficiente discernimiento y devoción para hacerla.

II. Es necesario pureza de conciencia; esto es, estar exento de pecado, á lo menos mortal; y si alguno lo tiene, debe recurrir al sacramento de la Penitencia. Así lo definió el concilio de Trento ³: *Ecclesiastica consuetudo declarat eam probationem necessariam esse, ut nullus sibi conscius peccati mortalis, quantumvis sibi contritus videatur, absque præmissa sacramentali confessione ad sacram Eucharistiam accedere debeat*. Este Concilio no hizo sino confirmar lo que habian enseñado los santos Padres: *Nemo cibum accipit Christi*, dice san Ambrosio ⁴, *nisi fuerit ante sanatus*. San Juan Crisóstomo, refiriendo la

¹ Pag. 2, n. 61. — ² Just. Apol. in 2 fine. — ³ Sess. XIII, c. 7. — ⁴ Lib. VI in Luc.

práctica de su tiempo, nos enseña que el diácono, levantando la voz, decia á los que querían comulgar: *Sancta Sanctis*. Las cosas santas son para los Santos; que es como si dijera, añade este Padre: El que no es santo no se acerque á la sagrada mesa: *Si quis non est sanctus, non accedat* ¹.

III. Se debe juntar á la pureza de conciencia la práctica de las buenas obras y virtudes cristianas: *Sanctum enim non facit solum liberatio à peccatis*, continúa san Juan Crisóstomo, *sed etiam presentia spiritus, et bonorum operum copia*: una fe viva de la presencia real de Jesucristo en la Eucaristía; una firme esperanza en sus méritos infinitos que se nos comunican en ella; una caridad ardiente, una humildad profunda, una santa ansia de unirnos á Jesucristo, y una devoción actual, exenta de tibieza y de negligencia: *Nemo*, dice san Juan Crisóstomo ², *accedat cum nausea, nemo resolutus, omnes accensi, omnes ferventes et excitati*.

P. ¿Cuáles son los efectos que produce la Eucaristía en los que la reciben dignamente?

R. I. Aumenta y fortifica la caridad y la vida de la gracia que hemos recibido en el Bautismo y en los demás Sacramentos: *Qui manducat me, et ipse vivet propter me*, dice Jesucristo en el capítulo vi de san Juan.

II. Ella nos une estrechamente á Jesucristo: de suerte, que él está en nosotros, y nosotros en él: *In me manet, et ego in eo*; y por esta union admirable somos como transformados en él, segun san Leon ³: *Non aliud agit participatio corporis et sanguinis Christi, quam ut in id, quod sumimus, transeamus*.

III. La Eucaristía no solo se nos da para alimento espiritual de nuestras almas, sino tambien como un antidoto que nos libra de los pecados veniales, y nos preserva de los mortales: *Antidotum quo liberamur à culpis quotidianis, et à peccatis mortalibus præservamur* ⁴, dice el concilio de Trento.

IV. Ella reprime el ardor de la concupiscencia, debilita la violencia de las pasiones, y nos da fuerza para adelantar en la perfeccion cristiana: *Christus in nobis existens*, dice san Cirilo Alejandrino ⁵, *sopit in nostris membris carnis legem, et pietatem in Deum excitat, perturbationes mortificat, delicta, in quibus sumus, nobis non imputans, sed potius ut egrotos sanans*.

V. Ella nos fortifica contra los enemigos de nuestra salvacion,

¹ Chrys. hom. XVII in ep. ad Hebr. — ² Hom. LXX ad pop. — ³ Serm. XIV de Passione Dom. — ⁴ Sess. XIII, c. 2. — ⁵ Lib. IV in Joan.

y nos afirma y asegura en medio de los peligros á que estamos expuestos en esta vida : *Idoneus non potest esse ad martyrium, qui ab Ecclesia non armatur ad prælium; et mens deficit, quam non recepta Eucharistia erigit, et accendit*, dice san Cipriano ¹.

VI. Ella, finalmente, es **para nosotros una prenda de la vida eterna**, y nos da derecho á la resurreccion gloriosa : « El que come mi « carne, y bebe mi sangre, dice el Salvador, tiene la vida eterna, y « yo le resucitaré en el último dia. » Pesad bien, hermanos mios, estas palabras, *habet vitam æternam*. El derecho que nos da la Eucaristía á la gloria es tan cierto, que cuando Jesucristo habla de él, se explica como si ya la gozásemos. Si, hermanos mios, si comulgais dignamente, recibiréis el sello de la inmortalidad, la raíz de la resurreccion gloriosa, las arras de la vida eterna : *Habet*, etc. ¿ Qué digo yo ? Poseeréis á vuestro Dios, y seréis anticipadamente bienaventurados : *Habet*, etc. ¡ Qué motivo tan poderoso para obligarnos á comulgar bien ! De este modo, despues de haberos unido á Jesucristo sobre la tierra, mereceréis estar con él eternamente unidos en el cielo.

¹ Epist. LIV.

PLÁTICA SEXTA.

ADORACION DE JESUCRISTO EN EL SANTÍSIMO SACRAMENTO DEL ALTAR.

Sedenti in throno, et Agno, benedictio, et honor, et gloria, et potestas in sacula saculorum. (Apoc. v).

Al que está sentado en el trono, y al Cordero, bendicion, honor, gloria y poder en los siglos de los siglos.

Jesucristo tiene dos tronos en donde recibe las adoraciones de los Angeles y de los hombres: el uno en el cielo, donde es adorado con Dios su Padre por los espíritus bienaventurados y los Santos, de quienes es la bienaventuranza y felicidad: el otro sobre la tierra, en donde es la Eucaristía el objeto de nuestra fe y de nuestra religion. Los Angeles y los Santos no cesan de adorarle en la morada de la gloria, y obedecen perfectamente á esta órden que se les ha dado: *Adorate eum omnes Angeli ejus* ¹. Es muy justo que los hombres le adoren tambien sobre la tierra, y le tributen en nuestras iglesias los homenajes que le son debidos: *Adorate Dominum in atrio sancto ejus* ². ¡Ah! puesto que nuestras iglesias poseen un Dios cuya grandeza no cabe en el cielo y en la tierra, juntémonos, cristianos, en estos sagrados lugares, como águilas, segun la expresion de san Juan Crisóstomo ³, al rededor de este cuerpo adorable que nos ha dejado en la Eucaristía: *Ubicumque fuerit corpus, illic congregabuntur et aquilæ* ⁴. Para nosotros reside sobre nuestros altares; para nosotros reposa en nuestros tabernáculos; allí es á donde su amor infinito nos llama á todos, á fin de hacernos sentir los efectos de su magnificencia y de su liberalidad. Acerquémonos con confianza á este trono de gracia, á fin de recibir los socorros que necesitamos. Tributemos al Cordero que ha sido inmolado, y que se inmola todos los dias por nosotros, todo el honor que le debemos;

¹ Psalm. xcix, 7. — ² Psalm. xci, 9. — ³ Hom. XXIV in 1 ad Hor. — ⁴ Matth. xxiv, 28.

y pues esta es una de nuestras principales obligaciones, hagamos de ella el asunto de esta plática.

P. ¿Es lícito conservar la santa Eucaristía en las iglesias, y por qué se conserva?

R. El uso de conservar la Eucaristía en nuestras iglesias despues de la celebracion de la misa es de tradicion apostólica; se ha practicado siempre, y se practica en todas las iglesias del mundo, á excepcion de los Protestantes. La razon por que se conserva la Eucaristía en la iglesia es á fin de poder llevársela á toda hora á los enfermos, y que los fieles tengan el consuelo de venir á adorar á Jesucristo, que está realmente presente en este augusto Sacramento, no con una presencia simplemente pasajera, como dicen los Luteranos, sino con una presencia permanente, que dura tanto tiempo quanto subsisten los símbolos y las especies bajo las cuales le adoramos.

Decimos que este uso es de tradicion apostólica, y esto se ve por la práctica de la Iglesia en los tiempos mas inmediatos á los Apóstoles. San Justino, que murió sesenta años despues del apóstol san Juan, nos enseña en la segunda apología que hizo de la religion cristiana ¹, que en su tiempo se enviaba por los diáconos la Eucaristía á los que por justas causas no habian podido asistir á la celebracion de los sagrados misterios. San Ireneo, que, veinte años despues de la muerte de san Justino, gobernaba ya la iglesia de Leon (de Francia), nos enseña tambien ², en su carta al papa Víctor, referida por Eusebio, que se usaba entonces enviar la Eucaristía á los obispos ausentes en señal de paz y de comunión eclesiástica. Tertuliano, contemporáneo de san Ireneo, nos enseña ³, que los cristianos llevaban el pan sagrado á sus casas en los tiempos de persecucion, para tener con que fortificarse, y que observaban como ley inviolable el no tomarla sino á la mañana antes de todo otro alimento. San Dionisio, obispo de Alejandria, que murió en el año de 266, nos enseña que se guardaba el pan consagrado para los enfermos: estando en la extremidad uno llamado Serapion, se le envió una parte de él, y estando un poco duro por haberle guardado mucho tiempo, lo echaron en agua para que lo pudiese pasar mas fácilmente. San Basilio cuenta ⁴ que los anacoretas que estaban muy distantes de las iglesias, y no podian frecuentarlas, llevaban consigo la Comunión para satisfacer su piedad en el de-

¹ Apol. II, p. 97, ed. Col. — ² Hist. eccl. c. 24. — ³ Tert. ad Ux. lex 2, c. 3. — ⁴ Basil. in ep. ad Cæsarian.

sierto. San Gregorio Nazianceno dice de santa Gorgonia, su hermana ¹, que se retiró una noche á la iglesia, y que estando postrada delante del santísimo Sacramento con fe viva, fue librada de una peligrosa enfermedad. San Ambrosio refiere de su hermano Satrio ² que se libtó del naufragio por la santa Eucaristía, que llevaba al cuello con tanto respeto como confianza.

Todos estos hechos de la antigüedad prueban que se conservaba la Eucaristía despues de la celebracion de los santos misterios, que no se creia que la presencia real de Jesucristo en este Sacramento estuviese ligada al uso y al momento de la comunión, como pretenden los Luteranos, quienes quieren que la Eucaristía cese de ser Eucaristía así que se concluye el acto de la cena.

P. ¿Debemos adorar á Jesucristo en la Eucaristía? ¿Son las especies ó el signo sensible el que se adora?

R. Supuesto que creemos que Jesucristo está realmente presente en la Eucaristía, estamos indispensablemente obligados á adorarle; porque se debe adorar á Jesucristo en cualquiera parte donde esté ³. La santísima Virgen, san José, los Magos y los pastores le adoraron en el establo de Belen, donde nació ⁴. Los Apóstoles le adoraron en el monte de las Olivas, desde donde subió al cielo. Los bienaventurados le adoran en la morada de la gloria ⁵, y confiesan que es digno en este estado de recibir con su Padre todo género de alabanzas y bendiciones. Los fieles que están sobre la tierra deben, pues, adorarle en la Eucaristía, en donde nos enseña la fe que está realmente presente. El razonamiento de los Protestantes, que insisten en que no dice la Escritura que Jesucristo esté en la Eucaristía para que allí se le adore, es del todo despreciable, pues basta que esté en ella presente para exigir nuestros respetos y adoraciones. ¿No lleva consigo su presencia la obligacion de adorarle, sin que sea necesario imponernos un precepto expreso? Nosotros adoramos á Jesucristo en el cielo, donde le adoran todos los Santos, aunque no tengamos sobre ello ningun mandamiento particular, porque la fe nos asegura que está allí presente, y esta presencia se hace allí sentir de un modo glorioso: debemos del mismo modo adorarle en la Eucaristía sin que sea menester que se nos ponga un precepto expreso; porque la fe nos enseña que está allí presente, y esto por un efecto de su bondad y de su omnipotencia, que nos proporciona un medio fácil de acercarnos á su infinita grandeza. No hay, pues, la

¹ De obitu Gorg. — ² Amb. de excessu Satyri, t. II, edit. Parm.

³ Matth. II. — ⁴ Luc. xxiv, 52. — ⁵ Apoc. v, 14.

menor dada que los fieles deben adorar á Jesucristo en la Eucaristía, como lo enseña y practica la Iglesia católica.

En orden á la pregunta que se añade, si es el signo sensible ó las especies eucarísticas lo que se adora, respondo con todos los doctores católicos, que es Jesucristo á quien adoramos oculto bajo las especies, y signo sensible de la Eucaristía. Cuando Jesucristo estaba sobre la tierra, no eran sus vestidos lo que se adoraba, sino Jesucristo con sus vestidos.

P. ¿Podréis hacernos ver que es práctica antigua la de adorar á Jesucristo en la Eucaristía?

R. Siempre ha sido costumbre constante adorar á Jesucristo en el santísimo Sacramento, no solamente estando para recibirle, sino tambien sobre los altares, en donde se conservaban hostias consagradas para llevárselas á los enfermos, como hemos dicho arriba. Los santos Padres exhortaron á los cristianos á este respeto y adoracion, suponiendo en sus discursos que esta era la costumbre ordinaria de la Iglesia: *Adora, et communica*, dice san Juan Crisóstomo predicando al pueblo de Antioquía¹; adorad primeramente este Sacramento, y recibidle despues dentro de vosotros mismos por la comunión. ¿Qué cosa hay mas positiva sobre este punto que lo que dicen san Ambrosio y san Agustin²? Nosotros adoramos aun el dia de hoy la carne de nuestro Redentor, dice el santo Obispo de Milan, y la adoramos en los misterios que instituyó él mismo, y que nosotros celebramos sobre nuestros altares. Esta carne ha sido formada de la tierra igualmente que la nuestra; y la tierra se llama en la Escritura escabelo de los piés de Dios; mas este escabelo, considerado en la persona del Salvador y en el Sacramento de su carne, es mas venerable que los tronos de los reyes: por eso le adoramos nosotros: *Itaque per scabellum terra intelligitur, per terram autem caro Christi, quam hodie quoque in mysteriis adoramus*. Yo no entendia, dice san Agustin, lo que dice el Señor por su Profeta, cuando nos manda adorar el escabelo de sus piés: *Adorate scabellum ejus*; pero he hallado el secreto y el misterio en el Sacramento de Jesucristo, porque esto es lo que hacemos todos los dias, cuando comemos su carne, y antes de comerla la adoramos, no solamente sin supersticion, sino con todo el mérito de la fe; porque siendo esta carne un alimento de la salud, aunque sea de tierra, y el escabelo de los piés de Dios, es necesario adorarla: «y léjos de

¹ Hom. XVI ad pop. Antioch. et Hom. de sacr. et divina mensa.

² Amb. lib. III de Spirit. Sanct.; Aug. in Psalm. xcviij, n. 9.

«pecar en adorarla, pecaríamos al contrario, si no la adorásemos.» Notad aquí que no se trata solamente del sentir de san Agustín y san Ambrosio, sino de la práctica universal de la Iglesia, de la cual dan testimonio: *Nemo carnem illam manducat, nisi prius adoraverit*. Notad en segundo lugar que san Agustín no dice solamente que es una cosa buena y loable adorar á Jesucristo en la Eucaristía, sino que habla como de una obligacion de la cual ninguno se puede dispensar: *Non solum non peccamus adorando, sed peccamus non adorando*. ¡Qué cosa mas clara! Es necesario, pues, convenir en que los Católicos, adorando á Jesucristo en la Eucaristía, no hacen sino lo que hicieron los hijos de la Iglesia desde su nacimiento, y desde que se les permitió tener templos y altares.

P. ¿Se hallará alguna figura en el Antiguo Testamento para mover á los fieles á la visita y adoracion del santísimo Sacramento?

R. Tenemos el arca del Testamento, que era el objeto de la piedad de los judíos: ellos la consideraban como la cosa mas preciosa de todo cuanto veneraban. La misma Escritura la llama la gloria de Israel y el recurso del pueblo de Dios. Para colocarla con el debido culto fue principalmente para lo que el Señor ordenó á Moisés que construyese el tabernáculo. Además de un gran número de levitas elegidos para guardarla de dia y de noche, y que á este fin eran mantenidos á expensas del público, se veia multitud de personas que velaban continuamente cerca de esta arca. Este sentimiento de piedad no era una devocion particular del vulgo; los reyes y los príncipes le hacian el mismo honor, y no emprendian cosa importante sin consultar en ella el espíritu de Dios. ¿Quereis saber con qué fervor lo hacian? Ellos se postraban delante del arca, dice la Escritura, con la cara en tierra, no de paso y de pocos momentos, sino horas enteras: *Josue pronus cecidit in terram coram arca Domini usque ad vesperam, tam ipse quam omnes senes Israel* ¹. Ved aquí lo que dice de Josué y de los ancianos del pueblo. No obstante, esta arca tan honrada en el Antiguo Testamento no era sino la figura de la Eucaristía. ¿Cuál deberá, pues, ser nuestro respeto para con la verdad, puesto que los israelitas lo han tenido tan grande con lo que solo era la sombra y la figura? ¡Ah! cristianos flojos é indevotos para con nuestros misterios, cubríos de vergüenza y de confusion. Ídolos de la vanidad y de la locura mundana, las dos y las tres horas no os parecen nada cuando se trata de adornar un

¹ Josue, vii, 6.

cuerpo y una cabeza que dentro de pocos dias será pasto de gusanos; ¡y una media hora en la iglesia delante del santísimo Sacramento os oprime y os incomoda! No os cansais en estar dias enteros con las compañías que son de vuestro gusto; ¡y la de vuestro Dios os fatiga! Hombres dados al placer y al juego, os sentís con fuerzas suficientes para pasar los dias y las noches en comer, beber y manejar las cartas y los dados; ¡y pretextaréis un achaque para dispensaros de venir á adorar al Rey de los reyes! Pasaréis en el baile y en los espectáculos las noches sin dormir, y no podréis velar una hora delante de Jesucristo. *Solum Dei impatientes*, como dice Tertuliano. ¿En dónde está vuestra fe y vuestra piedad? ¿No tiene el Señor motivo, y grande, para deciros lo que en otro tiempo á los judíos incrédulos que lo merecian tal vez menos que vosotros: *O generatio incredula, et perversa, quousque ero vobiscum? usquequo patiar vos*?' Seamos, pues, mas exactos en tributar nuestros respetos á Jesucristo en el santísimo Sacramento.

P. Mas yo tengo quehaceres y negocios que me ocupan: soy achacoso, vivo á distancia de la iglesia, yo no puedo ir á ella con la frecuencia que quisiera, etc.

R. Yo tengo muchos negocios, dicen algunos, para ir tan á menudo á la iglesia. Podria responderles que no tienen ninguno tan importante, que no deban sacrificarlo á la dicha de acompañar á Jesucristo, que quiso instituir el augusto Sacramento de nuestros altares para conversar con nosotros y darnos lugar de tratar con él el gran negocio de la salvacion. Pero yo quiero admitir las razones que me alegais; y digo que el mejor medio de aliviar el peso de vuestros negocios y de vuestros cuidados es el de frecuentar nuestras iglesias.

Un gran rey (san Luis) no hallaba cosa que dispusiese mejor su espíritu para los grandes negocios y los medios de salir bien de ellos que venir á consultar con Jesucristo en la Eucaristía. Yo soy achacoso, decís vosotros; mis indisposiciones no me permiten ir á la iglesia: si no podeis venir con el cuerpo, venid á lo menos con el corazon: imitad á aquellos buenos israelitas, de quienes habla la Escritura, que se volvian en cualquiera lugar que estuviesen hácia el templo de Jerusalem para hacer su oracion. Daniel, cautivo en Babilonia, no habiendo querido doblar la rodilla delante de la estatua de Nabucodonosor, abria la ventana de su cuarto, y se asoma-

¹ Matth. xvii, 16.

ha tres veces al dia hácia el templo para orar al verdadero Dios que en él era adorado. Sin embargo, aquel templo no era sino figura de nuestras iglesias: el Señor no habitaba en él corporalmente: se estaban muchas veces muy lejos, y no sabian á punto fijo hácia dónde estaba situado, y hácia dónde se debian volver; pero nosotros, en donde quiera que estemos, tenemos delante alguna iglesia en donde está el centro de nuestra felicidad. ¿No debiéramos llevar allá cien veces al dia nuestro corazon, nuestros pensamientos y nuestros negocios?

Yo tengo singular complacencia en leer en los Salmos las piadosas ansias del rey David ¹ que, llevado del ardor de su celo, decia que habia hecho voto al Dios de Jacob de no entrar en los cuartos de su palacio, de no reposar en su cama, de no permitir á sus ojos que se durmiesen, ni á su cabeza que reposase, hasta que entrase en la casa del Señor para adorarle. ¿Qué no hubiera dicho, qué no hubiera hecho si, habiendo nacido bajo la ley del Evangelio, hubiera sabido que Dios se habia revestido de nuestra carne, y que para darnos una prueba de su amor habia querido, en defecto de una presencia visible, sustituir una invisible en el angusto Sacramento del altar? ¡Qué ardor, pues, no deberémos tener para con este adorable misterio, nosotros que hemos recibido las luces del Evangelio! No aleguemos mas excusas, no hay ninguna que pueda dispersarnos de tributarle nuestros respetos. Digámosle: Si, mi Señor y Dios mio, cuando yo me hallase en medio de un desierto y en la mas espantosa soledad, yo iria con el corazon y con el afecto á vuestro santuario para adoraros en él: *In terra deserta, et in via, et inaquosa; sic in sancto apparui tibi* ²...

P. ¿De qué procede que haya tantos cristianos sin devocion y sin respeto al santísimo Sacramento?

R. Esto nace de su poca fe y del poco cuidado que tienen de instruirse en este adorable misterio. Leemos en los Actos de los Apóstoles ³, que entrando san Pablo en el Areopago de Atenas empezó á hablar en estos términos: Permitidme que os represente que sois supersticiosos en extremo, porque entrando en vuestra ciudad, y habiendo visto de paso las estatuas de vuestros dioses, he hallado un altar con esta inscripcion: Al Dios desconocido, *ignoto Deo*. Este Dios que vosotros adorais sin conocerle es el que yo vengo á anunciaros: *Quod ergo ignorantes colitis, hoc ego annuntio vobis*. Sufrid,

¹ Psalm. CXXI, 3. — ² Psalm. LXII, 3. — ³ Cap. XVII, 24.

cristianos, que yo dirija estas palabras, no á todos, sino á muchos de vosotros. Cuando se ve como se tratan nuestros santos misterios, que se celebran con corporales sùcios y ornamentos rotos, y se oye la misa sin modestia y sin devocion, ¿no se nos podrá echar en cara que sacrificamos á un Dios desconocido? *ignoto Deo*. Y á vista del poco aseo de algunas iglesias, y aun de algunos altares, ¿no se podrá llamar á nuestros altares, altares de un Dios desconocido, y decir á estos fingidos adoradores que no están instruidos en su religion, y que no saben lo que adoran? *Quod ergo ignorantes colitis, hoc ego annuntio vobis*.

Si vosotros conociérais la grandeza y la santidad de nuestros misterios, ¿qué celo no tendríais por la casa del Señor? Léjos que fuese preciso obligaros á dar los ornamentos y vasos sagrados necesarios para los oficios divinos; vosotros os informaríais si todo estaba en buen orden en las iglesias de las parroquias de donde sois feligreses; mas vuestra indiferencia, ó, por mejor decir, vuestra dureza en este punto, hace ver que no conocéis el Dios que adorais: *ignorantes colitis*. Si lo conociérais, vendríais con frecuencia á ofrecerle vuestros votos y oraciones, á ejemplo de las almas devotas que pasan horas enteras delante del santísimo Sacramento; no temeríais la humedad de nuestras iglesias, y le acompañaríais con la cabeza descubierta cuando se le lleva á los enfermos; mas la poca solícitud que manifestais en todo esto muestra que no le conocéis: *ignorantes colitis*.

Si vosotros conociérais á este Dios escondido en la Eucaristía, no emprenderíais cosa importante sin habérsela consultado antes. Vosotros os quejais que van mal vuestros negocios, que os engañan, que vuestros hijos están mal colocados, y que toda vuestra familia está desordenada; yo no lo extraño: no consultais á Jesucristo, sabiduría y oráculo del Padre eterno; os conducís como aquellos israelitas que fueron engañados por los gabaonitas, por haberse descuidado de consultar al Señor delante del arca: *Os Domini non interrogaverunt* ¹.

Si estuviérais instruidos del respeto debido á este augusto Sacramento, ¿lo recibiríais como lo recibís sin preparacion, con una conciencia impura y cargada de pecados? ¿Dejaríais tan fácilmente de oír misa? ¿La oíríais con un espíritu tan disipado, no haciendo sino volver la cabeza, mirar á un lado y á otro, reír, chacear, hablar y

¹ Josue, ix, 14.

cometer otras irreverencias que escandalizan á los asistentes y dan motivo á que digan los herejes que, ó no creéis la presencia real de Jesucristo en el santísimo Sacramento, ó solo venís á nuestras iglesias á insultarle? Yo os digo, pues, hermanos míos, que si hasta aquí habeis vivido olvidados de vuestras obligaciones para con Jesucristo en la Eucaristía, debeis de hoy mas mostrar vuestra fe por las obras : *Quod ergo ignorantes colitis, hoc ego annuntio vobis.*

P. ¿Qué consejo se les puede dar á los que han faltado á la devocion y respeto debido al santísimo Sacramento, á fin de que se corrijan?

R. Que estén bien convencidos : I. De que Jesucristo, á quien vienen á adorar en la Eucaristía, ve la disipacion y las irreverencias que se cometen en las iglesias, oye las conversaciones profanas que se tienen en ellas, y observa las malas disposiciones con que se presentan delante de él : *Vidi agnum stantem tamquam occisum, habentem oculos septem*, dice san Juan en su Apocalipsis ¹. Yo he visto á Jesucristo, el Cordero de Dios, la víctima de expiacion de todo el género humano ; yo le he visto en pié delante de su Padre, intercediendo por nosotros ; yo le he visto á un mismo tiempo como muerto, y teniendo siete ojos. Ved aquí el estado en que se presenta sobre nuestros altares. Es una víctima que se inmola por nosotros bajo las especies eucarísticas que sirven de velo á su grandeza. Si su paciencia nos lo hace mirar como muerto, *tamquam occisum*, su presencial real debe hacernos acordar que está vivo, y que por su sabiduría infinita ve todo lo que se hace en nuestras iglesias : *habentem oculos septem*. Si su ira no rompe al presente contra los impíos profanadores de su templo, y de sus divinos misterios, dia vendrá en que los castigará rigurosamente.

II. Es necesario considerar que las irreverencias que se cometen delante del santísimo Sacramento no son faltas ligeras. Los que deshonoran á Jesucristo en nuestras iglesias son en cierto modo mas culpables que los verdugos que lo crucificaron, porque añaden nuevas injurias á las que padeció en la cruz, al tiempo mismo que este adorable Salvador aplica á los fieles el fruto de su pasion y muerte. Esta es la queja que da él mismo por su Profeta : *Super dolorem vulnerum meorum addiderunt* ².

III. Finalmente, es necesario formar una firme resolucion de reparar las faltas pasadas que se han cometido contra el santísimo

¹ Apoc. v, 6. — ² Psalm. Lxviii, 27.

Sacramento ; dar una especie de satisfaccion siempre que se viene á la iglesia ; visitar frecuentemente el santísimo Sacramento ; contribuir al adorno de las iglesias ; asistir con piedad y devocion á la misa y oficios de la parroquia. Ved aquí , hermanos mios , algunos medios para encender en vuestros corazones el fuego de la piedad que vuestras disipaciones han apagado. El Señor os conceda la gracia de ponerlos en práctica , á fin de que despues de haberle tributado sobre la tierra las adoraciones y respeto que exige de vosotros, merezcáis poseerle eternamente en el cielo.

PLÁTICA SÉPTIMA.

SOBRE EL SANTO SACRIFICIO DE LA MISA.

Hoc facite in meam commemorationem. (Luc. XXII).

Haced esto en memoria mia.

No solo instituyó Jesucristo la Eucaristía como Sacramento, sino tambien como el sacrificio perpétuo de su Iglesia, dirigiendo á los Apóstoles y á todos los que en la sucesion de los tiempos habian de tener parte en su sacerdocio estas palabras: *Haced esto en memoria mia*. Les dió potestad para ofrecer el mismo sacrificio que iba á consumir sobre la cruz por los pecados del mundo. Estando para inmolarse por nosotros á la justicia de su Padre, quiso dejar á su Iglesia un sacrificio invisible que, aunque no sangriento, mas en efecto muy real, representase aquel que iba á ofrecer visiblemente sobre la cruz, por la efusion de su sangre; y porque su sacerdocio no debia acabarse con su muerte, como dice el concilio de Trento ¹, tuvo cuidado de que nos quedase la memoria hasta el fin de los siglos.

Despues de haber comido con los Apóstoles la antigua Pascua, que todo Israel celebraba en memoria de la salida de Egipto, instituyó esta nueva Pascua como un memorial perpétuo de nuestra dichosa libertad del cautiverio del demonio: como sacerdote eterno, segun el orden de Melquisedec, ofreció el sacrificio de su cuerpo y de su sangre, bajo las especies de pan y vino; y porque establecia á sus Apóstoles ministros del Testamento Nuevo, les ordenó hiciesen lo mismo en memoria suya: *Hoc facite in meam commemorationem*. De este augusto sacrificio hablaremos hoy; y despues de haberos representado la santa Eucaristía como el grande Sacramento del amor de Dios á los hombres, es necesario hacérosle admirar como el mas perfecto sacrificio que podemos ofrecer á Dios para manifestarle nuestro debido reconocimiento por sus beneficios. Este será el asunto de esta plática.

¹ Sess. XXII, cap. 1.

P. ¿Cuál es el sacrificio de la nueva ley, y cómo se llama?

R. El sacrificio de la nueva ley es el de la Eucaristía. Jesucristo instituyéndolo como Sacramento lo instituyó al mismo tiempo como sacrificio. Diciendo del pan : *Esto es mi cuerpo*, y del vino : *esto es mi sangre*, nos enseñó, dice san Ireneo ¹, que este era el sacrificio de la nueva ley ; sacrificio que la Iglesia, que lo ha recibido de los Apóstoles, ofrece á Dios en todo el universo : *Dicens : Hoc est corpus meum, novi testamenti novam docuit oblationem, quam Ecclesia ab Apostolis accipiens in universo mundo offert Deo*.

Así hablaba en el siglo II el santo Obispo de Leon. Jesucristo no esperó á ponerse en las manos de los judíos para hacer su sacrificio, dice san Gregorio Niseno : previno por su amor la violencia de los verdugos, ofreciéndose en calidad de víctima, y haciendo á un mismo tiempo el oficio de sacerdote que sacrifica, y de cordero que es sacrificado : *Præoccupans impetum judæorum, seipsum victimam offert ; idem simul sacerdos et agnus* ².

Si me preguntais, prosigue este Santo, cómo Jesucristo anticipó el sacrificio de la cruz ; os respondo que esto sucedió cuando dió su cuerpo á comer á sus discípulos : *Quando hoc accidit ? Cum suum corpus ad comedendum familiaribus præbuit*. Diciendo el Señor : *Haced esto en memoria mia*, dice san Gaudencio, obispo de Brescia, ordenó á sus discípulos, á quienes constituyó por primeros sacerdotes de su Iglesia, que celebrasen sin interrupcion estos misterios de la vida eterna, que debian ser celebrados por todos los sacerdotes de todas las iglesias del mundo hasta el último advenimiento : *Et ideo fidelibus discipulis mandat, quos primos Ecclesie sue constituit sacerdotes, ut indesinenter ista vite æternæ mysteria exercerent, quæ necesse est à cunctis sacerdotibus per singulas totius orbis ecclesias celebrari, usquequo Christus de cælis adveniat* ³. Podríamos alegar otros muchos pasajes ; pero bastan estos para hacer ver que la Iglesia católica siempre entendió de un verdadero sacrificio estas palabras de Jesucristo : *Hoc facite in meam commemorationem*, como advierte el concilio de Trento ⁴.

Se dan á este augusto sacrificio muchos nombres ; pero los mas célebres son los de liturgia y de misa. Los griegos le llaman liturgia. Esta palabra, que significa todo género de funciones públicas, ha sido consagrada por los Cristianos para significar el sacrificio eucarístico. El de misa es mucho tiempo há el mas comun entre los

¹ Iren. lib. IV, cap. 32. — ² Greg. Nis. orat. de resur. — ³ Gaud. tr. 2 Exord. — ⁴ Sess. XXII de reform. cap. 1.

latinos. San Ambrosio se sirve de él en su carta á su hermana Marcelina : *Missam facere cœpit* ; y en otra parte : *Qui juxta Ecclesiam est, et sine gravi impedimento potest, quotidie audiat missam* ¹. San Agustin del mismo modo se sirve de él como de un término muy antiguo, comun y conocido á toda la Iglesia, lo que hace ver que los Calvinistas lo vituperan sin fundamento. Muchos piensan que esta palabra viene de *missa* ó *missio*, que quiere decir despedida ó dimision ; porque antiguamente se despachaba á los catecúmenos y los penitentes despues de las oraciones solemnes y el sermon antes de comenzar la accion del sacrificio ; y se despedia á los fieles quando se concluia el sacrificio, como se hace por estas palabras : *Ite, missa est*. Estas dos despedidas ó dimisiones hicieron ordinariamente este modo de hablar ; y así esta palabra *missa* ha sido consagrada por el uso, para significar el santo sacrificio del altar.

P. ¿Qué se entiende por la palabra sacrificio ? ¿Cuál es el de la misa, y qué diferencia hay entre este sacrificio y el de la cruz ?

R. La palabra sacrificio tomada en general significa todo género de buenas obras hechas por honrar á Dios y unirse á él : *Verum sacrificium*, dice san Agustin ², *est omne opus quod agitur ut sancta societate inhæreamus Deo*. Mas en sentido propio, sacrificio es una ofrenda exterior de una cosa sensible que hace á solo Dios un legítimo ministro ³, quien consagrando la cosa ofrecida por ceremonias misteriosas, la destruye ó la muda para reconocer el soberano poder de Dios, y tributar á su Majestad los homenajes que le son debidos por las criaturas racionales. La verdadera religion no estuvo jamás sin sacrificio : en la ley de la naturaleza y en la escrita hubo sacrificios exteriores : Jesucristo instituyó tambien en la ley nueva un sacrificio verdadero ; este es el sacrificio que el profeta Malaquías predijo por estas palabras : *In omni loco sacrificatur, et offertur nomini meo oblatio munda* ⁴. Esta oblacion pura que se ofrece en todo lugar es la misa, esto es, la consagracion y la oblacion del cuerpo y sangre de Jesucristo bajo las especies de pan y vino que se ofrece á Dios sobre nuestros altares para representar la pasion y muerte de Jesucristo.

Para comprender la naturaleza de este sacrificio, notad : I. Que la víctima del sacrificio es el cuerpo y la sangre de Jesucristo, aquel mismo cuerpo que ha sido enclavado en la cruz ; aquella misma sangre que ha sido derramada en el Calvario : en una palabra, el mis-

¹ Amb. epist. XXIII ad Marcel. — ² Lib. X. de Civit. Dei, c. 6. — ³ Aug. ibidem. — ⁴ Malach. I, 21.

mo Jesucristo, que ha sido crucificado por nosotros, es el que ofrecemos sobre nuestros altares : *Eundem semper offerimus*, dice san Juan Crisóstomo ¹. II. Que el sacrificio de la misa se ofrece á Dios solo, para reconocer su soberana grandeza y nuestra dependencia ; es cierto que se hace en la misa memoria de los Santos, mas nunca se les ofrece el sacrificio. Se dice algunas veces la misa en memoria de la santísima Virgen y de los Santos, mas siempre se dirige á Dios, á quien el culto soberano es debido en reconocimiento de las gracias que hizo á los Santos, y á fin de que estos sean intercesores para con Jesucristo : *Ut illi pro nobis intercedere dignentur in cælis*, dice la Iglesia, *quorum memoriam agimus in terris*. III. El sacrificio de la misa se ofrece sobre nuestros altares por el ministerio de los sacerdotes, quienes han recibido en su ordenacion la potestad de ofrecerlo. Jesucristo es el principal oferente : él es el que muda el pan y el vino en su cuerpo y sangre : él es el que se ofrece á Dios su Padre por las manos de los sacerdotes : *Per hoc*, dice san Agustin ², *sacerdos est ipse offerens et oblatio*. La Iglesia tiene tambien la dicha de ofrecerle : *Cujus rei Sacramentum*, añade san Agustin, *quotidianum esse voluit Ecclesiæ sacrificium, quæ cum ipsius capitis corpus sit, se ipsam per ipsum discit offerre*. IV. Este sacrificio nos representa el de la pasion y muerte de Jesucristo ; porque consiste en que por la virtud de las palabras sacramentales el cuerpo de Jesucristo se pone bajo las especies de pan, y su sangre bajo las especies de vino. Pues esta separacion del pan consagrado, del vino consagrado, nos representa la separacion del cuerpo de Jesucristo, de su sangre que se hizo sobre el Calvario ; así el sacrificio de la misa es una perfecta expresion del sacrificio de la cruz. El Salvador dijo separadamente : *Esto es mi cuerpo, esto es mi sangre* ; porque, aunque este cuerpo y esta sangre separados realmente una vez en su pasion se hayan unido para siempre despues de su resurreccion, quiso no obstante que esta separacion hecha efectivamente en el Calvario no dejase jamás de parecer sobre nuestros altares, y que el sacrificio de la Eucaristia fuese una imagen continua de la cruz. Por eso dice san Pablo que todas las veces que celebráremos este misterio anunciáremos la muerte de Jesucristo ³.

Se ve por lo que acabamos de decir que el sacrificio de la misa es el mismo en sustancia que el de la cruz : nosotros no reconocemos sino una sola oblacion, un sacrificio único, por el cual el Sal-

¹ Hom. XVII, ep. ad Hebr. — ² Lib. X de Civit. Dei, c. 20. — ³ I Cor. xi, 26.

vadar del mundo se sacrificó y murió por nosotros una sola vez, y que ofrece actualmente en el cielo, mientras que nosotros sobre la tierra continuamos ofreciéndoselo por el ministerio de los sacerdotes; porque en uno y otro sacrificio es una misma la víctima ofrecida, y el mismo el sacrificador principal, y no hay diferencia sino en el modo con que se hace la ofrenda. Jesucristo se ofreció sobre la cruz de un modo cruento; como una víctima mortal, capaz de sufrir á descubierta, y en la forma de su naturaleza humana; mas en el sacrificio del altar se sirve del ministerio de los sacerdotes para hacer esta oblation sensible, y aunque parece mortal; y bajo las especies visibles del pan y del vino, está sin embargo vivo é inmortal, y es ofrecido como inmortal: *Una enim eademque in hostia*, dice el concilio de Trento, *idem nunc offerens sacerdotum ministerio qui seipsum tunc in cruce obtulit, sola offerendi ratione diversa.*

P. ¿Por quiénes se puede ofrecer el sacrificio de la misa? ¿puede ofrecerse por los difuntos?

R. Se ofrece el santo sacrificio de la misa por todos los vivos. Esta es la práctica de la Iglesia fundada sobre lo que san Pablo dice á su discípulo Timoteo¹. «Háganse súplicas, oraciones, votos y acciones de gracias por todos los hombres, por los reyes y por todos los que están constituidos en dignidad, á fin de que tengamos una vida pacífica y tranquila en todo género de piedad y de honestidad; porque esto es bueno y agradable á Dios nuestro Salvador, que quiere que todos los hombres sean salvos, y que vengan al conocimiento de la verdad.» Venimos por la carta de san Agustín á Vital² que se oraba en el altar por los infieles; para que Dios los convirtiese á la fe; por los catecúmenos, para que Dios los inspirase un ardiente deseo del Bautismo; por los fieles, para que perseverasen en la práctica del Evangelio. Se oraba también por los herejes y simoníacos, como se hace aun hoy en el oficio del Viernes Santo.

No solo se ora en la santa misa por los vivos, sino también por los difuntos. Es una tradición constante en la Iglesia latina, y también en la griega; que se puede ofrecer el santo sacrificio por los fieles que murieron en la comunión de la Iglesia. San Juan Crisóstomo en la homilía tercera sobre la Epístola á los Filipenses³ asegura que la práctica de orar por los difuntos en la celebración de los divinos misterios fue establecida por los Apóstoles. Tertuliano dice que ella dimana de la tradición; que fue confirmada por la co-

¹ I Tim. i. — ² Ep. CCXVII, ed. n. — ³ Hom. III in ep. ad Philip.

tumbre, y que la fe la hace observar ¹: *Oblationes pro defunctis, pro natalitiis, annus die facimus... Harum et aliarum ejusmodi disciplinarum, si legem expostules Scripturarum, nullam invenies: traditio tibi præstenditur auctrix, consuetudo confirmatrix, et fides observatrix.* Este uso se ve claramente por las liturgias de todos los siglos: no hay una que no haga mencion de la oracion por los difuntos. Si los Protestantes desean aun pruebas de este uso, les rogamos lean lo que dice san Agustín, en el libro IX de sus Confesiones, de su madre santa Mónica, la cual viéndose cercada de su muerte, significó no desear otra cosa sino que se acordasen de ella en el altar. Se les ruega tambien lean lo que dice en el mismo libro: que despues de la muerte de esta Santa se ofreció por ella el sacrificio de nuestra redencion, estando el cuerpo presente, como se practica el dia de hoy entre los Católicos.

Hé aquí por quién se ofrece el sacrificio de la misa. Se ofrece por los vivos; se pide á Dios la conversion de los pecadores, la perseverancia de los justos y la salvacion de todos. Se le ofrece tambien por los difuntos, no por los condenados, pues sus penas son eternas, y no pueden disminuirse ni abreviarse; pero sí por los difuntos que están en el purgatorio, los cuales pueden ser aliviados por nuestras oraciones, como lo ha creído siempre la Iglesia.

P. ¿Cuándo estamos obligados á asistir al santo sacrificio? ¿Hay alguna excusa legítima que nos dispense de esta asistencia?

R. Estamos obligados por el precepto de la Iglesia á oír misa todos los domingos y fiestas. Este precepto obliga á todo cristiano que se halla en estado de poder oirla. Si no lo hace por su culpa, por su negligencia ó indevoción, peca mortalmente; es doctrina de todos los teólogos. Para cumplir con este precepto no basta oír una parte de la misa, es necesario oirla toda entera: *Missas die dominica sæcularibus totas audiri speciali ordinatione præcipimus: ita ut ante benedictionem Sacerdotis egredi populus non præsumat; qui fecerint, ab Episcopo publice confundantur*, dice el concilio de Agde celebrado en el año de 503 ². No basta oír una parte de la misa de un sacerdote, y otra de otro; es necesario asistir enteramente á un mismo sacrificio. Cuando decimos enteramente no se debe tomar esta palabra con tanto rigor, dice san Antonino ³, que se mire como transgresor del precepto el que hubiese faltado al intróito de la misa, sino aquel que hubiere faltado á una parte considerable, como seria

¹ Lib. de Cor. mil. c. 3. — ² Can. 47. — ³ Part. c. 2, Sum. Th. t. IX, § 1, c. 10.

no asistir á ella sino despues del Evangelio. No obstante la negligencia en venir á misa no carece de pecado ; por tanto , para no tener de qué acusarse es preciso poner cuidado de oirla desde el principio. En cuanto á las razones que dispensan á los fieles de asistir á la misa los domingos y fiestas pondré aquí algunos de los que están dispensados legítimamente , segun san Antonino : los enfermos y los que les sirven cuando no pueden separarse de ellos sin peligro ; las madres y las amas que no pueden dejar sus niños sin exponerlos á varios accidentes.

P. ¿Cómo se debe oir la misa ?

R. Dos disposiciones son particularmente necesarias para bien oir la misa : la modestia del cuerpo , y la devocion del corazon .

La modestia del cuerpo consiste , segun los Santos , en venir á la iglesia con vestidos decentes , evitando todo el adorno que pueda escandalizar al prójimo ; en guardar durante la misa un profundo silencio , no hablando en ella jamás sin necesidad ; en no divertirse en mirar hácia aquí y allá , y estar siempre de rodillas á excepcion de los dos Evangelios ; ó lo menos , si se padece alguna incomodidad , mantenerse en una postura conveniente á una persona que está obligada á orar : *In ecclesiam venire oportet virum et mulierem honeste indutos*, dice san Clemente Alejandrino ¹, *silentium amplectentes, charitatem non fictam possidentes, castos corpore, mente ad Deum rogandum aptos*.

La devocion pide que se oiga la misa con fe , atencion y piedad. La misa es sacrificio del pueblo como del sacerdote : todos deben asistir con los mismos fines que el sacerdote que la ofrece. Pues la Iglesia ofrece el santo sacrificio por cuatro fines : I. Para adorar á Dios , y dárle el culto supremo que le debemos. II. Para darle gracias por sus beneficios. III. Para pedirle perdon de todos los pecados. IV. Para pedirle todas las gracias necesarias para los fieles vivos y difuntos. La Iglesia de la tierra se une á la del cielo para hacer todas estas cosas con Jesucristo y por Jesucristo. Los que asisten á la misa deben tener todas estas intenciones , y conformarse con el espíritu de la Iglesia. Si no pueden seguir al sacerdote en todas las acciones y oraciones , deben á lo menos pedir á Dios por Jesucristo en general todo lo que el sacerdote pide en el altar. ¿Es este el modo con que vosotros habeis oido misa ? ¡Oh , que hay cristianos semejantes á aquellos israelitas , á quienes reprende el Profeta de que

¹ Clem. Alex. Pædag. lib. III.

se olvidaron del Dios que los ha salvado! *Obliti sunt Deum, qui salvavit eos* ¹. Si, vosotros os olvidais de vuestro Dios en la misa; no pensais en adorarle, darle gracias, aplacar su ira; ni haceis allí ninguna oracion: os contentais con tener el rosario ó la hora en la mano; pero mientras que Jesucristo se ofrece á Dios su Padre por vosotros, ¿qué cuidado teneis de ofreceros á él? *Obliti sunt Deum, qui salvavit eos*.

P. Los que se duermen ó están distraídos, y los que se confiesan durante la misa, ¿satisfacen al precepto de la Iglesia?

R. Dormirse una parte considerable de la misa no es oír. La Iglesia quiere que los que asisten al santo sacrificio den á entender por su postura exterior que no solo están presentes con el cuerpo, sino tambien con el espíritu y el corazon con una santa atencion: son palabras del concilio de Trento ². Pues aquellos que se duermen en la misa no pueden decir que están presentes con una santa atencion: al contrario, son unos negligentes que merecen la misma repension que Jesucristo dió á los Apóstoles que se dormian en el huerto al tiempo mismo que este adorable Salvador se estaba preparando para su pasion y muerte: *Non potuistis una hora vigilare mecum* ³?

Los que se distraen en la misa, si sus distracciones no son voluntarias, y procuran desecharlas, no pierden por ellas el fruto de sus oraciones, y por consiguiente satisfacen al precepto de la Iglesia: mas si estas distracciones son voluntarias y ocupan una parte notable de la misa, no hay duda que no la oyen como están obligados á oír. por el precepto de la Iglesia; porque orando con distracciones voluntarias no oran absolutamente, y solo honran á Dios con los labios, como Jesucristo reprendia á los judios: *Populus hic labiis me honorat: cor autem eorum longe est à me* ⁴. Los que se confiesan mientras la misa no cumplen con el precepto; y es la razon, porque la atencion particular que se debe tener para hacer una confesion es muy diferente de la que se requiere para oír misa. Esta debe ser por modo de oracion, y la que se debe llevar á la confesion es de declarar el número, la especie y las otras circunstancias de los pecados que se han cometido, de aplicarse á hacérselos entender al sacerdote, responder á las preguntas que él haga, aprovecharse de sus consejos, oír y conservar en la memoria la penitencia que él im-

¹ Psalm. cv, 21. — ² Sess. XXII, decr. de observ. et evitand. in celebr. Missa. — ³ Matth. xxvi, 40. — ⁴ Matth. xv, 8.

ponga ; lo cual es muy diferente , como nota Cabasucio , del espíritu de oracion con que se debe asistir á la misa.

P. ¿Qué frutos se sacan de la misa oyéndola con devocion ?

R. Una misa bien oída derrama sobre nosotros todo género de bendiciones : *Calix benedictionis*. Bendiciones temporales sobre las tierras, sobre los negocios, etc. Se dice en la Escritura que el Señor bendijo á Obededon y á todas sus cosas por haber recibido el arca en su casa : *Benedixit Dominus Obededom , et omnia ejus propter arcam Dei*¹. ¿Qué no hará con un cristiano penetrado de sentimientos de religion para con nuestros misterios, de los cuales el arca del Testamento solo era figura ? Bendiciones sobre nuestros cuerpos, sobre nuestras empresas, sobre nuestros designios. Si, como debemos, oímos con devocion la misa, hallarémos en ella la salud para trabajar, la tranquilidad de que tenemos necesidad en medio de los accidentes de esta vida, el alivio y consuelo en nuestras enfermedades é indisposiciones, la fuerza y valor para llevar con paciencia nuestras cruces. Bendiciones sobre nuestras almas. Los pecadores recibirán allí el espíritu de penitencia y de compuncion, los justos un nuevo fervor en el servicio de Dios. Esta es la fuente del celo de los Apóstoles, de la fortaleza de los Mártires, de las luces de los Doctores, de la santidad de los Confesores, y de la pureza de las Vírgenes. Esta es la santificacion de las almas cristianas, la dicha y la gloria de la Iglesia : en una palabra, es el tesoro de la bondad de Dios, como la llama san Juan Crisóstomo : *Benignitatis Dei thesaurus*², tesoro de donde esparce sobre nosotros las riquezas de su misericordia. Asistamos, pues, á ella con frecuencia, y si fuere posible todos los días ; mas asistamos con tanta fe, modestia y piedad, que merezcamos despues de nuestra muerte recoger el último fruto de este sacrificio en la posesion de la gloria que Jesucristo, que es ofrecido en ella por nuestra salud, nos ha merecido.

¹ If Reg. vi, 12. — ² Hom. III ad Ephes.

PLÁTICA OCTAVA.

SOBRE EL SACRAMENTO DE LA PENITENCIA.

De la contrición.

Deus nunc annuntiat hominibus, ut omnes ubique penitentiam agant. (Act. XVII, 30).

Dios hace ahora anunciar á todos los hombres, y en todos los lugares, que hagan penitencia.

No puedo dar principio á las instrucciones que voy á haceros sobre la penitencia con términos mas propios ni mas eficaces para persuadirlos su necesidad que los que usó san Pablo en medio del Areopago, para dar á entender á este pueblo que estaba comprendido, como todos los otros, en el precepto universal que Dios impone á todos los hombres de convertirse y hacer penitencia: *Deus*, etc. El mismo Dios es quien intimá este precepto, y Jesucristo nos enseña la indispensable necesidad de obedecer, cuando dice en el Evangelio¹: Si no haceis penitencia, todos pereceréis. *Nunc*, es un precepto que no admite dilacion; es necesario cumplir cuanto antes. Dilatar hasta la muerte el hacer penitencia es exponerse á no hacerla y morir en pecado. El asunto de que se trata es de la mayor importancia: todo el mundo debe saberlo, á fin de que todos los pueblos de la tierra, en cualquier país que habiten, se conformen con él: *Ut omnes ubique penitentiam agant*. Nosotros, pues, hermanos míos, debemos obedecerle como todos los demás. Este precepto comprende á todos, nobles y plebeyos, aldeanos, comerciantes, artesanos, hombres y mujeres, sacerdotes, religiosos; en una palabra, no hay alguno á quien no se extienda. Por buena opinion que yo tenga de todos vosotros, amados hermanos, me atrevo no obstante á decir que no habréis conservado siempre la inocencia del bautismo, y que no pudiendo repararse esta pérdida sino por la penitencia, os interesa este discurso: *Deus nunc annuntiat*, etc.

Para entrar desde luego en materia, conviene notar que puede

¹ Luc. XIII, 3.

considerarse la penitencia como virtud y como Sacramento. Hemos hablado en otra ocasion de la necesidad de hacer penitencia, y hoy hablaremos de la penitencia como Sacramento, cuyo efecto es perdonar los pecados cometidos despues del bautismo. Jesucristo instituyó este Sacramento despues de su resurreccion, cuando dijo á sus Apóstoles : « Recibid el Espíritu Santo ; los pecados serán perdonados á aquellos á quienes vosotros se los perdonáreis, y serán retenidos á aquellos á quienes vosotros los retuviéreis¹. » Este Sacramento consiste en la contricion, la confesion y satisfaccion del penitente, y en la absolucion del sacerdote. Hablarémos primero de la contricion, que es el primer acto del penitente.

P. ¿Cuál es la primera cosa que debe hacer el pecador que desea recibir el perdon de sus culpas en el sacramento de la Penitencia?

R. Debe tener una sincera contricion de sus pecados. Esta contricion, segun el concilio de Trento², es un dolor del alma y una detestacion de los pecados cometidos, con propósito de no volver á pecar en adelante. Es tan necesaria, que sin ella no puede el pecador convertirse ni alcanzar el perdon : *Fuit quovis tempore, ad impetrandam veniam peccatorum, hic contritionis motus necessarius*, añade este santo Concilio. Esta contricion comprende lo pasado y lo por venir al mismo tiempo. Por lo pasado nos hace concebir un verdadero pesar de haber ofendido á Dios ; y para lo venidero, un buen propósito de no ofenderle mas. Hacer penitencia, dicen los Santos, es llorar los pecados pasados, y no cometer en adelante otros que merezcan ser llorados : *Pœnitentia est præterita mala plangere, et plangendo iterum non committere*³. Este es el primer paso que debe dar el pecador que desea reconciliarse con Dios, y el verdadero medio que san Pedro dió á los judíos para alcanzar el perdon del pecado enorme que habian cometido, dando la muerte á Jesucristo. Haced penitencia, les dice, y convertíos para que se borren vuestros pecados : *Pœnite mini, et convertimini, ut deleantur peccata vestra*⁴. Sabed, pecadores que me escuchais, que no hay otro remedio sino este para vosotros. Es necesario detestar los desórdenes de vuestra vida pasada, hacer penitencia de ellos, y corregiros : *Pœnite mini, et convertimini*.

P. ¿Tienen siempre una verdadera contricion todos aquellos que

¹ Joan. xx, 22, 23. — ² Sess. XIV, c. 4. — ³ Greg. M. Hom. XXXIV in Evang. — ⁴ Act. III, 29.

rezan actos de contricion, que se dan golpes de pechos, y dicen : Dios mio, yo os pido perdon?

R. No por cierto, muchos hacen todo esto sin tener un verdadero dolor de sus pecados. La contricion para ser verdadera debe tener, segun todos los teólogos, cuatro cualidades. Debe ser interior, soberana, sobrenatural y universal.

Interior : es decir, que no basta pronunciar con la boca un acto de contricion, es preciso tenerla en el corazon : *Scindite corda vestra, et non vestimenta vestra*, decia á los judíos el profeta Joel ¹. Aunque leais los mas bellos actos de contricion, y aunque vuestros labios los pronuncien, si vuestro corazon no tiene parte en ello, no es sincero vuestro arrepentimiento, ni verdadera vuestra conversion : *Vera conversio in ore non accipitur, sed in corde*, dice san Gregorio el Magno ².

Soberana : es decir, que debe ser el mayor de todos los dolores, puesto que el pecado es el mayor de todos los males : *Peccatum summum malum*, dice el catecismo del concilio de Trento ³, *ita ut peccati summum odium nos capiat necesse est*. Cuando se dice que la contricion debe ser el mayor de los dolores no es decir que deba ser sensible. Las lágrimas son buenas algunas veces : no obstante, no se debe juzgar de la contricion por las lágrimas y la sensibilidad, sino por la disposicion del penitente, que prefiere á Dios á todo lo demás, y que siente mas haber perdido su gracia que haber perdido todos los tesoros del mundo, que es decir, que este dolor debe ser, por servirme de los términos de la teología, apreciativamente el mayor.

Sobrenatural : es decir, que debe ser causada por un movimiento del Espíritu Santo, y ser fundada sobre motivos de fe, y no sobre motivos humanos; porque ella debe detestar el pecado como ofensa cometida contra Dios. Si solo se concibiese dolor de haber pecado, por la vergüenza de los castigos que se temen á los ojos de los hombres, ó por los males temporales, este dolor no mereceria el perdon de los pecados. Por eso la penitencia de Antíoco no le sirvió de nada, porque únicamente se arrepentia de sus delitos por las enfermedades corporales que padecia con conocimiento de que eran castigo de su impiedad. El profeta Jeremías nos enseña claramente que la contricion es un don de Dios, cuando dice : Convertidnos á Vos, Señor, y nos convertiremos : *Converte nos Domine ad te, et convertemur* ⁴; y el concilio de Trento dice expresamente ⁵, que no po-

¹ Joel, II, 23. — ² Lib. in II Reg. IV. — ³ II p. n. 35. — ⁴ Thren. V, 21. — ⁵ Sess. V, can. 5.

demostramos convertirnos como debemos, sin la inspiración y el auxilio del Espíritu Santo.

Universal: es necesario detestar universalmente todos los pecados cometidos, sin exceptuar ni uno solo. Si se conserva una adhesión dominante á cualquiera pecado, nuestra conversión á Dios no es sincera, ni según la pide Dios: *Peccatum quod diligitur*, dice san Gregorio el Grande ¹, *confitendo minime deletur*. Cuando decimos que es necesario detestar todos los pecados mortales que se han cometido no queremos decir que sea absolutamente preciso hacer tantos actos de contrición cuantos pecados mortales se han cometido; basta concebir dolor de todos, y formar propósito de no volverles á cometer; lo que se puede hacer por un solo acto de contrición, como lo advierte santo Tomás ². Estas son las condiciones que debe tener la contrición: Pedid á Dios, cuando os acerqueis al sacramento de la Penitencia, que os dé un dolor de vuestros pecados que tenga todas las cualidades: *Agite pœnitentiam plenam dolentis, ac lamentantis animi probate mœstihiam* ³.

P. ¿No hay dos suertes de contrición; una perfecta, y otra imperfecta? ¿Quisiérais explicárnoslas, y decir cuál de ellas es suficiente para alcanzar el perdón de los pecados en el sacramento de la Penitencia?

R. Como el hombre puede concebir dolor de sus pecados por el temor de los castigos de Dios, ó por un verdadero amor de Dios, por esto los teólogos distinguen dos suertes de contrición, la una perfecta, que llaman contrición, y la otra imperfecta, que llaman atrición; distinción que aprueba el concilio de Trento ⁴.

La contrición perfecta es un dolor de haber ofendido á Dios causado por movimiento de un perfecto amor de Dios; y acompañado de una voluntad sincera de no volver á pecar, y de un deseo efectivo de expiar los pecados cometidos. Esta contrición debe ir junta con la confianza en la misericordia de Dios, y la voluntad de hacer todas las cosas necesarias para recibir el sacramento de la Penitencia; porque aunque suceda algunas veces que esta contrición sea tan perfecta, que por sí sola reconcilie al hombre con Dios antes de que reciba efectivamente el sacramento de la Penitencia, no obstante esta reconciliación no debe atribuirse á la contrición independiente de la voluntad de recibir el Sacramento, sino en cuanto en-

¹ Greg. *ML*. in I. Reg. *xy*. — ² In *Suppl.* q. 2, a. 6, et in resp. ad 3. — ³ Cyr. de lapsis. — ⁴ Sess. XIV, c. 4.

cierra en sí el deseo, esto es, la voluntad de recibirle. Así se explica el concilio de Trento ¹.

La contrición imperfecta, que se llama comunmente atrición, es un dolor de haber ofendido á Dios, ordinariamente causado por la consideración de la fealdad del pecado, ó por el temor del infierno y de las penas eternas. El mismo Concilio enseña, que si esta contrición excluye la voluntad de pecar, y es acompañada de la esperanza del perdón, no hace al hombre hipócrita, ni mas pecador, sino que es un don de Dios y una impulsión del Espíritu Santo que no habita aun en el alma, mas la excita solamente y la lleva al bien. Añade, que aunque esta contrición no pueda sin el Sacramento conducir por sí misma el alma á la justificación, la dispone, no obstante, á conseguir la gracia de Dios en el sacramento de la Penitencia.

Pregúntase si esta contrición debe ser acompañada de un principio de amor de Dios: la Iglesia no lo ha definido; por lo cual nosotros añadiremos, con la mayor parte de los teólogos, que el penitente debe á lo menos comenzar á amar á Dios. Esta es la disposición que el Concilio pone en otra parte entre los actos que deben preparar los pecadores á la justificación: *Deum, tamquam omnis justitiae fontem, diligere incipiunt* ². No se aborrece el pecado sino á proporción de lo que se ama á la justicia, que es Dios mismo, dice san Agustín, en su carta á Anastasio ³; y en otra parte dice que lo que hace cierta nuestra penitencia es el odio al pecado y el amor á Dios: *Poenitentiam certam non facit, nisi odium peccati, et amor Dei* ⁴. Cuando, pues, se hallare al pecador, que está únicamente tocado del temor del infierno, es necesario moverle insensiblemente á amar á Dios, haciéndole considerar los bienes eternos que ha prometido á los que le aman.

P. ¿Hay obligación de hacer un acto de contrición así que alguno cae en pecado mortal? y el que estuviese muchos meses en este estado ¿pecaría todas las veces que acordándose de su culpa dejase de hacer un acto de contrición?

R. Es cierto que cuando por desgracia se ha caído en pecado mortal no se debe dilatar el convertirse y volver á Dios: la Escritura nos lo dice expresamente: *Non tardes converti ad Dominum, et ne differas de die in diem: subito enim veniet ira eius; et in tempore vindictae disperdet te* ⁵. En efecto, como dice san Gregorio papa, Dios, que ha prometido el perdón á los verdaderos penitentes, no los ha

¹ Sess. XIV, c. 4. — ² Sess. VI, c. 6 de justif. — ³ Epist. CXLV, alias CXLIV, n. 4. — ⁴ Ejusd. serm. VII de Temp. — ⁵ Ezech. 18, 24, 26

prometido el día de mañana para hacer penitencia. Por tanto, como siempre debemos temer que llegue nuestro último día, y no podemos preverlo, debemos mirar siempre el día presente como un día que Dios nos da para convertirnos : *Qui pœnitenti veniam spopondit peccati, diem crastinum non promisit ; semper ergo extremum diem debemus metuere, quem nunquam possumus prœvidere* ¹.

Este razonamiento, que es frecuente en los santos Padres, nos hace ver que es muy importante á un pecador hacer un acto de contricion, así que ha tenido la desgracia de caer en algun pecado mortal : mas no se sigue de aquí que esté obligado á ello, so pena de un nuevo pecado mortal, por el precepto que obliga á la contricion. La razon es, porque este precepto es afirmativo, y el precepto afirmativo no obliga siempre y por siempre, sino solamente en cierto tiempo y en cierto lugar. De donde concluimos que no hay obligacion de formar un acto de contricion desde el instante en que se ha pecado ; de otra suerte se multiplicarian los pecados, pues desde que un hombre hubiese cometido un pecado mortal, del cual no se arrepintiese al punto, seria culpable de dos pecados mortales, y sobre esto ni los confesores mas instruidos y exactos preguntan á los penitentes, ni los penitentes mas escrupulosos piensan acusarse, como advierte Silvio en su comentario de la Suma de santo Tomás.

P. ¿En qué caso hay obligacion particular de hacer actos de contricion ?

R. Ved aquí tres, en los cuales estamos particularmente obligados á detestar el pecado mortal, so pena de incurrir en otro nuevo pecado mortal : I. Cuando nos hallamos en evidente peligro de muerte ; porque despues de la muerte no le queda al que acabó la vida en pecado mortal ningun medio de reconciliarse con Dios ni de hacer penitencia, y por consiguiente el pecador se expondria voluntariamente á la pérdida eterna de su alma, omitiendo en este caso recurrir á la misericordia de Dios por medio de la detestacion de su pecado ; y no pudiendo hallar confesor, debe excitarse á la contricion mas perfecta. II. Hay obligacion de hacer acto de contricion cuando aquel que se halla en este miserable estado va á recibir ó administrar algun Sacramento, no por el precepto mismo de la contricion, sino por el que Dios nos impuso de tratar santamente las cosas santas : *Sancti estote, quia ego sanctus sum* ². III. Hay tambien obligacion cuando nos hallamos envueltos en una calamidad públi-

¹ Greg. hom. XII in Evang. — ² Levit. XI, 44.

ca, como el azote de la peste ú otro semejante, por el cual es evidente que quiere Dios castigar á su pueblo: cada particular está entonces obligado, por el amor que debe tener del bien público y por su propia salud, á esforzarse á aplacar la ira de Dios por la penitencia.

Fuera de estos casos, en que indispensablemente estamos obligados á la contricion, se debe advertir que es una práctica muy útil la de hacer á menudo actos de contricion para conservarnos en el sentimiento interior de nuestra miseria, y de la necesidad que tenemos de la misericordia de Dios, á ejemplo del Publicano: *Propitius esto mihi peccatori* ¹.

P. El que no se confiesa sino de pecados veniales, de los cuales no tiene contricion, ó que teniendo alguna contricion no forma propósito de la enmienda, ¿recibirá el perdon de sus faltas por la virtud del sacramento de la Penitencia?

R. Esta pregunta contiene dos dificultades: La primera es saber si el que no se confiesa sino de pecados veniales, de los cuales no tiene contricion, consigue el perdon por la virtud del sacramento de la Penitencia: á lo cual respondemos que el que se confiesa sin contricion ni atricion de sus pecados no recibe el perdon en el sacramento de la Penitencia; su confesion es nula, infructuosa, y ordinariamente sacrílega por el mal uso que hace de este Sacramento. Siendo la contricion requisito esencial del sacramento de la Penitencia, ningun pecado, por ligero que sea, puede perdonarse por este Sacramento, si no se tiene una contricion á lo menos virtual é implícita. Es doctrina de santo Tomás ².

Pregúntase si las personas devotas que confiesan sus pecados veniales sin contricion hacen confesiones formalmente sacrílegas. Se puede responder con algunos teólogos que estas personas reciben sin fruto el Sacramento, pero que no siempre cometen en ello un sacrilegio. Esto se puede confirmar con la autoridad de san Buenaventura ³, que despues de haber dicho que es un sacrilegio profanar un Sacramento, añade que esto no es profanarle, sino hacerle infructuoso, ó tal vez nulo por alguna ligera negligencia. Trae por ejemplo aquellos que comulgan sin la preparacion suficiente, creyendo no obstante llevarla. Aunque ellos no reciban gracia, no pecan sin embargo comulgando: *Talis quamvis non recipiat gratiam, non tamen incurrit offensam*. Lo mismo sucede con los que se acusan

¹ Luc. XVIII, 13. — ² 3 p. q. 87, a. 2 in corp. — ³ In 4, dist. 9, a. 2, q. 3 in corp.

de pecados veniales sin dolor suficiente creyendo tenerle ; ellos reciben el sacramento de la Penitencia sin fruto , pero no por eso son culpables de un sacrilegio formal ; ellos no pecan á lo menos mortalmente , ni están obligados á reiterar su confesion. De ellos dice el santo Doctor en otra parte : *Evadunt offensam quamvis non acquirant gloriam* ¹.

En orden á la segunda dificultad , es á saber , si aquel que confesándose de sus pecados veniales no hace propósito de no volverlos á cometer , recibe perdon de ellos por el sacramento de la Penitencia , respondo que no es necesario que el propósito se extienda expresamente á todos los pecados veniales para alcanzar el perdon de los que ha confesado ; basta hacerlo de aquellos de que se ha acusado. La razon es , porque hay diferencia entre la contricion que se debe tener de los pecados mortales y la de los veniales. La que se concibe de los pecados mortales debe necesariamente encerrar una fuerte resolucion de no volver á cometer ninguno , porque con el auxilio de la gracia podemos cumplirlo , y sin este propósito no se puede recibir la gracia justificante , á cuya infusion es un obstáculo cierto el pecado mortal : mas no sucede lo propio con los pecados veniales ; porque basta tener pesar de haberlos cometido , y voluntad de evitarlos en cuanto se pueda , sin que esté necesariamente obligado á formar resolucion de no cometer en adelante ninguno , siendo imposible al hombre el evitarlos todos. Así lo enseña santo Tomás ².

P. ¿ Por cuáles motivos se puede excitar el penitente á la contricion ?

R. I. Debe estar persuadido de la necesidad de la contricion , sin la cual no puede alcanzar el perdon de sus culpas. La contricion suple por todo , y no hay cosa que pueda suplir la contricion. No hay indulgencia , ni ayuno , ni limosna , ni oracion que pueda reconciliarnos con Dios , si no tenemos un verdadero dolor de haberle ofendido. II. Como los penitentes son diversos , deben ser tambien diversos los motivos que se les proponen. Los que solo tienen pecados veniales que confesar , deben considerar que todo pecado desagrade á Dios ; que no es fácil discernir los pecados mortales de los veniales ; que hay pecados veniales que se cometen de propósito deliberado y con malicia , los cuales pueden conducir al pecado mortal al que no cuida de corregirlos : *Qui spernit modica , paulatim de-*

¹ In 4 , dist. 17 , p. 2 , a. 1 , q. 4 , ad 4. — ² In 4 , dist. 16 , p. 2 , q. 2 , ad 2.

cidet ¹. Aun cuando alguno cayese solo en imperfecciones y flaquezas en que tiene mas parte la enfermedad humana que la voluntad, siempre debe humillarse delante de Dios: si se juzga conveniente pedir absolucion de ellas, ~~debe el penitente~~ acusarse de algun pecado de la vida pasada, del cual tenga un verdadero arrepentimiento, lo cual es una práctica muy útil para excitarnos á contricion, y segun santo Tomás ² sirve para disminuir la pena debida á los pecados: *Quanto aliquis pluries de eisdem peccatis confitetur, tanto magis poena minuitur*. Los que han caído en pecado mortal deben representarse la fealdad del pecado, los suplicios del infierno que han merecido, los funestos efectos que el pecado produce en el alma: la hace perder la gracia, la caridad, el fruto y el mérito de las buenas obras, la priva de la amistad de Dios y del derecho á la gloria, la causa crueles remordimientos, la hace esclava del demonio, y acarrea sobre ella males eternos é infinitos. IV. Los que tienen hábito ó están en ocasion de caer en pecado mortal deben reflexionar sobre el abuso que hacen de los Sacramentos, y el peligro en que están de morir en su pecado si no se convierten cuanto antes. *Deus conversis ad se peccata donat, non conversis non donat*, dice san Agustín ³. Deben pensar con frecuencia en la pasion de Jesucristo. El pecado es el que le condujo á la agonía del huerto, el que le hizo sudar sangre, el que le maceró el cuerpo con golpes en el pretorio de Pilato. El pecado es el que le coronó de espinas, el que le enclavó en la cruz y le dió la muerte; y todas las veces que el pecador le comete renueva la pasion del Salvador, y le crucifica de nuevo en quanto está de su parte: *Rursum crucifigentes sibi metipsos Filium Dei et ostentati habentes* ⁴. Ved aquí motivos capaces de excitar á un penitente á contricion; pero el principal será pedirselas á Dios con instancia. ¡Oh Dios mio! concedednos el don de la contricion tan raro y tan necesario, inspiradnos un vivo dolor de nuestros pecados, y un firme propósito de no volveros á ofender. Os pedimos, Señor, con el Rey penitente, aquel corazon contrito y humillado, que es un sacrificio digno de Vos. Haced que nosotros lloremos ahora nuestros pecados, á fin de que merezcamos que algun dia enjagueis nuestras lágrimas, habiéndonos entrar en el gozo prometido á vuestros siervos fieles.

¹ Eccli. xix, 1. — ² In 4, dist. 17, q. 3 in solut. q. 2. art. 3. — ³ Aug. in Psalm. xxxii. — ⁴ Hebr. vi, 6.

PLÁTICA NONA.

SOBRE LA CONFESION, Y EL EXÁMEN DE CONCIENCIA.

Quorum remiseritis peccata, remittuntur eis; et quorum retinueritis, retenta sunt. (Joan. xx).

Los pecados serán perdonados á aquellos á quienes vosotros se los perdonáreis; y retenidos á aquellos á quienes vosotros se los retuviéreis.

Palabras bien llenas de consuelo para todos los pecadores que están verdaderamente contritos de haber ofendido á Dios. Ellos hallarán en la Iglesia el perdón de sus pecados por enormes que sean. Jesucristo dió á sus Apóstoles y á sus sucesores en el ministerio la potestad de perdonar los pecados, con promesa de que todo lo que ellos desataren sobre la tierra será desatado en el cielo. Ved aquí un motivo muy capaz de inspirar á los pecadores la confianza de venir á los piés de los ministros de la Iglesia á hacer una humilde y sincera confesion de sus culpas. Ellos, me diréis vosotros, se humillarán delante de Dios; pero no basta confesarse culpable á los ojos de aquel que ve el fondo de los corazones, y decirle como el Rey penitente: *Tibi soli peccavi, et malum coram te feci* ¹. Esta humillacion es muy loable; mas, por útil que pueda ser esta confesion de corazon, no nos dispensa de la obligacion de recurrir á los sacerdotes, á quienes Jesucristo nos ha sujetado, dándoles la potestad de perdonar ó dejar de perdonar los pecados. Así, pues, el que quiere en la nueva ley hacer una confesion que le reconcilie con Dios, debe buscar, dice san Agustín, un sacerdote que sepa atar y desatar, y no me digais, añade este Padre, que vosotros haceis penitencia en secreto y delante de Dios, que ve lo que pasa en vosotros; es necesario hacerlo como se hace en la iglesia, y como la Iglesia lo ordena: *Agite pœnitentiam qualiter fit in Ecclesia* ². Pues la penitencia que se hace en la iglesia encierra una sincera declaracion de los pecados hecha á sus ministros, á quienes es necesario confesarlos; de otra suerte en vano les hubiera dado Jesucristo la potestad de absolver-

¹ Psalm. l, 6. — ² Aug. serm. CCCXCII, alias XL inter h. L.

nos, y en vano les hubiera confiado las llaves de su Iglesia : *Ergo sine causa dictum est, quæ solveritis in terra, soluta erunt in cælo : ergo sine causa sunt claves datæ Ecclesiæ*. De esta confesion, á la cual nos obligó Jesucristo instituyendo el sacramento de la Penitencia, hablaremos en esta plática.

P. ¿Qué cosa es confesion sacramental? ¿es necesaria para alcanzar el perdon de los pecados cometidos despues del Bautismo? ¿se usó siempre en la Iglesia?

R. I. La confesion, que es la segunda parte del sacramento de la Penitencia, es una acusacion que el penitente hace de sus pecados á un sacerdote aprobado para recibir la penitencia y la absolucion. Digo que es una acusacion ; porque el penitente debe acusarse á sí mismo, y parecer delante de su confesor como un reo ante su juez con espíritu de humildad y de compuncion. Es una acusacion que el pecador hace por sí mismo ; debe confesarse de viva voz, y no por escrito ; por sí mismo, y no por otro. La Iglesia no permite confesarse por intérprete sino en caso de necesidad, como cuando el penitente ignora la lengua del país, y en este caso el intérprete está obligado al secreto como el confesor. Es una acusacion de los pecados cometidos. La materia de la confesion son los pecados ; los mortales son materia necesaria, y deben confesarse todos, aun cuando se dude si son mortales ó veniales. Los pecados veniales son materia suficiente : es bueno y útil confesarlos ; pero no es necesario¹. Se pueden expiar por otros medios además del sacramento de la Penitencia. Debe hacerse la confesion á un sacerdote aprobado ; porque aunque todos los sacerdotes hayan recibido en su ordenacion el poder de perdonar los pecados, no por eso tienen la jurisdiccion, á no ser que se la dén los Ordinarios de los lugares, que son los Obispos, ó sus vicarios. Finalmente, la confesion sacramental está establecida para recibir la penitencia y la absolucion del sacerdote con quien se ha confesado el penitente.

II. La confesion es de esencia del sacramento de la Penitencia, y es necesaria de derecho divino á todos los que despues del Bautismo han caido en pecado mortal, para alcanzar el perdon ; lo cual se comprenderá fácilmente, si se considera con los santos Padres², que dando Jesucristo á los sacerdotes la potestad de atar ó desatar, de perdonar ó retener los pecados, instituyó el sacramento de la Penitencia por modo de juicio, y estableció á los sacerdotes como jueces

¹ Conc. Trid. sess. XIV, c. 8. — ² Chrys. lib. III de Sacerd. c. 8 ; Ambr. lib. I de pœn. c. 2 ; Aug. lib. XX de Civit. c. 9.

y médicos. Como jueces deben pronunciar sentencia con prudencia y equidad ; lo cual no puede hacerse sin conocimiento de causa : como médicos, deben conocer las enfermedades de las almas ; porque la medicina no cura los males que no conoce : *Quod ignorat, medicina non curat*¹, dice san Jerónimo. Pues ¿cómo los sacerdotes podrán tener conocimiento de los pecados sobre los cuales han de juzgar, y de las disposiciones de los pecadores que exigen el remedio de la penitencia, si aquellos sobre quienes deben ejercer su potestad no les manifiestan sus pecados y el estado de su alma? Los herejes, mal que les pese, están, pues, obligados á convenir en que, según la institución del sacramento de la Penitencia, los que pecaron después del Bautismo deben confesar sus pecados á los sacerdotes, si quieren conseguir el perdón : *Necessario itz peccata aperiri debent, quibus credita est dispensatio mysteriorum Dei*, dice san Basilio².

III. El uso de la confesion sacramental, recibido en la Iglesia en todos los siglos, y nunca interrumpido, es una prueba de que la Iglesia siempre ha mirado la obligacion de confesar los pecados á los sacerdotes como una consecuencia de las palabras por las cuales Jesucristo les dió la potestad de perdonar los pecados, como lo notó el concilio de Trento³ : *Ex institutione sacramenti Pœnitentiæ universa Ecclesia semper intellexit institutam etiam esse à Domino integram peccatorum confessionem, et omnibus post Baptismum lapsis jure divino necessariam existere*. Este mandamiento lo sabemos particularmente por una tradicion apostólica, y se puede decir con san Agustín⁴ que de todas las tradiciones apostólicas no hay ninguna mas visible ni mas evidente que la de la necesidad de la confesion de los pecados, hasta los mas ocultos. Se ve ya una prueba en los Hechos de los Apóstoles⁵, en donde leemos que, predicando san Pablo en Éfeso, muchos de los que habian creído iban á confesar y declarar el mal que habian hecho : *Multi credentium veniebant confitentes, et annuntiantes actus suos*. Hay, pues, razon para hacer subir hasta los tiempos apostólicos el origen de la confesion sacramental ; á lo que se añade, que todos los Padres de los siglos posteriores atestiguan la práctica constante de la confesion⁶.

P. ¿Cuándo obliga el precepto de la confesion?

R. I. Algunos doctores dicen que cuando uno ha caído en pecado

¹ In c. x Eccli. — ² Basil. in Reg. brev. resp. ad interrog. 228. — ³ Sess. XLV, c. 8. — ⁴ Aug. HB. IV contra Donat. — ⁵ Act. xm., 18. — ⁶ Iren. lib. IV, c. 9; Tert. lib. de Pœn. c. 8 et 10; Orig. hom. II in Levit.; Cyr. de lapsa.

mortal está obligado á confesarse luego, teniendo ocasion y comodidad para ello, so pena de nuevo pecado. De este sentir es Guillermo Parisiense¹, á quien siguieron san Buenaventura y Hugo de San Víctor; mas aunque esta opinion es la mas segura, no es la mas seguida. Convenimos en que no puede uno estarse encenagado en el pecado sin arriesgar su salvacion: *Non tardès converti ad Dominum*, nos dice la Escritura², *et ne differas de die in diem*. Mas no creemos que esté uno obligado á confesarse luego que ha caido en pecado mortal, so pena de incurrir en un nuevo pecado: es sentencia de santo Tomás con el comun de los teólogos³. La razon es, porque el precepto de la confesion es simplemente afirmativo, y no obliga siempre y por siempre, sino solamente en cierto tiempo y en ciertas ocasiones. Cuando por exemplo se quiere comulgar, recibir ó administrar algun Sacramento, cuando hay peligro de muerte, como los enfermos, los soldados que van al combate ó al asalto, las mujeres preñadas, etc. En estos casos y otros semejante debe cualquiera confesarse, y aun está obligado á ello por precepto divino.

II. Estamos obligados por precepto de la Iglesia á confesarnos una vez al año, desde que llegamos á uso de la razon: *Omnis utriusque sexus*, dice el concilio IV de Letran, *postquam ad annos discretionis pervenerit, omnia sua peccata saltem semel in anno fideliter confiteatur*. Aunque este Concilio no ha declarado cuál sea la edad de discrecion, porque en efecto no es una misma en todos los niños, se puede no obstante decir con la Glosa sobre este cánón que un niño ha llegado á esta edad desde que es capaz de dolo y de pecado: *Id est cum doli capax est, quia tunc potest peccare*⁴. Tampoco la Iglesia ha determinado el tiempo en que debemos hacer la confesion anual; mas como nos manda comulgar por Pascua florida, entonces es cuando debemos confesarnos. Estamos obligados á hacerlo, no solo cuando hemos caido en pecado mortal, sino tambien aunque no hubiésemos cometido sino pecados veniales: *Non propter peccati venialis morbum*, dice san Buenaventura⁵, *sed propter ecclesiasticum statum*. Además del tiempo de Pascua conviene confesarse á menudo en todo el año, especialmente si el sujeto es de poca memoria, y teme que se le olviden los pecados, como dice el catecismo del concilio de Trento⁶.

¹ Tract. de Pœnit. c. 19. — ² Eccli. v, 8. — ³ Quod. l. I, art. in corp. et in Suppl. q. 6, art. 5. — ⁴ Glos. in c. Omnis, 12 de pœn. et remis. verbo discretionis. — ⁵ Benav. in 4, dist. 17, pag. 3; art. 2 in corpore. — ⁶ Part. II num. 69.

P. ¿De qué modo debemos confesarnos, y cuáles son las condiciones que deben acompañar la confesion?

R. Algunos autores cuentan hasta diez y seis, comprendidas en estos versos :

*Sit simplex, humilis, confessio, pura, fidelis,
Atque frequens, nuda, discreta, libens, verecunda,
Integra, secreta, et lacrimabilis, accelerata,
Fortis et accusans, et sic parere parata.*

Nosotros nos detendremos solamente en las mas principales y necesarias. I. La confesion debe ser simple, corta, clara é inteligible; de suerte que el confesor comprenda el estado en que está el penitente. Las confesiones muy estudiadas son mas propias para encubrir los pecados que para manifestarlos. Las confesiones largas y llenas de palabras inútiles no son las mejores : hacen perder tiempo al confesor, fatigan su atencion y su paciencia, y la de los que están esperando para confesarse. Es necesario cortar las acusaciones vagas, las quejas del gobierno de casa, y de los defectos de los otros, los razonamientos supérfluos que muchas veces se hacen por costumbre, los escrúpulos que hacen que el penitente vuelva al confesonario dos ó tres veces al dia á repetir cien veces una misma cosa. La confesion es un juicio de mansedumbre y de misericordia, y no de disgusto y tortura : ha sido instituida para tranquilizar las conciencias, y no para enredarlas, como dice el concilio de Trento ¹.

II. Debe ser entera y fiel ; es decir, que es necesario confesar todos los pecados mortales de que uno se acuerda despues de un exacto exámen, su número y sus especies, como lo ha definido el concilio de Trento ². En cuanto á las circunstancias agravantes, este Concilio no ha decidido que se deban declarar ; mas el principio que establece que el penitente debe mostrarse al sacerdote tal cual es, para que pueda conocer el estado de su alma, la malicia y la gravedad de sus pecados, este principio prueba claramente la necesidad de declarar en la confesion las circunstancias agravantes, como las que mudan especie. Es doctrina del catecismo del concilio de Trento ³ y de san Carlos. Llámanse circunstancias agravantes aquellas que hacen el pecado mas grave dentro de la misma especie. Roba uno mil pesos; comete mayor pecado que si hubiera robado uno solo. Es un pobre á quien lo robó ; el pecado es mas grave que si se

¹ Sess. XIV, c. 5. — ² Ibid. c. 5, 7. — ³ Cath. ad part. 2, p. n. 63; S. Carol. inst. ad conf.

lo hubiera robado á un rico. Tiene costumbre de robar ; la integridad de la confesion exige que declare estas circunstancias y otras semejantes. Por eso Inocencio XI en su decreto de 1679 condenó entre otras esta proposicion : *Non tenemur confessario interroganti fateri peccati alicujus consuetudinem.*

III. Debe ser humilde y prudente. Debemos acusarnos de todos los pecados de que nos acusa la conciencia, sin esperar á que nos pregunte el confesor : *Justus prior est accusator sui*¹. Si el confesor juzga á propósito dilatar la absolucion, es preciso someterse, y no disputar con él : *Non judices contra judicem*². No debemos tampoco quejarnos de la penitencia que nos impone, sino estar persuadidos de que merecemos mas. Se debe hacer la confesion con prudencia, declarar los pecados con términos honestos, y no hablar de los pecados de otro sin necesidad ; digo sin necesidad, porque hay ocasiones en que es necesario descubrir los pecados de otro : por ejemplo, cuando absolutamente no podamos dar á entender nuestro pecado en toda su extension sin descubrir el cómplice ; cuando la justicia que le debemos á un tercero hace que no podamos sin damnificarle dejar de descubrir el verdadero culpable ó reo : fuera de estos casos, no se debe nombrar en la confesion el cómplice en el delito cometido, segun santo Tomás³.

IV. La confesion debe ser sincera y verdadera ; es decir, que se deben declarar los pecados como son en sí, sin excusarlos, disminuirlos ni aumentarlos. Mentir en la confesion, con ánimo de engañar y sorprender al confesor, es por lo comun pecado mortal. No es tampoco lícito mentir con el pretexto de humillarse : *Nam quomodo est humilitas*, dice san Agustin⁴, *ubi regnat falsitas?*

P. ¿ Hay algunos casos en que el penitente deba reiterar sus confesiones ? ¿ cuáles son ?

R. Se deben reiterar las confesiones siempre que se advierta en ellas defectos esenciales.

I. Cuando nos hemos confesado con un sacerdote que no tenia potestad para absolvernos, ó tan ignorante, que no supiese lo necesario para administrar el sacramento de la Penitencia, ni la forma legítima de la absolucion.

II. Se deben reiterar, segun san Carlos en las Instrucciones á los confesores, cuando un penitente ha dividido la confesion, diciendo una parte de sus pecados á un confesor, y los demás á otro. Esto

¹ Prov. XVIII, 17. — ² Eccli. VIII, 18. — ³ Opusc. c. 12, q. 6. — ⁴ Serm. CLXXXI, de V. Apost. c. VI, v. 4.

es pecaminoso y prohibido, sobre todo cuando se hace por vanidad ó por hipocresía. Es necesario declarar todos los pecados á un mismo sacerdote : *Dividere confessionem, ad hypocrisim pertinet*, dice santo Tomás¹.

III. Cuando por malicia, por temor, vergüenza ó ignorancia voluntaria ó afectada se ha callado algun pecado mortal en la confesion : *Qui vero scienter aliquid retinent*, dice el concilio de Trento², *nilil divine bonitati per sacerdotem remittendum reponant*.

IV. Cuando uno se ha confesado sin contricion, sin propósito firme de la enmienda, y con afecto á algun pecado, ó sin querer dejar las ocasiones próximas de pecado, ó sin haber hecho ningun esfuerzo para corregirse de los malos hábitos. Porque es falsa la penitencia, segun los Padres, cuando no hay ninguna enmienda en la vida del pecador : *Ubi emendatio nulla, poenitentia necessario vana*.

V. Cuando no se cumplió la penitencia impuesta por el confesor, y no se tuvo sincera voluntad de satisfacer á Dios y al prójimo. En estos casos y otros semejantes se deben reiterar las confesiones. Se encuentran tambien algunos que nunca llegaron al sacramento de la Penitencia con las debidas disposiciones : á todos estos les es necesario hacer confesion general para volver á la gracia de Dios : *Ne securus sis, cum confessus fueris peccatum*, dice san Agustin³, *tantum semper preparatus ad confitendum et committendum*. Pero tambien se debe advertir que hay personas escrupulosas que sin motivo quieren reiterar sus confesiones ; lo cual no se les debe permitir fácilmente, sobre todo cuando se ve que tienen una vida arreglada. Si por costumbre caen en pecados mortales, necesitan á la verdad hacer una confesion general, pero deben antes corregirse de sus malos hábitos ; de otra suerte la confesion no serviria sino de multiplicar sus escrúpulos, de hacer mas difícil su conversion. Finalmente, el principal remedio, y tal vez el único para los escrúpulos, es obedecer á un director sábio y prudente : *Obedi dumtaxat, et mundaveris ab hac lepra, sicut à sua mundatus est Naaman obediens Eliseo*. Son palabras que un piadoso cartujo dijo á un escrupuloso⁴.

P. ¿Debe cada uno examinar su conciencia antes de irse á confesar? y ¿sobre qué cosa debe recaer este exámen?

R. El exámen de conciencia es una preparation indispensable para confesarse bien. Un pecador debe pensar seriamente en los pecados que ha cometido, á ejemplo del Rey penitente : *Cogitabo pro*

¹ P. dist. c. 47, q. 3, a. 4 in arg. — ² Sess. XIV, c. 3. — ³ Aug. in Psalm. XXXVII. — ⁴ Rosellus de Scrup.

pecado m^o. Los términos de que se sirve el concilio de Trento prueban la necesidad de este exámen: *Postquam, dice¹, quisquis diligentius se excusaverit, et conscientiam situs eorum et latebras exploraverit, ea peccata confiteatur, quibus se Dominum, et Deum suum mortaliiter offendisse meminerit.* Si en medio de toda esta exactitud sacedere olvidarse algun pecado mortal, la confesion es no obstante ese entera, con una integridad formal, que basta segun el Concilio², es decir, que no hay obligacion de repetir la confesion, sino solamente de confesar el pecado que se habia olvidado, sacudiéndose de los demás en general: *Sufficit, dice santo Tomás³, quod hoc peccatum confitens dicat explicito, et alia in generali, dicendo quod cum alia multa confiteretur, hujus oblitus fuerit.* Se debe tambien advertir que si el penitente estuviere en peligro de muerte, ó amenazado de algun accidente que le impida hacer exámen, puede el confesor suplir este defecto haciéndole varias preguntas relativas al estado, empleo y edad del penitente. ¿Cuánto tiempo se debe gastar en el exámen? Tanto como requiera nuestra conciencia. No se debe llevarlo hasta el exceso ni andar en escrúpulos; pero es necesario decirnos que los que se confiesan raras veces necesitan mas que los que lo hacen con frecuencia; los que están en medio de los negocios y embarazos del mundo mas que los que se han separado de ellos; y que si por falta de exámen se olvida algun pecado mortal en la confesion, esta es nula, y algunas veces sacrilega. Mas ¿sobre qué, ó de qué debemos examinarnos? La mayor parte de las gentes del mundo al considerar sus ocupaciones apenas hallan en ellas pecado, cuando no han hurtado ó muerto á alguno, y están exentas de aquellos delitos groseros en que los hombres de bien, segun el mundo, se avergonzarian de caer; no se reconocen culpados, ni saben qué decir en la confesion. Yo les pido se examinen sobre tres capítulos que encierran todo el tenor de la vida.

I. Sobre el estado y condicion á que Dios los ha llamado. Eres padre de familia; ¿qué cuidado tienes de enseñar, emplear y educar tus hijos? Tienes criados; ¿les das buen ejemplo, los corriges, pagas fielmente? Estás en un empleo; ¿cómo cumples con él? Mira si cumples como cristiano con las obligaciones de tu profesion: *Videte vocationem vestram, fratres⁴.*

II. Hay pecados que son comunes á la gente de tu profesion. Hay pecados de soldados, de ministros de justicia, de mercaderes,

¹ Psalm. XXXVII, 19. — ² Sess. XIV, cap. 8. — ³ Ibidem. — ⁴ In Suppl. q. 9, a. 2. — ⁵ I Cor. XXVI.

de artesanos, etc. Hay pecados de omision, de los cuales es raro el que se acusa. Siendo rico, ¿no has dejado de dar limosna? Siendo superior, ¿no has sido omiso en la correccion, etc.? ¿No te has descuidado en desarraigar las costumbres viciosas á que estás sujeto? No solo debemos examinarnos de los pecados que hemos cometido, sino tambien de aquellos á que hemos cooperado. No descendiendo á otros pecados contrarios á las obligaciones del Cristianismo, porque se pueden ver en los métodos de exámen que se hallan en los libros.

III. Conténtome con apuntar que el tercer capítulo, sobre el cual debeis hacer reflexion, es la reforma de las costumbres. Ha tantos años que te confiesas; ¿tu vida es por eso mas arreglada? ¿Qué provecho sacas de los Sacramentos? ¿En dónde está el fruto de tus propósitos? ¿No has vivido en una continua reincidencia, y en el círculo de impiedad de que habla el Profeta: *In circuitu impij ambulat*¹? Para hacer bien este exámen pedid á Dios que os dé el conocimiento y el dolor que debeis tener de vuestros pecados: *Quantas habeo iniquitates et peccata, scelera mea, et delicta ostende mihi*².

P. ¿Qué utilidades se sacan de una confesion bien hecha?

R. Perdona los pecados: *Si confiteamur peccata nostra*, dice san Juan³, *fidelis est, et justus, ut remittat nobis peccata nostra, et emundet nos ab omni iniquitate*.

II. Restituye al alma su primera belleza. Tú estás todo manchado con la inmundicia de tus pecados; si haces una buena confesion, tu alma se pondrá toda hermosa, dice san Agustin explicando estas palabras del Salmista: *Confessio et pulchritudo in conspectu ejus. Vis esse pulcher? confitere: fædus eras, confitere, ut sis pulcher: peccator eras, confitere, ut sis justus*⁴. ¿Sabeis la diferencia que pone el Espíritu Santo entre el que se confiesa ingénuamente culpado, y el que lo disimula? Mira la boca del primero como una vena de vida, y la del segundo como una causa de muerte. Cuando se abre la vena de un enfermo, á quien se le hace una copiosa sangría, sale la mala sangre, y esto es para él una vena de vida; mas si la sangría está mal hecha, y la cisura es pequeña, la sangre mas gruesa, que es la causa del mal, queda dentro: *Vena vitæ est justi, et os impiorum operit iniquitatem*⁵. Lo propio sucede en la confesion. Si la haceis como se debe, será para vosotros *vena vitæ*; mas si la haceis mal, será una fuente de muerte: *Os impiorum*, etc.

III. Ella proporciona la alegría y la tranquilidad de una buena

¹ Psalm. xi, 9. — ² Job, xiii, 23. — ³ Joán. i, 9. — ⁴ Aug. in Psalm. xcvi, n. 7. — ⁵ Prov. x, 20.

conciencia. Todas las personas piadosas, como advierte el catecismo del concilio de Trento, están persuadidas de que toda la santidad que vemos el día de hoy en la Iglesia se debe atribuir particularmente á la confesion. Por ellas se calman las inquietudes de la conciencia, el penitente se hace mas dócil, y está mas dispuesto á recibir los consejos que se le dan, mas paciente y sufrido en los trabajos de la penitencia, mas fervoroso en el amor de Dios, mas vigilante sobre sí mismo, mas humilde á vista de sus pecados, mas reconocido á las gracias que ha recibido, y mas cuidadoso de conservarlas.

IV. Finalmente, la confesion retrae á los mayores pecadores, y les hace concebir una mas grande confianza en la misericordia de Dios. Así lo notó san Agustin, que dió al público trece libros de sus Confesiones. ¿Habrà pecador que, leyendo ú oyendo leer esta obra, no se sienta tocado de un verdadero deseo de convertirse? *Confessiones meorum præteritorum malorum quæ remisisti mutans animam meam fide, et sacramento tuo, cum leguntur, et audiuntur, excitant cor, ne dormiat in desperatione et dicat, non possum, sed evigilat in amore misericordiæ vitæ, quia potens est omnis infirmus, qui sibi per ipsam fit conscius infirmitatis suæ*¹.

¡Oh! si los herejes llegasen á comprender estas utilidades que se sacan de la confesion, si se parasen un poco á reflexionar que ella es un freno tan necesario para contener el libertinaje, una fuente tan fecunda de buenos consejos, un consuelo tan sensible para las almas afligidas por sus pecados; si ellos, vuelvo á decir, considerasen todo esto, no creo que pudiesen mirar tantos bienes sin sentir su pérdida, y sin tener horror á una reforma que ha suprimido una práctica tan santa, tan necesaria á la Iglesia, y tan saludable para sus hijos: roguemos á Dios que los convierta. Amen.

¹ Aug. lib. X Conf. 13.

PLÁTICA DÉCIMA.

SOBRE LA SATISFACCION DEL PENITENTE, Y LA ABSOLUCION DEL SACERDOTE.

Facite ergo fructus dignos penitentia. (Luc. III).

Haced, pues, frutos dignos de penitencia.

Habiendo Dios hecho oír su palabra á san Juan, que desde su infancia habia vivido en el desierto, vino, dice san Lucas, á predicar el bautismo de la penitencia, y administrarle, para preparar los judíos á la venida del Mesías. Concurrieron á oírle generalmente de toda la Judea, de la ciudad de Jersalen, de todo el país de la parte de acá y de allá del Jordan, atraídos de una loable curiosidad, para ver y oír al santo Precursor del Mesías, cuyo fin principal fue exhortar á estos pueblos á penitencia: *Facite ergo fructus dignos penitentia*, es lo que les decía. Todos sus discursos terminaban en estas palabras, y con ellas deberíamos nosotros concluir los que hacemos á los pecadores para moverlos á reconciliarse sinceramente con Dios; porque, segun san Gregorio, una de las mayores ilusiones es persuadirnos que nuestros pecados nos serán perdonados, contentándonos con no volver á cometerlos sin tomarnos la pena de hacer penitencia. No es así, dice este santo Pontífice; Dios ha ordenado todo lo contrario. Así como no borra la mano lo que ha escrito dejando de escribir; como la lengua que ha vomitado muchas injurias no repara, callando, los ultrajes que hizo; como el que tiene deudas no las paga, contentándose con no contraer otras nuevas; del mismo modo, cuando hemos vivido mal, no expiamos nuestros pecados con solo dejar de cometerlos; es necesario además de esto practicar las virtudes contrarias, y expiarlos por las lágrimas y trabajos de una sincera penitencia. En una palabra, es necesario juntar á la contricion y confesion de los pecados la satisfaccion del penitente y la absolucion del sacerdote, de las cuales hablaremos hoy.

P. ¿Qué cosa es la satisfaccion del penitente de que quereis habernos?

R. La satisfaccion tomada en general es una reparacion del

daño que se ha hecho : *Est illata injurie compensatio*, dice santo Tomás¹: es la paga entera de una deuda, dice el catecismo del concilio de Trento²: *Adi debita integra solutio*. Esta definicion comprende la satisfaccion rigurosa y perfecta, la cual solo pudo practicarla Jesucristo, que reparó plenamente la injuria hecha á Dios por el pecado. Nosotros no hablaremos aquí sino de la satisfaccion imperfecta, cual es la que puede hacer el hombre: esta satisfaccion no es otra cosa que la pena que el confesor impone al penitente, ó que este se impone á sí mismo para expiar sus pecados; y como el hombre puede pecar contra Dios y contra el prójimo, debe en cuanto pueda satisfacer al uno y al otro. Debe satisfacer á Dios, y reparar la injuria que le hizo violando su santa ley, por los ejercicios humildes y laboriosos de la penitencia; y al prójimo, restituyéndole los bienes ó el honor que le habia quitado, por acciones contrarias á la injusticia en que haya caído.

Cuando esta satisfaccion es impuesta por el confesor, se llama sacramental, porque es uno de los tres actos que por institucion divina se requieren en el penitente para la integridad del Sacramento, y para obtener una plena remision de sus pecados, como dice el concilio de Trento³. Es cierto que la satisfaccion actual, ó cumplimiento de la penitencia, no es absolutamente necesario para lo válido del Sacramento, mas el deseo y la voluntad de satisfacer son enteramente indispensables, puesto que este deseo se encierra en la contricion que el penitente debe tener de sus pecados. Por esto el mismo santo Concilio nos enseña que, segun el orden de la justicia de Dios, no podemos sin muchas lágrimas y trabajos recobrar por el sacramento de la Penitencia la nueva vida y la perfecta sanidad que habíamos recibido en el Bautismo, y que por este motivo llaman los santos Padres á la Penitencia bautismo laborioso⁴.

P. ¿Es necesario satisfacer á Dios por los pecados cometidos despues del Bautismo?

R. Los herejes de estos últimos tiempos, queriendo establecer errores favorables á su delicadeza y conveniencia, han procurado destruir las obras penosas y satisfactorias, necesarias para la integridad de la penitencia. Es bastante, dicen ellos, mudar de vida, y formar propósito de no volver á pecar, sin tomarse el trabajo de satisfacer á la justicia de Dios: *Ita optimam penitentiam novam vitam esse docent, ut omnem satisfactionem vim et usum tollant*, dice el concilio de

¹ In Suppl. q. 48, a. 3, 3. — ² 1^a p. n. 35. — ³ Sess. XIV, c. 3. — ⁴ Ibid.

Trento ¹. Herejía tanto mas perniciosa, cuanto quita todo lo que puede mortificar las pasiones del hombre, como son los ayunos, las abstinencias y demás austeridades. Herejía que abre la puerta á la disolucion, suelta la rienda á todos los desórdenes, y que por una impunidad pretendida destruye y anonada la penitencia recomendada á los pecadores en la sagrada Escritura y los santos Padres. Para oponerse á este error ha definido la Iglesia tres cosas :

I. Que hay tres partes en el sacramento de la Penitencia, que son como la materia : es á saber, contricion, confesion y satisfaccion ; aunque la satisfaccion no sea mas que parte integral, entra no obstante en su composicion, concurre á la remision perfecta de los pecados, y obliga á todos los pecadores que se hallan en estado de practicarla.

II. La Iglesia ha decidido que no sucede en la Penitencia lo que en el Bautismo : en el Bautismo se perdona toda la pena del pecado juntamente con la culpa ; mas en la Penitencia, aunque se perdona la culpa, no se perdona toda la pena : Dios muda la pena eterna en una pena temporal que debemos sufrir en castigo de nuestra infidelidad. El sacramento de la Penitencia no es sino para unos ingratos que quebrantaron el pacto que habian hecho con Dios en el Bautismo ; es justo que estos ingratos sean castigados, y que les cueste trabajo volver á entrar en la gracia de Dios : *Ad quam tamen novitatem et integritatem per sacramentum Pœnitentiæ, sine magnis nostris fletibus et laboribus, divina id exigente justitia, pervenire nequaquam possumus, ut merito pœnitentia laboriosus quidam Baptismus à sanctis Patribus dictus fuerit* ².

III. La Iglesia nos enseña que las penas satisfactorias son necesarias para retraer á los pecadores de sus desórdenes, é impedir el que caigan en ellos tan fácilmente ; y que de todos los medios que tenemos para aplacar la ira de Dios no hay ninguno mas seguro ni mas eficaz que el de practicar obras de penitencia : *Neque vero securior ulla via in Ecclesia Dei unquam existimata fuit ad removendum imminentem à Deo pœnam, quam ut hæc pœnitentiæ opera homines cum vero animi dolore frequentent*, como dice el concilio de Trento ³. Así la satisfaccion está fundada sobre tres poderosas razones que prueban su necesidad : I. Sobre la justicia de Dios, que no deja nada sin castigo. II. Sobre el abuso de la gracia del Bautismo. III. Sobre la infidelidad y la malicia del pecador, que necesita de este remedio.

¹ Sess. XIV, de pœn. c. 8. — ² Ibid. cap. 2. — ³ Ibid. cap. 8.

P. ¿No satisfizo Jesucristo suficientemente á la justicia de Dios por nuestros pecados? ¿Por qué, pues, se nos ha de obligar á satisfacer?

R. No hay duda que Jesucristo satisfizo suficientemente por nosotros, mas no se sigue de aquí que no debamos nosotros hacer penitencia. Es artículo de fe que los méritos de Jesucristo son mas que suficientes para borrar nuestros pecados; y no solamente los nuestros, sino tambien los de todo el mundo, como dice san Juan, pues ellos son de un precio infinito; mas tambien es otra verdad, que debemos creer, que para alcanzar el perdon de nuestros pecados es necesario que se nos apliquen los méritos y la satisfaccion de Jesucristo. Pues bien, en el sacramento de la Penitencia no se nos aplican sino con la condicion de que por nuestra parte satisfagamos á Dios en cuanto podamos. Dios es dueño de perdonarnos como sea de su agrado. Puede perdonarnos aplicándonos los méritos de Jesucristo, sin dejarnos ninguna obligacion de satisfacer, y así lo hace en el Bautismo; mas en la Penitencia, para castigar nuestra infidelidad, quiere que se junten nuestras satisfacciones á las del Salvador. En este sentido dice san Pablo: *Adimpleo ea quæ desunt passionum Christi in carne mea*¹. Yo cumplo en mi carne lo que resta por sufrir á Jesucristo. Nada falta á la cruz de Jesucristo sino el que se le junte la nuestra, y está tan léjos esta union de disminuir la gloria de su redencion, que la aumenta, pues es el mismo Salvador quien, dando á nuestras satisfacciones todo el mérito, satisface á Dios por sí y por sus miembros. Todo católico debe, pues, saber que padeciendo por nosotros Jesucristo, no quiso dispensarnos de padecer, de llevar nuestra cruz, y de expiar nuestras faltas por la penitencia: al contrario, quiso que sufriendo de nuestra parte, llegásemos por este medio á la justificacion y á la salud eterna, como dice san Agustin². *Operanti in se Christo, cooperatur homo salutem æternam ad justificationem suam*.

P. ¿Cómo se ha de satisfacer á Dios, y qué condiciones deben tener nuestra penitencia y satisfaccion?

R. Es necesario satisfacer de un modo proporcionado á nuestros pecados: *Quam magna deliquimus, tam granditer defleamus*, dice san Cipriano³, *alto vulnere diligens et longa medicina ne desit penitentia crimine minor non sit*.

Debe, pues, haber en las penitencias que se nos imponen: I. Al-

¹ Colos. 1, 24. — ² Tract. XXVII in Joan. — ³ Tract. de laps.

guna igualdad entre la penitencia y el pecado, y el pecador debe ser castigado segun el número y la gravedad de sus delitos: *Pro mensura peccati, erit et plagarum modus*¹. Pecaria gravemente un confesor si indiscretamente impusiese penitencias ligeras á los que han caído en muchos y grandes pecados, y que se hallan en estado de practicar penitencias mas rigurosas. Debe acordarse que hace las veces de Dios en el ministerio que ejerce, y que si pronuncia una sentencia injusta recaerá sobre él, como dice la Escritura: *Videte quid faciatis; non enim hominis exercetis iudicium, sed Domini, et quodcumque judicaveritis, in vos redundabit*². No debe tampoco ser muy rígido, como seria imponer penitencias por toda la vida y por tiempo indeterminado. Este exceso de severidad no sirve por lo comun sino para abatir el ánimo de los penitentes, como advierte santo Tomás³.

II. Es necesario que las penitencias sean convenientes: *Salutares et convenientes satisfactiones*, dice el concilio de Trento⁴. Para esto es preciso conformarse á las disposiciones del penitente. Si es un hombre que tiene una grande contricion, que ya ha comenzado á expiar sus pecados, que padece mucho por enfermedad, pobreza, ó por otro motivo, no se le debe dar tan gran penitencia como á quien nada hizo todavía, que no padece incomodidad particular, y que apenas tiene remordimientos de conciencia. Es justo tambien atender á la edad, al sexo, á la clase, á las facultades, á las fuerzas y demás circunstancias de los penitentes. Los ayunos, por ejemplo, y las largas peregrinaciones, no serian penitencias proporcionadas y convenientes á los niños y á las personas ancianas, enfermas, etc.

III. Para que una penitencia sea conveniente, es necesario, como enseña el concilio de Trento⁵, que á un mismo tiempo sea pena y remedio; es decir, que sea propia, no solo para castigar los pecados, sino tambien para preservar de la recaída en ellos.

IV. Es necesario, en cuanto se pueda, que la penitencia consista en obras contrarias á los pecados de que se acusaren los penitentes, como son limosnas á los avaros, ayunos y las demás mortificaciones corporales á los lujuriosos, oracion y humillaciones á los soberbios, etc. *Non omne vulnus eodem emplastro curatur*, dice un Padre⁶.

P. ¿Cuáles son las obras con que podemos satisfacer á Dios por nuestros pecados?

¹ Dent xv, 2. — ² II Par. xix, 6. — ³ Quodlib. 3, q. 13, a. 28. — ⁴ Sess. XIV, cap. 8. — ⁵ Ibid. — ⁶ Ign. Epist. ad Pol.

R. Se pueden reducir á la oracion, el ayuno y la limosna, segun lo que dijo el ángel san Rafael á Tobias : *Dona est oratio cum jejuniis et elemosyna*¹. En la oracion se comprende el retiro, la lectura de buenos libros, la visita del santísimo Sacramento, y los demás ejercicios de piedad propios de un corazon contrito y humilde. En el ayuno están comprendidas todas las mortificaciones del cuerpo y del espíritu; y por la limosna se entienden todas las obras de misericordia, así espirituales como temporales. Se puede tambien satisfacer á la justicia divina por medio de los males que Dios nos envia; porque, como dice el concilio de Trento², la bondad de Dios es tan grande para con nosotros, que quiere que podamos satisfacerle, no solo por las penitencias que nosotros nos imponemos, ó que nos prescribe el confesor, sino tambien por medio de los trabajos con que él nos regala, cuando los sufrimos con paciencia y resignacion en su voluntad. Así las aficciones, las enfermedades y las demás desgracias de la vida, recibiénolas de buen corazon, pueden eximirnos de las penas de que éramos deudores á la justicia divina. Ved aquí las satisfacciones que nosotros hallamos dentro y fuera de nosotros, y que son inseparables de esta miserable vida. Sirvámonos de ellas con fruto, y hagamos, como se suele decir, de la necesidad virtud.

P. ¿Puede el penitente negarse á admitir la penitencia que le impone el confesor? ¿es pecado no cumplirla?

R. Un pecador no puede dejar de aceptar la penitencia que se le impone. Debe sujetarse á ella humildemente, y cumplirla con exactitud : *Injunctam sibi penitentiam propriis viribus studeant adimplere*, dice el concilio general Lateranense celebrado en tiempo de Inocencio III. Y es la razon, porque Jesucristo no solamente dió á los sacerdotes la potestad de desatar, sino tambien la de atar. Pues el poder de atar no consiste solamente en negar la absolucion á los que son indignos de ella, sino tambien en imponer á aquellos á quienes se les absuelve penitencias convenientes, por las cuales puedan satisfacer á la justicia divina. De donde se debe concluir que á no haber en la conducta del confesor un error manifiesto, el penitente está obligado delante de Dios á aceptar y cumplir la penitencia que le impusiere el sacerdote, y no puede sin pecado mortal resistirse obstinadamente á someterse á ella : *Videtur*, dice san Buenaventura³, *quod ille peccator, qui non vult suscipere satisfactionem condignam á sacerdote impositam, mortaliter peccet*. Sin embargo, no intento qui-

¹ Tob. xii, 8. — ² Sess. XIV, c. 9. — ³ In 4, dist. 26, § 1, dab. 6.

tar al penitente la libertad de hacer al confesor alguna humilde observacion ; mas si este , despues de haber pesado las razones del penitente , no juzga á propósito condescender con él , debe el penitente someterse á lo que le ha ordenado .

Si se me preguntare qué pecado es no cumplir la penitencia , responderé que no cumplirla voluntariamente y sin causa legítima , es pecado mortal , especialmente cuando la penitencia es grave , y ha sido impuesta por pecados mortales . Mas si la penitencia es ligera , y los pecados por cuya expiacion se ha impuesto son veniales , no se puede decir que esta omision sea mortal ; y aun puede suceder que esté exenta de todo pecado , como si sin culpa se nos hubiere olvidado enteramente , ó nos hallamos imposibilitados de cumplirla ; porque segun la regla del derecho : *Impossibilia nulla est obligatio* ¹ .

Conviene advertir que cuando un confesor encuentra que un penitente ha dejado por pura pereza , y sin ninguna excusa legítima , de cumplir la penitencia que se le habia impuesto , debe , regularmente hablando , despedirle sin oir sus pecados , y mandarle que la cumpla enteramente si es posible , ó á lo menos en parte , antes de volver á confesar .

P. ¿Puédese conmutar la penitencia impuesta , ó cumplirla por tercera persona ?

R. A la primera pregunta respondo : I. Que el penitente no puede por su propia autoridad conmutarse la penitencia , estando indispensablemente obligado delante de Dios á cumplir la que le prescribió el confesor ; y es la razon , porque ninguno puede ser juez en causa propia . II. Que no puede un confesor mudar la penitencia que impuso otro cuando es justa , conveniente y proporcionada á los pecados del penitente ; sino representarle la obligacion que tiene de cumplirla , proponiéndole á este fin cuánto distan las penitencias que se dan el dia de hoy de la severidad de los cánones antiguos , y del modo con que la Iglesia trataba en otro tiempo á los pecadores . Este es el consejo que da san Carlos á los confesores . III. Que si hay justo motivo para conmutar la penitencia , se debe hacer en el tribunal de la Penitencia , despues de haber oido la confesion del penitente ; lo cual es muy conforme á lo que enseña san Raimundo de Peñafort : *Ad illud quod quærebatur , scilicet , utrum sacerdotes possint facere commutationes jejuniorum , vel alterius satisfactionis ad petitiones ipsorum*

¹ Reg. II. 185 , de div. reg. jur. antiqui.

pœnitentium, credo breviter quod sic, dum tamen discrete, et propter causam et circa subditos suos ¹.

A la segunda se responde que el penitente debe cumplir por sí mismo la penitencia. La obligacion de satisfacer no es menos personal que los demás actos del penitente, pues la confesion y la contricion son tan personales que no se pueden suplir por otros. Así, pues, como el penitente está obligado á confesar por sí mismo y detestar los pecados, así tambien lo está á cumplir por sí mismo la penitencia que se le ha impuesto, y que es parte integral del sacramento de la Penitencia. Si el confesor por justa causa consintiese en que el penitente cumpliese la penitencia por medio de otro, estaria obligado, como advierte un célebre canonista ², á imponerle alguna obra satisfactoria que él cumpliese por sí mismo, á fin de no hacer el Sacramento imperfecto.

P. Cuando el penitente tiene una verdadera contricion de sus pecados, los ha confesado y cumplido, ó prometido cumplir la penitencia, ¿qué le falta para ser reconciliado con Dios por el sacramento de la Penitencia?

R. Nada mas que recibir la absolucion por el ministerio del sacerdote con quien se ha confesado. Esta absolucion es una sentencia que pronuncia el sacerdote en nombre de Jesucristo, por la cual se perdonan los pecados á los que llegan con las debidas disposiciones al sacramento de la Penitencia.

I. Es una sentencia, y no una simple declaracion, de que los pecados están perdonados, como pretenden los herejes de nuestro tiempo; es una especie de acto judicial, por el cual el sacerdote en calidad de juez absuelve al penitente: *Actus judicialis quo ab ipso, velut à judice, sententia pronuntiatur*, dice el concilio de Trento ³. De donde se sigue que el confesor no debe usar de otros términos que de estos: *Ego te absolvo*; y es la razon, porque esta forma absoluta, la cual es la que únicamente se usa doce siglos há en la Iglesia latina, explica mas claramente que la deprecativa la calidad de juez y el acto judicial que ejerce el sacerdote en el tribunal de la Penitencia, como advierte santo Tomás ⁴.

II. Por esta sentencia se perdonan los pecados á los que se acercan al sacramento de la Penitencia con las debidas disposiciones. Es cierto que solo Dios puede perdonar los pecados en su nombre, y por su propia autoridad; mas esto no impide que los sacerdotes, que

¹ In Sum. lib. III, tit. 34, § 65. — ² Cabas. Jur. Can. theor. et prax. lib. III, c. 14, n. 3. — ³ Sess. IV, c. 6. — ⁴ Opusc. XXII, c. 1.

son sus ministros, los perdonen de su parte por el poder que han recibido de Jesucristo, como lo sabemos por la sagrada Escritura y la tradicion, y por el juicio de la Iglesia, que desde el tercer siglo miró á los Novacianos como herejes, porque enseñaban que la Iglesia no tenia potestad para perdonar los pecados cometidos despues del Bautismo. No obstante, por mas que se absuelva por el ministro de la Iglesia, siempre es necesario acordarse de que Dios es quien, como causa principal, obra la remision de los pecados por el ministerio de los sacerdotes: *Ministerium suum exhibent, non jus aliquis potestatis exercent*, dice san Ambrosio¹, *neque enim in suo, sed in Patris, et Filii, et Spiritus Sancti nomine peccata dimittunt... Humatum enim obsequium, sed munificentia supernæ est potestatis.*

P. ¿Los confesores deben dar la absolucion á todos los que se la piden? ¿Hay casos en que deban negarla ó diferirla?

R. Los confesores no están obligados á dar la absolucion á todos los que se la piden; ellos han recibido la potestad de retener, igualmente que la de perdonar los pecados: *Claves sacerdotum non ad solvendum dumtaxat, sed et ad ligandum concessas etiam antiqui Patres et credunt et docent*, dice el concilio de Trento². Ellos tienen sus reglas, que deben seguir, y pecan si no las siguen. Porque, como dice san Gregorio el Magno, no es verdadera la absolucion del sacerdote, sino cuando sigue la sentencia del Juez eterno: *Tunc enim vera est absolutio præsentis, dum æterni arbitrium sequetur Judicis*³. Así es una verdad, de que deben estar instruidos los penitentes, que hay casos en que los confesores deben diferirles la absolucion, y vedlos aquí segun los trae el Ritual romano:

I. No se debe absolver á los que no dan ninguna señal de dolor de sus pecados: *Qui nulla dant signa doloris*⁴. Tales son, segun san Carlos, los que llegan al confesonario sin preparacion, ó se confiesan por costumbre, sin verdadero deseo de convertirse, y de renunciar al pecado mortal.

II. Los que ignoran los principales misterios de la fe y las demás verdades que la Iglesia manda saber. Se debe añadir á estos, segun san Carlos, los que ignoran las obligaciones de su estado y empleo; lo cual es muy conforme á lo que enseña santo Tomás: *Omnes tenentur scire communiter ea quæ sunt fidei, et universalia juris præcepta: singuli autem ea quæ ad eorum statum, vel officium spectant*⁵.

¹ Lib. de Spirit. Sanct. c. 18. — ² Sess. XIV, c. 8. — ³ Hom. XXVI in Evang. — ⁴ Inst. ad Conf. — ⁵ 1, 2, q. 66, art. 2 in corp.

III. Los que tienen enemistades, y no quieren reconciliarse con sus enemigos : *Qui odia et inimicitias deponere noliunt* ¹.

IV. Los que han hecho daño á su prójimo en sus bienes ó en su honor, y que no lo han reparado segun sus posibles, ó que se presume no tienen sincera voluntad de hacerlo : *Aut aliena, si possunt, restituere noliunt* ².

V. Los que están en ocasion próxima de pecado mortal, hasta que salgan de ella : ó si no tienen arbitrio para dejarla, hasta que den señales de enmienda y motivo para creer que no volverán á caer en el mismo pecado : *Aut proximam peccandi occasionem deserere noliunt* ³.

VI. Los que han dado escándalo público, hasta que lo hayan hecho cesar, y lo hayan reparado públicamente : *Aut publicum scandalum dedorant, nisi publice satisfaciant, et scandalum tollant* ⁴.

No individualicemos mas. Lo poco que hemos dicho basta para hacer comprender á los pecadores que hay casos en que no deben llevar á mal el que se les difiera la absolucion : si se les concediese, entonces no seria sino una falsa paz, como dice san Cipriano, inútil al que la recibe, y perjudicial al que la da : *Irrita et falsa pax, periculosa dantibus, et nihil accipientibus profutura* ⁵.

P. ¿Qué debe hacer el penitente á quien se le difirió la absolucion por el confesor?

R. Debe someterse á ello humildemente : no disputar ni murmurar del confesor que, segun las reglas de la Iglesia, tiene por conveniente diferirle la absolucion. En vez de desacreditarle como á un escrupuloso que os prohíbe el juego y las comilonas, debeis dar gracias á Dios por haber hallado un médico caritativo que se aplica á curar las llagas de vuestra alma : *Non audit medicus ad voluntatem, sed audit ad sanitatem*, dice san Agustin ⁶.

II. Debe, durante el tiempo de la dilacion, examinarse con mas cuidado, considerar el abuso tan peligroso de las contriciones imaginarias, que no mudan jamás el corazon de las confesiones inútiles, á las cuales no se sigue alguna enmienda de las penitencias vanas, que no mortifican jamás el pecado, de las absoluciones precipitadas, que no sirven sino de atar la conciencia del sacerdote, sin desatar jamás la del penitente, como dice san Ambrosio ⁷. Si hace estas reflexiones, la dilacion de la absolucion le hará abrir los ojos sobre su vida pasada, y pensar seriamente en convertirse.

¹ Rituale. — ² Ibid. — ³ Ibid. — ⁴ Ibid. — ⁵ Tract. de lapsis. — ⁶ In Psalm. xxii, enar. 2, n. 4. — ⁷ Tract. lib. III de Pœn.

III. Finalmente, durante el tiempo de la dilacion de la absolucion debe ser mas exacto en velar sobre sí mismo, en evitar las ocasiones de pecar, destruir sus malas costumbres, practicar fielmente los consejos y remedios que le ha dado el confesor, volver á confesarse al tiempo prescrito, y con un espíritu de penitencia que haga ver que la mala costumbre ha cedido, en fin, al dolor que tiene de sus pecados: *Ut violentiæ pœnitendi cedat consuetudo peccandi* ¹.

Pero, amados hermanos mios, por la sangre de Jesucristo, cuya dispensacion nos ha confiado, os suplico observeis las reglas prescritas por la Iglesia; acordémonos de lo que decia sobre este punto el cardenal Belarmino ²: *Non esset tanta facilitas peccandi, si non esset tanta facilitas absolvendi*. Y vosotros, cristianos, estad plenamente convencidos de que uno de los mayores artificios del demonio para impedir la conversion de los pecadores es la dulce pero falsa persuasion que les mete en la cabeza de que, por grandes y frecuentes pecados que cometan, les basta confesarlos, sin tomarse la pena de dejarlos ni de hacer penitencia; de lo cual se sigue que, despues de haber abusado en vida de los Sacramentos, hacen lo propio en la muerte, caen por lo comun en el infierno por el camino que debia llevarlos al cielo. No lleveis, pues, á mal, hermanos mios, que se os dilate la absolucion cuando os halleis en semejantes casos. Necesitais de esta prueba para corregiros, para detener vuestras pasiones que os arrastran á nuevos pecados, para recibir los Sacramentos con fruto, y para asegurar vuestra salvacion por medio de una verdadera penitencia que os merezca la vida eterna.

¹ Aug. tract. XLIX in Joan. — ² Serm. VIII de Adv.

PLÁTICA UNDÉCIMA.

SOBRE LAS INDULGENCIAS.

Tibi dabo claves regni cœlorum; et quodcumque ligaveris super terram, erit ligatum et in cœlis; et quodcumque solveris super terram, erit solutum et in cœlis. (Matth. xviii).

Yo te daré las llaves del reino de los cielos, y todo lo que atares sobre la tierra, será tambien atado en los cielos; y todo lo que desatares sobre la tierra, será tambien desatado en los cielos.

¡Cuán grande es el poder que concede Jesucristo á san Pedro por estas palabras! Le da las llaves de su reino, que es la Iglesia: le promete ratificar en el cielo todo lo que él hiciere en su nombre sobre la tierra; que aquellos á quienes perdonare los pecados en este mundo serán absueltos en el cielo, y que los pecados que retuvieron serán tambien retenidos. No se puede ciertamente dar un poder mas extendido. No es una cosa puramente especulativa: san Pedro ejerció este poder, y lo ejerce aun hoy dia por medio de sus sucesores; porque lo que el Salvador dijo al Príncipe de los Apóstoles se lo dijo á toda la Iglesia: *Has claves non homo unus, sed unitas accepit Ecclesiæ*, dice san Agustin ¹.

En vano los sectarios de Lutero y de Calvino pretenden oponerse á este gran poder que Jesucristo dió á su Iglesia: estas palabras del Salvador: *Quodcumque*, etc., les condenarán eternamente. Ellas nos enseñan no solamente que la Iglesia ha recibido el poder de perdonar ó retener los pecados en el sacramento de la Penitencia, como lo hemos hecho ver en las pláticas precedentes, sino tambien que esta misma Iglesia puede fuera del sacramento de la Penitencia concedernos indulgencias para suplir á nuestras satisfacciones y á la pena temporal debida á nuestros pecados; lo que espero haceros ver en esta ocasion. Estableceré primero la doctrina de las indulgencias, y despues hablaré del uso que debemos hacer de ellas.

¹ Serm. CCLXXIII, alias de div. CVIII.

P. ¿Qué se entiende en la Iglesia por la palabra indulgencia? ¿Cuál es su virtud, y de dónde la tiene?

R. Por la palabra indulgencia se entiende una gracia que la Iglesia concede fuera del **tribunal de la Penitencia** á los pecadores verdaderamente contritos, que se han confesado y cumplido lo que prescriben las bulas; perdonándoles una parte de la pena temporal debida á los pecados que han cometido despues del Bautismo, y una parte de la satisfaccion ó penitencia que debia imponérseles.

Toda indulgencia supone pecado; si no se hubiese cometido ninguno, no habria necesidad de indulgencia: y como despues de perdonado el pecado en cuanto á la culpa y la pena eterna por el sacramento de la Penitencia resta una pena temporal que los pecadores deben sufrir ó en esta vida ó en la otra, para satisfacer á Dios y expiar sus pecados, la indulgencia perdona una parte de esta pena. La Iglesia no pretende sin embargo por esta relajacion de la pena dispensar á los pecadores de hacer penitencia, sino solamente suplir su flaqueza; queriendo que hagan lo que puedan de su parte para satisfacer á la justicia divina. Las indulgencias no solamente perdonan una parte de la pena temporal que el pecador debia sufrir en esta vida; tambien tienen eficacia para disminuir y abreviar las penas que habria de sufrir despues de esta vida en el purgatorio, si muriese sin expiar enteramente sus pecados.

Elas tienen su valor de los méritos de Nuestro Señor Jesucristo, que ofreció por los hombres una satisfaccion superabundante y de un precio infinito, ofreciéndose á sí mismo por ellos desde la cruz. A esto se juntan los méritos de la santísima Virgen y de los demás Santos, como miembros de esta divina cabeza. Esta superabundante satisfaccion compone un rico tesoro, del cual dispone la Iglesia á favor de sus hijos para la expiacion de sus pecados.

Los Calvinistas niegan que haya en la Iglesia este tesoro, imaginándose que es hacer injuria á Jesucristo, cuyos méritos son infinitos, querer juntar á ellos los de los Santos. Es cierto que Jesucristo es la víctima de propiciacion por nuestros pecados; que por él hemos alcanzado el perdón que nos ha granjeado con su sangre, y que los méritos de su pasion son por donde las indulgencias nos perdonan la pena temporal que habíamos merecido por nuestros pecados; mas esto no impide que los méritos de los Santos, que son miembros de Jesucristo, animados de su espíritu, unidos á él y estre á él por el lazo de la caridad, nos sean muy provechosos, y que ellos intercedan con Dios para alcanzarnos la gracia que necesitamos para

expiar nuestros pecados. Este es el fruto de la comunión de los santos, que profesamos creer cuando rezamos el Símbolo de los Apóstoles: *Sanctorum communionem*.

P. ¿Tiene la Iglesia potestad para conceder indulgencias? ¿Quiénes pueden concederlas? ¿Es saludable para los fieles concederles indulgencias? ¿Qué motivos hay para concederlas?

R. El concilio de Trento en el decreto sobre las indulgencias al fin de la sesión XXV nos enseña: I. Que la Iglesia ha recibido de Jesucristo el poder de conceder indulgencias. II. Que ella ha usado de este poder desde los primeros tiempos. III. Que el uso de las indulgencias es muy saludable para los fieles; y este Concilio fulmina excomunión contra los que se atrevieren á decir que las indulgencias son inútiles y no sirven de nada, ó que la Iglesia no tiene potestad para concederlas. Esta potestad está fundada sobre lo que Jesucristo dijo á sus Apóstoles: «Todo lo que vosotros atáreis sobre la tierra será atado en el cielo; y todo lo que vosotros desatáreis sobre la tierra será desatado en el cielo¹.» Por estas palabras promete Jesucristo á sus Apóstoles y sus sucesores, no solamente el poder de imponer á los pecadores penas satisfactorias, y obligarlos á sujetarse á ellas, sino también el de relajar y perdonar las penas que les hubiesen sido impuestas, ó que deberían imponérseles.

San Pablo estaba tan persuadido de que tenía este poder, que cuando vió que el incestuoso de Corinto, que se había entregado á Satanás, hacía penitencia de su delito, y que los fieles pedían por él, le perdonó una parte de la penitencia que le había impuesto, juzgando le sería suficiente en el estado en que le veía haber sufrido la corrección que le hizo. Exhortó además de esto á los fieles á tratar con indulgencia á este pecador penitente, y á consolarle por el temor de que se viese desesperado con una tristeza excesiva. ¿No es esta una verdadera indulgencia concedida por el Apóstol á este incestuoso en nombre y en la persona de Jesucristo, en consideración á los fieles, como él mismo lo dice: *Quod donavi, si quid donavi, propter vos in persona Christi?*

El uso de las indulgencias ha continuado siempre en la Iglesia, como se ve por los escritos de los Padres antiguos, los Cánones y los Concilios. San Cipriano nos enseña² que los Obispos, á ruego de los Mártires, concedían á los pecadores una indulgencia en virtud de la cual eran dispensados del resto de la penitencia que se les ha-

¹ Matth. xvi, 19. — ² Cypr. epist. IX, X, XI, XII.

bia impuesto. Vemos tambien en los concilios antiguos, como son los de Ancira, de Nicea, y los primeros de Cartago, cánones que daban facultad á los Obispos de abreviar el tiempo y el rigor de las penas impuestas á los pecadores. Los Obispos usando de este poder ¿no conceden indulgencia? Déjense, pues, los Protestantes de decirnos que las indulgencias son de institucion nueva: vedlas aquí establecidas desde el principio de la Iglesia.

Estando fundado el poder de conceder indulgencias sobre la autoridad que Jesucristo dió á sus Apóstoles para perdonar y retener los pecados, solo los que en la Iglesia tienen esta autoridad y jurisdiccion en el fuero externo pueden conceder indulgencias. Los Papas y los Concilios generales pueden conceder indulgencias plenarias en toda la Iglesia y á todos los fiels. Los Obispos solo pueden concederlas en sus diócesis. El concilio de Letran del año de 1215, despues de haber declarado que la demasiada facilidad de conceder indulgencias hacia menospreciar la autoridad de la Iglesia y descuidar de los ejercicios de la penitencia que se deben hacer en satisfaccion de los pecados, ordenó que en adelante no pudiesen los Obispos conceder mas que cuarenta dias de indulgencia, excepto el dia en que hiciesen la dedicacion y consagracion de la Iglesia, en el cual podrian conceder un año de indulgencia.

No se debe conceder la indulgencia sin causa razonable, piadosa y justa, como dice la bula de Martino V, que está al fin del concilio Constanciense, y con la moderacion que desea el concilio de Trento, para no apartar los pecadores de la penitencia y debilitar la disciplina eclesiástica: *In his tamen concedendis moderationem, juxta veterem et probatam in Ecclesia consuetudinem, adhiberi cupit; ne nimia facilitate ecclesiastica disciplina enervetur* ¹.

P. ¿Hay muchos géneros de indulgencias? ¿las hay no solamente para los fieles vivos, sino tambien para los difuntos?

R. Hay segun el uso presente de la Iglesia todo género de indulgencia, es á saber, plenaria, limitada ó no plenaria, y jubileo. Indulgencia plenaria es una relajacion de toda la pena temporal que le resta por sufrir al que ha hecho una verdadera penitencia de sus culpas. Se llama plenaria porque es entera y sin reserva. Indulgencia no plenaria es la relajacion de la pena que se habia de sufrir durante cierto tiempo en este mundo ó en el purgatorio, como la indulgencia de cien dias ó la de cuarenta que conceden los Obispos.

¹ Sess. XXV.

Se debe advertir que en la primitiva Iglesia se prescribían muchos días y muchos años de penitencia á los que despues del Bautismo habian caído en pecado grave, y se les ordenaba cierto número de días de ayuno, y otras obras penosas que debían practicar durante el tiempo de penitencia. La indulgencia de muchos días ó años perdona otros tantos días ó años de penitencia que se debería hacer, segun las antiguas reglas de la Iglesia. Aunque no estemos sujetos al rigor de estas reglas antiguas, los confesores están, no obstante eso, obligados á imponer penitencias proporcionadas á los pecados, y los penitentes están obligados á satisfacer por ellos; mas como muchas veces nuestra salud está quebrantada, nuestra vida es muy corta, y nuestra tibieza muy grande para hacer la penitencia que merecen nuestros pecados, la Iglesia tiene á bien suplir nuestra flaqueza y nuestra imposibilidad concediéndonos indulgencia. Hay indulgencias plenarias que los Papas conceden por cierto número de años, que ordinariamente son siete. Hay otras calificadas por perpétuas por los breves. No obstante, los doctores juzgan comunmente que no duran sino por veinte años. Este sentir está fundado sobre la regla LVII de la chancillería de Roma, que declara que la palabra perpétua se debe restringir á veinte años solamente.

Jubileo es una indulgencia plenaria, cuyas utilidades verémos luego.

Además de las indulgencias para los fieles vivos, la Iglesia las concede tambien á favor de las almas del purgatorio, unidas á ella por el lazo de una misma fe y una misma caridad: *Neque enim priorum animas defunctorum ab Ecclesia separantur*, dice san Agustin ¹. Mas es de un modo muy diferente del que usa con los fieles vivos. La Iglesia concede indulgencias á los vivos por via de absolucion, *per modum absolutionis*, como dicen los teólogos, y en favor de los difuntos por medio de sufragio, *per modum suffragii*. Es decir, que concede indulgencias á los vivos en virtud de la jurisdiccion que tiene sobre ellos, perdonándoles una parte de la pena debida á sus pecados. Mas respecto de los difuntos que están en el purgatorio ella los considera como á quienes no están ya bajo su jurisdiccion; por eso les aplica las indulgencias por via de sufragio, pidiendo á Dios se digne por su misericordia infinita de recibir y aceptar las satisfacciones superabundantes de Jesucristo y de los Santos por paga de las penas de que ellos son deudores á la justicia divina.

¹ Lib. X de Civit. Dei, c. 2.

No se debe, pues, dudar que este género de indulgencias sea muy útil á los difuntos; porque puesto que es de fe que ellos pueden ser aliviados con las oraciones y sufragios de los fieles, segun las reglas de la misericordia y la justicia de Dios, y á proporción del cuidado que han tenido en vida de hacerse dignos de este socorro, con mayor razon pueden serlo por la aplicacion que les hace la Iglesia de los méritos y satisfaccion superabundante de nuestro Salvador y de los Santos. Este es el sentir de santo Tomás, de san Buenaventura, y de muchísimos teólogos citados por el sábio cardenal Belarmino ¹.

P. ¿Qué cosa es jubileo? ¿qué efectos produce?

R. Jubileo es una indulgencia plenaria que el Papa concede de veinte y cinco en veinte y cinco años á todos los que visitaren las cuatro principales iglesias de Roma. Este jubileo, que se llama comunmente año santo, dura un año para los que visitaren las iglesias de Roma, y hasta que se pase este año no se concede á los demás fieles. Bonifacio VIII fue el primero que dió al jubileo la forma que tiene el dia de hoy. Ordenó que desde el principio del año de 1300 se concediera esta indulgencia general de cien en cien años á los que visitasen las iglesias de San Pedro y San Pablo de Roma. Lo hizo porque supo que en el año de 1299 estaban los caminos llenos de peregrinos que iban á Roma de todas partes, y que decian lo hacian porque habian oido á sus padres que los que iban á Roma al fin de cada siglo ganaban grandes indulgencias en el último año del siglo. Clemente VI, juzgando que el término de cien años era muy largo, le redujo á cincuenta años; lo que continuó hasta Paulo II, que en el año 1470 fijó esta indulgencia al año veinte y cinco, ó de veinte y cinco en veinte y cinco años, lo que se ejecutó la primera vez por Sixto IV, su sucesor, el año de 1475, y ha seguido uniformemente hasta acá.

Este último Papa ordenó que durante el jubileo se suspendiesen todas las demás indulgencias. Dió tambien el nombre de jubileo á esta indulgencia plenaria, porque es muy semejante al jubileo de la ley antigua, que era figura del de la nueva. En el año del jubileo de los judíos se perdonaban todas las deudas, se daba libertad á los esclavos, y los bienes enajenados volvian á sus primeros dueños. El jubileo de la nueva ley perdona la pena temporal de que nuestros pecados nos hacian deudores á la divina justicia, nos libra

¹ Belarm. lib. de Indul. c. 14.

de la esclavitud del demonio, y nos hace volver á entrar en posesion de los bienes espirituales : con razon, pues, se llama *annus remissionis*.

Ved aquí los privilegios que concede el jubileo : I. Se puede elegir el confesor que se quiera de los que tienen jurisdiccion ordinaria ó están aprobados en el obispado donde uno se halla. II. Los confesores aprobados pueden absolver todos los pecados por graves que sean, y aunque estén reservados al obispo ó al Papa. Pueden tambien absolver de las censuras eclesiásticas que pertenecen al tribunal de la conciencia ; mas si el penitente hubiese sido declarado excomulgado por el juez eclesiástico, ó hubiese sido denunciado á este fin á dicho juez, no podrá absolverle el confesor. No puede tampoco dispensar en las irregularidades que son impedimentos canónicos para recibir órdenes, y que solo puede quitar el superior eclesiástico. III. Pueden los confesores commutar la mayor parte de los votos cuando la bula del jubileo da esta facultad. Las demás utilidades se pueden ver mas por menor leyendo la bula de cada jubileo.

P. ¿Cómo se debe portar el confesor con un penitente que estando en ocasion próxima ó costumbre de pecar mortalmente se presenta para ganar el jubileo, y con aquel que, habiéndole ganado en la primera semana, cae en algun caso reservado?

R. A la primera dificultad respondo, que si el confesor en tiempo de jubileo halla que el penitente que se le presenta está actualmente en costumbre ú ocasion de pecado mortal, en cuyas circunstancias estaria obligado á negarle la absolucion en otro tiempo, no puede dársela ; porque el jubileo no le da facultad para dispensarle de las reglas ordinarias, que son conformes al deseo que tiene la Iglesia de procurar la conversion y la salud de los pecadores. Esta condescendencia seria mas capaz de dañar al penitente que de sanarle. Así vemos que la gran facilidad de algunos confesores en tiempo de jubileo en dar absoluciones precipitadas á pecadores de costumbre no sirve sino de mantenerlos en sus desórdenes, como notó san Carlos. Debe, pues, el confesor diferir la absolucion á este penitente y el jubileo, hasta que le parezca está corregido de su mala vida y costumbre, y que haya dejado la ocasion próxima ; entonces, dándole la absolucion, le hará participante de la gracia del jubileo. Con tal que el penitente se presente á confesarse en el tiempo del jubileo, y cumpla con verdadero espíritu de penitencia las obras prescritas por la bula, la dilacion de absolucion no le impedirá gozar de la gracia del jubileo. No es creíble que la Iglesia, que

no desea cosa alguna tanto como la salud de sus hijos, quiera castigar con privacion de la gracia del jubileo una dilacion que es efecto de la obediencia que el penitente debe á su confesor, puesto que el Papa mismo permite á los confesores trasladar el jubileo para otro tiempo á los enfermos y á los que por impedimento legítimo no pueden hacer lo que prescribe la bula para ganar el jubileo.

A la segunda dificultad respondo, que si el que gana el jubileo en la primera semana cae en algun caso reservado, no puede ser absuelto en la segunda semana por confesor que no tenga mas que las facultades ordinarias; porque las extraordinarias solo se conceden para ganar el jubileo, y no se puede ganar mas que una vez.

P. ¿Qué se debe hacer para ganar el jubileo y las demás indulgencias?

R. Cuando la Iglesia abre sus tesoros para conceder indulgencias á los fieles, les enseña al mismo tiempo lo que deben hacer para aprovecharse de ellas. La primera disposicion que exige de ellos es una verdadera contricion, que encierre un sincero dolor de haber ofendido á Dios, y un firme propósito de no volverle á ofender. No os engañeis, hermanos mios, la Iglesia solo concede indulgencias á los corazones verdaderamente contritos y penitentes: *Vere contritis et pœnitentibus*. Nosotros concedemos la paz, dice san Cipriano ¹; pero ¿á quién? no á los hombres dormidos y negligentes, sino á los vigilantes, y que prometen estar mas sobre sí en adelante: *Pacem non dormientibus, sed vigilantibus damus*. La segunda condicion es estar en gracia: *Non valent indulgentiæ existentibus in mortali*, dice santo Tomás ², *et ideo in omnibus indulgentiis fit mentio de vere contritis et confessis*.

Este es el sentir de todos los teólogos, y la razon es clara. La indulgencia es un perdon de la pena debida al pecado: es así que la pena no se perdona jamás sin que la culpa esté perdonada; por consiguiente es necesario haber recibido la remision de los pecados en el tribunal de la Penitencia, y entonces, habiendo pasado de enemigos á amigos de Jesucristo, se nos aplica su superabundante satisfaccion. Mas si continuamos en su enemistad, se nos niega esta gracia. Nosotros hemos empeñado nuestra alma al demonio por el pecado; es necesario recoger la cédula de este empeño: de otra suerte no la recogerémos, ni aun en el tiempo de jubileo: *Redimi non poterit etiam in jubileo* ³. Es necesario, pues, reconciliarnos con Dios por medio de una buena confesion.

¹ Tract. de laps. — ² In 4, dist. 20, 1 q. a. 5, q. in corp. — ³ Lev. xxv, 30.

La tercera condicion para recibir el efecto del jubileo y las indulgencias es un deseo sincero de satisfacer á la justicia divina en cuanto podamos : *Pœnitenti, operanti, roganti, potest clementer ignoscere ; potest in acceptum referre quidquid pro talibus petierint martyres, et fecerint sacerdotes* ¹.

La última condicion es hacer lo que prescribe la bula, que son estaciones, visitas de iglesias, oraciones, ayunos y limosnas ; se debe cumplir todo exactamente y en estado de gracia en cuanto se pueda, y aun hay teólogos que son de sentir que, si la última accion de las prescritas por la bula no se ejecutase en estado de gracia, no se ganaria el jubileo ó indulgencia.

Demos gracias á Dios por haber inspirado á su Iglesia el uso de las indulgencias para abreviar el tiempo de nuestra penitencia, y hagamos todo lo posible para aprovecharnos de ellas. ¡Ah ! ¿qué no haríamos si comprendiésemos lo que padecen en el purgatorio las almas que han salido de este mundo sin haber hecho la debida penitencia ? Ved aquí el tiempo de gracia y de misericordia en que Dios se contenta con una ligera satisfaccion. Jerusalem ha vivido en el desórden, y la casa de Judá me ha ofendido durante cuarenta años, decia el Profeta : si yo hubiera de tratar á esta desgraciada nacion como ella merece, la perderia sin remedio ; mas yo tengo lástima de ella ; por cuarenta años que merece de penitencia, me contento con cuarenta dias ; no pido sino un dia por cada año : *Diem pro anno, diem, inquam, pro anno dedi tibi* ². Lujurioso, que tienes ha tanto tiempo comercio con esta miserable criatura ; blasfemo, que ha tanto tiempo deshonoras el santo nombre de Dios ; borracho, que has pasado la mayor parte de la vida en la disolucion, yo podria perderos como á tantos otros que están en los infiernos ; no obstante, quiero ofreceros el perdon de vuestros pecados : *Diem pro anno dedi tibi*. Cuando hiciéseis penitencia toda vuestra vida ; cuando os entregáseis á las austeridades de los solitarios de la Tebaida ; cuando empleáseis tantos años en ayunar como habeis gastado en ofenderme, no haríais demasiado : mas yo quiero abreviar vuestra penitencia : *Diem pro anno dedi tibi*. Aprovechémonos, pues, hermanos míos, de un tiempo tan favorable, que la bondad de Dios nos presenta para expiar nuestros pecados y satisfacer á la divina justicia, á fin de que, despues de los trabajos de una corta penitencia, lleguemos á la bienaventuranza eterna.

¹ Cypr. loc. cit. — ² Ezech. iv, 6.

PLÁTICA DUODÉCIMA.

SOBRE LA EXTREMAUNCION.

*Informatur quis in vobis? inducat presbyteros
Ecclesiam, et orant super eum, ungentes eum
oleo in nomine Domini. (Jacob. v).*

¿Enferma alguno de vosotros? llame los sacerdotes de la Iglesia, y oren sobre él, ungiéndolo con aceite en el nombre del Señor.

Ved aquí, cristianos, un nuevo rasgo de la misericordia de Jesucristo para con nosotros, y un nuevo motivo de nuestro reconocimiento. Nos preparó por el último Sacramento un camino fácil para arribar, cuando salimos de esta vida, á la bienaventuranza eterna. Nos abrió la entrada por el sacramento del Bautismo y por los otros Sacramentos que hemos explicado hasta aquí: su bondad nos da los socorros de que tenemos necesidad para conservarnos puros en la observancia de su santa ley, y caminar fielmente por la senda de la salvacion. ¡Oh! y qué obligaciones tenemos á este adorable Salvador! Despues de haber arreglado el principio y el progreso de la vida del cristiano, ha querido por el sacramento de la Extremauncion santificar el fin para que sea feliz; y porque el demonio, aquel leon rugiente que siempre busca alguna oveja descarriada para devorarla, redobla particularmente sus esfuerzos contra nosotros á la hora de la muerte, este divino Salvador aumentó tambien los cuidados de su vigilancia paternal para socorrernos mas eficazmente en las cercanias de nuestra última hora. Por eso los santos Padres miraron siempre el sacramento de la Extremauncion como la última perfeccion, no solamente de la penitencia, sino tambien de toda la vida cristiana, que debe ser una penitencia continua, como dice el concilio de Trento ¹: *Non modo penitentiae, sed et totius vitae christianae, quæ perpetua penitentia esse debet, consummativum existimatum est à Patribus.* De este Sacramento hablaremos en esta plática.

¹ Sess. XIV de Sacr. Extr. Unct.

P. ¿Qué cosa es Extremauncion? ¿Es uno de los Sacramentos de la nueva ley?

R. La Extremauncion es un Sacramento que se administra á los fieles enfermos de peligro, el cual les da la gracia necesaria para soportar las incomodidades de la enfermedad, borra las reliquias de los pecados, dispone á bien morir, y algunas veces da tambien la salud del cuerpo, si conviene para la del alma.

La Extremauncion es un Sacramento de la nueva ley, instituido por Jesucristo, como los otros, de que nos dió alguna idea durante su vida, enviando los Apóstoles á predicar. San Marcos notó que les dió potestad para ungir á los enfermos con aceite. Es fácil comprender que la Extremauncion es un Sacramento, puesto que es un signo sensible que confiere la gracia á los que le reciben. Las unciones y oraciones que hace el sacerdote sobre el enfermo son el signo sensible; la salud espiritual y la corporal del enfermo, si conviene, es la gracia que produce este signo sensible, como nos lo enseñan estas palabras de Santiago: «¿Enferma alguno de vosotros? llame los sacerdotes de la Iglesia, y oren por él, ungiéndole con aceite en el nombre del Señor.» Estas palabras son tan claras, que no pudiendo negar los Protestantes que hablan del sacramento de la Extremauncion, no hallaron otro efugio que decir, contra el testimonio de los Padres antiguos, que la epístola citada no es canónica, ni de Santiago. Miserable efugio, dice el cardenal Belarmino ¹, pues esta epístola está reconocida por canónica por los Padres antiguos, que nos dejaron el catálogo de los Libros sagrados.

Por esto el concilio de Trento condenó á todos los que negaren que la Extremauncion es verdadera y propiamente un Sacramento instituido por Nuestro Señor Jesucristo: *Si quis dixerit unctionem extremam non esse vere et proprie sacramentum à Christo Domino institutum, et à beato Jacobo Apostolo promulgatum, sed ritum tantum acceptum à Patribus, aut figmentum humanum; anathema sit* ².

Este Sacramento se llama Extremauncion, porque es la última uncion que recibe el cristiano. Recibe la primera en el Bautismo, la segunda en la Confirmacion, la tercera, si es un sacerdote ó un obispo, en su ordenacion, y esta cuando está enfermo de peligro. Por eso los Padres antiguos llamaron á este Sacramento la uncion de los enfermos y el Sacramento de los moribundos, como lo notó el catecismo del concilio de Trento.

¹ Belarm. de Extr. Unct. c. 3, v. 3. — ² Sess. XIII de Extr. Unct. c. 1.

P. ¿Cuál es la materia y la forma de este Sacramento? ¿Quién es el ministro, y qué debe observar en su administracion?

R. El concilio de Trento en la ses. XIV, cap. 1, notó que la tradicion apostólica nos enseña que el aceite bendecido por el obispo es la materia del sacramento de la Extremauncion. Este aceite debe ser de olivas. Quiso Dios que se usase de aceite en este Sacramento, porque como el aceite suaviza, cura, fortifica y alumbra, la uncion del aceite explica perfectamente la uncion interior del Espíritu Santo, que por este Sacramento purifica el alma de las reliquias del pecado, la fortifica contra las tentaciones del demonio, ilustra su fe, y mitiga sus penas. La aplicacion del óleo bendito, que es la materia próxima de este Sacramento, consiste en las unciones que el sacerdote hace sobre el enfermo. Se hacen estas unciones sobre los cinco órganos de los sentidos, porque son las puertas por donde el pecado entra en el alma.

El concilio de Trento nos enseña en el mismo capítulo, que la forma del sacramento de la Extremauncion consiste en estas palabras que el sacerdote pronuncia á cada uncion que hace sobre el enfermo: *Per istam sanctam Uncionem*, etc. El Ritual romano, y todos los que se han hecho despues del concilio de Trento, no nos proponen otra forma de este Sacramento, y debemos conformarnos con él. Se usa de la forma deprecativa, y no de una declarativa, porque así lo ordenó Santiago: *Inducat Presbyteros Ecclesiæ, et orent super eum*.

Los ministros de este Sacramento son los sacerdotes. Santiago nos lo dió á entender, quando dijo: *Infirmatur quis in vobis? inducat presbyteros Ecclesiæ*. Mas solo el cura y los que hagan sus veces pueden administrarlo lícitamente. A ellos se debe recurrir quando algun enfermo se halla en peligro de muerte: ellos solos son los ministros ordinarios de este Sacramento, y están obligados á administrárselo á sus feligreses, aunque estén enfermos de enfermedad contagiosa, y aunque se hayan confesado ya y comulgado por mano de otros sacerdotes. La Clementina primera de *privilegiis* prohibe á los religiosos administrar este Sacramento sin licencia de los curas: no obstante, si un enfermo estuviera en tal peligro que no se pudiese recurrir al cura ni á los beneficiados, otro cualquiera sacerdote que se hallase presente podria dar la Extremauncion al enfermo, para no dejarle morir sin este Sacramento. Así lo enseña san Carlos en su quinto concilio provincial ¹.

¹ Tit. de S. Extr. Unct.

El sacerdote que administra este Sacramento debe exhortar á todos los que están presentes á orar por el enfermo y juntar sus oraciones á las que él va á hacer. Debe observar exactamente lo prescrito por el Ritual romano. Si el enfermo espira despues de una de las unciones, añadirá para suplir las otras : *Quidquid per ceteros sensus deliquisti*. Si el enfermo carece de alguna de las partes exteriores sobre las cuales se debe hacer la uncion, debe hacerse sobre la parte mas inmediata, diciendo las mismas palabras de la forma que diria sobre la parte que falta ; porque, como dice santo Tomás ¹, pudo pecar el enfermo por las facultades interiores que tienen correspondencia con las exteriores. El ciego, por ejemplo, pudo haber deseado hacer miradas deshonestas : el mudo pronunciar malas palabras, etc. Finalmente, es necesario tener cuidado de que no se haga ninguna cosa supersticiosa en el cuarto del enfermo.

P. ¿ Débese dar la Extremauncion á todos los que están en peligro de muerte? ¿ á quiénes se les debe dar, y á quién debe negarse?

R. Este Sacramento se debe dar á los fieles que habiendo llegado al uso de la razon están peligrosamente enfermos ². Se debe dar tambien á los que, agobiados de vejez, están en peligro de morir á cada instante, aunque no tengan otro mal, dice san Cárlos en su cuarto concilio de Milan. Se puede dar tambien á los que no pudieron pedirla, cuando se tiene justo fundamento para juzgar por las señales de contricion que dieron, ó por su vida cristiana, que la pedirian si pudiesen hablar ó darse á entender. Pero no se les debe conceder á los pecadores públicos ³, á los excomulgados, á los que no han sido bautizados, ni á los que mueren en un delito manifesto, sin dar ninguna señal de penitencia. No se les debe dar á los insensatos ni á los frenéticos si no tienen algunos buenos intervalos en los cuales puedan recibirla con decencia y devocion.

No se les debe dar á los niños que no han llegado al uso de razon, y que verosímilmente no han pecado aun por los sentidos. Se les puede conceder no obstante cuando saben confesarse, aunque no comulguen aun, porque no se necesita juicio tan entero y perfecto como para la comunion. No se les debe dar á las mujeres que están de parto, si no están enfermas de otro mal, á los soldados que van al asalto de una plaza, á los que están en peligro de nau-

¹ In 4 dist. c. 23, q. 2, a. 3, quæst. 3. — ² Conc. Trid. ibid. c. 3. — ³ Ritualet Rom. ibid.

fragar, ni á los reos condenados á muerte; porque aunque todos estos estén en peligro de muerte, no es por enfermedad; y Santiago dice expresamente: *Infirmatur quis in vobis?*

P. ¿Es absolutamente necesario á un enfermo este Sacramento? ¿puedese recibir muchas veces en una misma enfermedad?

R. Este Sacramento no es necesario con necesidad de medio, porque puede uno salvarse sin haberlo recibido; pero se puede asegurar que es necesario con necesidad de precepto. No necesitamos otra prueba que estas palabras de Santiago: «¿Enferma alguno de «vosotros? llame los sacerdotes de la Iglesia, y oren por él ungiéndole con aceite en el nombre del Señor.» De donde concluye el concilio de Trento, que la recepcion de este Sacramento es de precepto para todos los que se hallan en peligro de muerte; y que el que menospreciándolo descuida de recibirlo, incurre en un grandísimo pecado, y hace injuria al Espíritu Santo: *Neque vero tanti sacramenti contemptus absque ingenti scelere, et ipsius Spiritus Sancti injuria esse potest* ¹. Así no se debe dudar que estamos obligados á recibirlo, y que cuando un cura por su negligencia deja morir á sus feligreses sin el socorro de este Sacramento, peca gravemente.

Este Sacramento se puede reiterar cuando el enfermo, despues de haber estado en peligro de muerte, vuelve á convalecer, y recae despues en el mismo peligro: en este caso se le puede administrar segunda vez: *Quod si infirmi, post susceptam hanc Unctionem convalescerint, iterum hujus sacramenti subsidio juxari poterunt, cum in aliud simile vitæ discrimen inciderint*, dice el concilio de Trento ². Mas si no vuelve á convalecer, no se le debe dar dos veces en una misma enfermedad. Santo Tomás advierte ³ que hay ciertas enfermedades largas, como las tísis, hidropesías y otras semejantes, en las cuales no debemos apresurarnos á dar la Extremauncion, sino esperar á que el enfermo esté verdaderamente de peligro: si vuelve en sí, aunque tenga siempre el mismo mal, y recae en el mismo peligro, se le podrá administrar segunda vez este Sacramento; porque en cierto modo es un diferente estado de la enfermedad, aunque absolutamente hablando no sea enfermedad diferente. Esto es conforme á lo que enseña el Ritual romano: *In eadem infirmitate, dice, hoc sacramentum iterari non debet, nisi diuturna sit, ut cum infirmus convalescerit, iterum in periculum mortis incidit*.

P. ¿Con qué disposiciones se debe recibir el sacramento de la Extremauncion?

¹ Sess. XIV de Extr. Unct. c. 3. — ² Ibid. — ³ In Sup. quest. c. 33, a. 2.

R. Estas disposiciones son exteriores ó interiores. Las exteriores están señaladas por esta rúbrica del Ritual : *Sacerdos operam dabit, ut quando poterit munditia ac niore hoc sacramentum ministretur*. En efecto es necesario : I. Que el cuarto del enfermo esté aseado. II. Que haya en él una mesa cubierta con un lienzo blanco, sobre el cual se pondrá una ó dos velas encendidas, un Crucifijo en medio, un vaso con agua bendita, otro con seis ó siete pelotones de estopa ó algodón, para enjugar las partes en donde se hicieren las unciones. III. Se tendrá cuidado de que las partes del cuerpo que se han de ungir estén lavadas, de hacer á los hombres la barba, que podría impedir el que la unción tocase á los labios del enfermo. IV. Despues de la administracion del Sacramento se le presenta al sacerdote agua y pan para lavar y limpiar los dedos. Se echa despues en el fuego lo que ha servido á este efecto ; y el sacerdote debe quemar por sí mismo los pelotones que sirvieron para enjugar las partes ungidas, ó llevarlos á la iglesia, si se puede cómodamente, para quemarlos y echarlos en la piscina, como está mandado por el Ritual romano.

Las disposiciones interiores con que el enfermo debe recibir este Sacramento, son : I. Ponerse en gracia. Por eso los Rituales ordenan que no se administre el sacramento de la Extremauncion sino despues del de la Penitencia, á fin de quitar todos los obstáculos á la gracia que podrian hallarse en el alma del enfermo. Si este no puede confesarse, y tiene conocimiento, se le debe advertir que procure hacer actos de contricion, darle la absolucion, y despues la Extremauncion. II. Cuando el enfermo recibe con conocimiento la Extremauncion debe acompañar con espíritu de penitencia las oraciones del sacerdote, y á cada unción pedir á Dios perdon de los pecados que ha cometido por cada sentido. III. Despues de recibido este Sacramento, debe dar gracias á Dios por este beneficio, ofrecerle sus dolores, sufrirlos con paciencia, producir en su corazon actos de las virtudes cristianas, especialmente de fe viva en Dios y en Jesucristo, de esperanza en la misericordia del Señor, y de caridad, deseando ardientemente ver á Dios, y no pensando sino en la eternidad. IV. Debe resignarse enteramente en la voluntad de Dios, haciéndole un sacrificio de su salud y de su vida, penetrado de esta máxima de san Pablo : Ninguno vive para sí mismo, ni muere para sí mismo : *Nemo nostrum sibi vivit, et nemo sibi moritur*¹. Si vivimos, para el Señor vivimos ; si morimos, es para el

¹ Rom. xiv, 7.

Señor : *Sive enim vivimus, Domino vivimus ; sive morimur, Domino morimur*. Sea, pues, que vivamos, ó que muramos, somos del Señor, y debemos someternos perfectamente á su santa voluntad : *Sive ergo vivimus, sive morimur, Domini sumus*.

P. ¿ Cuáles son los efectos que produce el sacramento de la Extremauncion ?

R. Están comprendidos en estas palabras de Santiago : « La oracion de la fe salvará al enfermo ; el Señor le aliviará, y si ha cometido pecados le serán perdonados. » El concilio de Trento¹, explicando estas palabras, dice que el sacramento de la Extremauncion : I. Confiere la gracia del Espíritu Santo, es decir, una gracia santificante, que perdona los pecados y libra de las reliquias del pecado. II. Que alivia y fortifica al enfermo para sufrir con valor el rigor de la enfermedad, para resistir á las tentaciones del demonio, y para no temer los horrores de la muerte ; que da algunas veces la salud al enfermo, si le conviene.

Aunque la Extremauncion no haya sido instituida principalmente para perdonar los pecados, no obstante es un efecto propio de este Sacramento perdonar los pecados no conocidos que restan en el alma despues de haber recibido los otros Sacramentos : *Cujus unctio delicta, si quæ sunt adhuc expianda, abstergit*, dice el mismo Concilio. Y estas palabras de la forma de que se sirve la Iglesia : *Per istam Unctionem, et suam piissimam misericordiam, indulgeat tibi Dominus quidquid per visum, auditum, etc., deliquisti*, significan clarísimamente que la Extremauncion perdona los pecados que el enfermo ha cometido por los sentidos ; porque los Sacramentos obran lo que significan. Así el concilio de Trento lanza excomunion contra los que dijeren que la Extremauncion no confiere la gracia ni perdona los pecados. Por esta razon llaman los Padres á este Sacramento la perfeccion y consumacion de la Penitencia.

La Extremauncion borra tambien las reliquias del pecado : I. Librando al enfermo, como enseña santo Tomás², de la pena temporal que debia padecer por sus pecados ; de la cual no obstante no libra enteramente, sino á proporcion de las disposiciones con que se recibe este Sacramento. II. Curando las flaquezas y languidez espiritual que restan despues que el alma ha sido purificada del pecado, y la impiden el elevarse á Dios. III. Apaciguando las inquietudes de la conciencia por medio de la confianza en la misericordia divina.

¹ Sess. XIV, c. 2, de Extr. Unct. — ² Lib. contra gent. c. 78.

Tened, pues, hermanos míos, un piadoso cuidado de haceros administrar, estando enfermos, un Sacramento que os da un poderoso medio de terminar santamente vuestra vida, y conseguir la muerte de los justos. No espereis á la extremidad para recibirlo. Basta que haya peligro de muerte, y se recibe con mas fruto cuando se recibe con mas conocimiento; lo cual, segun san Cárlos, deben advertírselo los curas á los enfermos: *Extremæ Uctionis sacramentum curet* (parochus), *ut ægroto, dum integris est sensibus adhibeatur*, dice este santo Cardenal ¹. Cuando estais enfermos, al punto recurrís á los médicos, y algunas veces á remedios superfluos, y olvidais el que Jesucristo ha puesto en su Iglesia, el cual puede daros no solamente la salud del alma, sino tambien la del cuerpo, si el Señor lo juzga útil para vuestra santificacion. Con razon podeis temer la reprehension hecha á Asa, rey de Judá, por haber en su enfermedad confiado mas en la ciencia de los médicos que en el recurso del Señor: *Nec in infirmitate sua quæsiuit Dominum, sed magis in medicorum arte confisus est* ². Aprovechémonos, pues, hermanos míos, de este último Sacramento, y hagamos todos los esfuerzos para morir en la gracia de Dios, que nos llevará á la bienaventuranza eterna.

¹ Conc. IV Mediol. de iis quæ pertinent ad S. Extr. Unct. — ² II Par. xvi, 12.

PLÁTICA DÉCIMATERCIA.

DEL SACRAMENTO DEL ÓRDEN.

Hoc facite in meam commemorationem. (Luc. xxii).

Haced esta en memoria mia.

Jesucristo, como Sumo Sacerdote y Pastor universal de la Iglesia, instituyó el sacramento del Orden para hacer ministros que ejerciesen su sacerdocio hasta la consumacion de los siglos. Estableció este Sacramento en la noche del Jueves Santo, víspera de su pasion, cuando despues de haber instituido el de la Eucaristia ordenó por sí mismo á sus Apóstoles, cumpliendo con el sacerdocio, segun el orden de Melquisedec. *Haced esto*, les dice, *en memoria mia*, es decir, *haced lo que yo he hecho*: ofreced el mismo sacrificio; administrad los mismos Sacramentos; ejerced el mismo sacerdocio: *Hoc facite in meam commemorationem*. Haced lo que me habeis visto hacer; para esto os establezco sacerdotes. No solamente comunicó Jesucristo á sus Apóstoles su sacerdocio, sino que les dió tambien potestad para extenderlo y comunicarlo á otros, y hacerse sucesores hasta el fin del mundo para el gobierno de su Iglesia: *Así como mi Padre*, dice, *me ha enviado, yo os envío á vosotros*. Yo os doy la misma autoridad y el mismo poder que he recibido de mi Padre para la edificacion de la Iglesia, cuyo fundamento he echado en vosotros. Yo os pongo en mi lugar, para que vosotros establezcáis otros sacerdotes, y mi sacerdocio, que es no segun el orden de Aaron, sino segun el orden de Melquisedec, sea perpétuo en mi Iglesia. De este Sacramento vamos á tratar ahora. Es justo que despues de haber hablado de los Sacramentos instituidos para la santificacion de cada cristiano en particular, digamos algo de los que han sido especialmente establecidos para el bien público y general de la Iglesia.

P. ¿Qué cosa es sacramento del Orden? ¿Se habla de él en la Escritura?

R. El Orden es un Sacramento que da potestad á los eclesiásti-

cos de ejercer las funciones sagradas, y gracia para desempeñarlas. Digo que el Orden es un Sacramento, porque es un signo sensible que confiere la gracia. La imposición de las manos y la oración del obispo es el signo sensible. El poder y la gracia para ejercer las funciones sagradas, como servir al altar, ofrecer el santo sacrificio, predicar, perdonar los pecados y las demás funciones del ministerio; ved aquí la gracia que obra este signo. Esto lo vemos en la Escritura, que hace mención de la imposición de las manos para el diaconado y el sacerdocio. El sexto capítulo de los Actos, que refiere la elección de los siete primeros diáconos, dice expresamente que los Apóstoles ordenaron por la oración y la imposición de manos: *Et orantes imposuerunt eis manus* ¹. En cuanto al sacerdocio, está escrito en el capítulo XIII del mismo libro, que habiendo resuelto los Apóstoles, antes de separarse, consagrar á Dios nuevos ministros, y ofreciendo á este fin el santo sacrificio al Señor: *Ministrantibus illis Domino* ², el Espíritu Santo les inspiró elegir á Pablo y Bernabé, para ordenar los obispos y apóstoles de los gentiles. Entonces, dice san Lucas, ayunando, orando, é imponiéndoles las manos, los enviaron á la obra á que estaban destinados: *Tunc jejunantes, et orantes, imponentesque eis manus, dimiserunt illos*. Ved aquí bien expresas en la Escritura las ceremonias de la ordenación que la Iglesia practica hoy día.

El Orden no solamente da potestad para ejercer las funciones sagradas, sino también la gracia para desempeñarlas, como consta también de la Escritura. San Pablo en su primera á Timoteo ³, le dice: «No descuides de la gracia que está en tí, que se te ha dado, según una particular revelación, por la imposición de las manos de los sacerdotes;» esto es, de los Obispos, como dice el texto original; y en la segunda le dice: «Yo te aconsejo que avives el fuego de la gracia de Dios, que has recibido por la imposición de las manos.» Así hablaba el Apóstol que había sido el principal ministro de la ordenación de Timoteo, acompañado de los obispos de la provincia en donde se hizo esta ceremonia; porque el uso antiguo de la Iglesia era que concurriesen muchos obispos á la ordenación de un obispo, y aun el día de hoy quiere que haya á lo menos tres. Es, pues, cierto que la ordenación es un Sacramento que confiere la gracia; y los textos que acabamos de alegar son suficientes para hacer ver hasta donde llega la temeridad de los minis-

¹ Act. VI, 6. — ² Act. XIII, 2. — ³ I Tim. IV, 25.

tros protestantes que se atreven á negar que la Escritura hable de ello.

P. ¿Cuáles son los efectos del sacramento del Orden? ¿quién es el ministro? ¿cuántas son las órdenes?

R. Los efectos del sacramento del Orden son : I. La potestad de ejercer las funciones propias de cada orden. II. La gracia para ejercerlas con bendicion. III. El carácter que imprime en el alma, que hace que no se pueda recibir dos veces este Sacramento. Este carácter supone el del Bautismo y el de la Confirmacion. El obispo solo es el ministro de este Sacramento. El obispo que puede lícitamente dar las órdenes, y á quien se debe recurrir para recibir las, es el propio obispo. Por propio obispo se entiende ordinariamente el de la diócesis en donde uno ha nacido ; se toma tambien algunas veces por el del beneficio ó del domicilio ; porque puede un obispo ordenar sin dimisorias del obispo del origen á un eclesiástico que posee un beneficio en su diócesis, con tal que no lo haya obtenido por fraude, y precisamente por sustraerse de la jurisdiccion de su obispo originario. Puede tambien dar las órdenes al que ha sido su familiar por tres años enteros y consecutivos (segun la disposicion del concilio de Trento), con condicion no obstante de que al mismo tiempo provea en él algun beneficio.

Hay siete órdenes diferentes. Los cuatro primeros, que se llaman menores, son los de ostiario, lector, exorcista, acólito. Los tres últimos, que se llaman mayores ó sagrados, son subdiaconado, diaconado y presbiterado, á los cuales san Isidoro añade el episcopado¹. Se llaman estos órdenes sagrados : I. Porque dicen mas próxima relacion á la Eucaristía. II. Porque los unos, como los subdiáconos, pueden tocar y preparar los vasos sagrados que sirven á la consagracion ; los otros, como los diáconos, pueden administrar este Sacramento en caso de necesidad y en defecto de los sacerdotes ; y los otros, como los sacerdotes, pueden consagrar la divina Eucaristía y administrársela á los fieles. III. Porque recibéndolos se consagran todos á Dios por una perpétua continencia, y se obligan á rezar el oficio divino aunque no tengan beneficio.

Cada uno de estos siete órdenes es un verdadero Sacramento, segun santo Tomás². Hay no obstante teólogos que no tienen á los órdenes menores por Sacramentos ; pero todos convienen en que no hay sino un solo sacramento del Orden, del cual se participa con

¹ Isid. in Can. Cleros. 1, dist. 21. — ² In 4, dist. 24, q. 2, art. 1, q. 3 in Corp.

mas ó menos abundancia, á proporcion que el órden que se recibe es mas ó menos elevado ¹.

Los diferentes grados que componen el sacramento del Órden son de institucion divina. La tonsura no es órden, sino solamente una preparacion y disposicion para los órdenes.

P. ¿Hay alguna subordinacion entre los ministros de la Iglesia?

R. Es de fe que hay una subordinacion entre los ministros de la Iglesia, que es la que se llama jerarquía eclesiástica: *Si quis dixerit, dice el concilio de Trento* ², *in Ecclesia catholica non esse hierarchiam divina ordinatione institutam, quæ constat ex episcopis, presbyteris et ministris; anathema sit.* Esta verdad está clara y expresa en los Padres mas antiguos ³; el mismo san Pablo da la razon en su epístola I á los corintios, capítulo XII. La Iglesia, dice, es el cuerpo de Jesucristo, cuyos miembros sois vosotros: como en el cuerpo natural no todos los miembros tienen las mismas funciones, del mismo modo en la Iglesia los cargos y funciones son diferentes: *Quosdam quidem posuit Deus in Ecclesia primum Apostolos, secundo Prophetas, tertio Doctores* ⁴. Hay, pues, diversas clases de ministros establecidos por Dios para el gobierno de su Iglesia.

El primero es el Papa, que siendo sucesor de san Pedro, al cual confió Jesucristo especialmente el cuidado de su rebaño, es la cabeza visible de la Iglesia y el primero de los pastores, primacia que no es simplemente de honor y de dignidad, sino una preeminencia de autoridad y jurisdiccion, como hemos probado en la plática sobre la Iglesia.

Despues del Papa son los Obispos, que han sucedido á los Apóstoles, y han sido establecidos para gobernar las diócesis, ordenar los sacerdotes y los otros ministros inferiores, sobre los cuales tienen jurisdiccion. San Pablo lo nota expresamente en su epístola á Tito, en donde dice ⁵: «Yo te he dejado en Creta, á fin de que arregles lo que falta por arreglar, y que establezcas presbíteros en cada ciudad, segun el órden que te he dado.»

Despues de los Obispos son los sacerdotes, á quienes podemos mirar como á sucesores de los setenta y dos discípulos de Jesucristo, particularmente los curas que tienen á su cargo las parroquias. Debajo de los sacerdotes, finalmente, están los diáconos, subdiáconos y demás ministros inferiores. Tal es la subordinacion que hay entre los ministros de la Iglesia, en la cual consiste su vigor y su gloria.

¹ Ibid. ad 2. — ² Sess. XXIII, can. 6. — ³ Ign. epist. ad Smir. ad Polic., et Tert. Cypr. Orig. — ⁴ I Cor. XII, 28. — ⁵ Tit. I, 5.

De aquí nace que se la compara á un ejército ordenado en batalla, en donde cada oficial sabe su destino y su empleo : *Terribilis acies ordinata* ¹.

Es de advertir que este bello orden no se halla sino en la Iglesia católica : desde que los Protestantes han tenido la desgracia de separarse de ella, han perdido todo lo que pertenece á la economía de la Iglesia y de la Religión. No se ve ya entre ellos ningun vestigio de la jerarquía eclesiástica. Están sin cabeza, sin Obispos, sin sacerdotes, sin ministros, sin autoridad, sin Sacramentos, sin sacrificio ; en una palabra, están desnudos de todo lo que pertenece á la nueva ley, habiendo perdido el principio y el fundamento de la verdad por el cisma y la herejía.

P. ¿Qué disposiciones se requieren para recibir los santos órdenes?

R. Estas disposiciones son unas exteriores y otras interiores. Las exteriores son : I. Tener la edad que piden los Cánones, que es de veinte y dos años comenzados para el subdiaconado ; de veinte y tres para el diaconado ; de veinte y cinco para el sacerdocio. Además de la edad competente, es necesario no tener ningun impedimento canónico ², como son la bigamia, el defecto de nacimiento ilegítimo, la suspension y demás censuras ; es necesario tambien haber guardado los intersticios señalados por los Obispos.

Las disposiciones interiores son : I. La vocacion ; es decir, que es necesario ser llamado de Dios al estado eclesiástico : *Nec quisquam sumit sibi honorem, sed qui vocatur à Deo* ³, dice san Pablo. Ninguno se debe atribuir el honor del sacerdocio sin ser llamado por Dios. Ved aquí la máxima mas importante, acerca de la cual deben examinarse los que quieren abrazar el estado eclesiástico. Padres y madres, vosotros destinaís ese niño á la Iglesia ; deseáis hacerle sacerdote ; es un buen deseo el que teneis ; mas ¿habeis consultado á Dios y á las personas instruidas en las reglas de la Iglesia para conocer si vuestro hijo es á propósito para un estado tan santo y tan elevado, y si se inclina á él por buenos fines? Sabed que si entra en él sin vocacion hacéis á la Iglesia un daño considerable, del cual seréis responsables delante de Dios.

II. La segunda disposicion es la inocencia y la santidad de vida. No basta, dice el concilio de Trento, tener la edad necesaria para recibir las órdenes, es necesario ser de una santidad y virtud

¹ Crut. vi, 2. — ² Conc. Trid. sess. XXIII de ref. c. 21 et 22.

³ Hebr. v, 4.

conocida : *Sciant tamen Episcopi non singulos in ea orate constitutos debere ad eos ordines assumi, sed dignos duntaxat, et quorum probata est senectus sit* ¹. Vuestro hijo es una mala cabeza, ¿y quereis que sea sacerdote? Os imagináis que con algunos meses de seminario se hará un santo, y os engañáis. San Pablo prohíbe ordenar á un neófito, no solamente al que lo es en la fe, sino tambien en las costumbres : *Inter neophytos deputamus qui adhuc novus est in sancta conversatione* ², dice san Gregorio. Reputamos por neófito al recién convertido que acaba de salir de una vida desreglada, y no ha adquirido aun las virtudes propias de un eclesiástico.

III. La tercera cualidad necesaria á un ministro de la Iglesia es la ciencia y el celo para trabajar en la salud de las almas. Con tal que mi hijo, decís vosotros, sepa cantar y decir misa, estoy contento; mas no lo está Dios, que desecha á los ignorantes del sagrado ministerio : *Quia tu scientiam repulisti, repellam te, ne sacerdotio fungaris mihi* ³. No está contento Jesucristo, que quiere que los sacerdotes sean la luz del mundo y la sal de la tierra. No está contenta la Iglesia, que nos enseña que la ignorancia es una irregularidad, de la que no dispensa jamás. Es necesario, pues, para entrar en el estado eclesiástico ser llamado por Dios, llevar á él la inocencia de las costumbres y la santidad de la vida, y tener suficiente ciencia y talento para servir á la Iglesia : *Nullus igitur ad sacra mysteria veniat indoctus*, dice el concilio VIII de Toledo ⁴, *aut ignorantia tenebris cæcitiens, sed solus is accedat, quem morum innocentia, et litterarum splendor reddunt illustrem*.

P. Entre las disposiciones necesarias para entrar en el estado eclesiástico habeis puesto el celo. ¿No querréis explicar lo que es particularmente necesario para ser provisto de un beneficio con carga de almas, y el uso que debe hacer un beneficiado de las rentas de su beneficio?

R. Para responder en pocas palabras á vuestras preguntas, digo : I. Que aunque sea loable en un eclesiástico solicitar, trabajar y servir á la Iglesia, no debe sin embargo pedir por sí mismo un beneficio con carga de almas, sino esperar á que la Providencia se lo proporcione : *Si aliquis pro se rogat, ut obtineat curam animarum, dice santo Tomás* ⁵, *ex ipsa presumptione redditur indignus; et sic preces sunt pro indigno: licite tamen potest aliquis, si sit indigena, pro se beneficium ecclesiasticum petere sine cura animarum*.

¹ Lec. cit. — ² Lib. IV, epist. LI Virg. Ep. Asc. — ³ Osee, IV, 6.

⁴ Cons. Tol. can. 8. — ⁵ 2, 2, q. 10, a. 3 ad 4.

II. No puede un eclesiástico pedir, ni un colador prometer un beneficio que no está vacante : *Nulla ecclesiastica ministeria, seu etiam beneficia, vel Ecclesiæ, tribuantur alicui, seu promittantur antequam vacent*, dice el concilio general de Letran tenido el año de 1179 en tiempo de Alejandro III, y lo confirmó el concilio de Trento, abrogando las gracias expectativas ó reservadas de beneficios.

III. Se debe dar el beneficio al mas digno. Por el mas digno no siempre se entiende el mas sábio, sino el que, miradas todas las cosas, es el mas apto para servir á la Iglesia en aquel puesto vacante : *Non ergo Episcopus tenetur semper dare meliori simpliciter; sed tenetur dare meliori quoad hoc*, dice santo Tomás ¹.

IV. No basta ser apto para servir un beneficio; es necesario además de esto tener voluntad de mantenerle, residir en él, y ejercer sus funciones. *Præcipimus*, dice Inocencio III ², *ut prætermittis indignis, idoneos assumant, qui Deo et Ecclesiis velint et valeant gratum impendere famulatum*.

V. Finalmente, para ser canónicamente provisto de un beneficio, es necesario que no haya ninguna confidencia ó promesa de dárselo á un pariente ó amigo despues de cierto tiempo, simonía, sea real, convencional ó mental. La simonía hace nulas las provisiones de beneficios; aunque haya mucho tiempo que se posean hay obligacion de hacer dimision de ellos, como declara Bonifacio VIII en esta regla de derecho : *Beneficium ecclesiasticum non potest sine institutione canonica possideri* ³.

En cuanto á la renta del beneficio, los beneficiados no son los propietarios, sino los ecónomos y dispensadores, porque este género de bienes pertenece á la Iglesia, y es el patrimonio de los pobres : *Res Ecclesiæ*, dice el concilio de Aix-la-Chapelle ⁴, *vota sunt fidelium, pretia peccatorum, et patrimonia pauperum*.

NOTA.

« Esta opinion del autor que despoja á los beneficiados del dominio de sus rentas es contradicha por gran número de autores, lo que dió motivo á que el sumo pontífice Benedicto XIV en su obra « *Synodo diæcesana*, lib. VII, cap. 2, amoneste á los Obispos no « decidan esta controversia en sus sínodos, mediante á que el santo « concilio de Trento la dejó intacta, como refiere el cardenal Pala-

¹ 2, 2, q. 63, a. 2, et Quodl. 6, a. 9. — ² In cap. Grave, 2 de Præbendis et dignit. — ³ Reg. c. 1, de Regulis juris in 6. — ⁴ C. Apol. c. 1, art. 816.

«vicino en su historia, lib. XXIV, cap. 3, y parece que basta recordar á los eclesiásticos la estrecha obligacion que les imponen los sagrados Cánones de repartir á los pobres lo sobrante de sus rentas, sin que haya necesidad de afirmar en este catecismo que dicha obligacion es de justicia, y no de caridad, como enseñan muchos autores célebres teólogos y canonistas.»

Supuesto este sentir, que es el de los santos Padres y del comun de los autores, es preciso decir que el uso que los beneficiados deben hacer de sus rentas consiste: I. En hacer con exactitud los reparos en los lugares dependientes de su beneficio, dar á la iglesia del beneficio y á las que dependen de ella los lienzo, ornamentos y vasos sagrados necesarios para hacer debidamente el oficio divino, en caso que sea de su cuenta el proveer de estas cosas. II. Mantener el número de sacerdotes, de eclesiásticos ó religiosos que manda la fundacion, ó las ordenanzas de los superiores. III. Despues de cumplir con todas estas cargas no deben tomar por sí mismos mas que lo necesario para su subsistencia y una manutencion honesta, y dar el sobrante á los pobres, y principalmente á los del lugar ó lugares del beneficio. Si sus parientes son pobres, deben asistirlos como á pobres; mas darles para enriquecerlos, para contribuir á su fausto, á su sensualidad, á su vanidad, es un delito condenado por los Concilios y los santos Padres. Tampoco es leve pecado el emplear los bienes de la Iglesia en jugar, divertirse, y otros gastos supérfluos. Todo beneficiado debe tener continuamente delante de los ojos estas palabras de san Jerónimo, que dice, que aunque san Pablo permite á la verdad á los eclesiásticos vivir del altar, no les permite regalarse: *Tibi ó sacerdos, de altari vivere, non luxuriari permittitur* ¹.

P. ¿Cuáles son las obligaciones de los fieles para con los ministros de la Iglesia, y particularmente para con sus pastores?

R. Deben: I. Honrarlos como á ministros de Jesucristo y dispensadores de sus misterios, que nos reparten el pan de la palabra divina, ofrecen por nosotros el santo sacrificio, nos reconcilian con Dios en el tribunal de la Penitencia, nos distribuyen el cuerpo del Señor, y nos confieren los demás Sacramentos. ¿Qué respeto no deberéis tenerles? No exijais jamás de ellos, hermanos míos, cosas indignas de su carácter. Si teneis un hijo sacerdote, no abuseis de él empleándole en negocios seculares, y haciéndole mayordomo de

¹ Hier. in ix Mich.

vuestra casa. ¿Qué diríais de uno que tomase un mantel de un altar para cubrir con él la mesa de un figon? Os horrorizaríais sin duda; pues tened entendido que los sacerdotes están aun mas consagrados á Dios que los adornos y ornamentos de la iglesia: *In tota anima tua time Dominum, et sacerdotes illius sanctifica* ¹.

II. Excusar sus defectos, y no hacer de ellos el asunto de vuestras sátiras y murmuraciones: *Nolite tangere christos meos, et in Prophetis meis nolite malignari* ². No toqueis á los ungidos del Señor, dice la Escritura, y no hagais mal á sus Profetas. Tenemos sobre esto un bello ejemplo en la persona de Constantino el Magno. Asistiendo este Emperador al concilio de Nicea, congregado de su orden, no quiso sentarse en aquella célebre asamblea hasta que estuviesen sentados todos los Obispos; y como muchos de ellos eran ilustres confesores que habian padecido por la fe, los trató como á Ángeles de Dios, ó, por mejor decir, como al mismo Jesucrista, besando humildemente las cicatrices que les habian hecho los tiranos. Habiéndole dado quejas algunos partidarios de Arrio contra los Obispos católicos, respondió que no le tocaba á él juzgar á los sacerdotes, á quienes ha dado Dios potestad para juzgar á los hombres. Añadió que si él viera á un sacerdote caer en una falta, le cubriría con su manto real, para que el escándalo no causase daño á la dignidad y á la eminencia del estado. Despues de haber hablado así, echó al fuego, dice Eusebio ³, los memoriales que se le habian presentado, sin haber leído uno solo. ¿Se trata así el día de hoy á los ministros de la Iglesia? Si un clérigo ó un religioso tuvo la desgracia de olvidarse de sí mismo, se publica su falta en todas partes, se le señala con el dedo, y no se tiene mayor contento que cuando se desacredita á los eclesiásticos.

III. Si los ministros de la Iglesia son vuestros pastores, estais obligados á obedecerles: *Obedite praepositis vestris, et subjacete eis* ⁴. Cuando ellos os reprenden, no les respondais jamás con insolencia, antes bien aprovechaos de sus consejos, y dadles gracias por el cuidado que tienen de vuestra salud: *Ipsi enim pervigilant quasi rationem pro animabus vestris reddituri*. Debeis contribuir de buena voluntad á su subsistencia: puesto que ellos procuran vuestro bien espiritual, ¿no será muy justo que participen de vuestros bienes temporales? *Si nos vobis spiritualia seminavimus, magnum est si nos*

¹ Eccli. vii, 31. — ² I Par. xvi, 22. — ³ Vita Const. lib. XI, v. 17. — ⁴ Hebr. xiii, 17.

carnalia vestra metamus ¹? dice el Apóstol á los corintios. Lo propio repite en su primera á Timoteo ², y quiere que los sacerdotes que gobiernan bien sean honrados al doble, principalmente los que trabajan en la predicacion y en la enseñanza de los pueblos.

Pero ellos, me diréis, no siempre son de una vida arreglada. Cuando fuesen defectuosos, como los fariseos, vosotros, hermanos míos, no estaríais por eso dispensados de honrarlos y obedecerles desde que son vuestros pastores legítimos, y mientras no os manden cosa contraria á las leyes de Dios y de la Iglesia : *Super cathedram Moysi sederunt scribæ et pharisæi*, dice Jesucristo ³, *omnia ergo quæcumque dixerint vobis, servate et facite*. Mas si ellos viven mal : *Secundum opera eorum nolite facere*. No hagais, añade el Señor, lo que ellos hacen, sino lo que os dicen de parte de Dios. Es un gran mal el que los ministros de la Iglesia no vivan conforme á la santidad de su estado ; mas si ellos se olvidan de su obligacion, no nos olvidemos nosotros de la nuestra ; cumplamos con ella fielmente : *Honora Deum ex tota anima tua, et honorifica sacerdotes* ⁴. Honrad á Dios de todo vuestro corazon, nos dice el Sábio, y tened respeto á los sacerdotes. Ved aquí una consecuencia bien sacada ; no se podría hacer lo uno sin lo otro : el que honra á los sacerdotes, honra á Dios, y el que los desprecia, le desprecia : *Qui vos audit, me audit*, dice Jesucristo ⁵, *et qui vos spernit, me spernit*. Amad, cristianas, á los buenos sacerdotes y los buenos pastores : contribuid á su manutencion : sostenedlos cuando encuentran obstáculos y contradicciones en la solicitud de vuestro bien : *Honorifica sacerdotes*. Orad por ellos para que cumplan las obligaciones de su ministerio. Pedid á Dios que aumente el número de sacerdotes, y que os dé pastores segun su corazon, que os nutran con los buenos pastos de la ciencia de la salvacion y os dirijan tan sabiamente, que merezcáis arribar con ellos á la bienaventuranza eterna, que será la recompensa de los pastores y de los fieles.

¹ 1 Cor. ix, 11. — ² 1 Tim. v, 17. — ³ Matth. xxiii, 2. — ⁴ Eccli. vii, 33. — ⁵ Luc. x, 16.

PLÁTICA DÉCIMACUARTA.

SOBRE EL MATRIMONIO.

Sacramentum hoc magnum est, ego autem dico in Christo et in Ecclesia. (Ephes. v).

Este Sacramento es grande: yo digo en Jesucristo y en la Iglesia.

El matrimonio es de gran mérito delante de Dios, cuando se entra en él con juicio y madurez. Es un estado santo. Es santo en su origen: Dios es quien en la ley de la naturaleza lo estableció para la propagacion del género humano. Fue santo en la ley de Moisés; y su dignidad se dejó ver en el cuidado que tuvo Dios de arreglar por sí mismo las condiciones y obligaciones, prometiendo mil bendiciones á los esposos que estuviesen bien unidos. Mas su santidad se manifestó con mas lucimiento en la nueva ley, cuando Jesucristo lo honró con su presencia en las bodas de Caná, y le elevó á la dignidad de Sacramento para ser una fuente de gracias en aquellos que le reciban con santas disposiciones. En la perfecta union de dos corazones para formar en el mundo una sociedad cristiana admiramos una figura visible de la alianza invisible que Jesucristo ha contraído con la Iglesia; lo que hizo decir á san Pablo que este Sacramento es grande en Jesucristo y en su Iglesia: *Sacramentum hoc magnum est in Christo et in Ecclesia*. Es grande, pues nos trae á la memoria la idea del misterio inefable de la Encarnacion del Hijo de Dios, que en la plenitud de los tiempos se desposó con nuestra naturaleza para redimir á todos los hombres; y enseña á las dos personas unidas con un nudo sagrado á trabajar en su mútua santificacion. Es grande, pues representa á nuestros ojos la imágen de la pasion del Salvador, que amó á su Iglesia y la hizo toda hermosa, muriendo en la cruz para santificarla. Así deben amarse los casados con un amor todo santo y puro que los haga agradables á Dios.

No hay, pues, cosa que no sea grande y santa en el Matrimonio, que tiene significaciones tan misteriosas; no obstante, es preciso confesarlo con lágrimas, hay muchísimos que entran en él sin hacer reflexion sobre la santidad de este estado, ni sobre las obligaciones

que trae consigo : piden las bendiciones nupciales, cuando no merecen de Dios sino maldiciones. Procuremos aplicar algunos remedios á un desórden demasiadamente comun.

P. ¿Qué cosa es Matrimonio? ¿Es uno de los Sacramentos de la nueva ley? ¿Se debe recibir en estado de gracia?

R. El Matrimonio en su primera institucion es un contrato natural y civil, por el cual se obligan un hombre y una mujer á vivir juntos toda su vida. Tales han sido los matrimonios de los judíos antes de la venida de Jesucristo ; y tales son aun los de los infieles, cuando se hacen conforme á las leyes de la naturaleza y el Estado. Dios es el autor de este contrato, y el que estableció el Matrimonio en el estado de la inocencia, cuando habiendo formado á Eva, y presentándosela á Adán, los bendijo á los dos, y les dijo : *Creded y multiplicaos*¹. Estando aun Adán en el paraíso, dice Tertuliano², habló de la union conyugal como profeta inspirado de Dios. «El hombre, exclamó viendo á Eva su esposa, dejará á su padre y á su madre, y se juntará á su mujer, y serán dos en una misma carne.» Palabras que hicieron decir á Jesucristo, respondiendo á los fariseos, que el matrimonio debia permanecer indisoluble como Dios lo estableció : *Quod ergo Deus conjunxit, homo non separet*³.

El matrimonio de los cristianos no es solamente un contrato natural y civil, como dicen los herejes de los últimos siglos, es verdadera y propiamente uno de los siete Sacramentos de la nueva ley, dice el concilio de Trento⁴, que pronunció excomunion contra los que sostuviesen lo contrario. San Pablo nos enseña tambien esta verdad en su epístola á los efesios, en donde despues de exhortar á los maridos á amar á sus mujeres, como Jesucristo ama á su Iglesia, añade : Por esto el hombre dejará á su padre y á su madre para juntarse á su mujer ; y siendo antes dos, vendrán á ser una misma carne. Este Sacramento es grande : yo digo en Jesucristo y en la Iglesia : *Propter hoc relinquet homo patrem et matrem suam, et adhærebit uxori suæ, et erunt duo in carne una : Sacramentum hoc magnum est : ego autem dico, in Christo et in Ecclesia*⁵. Por estas palabras enseña el Apóstol claramente que el matrimonio de los fieles es un Sacramento.

Este Sacramento ha sido instituido por Nuestro Señor Jesucristo, para conferir al hombre y á la mujer la gracia santificante, de lo cual necesitan para amarse con amor cristiano, vivir pacíficamente

¹ Genes. i, 28. — ² Lib. de anima, c. 11. — ³ Marc. x, 9. — ⁴ Sess. II, can. 1. — ⁵ Ephes. v, 31, 32.

juntos hasta la muerte, y criar los hijos en el temor del Señor. De aquí se sigue que se debe recibir en estado de gracia, puesto que la gracia santificante que confiere es incompatible con el pecado. Este es uno de los Sacramentos que la teología llama Sacramentos de vivos, que suponen la vida espiritual por la gracia en los que los reciben; y sería sacrilegio casarse en pecado mortal. Es necesario, pues, ponerse en buen estado por el sacramento de la Penitencia, para recibir el del Matrimonio. Es aun muy conveniente confesarse cuanto antes, así para instruirse de las obligaciones de este estado y alcanzar los auxilios del cielo para cumplirlas, como para prepararse por una buena confesion para comulgar dos ó tres dias antes del matrimonio, y presentarse á recibirlo con modestia y devocion de un modo propio de un cristiano que debe conducirse como santo, como dice el concilio de Colonia tenido en 1536: *In Domino sicut decet Sanctos*¹.

P. ¿Quiénes pueden recibir el sacramento del Matrimonio? Los insensatos, los locos y los tontos ¿se pueden casar? los hijos de familias ¿lo pueden hacer sin el consentimiento de sus padres?

R. Se pueden casar todos los que han llegado á la edad que piden las leyes, no teniendo algun impedimento. La edad que se requiere en los hombres es de catorce años cumplidos; y en las mujeres de doce tambien cumplidos. No se puede uno casar sin pecado hasta haber llegado á esta edad; y aunque el matrimonio de los impúberes sea algunas veces válido en el fuero de la conciencia, no se puede, regularmente hablando, contribuir á él sin ofender á Dios gravemente, pues se viola la ley de la Iglesia en una materia muy importante: *Distinctius inhibemus*, dice el papa Nicolao I^o, *ne aliqui, quorum uterque, vel alter, ad aetatem legibus vel canonibus determinatam non pervenerit, conjugantur*.

Los que están enteramente privados de uso de razon, como los locos y los insensatos ó fatuos, no pueden contraer válidamente matrimonio, porque, como advierte Inocencio III (*cap. Dilectus de Spons. et Matr.*), no son capaces de dar un verdadero consentimiento, sin el cual no puede haber matrimonio válido. Cuando ellos tuviesen algunos lúcidos intervalos² no convendria casarlos; porque son poco capaces de criar cristianamente los hijos. No sucede lo mismo con los tontos, que no tienen tan poco entendimiento, que no sepan lo que hacen; esos pueden contraer válidamente matrimonio. No obs-

¹ Ephes. v, 3. — ² In cap. ubi, 2 cod. tit. — ³ Silv. in Suppl. S. Th. q. 58, art. 3.

tante, si á un cura se le mandase por juez competente que no casase á un sujeto por su falta de conocimiento, no deberia casarle, mientras subsistiese el mandato.

A la tercera parte de la pregunta respondo que el respeto y obediencia que los hijos de familias deben á sus padres, y el precepto del Decálogo de honrarlos, exigen que no pasen á contraer matrimonio sin su consentimiento. La Iglesia ha mirado siempre con horror los matrimonios de los hijos de familias contraidos sin la aprobacion de sus padres, aunque sean válidos, si no hubo clandestinidad ni raptó; son no obstante eso ilícitos. Ved aquí cómo habla el concilio de Trento ¹: *Eos Sancta Synodus anathemate damnat... qui falso affirmant matrimonia à filiis familias, sine consensu parentum contracta irrita esse, et parentes ea rata vel irrita facere posse: nihilominus Sancta Dei Ecclesia, ex justissimis causis, illa semper detestata est atque prohibuit*. Los hijos que se casan sin licencia de sus padres se exponen á graves penas que pueden verse en la pragmática de S. M. D. Carlos III. Para evitar estos inconvenientes deben dirigirse por los consejos de aquellos á quienes encomendó Dios el cuidado de su colocacion: *Filii, obedite parentibus vestris in Domino; hoc enim justum est* ². Los padres y las madres cuiden de no abusar de la autoridad que tienen sobre sus hijos y de no irritarlos oponiéndose sin motivo á su voluntad cuando es prudente, y segun Dios: *Et vos, patres, nolite ad iracundiam provocare filios vestros* ³. Practicando lo que dice san Pablo se evitarán infinitas inquietudes en las familias.

P. ¿Qué fines deben proponerse los cristianos en el matrimonio?

R. Cuando san Pablo en su primera á los corintios dice que una viuda puede casarse con quien quiera, con tal que sea segun el Señor: *Cui vult nubat, tantum in Domino* ⁴, enseña á los cristianos que piensan casarse á no guiarse por miras bajas y carnales, y á tener intenciones puras y santas al entrar en el estado del matrimonio, de donde depende la felicidad de la vida y la salud eterna de los que lo abrazan: *Cui vult nubat, tantum in Domino*.

El primer fin que deben proponerse dos cristianos que determinan casarse es socorrerse mutuamente el uno al otro, viviendo en paz y en union, y trabajando recíprocamente á su santificacion. Dios ha criado en esta vida los dos sexos. No es bueno, dice en el Génesis, que el hombre esté solo; hagámosle una ayuda que le sea se-

¹ Sess. XXIV de Ref. matrim. cap. 1. — ² Ephes. vi, 1. — ³ Ibid. —

⁴ I Cor. vii, 39.

mejante : *Non est bonum esse hominem solum : faciamus ei adjutorium simile sibi* ¹.

El segundo fin es tener hijos que teman al Señor, y que se inclinen á este temor por la educacion que ellos tendrán cuidado de darles, instruyéndolos en la virtud. Este es el fin que el ángel Rafael dijo á Tobías el jóven se propusiese, tomando á Sara por mujer : *Accipies virginem cum timore Domini, amore filiorum magis quam libidine ductus, ut in semine Abrahæ benedictionem in filiis consequaris* ². Los justos en el Antiguo Testamento no se casaban, en sentir de los santos Padres, sino con la esperanza de ver nacer el Mesías en su familia, y de ser los progenitores del Redentor que se les habia prometido. Hoy que no subsiste este motivo, porque están cumplidas todas las profecías, los cristianos deben tener el de dar nuevos hijos á la Iglesia, verdaderos discípulos á Jesucristo, ejemplos de virtud al mundo, y Santos al cielo. No deben pararse simplemente en la procreacion de los hijos, dice san Agustin, sino poner la mira en tenerlos para hacerlos renacer en Jesucristo : *Voluntas in connubiis fidelium non eo fine determinatur, ut transituri filii nascantur in sæculo isto, sed ut permansuri renascantur in Christo* ³.

El tercer fin que se pueden proponer es hallar en el matrimonio un remedio al desórden de la concupiscencia. Así los que, conociendo su flaqueza, no pueden vivir castamente en el celibato ó viudez, pueden recurrir al matrimonio. Mas vale usar de un remedio lícito que morir de la enfermedad, como enseña san Pablo por estas palabras : *Quod si non se continent, nubant ; melius est enim nubere quam uri* ⁴. Los cristianos deben proponerse, á lo menos, uno de estos fines en el matrimonio, si quieren atraer sobre sí las bendiciones del cielo.

P. ¿Con qué disposiciones se debe celebrar el Matrimonio, y cómo deben portarse los que han contraído esponsales?

R. Lo primero que deben hacer los que desean casarse, es pedir á Dios auxilios para hacer una buena eleccion. Una mujer juiciosa y prudente y un hombre arreglado en las costumbres son un don y una recompensa que Dios concede á los que le temen y le sirven : *Pars bona mulier bona in parte timentium Deum dabitur viro pro factis bonis* ⁵.

II. Se debe en cuanto se pueda atender á la igualdad en la edad, en los bienes, en la condicion, en el genio, en las inclinaciones ; y

¹ Genes. II, 18 — ² Tob. VI, 22. — ³ Aug. lib. I de Nupt. et concup. c. 8. — ⁴ I Cor. VII, 9. — ⁵ Eccli. XXVI, 3.

sobre todo se debe cuidar de no unirse sino con personas de buena reputacion y costumbres. Una mujer juiciosa y prudente es un regalo del Señor, dice la Escritura : *A Domino autem proprie uxor prudens*¹. Dichoso el que la ha recibido de su mano : ha hallado un gran bien, y ha recibido de Dios una fuente de alegría : *Qui invenit mulierem bonam, invenit bonum, et hauriet jucunditatem à Domino*².

III. Deben estar instruidos en las obligaciones del estado del matrimonio y tener intencion de cumplirlas : saber los misterios de la religion cristiana, á lo que todo fiel cristiano está obligado, y los mandamientos de la ley de Dios y de la santa madre Iglesia, para podérselos enseñar á sus hijos : *Uterque sciat rudimenta, cum ea filios suos docere debeant*, dice el Ritual romano.

IV. Hallarse en estado de gracia, esto es, exentos de todo pecado mortal, cuando reciben las bendiciones nupciales : de otra suerte pecarian y se privarian del aumento de gracia santificante que el sacramento del Matrimonio confiere á los que le reciben santamente.

En cuanto á la conducta de los que se han dado esponsales, digo : I. Que están obligados á cumplir la promesa que se han hecho, á no ser que estén dispensados por causas justas y legítimas : *Ex tali promissione*, dice santo Tomás, *obligatur unus alii ad matrimonium contrahendum, et peccat mortaliter non solvens promissum*³.

II. Deben casarse cuanto antes puedan, si no se ha señalado tiempo fijo por los esponsales ; porque la dilacion en celebrar el matrimonio trae por lo comun malas consecuencias.

III. Deben evitar el vivir en una misma casa y verse á solas, por no dar lugar á familiaridades contrarias á la honestidad cristiana que los exponen al pecado y á ser privados de la gracia del sacramento del Matrimonio.

IV. Deben prepararse á la celebracion del Matrimonio con intenciones conformes al espíritu de Jesucristo, encomendándose á Dios con fervorosas oraciones, expiando los pecados de la juventud con limosnas y ayunos, y purificando sus corazones con ejercicios piadosos, á fin de recibir la gracia propia de este Sacramento.

P. ¿Quisiérais decirnos algo sobre el estado de las viudas ? ¿Es loable mantenerse en él ? ¿Es mas perfecto que el del matrimonio ?

R. Aunque el estado de las viudas sea inferior al de las vírgenes, es cierto, sin embargo, que excede en honor y en mérito al de los

¹ Prov. xix, 14. — ² Prov. xviii, 22. — ³ In 4, dist. 27, q. 2, a. 7, ad 2.

casados. Una viuda puede volverse á casar, dice el Apóstol; mas si se mantiene viuda, juzgo que será mas dichosa: *Beatior autem erit si sic permanserit*¹. Es la razon; porque las viudas tienen mas facilidad y medios para trabajar en su salvacion. El casado tiene el corazon dividido, porque es bien difícil ocuparse en el cuidado de las cosas de este mundo y de complacerse el uno al otro sin que se divida el corazon entre Dios y la criatura. Mas el que vive en la continencia tiene entera libertad de emplearse únicamente en Dios y en su salvacion: *Et mulier inuupta et virgo cogitat quæ Domini sunt, ut sit sancta corpore et spiritu*². San Pablo hacia tanto aprecio de las que se mantenian viudas, que escribiendo á Timoteo le encarga honre á las viudas que viven verdaderamente como tales: *Viduas honora quæ vere viduæ sunt*³. No solamente son alabadas las viudas en la nueva ley, sino tambien en la antigua; y los judíos en medio de ser tan groseros, hacian de ellas una estimacion particular; como se ve en las alabanzas que dieron á Judit, que tuvo valor para cortar la cabeza á Holofernes⁴. Has obrado con mucho ánimo, le dice el sumo sacerdote Joaquin, y tu corazon se ha confortado de un modo espantoso en el tiempo en que Betulia iba á caer en las manos de los asirios. Mas ¿de dónde previno tanta fuerza? *Eo quod castitatem amaveris, et post virum tuum alterum nescieris; ideo manus Domini confortavit te, et ideo eris benedicta in æternum*. Porque has amado la castidad, y despues de haber perdido el marido no has querido casarte con otro; por tanto la mano de Dios te ha fortificado, y serás siempre bendita. Es, pues, una cosa loable mantenerse en el estado de viuda.

P. ¿Cómo deben vivir las viudas para santificarse en su estado?

R. Ved aquí las obligaciones que san Pablo las impone: I. Amar el retiro, aplicarse á gobernar bien su familia, dar á sus hijos una educacion cristiana, haciendo con ellos lo mismo que con ellas hicieron sus padres: *Si qua autem vidua filios aut nepotes habet, doceat primum domum suam regere, et multam vicem reddere parentibus: hoc enim acceptum est coram Deo*⁵. Si el marido ha perdido á su mujer, ó esta á su marido, ¿qué partido debe tomar? El del retiro. Mientras que vivieron juntos, la union y la sociedad era lo que les correspondia; ahora que la muerte ha desatado este lazo, la soledad es lo que le corresponde al que sobrevive. La muerte ha arrancado al esposo del seno de su esposa; ya no está en su compañía:

¹ I Cor. vii, 40. — ² I Cor. vii, 34. — ³ I Tim. v, 3. — ⁴ Judith, x, 10, 11. — ⁵ I Tim. v, 4.

¿qué se ha de hacer despues de una tan triste separacion? Ceñirse al cuidado de sus hijos y de su familia.

II. Conservarse en la castidad viudal, y alejarse para este efecto de las compañías del mundo y de las diversiones profanas, juegos, danzas, festines, etc.; porque una viuda que vive en el regalo y las delicias está muerta á los ojos de Dios, aunque parezca viva á los ojos de los hombres: *Nam quæ in deliciis est, vivens mortua est*¹.

III. Poner en Dios toda su confianza. No teniendo ya apoyo ni consuelo en el mundo, debe pedirle sin cesar que le sirva de todo, ejercitarse en obras de caridad, frecuentar los Sacramentos y dedicarse á todo género de buenas obras: *Quæ autem vere vidua est, et desolata, speret in Deum, et instet obsecrationibus et orationibus*². Estas son las obligaciones que el Apóstol impone á las viudas. Mas porque tal vez les parecerán dificiles de practicar, es conveniente ponerlas á la vista un ejemplo sacado del Evangelio. Cuando Jesucristo fue presentado en el templo de Jerusalem, le reconoció por Mesías, no solo el santo viejo Simeon, sino tambien una santa viuda llamada Ana³, á la cual san Lucas da este elogio. Esta mujer era de la tribu de Aser, hija de Fanel; despues de haber pasado siete años solamente con su marido, con quien se habia casado siendo muy jóven, se mantuvo viuda hasta la edad de ochenta y cuatro años: su virtud era tal, que estaba continuamente en el templo, y servia á Dios noche y dia en los ejercicios del ayuno y la oracion: su piedad era tan grande, que habia recibido de Dios el don de profecía, y hablaba de Jesús á todos los que esperaban la redencion de Israel: *Non discedebat de templo, jejuniis et obsecrationibus serviens die ac nocte... et loquebatur de illo omnibus qui expectabant redemptionem Israel*. Ved aquí una viuda que practicó las reglas prescritas por san Pablo, antes que san Pablo las hubiese prescrito. Señoras viudas, procurad imitarla.

P. ¿Pueden volverse á casar las viudas? ¿Qué deben observar cuando quieren volverse á casar? ¿Es lícito dar chasco con vocería y ruidos de sartenes, cazos, etc., cuando se casan las viudas?

R. Es incontestable que los viudos y viudas se pueden casar; las segundas, las terceras y mas nupcias no están prohibidas: ¿cómo podríamos nosotros prohibirlas, dice san Agustin, autorizándolas san Pablo? Escribiendo este Apóstol á los corintios, les permite ca-

¹ I Tim. v, 6. — ² Ibid. v. — ³ Luc. II, 36 et seq.

sarse despues de la muerte de uno de los dos esposos, sin especificar si habla de las segundas, terceras ó cuartas nupcias. Es cierto que ha habido iglesias en donde no se aprobaba tanta reiteracion de matrimonios, y en la Iglesia griega están prohibidas las cuartas nupcias; mas la Iglesia latina no ha usado del mismo rigor. Ella quisiera que los que están viudos tuviesen bastante virtud para vivir en la continencia el resto de sus dias; mas como no todos pueden hacerlo, permite que se casen todas las veces que se considere necesario: y aun algunas veces se les puede aconsejar, sobre todo cuando son jóvenes que no tienen virtud para guardar continencia: *Volo, dice el Apóstol* ¹, *juniores nubere, filios procreare, matres familias esse, nullam occasionem dare adversario maledicti gratia.*

Cuando las viudas quieren volverse á casar deben observar: I. No pasar á segundas nupcias sino despues de una madura deliberacion, y de haberlo consultado con Dios, para saber si es su voluntad el que muden de estado: *Cui vult nubat, tantum in Domino.* II. Si tienen hijos del primer matrimonio, están indispensablemente obligadas á conservarles sus derechos; y ya que se exponen casándose á no poderles hacer bien, á lo menos no les quiten lo que ellos tienen: *Ne attingas parvulorum terminos, et agrum pupillorum ne introeas* ². Aunque no hay ninguna ley, á lo menos en la Iglesia latina, que quite á las viudas la libertad de casarse durante el año de luto, es bueno, no obstante, advertirles que no es nada honroso para una viuda el pasar á segundas nupcias inmediatamente despues de la muerte de su marido. Y aun es de temer que si ella estuviese preñada, diese un heredero supuesto al segundo marido, ó privase al hijo póstumo de su derecho á la herencia de su padre: en este caso, sabiendo el confesor que ella estaba en cinta, debería negarla la absolucion, si quisiese casarse antes de dar á luz su hijo; pues ella pecaría contra la ley natural, que prohíbe hacer daño al prójimo.

A la tercera parte de la pregunta propuesta digo que la Iglesia condena fuertemente el chasco y ruido que se hace á la puerta de las viudas que se vuelven á casar; ella mira este género de juegos como insultos públicos hechos al Sacramento en la persona de los hombres y mujeres que le reciben segunda vez.

Ved aquí lo que hay acerca de las viudas. Si ellas pueden mantenerse en este estado, harán bien: *Bonum est illis si sic permaneant.* Si les conviene volverse á casar, deben observar las reglas que les

¹ I Tim. v, 14. — ² Prov. xxiii, 10.

prescribe el Apóstol ; que no sean temerarias y precipitadas , sino que obren con prudencia , y examinen con cuidado si es voluntad de Dios que vuelvan á casarse. No explico aquí las obligaciones de los casados , porque ya hablé de ellas en esta parte. Rúego á Dios les conceda la gracia de cumplirlas fielmente , á fin de que despues de ser santificados juntos en esta vida , tengan la dicha de estar unidos á Dios por toda la eternidad.

CONFERENCIA PRIMERA.

SOBRE EL DECÁLOGO Y LOS MANDAMIENTOS EN GENERAL.

Custodi praecepta Domini Dei tui. (Deut. vi).

Guardad los preceptos de vuestro Señor Dios.

Esta es la advertencia que hizo Moisés á los iraelitas cuando fue enviado por Dios para anunciarles su santa ley. Guardad fielmente, les dice, los mandamientos del Señor vuestro Dios : sus palabras y sus preceptos serán grabados en vuestros corazones ; los referiréis á vuestros hijos, los meditaréis en vuestra casa, y cuando camineis de noche en los intervalos del sueño, y á la mañana cuando disperteis ; en una palabra, los traeréis continuamente á la vista : *Movebuntur inter oculos tuos*¹. Estos mismos mandamientos de la ley antigua son los que Jesucristo ha confirmado y autorizado en la nueva, y como son el origen de todas nuestras obligaciones, y la regla única de nuestra conducta, os los explicaré familiarmente, á fin de que cada uno pueda conocer lo que Dios exige de él para conseguir la felicidad eterna. La materia es vasta ; pero os importa sumamente el estar bien instruidos en ella. Estos no son puros consejos, ú obras de supererogacion, que solo hablan con los perfectos, sino mandamientos universales, á que están indispensablemente obligados los grandes y los pequeños, los ricos y los pobres, los amos y los criados, los reyes y los vasallos. Estos son los puntos decisivos de nuestra predestinacion ó reprobacion. Si los cumplimos, aseguraremos nuestra eterna salud ; pero si los quebrantamos, nos exponemos á perdernos para siempre. Siendo, pues, estas unas leyes primitivas y fundamentales, cuya observancia es absolutamente necesaria, tengo motivo para esperar que por poco que os mueva el deseo de salvaros, escucharéis atentamente la explicacion que voy á hacer. Solo hablaremos hoy de los mandamientos en general, y despues descendaremos á tratar de cada uno en particular.

P. ¿Qué quiere decir Decálogo, y cuáles son los mandamientos que contiene?

¹ Deut. vi, 8.

R. Se entiende por la palabra Decálogo los diez mandamientos que Dios dió á los israelitas por el ministerio de Moisés; la Escritura los llama las diez palabras de la alianza que el Señor hizo con su pueblo: *Scriptis in tabulis verba fœderis decem*¹. Dió esta ley á los israelitas despues de la primera Pascua, á los cincuenta dias de su salida de Egipto, y fue publicada sobre el monte Sínai entre rayos, truenos y relámpagos, para que el temor, dicen los intérpretes, obligase á los hombres á observarla, y conociesen lo que debían temer en la otra vida, si tenían la desgracia de quebrantarla en la presente, y fue grabada en dos tablas de piedra por el dedo del Todopoderoso, por lo cual se llamó el Decálogo ley escrita.

En la primera tabla se contienen los tres primeros mandamientos, que arreglan nuestras obligaciones para con Dios, ordenándonos que solo adoremos á él, que respetemos su santo nombre, y que santifiquemos el dia que consagró á su servicio.

La segunda tabla contiene los siete últimos mandamientos, que señalan nuestras obligaciones respecto del prójimo, ya en particular, ya en general: en particular, se le debe tributar el honor que le corresponde, y esto nos prescribe el precepto de honrar á nuestros padres; en general, no se debe hacer daño á ninguno por obra, por palabra, ni por pensamiento. Se hace injuria al prójimo por obra, y esto es lo que prohíbe el quinto precepto: *no matarás*, ó en la persona que le está unida por el vínculo del matrimonio; y esto es lo que prohíbe el sexto: *no cometerás adulterio*, ó finalmente en sus bienes, y esto es lo que prohíbe el séptimo mandamiento: *no hurtarás*: por el octavo se prohíbe hacer daño al prójimo con palabras: *no levantarás falso testimonio*, y últimamente se prohíbe ofenderle con el pensamiento, con los deseos del corazón, por estos dos preceptos: *no codiciarás la mujer de tu prójimo ni sus bienes*. Veis aquí los diez mandamientos contenidos en el Decálogo, que son como el sumario y compendio de todas las leyes. Dios, dice san Agustín², ordenó muchas cosas á Moisés, y no obstante solo le dió dos tablas de piedra, llamadas las tablas del Testamento, que debían guardarse en el arca; porque todas las demás leyes dimanaban de estas diez, así como se encierran todas en los dos preceptos del amor de Dios y del prójimo, que comprenden toda la ley y los Profetas, como Jesucristo lo dice en su Evangelio: *In his duobus mandatis universa lex pendet et Prophetæ*³.

¹ Exod. xxxiv, 28. — ² Aug. q. 186 in Exod. — ³ Matth. xxii, 40.

P. ¿Hay obligacion de saber los mandamientos? ¿Peca el que por ignorancia hace alguna cosa prohibida por ellos?

R. Todo cristiano que ha llegado al libre uso de la razon está obligado á saber, á lo menos en cuanto á la sustancia, los mandamientos de Dios y de la Iglesia; porque no puede arreglar su vida como debe, si no está instruido, á lo menos en general, de lo que la ley de Dios le ordena y le prohíbe. Por esto dice san Carlos en sus instrucciones á los confesores que no se debe dar la absolucion á los que no ponen el correspondiente cuidado en saber el Padre nuestro, el Credo y los Mandamientos, y que se les obligue á asistir á la explicacion del catecismo, hasta que aprendan todas las cosas necesarias para salvarse.

Respecto de aquellos que por ignorancia infringen los mandamientos, es cierto que regularmente pecan. La ignorancia en que viven algunos cristianos de las obligaciones contenidas en el Decálogo, ó que de él dimanen, no es inculpable, porque es el efecto de su negligencia, y muchas veces de su mala voluntad, que se opone á las luces de Dios. Esta ignorancia es de la que dice san Bernardo en su carta LXXVII á Hugo de San Víctor: *Multa sciendi nesciuntur, aut sciendi incuria, aut discendi desidia, aut verecundia inquirendi, et quidem hujusmodi ignorantia non habet excusationem*. La ignorancia del derecho natural puede disminuir el pecado, como lo enseña san Agustin¹; pero cuando es vencible no excusa á ninguno de los que tienen uso de razon. Tal es la ignorancia de los preceptos contenidos en el Decálogo, pues todos son de derecho natural, y esta especie de ignorancia rarísima vez es del todo invencible, y por consiguiente es culpable en los adultos: *Ignorantia juris naturalis in omnibus adultis damnabilis est*², dice un cánón citado por Graciano, porque el hombre tiene casi siempre bastantes luces para conocer lo que es de derecho natural; y si no lo conoce, es porque no pone bastante cuidado, lo que es incontestable respecto de los primeros preceptos de la ley natural y de sus mas próximas consecuencias: en cuanto á las mas remotas es preciso confesar que puede haber ignorancia invencible, y entonces no se peca. Por esto Alejandro VIII en 7 de diciembre de 1690 condenó entre otras esta proposicion: *Tametsi detur ignorantia invincibilis juris naturæ, hæc in statu naturæ lapsæ non excusat à peccato formali*.

P. ¿Están obligados todos los hombres, así cristianos como judíos, á observar los diez mandamientos para salvarse?

¹ Lib. III de lib. arb. c. 22. — ² Notandum ad canonem *Turbatur*.

R. Todos los hombres que tienen uso de razon, y que son capaces de discernir lo bueno de lo malo, están obligados á guardar los mandamientos del Decálogo, y ninguno ha podido ni podrá nunca salvarse sin guardarlos. La razon es, porque, como hemos dicho, pertenecen á la ley natural, que es comun á todos los hombres, y contra la cual nunca es lícito obrar, y basta el quebrantar uno solo de estos mandamientos para incurrir en la ira de Dios y exponerse á la condenacion eterna, si no se hace penitencia : *Quicumque autem totam legem servaverit, offendet autem in uno, factus est omnium reus* ¹, dice Santiago. Y ¿por qué así, continúa el Apóstol? Porque Dios quiere ser obedecido en todo lo que manda : el mismo que dijo : *No cometerás adulterio*, dijo : *no matarás*. Y así, aunque no seais adúlteros, si cometeis algun homicidio, seréis culpables de haber violado la ley, y seréis castigados como transgresores de ella. Esta verdad nos la explica claramente Jesucristo en la respuesta que dió á un jóven que le preguntó lo que deberia hacer para conseguir la vida eterna : Si quieres salvarte, le dice el Salvador, guarda los mandamientos : *Si vis ad vitam ingredi, serva mandata* ². Y ¿cuáles son los mandamientos que he de guardar? replicó el jóven. Los que se contienen en el Decálogo, le respondió Jesucristo.

Como alguno podria imaginarse que Nuestro Señor vino para dispensarnos de la ley dada á los judíos, declara expresamente que no vino á destruir la ley, sino á perfeccionarla y cumplirla : *Nolite putare quoniam veni solvere legem : non veni solvere, sed adimplere* ³. Por esto el santo concilio de Trento pronuncia anatema contra los que digan que el Evangelio solo nos ordena tener la fe ; que todo lo demás es libre é indiferente, y que los cristianos no están obligados á guardar los diez mandamientos ⁴. Y así no os engaños, hermanos, porque es un error condenado por la Iglesia el afirmar que podemos ir al cielo sin guardar los mandamientos. Es preciso que todos los observemos con grande exactitud, si queremos ser salvos ; esto es, dice el real Profeta, lo que el Señor exige de nosotros : *Tu mandasti mandata tua custodiri nimis* ⁵.

P. ¿Tenemos fuerzas suficientes para observar todos los mandamientos? ¿hay alguno que sea imposible al hombre?

R. Nosotros podemos guardar todos los mandamientos de Dios con el auxilio de su gracia : *Viam mandatorum tuorum cucurri, cum dilatasti cor meum* ⁶. Señor, decia á Dios el Rey profeta, he corrido por el

¹ Jacob. II, 10. — ² Matth. XIX, 17. — ³ Matth. V, 17. — ⁴ Sess. VI, can. 9. — ⁵ Psalm. CXVIII, 4. — ⁶ Psalm. CXVIII, 32.

camino de vuestros mandamientos, cuando con vuestro amor habeis ensanchado mi corazon. Es cierto que si consideramos los mandamientos de Dios en sí mismos, nos parecen difíciles de observar, como opuestos á las inclinaciones de la naturaleza corrompida por la culpa, que tiene mucha mayor propension á lo malo que á lo bueno; pero si los consideramos acompañados con el auxilio de la gracia, debemos decir con el discípulo amado que los mandamientos de Dios no son gravosos: *Mandata ejus gravia non sunt* ¹, y con el mismo Jesucristo, que su yugo es suave y su carga ligera. Por lo cual es blasfemia, es impiedad y es herejía sostener, como lo han hecho algunos novadores de estos últimos siglos, que los mandamientos de Dios son imposibles, ó que hay algunos preceptos que ni aun los justos pueden guardar por mas esfuerzos que hagan. Digo que esto es una verdadera blasfemia contra Dios, que ha declarado por sí mismo al tiempo de intimarnos sus mandamientos, que nada nos ordena que sea superior á nuestras fuerzas: *Mandatum quod præcipio tibi hodie, non supra te est* ²; es una impiedad, porque el Señor nos ha prometido su santo Espíritu, que nos hará caminar por la senda de sus mandamientos: *Spiritum meum ponam in medio vestri; et faciam ut in præceptis meis ambuletis, et judicia mea custodiatis* ³. Finalmente, esta es una herejía que la Iglesia ha condenado muchas veces, y el concilio de Trento pronunció anatema contra los que dijese que los mandamientos de Dios eran imposibles aun á los justos: *Si quis dixerit Dei præcepta homini etiam justificato et sub gratia constituto esse ad observandum impossibilia, anathema sit* ⁴.

Es, pues, una verdad de fe, de que no puede dudar ningun católico, que podamos guardar los mandamientos con la gracia de Dios, y que Dios no la rehusa á los que se la piden como se debe. Dios no manda cosa imposible, dice el concilio de Trento con san Agustin, sino que cuando manda, nos advierte que hagamos lo que podamos, le pidamos lo que no podemos, y nos ayuda para que podamos: *Deus impossibilia non jubet, sed jubendo monet facere quod possis, petere quod non possis, et adjuvat ut possis*. Tenemos una prueba de esta verdad en el Evangelio, que en la persona de Zacarías y de Elisabet, padres de san Juan Bautista, nos muestra dos justos que guardaron fielmente los mandamientos de Dios: *Erant justi ambo ante Deum incedentes in omnibus mandatis et justificationibus Domini, sine querela* ⁵. Jesucristo da el mismo testimonio de sus Apóstoles:

¹ I Joan. v, 3. — ² Deut. xxx, 11. — ³ Ezech. xxxvi, 27. — ⁴ Sess. VI, can. 18. — ⁵ Luc. i, 6.

Tui erant, et mihi eos dedisti, et sermonem meum servaverunt ¹. Luego no tendremos excusa delante de Dios, si dejamos de observar su santa ley: *Maledicti qui declinant à mandatis tuis* ².

P. ¿Cómo deben los cristianos guardar los mandamientos?

R. Deben guardarlos con mayor perfeccion que los judíos ³. Si vuestra justicia, nos dice Cristo, no es mas llena y abundante que la de los escribas y fariseos, no entraréis en el reino de los cielos. Los judíos no penetraban el espíritu de la ley, y se contentaban con reformar lo exterior, descuidando de lo interior. Para impedir que incurramos en el mismo defecto, quiso el Salvador explicarnos por sí mismo los mandamientos, y romper el velo que nos estorbaba penetrar su verdadero sentido. No basta, dice, que ameís á vuestros amigos, es preciso además que ameís á vuestros enemigos, que hagais bien á los que os hacen mal, y que oreis por los que os persiguen y calumnian. No basta el no matar, sino que es preciso que reprimais la ira. No basta no cometer adulterio, sino que es preciso no desearlo con el pensamiento ni la voluntad. No basta evitar el perjurio, sino que es preciso abstenerse de jurar. No basta practicar buenas obras, sino que es preciso hacerlas con recta intencion, y con el fin de agradar á Dios y no á los hombres. No basta evitar el pecado, sino que es preciso huir de la ocasion, y cortar todo lo que pueda ser motivo de escándalo, hacerse violencia, caminar por la senda estrecha, etc. Estas y otras explicaciones que el Hijo de Dios nos hace en su Evangelio, demuestran que los cristianos deben observar los mandamientos con mayor perfeccion que los judíos.

Otro defecto muy comun entre los judíos era el que solo guardaban la ley de Dios por espíritu de temor, como los esclavos que solo obran por el miedo de la pena y del castigo. Pero nosotros, que somos hijos de Dios, y que hemos recibido el espíritu de adopcion, como dice san Pablo, debemos observar la ley de Dios por el motivo de su amor: *Hæc est charitas Dei ut mandata ejus custodiamus* ⁴, dice san Juan. La caridad es de tal suerte el carácter de los discipulos de Jesucristo, que cualquiera que no le ama no guarda sus mandamientos: *Qui non diligit me, sermones meos non servat* ⁵. Por esto dijo san Agustin aquellas célebres palabras: *Brevis differentia legis, timor et amor* ⁶. En la antigua ley dominaba el temor en los corazones, y en la nueva debe dominar el amor de Dios, que debe hacernos cumplir sus mandamientos. Pero ¿tenemos cuidado de cumplir-

¹ Joan. xvii, 6. — ² Psalm. cxviii, 21. — ³ Matth. v, 20. — ⁴ I Joan. v, 3. — ⁵ Joan. xiv, 24. — ⁶ Lib. contr. Adimant. c. 17.

los así? ¿amamos á Dios? ¿le obedecemos por amor, como los hijos deben obedecer á sus padres? *Finis præcepti est charitas de corde puro, et conscientia bona, et fide non ficta* ¹.

P. ¿Qué recompensa promete Dios á los que guarden fielmente sus mandamientos?

R. Una recompensa muy abundante: *In custodiendis illis retributio multa* ², dice el Rey profeta. Si sois fieles en guardar la ley del Señor, os colmará de bienes, y derramará sobre vosotros sus santas bendiciones, dijo Moisés á los israelitas: *Abundare te faciet Dominus omnibus bonis* ³. Bendecirá vuestras personas, vuestros trabajos, vuestras tierras, vuestras casas y vuestros hijos, y derramará sobre vuestra posteridad aquellas gracias de que habla el Profeta: *Justitia illius in filios filiorum, his qui servant testamentum ejus, et memores sunt mandatorum ipsius ad faciendum ea* ⁴. Para decirlo todo en una palabra, ganamos la amistad de Dios, si observamos sus mandamientos. ¿Qué no se hace para conseguir la amistad de un príncipe ó de un hombre rico y poderoso? Y ¿qué es lo que vale esta amistad de un hombre comparada con la de un Dios? No obstante, Jesucristo asegura, que si hacemos lo que nos manda, seremos sus amigos y confidentes: *Vos amici mei estis si feceritis quæ ego præcipio vobis* ⁵. ¿Qué no debemos hacer para conseguir tan grande honra? Para colmo de nuestra felicidad promete el Señor al que guarde su ley que se le manifestará, y le hará contemplar su gloria por toda la eternidad: *Et manifestabo ei meipsum* ⁶.

¿Cuánta impresion debe hacer en nosotros la consideracion de tantas ventajas como hallamos en guardar la ley de Dios? Y sin embargo, ¿quién es el que piensa en esto? Un príncipe nos manda, y muchas veces injustamente, y temblamos. Dios nos manda cosas muy justas y muy útiles: *Judicia Domini vera, justificata in semetipsa* ⁷, y no tememos desobedecerle: sus mandamientos son mas preciosos que el oro y las piedras preciosas: *Super aurum et topazion*. Todo lo que se puede amar en la tierra nada es en comparacion de esta santa ley: *Bonum mihi lex oris tui*, decia el real Profeta ⁸, *super millia auri et argenti*. Y no obstante, ¿cómo la tratamos? Demos una ojeada por las familias, por las tiendas de los mercaderes, por los tribunales de justicia, etc., y veremos que casi en todas partes es quebrantada esta ley: por cosas de muy poco valor se burlan, se rien

¹ I Tim. I, 5. — ² Psalm. cxviii, 12. — ³ Deut. xxviii, 11. — ⁴ Psalm. ciii, 17, 18. — ⁵ Joan. xv, 14. — ⁶ Joan. xiv, 21. — ⁷ Psalm. xviii, 10. —

⁸ Psalm. cxviii, 70.

y hacen juguete de ella : *Lacerata est lex* ¹. ¡ Oh gran Dios! ¿dónde estamos? No son ya los infieles, sino los cristianos, que se llaman hijos vuestros, los que han pisado vuestra ley : *Omnis Israel prævaricati sunt legem tuam* ². Sí, los cristianos que prometieron tan solemnemente observarla, y á quienes se dijo en el Bautismo : *Custodi Baptismum tuum et serva Dei mandata*. ¡ Ah! despues de estos felices dias de vuestra consagracion, ¿cuántas veces habeis faltado á vuestra promesa? Pensad en esto, y humillaos, pedid perdon á Dios, y para fruto de esta instruccion atended sériamente estas palabras con que el Sábio concluye su libro del Eclesiástico : *Deum time, et mandata ejus observa, hoc est enim omnis homo* ³: Temed á Dios, y observad sus mandamientos, y esto es todo el hombre, *Hoc enim omnis homo* : si esto es todo el hombre, se infiere que todo lo demás es nada; por mas riquezas que junteis, si no habeis observado la ley de vuestro Dios, todo esto de nada os servirá : *Deum time*, etc. Pedid á Dios que os conceda la gracia de penetrar á fondo esta importante verdad. No basta que sepais de memoria los mandamientos y que los reciteis cada dia, sino que es preciso que pidais á Dios la inteligencia de ellos, para que comprendais lo que os manda y lo que os prohíbe : *Da mihi intellectum, et discam mandata tua* ⁴. Repasadlos á menudo, y haced que á ejemplo de los Santos sean el asunto ordinario de vuestras meditaciones : *In mandatis tuis exercebor, et considerabo vias tuas*. Pero sobre todo formad un eficaz propósito de no quebrantarlos jamás. Sí, Dios mio, yo prometo de nuevo á presencia de estos santos altares obedecer vuestros mandamientos, y no traspasaré vuestra santa ley, aunque me importara ganar todo el mundo, y aunque pusiese á riesgo mis bienes, mi honra y aun mi vida. Yo procuraré siempre cumplir vuestra santa voluntad, para merecer cumplirla eternamente en el cielo : *Et custodiam legem tuam semper, in sæculum et in sæculum sæculi*. Dios nos lo conceda. Amen.

¹ Habac. i, 4. — ² Dan. ix, 11. — ³ Eccles. xii, 13. — ⁴ Psalm. cxviii, 73.

CONFERENCIA SEGUNDA.

SOBRE EL PRIMER MANDAMIENTO.

Ego sum Dominus Deus tuus, qui eduxi te de terra Egypti, de domo servitutis: non habebis deos alienos coram me. (Exod. XX),

Yo soy el Señor vuestro Dios, que os he sacado de la tierra de Egipto, y de la casa de esclavitud: no adoraréis otros dioses en mi presencia.

Por estas palabras comienza Dios los mandamientos que intima á los hombres. Queriendo inspirar á los israelitas el respeto que merecía su Majestad soberana y el agradecimiento que le era debido, les recuerda sus beneficios diciendo: Yo soy el Señor vuestro Dios que os he sacado de Egipto y de la casa de esclavitud, para incitaros por este motivo á observar su santa ley. Y es de advertir que este preludio habla con nosotros lo mismo que con los judíos, pues los judíos rescatados de la servidumbre de Faraon y de los egipcios eran la figura de los cristianos redimidos por Jesucristo de la servidumbre del demonio y del pecado. Y si la libertad del cautiverio de Egipto debió obligar á los israelitas á que obedeciesen la ley del Señor, ¿qué sumision no exigirá de los cristianos esta ley renovada por Jesucristo, que nos sacó de la tiranía del pecado, y nos mereció la gracia para cumplir lo que la ley nos ordena? Esta es la conclusion que debemos sacar de estas palabras.

Las que se siguen: *No adoraréis otros dioses en mi presencia*, contienen un precepto y una prohibicion, como dice el Catecismo romano. El Señor nos manda reconocerle y adorarle como á verdadero Dios. Este es el precepto, y nos prohíbe reconocer otros dioses, ni rendir á nadie el culto que á él solo le es debido, y esta es la prohibicion. Examinemos el sentido de este precepto, que es el primero y el mayor de todos los mandamientos, segun las palabras de Jesucristo: *Hoc est primum et maximum mandatum*, y el que la Iglesia nos propone en estos términos: *Un solo Dios adorarás, y le amarás sobre todas las cosas*. Vamos á explicar lo que es necesario para cumplirlo.

P. ¿A qué nos obliga el primer mandamiento? ¿Cuáles son las virtudes que debemos practicar para guardarle?

R. Este mandamiento nos ordena tributar á Dios el culto supremo que le debemos como á nuestro Criador y soberano Señor de todas las cosas. Nos ordena que le adoremos, que le amemos, y que nos unamos á él con todo el esfuerzo de nuestra alma, como á quien solo puede ser nuestra felicidad, por la comunicacion del Bien supremo, que es el mismo Dios: *Dominum Deum tuum adorabis, et illi soli servies*¹. Este es el mas esencial de todos nuestros deberes y el mayor de todos los mandamientos, que contiene en compendio todos los demás. Para cumplirlo es preciso practicar lo que dice san Agustin en el capítulo 3.º de su Manual: Adorar á Dios por la fe, la esperanza y caridad, y puede añadirse la virtud de la religion.

Por la fe nos elevamos al conocimiento de la Majestad divina y honramos á la Verdad infalible, que es Dios, creyendo como verdadero todo lo que se ha dignado revelarnos; y así se ordena en la Escritura á los que temen á Dios, que crean en él: *Qui timetis Deum credite illi*². La esperanza nos da en el Señor una confianza entera, y con esto reconocemos la omnipotencia de Dios, y honramos su fidelidad en sus promesas.

La caridad es la que nos hace amar á Dios sobre todas las cosas, y amándole de este modo honramos su bondad soberana, y le tributamos una adoracion perfecta y verdadera. Por eso dice san Agustin hablando de la caridad: *Hic est Dei cultus; hæc recta pietas; hæc tantum Deo debita servitus*³.

Finalmente, con la virtud de la religion veneramos la excelencia del ser de Dios y su dominio absoluto sobre todas las cosas. Esta es la que arregla el respeto que le debemos, y todo lo que está consagrado á su culto.

De aquí se comprende fácilmente que el primer precepto del Decálogo, en que se manda á los hombres adorar á Dios, nos ordena la práctica de estas virtudes; y que el papa Alejandro VII condenó justisimamente por su decreto de 24 de setiembre de 1665 la proposicion que dice: *Homo nullo unquam vitæ suæ tempore tenetur elicere actus fidei, spei et charitatis ex vi præceptorum divinorum ad eas virtutes pertinentium*.

Hemos hablado de la fe en la primera conferencia sobre el Credo, por lo cual solo trataremos ahora de la esperanza, de la caridad y de la religion.

¹ Matth. iv, 10. — ² Eccli. ii, 8. — ³ Lib. X de Civ. c. 4.
19*

P. ¿Qué cosa es la esperanza? ¿es virtud distinta de la fe y de la caridad? ¿estamos obligados á formar actos de la esperanza? ¿en qué tiempo?

R. La esperanza es una virtud teológica, por la cual con el auxilio de Dios y los méritos de Jesucristo esperamos con certidumbre y confianza la bienaventuranza eterna y los medios para conseguirla. Esta es una virtud teológica; porque su objeto es Dios como nuestro último fin, que debe ser nuestro eterno bien. Con la esperanza aguardamos la salvacion con certidumbre y confianza. Es una áncora, dice san Pablo, que nos asegura las promesas de Dios en las tentaciones de esta vida: *Confugimus ad tenendam propositam spem, quam sicut anchoram habemus animæ tutam ac firmam*¹. Esperamos tambien los medios necesarios para conseguir la salvacion, porque, como dice el Apóstol, la vida eterna es una gracia y un don de Dios: *Gratia Dei vita æterna*². Por esta virtud podemos esperar tambien los bienes temporales, como medios que pueden servir para que alcancemos la bienaventuranza.

Solo los herejes confunden la esperanza con la fe y la caridad; el Apóstol distingue muy claramente estas tres virtudes cuando dice: *Nunc autem manent fides, spes et charitas, tria hæc*³. No solo hace distincion entre la fe, la esperanza y la caridad, sino que tambien las compara cuando añade: *Major autem horum est charitas*. No las considera, pues, como una misma virtud; porque no puede decirse que una cosa es mayor respecto de sí misma, sino respecto de otra.

Es necesario de necesidad de medio y de precepto que todos los que han llegado al uso de la razon formen actos de esperanza durante el curso de su vida para salvarse. Por esto dice san Pablo que somos salvos por la esperanza: *Spe enim salvi facti sumus*⁴, y segun la doctrina del santo concilio de Trento⁵, es necesario formar actos de esperanza para disponerse á la justificacion.

Hay obligacion especial de hacer actos de esperanza: I. Cuando llegamos al uso perfecto de la razon, y estamos suficientemente instruidos de que hay una bienaventuranza eterna que nos está preparada. II. En el artículo de la muerte: entonces los párrocos que asisten á los moribundos deben tener gran cuidado de hacer que formen actos de esperanza de la resurreccion futura y de la vida eterna. III. Cuando nos acometen algunas violentas tentaciones de desespe-

¹ Hebr. vi, 18, 19. — ² Rom. vi, 23. — ³ I Cor. xiii, 13.

⁴ Rom. viii, 24. — ⁵ Sess. VI, c. 6.

racion que no pueden vencerse fácilmente sin hacer actos de esperanza. IV. Finalmente, cuando tenemos obligacion de orar, ó de recibir el sacramento de la Penitencia, porque sin la esperanza, dicen los Santos, no puede haber verdadero arrepentimiento: *Nemo potest bene agere pœnitentiam nisi speraverit indulgentiam* ¹.

Un cristiano que tenga algun deseo de salvarse, no aguarda á producir los actos de esperanza en estos casos solamente, sino que los hace muchas veces durante la vida, segun nos lo advierte el profeta Oseas: *Spera in Deo tuo semper* ². Se mira como extranjerico en la tierra, y suspira sin cesar por los bienes del cielo: *Gloriamur in spe gloriæ filiorum Dei* ³.

P. ¿Qué cosa es la caridad? ¿es absolutamente necesaria para salvarse? ¿es suficiente la caridad habitual? ¿estamos obligados á producir con frecuencia actos de amor de Dios?

R. La caridad es una virtud teológica é infusa que nos hace amar á Dios sobre todas las cosas y al prójimo como á nosotros mismos por amor de Dios. Es virtud teológica, porque tiene á Dios por primero y principal objeto, considerándole como soberano bien que encierra en sí todo género de perfecciones. Esta virtud tiene de comun con las de fe y la esperanza, que es un hábito infuso, como dice el concilio de Trento ⁴. La caridad no se adquiere con los actos de un amor natural. Es un don que el Espíritu Santo derrama en nuestros corazones, como nos lo enseña san Pablo: *Charitas Dei diffusa est in cordibus nostris per Spiritum Sanctum qui datus est nobis* ⁵. La caridad nos hace amar á Dios sobre todas las cosas, mas que á nosotros mismos, y mas que á todo cuanto hay en el mundo. Este amor de preferencia que debemos tener á Dios, es el del que habla el Salvador cuando dice: «El que ama á su padre ó á su madre mas que á mí, no es digno de mí, ni el que ama á su hijo ó á su hija mas que á mí, no es digno de mí ⁶.» La caridad nos hace tambien amar al prójimo por Dios, y no seria caridad si le amásemos por otros fines. *Si quis quemlibet amat, sed propter Deum non amat* ⁷, dice san Gregorio papa, *charitatem non habet, sed habere se putat*. Por la caridad nos amamos igualmente á nosotros mismos; pero siempre con relacion á Dios, refiriendo á él todo lo que somos, y buscando en él solo nuestra felicidad. Veis aquí la noción de esta gran virtud, sin la cual

¹ Ambr. lib. de poen. c. 1. — ² Osee, xii, 6. — ³ Rom. v, 2. — ⁴ Sess. VI, c. 7. — ⁵ Rom. v, 5. — ⁶ Matth. x, 37. — ⁷ Hom. XXXVIII in Ev.

no podemos observar los mandamientos de Dios: *Qui non diligit me, sermones meos non servat* ¹.

La caridad nos es absolutamente necesaria para salvarnos. En prueba de esta verdad bastará leer lo que dice san Pablo al capítulo XIII de su primera á los corintios: *Si charitatem non habuerit, nihil sum*, etc.

La caridad habitual que recibieron los niños en el Bautismo les basta para entrar en el cielo cuando mueren antes de llegar al uso de la razon; pero á los adultos les es necesaria de necesidad de precepto la caridad actual, y están obligados á formar actos de ella. Jesucristo nos ordena la práctica de este mandamiento cuando dice en san Mateo: Amaréis al Señor de todo vuestro corazon, con toda vuestra alma, y con todas vuestras fuerzas. Este es el primero y el mayor de todos los preceptos. Hay obligacion particular de hacer actos de amor de Dios: I. Cuando el hombre llega al uso de la razon y se halla capaz de referir sus acciones al último fin; porque entonces está obligado á volverse á Dios, dice santo Tomás ², y referir á él todas sus obras como á último fin.

II. Cuando, sintiéndose culpable de algun pecado mortal, está obligado á administrar algun Sacramento sin poder antes recibir la absolucion del sacerdote; porque entonces se debe formar un acto de contricion perfecta, que encierra en sí virtualmente el amor de Dios.

III. En las tentaciones presentes donde haya peligro de perder la caridad.

IV. Cuando nos acercamos á la sagrada Eucaristía, donde recibimos la inestimable prenda del amor que Jesucristo nos tiene:

V. Debemos producir estos actos muy á menudo, y esto es lo que nos advierte la Iglesia cuando pide á Dios que aumente en nosotros la fe, la esperanza y la caridad: *Da nobis fidei, spei, et charitatis augmentum* ³. Por esto el papa Inocencio XI en su decreto del año de 1679 condenó estas proposiciones: «Que basta para cumplir el precepto del amor de Dios, hacer un solo acto durante la vida, ó cada cinco años, ó cuando hay necesidad de ponerse en gracia, y no puede hacerse por otro medio, ó solamente en el artículo de la muerte.»

P. ¿Qué cosa es la virtud de la religion, y cuáles son sus actos?

¹ Joan. xiv, 24. — ² 1, 2, q. 89, art. 6. — ³ Orat. Dom. XIII post. Pent.

R. La religion es una virtud que nos hace tributar á Dios el honor y culto que le son debidos. Hay dos especies de actos de religion : unos que le son propios, y produce inmediatamente por sí misma, como la adoracion y el sacrificio, y otros que la religion no produce inmediatamente, sino por medio de las virtudes que nos inspira. En este sentido pueden llamarse actos de religion los actos de misericordia, de templanza y otras muchas virtudes, como le enseña santo Tomás ¹, y en el mismo dice Santiago que la religion para é inmaculada consiste en visitar á los huérfanos y á las viudas en sus aflicciones, y en conservarnos puros de la corrupcion del siglo : *Religio amanda et inmaculata apud Deum et Patrem hæc est, visitare pupillos et viduas in tribulatione eorum, et inmaculatum se custodire ab hoc sæculo* ².

Los actos propios de la religion se dividen en interiores y exteriores. Los interiores son dos principales, á saber : la devocion y la oracion. La devocion, segun santo Tomás ³, es una voluntad pronta y eficaz que nos mueve á hacer con todo afecto y prontitud de corazon todo lo que pertenece al culto de Dios ; y la oracion es una elevacion de nuestro espíritu á Dios, que nos hace adorar sus perfecciones infinitas y pedirle su gracia, sin cuyo auxilio reconocemos que no podemos hacer ningun bien, ni aun pensarlo, ni formar santos deseos.

Para ser, pues, verdaderamente religiosos y cristianos debemos lo primero hacer profesion de una devocion sincera ; esto es, conservando un corazon enteramente dedicado á Dios, y solícito de no hacer nada contra su culto, contra su honra, ni contra su santa ley. Lo segundo orar muchas veces con piadosas elevaciones de nuestro espíritu á Dios, adorándole en espíritu y en verdad, y pidiéndole su gracia para serle siempre fieles. Estos son los actos interiores de la religion.

Los actos exteriores de la religion son la adoracion, el sacrificio, las ofrendas, las oraciones vocales, las alabanzas, las acciones de gracias y las ceremonias de la Iglesia. Estamos obligados á tributar á Dios un culto exterior, así como el interior, porque nuestro cuerpo es de Dios lo mismo que nuestro espíritu : y por consiguiente es justo que honremos y adoremos á Dios con las dos partes de nosotros mismos, segun aquellas palabras del Salmista : *Cor meum et caro mea exultaverunt in Deum vivum* ⁴. Es cierto que la adoracion interior es

¹ 2, 2, q. 81, art. 3, ad 1. — ² Jacob. 1, 27. — ³ 2, 2, q. 82, art. 5. —

⁴ Psalm. LXXXIII, 3.

la que mas agrada á Dios, y la que exige principalmente de nosotros; pero no debemos despreciar el culto exterior, como hacen los herejes, pues Jesucristo y los Apóstoles lo practicaron. Este respeto, estas genuflexiones y estos movimientos de nuestro cuerpo excitan en nuestra alma aquellos sentimientos de piedad de que debe estar penetrada por la infinita majestad de Dios.

P. Qué fruto debemos sacar de lo que habeis dicho sobre la adoracion y el culto de Dios?

R. El de convencernos que sin la práctica de las virtudes que hemos explicado no podemos cumplir las obligaciones que nos impone el primer mandamiento. En cualquier estado que os halleis y en cualquier destino, ya sea de mercader, soldado, etc., es preciso que tengais celo por la religion y por el culto de Dios: la cualidad de siervo suyo debe ser nuestro esencial carácter: *Ego servus tuus* ¹. Este debe sobresalir á todos los demás, y ser el alma de todas nuestras acciones y la regla de nuestra conducta.

Leemos en la Escritura santa, que habiendo mandado Dios al profeta Jonás ² fuese á predicar á Nínive, resolvió ir á Tarsis para huir de la vista del Señor; y embarcándose en un navío que hacia vela para esta ciudad, envió el Señor un furioso viento que excitó una horrible tormenta. El piloto, que no conocia á Jonás, le preguntó: ¿De dónde sois? ¿en qué os ocupais? ¿á dónde vais? y ¿cuál es vuestro pueblo? Respondióle: Yo soy hebreo, siervo del Dios que ha hecho el mar y la tierra, y mi empleo es venerarle y servirle. ¡Admirable respuesta! dice Teofilacto. Como si dijera: No tengo otra ocupacion que el servir á Dios: en todos los países encuentro á Dios y le sirvo, y en cualquier parte del mundo á donde yo vaya, allí está mi Dios, y me dedico á tributarle mis obsequios; todas mis acciones las hago por Dios y con el fin de agradarle. Ya sea que duerma, ya que vele, ya coma, ó ya beba, ya permanezca en mi patria, ó vaya á tierra extraña, en todo me aplico á servir á mi Dios. Ved aquí mi profesion y mi empleo: *Servus Dei ego sum, et Dominum Deum cæli ego timeo, qui fecit mare et aridam.*

Vosotros, cristianos, diréis lo mismo que Jonás; pero ¿lo decís con el mismo espíritu y con la misma verdad? Muchas veces decís á los hombres: Señor, yo soy vuestro siervo; pero esto no es mas que un puro cumplimento, y la mayor parte de los cristianos hacen lo mismo con Dios. Todos se dicen siervos del Señor: *Servus Dei*

¹ Psalm. cxv, 16. — ² Jonæ, I.

ego sum ; pero pocos lo son en realidad. El servir á Dios consiste en no tener otro dueño que mande en nosotros, en renunciar al amor del mundo y de las criaturas, y á toda otra afición que pueda ser incompatible con el obsequio que le es debido. El servir á Dios es estar dispuesto á sufrir todos los males antes que faltar á su fidelidad. Pero ¿hemos servido y adorado á Dios de este modo? Prometamos, pues, ser en lo sucesivo mas exactos en cumplir los mandamientos de este soberano Señor, y apliquémonos á servirle con una singular devocion y una piedad sincera. Inspiradnos, ó Dios mio, estos nobles sentimientos que exige de nosotros la religion que profesamos.

Haced por vuestra gracia que todos los que habeis honrado con el angusto carácter de cristianos solo reconozcan á Vos como digno de ser adorado sobre la tierra ; que solo amen á Vos, que nada esperen fuera de Vos, que solo busquen su felicidad en Vos acá en la tierra, para que consigan la de gozaros eternamente en el cielo.

CONFERENCIA TERCERA.

SOBRE EL CULTO QUE DA LA IGLESIA Á LOS SANTOS, Á LAS RELIQUIAS Y Á LAS IMÁGENES.

Non habetis deos alios coram me. (Exod. xx).

No adoraréis otros dioses sino á mí solo.

Por estas palabras prohíbe Dios expresamente la idolatría, esto es, la adoración de los ídolos y el culto que los gentiles daban á sus falsas divinidades. Dios solo debe ser adorado, y el adorar otra cualquiera cosa es ser idólatra, y quebrantar el primero de todos los mandamientos. Se puede cometer el pecado de idolatría de dos modos, interior y exteriormente. El ser idólatra interiormente consiste en poner su amor, su confianza y su afecto dominante en otra cosa que no sea Dios. Los gentiles, que adoraban los ídolos, eran en su interior idólatras, pues ponían su confianza en los ídolos, como se lo reprende la Escritura: *Ubi sunt dii eorum in quibus habebant fiduciam* ¹? Los amadores del mundo son también en cierto sentido interiormente idólatras, pues ponen su amor, su confianza y su afecto dominante en las honras, riquezas y placeres de este mundo.

Por esto llama san Pablo idolatría á la avaricia é impureza ². El ser exteriormente idólatra es tributar á otra cosa que no sea Dios el honor y el culto interior y supremo que á él solo es debido, y esto es lo que hacían los gentiles cuando se postraban delante de sus ídolos para adorarlos y tributarles los honores divinos.

Como los herejes han tenido la temeridad de llamar idolatría al culto que da la Iglesia á los Santos, á sus reliquias y á sus imágenes, es preciso haceros ver que se engañan, y que en todo esto nada practicamos que sea contrario al primer mandamiento.

P. ¿Debemos adorar á Jesucristo, á la santísima Virgen, á los Ángeles y á los Santos?

R. Debemos adorar á Jesucristo, porque es Dios, y también su sagrada humanidad, porque está inseparablemente unida á su divi-

¹ Deut. xxxii, 37. — ² Ephes. v.

nidad, y porque Dios y el hombre son en Jesucristo una sola persona. Pero no es lícito adorar á la santa Virgen, á los Ángeles ó á los Santos, entendiéndose la palabra adoracion por el culto de latría, ó culto supremo, que solo á Dios es debido; esto seria una idolatría, y la Iglesia no enseña, ni aprueba, ni tolera semejante abominacion ¹. Esto es tomando la palabra adoracion por el culto de latría, porque esta palabra se toma algunas veces en la Escritura por todo género de honor y respeto que se tributa á una persona. Y esto se debe advertir con san Agustín ², para responder á las objeciones de los herejes, que abusando de algunas expresiones de la Escritura y de los Padres, confunden el culto de latría, que solo es debido á Dios, con el honor que tributamos á los Santos que están en el cielo. Es cierto que esta veneracion es distinta de la que rendimos á los justos que viven en la tierra, pues honramos á los Santos como que son amigos estables y permanentes de Dios, que habiendo conseguido la gloria eterna, están seguros de su suerte y libres de todo peligro de pecar, y como patronos y protectores de los que todavía combaten en la tierra. Por esta cualidad les debemos tributar mayor honra que á los santos que viven en el mundo; pero estamos muy lejos de rendirles el culto supremo que á Dios solo es debido.

P. ¿Prohíbe el primer mandamiento venerar á la santa Virgen, á los Ángeles y á los Santos?

R. No prohíbe venerarlos como á siervos y amigos de Dios. Nosotros los honramos á causa de las gracias con que el Señor los ha colmado, de las victorias que con su auxilio han conseguido en la tierra, y de la gloria con que los ha coronado en el cielo. Honrar á los Santos de esta suerte, es alabar á Dios en ellos, á lo cual nos convida el Rey profeta ³; y esto es lo que hacen los católicos. Refieren á Dios el honor que tributan á los Santos: *Honoramus servos Dei*, dice san Jerónimo ⁴, *et honor servorum redundat in Dominum*; y nada hay en esta práctica que no sea bueno; y es de admirar mucho que los herejes, que no pueden ignorar la doctrina de la Iglesia en este punto, no hayan conservado entre ellos el culto tributado á la Madre de un Dios, traído del cielo por el arcángel san Gabriel, é inspirado por el Espíritu Santo á santa Isabel. Jamás resuenan en sus templos estas palabras de la Escritura: «Dios te salve, llena de gracia, el Señor es contigo, bendita eres entre todas las mujeres,

¹ Conc. Trid. sess. XXII, c. 8, 25 de invocat. SS. — ² Lib. C. de Civ. c. 1; lib. XX contra Faust. c. 21. — ³ Psalm. cx, 1. — ⁴ Ep. ad Riparium.

«y bendito el fruto de tu vientre.» El cántico *Magnificat* ¹, en el cual glorifica la Virgen al Señor de haber obrado en ella tan grandes maravillas, nunca lo han usado para dar gracias á Dios de las que hizo á la que eligió para ser Madre de Jesucristo su Hijo. Pero no es de admirar que, rehusando ellos al nombre de Jesucristo la honra que el Espíritu Santo quiere que le tributemos cuando dice que toda rodilla debe postrarse al nombre de Jesucristo ², no es de admirar, digo, que dejen de honrar á la santísima Virgen y á los Santos, y que hayan abandonado una costumbre tan loable, observada en todos tiempos en la Iglesia, y fundada en la Escritura, donde vemos que Abrahan, Lot, Josué, etc., veneraron á los Ángeles que se les aparecieron, y donde se nos recomienda en general la veneracion á los Santos ³.

P. Pero se celebran misas á los Santos, se les consagran iglesias y altares, y ¿no es esto una idolatría, y tributar á las criaturas el honor que es debido á Dios solo?

R. Cuando los herejes nos reprenden que celebramos misas á los Santos, y les consagramos iglesias y altares, se engañan en este punto lo mismo que en otros muchos. Nunca la Iglesia ofrece sacrificio á los Santos: este es un culto que pertenece esencialmente á Dios solo, y que de ningun modo puede referirse á la criatura, como dice san Agustin ⁴. Todo lo que la Iglesia hace en la misa, se reduce á nombrar á los Santos cuya memoria celebra, dando gracias á Dios por las victorias que consiguieron, y pidiéndole que por su intercesion oiga favorablemente nuestras oraciones. Esta es la doctrina de la Iglesia, enseñada por san Agustin ⁵ mil y doscientos años há, y decidida de nuevo en el concilio de Trento ⁶. La Iglesia, dice este santo Concilio, no ofrece el sacrificio á los Santos, sino á Dios solo que los ha coronado. El sacerdote no se dirige á san Pedro ni á san Pablo para decirles, yo os ofrezco este sacrificio: sino que, dando gracias á Dios por su victoria, pide su asistencia, á fin de que aquellos, cuya memoria celebramos en la tierra, se dignen orar por nosotros en el cielo. De este modo honra la Iglesia á los Santos.

Lo mismo debe decirse respecto de las Iglesias y altares que tienen el nombre de algun Santo. Dios solo es á quien están consagradas. No erigimos templos y altares á los Mártires, dice san Agustin ⁷, sino á Dios solo, que es su Dios y el nuestro. Es cierto que para distinguir las iglesias y altares unas de otras se les pone el

¹ Luc. 1. — ² Philip. II, 10. — ³ Eccli. XLIV, 19. — ⁴ Lib. X de Civ. c. 4. — ⁵ Ibid. lib. VIII, c. 27. — ⁶ Sess. XXII, c. 3. — ⁷ Aug. lib. VIII de Civ. c. 27.

nombre de un Santo á quien los fieles tienen devocion ; pero no es á este Santo á quien se dedica la iglesia ó altar, sino á Dios. Y así el Santo se llama simplemente patrono ; esto es, nuestro intercesor con Dios, y el modelo de la vida que debemos tener siguiendo el ejemplo de sus virtudes.

P. ¿Es lícito orar á los Santos? ¿no se opone al primer mandamiento el invocarlos?

R. Ved aquí lo que sobre esto nos enseña la Iglesia ¹: I. Que es bueno y útil orar á los Santos para obtener por su intercesion las gracias y auxilios que necesitamos. II. Que su invocacion no se opone al primer mandamiento, pues oramos á Dios y á los Santos de un modo muy diverso. Oramos á Dios se apiade de nosotros, y nos conceda lo que necesitamos ; pero cuando oramos á los Santos, solo les pedimos intercedan con Dios por nosotros. Esta práctica, léjos de ser contraria á la Escritura, es muy conforme á ella, pues vemos en las Epístolas de san Pablo que se encomienda muchas veces á las oraciones de los fieles, y Santiago dice ² expresamente que la oracion del justo es muy poderosa para con Dios. El mismo Señor mandó á los amigos de Job ³ recurriesen á su siervo para que orase por ellos. Pues si las oraciones que los santos hacen en la tierra por sus hermanos son conforme á la Escritura ; si es bueno y útil que los fieles vivos oren por nosotros, ¿por qué no será lícito encomendarnos á los Santos que están en el cielo, que son mas favorecidos de Dios, y mas solícitos por nuestra salvacion, que ninguno de los fieles que vive en la tierra? *De sua sorte securi* ⁴, dice san Cipriano, *sunt de nostra salute solliciti*. No debe, pues, reprobarse una práctica tan antigua, que san Basilio dice ser de tradicion apostólica ⁵.

P. Pero los Santos, dicen los herejes, no oyen nuestras oraciones. Los muertos, segun el Eclesiastés, nada saben de lo que pasa en la tierra : *Mortui nihil noverunt amplius* ⁶. Luego será inútil hacerles oracion.

R. Puesto que la sagrada Escritura nos enseña ⁷ que los Ángeles y los Santos presentan nuestras oraciones delante del trono de Dios, que se alegran de la conversion de los pecadores, que están asociados á Jesucristo para gobernar las naciones y juzgarlas al fin del mundo, no debe dudarse que toman parte en lo que pasa en la tierra, y que Dios les da á conocer las oraciones que se les hacen.

¹ Aug. lib. VIII de Civ. c. 27. — ² Jacob. v, 16. — ³ Job, xxiv. — ⁴ Lib. de Mortalit. — ⁵ Bas. epist. CV. — ⁶ Eccles. ix, 5. — ⁷ Act. x, 4; Apoc. v, 8; Luc. xvii, 7, etc.

Cuando se dice que los muertos no saben lo que pasa en el mundo, esto quiere decir que no tienen aquel conocimiento natural, y que depende de los sentidos, que tenían en esta vida; pero esto no se opone á que los muertos sean instruidos de un modo sobrenatural, y especialmente los Santos. Dios, dice san Gregorio Magno ¹, manifiesta á los Santos lo que les conviene conocer de todo lo que sucede acá en la tierra. Ellos ven todas las cosas en su verbo, como espejo voluntario de todos los conocimientos: *Omnia vident in verbo*, segun se explica la escuela.

Pero aun cuando los Santos no oyesen las oraciones que se les dirigen (lo que no puede decirse sin temeridad), no dejaria de ser útil el invocarlos; porque, como dice san Agustin ²: «¿Que sabemos si ellos orarán á Dios en general por todos los que los invocan, así como nosotros por los muertos sin verlos, ni saber dónde están, ni lo que hacen? ¿No dice san Pedro ³ á los fieles á quienes dirige su segunda carta, que cuidará despues de su muerte de acordarse de ellos? Y el ángel Rafael ¿no dijo á Tobías ⁴: Cuando orabas con lágrimas, yo ofrecia tus oraciones al Señor?» Luego si los Santos oran por nosotros, si los Ángeles ofrecen á Dios nuestras preces, podemos dirigirnos á ellos para que intercedan por nosotros.

P. A lo menos ¿no es hacer injuria á Jesucristo el acudir á los Santos, y esto no es reconocer otros mediadores?

R. No por cierto; porque cuando acudimos á los Santos, es para que pidan á Dios por nosotros y con nosotros por Jesucristo. Por esto la Iglesia concluye todas sus oraciones, que deben ser el modelo de las nuestras, por *Nuestro Señor Jesucristo*. Confesamos y creemos firmemente que Jesucristo es el único mediador por quien podemos acercarnos á Dios, y solo invocamos á los Santos como intercesores para con Jesucristo. Si alguna vez se les da el nombre de mediadores, se entiende solamente de intercesion; pero Jesucristo solo es mediador absoluto, el solo mediador de la redencion, el solo que nos ha redimido, y en cuyo solo nombre podemos ser salvos. Aunque podemos acudir directamente á él, es bueno y útil acudir á los Santos, para acercarnos por medio de ellos á Jesucristo; porque son mas justos y están mas unidos á él por nosotros, y por consecuencia mas favorablemente escuchados ⁵.

P. ¿Prohibe el primer mandamiento el culto que se da en la

¹ Lib. XII Mor. c. 15. — ² Lib. de Cura pro mort. c. 16. — ³ 1 Petr. 1, 15. — ⁴ Tob. XII, 12. — ⁵ Conc. Trid.

Iglesia á las reliquias de los Santos? ¿Por qué les tributamos esta veneracion?

R. No solo no se opone el primer mandamiento el culto que damos á las reliquias de los Santos, sino que por el contrario es muy justo y fundado en la Escritura, que refiere haberlo autorizado Dios muchas veces con milagros, pues leemos que aplicando á los enfermos los lienzos que habian tocado el cuerpo de san Pablo, eran curados de sus males. Desde los primeros siglos se exponian las reliquias de los Santos á la veneracion de los fieles, y los santos Padres refieren los prodigios que Dios obró en sus iglesias por medio de estas reliquias: san Agustin cuenta muchos acaecidos en la traslacion que hizo san Ambrosio¹ de los cuerpos de san Gervasio y Protasio, y los que Dios obró por las reliquias de san Estéban Protomártir, de que fue testigo ocular. No solo veneraron los Padres las reliquias de los Santos, sino que nos enseñaron que en esto no habia nada que se opusiese á la veneracion que debemos á Dios: *Honoremus reliquias Martyrum, ut cum ejus sunt Martyres adoremus*, dice san Jerónimo², escribiendo contra el hereje Vigilancio, *honoramus servos ut honor servorum redundet ad Dominum*.

P. Pero ¿por qué veneramos las reliquias de los Santos?

R. Respondo con san Ambrosio³, que las honramos porque son preciosos despojos de los cuerpos que fueron templos del Espíritu Santo, que algun dia han de resucitar gloriosos é inmortales; porque son consagrados á Dios en las personas de sus Santos por el buen uso que hicieron de ellos, ya con la penitencia, ó ya con el martirio, y, finalmente, porque Dios mismo quiere honrarlos particularmente por el modo con que los conserva, y por los milagros que por ellos obra muchas veces. No se debe, pues, reprobar á los Católicos un uso tan antiguo y tan autorizado. Los santos Padres y Doctores de la Iglesia veneraron las reliquias de los Santos, y nosotros las veneramos como ellos, y no podemos mirar sin horror la indignidad con que los Luteranos y Calvinistas han tratado las reliquias de los Santos en todos los lugares donde han introducido su herejía.

P. El uso de las cruces é imágenes que se ponen en las iglesias ¿no es contrario á estas palabras del primer mandamiento: *Non facies tibi sculptile*? ¿Qué utilidad tiene esta práctica?

R. Es preciso advertir que hay dos géneros de imágenes: unas que los hombres han adorado, y otras que solo son adornos y me-

¹ Lib. IX Conf. c. 7; id. de Civ. lib. XXII, c. 8.

² Cont. Vigil. et epist. LIII. — ³ Ambr. serm. XCIII de St. Namr. et Colso.

memorias de las cosas santas. Por estas palabras: No tendréis ninguna imagen esculpida, ni figura alguna de lo que hay en el mundo: *Non facies tibi sculptile*, etc., prohíbe Dios á los judíos las estatuas é imágenes que los paganos adoraban y servían. Por esto añade Ipego: *Non adorabis ea, neque coles*. Pero no prohibió las imágenes que solo sirven de adornos y memorias; antes por el contrario, vemos que la Escritura aprueba el uso de ellas, pues por orden de Dios puso Moisés ¹ sobre el arca del Testamento dos querubines; é hizo erigir la serpiente de bronce en el desierto. Salomon, que tuvo la dicha de fabricar el primer templo en la tierra al nombre y á la gloria del verdadero Dios, puso en él otros dos querubines y varias estatuas para adorno del templo ². De esta naturaleza son las imágenes que nosotros colocamos en las iglesias; esto es, que solo son ó adornos ó representaciones de los misterios que veneramos.

Las imágenes de Jesucristo y los Santos se colocan en nuestros templos: lo primero, para que sirvan de libro á los ignorantes: *Idcirco enim pictura in ecclesiis adhibetur*, dice san Gregorio Magno escribiendo á Sereno, obispo de Marsella, *ut ii qui litteras nesciunt, saltem in parietibus videndo legant quæ legere in codicibus non valent*, y lo segundo, para recordarnos los originales ó misterios que representan, y movernos por medio de estas imágenes á agradecer los beneficios de Dios, y á la imitacion de los Santos, y á la práctica de las virtudes.

No se puede reprobar este uso, ni decir con la mas leve apariencia de razon que sea contrario al primer mandamiento, pues la Iglesia católica nada de esto adora, sino á Dios solo. No creemos que en las imágenes haya alguna divinidad, ni tengan ninguna virtud: nuestras oraciones las dirigimos solo á Jesucristo ó á los Santos á quienes estas imágenes representan. Finalmente, no ponemos en ellas nuestra confianza, como los idólatras la ponían en sus ídolos: así se explica el santo concilio de Trento.

P. ¿Qué culto es el que se da á las imágenes?

R. Es un culto que se refiere únicamente á los originales, esto es, á las personas que representan. Cuando nos arrodillamos delante de la cruz adoramos á Jesucristo crucificado y muerto en ella por nosotros. Cuando saludamos, ó nos arrodillamos delante de la santísima Virgen, ó de algun otro Santo, este honor se dirige á la misma Virgen ó á los Santos: *Honor qui eis exhibetur refertur ad prototypa*,

¹ Exod. xxv, 18. — ² III Reg. vi, 23.

quæ illæ repræsentant, dice el concilio de Trento. Así, pues, no nos dirigimos á las pinturas, sino á los originales, cuando las veneramos ó hacemos oracion delante de ellas. Cuando adoramos á Jesucristo leyendo su pasion, ó veneramos algun Santo leyendo su vida, no se termina este honor al papel; así como no se terminan á la pintura ni á la madera las señales de respeto que los fieles católicos acostumbra tributar á las imágenes, sino á las personas vivas que representan. En todo esto nada hay que no sea bueno y útil, y á la verdad es mas conveniente y mas piadoso orar delante de un Crucifijo, de una imagen de la santa Virgen ó de un Santo, como hacen los Católicos, que el inclinarse y orar delante de un poste, de una pared, y á veces delante de estatuas profanas, como hacen los herejes.

P. A lo menos ¿no se adora la verdadera cruz en que murió Jesucristo?

R. Siempre adoramos á Jesucristo cuando nos arrodillamos delante de la cruz en que padeció muerte. Seria una idolatría referir la adoracion al leño tomado en sí y separado de Jesucristo, porque este leño no es Dios, y Dios solo debe ser adorado. San Ambrosio ¹ dice expresamente que habiendo hallado santa Elena, madre del emperador Constantino, la verdadera cruz del Salvador con el título que la distinguia de las otras, adoró á Jesucristo rey de los reyes, pero no al leño; adoró en la cruz al que fue muerto en ella, como lo indicaba la inscripcion: *Invenit titulum, Regem adoravit, non lignum*. Tal es el honor que la Iglesia aprueba y da á la cruz en que padeció Jesucristo.

Pero me diréis: ¿por qué canta la Iglesia en el Viernes Santo estas palabras: *Tuam Crucem adoramus Domine*: adoramos, Señor, vuestra cruz; y las que se siguen: «Veis aquí el leño de la cruz sobre el cual Jesucristo, por la salud del mundo, fue enclavado; venid, y la adoraremos»; *venite adoremus*? Si se entiende por la palabra adorar el culto supremo que solo es debido á Dios, la Iglesia solo intenta adorar á Jesucristo clavado en la cruz, y sobre esto siempre se ha explicado suficientemente. Estas palabras solo quieren decir: postrémonos delante de la cruz para adorar á Jesucristo, que murió en ella por nuestra salud. El verbo adorar tiene una significacion muy extensa en griego, en hebreo y en latin, y se toma en general por inclinarse y mostrar veneracion á otro, lo que puede aplicarse no solo á Dios, sino á los hombres; pues todos los dias nos

¹ De obitu Theodos.

inclinamos delante de ellos, sin que por esto los adoremos, y la Escritura ¹ nos suministra muchos ejemplos.

P. El uso de las imágenes y de las cruces, y del honor que se les tributa, ¿es muy antiguo en la Iglesia?

R. Este uso es de la mas remota antigüedad. Tertuliano ² refiere que en su tiempo solia grabarse en los cálices la imagen de Jesucristo en la figura del buen Pastor. El emperador Constantino, apenas abrazó nuestra santa Religion, quiso que la cruz fuese venerada en todo su imperio como instrumento de la muerte del Salvador. Los mas doctos protestantes confiesan que el uso de las imágenes es muy antiguo en la Iglesia, y aun muchos no ponen dificultad en tenerlas en sus casas. ¿Por qué, pues, reprueban la práctica de los Católicos de colocarlas en las iglesias, práctica útil para la edificacion é instruccion de los fieles, como dice san Gregorio Niseno: *Solet enim pictura jacens in pariete loqui, maximeque prodesse* ³? Por eso el segundo concilio Niseno, que fue el séptimo general, celebrado en el año 787, decidió que debian ser veneradas las imágenes: y es muy extraño que habiéndose agitado tanto esta cuestion en aquel tiempo, y que los Concilios generales y muchos célebres Santos confirmaren la veneracion de las imágenes contra los impíos Iconoclastas, los que hoy las combaten quieran mas bien declararse discípulos de aquellos herejes anatematizados por la Iglesia, que imitar á los Santos, de los cuales muchos sellaron con su sangre esta verdad, y á otros muchos que por defenderla experimentaron sensibles efectos de la proteccion de Dios.

Tenemos de esto un ejemplo memorable en san Juan Damasceno, sacerdote y religioso griego que vivia en el siglo VIII. El emperador Leon Isáurico, fautor de los Iconoclastas, irritado contra este Santo, que escribia en defensa de la veneracion debida á las santas imágenes, halló medio de hacerle cortar la mano derecha. El autor de su vida ⁴ dice que este Santo pidió que le diesen su mano como para enterrarla; y habiéndosela dado, fué á postrarse delante de una imagen de la santa Virgen, y juntando la mano cortada al brazo, pidió á Jesucristo, por la intercesion de su Madre, volviera á unírsele como estaba antes. Habiéndose dormido despues de su oracion, halló al despertar restablecida la mano, y despues escribió con ella muchas obras para gloria de Dios y utilidad de su Iglesia.

¹ Genes. xxiii, 7, 27; xlví, 8, etc. — ² Lib. de pudicit. c. 10. — ³ Orat. in Theod. Mart. — ⁴ Joan. Hieros. apud Bolland.

P. ¿Qué fruto debemos sacar de lo que habeis dicho acerca de las imágenes?

R. El tratarlas con respeto, especialmente los Crucifijos; el que las tengais en vuestras casas; el que en las iglesias no se coloque ninguna imagen que no esté antes bendita y que no sea propia á excitar la piedad de los fieles; el referir á Jesucristo y los Santos todo el culto que se les da; el cerrar los oídos á las burlas de los libertinos y al desprecio que de ellas hacen los herejes, y finalmente el instruirse en este punto de la doctrina de la Iglesia. A la verdad, si los Protestantes la comprendiesen, no podrian menos de detestar su imaginada Reforma, cuyos autores dieron principio á ella como los antiguos herejes iconoclastas, abatiendo las imágenes, los Crucifijos, las cruces, las estatuas de Jesucristo y los Apóstoles, y cuantas cosas representaban los misterios de la vida del Salvador. Todo esto, segun ellos, eran ídolos que era preciso destruir. ¡Qué eeguedad! Sin embargo, es un hecho que no pueden negar, pues todavía se ven hoy los vestigios en muchas iglesias, que son otros tantos monumentos de su impiédad y de su furor. Detestemos, pues, semejantes excesos, veneremos las imágenes como la Iglesia quiere que se veneren, y sobre todo procuremos que las imágenes de los Santos nos sirvan para serlo nosotros, y que, imitando su vida en la tierra, merezcamos acompañarlos en el cielo. Amen.

CONFERENCIA CUARTA.

**SOBRE LOS PECADOS QUE SE OPONEN AL PRIMER MANDAMIENTO,
Y EN PARTICULAR SOBRE LA SUPERSTICION Y LA DIVINACION.**

Non habebis deos alienos coram me. (Exod. xx).

No tendréis otros dioses que á mí.

Hemos explicado en qué consiste el culto supremo que el primer mandamiento nos ordena tributar á Dios, y despues hemos tratado de las cosas que tienen conexion y referencia con el culto divino, como son el honor é invocacion de los Santos y la veneracion debida á las reliquias é imágenes; y ahora conviene tratar de los pecados opuestos á este mandamiento. Estos pecados son todos los que se oponen á la fe, á la esperanza y á la caridad, y especialmente á la virtud de la religion, como son la idolatría, el sacrilegio, la supersticion y la divinacion, y de estos dos últimos hablaremos aquí, como que son los mas comunes en el pueblo. Explicaremos cómo se incurre en ellos, para que podais examinar vuestra conciencia y evitarnos.

P. ¿Qué entendeis por supersticion, y cómo se incurre en ella?

R. La supersticion, segun santo Tomás ¹, es un culto indebido y una observancia vana y peligrosa. Este pecado se comete de cuatro modos: I. Cuando se emplean en el culto divino prácticas vanas é inútiles que Dios prohíbe, ó que no están autorizadas por la Iglesia, lo cual llaman los teólogos culto falso ó supérfluo: *Veri Dei cultus non verus*. II. Cuando se tributa exteriormente á alguna criatura el culto supremo que solo es debido á Dios, lo que es verdadera idolatría, y por consiguiente pecado mortal. III. Cuando se practica algun medio que no tiene virtud natural, ni por sí ni por institucion divina ó eclesiástica, para producir el efecto que se espera, y esto se llama observancia vana, que es un gran pecado, segun aquellas palabras del Salmista ²: *Odisti observantes vanitates supervacue*. IV. Cuando en virtud de algun pacto expreso ó tácito

¹ 2, 2, q. 92, a. 1. — ² Psalm. xxx, 7.

con el demonio, ó aunque no intervenga pacto, se quiere conocer por curiosidad lo venidero ó lo culto, lo que se llama divinacion, de la cual hay muchas especies, que son: la mágia, el sortilegio, el maleficio, el arte de conocer lo futuro por la inspeccion de alguna cosa, sea cual fuere, la astrología judiciaria, la observacion de los sueños, etc. Todos estos géneros de supersticiones se conocerán mejor por los casos que ahora pondrémos.

P. ¿Es supersticioso valerse de ciertas oraciones particulares para sanar de una herida, ó para producir algun otro efecto, llevar consigo reliquias ó alguna otra señal de piedad para libertarse de accidentes funestos?

R. No es supersticion invocar el nombre de Dios y recitar con respeto alguna oracion aprobada por la Iglesia para pedir la curacion de una herida, de una enfermedad, ó alguna otra gracia, con tal que se espere el efecto que se desea de la sola bondad de Dios y de su poder; pero de otra suerte será pecado de supersticion, dice santo Tomás¹. Por ejemplo, es supersticion esperar el efecto que se pide de ciertas oraciones y no de otras, ó de cierto número de oraciones dichas en cierto número de dias, creyendo que otro número menor será inútil para el fin. Por esto puede decirse en general que las fórmulas de oraciones particulares son muy sospechosas de supersticion, si esperan de ellas lo que piden antes que de otras, y especialmente de las que están aprobadas por la Iglesia; por lo cual muchos concilios han prohibido valerse de otras bendiciones y exorcismos que los que usa la Iglesia: *Ne pretextu pietatis ulli exorcismi fiant, nisi qui ab Ecclesia probati sunt*, dice el concilio Biturciense del año de 1584.

Por lo que hace á las reliquias y otras señales de piedad que los fieles llevan consigo para preservarse de accidentes funestos, esto es una cosa loable, siempre que se haga con intencion recta, y que no haya afectacion en el modo de llevarlas². Seria, por ejemplo, supersticion muy peligrosa si alguno imaginase que por mas desordenada que sea su vida no será herido, ni morirá sin confesion, ni se condenará porque lleve consigo reliquias, ó el escapulario, ó el rosario, etc.

P. ¿Es supersticiosa la práctica que hay en algunas partes de aplicar la llave de una iglesia de San Pedro hecha ascua á la cabeza de los animales para preservarlos de la rabia?

¹ 2, 2, q. 96, a. 4. — ² Thom. ibid. ad 3.

R. Esta práctica es una verdadera supersticion, porque ¿cómo puede decirse con fundamento que la llave de una iglesia dedicada á Dios con el nombre é invocacion de san Pedro tenga virtud de preservar de la rabia, y no la llave de otra iglesia que tenga el nombre de otro Santo? ¿Qué razon hay para creer que supuesto que esta llave tuviese tal virtud, careciese de ella estando fria? ¿Está ligada esta imaginada virtud al calor del fuego? Si se dice que esta llave produce su efecto por la intercesion de san Pedro, es del todo inútil aplicarla caliente, pues en esto no es san Pedro mas obsequiado. Pero, además, ¿por qué tiene esta virtud la llave de una iglesia de San Pedro, y no la tienen los ornamentos de esta misma iglesia?

En la clase de estas falsas devociones se debe poner la costumbre que se practica en algunas partes de servirse de la primera moneda de plata que se da en la ofrenda del Viernes Santo, la de hacerse tocar por el séptimo hijo varon para curarse los lamparones, y otras muchas que los párrocos deben tener cuidado de abolir, segun esta regla que les prescribe el concilio de Malinas ¹: *Doceant, superstitionem esse expectare quemcumque effectum à quacumque re, quem res illa nec ex institutione divina, nec ex ordinatione, vel approbatione Ecclesie producere potest.*

P. ¿Es supersticion el creer que el pan bendito tiene virtud para curar la rabia, y es lícito comerlo con esta intencion? ¿Puede darse á los animales con este fin?

R. Una persona que ha sido mordida por un perro rabioso puede sin supersticion comer pan bendito con el fin de preservarse del mal que teme. Es la razon, porque el pan bendito tiene la virtud de ser útil no solo á la salud del alma, sino tambien á la del cuerpo, cuando se come con fe y devocion, y esto lo dan á entender las palabras que usa la Iglesia para bendecirle: *Ut omnes ex eo gustantes inde corporis et animæ percipiant sanitatem.* Pero no debe darse á un animal, aunque esté enfermo; porque el pan bendito lo destina la Iglesia solo al uso de los fieles, y no al de las bestias, como lo indican las mismas palabras de la bendiccion.

P. ¿Es supersticion observar los dias, los meses, la creciente y menguante de la luna, y otras cosas semejantes para arreglar la conducta de la vida?

R. Cuando estas observaciones se hacen solo para conocer ó pro-

¹ Conc. Malin. an. 1607, c. 3.

curar los efectos naturales que se supone dependen de la influencia de los cuerpos celestes, entonces no es superstición. Así, es lícito á un labrador observar el tiempo en que debe cortar sus árboles, á un jardinero cuándo debe plantar, y á un médico cuándo debe aplicar los remedios ó coger las yerbas. Estos y otros pueden observar la creciente de la luna, el mes y el tiempo conveniente á su trabajo, con tal que no pasen de aquí sus observaciones, como seria el no querer trabajar tal dia del mes ó de la semana, ó á tal hora.

Pero si se hacen estas observaciones para casos fortuitos, como son los que creen que hay dias felices y desgraciados para viajar ó hacer alguna otra cosa, esto es una superstición muy mala, que san Pablo condena en los gálatas, como lo advierte san Juan Crisóstomo: *Non audis Paulum dicentem: dies observatis, et menses, et tempora, et annos? Timeo vos, ne forte sine causa laboraverim in vobis*¹. Muchos cristianos hay que caen frecuentemente en tales culpas. Por esta superstición hay algunos que no quieren casarse en los meses de mayo y agosto, ni en los dias miércoles y viernes, ó que no quieren juntarse con personas que compongan número impar, imaginándose neciamente que no serian dichosos si se casasen en tal mes ó en tal dia. Del mismo modo se juzga supersticiosamente del bueno ó mal tiempo que debe hacer en tal estacion, si ha sido claro ó lluvioso el dia de cierto Santo; que morirá uno dentro del año si se juntan trece en una mesa; que un niño que nace con la cabeza cubierta de una leve membrana será feliz; que ciertas yerbas tienen tal virtud si se cogen el dia de san Juan, y otras muchas observaciones vanas y extravagantes que el demonio inspira para sorprender mas fácilmente á las almas simples y crédulas, como lo advierte san Agustin²: en efecto, todas estas supersticiones solo son reliquias del paganismo, y no puede negarse que encierran en sí un pacto á lo menos implícito con el demonio, como lo declaró la facultad de teología de Paris en 19 de setiembre de 1398. *Intendimus pactum esse implicitum in omni superstitiosa observatione, cujus effectum non debet à Deo vel à natura rationabiliter spectari*.

P. ¿Qué pensais de los hechiceros, adivinos y mágicos? ¿Qué especie de gente es esta? ¿Qué pecado cometen? ¿Es lícito consultarlos para hallar las cosas perdidas, ó para algun otro fin?

R. Aunque despues de la muerte de Jesucristo el poder del demonio sea muy limitado, no se puede negar que ha habido y

¹ Galat. iv, 10; Chrys. hom. in eos qui novillan. — ² Lib. X de Civ. c. 11.

que puede haber todavía hechiceros, adivinos y mágicos, pues se habla de ellos en la Escritura ¹, y los condenan un gran número de concilios ², así antiguos como modernos, y aun está en práctica el excomulgarlos en la misa parroquial de los domingos, segun lo prescriben algunos Rituales.

Por hechiceros, adivinos y mágicos se entienden comunmente aquellos que con el auxilio y artificio del demonio se introducen á descubrir lo que está desconocido á los hombres, los que hacen ó fingen hacer con sus sortilegios, prestigios ó maleficios cosas extraordinarias que sobrepujan las fuerzas de la naturaleza, pero no las de los demonios.

Los que ejercen estas detestables profesiones, ya sea que consigan ó no sus intentos, cometen un crimen muy enorme que pertenece á la idolatría, la cual, segun santo Tomás ³, es el mayor de todos los pecados. Este crimen es tal, que cualquiera que sea convencido de él merece la muerte, segun las leyes divinas y humanas: *Maleficos non patieris vivere* ⁴. De aquí es fácil conocer que nunca es lícito consultarlos para encontrar las cosas perdidas, ni para otro efecto alguno: *Non declinetis ad magos, nec ariolis aliquid sciscitmini, ut polluamini per eos* ⁵. No busqueis á los magos, ni preguntéis á los que adivinan para manchar vuestras almas, dice el Señor en el Levítico; y porque alguno podría imaginar que la curiosidad de consultarlos es una culpa leve, nos asegura en el capítulo siguiente ⁶ que el que los consulte incurrirá en su indignacion, y será exterminado de en medio de su pueblo.

P. ¿Es lícito quitar un maleficio con otros? Cuando se conoce al que ha dado el maleficio ¿se le puede obligar á que queme la cosa á que está ligado el maleficio?

R. No se puede lícitamente quitar un maleficio por medio de otro, y esto seria un gran pecado, sirviéndose del demonio ó de sus ministros para producir semejante efecto, como lo enseñan los teólogos. Cuando un hombre no es capaz de producir un efecto, dice santo Tomás ⁷, no debe esperarse sino de Dios solo, y pecan gravemente los que esperan conseguir del demonio lo que solo depende del poder de Dios: supuesta esta verdad, digo que no es lícito á nadie hacer cosa alguna que tenga el menor viso de supersticion con el pretexto de destruir el maleficio de que se halla afligido. Por con-

¹ Exod. vii; Levit. xix, 20; Deut. xviii. — ² Conc. Nicen. c. 22; Laodic. c. 36; Narbon. c. 14, v. 4. — ³ 2, 2, q. 94, ad 3. — ⁴ Exod. xxii, 18. —

⁵ Levit. xix, 31. — ⁶ Levit. xx, 6. — ⁷ In. II Sent. dist. 7, q. 3, a. 2.

siguiente, no se puede obligar al autor de él á que quemé la cosa á que está ligado el maleficio, porque seria recurrir al demonio el servirse del que es su ministro para producir una curacion que debe esperarse de Dios solo, practicando obras de penitencia, y recurriendo á las bendiciones, exorcismos y preces de la Iglesia. No obstante, debemos convenir en que sin recurrir al autor del maleficio se pueden quemar los signos de él, con el fin único de destruir las obras del diablo, y en este sentido debe entenderse lo que dice el Ritual romano acerca de los exorcismos ¹.

P. ¿Es lícita la divinacion por medio de la astrología?

R. Hay astrología natural y judiciaria. La natural es la que apoyada de principios ciertos, predice las cosas que acaecen segun el curso ordinario que Dios ha establecido en la naturaleza, como son los eclipses de sol y luna, el curso de las estrellas y planetas, su aspecto y su oposicion, las revoluciones de los tiempos y otras cosas semejantes, las cuales pertenecen á la ciencia que se llama astronomía.

La astrología judiciaria es la que por el conocimiento y consideracion de los astros intenta pronosticar los sucesos casuales que dependen de la providencia y del libre albedrío de los hombres. La astrología natural es permitida, pero no la judiciaria. Los cuerpos celestes pueden producir por la virtud de sus influencias muchos efectos y variaciones en los cuerpos sublunares. Es lícito estudiar, observar y conocer esta virtud y sus efectos para dirigir lo que debe hacerse en muchos casos. Y así los labradores que escogen ciertos tiempos para sembrar sus tierras, los marineros que evitan la navegacion en plenilunio ó en menguante, como que son estaciones peligrosas, y el médico que observa los dias críticos, á fin de poner los medios mas seguros para curar al enfermo, no son culpables en nada de esto. Pero en las cosas que miran á la voluntad del hombre y su libertad no se puede sin cometer gran pecado tomar por regla cierta la virtud y la influencia de los astros, porque nuestra voluntad no puede estar sujeta á ellos; de lo contrario el libre albedrío seria destruido, y por consiguiente no habria en el hombre mérito ni demérito. Así discurre santo Tomás ², de donde se infiere que esta ciencia es inútil, vana, falsa y reprobada en cuanto á las cosas que dependen de la voluntad.

Por esto el papa Sixto V ³ prohibió bajo de graves penas esta

¹ Tit. de Exorc. obsessis, etc. — ² Opusc. c. 26. — ³ In Bul. Coeli et terræ.

imaginada ciencia, y solo exceptúa, como santo Tomás, la agricultura, la navegacion y la medicina. Finalmente, muchos concilios condenaron esta especie de astrología, y con especialidad el primero de Toledo ¹ del año de 408, siendo papa san Anastasio, el que declara excomulgados á todos los que la dan crédito.

P. ¿Es lícito levantar el horóscopo, y el decir la buena ó mala ventura?

R. San Juan Damasceno ², que parece haber tenido grande inteligencia del movimiento de los astros, se burla de la vanidad de los que pretenden conocer por las constelaciones la dicha ó desdicha de los hombres. Los gentiles, dice, creen que todas las cosas del mundo son gobernadas por las diversas constituciones y aspectos del sol y la luna, y en esto consiste la astrología; pero los Cristianos piensan de un modo enteramente opuesto, y aunque convengamos en que la lluvia y la serenidad, el frio y el calor, la humedad y la sequedad, y otras cosas semejantes las conozcamos por los astros, sin embargo creemos que no pueden hacernos felices ó infelices, y que no tienen ningun imperio sobre nuestras acciones: *A signis celi nolite metuere quæ timent gentes; quia leges populorum vanæ sunt*, dice la Escritura ³. Por esto los Concilios excomulgan no solo á los que levantan los horóscopos, sino á los que les dan crédito. Los que por la quiromancia (que es una parte de la astrologia judiciaria) pretenden descubrir lo venidero en las rayas de las manos, y anunciar la buena ó mala ventura, y los que á estos dan crédito, son igualmente culpados, segun la bula de Sixto V del año de 1585 que arriba citamos.

P. ¿Es pecado querer conocer ó pronosticar por los sueños los sucesos casuales buenos ó malos?

R. Para decidir esta dificultad es preciso suponer que hay cuatro géneros de sueños diversos, unos buenos y otros malos. Los unos pueden venir de Dios, que algunas veces se sirve del ministerio de los Ángeles para dar á conocer á los hombres ciertas cosas. Cuando haya moral certeza de que Dios es el autor de los sueños, debemos conformarnos con ellos, y esto por lo comun lo da á conocer Dios por una luz interior con que ilumina el espíritu de la persona que los ha tenido. De este género de sueños dice Dios en el libro de los Números: *Si quis fuerit inter vos propheta Domini, in visione apparebo ei, vel per somnium loquar ad illum*. La Escritura nos suminis-

¹ Conc. Tolet. I, cap. 16. — ² Lib. II Orth. fid. c. 7. — ³ Jerem. x, 2, 3.

tra muchos ejemplos. El patriarca José conoció en sueños que seria elevado sobre todos sus hermanos. Nabucodonosor por el propio medio conoció lo que le habia de suceder, segun lo declaró el profeta Daniel ¹. Los Magos fueron amonestados en sueños que no volviesen á ver á Herodes despues que hallaron y adoraron á Jesucristo en Belen; y san José, esposo de la santísima Virgen, fue advertido en sueños que huyera á Egipto.

Los demás sueños son puramente naturales, y los causa el temperamento de la persona que los tiene.

Por esta razon, como advierte santo Tomás, los observan los médicos en los enfermos, para juzgar mejor de su disposicion: siendo muy comun que aquellos en quienes la cólera domina sobre los demás humores tienen ciertos sueños que casi nunca se observan en los de temperamento flemático.

Los otros tienen por causa ordinaria los pensamientos y deseos que hemos tenido entre dia, y que volviendo muchas veces á la imaginacion durante el sueño, producen diferentes ideas; por lo cual dice el Sábio que los grandes cuidados son seguidos de sueños: *Multas curas sequuntur somnia* ². Finalmente, los otros son causados por la malicia y artificio del demonio; y de estos sueños habla la Escritura cuando dice que los sueños y las vanas ilusiones hicieron caer á muchos en error: *Multos enim errare fecerunt somnia, et exciderunt sperantes in illis* ³.

Esto supuesto, es fácil conocer que, siendo tantas y tan diversas las causas de los sueños, no debemos darles crédito, porque es muy difícil conocer cuál es la verdadera. El demonio, que solo procura sorprender las almas por los varios objetos que les propone, es muchas veces causa de los sueños, como advierte san Gregorio papa ⁴. Comunmente se incurre en supersticion cuando se les da crédito, y cuando se intenta conocer por su medio los sucesos fortuitos, con los cuales no tienen ninguna conexion. Así, pues, siendo los sueños por lo comun mentira, error y vanidad, está prohibida justamente la adivinacion por ellos, no solo en la Escritura, que nos dice en propios términos que los despreciamos: *Non augurabimini, nec observabitis somnia* ⁵; sino tambien por muchos concilios, especialmente los de Ancira, París y Milan ⁶.

Concluyamos de todo lo que hemos dicho hasta aquí que el ca-

¹ Dan. II, 1. — ² Eccles. V, 2. — ³ Eccli. XXXIV, 7. — ⁴ Lib. VIII Mor. c. 13. — ⁵ Levit. XIX, 26; Exod. XXXIV, 5. — ⁶ Conc. Ancir. cap. 23; Paris. VI, l. 3, cap. 3; Mediol. I, p. 1, tit. 10.

rácter de un verdadero cristiano es esperar de Dios la decision de su suerte, así de esta vida como de la eterna. Digamos con el Rey profeta, con un espíritu lleno de fe y sumision : Mi suerte, ¡ oh Dios mio ! está en vuestras manos : *In manibus tuis sortes meæ* ¹. Vos decidiréis de ella como os agrade. Nunca busqueis, hermanos, sino en la sabiduría de Dios, y en la fiel observancia de su santa ley, el conocimiento de lo que debe sucederos. Léjos de vosotros toda supersticion : vivid bien, y vuestra suerte será de las mas felices. Amad al Señor vuestro Dios, adoradle y servidle con la práctica de una religion pura, como la Iglesia os la enseña, y sabréis seguramente sin temor de alguna supersticion todo lo que conviene saber á un cristiano, esto es, que despues de haber guardado con fidelidad los mandamientos, conseguiréis la vida eterna.

¹ Psalm. xxx, 16.

CONFERENCIA QUINTA.

SOBRE EL SEGUNDO MANDAMIENTO.

De los votos.

Non assumes nomen Domini Dei tui in vanum. (Exod. xx).

No tomaréis en vano el nombre del Señor vuestro Dios.

No es Dios menos celoso de la honra de su nombre que de la de su propia esencia; y tanto como se interesa en defender su gloria, tanto quiere que sea respetado su santo nombre; y así la Escritura habla igualmente de ambas cosas. Cuando el Rey profeta nos convida á alabar á Dios, nos convida al mismo tiempo á alabar su santo nombre: *Afferte Domino gloriam et honorem; afferte Domino gloriam nomini ejus*¹; y queriendo darnos á entender el profundo respeto que tenia al nombre de Dios, manifiesta que no se atreve á pronunciarle, contentándose con decir que el nombre de su Majestad sea eternamente bendito: *Benedictum nomen majestatis ejus in æternum*². Los judíos respetaban tanto este nombre venerable, que le creían inefable. Filon advierte que el sumo sacerdote era el único que podía pronunciarle cuando bendecía al pueblo; y esto con tanta precaucion, que se ignoraba cómo lo pronunciaba. Este nombre augusto es el que el segundo mandamiento nos ordena venerar y nos prohíbe profanar. Le veneramos con la oracion, con palabras santas y edificativas, con una vida cristiana, con los juramentos justos y legítimos, y con los votos. De estos hablaremos hoy, reservando para otra conferencia el tratar de los pecados con que se profana el santo nombre de Dios.

P. ¿Qué cosa es voto, y cuáles son las condiciones necesarias para que sea válido?

R. Regularmente se define el voto: una promesa hecha á Dios de un bien mas grande con libertad y deliberacion. Decimos que es una promesa, para distinguirle de las simples resoluciones ó pro-

¹ Psalm. xxviii, 8. — ² Psalm. lxxi, 19.

pósitos que no obligan como los votos. Por ejemplo : yo he resuelto ir á visitar los encarcelados, y no intento ligarme ni obligarme, como lo haria si dijera : Yo hago voto y prometo á Dios de ir á visitar los encarcelados. Decimos que es una promesa de mayor bien, porque lo que se promete debe ser bueno y agradable á Dios ; sin esto no hay voto ni obligacion, antes por el contrario seria profanar el santo nombre de Dios hacer voto, por ejemplo, de ir á la comedia, de vengarse, etc. *Displicet ei stulta promissio*, dice el Ecclesiastés ¹. Las cosas inútiles ó imposibles no son materia de voto, y regularmente solo se prometen las cosas de consejo, ó de un bien mas excelente : *Est promissio facta Deo de meliori bono* ², dicen los teólogos. No se hace voto, por ejemplo, de casarse, y sí de guardar continencia. No obstante, puede uno ligarse por voto á lo que está obligado de precepto, como á no embriagarse nunca, á no mentir, etc., y entonces hay doble obligacion de abstenerse ; una por el precepto, y otra por el voto. Decimos que el voto es una promesa hecha á Dios, porque, hablando con propiedad, solo á Dios puede hacerse. Es cierto que puede prometerse á Dios hacer una cosa á honra de algun Santo ; pero siempre el voto se refiere á Dios, como dice santo Tomás ³. Finalmente, el voto es una promesa hecha con libertad y deliberacion ; porque para obligarse es preciso saber á qué se obliga, y ser libre para hacerlo.

De aquí se sigue que para que un voto sea verdadero y válido son necesarias tres condiciones ; á saber, el conocimiento, la libertad y el poder disponer de la cosa que se promete : lo que es conforme á lo que enseña santo Tomás ⁴, que siendo el voto un acto de la voluntad, es preciso que la persona que hace el voto delibere sobre lo que quiere hacer, forme la resolucíon de hacerlo, y prometa cumplir lo que ha deliberado hacer. *Sic ergo ad votum tria ex necessitate requiruntur*, dice este santo Doctor, *primo quidem deliberatio, secundo propositum voluntatis, tertio promissio in qua perficitur ratio voti*.

P. ¿ Hay mas especies de votos ? ¿ Nos daréis de ellos una idea para arreglar mas seguramente nuestra conducta en esta materia ?

R. Hay muchas suertes de votos : I. Los absolutos. II. Los personales, reales ó mixtos. III. Los simples ó solemnes.

Los votos absolutos son los que no dependen de condicion alguna, y por esto deben cumplirse lo mas pronto que se pueda.

¹ Eccles. v, 3. — ² Thom. c. 2, v. 2, q. 88, art. 2. — ³ Ibid. art. 5, ad 3. — ⁴ Ibid. art. 1 in corp.

Los condicionales son los que dependen de alguna condicion. Por ejemplo : yo prometo dar cien escudos á los pobres , si mi padre sana de su enfermedad. Veis aquí un voto condicionado , que no obliga hasta que se verifique la curacion.

Los votos personales son aquellos cuya materia pertenece á la persona. Por ejemplo , yo prometo á Dios ayunar , ir en peregrinacion , etc.

Los votos reales son aquellos cuya materia no es personal : v. gr. prometo á Dios dar cien escudos á la Iglesia : estos cien escudos son la materia del voto ; y mis herederos quedan obligados á cumplirlo , si yo no lo hago.

Los votos mixtos son aquellos cuya materia es personal y real al mismo tiempo : v. gr. yo prometo á Dios asistir á los apestados con mi persona y mis bienes.

Los votos solemnes son los votos que se hacen solemnemente al entrar en una Orden religiosa aprobada por la Iglesia , despues de pasado á lo menos un año de noviciado.

Los votos simples son todos los que la Iglesia no recibe solemnemente. Sobre lo cual se debe advertir que la Iglesia no recibe otros votos solemnes que los que se hacen en alguna Religion aprobada por la Santa Sede , ó al tiempo de recibir las sagradas órdenes. Todos los demás , aunque sean públicos , solo son votos simples.

P. Los hijos que no han llegado á la pubertad ¿pueden hacer votos que sean válidos ; y si los hacen , están obligados á cumplirlos mas adelante ?

R. Siendo necesario el uso de la razon para poderse obligar por voto , se infiere , como dice santo Tomás ¹ , que , regularmente hablando , los votos que se hacen antes de la pubertad (esto es , antes de los catorce años completos en los hijos , y doce en las hijas) son nulos por defecto de conocimiento y deliberacion , y porque todavía se hallan bajo la potestad de sus padres. Sin embargo sucede , aunque rara vez , continúa el santo Doctor , que á causa de las disposiciones extraordinarias de la naturaleza , que no está sujeta á leyes humanas , el uso de la razon se adelanta en algunos de tal suerte , que tienen suficiente juicio antes de la pubertad ; y entonces pueden obligarse por voto simple en las cosas que están en su arbitrio , bien que las leyes eclesiásticas los inhabilitan para obligarse por voto solemne ; porque la Iglesia , de cuya autoridad recibe su vigor

¹ Thom. c. 2 , v. 2 , q. 88 , art. 8.

el voto solemne, solo establece sus leyes para los casos comunes, y no para las circunstancias particulares que suceden raramente. Por esto el concilio de Trento ¹ declaró inválidas las profesiones religiosas hechas antes de la edad de diez y seis años cumplidos. Pero si los impúberes pueden algunas veces obligarse por votos simples, es preciso convenir en que sus votos no son estables. San Antonino dice ² que se pueden anular por sus padres y aun por sus tutores: *Nihilominus parentes illorum vel tutores omnia illa recte possunt irritare*; y muchos doctores juzgan que dejan de obligarles luego que llegan á la pubertad. Sin embargo, en la incertidumbre de si son válidos ó no, es preciso pedir dispensa al obispo; y en este caso no hay necesidad de recurrir á Roma, pues solo están reservados al Papa los votos ciertos, y en el caso que sea posible recurrir á él.

P. ¿Puede una mujer hacer votos sin consentimiento de su marido, un criado sin licencia de su amo, un religioso sin la de su superior, y un hijo sin la de su padre?

R. La regla general que establece santo Tomás ³ es que, aunque una persona que está bajo el dominio de otra pueda obligarse por voto en las cosas que están á su arbitrio y disposicion, no puede sin embargo hacer voto que perjudique á aquel á quien está sujeta sin su permiso expreso, ó á lo menos tácito. La razon es, porque el voto no es otra cosa que una promesa hecha á Dios, y nadie puede prometer lo que no puede cumplir por su propia autoridad. Esto supuesto, una mujer no puede obligarse contra la voluntad de su marido á cosas que alteren el gobierno doméstico, como seria el hacer peregrinaciones, levantarse de noche á orar, etc.; pero puede obligarse á lo que es compatible con sus deberes: v. gr. á frecuentar los Sacramentos, á abstenerse de bailes, comedias, etc. Lo mismo debe decirse de un criado: puede hacer voto en ciertas cosas, pero no en las que son incompatibles con el servicio de su amo. Un religioso no puede hacer votos que sean válidos sin el permiso de su superior: *Nullum votum religiosi est firmum nisi de consensu superioris*, dice el Doctor angélico. Lo mismo sucede á un hijo que está bajo la potestad de su padre. Pero, no obstante, cuando estas personas hacen votos no pecan en ello, pues nunca se consideran como absolutos, sino como condicionales, añade el santo Doctor: *Non tamen peccant votendo, quia in eorum voto intelligitur debita conditio, scilicet si suis superioribus placuerit, vel non renitantur* ⁴.

¹ Sess. XXIV, c. 15. — ² 2 p. Sum. tit. 11, c. 2, v. 76. — ³ Thom. c. 2, v. 2, q. 88, art. 8. — ⁴ Ibid. art. 3, et ad 4.

P. El marido y la mujer ¿pueden hacer votos sin un consentimiento recíproco?

R. Hay algunos ejercicios de piedad que en nada perjudican al derecho que el marido y la mujer tienen mutuamente; y á estos pueden obligarse por voto, sin que el que se obliga necesite el consentimiento del otro. Hay otras cosas incompatibles con los deberes recíprocos á su estado, en las cuales no pueden hacer voto sin mutuo consentimiento. Y así un hombre casado no puede hacer voto de continencia sin consentimiento de su mujer, ni la mujer sin el de su marido; y este voto seria no solo ilícito, sino inválido, dice santo Tomás: *Non potest unus absque consensu alterius continentiam vovere, et si voverit peccat* ¹. Lo mismo debe decirse de las peregrinaciones largas; y aunque en este punto tiene el marido mas libertad que la mujer, no puede obligarse por voto sin su consentimiento, si estas peregrinaciones son de devocion. Digo de devocion, porque en una urgente necesidad de ir á Tierra Santa ó á otra parte al socorro de los cristianos oprimidos por los infieles, podria hacer voto de ir, y ejecutarlo sin consentimiento de su mujer. Así lo decidió Inocencio III ² en su carta al Arzobispo de Cantorbery.

P. ¿Es pecado diferir por pura negligencia el cumplimiento de algun voto? ¿Qué debe hacerse en duda de si un voto es verdadero ó si puede cumplirse?

R. Nadie debe empeñarse ligeramente en hacer votos; pero cuando se han hecho no es dudable que hay obligacion de cumplirlos. Mucho mejor es, dice el Sábio, no hacer votos que hacerlos y no cumplirlos: *Multo melius est non vovere, quam post votum promissa non reddere* ³. El quebrantarlos es un gran pecado, y tambien el diferir su cumplimiento por pura negligencia. Leemos sobre esto en el Deuteronomio un pasaje muy expreso. Cuando hagais algun voto al Señor, dice Moisés, no dilateis el cumplirle, porque el Señor vuestro Dios os lo demandará; y si lo dilatais, os lo imputará á pecado: *Cum votum voveris Domino Deo tuo, non tardabis reddere, quia requirit illud Dominus Deus tuus; et si moratus fueris, reputabitur tibi in peccatum* ⁴. Es, pues, cierto que hay obligacion con pena de pecado de cumplir los votos que se han hecho. Si es absoluto, se debe ejecutar cuanto antes, á no impedirlo alguna causa justa; y si es condicionado, debe cumplirse luego que pueda verificarse la condicion.

¹ In 4 Sent. dist. c. 33, art. 4 in corp. — ² In cap. Ex nulla, 9.

³ Eccles. v, 4. — ⁴ Deut. xxiii, 22.

Cuando se duda si un voto es verdadero ó es solo una simple resolución, si la duda es racional, como suponemos, y no un escrúpulo mal fundado, es preciso tomar el mas seguro partido, que es el de cumplir el voto, segun la máxima del derecho canónico: *In dubiis via eligenda est tutior*.

Cuando no se puede cumplir el voto hecho, ya por enfermedad ó por algun otro accidente que sobrevenga, cesa la obligacion de conciencia; pero en la duda de si se puede ó no, lo mas seguro es pedir dispensa, ó rogar al superior commute el voto en alguna otra buena obra que pueda practicarse.

P. Cuando uno ha hecho por otro algun voto, ¿está obligado á cumplirlo aquel por quien se hizo?

R. Este caso acontece muchas veces en las enfermedades ú otros peligros. Las mujeres ú otras personas que asisten al enfermo, como suelen, ofrecen á Dios que si sana irá en peregrinacion, ó hará tal presente á alguna iglesia, etc. Si el enfermo ú otro por quien se ha hecho el voto no lo ratifica despues de sabido, no está obligado á cumplirlo, porque los votos deben ser voluntarios: *Obligatio voti ex propria voluntate causatur*¹, dice el angélico Doctor. 'Pero si habiéndolo sabido lo ratifica y promete cumplirlo, en este caso está obligado como si por sí mismo lo hubiese hecho; porque aunque al principio no le obligase, le obliga despues que lo aceptó libremente y con conocimiento.

Lo mismo debe decirse respecto de los votos que los padres y madres hacen por sus hijos. Estos no están obligados á cumplirlos, si no los ratifican voluntariamente despues de haber llegado á la pubertad; porque todo voto personal hecho por otro, y sin propia voluntad, no obliga delante de Dios.

P. El voto hecho por temor grave ¿es válido, y obliga en conciencia?

R. Se llama temor grave el que es capaz de conmover á un varon constante, como es el temor de perder la vida y los bienes, y puede provenir de una causa intrínseca y puramente natural, ó de una causa extrínseca y libre; esto supuesto:

Un voto hecho por temor grave proveniente de una causa interior y natural es válido: por ejemplo, un hombre consternado por el temor de una enfermedad mortal, ó del peligro de un naufragio ó de la memoria de sus pecados, hace voto de entrar en religion: este voto es válido, y le obliga delante de Dios, como se prueba con

¹ In 4 Sent. dist. c. 33, art. 4 in corp.,

la autoridad de Inocencio III, que habiendo sido consultado por un obispo de Bohemia acerca de un eclesiástico que hallándose en la extremidad habia pedido y recibido el hábito de canónigo regular, y le dejó despues de haber recobrado la salud, respondió el Papa que debia obligarse á tomar de nuevo el hábito, pues con el hecho de aceptarle se obligó á guardar la regla de la Orden.

Pero si el temor procede de una causa extrínseca y libre, el voto será nulo. Por ejemplo, un hijo á quien amenaza su padre que le desheredará, ó le dará muerte, si no entra religioso, y hace voto de hacerlo por evitar las amenazas de su padre, su voto es nulo; porque, como dice la Glosa sobre una decretal que Alejandro III dirigió al obispo de Worchester, siendo el voto una promesa hecha á Dios, de una obra de supererogacion, y á la cual no está uno obligado por algun precepto, es absolutamente necesario para ser válido que sea hecho con una plena y entera libertad: *Votum per metum factum non tenet*, dice el autor de esta Glosa. Por esta razon fue ordenado sábiamente por el concilio de Trento ¹ que las doncellas que quisiesen entrar en religion fuesen antes examinadas por el obispo diocesano, para saber si se les habia hecho violencia.

P. Los votos hechos en un arrebató de ira ¿son válidos? Un hombre, por ejemplo, enfadado de haber perdido su dinero al juego, hace voto de no jugar mas, ni entrar en tal casa, etc., ¿es válido su voto, y le obliga delante de Dios?

R. Si la ira es tan violenta que prive al hombre del uso de la razon, no será válido su voto, porque entonces no es capaz de obrar con deliberacion; pero si la ira no llega á privarle de juicio, su voto es válido, y está obligado en conciencia á cumplirlo: *Valet votum per iracundiam emissum à vovente, non penitus à suo iudicio deturbatus* ², dice Navarro, quien atestigua que el tribunal de la Penitencia de Roma reconoce por válido todo voto hecho por un hombre airado ó movido de otra pasion, siempre que esta no le prive del juicio.

P. ¿Están obligados los hijos á cumplir los votos de sus padres y madres, y los herederos los de sus testadores?

R. Los votos, como hemos dicho, son personales, ó reales, ó mixtos. El voto personal es el que tiene por materia la persona ó su accion; como el hacer tales ayunos, etc. Este voto solo obliga al que lo ha hecho, y con su muerte cesa la obligacion respecto de sus herederos. No sucede lo mismo con un voto real, que tiene por materia las cosas que están fuera de nosotros, como son los bienes tem-

¹ Sess. XXV, c. 17. — ² In can. divor. de Pœnit.

porales ; y así cuando uno hace voto de dar tal cantidad á los pobres , como este puede ser cumplido por otro , pasa la obligacion á los herederos. Pero si el voto es mixto ó personal, ó real al mismo tiempo , como el ir á tal santuario y hacer tal presente á una iglesia , los hijos ó herederos están obligados á cumplir el voto del difunto en la parte que tiene de real. Este es el comun sentir de los teólogos , como lo advierte san Antonino de Florencia ¹.

P. ¿ Quién puede dispensar los votos , ó conmutarlos en otras obras piadosas ?

R. El Sumo Pontífice , vicario de Jesucristo en la Iglesia , tiene plena potestad de dispensar todos los votos que admiten dispensa , dice santo Tomás ². Por lo que hace á los otros prelados , pueden dispensar en los votos mas comunes , y que se necesita dispensarlos con mas frecuencia , para que los cristianos , añade el santo Doctor , tengan personas á quien puedan recurrir con mas facilidad. Y así los Obispos pueden dispensar á sus diocesanos los votos de ciertas peregrinaciones , ayunos y otras cosas semejantes ; pero en cuanto á los votos mas considerables , como los de castidad perpétua , de entrar en religion , de peregrinar á Jerusalem , á Roma ó á Santiago de Galicia , su dispensa está reservada al Papa.

Sin embargo , se debe advertir que los Obispos pueden dispensar de estos cinco votos en dos casos : el primero , cuando el que ha hecho el voto se lo impuso en castigo de algun pecado ; y el segundo , cuando el voto es condicional y no absoluto : *Est autem notandum* , dice el cardenal de Toledo ³ , *ista quinque vota tum reservari cum absoluta sunt ; cum vero conditionalia vel pœnalia pertinent ad episcopum*. En segundo lugar , es preciso advertir que la sola autoridad del prelado no basta para que sea válida la dispensa ó conmutacion de voto , sino que se necesita causa justa y legítima para dispensarlo ó conmutarlo : de otro modo la dispensa , sea de la autoridad que fuere , no solo es ilícita , sino , inválida. La razon es , dice santo Tomás ⁴ , porque la potestad espiritual del Prelado , de la cual solo es dispensador y no dueño , se le confirió para edificar y no para destruir.

P. ¿ Puede un confesor absolver y relevar á un moribundo de todo género de votos ?

R. Aunque todo sacerdote puede absolver de todo género de pecados en el artículo de la muerte , sin embargo no tiene facultad para dispensar los votos. Puede absolver de todo pecado , y aun de to-

¹ Part. II Sum. tit. 11 , c. 2 , v. 85. — ² 2 , 2 , q. 88 , a. 12. — ³ Inst. sacerdot. 14 , c. 18 , n. 8. — ⁴ 2 , 2 , q. 88 , a. 12 ad 2.

da excomunion, porque la Iglesia le da este poder, segun el concilio de Trento ¹; pero no consta que haya conferido á los sacerdotes el de dispensar los votos; porque no hay la misma necesidad que de absolver de los pecados reservados ó de la excomunion. Esto es lo que enseñan comunmente todos los Doctores, como advierte Navarro ². Todo lo que debe hacer el confesor en este caso es absolver al moribundo del quebrantamiento de sus votos, y aconsejarle sea en lo venidero mas exacto en cumplirlos ó recurrir al superior para obtener la dispensa; solo debe notarse que si esto fuese en tiempo de jubileo, cuando todo confesor puede conmutar la mayor parte de los votos, si lo previene la bula, puede relevar al moribundo de sus votos, ó conmutarlos en alguna otra buena obra, con tal que no sean de los exceptuados por la bula.

P. ¿Qué fruto debemos sacar de esta conferencia?

R. El considerar que los votos hechos segun el espíritu de la Iglesia son muy agradables á Dios, y que los herejes proceden muy mal en reprobarlos, pues, como dice santo Tomás ³, es un acto de religion que nos hace caminar á la perfeccion, y un poderoso freno que detiene la inconstancia de la voluntad para que persevere en la promesa hecha á Dios. Lo segundo, el conducirse con mucha madurez y reflexion cuando se trata de hacer algun voto y tomar consejo de un sábio director que examine si se halla en estado de ejecutarlo, pues los que los hacen temerariamente dan en muchos escrúpulos y perplejidades de conciencia, á los cuales no es fácil remediar. Lo tercero, que los padres y las madres no deben disuadir á sus hijos de entrar en religion cuando Dios los llama, porque el oponerse á su vocacion seria un pecado grave. Lo mas que deben hacer es representarles la gravedad y consecuencias de esta resolucion, y que están obligados á orar á Dios y consultarle para no hacer cosa de que despues se arrepientan; y lo cuarto y último, que cuando se han hecho votos, es preciso guardar fidelidad á Dios en cumplirlos: *Vovete et reddite Domino Deo vestro* ⁴.

Examinemos las faltas que hemos cometido en este punto. Podemos afirmar que casi todos hemos quebrantado los votos y promesas del Bautismo. Renunciamos á Satanás y prometimos entregarnos á Dios. Pero ¿hemos cumplido esta palabra? Pidamos perdon á Dios de nuestras infidelidades pasadas, y orémosle que nos dé gracia para vivir mas arreglados á nuestra santa vocacion.

¹ Sess. XXIV, c. 6. — ² Man. c. 12, n. 17. — ³ 2, 2, q. 88, a. 4 et 5.

⁴ Psalm. LXXV, 12.

CONFERENCIA SEXTA.

SEGUNDO MANDAMIENTO.

Sobre el juramento y la blasfemia.

*Non assumes nomen Domini Dei tui in vanum:
nec enim habebit insontem Dominus eum qui
assumpserit nomen Domini Dei sui frustra.
(Exod. xx).*

Ne tomaréis en vano el nombre del Señor vuestro
Dios, porque el Señor no tendrá por inocente
al que tome en vano el nombre de su Dios.

El segundo mandamiento es al mismo tiempo afirmativo y negativo. Nos manda honrar el santo nombre de Dios, y nos prohíbe profanarle. Honramos el nombre de Dios, no solo cuando le confesamos delante de los hombres, haciendo profesion de la verdadera fe, cuando le invocamos en la oracion ó le bendecimos con las palabras, cuando hablamos con respeto de Dios y de todo lo que le pertenece, y cuando hacemos votos á honra suya, sino cuando empleamos santamente su nombre para atestiguar alguna verdad siempre que lo exige la necesidad ó el bien público, como nos lo enseñan estas palabras del Deuteronomio: *Dominum Deum tuum timebis, ei illi soli servies, ac per nomen illius jurabis*¹.

Este mandamiento nos ordena jurar, cuando sea indispensable, con un profundo respeto, y nos prohíbe abusar del nombre de Dios con juramentos indiscretos y temerarios, y profanarle con perjurios y blasfemias. El quebrantamiento de los votos y las irreverencias contra Dios y contra las cosas que le están consagradas son igualmente prohibidos por este precepto. Santo Tomás² comprende todos estos pecados bajo el nombre de irreligion. La justicia de este mandamiento es conocida de todos los hombres; porque ¿quién ignora que cuando se ama á una persona se habla de ella con honor y respeto, y que si se hablase de ella de otro modo lo tendria por injuria? Nosotros, pues, tenemos una obligacion indispensable de

¹ Deut. vi, 13. — ² 2, 2, q. 122, a. 3.

amar á Dios ; luego solo debemos pronunciar su nombre con todo el respeto debido á su divina Majestad. Si faltamos á esto somos culpables, y merecemos ser castigados de Dios, que añade la amenaza al mandamiento que nos hace de no jurar su nombre en vano : *Nec enim habebit insontem Dominus eum qui assumpserit nomen Domini Dei sui frustra*. En esta conferencia trataremos del juramento y la blasfemia.

P. ¿Qué cosa es jurar ? ¿Es permitido en algun caso el juramento ?

R. Jurar es poner á Dios por testigo de lo que se hace, de lo que se dice, ó de lo que se promete. Se jura no solo poniendo á Dios por testigo, sino tambien á las criaturas, como lo hizo Moisés diciendo : *Testes invoco hodie cælum et terram* ¹ ; porque cuando se jura por las criaturas no es con respecto á ellas, sino con relacion á Dios, que es su criador ; y así no son las criaturas las que dan fuerza y autoridad al juramento, sino la majestad del que resplandece en ellas.

Es cierto que algunas veces es lícito el juramento, cuyo fin, como dice el Apóstol, es confirmar una verdad dificultosa de creer : *Ad confirmationem est juramentum* ², y esto es lo que dice santo Tomás : *Nihil aliud est jurare, nisi dubium confirmare* ³. Respecto de las cosas que no son susceptibles de duda alguna, y que son naturalmente manifiestas, solo deben confirmarse por la razon ; pero en los hechos particulares é inciertos es necesario muchas veces para confirmar la verdad recurrir al testimonio de Dios mismo, dice este santo Doctor. El sostener lo contrario seria caer en el error de Juan Wiclef, cuya doctrina sobre este artículo fue condenada en el concilio general Constanciense celebrado en 1414. Seria reprobar la conducta de los santos patriarcas Abraham, Jacob, Moisés y la del mismo san Pablo, que en muchas ocasiones confirma con juramento sus palabras, invocando el santo nombre de Dios, á quien pone por testigo : *Testis mihi est Deus*, dice escribiendo á los romanos ⁴, *quod sine intermissione memoriam vestri facio* ; y á los gálatas ⁵ : *Quod autem scribo vobis, ecce coram Deo quia non mentior*. Este modo de hablar es un verdadero juramento, y no obstante, ¿qué cosa mas santa, dice san Agustin : *Qui dixit ecce coram Deo quia non mentior jurat utique, et quid sanctius hac juratione* ⁶ ?

Es lícito, pues, jurar, con tal que el juramento vaya acompañado

¹ Deut. iv, 26. — ² Hebr. vi, 16. — ³ Thom. lect. 6. — ⁴ Rom. i, 9. —

⁵ Galat. i, 2. — ⁶ Aug. ibid. n. 9.

de tres condiciones, á saber, de la verdad, de la justicia y de la necesidad: *Jurabis, dicit Dominus, in veritate, et in judicio, et in justitia*, dice el profeta Jeremías ¹. Y así los príncipes que juran los tratados que quieren guardar; los ministros de justicia que prestan juramento al entrar en su empleo con intencion de observarlo fielmente; los particulares que juran ante el juez para asegurar la verdad, contradecir la calumnia y la injusticia, y estorbar que la inocencia sea oprimida, no solo no pecan, sino que hacen un acto de religion muy meritorio y agradable á Dios, y en este sentido dice el Rey profeta: *Laudabuntur omnes qui jurant in eo* ².

P. ¿Cuándo es pecado jurar?

R. El juramento solo puede ser lícito por el buen uso que de él se haga. Para esto es preciso: I. Que el que jura no lo haga sino por alguna causa necesaria. II. Que la cosa que se confirma con el juramento sea verdadera. III. Que sea justa. Si falta alguna de estas condiciones, el juramento es malo, dice santo Tomás ³. Basta seguir estas reglas para conocer fácilmente cuándo se peca en jurar.

I. Es pecado el jurar sin necesidad; esto es, sin ser obligado á ello por una autoridad legítima, ó por la importancia de la materia. Tal es la mala conducta de tantos rústicos, mercaderes y artesanos que no pueden hablar dos palabras seguidas sin jurar. Y aunque estos juramentos indiscretos y temerarios no sean siempre pecados mortales, no obstante la Escritura nos enseña que esta costumbre es muy peligrosa, y capaz de atraer sobre nosotros la indignacion de Dios: *Vir multum jurans implebitur ab iniquitate, et non discedet à domo illius plaga* ⁴.

II. Los que juran contra la verdad, y aseguran con juramento lo que creen ser falso, ó prometen con él lo que no quieren cumplir, pecan mucho mas gravemente. De estos habla el Profeta cuando dice que su corazon es vano para la ley de Dios, y que cuentan la mentira por nada: *Non est in ore eorum veritas, cor eorum vanum est* ⁵. Gentes sin honra que juran y hacen traicion á la verdad por un bocado de pan, por un vaso de vino, ó por otra cosa semejante: *Pro buccella panis deserit veritatem* ⁶. El jurar por una cosa falsa es un perjurio que solo pueden excusar del pecado mortal la inadvertencia ó falta de atencion.

III. Pecan tambien los que juran contra la justicia, esto es, por una cosa mala é injusta, como el vengarse, el no reconciliarse con

¹ Jerem. iv, 28. — ² Psalm. lxxii, 12. — ³ Loc. cit. a. 3. — ⁴ Eccli. xiii, 12. — ⁵ Psalm. v, 10. — ⁶ Prov. xxviii, 21.

su prójimo , etc. Estos cometen tres culpas : la primera jurando , la segunda cumpliendo el juramento , y la tercera despreciando á Dios, á quien ponen por testigo del crimen que quieren cometer : *Si quis juret se facturum aliquod peccatum, et peccavit jurando, et peccavit juramentum faciendo*, dice santo Tomás ¹.

P. ¿Es lícito exigir juramento á un hombre que se sabe, ó á lo menos se duda, que ha de jurar en falso?

R. Es preciso distinguir, si el que exige el juramento es persona pública ó no. Si es persona pública, por ejemplo un juez, que por la obligacion de su oficio pregunta á uno segun el orden de la justicia, no peca en exigir á un hombre el juramento, aunque crea ó dude que jurará en falso, con tal que los que le presenten por testigo crean que no será perjuro ; de otro modo, siendo el perjurio evidente, no puede el juez concurrir á él ².

Pero no sucede lo mismo con un particular. Este peca cuando exige el juramento de otro que sabe ó duda que jurará en falso, porque esta accion es enteramente opuesta á la caridad que debemos tener con el prójimo. Y así san Agustin, proponiéndose esta cuestion, dice que, cuando se exige el juramento á uno, es preciso advertir si se sabe que jurará en falso, ó si no se sabe. Si no se sabe, y se exige el juramento solo por asegurar la verdad, no me atreveré, dice el Santo, á afirmar que esto sea pecado ; pero siempre es una especie de tentacion en que se pone á aquel hombre. Pero si se sabe con certeza que hizo una cosa, y no obstante se le obliga á jurar, sabiendo que jurará en falso, esto es hacerse reo de un homicidio espiritual ; porque el que así jura, se da á sí mismo la muerte, y el que le hace jurar, le impele la mano para que se meta el puñal en el pecho : *Ille enim se perjurio perimit, sed iste manum interficiendo impressit et pressit* ³. No es, pues, culpa tan leve como se cree el impeler á otros á jurar, especialmente cuando hay sospecha que jurarán en falso.

P. ¿Qué cosa es perjurio ? ¿está prohibido siempre ?

R. El perjurio es un falso juramento, y lo es tambien el quebrantar lo jurado. Nunca es lícito perjurar por ninguna cosa del mundo, ni aun por conservar la vida propia ó la de otro. Cuando se ha hecho un juramento lícito deliberadamente, hay obligacion de cumplirlo : *Non perjurabis in nomine meo, nec pollues nomen Domini Dei tui* ⁴. En cuanto á la enormidad del perjurio, este es un pecado mor-

¹ 2, 2, q. 89, a. 7 ad 2. — ² Ibid. q. 98, a. 7. — ³ Aug. serm. CLXXX, alias XXVIII, de v. Apost. c. 10. — ⁴ Levit. xii.

tal por su naturaleza, y santo Tomás afirma que el que perjura aun en cosas leves peca mortalmente : *Ille qui jocose perjurat, non evitat divinam irreverentiam, sed quantum ad aliquid magis auget, et ideo non excusatur à peccato mortali* ¹. El papa Inocencio XI condenó el año de 1679 esta proposicion : *Vocare Deum in testem mendacii levis non est tanta irreverentia propter quam velit, aut possit damnare hominem*. El perjuró es un hombre infame que no debe ser llamado por testigo, y Carlomagno mandó que se le cortase la mano derecha : *Propter perjurium quod commisit dextera manus amputetur* ².

P. ¿Hay siempre obligacion de cumplir lo que se promete con juramento? Un padre y una madre han jurado castigar á su hijo ; si este promete corregirse, ¿no podrán perdonarle sin hacerse perjuros?

R. Todos saben que nadie está obligado á cumplir los juramentos ilícitos, y que nunca debe hacerse una cosa mala, aunque se haya prometido con juramento : *In malis promissis rescinde fidem* ³, dice san Isidoro referido en el cánón. Como nunca se puede obligar al que ha jurado á que haga una cosa mala, del mismo modo no debe el juramento ser obstáculo á un bien mayor : *Sicut juramentum non est vinculum iniquitatis, ita nec impedimentum melioris boni* ⁴, como dice el cardenal Cayetano, quien de este principio infiere, que cuando un hombre juzga que será mas útil perdonar una falta que castigarla, no está obligado en conciencia á cumplir la amenaza que hizo con juramento ; lo que prueba con el ejemplo de David ⁵, que aunque juró castigar á Nabal, le perdonó sin embargo á ruegos de Abigail : *Juravit David temere*, dice san Agustín, *sed non implevit juramentum majori pietate* ⁶.

P. ¿Qué cosa es blasfemia? ¿es pecado grave?

R. La blasfemia tomada en sentido general es una palabra injuriosa á Dios : *Blasphemia*, dicen los teólogos, *est injuriosa in Deum locutio*. Este pecado puede cometerse no solo exteriormente y de boca, sino tambien con lo interior del corazon, como se prueba por el Salmista : *Dixit insipiens in corde suo : non est Deus* ⁷. La blasfemia se divide en dos especies : la una se llama inmediata, que es contra Dios mismo ; y la otra mediata, cuando es injuriosa á los Santos, y recae sobre Dios, que resplandece en ellos por su gloria y su bondad.

En cuanto á la enormidad, toda blasfemia pronunciada con deli-

¹ 2, 2, q. 28, a. 3 ad 2. — ² Cap. lib. IV, c. 23. — ³ Caus. c. 22, q. 14. —

⁴ Cajet. v. Perjur. n. 23. — ⁵ I Reg. xxv. — ⁶ Aug. in can. Juravit, c. 22, q. 4.

— ⁷ Psalm. xiii, 1.

beracion es culpa mortal, segun santo Tomás, que lo prueba con estas palabras de la Escritura : *Qui blasphemaverit nomen Domini, morte moriatur* ¹, sobre lo cual dice, que no imponiéndose la pena de muerte sino al pecado mortal, se infiere que la blasfemia lo es. San Juan Crisóstomo la llama el mayor de todos los pecados : *Blasphemia pejus nihil*, dice este santo Doctor ². Los mayores crímenes de Estado son los que se dirigen contra la persona del soberano, y se llaman de lesa majestad. Ahora, pues, el blasfemo comete un crimen de lesa majestad divina, injuria á Dios en su propia persona, y quisiera destruirle, atribuyéndole lo que no puede convenirle, como es la injusticia ó la crueldad ; luego es peor que un asesino, es un deicida que en cuanto está de su parte quita la vida á Dios en su corazon. Es peor que un gentil, dice san Gregorio Nazianceno ³, y con su blasfemia renuncia al Bautismo. Cuando fuiste bautizado, miserable blasfemo, renunciaste al diablo, y hoy te arrepientes de esto, y reniegas de tu Dios. Me atrevo á decir que el blasfemo es peor en cierto modo que los demonios, á quienes la violencia de los tormentos les hace blasfemar : *Blasphemaverunt Deum cæli præ doloribus* ⁴ ; pero el infeliz blasfemo lo hace á sangre fria y por pura malicia. Los demonios no condenan á nadie con sus blasfemias, pero este impío es ocasion de ruina á infinitas almas con sus escandalosas palabras. Es, pues, muy cierto que la blasfemia es un pecado grandísimo : *Blasphemia pejus nihil*.

P. ¿Hay alguna pena impuesta contra los blasfemos?

R. Este crimen, segun los antiguos cánones, era castigado con la deposicion en los eclesiásticos, y con la excomunion en los legos : *Si quis per capillum Dei vel caput juravit, vel alio modo blasphemia contra Deum usus fuerit*, dice uno de estos cánones, *si in ecclesiastico ordine est, deponatur ; si laicus, anathematizetur* ⁵. El concilio de Bourges del año de 1584 renovó este canon en el título de *Blasphemiis*, añadiendo que se delatasen los blasfemos á los jueces seculares. Gregorio IX en el capítulo *Statuimus de maledicis*, ordena que el que blasfeme contra Dios, contra la Virgen ó contra algun Santo, sea excluido de la iglesia por espacio de siete domingos consecutivos ; que mientras se cante la misa esté delante de la puerta donde todos puedan verle ; que el séptimo domingo vaya descalzo y sin capa con una sogá al cuello ; que durante las siete semanas ayune los viernes á pan y agua, y dé de comer á algunos pobres, si sus facultades lo

¹ 2, 2, q. 13, a. 2 ad 3; Levit. xxiv, 16. — ² Hom. I ad Pop. — ³ Orat. c. 40. — ⁴ Apoc. xvi, 11. — ⁵ Canon Si quis, c. 10, v. 23, q. 1.

permiten ; y que si rehusa cumplir esta penitencia , se le prohiba la entrada en la iglesia , y en su muerte sea privado su cuerpo de sepultura eclesiástica. El concilio de Ravena de 1311 renovó esta disposicion ; y finalmente los papas Leon X y san Pio V mandaron que los confesores no absolviesen á los blasfemos , sino despues de una larga y severa penitencia. De aquí proviene que la blasfemia es caso reservado al obispo en las mas de las diócesis.

P. ¿ Es blasfemia jurar por la cabeza , por la muerte , por el vientre , etc. , añadiendo el nombre de Dios ? y ¿ será pecado cuando no se pronuncia perfectamente este santo nombre ?

R. No hay duda que es blasfemia jurar por los sagrados miembros del Hijo de Dios , que se hizo hombre y murió en la cruz por nosotros ¹. Nuestro divino Redentor es deshonorado con estos detestables juramentos , y se crucifica de nuevo al que tuvo la bondad de morir por todos nosotros , como se explica un sínodo de Troyes del año de 1427.

En cuanto á los que no pronuncian enteramente el nombre de Dios cuando juran , no cometen á la verdad una blasfemia formal ; pero muchas veces la cometen virtual , como dicen los teólogos , porque dan motivo á creer que hacen injurias á Dios ó á Jesucristo con estas palabras : *Por vida de Dios* , etc. , escandalizan á los que los oyen , y sobre todo , estando enfurecidos , se exponen á profanar el santo nombre de Dios. Por esto no los creemos libres de culpa grave.

P. Un hombre que se ha acostumbrado de tal suerte á proferir blasfemias , que esto le sucede muchas veces sin ninguna deliberacion de la voluntad , y sin hacer en ello alto , ¿ podrá decirse que peca mortalmente siempre que así blasfema ?

R. Para resolver esta dificultad es preciso advertir que una blasfemia indeliberada puede provenir de dos causas : la primera , de una pasion súbita , que no da tiempo á reflexionar lo que se dice , ni á poner sentido en las palabras que se pronuncian , y entonces no es pecado mortal , segun santo Tomás ¹ , porque no pasa de blasfemia material. La segunda causa de la blasfemia indeliberada es la mala costumbre que se ha contraido de blasfemar. Para que juzguemos de la cualidad del pecado que en este caso comete el blasfemo , es preciso distinguir dos estados en que puede hallarse , pues si se halla en estado de penitencia , si tiene verdadero dolor de sus culpas pasadas , y si trabaja con todas sus fuerzas en vencer la mala

¹ Silv. in c. 2 , v. 2 , q. 13 , a. 1. — ² 2 , 2 , q. 13 , a. 3 ad 2.

costumbre, podemos decir que esta disposicion le excusa á lo menos de pecado mortal, porque puede escaparse una mala palabra al que tuvo esta costumbre, aunque al presente esté en realidad arrepentido. Pero si por el contrario este hombre no se arrepintió de sus blasfemias pasadas, ó si contentándose con dolerse de ellas no puso todo su conato en vencer la mala costumbre, no pueden excusarse de pecado mortal sus blasfemias indeliberadas; porque aunque sean involuntarias en sí mismas, son voluntarias en su causa, que es la costumbre, que debe mirarse como verdaderamente voluntaria, cuando el que la tiene no hace todos sus esfuerzos para destruirla. Esto es lo que enseña el angélico Doctor ¹, y lo prueba con el ejemplo de un hombre que se embriaga voluntariamente, y en este estado comete algun crimen, que es verdaderamente culpable de todo el mal que entonces haga, porque quiso la causa de donde proviene. De todo lo dicho debemos concluir que el que tiene costumbre de blasfemar, y no trabaja seriamente en destruirla con una verdadera penitencia, peca mortalmente siempre que blasfema; pero si por el contrario pone todo su esfuerzo en corregirse y enmendarse, las blasfemias que se le escapan sin deliberacion no serán pecado, á lo menos mortal.

P. ¿Qué medios deben tomar los que están sujetos á jurar y blasfemar para corregirse de su mala costumbre?

R. El primer medio es recurrir á la oracion y pedir á Dios con fervor la gracia para moderarse y refrenar esta mala pasion. El segundo considerar el peligro en que están de condenarse si prosiguen en tan perversa costumbre, formar un vivo arrepentimiento de sus juramentos pasados, y velar cuidadosamente sobre sí mismos en lo venidero; pues cuanto es mas difícil de destruir una costumbre, tanto mayor aplicacion se necesita para vencerla: *Major consuetudo majorem intentionem flagitat*, dice san Agustin ². Lo tercero, refrenar la lengua y la ira, y evitar el juego, las tabernas, y otros parajes en donde se acostumbra jurar y blasfemar. Lo cuarto, imponerse una penitencia cuando caigan en semejantes pecados, y ser muy exactos en cumplirla. Lo quinto, cuidar de no tener siempre en la boca el nombre de Dios, á menos que no sea para alabarle y bendecirle: *Jurationi non assuescat os tuum, multi enim casus in illa*, dice el Sábio ³: *nominatio vero Dei non sit assidua in ore tuo*. Tened siquiera, dice san Juan Crisóstomo, tanto cuidado con el santo nombre de Dios, como lo teneis con un vestido ó alhaja preciosa que es-

¹ P. 1, q. 77, a. 7. — ² De verb. Ap. serm. XXVIII. — ³ Eccli. xxiii, 9, 10.

timais mucho. Aunque no siempre que se nombra á Dios sin respeto se comete culpa mortal, sin embargo siempre es un abuso del santo nombre de Dios, que el Espíritu Santo prohíbe: *Nominatio vero Dei non sit assidua in ore tuo*; y añade: *et nominibus Sanctorum non admiscearis, quoniam non eris immunis ab eis*. No mezcléis tampoco los nombres de los Santos en vuestros discursos profanos; porque en esto no seréis libres de pecado, y con mayor razon son mas culpables los que hacen á los Santos objetos de sus chanzas y bufonadas.

P. ¿Qué fruto debemos sacar de esta conferencia?

R. Lo primero, el concebir un grande horror á la blasfemia, que Dios castiga muchas veces aun en esta vida. Habiendo cometido este crimen el hijo de una mujer israelita, mandó Dios á Moisés¹ que sacase fuera del real al blasfemo, y fuese apedreado. Antíoco fue herido de una llaga incurable². Nicanor y todas sus tropas fueron derrotadas en castigo de sus blasfemias. Uno de los primeros oficiales de Juliano Apóstata vomitó por la boca toda su sangre, por haberse burlado de Jesucristo y de la santa Virgen³. Estos ejemplos, y otros infinitos que seria muy largo referir, manifiestan cuánto desagrada á Dios este crimen, y el horror que debemos tenerle. Lo segundo, para evitarle debemos huir de todo lo que tenga apariencia de juramento: *Ante omnia fratres mei nolite jurare*, nos dice Santiago, *neque per cælum, neque per terram, neque per aliud quodcumque juramentum*⁴. Pero vosotras, almas cristianas que por la gracia de Dios estais exentas del crimen de que hablamos, cuando oigais á los blasfemos, reprendedlos; y si no podeis corregirlos, bendecid el nombre adorable del Señor mientras los juradores le profanan. Decid con el Rey profeta: Ó alma mia, alaba á tu Dios, pues nunca podrás hacerlo bastantemente: yo le alabaré sin cesar, y le bendeciré todo el tiempo de mi vida: *Benedicam Dominum in omni tempore, semper laus ejus in ore meo*⁵. Yo le bendeciré por la mañana; porque debo consagrarle las primicias del dia: y despues le bendeciré muchas veces, porque por su orden me alumbró el sol: le bendeciré por la tarde, porque es el fin y la perfeccion de mis acciones; tambien la noche me servirá para alabarle, y le alabaré así en la prosperidad como en la adversidad: finalmente, no cesaré de bendecirle en esta vida, para merecer bendecirle eternamente en la otra.

¹ Levit. xxiv, 14. — ² II Mach. ix, 8. — ³ Niceph. lib. I, c. 29.

⁴ Jacob. v, 11. — ⁵ Psalm. xxxiii.

CONFERENCIA SÉPTIMA.

SOBRE EL TERCER MANDAMIENTO.

Memento ut diem sabbati sanctifices. (Exod. n).

Acordaos de santificar el día del sábado.

Admiremos, cristianos, la precaucion que usa el Señor para intimarnos el tercer mandamiento. En los demás se contenta con que apliquemos el entendimiento y la voluntad ; pero para cumplir este, quiere tambien que nuestra memoria sea fiel, y nos manda no olvidemos una obligacion tan importante como la de santificar las fiestas : *Memento ut diem sabbati sanctifices*. Pastores de las almas, acordaos de hablar de esto muchas veces á los pueblos que Dios puso á vuestro cuidado, para que lo reflexionen seriamente y con frecuencia : *Memento*, etc. Superiores eclesiásticos y seculares, cuya obligacion es impedir la profanacion de las fiestas, acordaos de hacer observar exactamente estos santos dias que el Señor destinó para su culto ; porque vendrá, y ya lo hemos visto con frecuencia en muchas parroquias inficionadas por la herejía ; vendrá, digo, aquel desgraciado tiempo en que los impíos clamarán, segun la prediccion del Rey profeta : Desterremos del mundo las solemnidades que la piedad de los fieles observó siempre religiosamente : *Quiescere faciamus omnes dies festos Dei à terra*¹. Y vosotros, pueblos cristianos, acordaos que estos santos dias se os concedieron para glorificar á Dios y emplearlos en su servicio. Si por desgracia os habeis extraviado de vuestros deberes durante la semana, acordaos de volver á entrar dentro de vosotros mismos en estos dias. Si por un culpable olvido habeis descuidado lo que toca á vuestra salvacion, si habeis caido en pecado, dejándoos llevar de vuestras desordenadas pasiones, acordaos de expiar vuestras faltas con la penitencia y las buenas obras. El medio poderoso de que os debeis valer es el de santificar el sábado y santificaros á vosotros : *Memento ut diem sabbati sanctifices*.

P. ¿Se ha reservado Dios un determinado dia en la semana para

¹ Psalm. LXXIII, 8.

que sea empleado en su servicio? ¿qué día era este en la antigua ley? y ¿por qué se ha trasladado al domingo?

R. Los siervos del verdadero Dios han tenido siempre cierto tiempo destinado á adorar la suprema Majestad, á dirigirle sus oraciones y á ofrecerle sacrificios. Aunque no sabemos á punto fijo cuál fue en la ley de la naturaleza el día prescrito para cumplir esta obligación, no dudamos que Dios la impuso á los hombres desde el principio del mundo.

El día que santificó en la antigua ley, y que nos señala el Decálogo, fue el sábado, que es el séptimo día de la semana. La Escritura le da el nombre de sábado, que significa descanso, en memoria de que Dios, despues de haber empleado seis dias en la creacion del mundo, descansó el séptimo, esto es, dejó de producir nuevas criaturas, como se dice en el Éxodo ¹: *Septimus dies erit vobis sanctus, sabbatum, et requies Domini.*

En la ley nueva, la Iglesia enseñada por Jesucristo, y guiada por el Espíritu Santo, mudó este día en el de domingo, sobre lo cual debe advertirse, con el catecismo del concilio de Trento, que en este tercer mandamiento hay una cosa invariable, y otra que no lo es. Es invariable que los hombres deben destinar un día al culto de Dios; pero que este día sea el sábado, no es invariable; porque esto es una pura ceremonia que pertenece á la antigua ley, y que cesó con todas las demás figuras de la ley judáica con la muerte de Jesucristo. Por esto la Iglesia, instruida por su Salvador é ilustrada con su Espíritu, pudo, como lo hizo, mudar el día de sábado en el de domingo. Vemos esta mudanza establecida desde el tiempo de los Apóstoles, y san Agustín ² dice expresamente en su carta á Juanuario que la costumbre de solemnizar el domingo comenzó el día de la resurreccion de Nuestro Señor. Como este hecho no se disputa, y convienen los Protestantes con nosotros, es inútil confirmarle con mas pruebas.

La razon que tuvo la Iglesia para transferir al domingo la solemnidad del sábado, es que en el domingo obró Dios las cosas mas grandes y notables. I. En este día resucitó Jesucristo, y comenzó á gozar del reposo eterno, despues de haber consumado por su muerte la obra de nuestra redencion. II. En domingo descendió el Espíritu Santo sobre los Apóstoles el día de Pentecostes. III. Este es el primer día de la semana, en que Dios comenzó la obra de la crea-

¹ Exod. xxxiii, 2. — ² Aug. epist. LV, n. 12.

cion del mundo. IV. En este dia dió Jesucristo á los Apóstoles el Espíritu Santo, con la potestad de perdonar los pecados. Todo esto es de san Leon¹ en su carta á Dióscoro. Este mandamiento respecto de los cristianos se explica así : « Guardarás el domingo sirviendo á Dios devotamente. »

P. ¿Cómo debe santificarse el domingo y las fiestas que nos manda la Iglesia ?

R. Santificar una cosa segun la ley, dice santo Tomás², es emplearla en el culto divino : *Ea enim dicuntur sanctificari in lege, quæ divino cultui applicantur*. Es preciso, dice este santo Doctor, advertir dos cosas en el precepto de la santificacion de las fiestas ; esto es, el fin, y los medios. El fin es que empleemos los domingos y fiestas en servicio de Dios ; y los medios consisten en evitar las obras serviles, que por lo comun son incompatibles con el servicio divino. Y así, para emplear bien estos santos dias es preciso, dice san Gregorio Magno, abstenerse de toda obra servil, y dedicarse únicamente á las obras de piedad : *Dominico vero die à labore terreno cessandum est, atque omnino orationibus insistendum*³. La santificacion de las fiestas requiere, pues, lo primero, que se empleen estos dias en buenas obras, y las que principalmente se nos ordenan son, el oír misa, y si no hay legítimo impedimento el asistir al sermón, á la explicacion de la doctrina, al catecismo, y generalmente á todo el oficio divino. Despues se debe pasar el resto del dia en obras de piedad, en confesarse, comulgar, leer buenos libros, y ejercitar las obras de misericordia, visitar los enfermos y encarcelados, instruir á los hijos ; y, en una palabra, consagrar estos santos dias á la gloria de Dios.

II. Para emplear de este modo los domingos y fiestas es preciso abstenerse de las obras serviles, esto es, del trabajo de manos, y en general de todo aquello que un hombre hace por otro que le paga su trabajo : *Die dominico oportet omnes christianos à servili opere in laude Dei, et gratiarum actione usque ad vesperam perseverare*, dice el concilio Turonense del año 813⁴. El pecado es tambien obra servil, segun estas palabras del Salvador : *Qui facit peccatum servus est peccati*. Aunque los pecados son prohibidos en todo tiempo, sin embargo son mucho mas graves si se cometen en los domingos y fiestas, dice santo Tomás⁵ ; y si el pecado es formalmente opuesto á la santificacion de las fiestas, como el embriagarse, ó no oír

¹ Leo, epist. LXXXI, c. 1. — ² 2, 2, q. 122, a. 2. — ³ Lib. XI, epist. III, a. 4 ad 3. — ⁴ Can. 40. — ⁵ 2, 2, q. 122, a. 4 ad 3.

misa como se debe, es una circunstancia, dicen los teólogos, que hay obligacion de explicarla en la confesion.

P. ¿Está prohibido todo trabajo en los domingos y fiestas? ¿Cuáles son las obras permitidas, y las prohibidas en estos santos dias?

R. Aunque á los judíos se les prohibió absolutamente todo trabajo en el dia del sábado, no sucede lo mismo con nosotros: *Observare tamen diem sabbati non ad litteram jubemur*, dice san Agustín ¹. Hay algunas obras que la Iglesia permite en los domingos y fiestas, como son las que miran al culto de Dios, barrer, limpiar, adornar una iglesia, y preparar todo lo necesario al servicio divino. En este sentido se dice: *Sacerdotes in templo sabbatum violant, et sine criminis sunt* ². Sin embargo en cuanto sea posible deben hacerse estas cosas en los dias de trabajo, y no en los domingos y fiestas, á no haber alguna necesidad ³.

II. Las acciones espirituales que mas pertenecen al espíritu que al cuerpo no son tampoco prohibidas; y así se puede estudiar, enseñar, escribir, dar consejos, terminar discordias, etc., con tal que no sirvan de estorbo al servicio de Dios: *Nullius spiritualis actus exercitium est contra observantiam sabbati: puta si quis doceat verbo vel scripto*, dice santo Tomás ⁴. Lo mismo debe decirse de las obras serviles, respectivas á las necesidades de la vida, por lo cual es lícito disponer la comida y vender todas las cosas necesarias al sustento del hombre y á la curacion de sus enfermedades.

III. Las obras corporales para evitar un daño que amenaza son tambien permitidas: *Opus corporale quod ordinatur ad imminens damnum rei exterioris vitandum non violat sabbatum*, continúa el Doctor angélico, lo que apoya con la autoridad de Jesucristo que dice en su Evangelio ⁵: ¿Quién de vosotros, viendo caer una oveja en un hoyo el dia del sábado, no la sacará de allí? Como la Iglesia es una piadosa madre, y vivimos en la ley de gracia, no quiere obligarnos con todo el rigor de la antigua ley á la abstinencia de las obras serviles. De aquí proviene que en el tiempo de la siega, de la vendimia y de otras necesidades públicas, dé licencia para que se pueda trabajar; pero, para no pecar en estos casos, es preciso que la necesidad sea urgente, que sea despues de oír misa, y que se acuda por la dispensa al superior eclesiástico siempre que se pueda cómodamente, porque á él toca juzgar la necesidad que hay para tal dispensa.

¹ Epist. LV ad Jan. — ² Matth. xii, 5. — ³ Cuth. ad Part. de tert. præc. Decal. n. 32. — ⁴ 2, 2, q. 122, a. 4 ad 3. — ⁵ Matth. xii, 11.

En cuanto á las obras prohibidas en los domingos y fiestas, son bastante conocidas de todos. No es lícito ejercer ningun arte mecánico, ni ocuparse en el trabajo de manos, que por lo comun se hace para ganar la vida, como el de sembrar, labrar la tierra, etc., el de los herreros, carpinteros, albañiles, escultores, pintores, comerciantes, y de los que trafican en ferias y mercados, etc. Y no vale la excusa de que se trabaja sin escándalo y sin desprecio de la fiesta, pues Inocencio XI en su decreto del año de 1679 condenó esta proposicion: *Præceptum servandi festa non obligat sub mortali, seposito scandalo, si absit contemptus*. Ni digais tampoco que ocupais en esto un breve tiempo, porque para violar las fiestas basta menos de lo que pensais. Ved aquí un ejemplo notable. Habiendo ido un judío en dia de sábado á cortar un poco de leña, se escandalizó todo el pueblo, y lo llevó delante de Moisés, quien consultando al Señor para saber lo que debia hacer con el culpable, le mandó expresamente fuese muerto á pedradas por las manos del pueblo: *Dixitque Dominus ad Moysen, morte moriatur homo iste, obruat eum lapidibus omnis turba extra castra*¹. Tanto es el horror que el Señor tiene á los que profanan los dias consagrados á su culto. Atended á esto los que trabajais ó haceis trabajar en los dias santos á vuestros hijos ó criados, y sabed que Dios no os dejará sin castigo. *Irritaverunt me*, dice por su profeta Ezequiel, *sabbata mea violaverunt vehementer*².

P. El que ha oído misa los domingos y fiestas, ¿puede irse á cazar, á pescar, y pasar el resto del dia en diversiones? ¿Qué se debe pensar de los que así emplean los domingos y fiestas?

R. Para santificar estos santos dias no basta oír misa, sino que es preciso emplearlos en prácticas continuas de piedad, en cuanto permite la fragilidad humana, y especialmente en asistir á los divinos oficios, y á los sermones de los párrocos: *Diebus dominicis et festis in suas paræcias populus conveniat, et missæ, concioni ac vesperis intersit*, dice el concilio Remense³, celebrado por el cardenal de Guisa en 1583, y aprobado por Gregorio XIII. Habiendo mandado esto mismo la Iglesia tan repetidas veces, no puede negarse que pecan contra la santificacion de los domingos y fiestas los que despues de haber oído misa pasan el resto del dia en la caza, en la pesca, en el juego y en otras vanas diversiones.

P. ¿Es lícito hacer ferias y mercados en los dias festivos? ó á lo menos ¿se podrá en ellos comprar y vender algunas cosas?

¹ Num. xv, 35. — ² Ezech. xx, 13. — ³ Tit. de Dieb. festis, § 2.

R. No se deben hacer, ni tolerar que se hagan ferias y mercados en los domingos y fiestas. El concilio de Reims, que hemos citado, lo prohíbe con pena de excomunion: *Nundinæ publicæ, mercatus et auctiones ne fiant diebus festis sub pœna excommunicationis à parochiis in prono denuntianda*. El concilio de Aix ¹ de 1585 manda abolir la costumbre contraria, y que trasladen los mercados al otro dia de la fiesta, ó al precedente.

En los domingos y fiestas es lícito vender y comprar las cosas que miran al culto divino, las necesarias para el sustento y para la curacion de los enfermos. Hay algunas otras cosas que aunque no tan precisas, hay necesidad de comprarlas, y puede hacerse en los dias festivos, si de omitirlo para otro se ha de seguir algun daño, segun la regla de santo Tomás ya citada: *Opus corporale quod ordinatur ad imminens damnum rei exterioris vitandum, non violat sabbatum*. Por este principio son excusables los tenderos transeuntes, que exponen sus mercaderías en las aldeas los domingos y fiestas, porque aparece cierta necesidad de hacerlo, y no puede prohibirse del todo este comercio, sin causar gran perjuicio á los que venden, y notable incomodidad á los que compran; sin embargo debe preceder la tolerancia del obispo, y cuidar de que esto no se haga á las puertas de la iglesia, ni antes de la misa, ni durante los oficios divinos.

P. ¿Pueden los carruajeros y arrieros continuar sus viajes en los domingos y fiestas?

R. Los carruajeros, que por la utilidad pública tienen señalados dias para caminar, no pecan en proseguir su viaje los domingos y fiestas, con tal que oigan misa. Pueden tambien salir en estos para conducir á una persona que está obligada á hacer viaje, y no puede ejecutarlo sin un carruajero que le conduzca, ó lleve su equipaje. Tambien puede decirse; que si amenaza mal tiempo, ó teme otro daño el carruajero, puede caminar sin pecado. Esto se prueba con la autoridad de santo Tomás ², que enseña que la necesidad ó utilidad del prójimo son causas suficientes para excusar de culpa en estas ocasiones. En cuanto á los carruajeros que no se hallan en los casos que hemos dicho, y que no tienen otro fin que su interés particular, pecan contra el tercer mandamiento, si no se detienen en el lugar donde se hallen los domingos y fiestas principales, y lo mismo debe decirse de los arrieros.

P. ¿Es lícito á los taberneros dar de comer y beber á todo género de personas, aun durante las horas del oficio divino?

♣ Conc. Aquens. tit. de Festor. cult. — ¹ 1, 2, q. 122, a. 4.

R. Los que vienen á comer y beber á las tabernas, ó son del pueblo, ó son caminantes y pasajeros. Los taberneros pueden sin pecado dar de comer y beber á estos últimos á cualquier hora, porque debe suponerse con razon, que no lo piden sin necesidad, y así los exceptúan los Concilios. *Tabernarii*, dice el sínodo de Chartres de 1525, *durante missa parochiali et vespers dominico die cessent á venditionibus, nisi ex causa necessaria et pro viatoribus transeuntibus*. Pero respecto de los domiciliados y vecinos del lugar, los Concilios prohíben muy expresamente á los taberneros el admitirlos en sus casas los domingos y fiestas durante el oficio divino. El concilio de Ruan de 1581¹, aprobado por el papa Gregorio XIII, manda que los curas declaren excomulgados á los que violaren estas santas disposiciones. Véanse aquí las propias palabras de su decreto: *In pro no pro excommunicatis denuntient qui post admonitionem ausi fuerint dominicis, et festis diebus tempore servitii, parochianos in domum suam ad potandum, ludendum, aut aliud non necessarium agendum recipere*. El concilio de Tours del año de 1583 aprobado por el mismo Papa hace la propia prohibicion á los taberneros, so pena de ser excomulgados; sobre lo cual se debe advertir, que semejante pena solo se impone por pecado mortal. Tambien son muy culpables cuando permiten á los parroquianos en su casa durante la noche, fomentando así la embriaguez de muchos. Esta es la hidra de muchas cabezas, de donde nacen las pependencias, los juramentos, la impureza, el latrocinio, y en una palabra es el origen de todos los vicios, como dice una capitular de Carlomagno: *Magnum malum ebrietatis, unde omnia vitia pullulant, modis omnibus cavere præcipimus: qui autem hoc vitare noluerit, excommunicandum esse decrevimus usque ad emendationem congruam*.

Vosotros que ejerceis un oficio tan peligroso como el de taberneros, me permitiréis que os pregunte ¿qué cuidado habeis puesto en arreglarlos á estas leyes de la Iglesia? ¿Cómo observais los domingos y fiestas? Vuestra casa ¿está cerrada á los borrachos? ¿Cómo se sirve á Dios en vuestra familia? ¡Ah! y cuán pocos serán los taberneros que se salven!

P. Los barberos y ministros de justicia ¿pueden trabajar en sus profesiones los domingos y fiestas?

R. La costumbre que tienen los barberos de ejercitar su oficio en sus casas las mañanas de los dias festivos no parece excusable, por-

¹ Tit. de Curator. officiis, § 19.

que esta profesion es servil, y no hay necesidad de ejercitarla en los dias santos. Si no se puede destruir este abuso, que es demasiado comun, se debe á lo menos prohibirles que trabajen durante las horas del oficio divino y del sermon de la parroquia, como lo han mandado muchos obispos, y es preciso que los obedezcan.

Los ministros de justicia no pueden practicar otros actos que los que se hacen *sine strepitu judiciali*; esto es, sin ruido ni contiendas. Por ejemplo, no pueden tomar la confesion á un reo, ni recibir declaraciones de testigos en los domingos y fiestas; pero pueden los jueces examinar las causas que han de sentenciar, y los abogados y procuradores responder á las consultas y hacer pedimentos, con tal que asistan á los oficios divinos, y especialmente á la misa parroquial; porque este trabajo no parece ser obra servil, y puede ejercitarse *sine strepitu judiciali*.

Por lo que hace á los escribanos, estos regularmente hablando no pueden hacer autos ni escrituras los domingos y fiestas; porque esto suele ir acompañado de disputas y ruido, que distraen mucho de las obras de piedad á que los fieles están mas particularmente obligados en estos santos dias, por lo cual se lo prohíbe san Carlos¹ en su tercer concilio de Milan, y el de Bourges en 1584², que pone esta excepcion: *Nisi quæ ex necessitate testamentorum aut matrimoniorum causa differri non possunt*. De aquí puede inferirse que cuando hay alguna necesidad pública ó particular, como la de otorgar el testamento de un enfermo, ó de uno que se ausenta, ó por otra cosa semejante, pueden lícitamente los escribanos servir á los que los buscan en los domingos y fiestas; pero si no los obliga á esto la necesidad ni la caridad, deben dejarlo para otro dia, segun esta excepcion de Gregorio IX³: *Nisi necessitas urgeat, vel pietas suadeat*.

P. ¿Quiénes son los que mas pueden contribuir á la santificacion de las fiestas?

R. Los superiores eclesiásticos y seculares; los obispos impidiendo con sábios decretos los abusos que se introduzcan en el pueblo los dias de domingos y fiestas; los curas teniendo á sus parroquianos ocupados en oír saludables instrucciones, estableciendo fuera del tiempo de los divinos oficios congregaciones y conferencias de piedad, para estorbar que se disipen en obras y diversiones profanas; los magistrados, y generalmente todos los que tienen á su car-

¹ Tit. de Festor. dier. cultu. — ² Conc. Bituric. c. de Festis. — ³ Cap. Conquestus 5 de Feriis, lib. II, c. 9.

go el bien público, deben hacer que se observen las leyes de la Iglesia y del Estado; reprender y castigar á los que las quebrantan, á los que tienen ferias ó mercados, á los que trabajan ó se ocupan públicamente en cualquier otro trabajo en los dias de fiesta, é impedir los bailes, comedias, juegos, embriagueces, etc. : *Dies festos majestati altissimæ dedicatos, nullis volumus voluptatibus occupari*¹. Prohibimos pasar en diversiones culpables los santos dias de fiesta consagrados á la majestad altísima de Dios, dicen los emperadores Leon y Artemio. Esto es, señores magistrados y ministros de justicia, lo que vosotros debeis hacer.

Los padres y madres, los amos y las amas están obligados á cuidar que los domingos y fiestas sean exactamente observados por los que están bajo de su gobierno, y ninguno de ellos se ocupe en obras serviles, y sean exactos en el servicio y culto de Dios. ¿Qué digo servir á Dios en los domingos y fiestas? Estos son los dias en que mas se le ofende. Sí, hermanos; á vista de la conducta de la mayor parte de los fieles, parece que el domingo es el albañal ó cloaca de toda la semana, y que no teniendo lugar ni proporcion de ofender á Dios en los dias de trabajo, lo reservan para el domingo. No es este para muchos el dia del Señor, sino el dia del diablo, á quien le prostituyen con sus disoluciones y excesos. En otro tiempo se veia que los demonios dejaban los cuerpos de los energúmenos en los dias festivos, y se retiraban á los desiertos, como que no podian tolerar la piedad y devocion de los fieles; pero ahora se sueltan, y poseen el corazon de una infinidad de cristianos, precipitándolos en estos dias en mil acciones brutales. Despues de esto, ¿hay que espantarse si somos agobiados de calamidades y miserias? Dios nos trata conforme le tratamos: *Odi, et projecí festivitates vestras, et non capiam odorem cætuum vestrorum*².

P. ¿Qué fruto debemos sacar de esta conferencia?

R. Vedle aquí en estas palabras del Rey profeta: *Convertere anima mea in requiem tuam, quia Dominus benefecit tibi*³. Vosotros habeis pecado muchas veces contra la santificacion de las fiestas; pues pedid perdon á Dios, convertíos y entregaos á él de todo corazon, especialmente en estos santos dias: *Convertere*. El domingo se llama dia del Señor: lo que significa que si os habeis ocupado en vuestros negocios del mundo los demás dias, debeis en este entregaros á Dios y su servicio. Es un latrocinio, ó por mejor decir un

¹ L. Dies. festis, Cod. de Fer. 3, t. 12. — ² Amos, v, 21.

³ Psalm. cxiv, 7.

sacrilegio robársele y emplearle en vanas diversiones. Si lo habeis hecho hasta aquí, es preciso mudar de conducta : *Convertere anima mea in requiem tuam*. ¿Habeis trabajado los demás dias para las necesidades de vuestro cuerpo? Trabajad el domingo para socorrer las necesidades de vuestra alma. ¿Sois mercader, y todos los dias de la semana los habeis gastado en cuentas con vuestros acreedores y deudores? Entrad en este dia á cuentas con vuestro Dios. ¿Sois labrador, y habeis cultivado y limpiado la tierra? Cultivad y limpiad vuestra conciencia, á lo menos una vez cada semana. ¿Sois ministro de justicia, y habeis formado causa á muchos? Hacedla ahora á vosotros mismos : juzgad y castigad vuestros delitos : vuestro oficio es hacer que se dé á cada uno lo que le toca ; pues dad á Dios lo que es debido en este santo dia ; imitad al santo hombre Nehemías, que viendo que muchos iban á vender á Jerusalem en el dia del sábado todo género de mercaderías, puso sus gentes á la puerta de la ciudad para impedirles la entrada, y amenazó con tal fuerza á aquellos mercaderes, que no volvieron á comerciar en el dia del sábado : *Itaque ex tempore illo non venerunt in sabbato*¹, dice la Escritura. Finalmente, acordaos el domingo de los beneficios que la divina bondad os ha hecho : *Quia Dominus benefecit tibi*. Debeis bendecirle, y darle gracias en la asamblea de los fieles : *In medio Ecclesiæ laudabo te*. Y si no podeis venir á la iglesia á cumplir esta obligacion, haced de vuestra casa una iglesia doméstica y un oratorio, para que despues de haber celebrado santamente las fiestas, merezcáis entrar en aquel feliz descanso, y en aquella divina alegría que durará por toda la eternidad. Amen.

¹ II Esdr. XIII, 21.

CONFERENCIA OCTAVA.

SOBRE EL CUARTO MANDAMIENTO.

Obligaciones de los amos y criados.

Honora patrem tuum et matrem tuam, ut sis longævus super terram, quam Dominus Deus tuus dabit tibi. (Exod. xx).

Honraréis á vuestro padre y vuestra madre, para que vivais largo tiempo sobre la tierra, que os ha de dar el Señor vuestro Dios.

Este es el cuarto mandamiento, y el primero de la segunda tabla, al cual quiso Dios señalar una recompensa en esta vida, para incitarnos á observarle perfectamente: *Quod est mandatum primum in promissione*¹, nos dice san Pablo. Aunque en este precepto solo se habla expresamente de los padres y madres que nos dieron el ser, sin embargo, es comun sentir de los doctores, aprobado por el catecismo del concilio de Trento², que bajo el nombre de padres y madres se comprenden todos los superiores; porque los inferiores deben honrarlos como á padres, y los superiores por su parte deben amar á sus inferiores como á hijos. En la palabra superiores son comprendidos todos los que tienen á su cargo el cuidado de los otros, así en lo espiritual como en lo temporal, y que ejercen sobre ellos alguna autoridad, como los obispos, los párrocos, los sacerdotes, los reyes, los gobernadores, los magistrados, los señores, los padrinos y madrinas, los tutores y curadores, los amos, los maridos, y aun los viejos, que deben mirarse como padres, especialmente si son prudentes y de vida irrepreensible, á cuya presencia nos manda la Escritura que nos levantemos para manifestarles el respeto con que los tratamos: *Coram cano capite consurge, et honora personam senis*³. Bajo el nombre de hijos se comprenden generalmente todos los que están sujetos á cualquiera que tiene autoridad sobre ellos. No explicaremos aquí las obligaciones de todas personas, porque esto seria muy largo, y solo hablaremos de lo que deben los amos

¹ Ephes. vi, 2. — ² Brev. n. 7. — ³ Levit. xix, 32.

á sus criados y los criados á sus amos, habiendo tratado en otra parte de las obligaciones de los padres y madres con sus hijos, y de las de estos con aquellos.

P. ¿Cómo deben mirar los amos á sus criados?

R. Deben mirarlos como á sus hermanos segun el órden de la naturaleza y de la gracia. Vuestro criado es hombre como vos: Dios es su dueño como lo es vuestro: es criatura suya como vos: vos sois de la misma naturaleza que él: formado de la nada como él, y el mismo Criador que os formó, le formó á él igualmente: *Numquid non in utero fecit me qui et illum operatus est?* dice el santo hombre Job ¹. Y así, advierte muy bien san Agustín, que antes del pecado dió Dios al hombre el imperio sobre los peces del mar, sobre los animales de la tierra, sobre las aves del cielo, pero no sobre los otros hombres: *Nomen servi culpa meruit, non natura*, dice este Padre ². Lo mismo advierte san Juan Crisóstomo, y dice que en el principio del mundo los antiguos Patriarcas y los primeros justos mas eran pastores de ganados que príncipes y soberanos de los hombres: *Pastores pecorum magis quam reges hominum constituti sunt* ³. En efecto, no se halla en la Escritura el nombre de esclavo y siervo sino despues del pecado de Cam, que por haberse burlado de su padre, mereció este castigo: *Maledictus Chanaan, servus servorum erit fratribus suis* ⁴. Esto supuesto, podemos decir con verdad que segun la naturaleza todos los hombres son iguales, y por consiguiente un amo no debe mirar á su criado como á un esclavo, sino como á hermano, no solo segun la naturaleza, sino tambien segun los privilegios de la gracia, pues es cristiano como él. Así lo advierte san Pablo escribiendo á un hombre noble de Colosa llamado Filemon, en favor de su esclavo Onésimo, á quien san Pablo habia convertido. Pídele que le reciba no como su esclavo, sino como su hermano regenerado por el mismo Bautismo en el seno de la misma Iglesia, y participante de los mismos Sacramentos: *Tu autem illum suscipe, jam non ut servum, sed pro servo charissimum filium* ⁵.

P. ¿Cuáles son las obligaciones de los amos para con sus criados?

R. Estas obligaciones son respectivas á lo espiritual y temporal. En cuanto á lo temporal, la primera obligacion de los amos es mantener á sus criados y ocuparlos en un trabajo moderado. El que los

¹ Job, xxxi, 15. — ² Lib. XIX de Civ. c. 15. — ³ Hom. XXIX in Genes. — ⁴ Genes. ix, 25. — ⁵ Philem. xm, 6.

amos estén obligados á mantener á sus criados, se funda en el derecho divino y natural. El que trabaja, dice Jesucristo, es digno del sustento : *Dignus est operarius mercede sua* ¹. Los criados emplean por vosotros su tiempo y sus sudores, es muy justo que vosotros les deis su mantenimiento. No decimos que les deis una delicada comida, porque esto seria fomentar su insolencia y armarlos contra vosotros ; pero no los pongais en la imposibilidad de servirlos, rehusándoles lo necesario, porque esto seria haceros culpables de sus murmuraciones, de sus hurtos, y de los excesos que cometan cuando tengan ocasion.

Debeis tambien ocuparlos. Enviad á vuestro siervo al trabajo, dice el Eclesiástico ², para que no esté ocioso, pues la ociosidad enseña mucho malo : *Mitte servum tuum ad operationem, ne vacet : multam enim malitiam docuit otiositas*. Hacedlos trabajar, pero moderadamente : no les oprimaís ni apureis con trabajo excesivo, abusando de la autoridad que teneis sobre ellos. Menos sensibles á las leyes de la humanidad que al torpe interés, tratais con suavidad á un caballo, al mismo tiempo que oprimís á un pobre criado ; y ¿es esto obrar como os encarga el Apóstol : *Domini quod justum est et æquum, servis præstate : scientes quod et vos Dominum habetis in cælo* ³.

P. ¿Cuáles son las demás obligaciones que los amos tienen para con sus criados en lo temporal?

R. Deben asistirlos en sus necesidades, cuidarlos cuando estén enfermos, protegerlos y ampararlos. Si teneis un criado prudente, dice el Sábio, tenedle afecto, y no permitais que despues de haberos servido con fidelidad, venga á caer en miseria : si teneis un siervo fiel, amadle como á vuestra vida, y tratadle como á hermano : *Si est tibi servus fidelis, sicut tibi quasi anima tua : quasi frater cum tracta* ⁴. Mirad en el Evangelio el cuidado que mostró el Centurion por la salud de su siervo paralítico : él mismo por sí y por sus amigos pidió á Jesucristo que le curase, y fue tan grande su fe, que mereció ser oido.

Finalmente, los amos deben pagar con puntualidad á sus criados : *Non morabitur opus mercenarii tui apud te usque mane* ⁵. No retengais el salario de vuestros domésticos, porque no podeis hacerlo siempre que les haga falta, sin cometer una injusticia, cuyo clamor llega hasta el trono de Dios, como dice Santiago ⁶. Sin embargo, ¿cómo pagais á los criados? A veces se les hace esperar años enteros, se

¹ Matth. x, 10. — ² Eccli. xxxiii, 28, 29. — ³ Colos. iv, 1.

⁴ Eccli. xxxiii, 31. — ⁵ Levit. xix, 13. — ⁶ Jacob. v, 4.

les disminuye con varios pretextos, y se les paga de un modo desproporcionado á sus trabajos.

P. ¿Cuáles son las obligaciones de los amos para con los criados respecto de lo espiritual?

R. Lo primero, deben velar sobre su conducta ; tener cuidado de su salvación ; de que sean instruidos en los misterios de la fe ; de que oren por la mañana y por la tarde ; de que asistan á la misa y á los sermones de la parroquia, especialmente á la explicacion del Catecismo ; de que frecuenten los Sacramentos ; de que guarden los ayunos, vigiliass y fiestas que manda la Iglesia ; de que eviten el juego, las tabernas y malas compañías ; de que no sean juradores, borrachos, etc. ; en una palabra, de que sean buenos cristianos y temerosos de Dios. Pero ¿se tiene este cuidado de los criados? Solo se piensa en aprovecharse de su servicio : léjos de encaminarlos á la virtud, jamás se habla de ella : se les oprime con tanto trabajo, que no tienen tiempo de orar, ni de cumplir las obligaciones de cristianos. A vista de esto, ¿hay que pasmarse de que sean tan viciosos cuando nadie procura corregirlos? Sin embargo, esta es segun el Apóstol una culpa muy grave : *Si quis suorum et maxime domesticorum curam non habet, fidem negavit, et est infideli deterior.*

II. Los amos deben corregir á los criados ; pero estos, me diréis, tienen muchos defectos ; y ¿quién es el que no los tiene? Es preciso reprenderlos ; pero sin enfurecerlos, ni tratarlos rigurosamente, sino con dulzura y caridad. Disimuladles algunas cosas, sin hacer extremos por las que poco importan : no os ofendais porque quiebren un vaso ; en una palabra, no os hagais en vuestra casa molestos é insufribles con los que os están sujetos. Acordaos que teneis en el cielo el mismo Señor que ellos, y que este no atenderá á la diferencia de condiciones : *Scientes quia et illorum et vester Dominus est in cælis, et personarum acceptio non est apud eum.* Finalmente, si despues de algunos prudentes avisos reconocéis que vuestro criado es incorregible, entonces debeis despedirle antes que continuar con él en discordias, que sean contrarias á la caridad.

III. Los amos deben dar buen ejemplo á sus criados : comunmente se dice, que segun es el amo, así es el criado. Si sois virtuosos, vuestros criados se moverán á imitaros ; pero si sois viciosos, vuestros criados lo serán tambien. Ellos comunicarán sus vicios á vuestros hijos, y traerán sobre vuestra familia la maldicion del Señor. Si quereis tener buenos criados, sed vosotros buenos amos : sed los primeros en mostrar á vuestra familia los ejemplos de virtud y

de piedad : emplead la autoridad que teneis sobre los criados para encaminarlos á Dios : *Non est potestas nisi à Deo*¹. Vuestro poder viene de Dios : es preciso que useis de él santamente, para que vuestros criados os veneren ; pero si abusais de él para pervertirlos, para cometer injusticias, para corromper aquella pobre criada, y hacerla víctima de vuestra pasion, seréis un infeliz amo, ó, por mejor decir, un detestable ladrón que quitais á esa pobre doncella su mas preciosa prenda. Antes que entrar en vuestra casa, la hubiera mas valido entrar en la cueva de un leon, ó que hubiese encontrado un tigre ó un leopardo que la hiciera pedazos : entonces solo hubiera perdido una vida perecedera ; pero vosotros la habeis hecho perder lo mas precioso, que es la vida de la gracia, su salvacion, su honra y su derecho á la herencia eterna.

P. ¿Son responsables los amos de los defectos de sus criados?

R. Un criado puede cometer un defecto en la casa de su amo ó fuera de ella, sabiéndolo este, ó ignorándolo. No son responsables los amos de lo malo que hacen sus criados fuera de su casa, y sin noticia suya : la equidad natural no permite que una persona sea castigada sin merecerlo, y por esto el castigo solo debe imponerse á los que han cometido alguna culpa : *Pœna suum auctorem teneat*, dice el papa Bonifacio VIII². Pero las leyes civiles hacen responsables á los amos de los defectos de los domésticos que están actualmente en su casa, de suerte que si un criado, por ejemplo, arroja alguna cosa por la ventana y causa algun daño al prójimo, la ley civil manda que el amo esté obligado á repararle, aunque haya sido sin su noticia : *Insciente domino*. Sin embargo, como este género de leyes penales solo mira á la policia y disciplina exterior, puede decirse con certeza, que cuando el amo no tiene parte alguna en la culpa de su criado ó de otro que esté en la casa en que vive, no está obligado en conciencia á ninguna reparacion, hasta que lo mande el juez ; y en este caso puede repetir contra quien causó el daño, el cual por consiguiente está obligado por derecho natural á repararlo. Pero si el amo tuvo noticia de la culpa de su criado, ya la cometiese en su casa ó fuera de ella, no hay duda que es responsable, si pudiéndola impedir no lo hizo : *Digni sunt morte non solum qui faciunt ea, sed etiam qui consentiunt facientibus*³.

P. ¿Qué fruto debemos sacar de lo que habeis dicho sobre las obligaciones de los amos con los criados?

¹ Rom. XIII, 1. — ² In cap. Si compromissarius. — ³ Rom. I, 32.

R. Primero, los amos y padres de familia deben considerar cuán importante es que ellos vivan bien para arreglar y dirigir santamente su familia : *Religiosus ac timens Deum cum omni domo sua* ¹. Esto es lo que dice la Escritura del centurion Cornelio, á quien es preciso que imiten todos los amos cristianos.

II. Deben velar sobre sus domésticos, como que algun dia responderán de ellos delante de Dios, y no sufrir que sean de malas costumbres.

III. Siendo como es difícil encontrar buenos criados, deben conservar á los que sean juiciosos y sirvan bien á Dios, y preferirlos á otros, aunque sean mas hábiles y de mejor semblante. Tal era la conducta de David : *Ambulans in via immaculata hic mihi ministrabat* ². Hallándome en la necesidad de tener cerca de mí algunos que me sirviesen, buscaba, dice, los que eran mas fieles á Dios, los que observaban sus mandamientos, y tenian una vida irreprochable : no toleraba en mi casa á los soberbios, ni á los hombres de mala lengua : *Non habitabit in medio domus meae qui facit superbiam, qui loquitur iniqua*. Un rey es quien habla, señores y señoras, un rey que viéndose obligado á tener muchos domésticos, procuraba no admitir sino á los que fuesen virtuosos : *Qui virtutis studiosi erant, et cuiuslibet sceleris expertes*, dice sobre este lugar Teodoreto ³. Haced vosotros lo mismo : servíos de criados que sean buenos cristianos, edificadlos con la santidad de vuestra vida, y contribuiréis á su salvacion santificándoos á vosotros mismos.

Obligaciones de los criados con sus amos.

P. ¿Cómo debe mirar un criado cristiano su coahidad y condicion de sirviente?

R. Debe mirarla lo primero como un estado dispuesto por Dios, segun las órdenes de su providencia. Dios quiere que haya subordinacion en el mundo, y que dependamos los unos de los otros ; y estas recíprocas dependencias que Dios ha establecido están arregladas, dice san Pablo, con un orden admirable : *Quae autem sunt, à Deo ordinata sunt* ⁴. Y así, si sois siervo, Dios es quien os ha puesto en este estado, y acaso su voluntad es que permanezcais en él : *Servus vocatus es? Non sit tibi cura*, os dice el Apóstol, que es como si dijera : si tuviéreis algun empleo, podríais temer que la ambicion

¹ Act. x, 2. — ² Psalm. c, 6. — ³ Theod. ib. — ⁴ Rom. xiii, 1.

ó la avaricia os hubiese elevado á él ; pero hallándoos en estado de servidumbre , vivid con reposo , y creed que Dios os ha llamado á él , y quiere salvaros por el camino de la humillacion . Aun quando podais salir de este estado , no le dejéis fácilmente , porque puede ser que no haya otro donde podais adquirir mas méritos : *Sed si potes fieri liber , magis utere* ¹.

II. Como un estado que santificó Jesucristo . Siendo Dios igual y consustancial á su Padre , quiso abonadarse y tomar la figura de siervo ; y como es propio de los que sirven no hacer su voluntad , sino la de otro , servir á los de la casa , y no responder quando le reprenden , nos asegura en su Evangelio , que no bajó del cielo á hacer su voluntad , sino la de su Padre , que vino , no á ser servido , sino á servir á los otros , y que en tiempo de su pasion se portó como un hombre que nada tiene que replicar : *Factus sum sicut homo non audiens , et non habens in ore suo redargutiones* . Todo esto hace ver que el estado de los sirvientes es un estado de pena , de trabajo y de sumision , en el cual se pueden fácilmente santificar , cumpliendo la voluntad de Dios en la de sus amos .

P. ¿ Cuáles son las obligaciones de los criados para con sus amos ?

R. San Pablo nos las enseña en varias partes de sus epístolas , especialmente en la que escribió á los de Éfeso . Siervos , les dice , obedeced á vuestros señores temporales con temor y respeto , y con simplicidad de corazon , como á Jesucristo mismo : *Servi obedite dominis carnalibus in timore et tremore , in simplicitate cordis vestri , sicut Christo* ¹ . Esta es la primera obligacion de los criados para con sus amos , una obediencia sencilla , respetuosa , y acompañada del temor de Dios . No los sirvais solo quando tienen la vista sobre vosotros , como si no pensáseis mas que en agradar á los hombres , sino haced con buena razon la voluntad de Dios como siervos de Jesucristo : *Non ad oculum servientes , quasi hominibus placentes , sed ut servi Christi , facientes voluntatem Dei ex animo* ² . La segunda obligacion es una fidelidad entera y perfecta . Servidlos con aficion : mirad en ellos al Señor , y no á los hombres : *Cum bona voluntate servientes , sicut Domino , et non hominibus* ³ . La tercera obligacion de los criados con los amos es tenerles un afecto lleno de respeto ; deben dedicarse á servirlos con buen corazon , y sin murmurar ni contradecir , sino con alegría , con agrado y con buen semblante por amor de Dios , y con deseo de complacerle : *Ut servi Christi* . Y porque es fácil servir con

¹ I Cor. vii , 21 . — ² Ephes. vi , 8 . — ³ Ibid. vi , 6 . — ⁴ Ibid. vi , 7 .

gusto á los amos buenos y moderados, añade san Pedro que se debe servir del mismo modo á los que son duros y activos : *Servi, subditi estote in omne timore dominis non tantum bonis, et modestis, sed etiam discolis* ¹.

Estas son, criados, vuestras obligaciones, segun os las prescribe la Escritura. ¡Dichoso el que las cumple! ¡y dichoso el amo que posee tal criado! Un buen doméstico puede hacer mucho bien en una familia. San Paulino, obispo de Nola ², amigo de Sulpicio Severo, le da las gracias de que le habia enviado su doméstico Víctor para asistirle en una enfermedad, y le dice que Dios por la santidad de aquel buen siervo le concedió muchas gracias y bendiciones que no merecia. El Señor mira con buenos ojos al criado que cumple todas las obligaciones que debe á su amo. Expliquémoslas con mas individualidad.

P. ¿Puede un criado servir y obedecer á su amo en cosas ilícitas, cuando teme que se enfadará, si lo rehusa, ó que perderá su salario, ó será despedido?

R. Un criado debe estar persuadido que no puede obedecer á su amo en las cosas que la ley de Dios prohíbe; y por esto si le quiere hacer que pierda la misa los domingos y fiestas, ó que trabaje en ellos; si le manda que hurte, riña, ó haga alguna otra mala accion, no solo no está obligado á obedecerle, sino que pecaria si lo hiciese. No basta abstenerse de cosas ilícitas: un criado no debe participar de las malas obras de su amo. Peca si le da auxilio, ó le ayuda en sus venganzas ó deseos deshonestos, etc.; y debe decir sin miedo á su amo, que no puede servirle en tales cosas, representándole con sumision, que primero debe obedecer á Dios que á él: *Si justum est in conspectu Dei, vos potius audire quam Deum, judicate* ³. Si á pesar de esto continúa el amo en mandarle cosas ilícitas, debe dejarle el criado, aunque pierda su salario, porque su salvacion debe serle mas apreciable que todo lo demás. Esta es la doctrina del angélico Doctor, quien dice: *Non tenetur inferior suo superiori obedire, si aliquid præcipiat in quo ei non subdatur*.

P. ¿Cuál es la segunda obligacion de los criados para con los amos?

R. La fidelidad. Un criado debe ser fiel en todo, y tener tanto cuidado en conservar y aumentar la hacienda de su amo como la suya propia: fiel en la lengua, hablando poco y á tiempo, que es el me-

¹ I Petr. II, 18. — ² Paulin. epist. XI. — ³ Act. IV, 9.

dio de evitar muchos pecados: *Qui odit loquacitatem, exstinguit militiam*¹, dice el Sábio: no ir á contar fuera lo que se dice ó hace dentro de la casa. ¡Oh, y cuántos criados hay que con sus cuentos dan motivo á pendencias y discordias, hablando al amo contra el ama, ó al contrario, adulando á los unos y malquistando á los otros! Nada causa tanta turbacion en las familias, como la mala lengua de un criado. Fiel en la boca, absteniéndose del vicio de la glotonería, y de tomar cosa alguna para contentar su sensualidad, ni regalar sus amigos. Fiel en las manos, teniéndolas puras, no solo de hurtos grandes, sino tambien de pequeños, no tolerando que los demás criados, ni aun los hijos de la casa, hurten el trigo, el vino, el lienzo, ni otras cosas que estén á su cargo. Finalmente, fiel en todo el cuerpo, empleándose del todo en el servicio del amo, sin perder el tiempo en vanas diversiones, sin esperar á que le manden lo que es de su obligacion, así en ausencia como en presencia de su señor: *Non fraudulent, sed in omnibus fidem bonam ostendentes*², dice san Pablo, á fin de que por su buena conducta sea respetada de todos la doctrina de Jesucristo nuestro Salvador: *Ut doctrinam Salvatoris nostri Dei ornent in omnibus*. Véase en el Génesis con qué fidelidad sirvió Jacob á Laban por espacio de catorce años.

P. ¿Pueden los domésticos tomar á escondidas alguna cosa de sus amos, á título de compensacion, cuando les dan corto salario?

R. Un criado que ajustó con su amo servirle por tal salario, es culpable de hurto, y por consiguiente está obligado á restituir, si toma alguna cosa, aunque sea por modo de compensacion. La razon es, porque no tiene motivo para acusarle de injusticia, aunque el salario sea corto y menor que el que da á otros criados: lo que parece evidente por la parábola del Evangelio³, en que el padre de familias no quiso hacer aprecio de las quejas de algunos obreros que habia alquilado, y murmuraban de que daba igual recompensa á los que habian trabajado menos que ellos. Amigo mio, le dice á uno, yo no te hago agravio; ¿no te ajustaste conmigo por un dinero cada dia? pues toma lo que te toca, y véte. Si yo quiero dar al último tanto como á tí, ¿no podré hacer en esto lo que me agrada? *Nonne ex denario convenisti mecum? Tolle quod tuum est, et vade: volo autem et huic novissimo dare sicut et tibi: aut non licet mihi quod volo, facere?*

Esta respuesta hace ver claramente que el pretexto de haber trabajado mas que los otros no puede autorizar á un jornalero ó cria-

¹ Eccli. xix, 5. — ² I Tit. ii, 10. — ³ Matth. xx, 11, etc.

do á atribuirse mayor recompensa que aquella en que se convino con su amo.

Esta decision es enteramente conforme á la doctrina de la Santa Sede, pues Inocencio XI en su decreto de marzo de 1679 condenó esta proposicion : *Famuli et famulae domesticæ possunt occulte heris surripere ad compensandam operam quam majorem salario suo judicant*. Esto es, los criados y criadas pueden tomar ocultamente de los bienes de sus amos para compensarse del servicio que les hacen, cuando juzgan que es mayor que el salario que reciben. El Papa calificó esta opinion de peligrosa, prohibiendo sostenerla y enseñarla so pena de excomunion *ipso facto* reservada á la Santa Sede.

Tampoco es lícito á los criados dar nada de lo que pertenece á los amos para mantener sus propias obligaciones, que podrán sustentar si trabajan razonablemente.

P. ¿Cuál es la tercera obligacion de los criados para con sus amos?

R. Deben amarlos y servirlos de buen corazon, sin imitar sus vicios y defectos; *Cum bona voluntate servientes*, como dice el Apóstol. Cuando servís á vuestros amos con mala gracia, y no les teneis afecto, no se dan por contentos, y aun perdeis delante de Dios el mérito de vuestros sacrificios. Dejais perder la hacienda de vuestros amos por vuestro descuido, no cumplís con lo que está á vuestro cuidado, descargándoos sobre otros, y os deteneis una hora en un recado que pudjerais despachar en un cuarto de hora. Gerson en el tratado del modo de vivir de los fieles, consideracion XVIII, advierte á los criados procuren mucho evitar un defecto que les parece leve, esto es, el detenerse mucho fuera de casa cuando los amos los envían á alguna diligencia : *Missi cito revertantur*.

Escuchad lo que os digo, criadas respondonas. Vosotras gustais de hablar con todos, y solo procurais perder el tiempo; y esto ¿no es manifestar que no teneis ninguna aficion al servicio de vuestro amo? Sois causa de que se enfade, de que se disguste vuestro amo, de que los hijos os desprecien, y de que murmuren de la palabra de Dios y de los Sacramentos, porque ven que vosotras los frecuentais, y que no por esto sois mejores. Ellos á la verdad proceden mal; pero vosotras sois la causa. Haced, pues, con prontitud y buen corazon todo lo que está á vuestro cargo, considerando que lo haceis por agradar á Dios, y no por agradar á los hombres : *Quodcumque facitis, ex animo operamini sicut Domino, et non hominibus*¹, os dice san

¹ Colos. III, 23, 24.

Pablo, sabiendo que recibiréis algun dia la herencia eterna del Señor en recompensa de vuestros servicios: *Scientes quod à Domino accipietis retributionem hæreditatis*.

P. ¿Cuál es la última obligacion de los domésticos para con los amos?

R. El respeto: *Quicumque sunt sub jugo servitutis, dominos suos omni honore dignos arbitrentur, ne nomen Domini et doctrina blasphemetur*¹, dice san Pablo. Todos los que están bajo del yugo de la servidumbre, deben saber que están obligados á tributar toda veneracion á sus amos, para que no sean causa de que el nombre de Dios y su doctrina se expongan á la maledicencia de los hombres. Y así, que vuestro amo sea de alto ó bajo nacimiento, que sea virtuoso ó vicioso, nunca debeis perderle el respeto, porque siempre es vuestro amo y superior. Su potestad viene de Dios, y todo lo que viene de Dios debe ser respetado y amado: *Omni honore dignos arbitrentur*. Debeis honrarlos con un respeto interior, considerando en ellos la persona de Jesucristo nuestro Señor, como dice el Apóstol²: *Domino Christo servite*: no despreciarlos jamás en vuestro corazon: excusar sus defectos, sus imperfecciones, orar por ellos. Debeis tambien honrarlos con respeto interior, sin burlaros de ellos, ni ridiculizarlos, sin murmurar ni publicar sus defectos, y sin responderles con arrogancia, sino con sumision y sencillez, aunque no tengan razon.

Concluyamos este discurso con la advertencia que san Gregorio Magno hace así á los criados como á los amos, y es igualmente útil á los unos y á los otros: *Aliter admonendi sunt servi*³, dice este santo Papa, *aliter domini: servi scilicet, ut in se humilitatem conditionis semper aspiciant: domini vero ut naturæ suæ qua æqualiter sunt cum servis suis conditi, memoriam non amittant. Servi admonendi sunt, dominos ne despiciant, ne Deum offendant si ordinationi illius superbiendo contradicant. Domini quoque admonendi sunt, quia contra Deum de munere ejus superbiunt, si eos quos per conditionem tenent subditos, æquales sibi per naturæ consortium non cognoscant. Isti admonendi sunt ut sciant se servos esse dominorum, illi admonendi sunt ut cognoscant se conservos esse servorum*. De una manera deben ser amonestados los siervos, y de otra los señores. A los siervos se les ha de amonestar que deben tolerar su estado con humildad y paciencia, honrando á sus amos, y sirviéndolos sin despreciarlos; pero se debe recordar á los señores, que sus domésticos son hombres como ellos, cria-

¹ I Tim. vi, 1. — ² Colos. iii, 24. — ³ Pastoral. p. 3, adm. 6.

dos á imagen de Dios , y capaces de gozar de la misma felicidad en el cielo , y por consiguiente que les deben tener compasion , y no ensoberbecerse con la superioridad que Dios les ha dado. Esto es lo que la Religion inspira á los amos y á los criados , y si lo practican merecerán todos recibir de nuestro comun Señor el premio de la eterna bienaventuranza.

CONFERENCIA NONA.

SOBRE EL QUINTO MANDAMIENTO.

Del homicidio.

Non occides. (Exod. xx).

No matarás.

Dios nuestro Señor, que quiere que tengamos con el prójimo la misma caridad que con nosotros mismos, nos prohíbe por el quinto mandamiento hacerle injuria alguna en su cuerpo ó en su alma. En su cuerpo prohibiendo á todo particular que hiera ó mate á otro hombre por su autoridad privada; digo por su autoridad privada, porque no es malo cuando se hace por autoridad pública en una guerra legítima, ó en ejecucion de las sentencias de los magistrados. Y así, los príncipes ó los jueces establecidos por ellos no pecan contra este mandamiento cuando quitan la vida á los que merecen perderla, pues su autoridad viene de Dios: *Dei minister est*¹, dice san Pablo. Cuando matan², dice san Agustin, es Dios quien mata, así como el golpe de la espada no se atribuye á esta, sino al que la maneja. A excepcion de esta potestad que viene de Dios, y de la cual son depositarios los soberanos, ningun particular tiene derecho sobre la vida de otro. Tambien se nos prohíbe en este mandamiento hacer injuria al prójimo en su alma, y como hay muchos pecados que conducen á este homicidio espiritual, hablaremos de ellos despues de haber explicado las principales cosas respectivas al homicidio corporal.

P. Si un hombre que no ama á su vecino, mata á un animal que le pertenece, ¿pecará contra el quinto mandamiento?

R. Este hombre peca: Lo primero, contra la caridad, matando el animal de su vecino, pues lo hace movido del odio que le tiene, y por una especie de venganza que nunca es lícita á un cristiano. Lo segundo, peca contra la justicia, si el animal era necesario y útil al vecino, como lo es un caballo, un buey, un asno, un carnero, etc.,

¹ Rom. xiii, 4. — ² De Civ. lib. I, c. 21.

y un perro propio para guardar la casa ó el ganado ; en cuyo caso está obligado en conciencia á reparar todo el daño que sufra su vecino, ó pueda sufrir en lo venidero : pero no pecó en realidad contra el quinto mandamiento , pues cuando Dios dice : *Non occides*, no matarás, no debe entenderse este precepto con las bestias de cualquier especie que sean , porque es lícito matarlas siempre que sea para nuestro uso , segun lo que se dice en la Escritura : *Omne quod movetur et vivit, erit vobis in cibum* ¹. Y así, este mandamiento debe entenderse solo del homicidio, como lo advierte san Agustín : *Res-tat ut de homine intelligamus quod dictum est non occides* ².

P. ¿Es lícito á un hombre matar á otro para defender la vida ?
¿Cómo deberá portarse en semejante caso ?

R. Es permitido matar á un injusto agresor para conservar la vida, con tal que no se exceda de los límites de una defensa justa y moderada : *Cum moderamine inculpatæ tutelæ* : porque segun el derecho natural estamos mas obligados á la defensa y conservacion de nuestra propia vida que de la ajena ; pero para ceñirse á los límites de una simple defensa es preciso : I. Que el acometido no tenga otros medios de defender su vida , pues si puede hacerlo huyendo , ó hi-riendo solo al que le acomete, no es lícito matarle. II. No debe usar de mas violencia que la necesaria para defenderse. Por ejemplo , si el agresor está sin armas , no puede el acometido matarle con ellas, si las tiene : *Si aliquis ad defendendam propriam vitam, utatur majori violentia quam oporteat* ³, dice santo Tomás, *erit illicitum*. III. Es preciso que solo tenga intencion de defenderse , y no de matar : *Il-llicitum est quod homo intendat occidere hominem, ut seipsum defendat, nisi ei qui habet publicam auctoritatem* ⁴. Esto es, que para que uno pueda matar sin pecado al que acomete injustamente á su vida , es preciso segun este santo Doctor : I. Contenerse dentro de la mode-racion de una justa defensa , y no hacer mas que lo indispensable para salvar la vida. II. No tener intencion de matar, sino únicamente defenderse.

Pero como es muy raro y difícil en la práctica que el que se ve injustamente acometido no haga mas que lo indispensable y necesá-rio para rechazar la violencia, y que no se deje arrebatar de la pa-sion y del impulso de la venganza, el que ha muerto á su agresor debe declararlo en la confesion , é imponérsele ordinariamente una proporcionada penitencia.

¹ Genes. III. — ² Lib. I de Civ. c. 20. — ³ 2, 2. q. 64, a. 6. — ⁴ Ibid.

P. ¿Es culpable de homicidio el que mata á un ladron que le roba, ó á lo menos será lícito matar al ladron nocturno?

R. Como la vida del hombre es mucho mas preciosa que nuestros bienes temporales, no hay duda que segun las reglas de la caridad es un gran pecado quitarla, aunque sea al ladron para conservar este género de bienes. Esta es la opinion de san Agustin en el lib. I de *libero arbitrio*, cap. v. Alejandro III decide esta dificultad en la respuesta que dió á un abad de san Benito, que le consultó acerca de dos religiosos, de los cuales uno mató de noche á un ladron que le queria robar sus hábitos. Este Papa ⁴ declara que ambos son culpables, el uno por haber ayudado á asegurar al ladron, y el otro por haberle muerto, y añade que debian antes perder el manto con la túnica, que cometer semejante crimen por cosas tan viles y pasajeras. Sobre cuyo decreto advierte la Glosa que jamás se debe cometer un homicidio para evitar la pérdida de los bienes temporales: *Pro amissione rerum temporalium nullus debet homicidium incurrere*. Por esto el papa Inocencio XI en su decreto del mes de Marzo de 1689 condenó con gran razon estas proposiciones que algunos casuistas se atrevieron á sostener:

Regulariter occidere possum furem pro conservatione unius aurei. Regularmente hablando, es lícito matar á un ladron para conservar un escudo de oro.

Non solum licitum est defendere defensione occisiva, quæ actu possidemus, sed etiam ad quæ jus inchoatum habemus, et quæ nos possessuros speramus. No solo es lícito el defender, aunque sea quitando la vida, las cosas que poseemos actualmente, sino tambien aquellas á que tenemos derecho, y que esperamos poseer.

Licitum est tam hæredi, quam legatario, contra injuste impredientem, ne vel hæreditas adeatur, vel habentibus in Cathedram vel Præbendam, contra eorum possessionem injuste impredientem. Igualmente es lícito á un heredero ó legatario defenderse hasta quitar la vida al que le impide injustamente tomar posesion de la herencia, ó cumplir los legados; lo que igualmente es permitido al que tiene derecho á una cátedra ó prebenda contra el que le impide injustamente la posesion.

En cuanto al ladron nocturno, es cierto que las leyes no castigan como homicida al que le mata, porque no puede discernir si viene á quitarle la vida, ó á robarle; sin embargo, no es lícito dar la muerte al que solo viene á robar, porque esto seria contravenir á las re-

⁴ In cap. *Suscepimus de homic. volunt.*

glas de la caridad y al espíritu de la ley nueva, y de esto se debe entender lo que se dice en el Éxodo, xii, 2 ¹.

P. ¿Es lícito matar á un agresor para defender la honra injustamente infamada? ¿ó el matarse á sí mismo en semejante caso? ¿Es preferible el honor á la vida?

R. La sola y verdadera honra de un cristiano, y la que debe anteponer á la vida, consiste en imitar á Jesucristo y en perdonar, á su ejemplo, las mayores injurias. Nuestra verdadera gloria consiste en vivir de tal modo, que nada nos reprenda nuestra conciencia: *Gloria nostra hæc est, testimonium conscientie nostræ* ². En una palabra, el verdadero cristiano debe alegrarse de las afrentas que le hacen y de los oprobios que recibe injustamente; porque en esto es en lo que mas se asemeja á su divino Maestro: *Beati estis cum maledixerint vobis homines*, etc. Supuesta esta verdad del Evangelio:

Debemos responder que nadie puede, sin hacerse reo de homicidio, quitar la vida al que quiere quitarnos la honra. Tampoco es lícito á una mujer matar al que intente robarla la castidad: está obligada á defenderse cuanto pueda; pero si no puede resistir á la violencia, no deja de conservar delante de Dios la pureza de su alma: *Violentia non violatur pudicitia*, dice san Agustin ³, *si mente servetur*. Esta es la persuasion en que estaban los Santos, y la que motivó á santa Lucía á responder al tirano Pascasino que la amenazaba con que la haria quitar el honor violentamente: *Si me invitam jusseris violari, castitas mihi duplicabitur ad coronam*. Esta doctrina es tan conforme al Evangelio, que es inútil apoyarla con mas pruebas; y solo añadiremos que Inocencio XI en su decreto de 2 de marzo de 1679 condenó la siguiente proposicion respectiva á esta materia:

Fas est viro honorato occidere invasorem, qui nititur calumniam inferre, si aliter hæc ignominia vitari nequit. Idem quoque dicendum, si quis impingat alapam, vel fuste percutiat, et post alapam vel ictum fustis fugiat. Esto es:

Es lícito á un hombre honrado matar á un agresor que intenta infamarle con una calumnia, si de otro modo no puede evitarlo. Lo mismo debe decirse si alguno le da de palos, ó una bofetada, y echa luego á huir.

En cuanto á la segunda cuestion, si puede alguno matarse á sí mismo para evitar la pérdida de su honor, respondemos con santo Tomás ⁴, que nunca es lícito darse la muerte. *Se ipsum occidere om-*

¹ In cap. Suscepimus de homic. volunt. — ² II Cor. i, 12.

³ Epist. CCXXVIII, n. 10. — ⁴ 2, 2, q. 64, art. 4.

nino illicitum ; y descendiendo el santo Doctor al caso particular de que se trata, resuelve claramente que una mujer no puede hacerlo por salvar su honra : *Non licet mulieri se ipsam occidere ne ab illo corrumpatur. Non debet in se committere crimen maximum, quod est sui ipsius occisio, quia non inquinatur corpus nisi de consensu mentis* ¹. Y si se alega el ejemplo contrario de algunas Santas, se responde que son en muy corto número, y que ninguna lo hizo sin una fuerte inspiracion del Espíritu Santo.

P. Debe tenerse por culpable de homicidio el que mata á otro por casualidad y sin haber intentado matarle?

R. Regularmente hablando, lo que es casual no es pecado, dice santo Tomás ², porque no es voluntario. La Escritura ³ nos da una prueba de esta verdad cuando dice, que si saliendo al monte dos hombres á cortar leña, y poniéndose el uno cerca del otro, se le escapse al uno casualmente el hacha de la mano y quedase el otro muerto, este accidente no hace culpable al matador, y se le debe conservar la vida. Es innegable que el homicidio puramente casual no es pecado absolutamente hablando. La razon es, porque solo la voluntad es la verdadera causa del pecado actual : *Non nisi voluntate peccatur*, dice san Agustin ⁴. Sin embargo, puede acontecer que lo que no es actualmente y en sí voluntario, lo sea por accidente suficientemente para hacer á uno culpable : por ejemplo, si por negligencia culpable ó por falta de la debida precaucion matase á un hombre, creyendo matar una bestia. Lo que puede acaecer de dos modos, continúa santo Tomás ; el primero, haciendo una cosa ilícita, y el segundo, no poniendo la diligencia y precaucion necesaria cuando se hace una cosa lícita. De aquí es fácil concluir, que el que mató á un hombre por pura casualidad, sin haber tenido directa ni indirectamente intencion de ello, no es culpable de homicidio ; pero lo será si sucede por haber hecho una cosa ilícita, ó si haciendo una cosa lícita no puso, por negligencia, todo el cuidado y atencion que debia.

P. Un hombre que arrebatado de la ira maltrató á una mujer preñada, que poco despues aborta, ¿es culpable de homicidio? Y esta mujer ¿será culpable si le acontece lo mismo por haber danzado con exceso, aunque ni uno ni otro tuvieron intencion de cometer el homicidio?

R. La decision de esta dificultad pende del principio de santo To-

¹ 2, 2, q. 64, art. 4, ad 3 et ad 4. — ² 2, 2, 64, a. 8. — ³ Deut. xix, 5.
— ⁴ De duab. nat. c. 10, n. 14.

más ¹ que ya hemos referido , á saber, que el homicidio casual puede acontecer de dos maneras : la primera , haciendo una cosa mala ; la segunda, haciendo una cosa lícita sin poner la precaucion necesaria. En uno y otro caso hay culpa de homicidio : este es el principio en que se funda el santo Doctor, y siguiéndole en la cuestion propuesta, un hombre es culpable de la muerte del niño , porque maltratando á la madre preñada hizo una cosa prohibida : *Ille qui percutit mulierem prægnantem* (estas son sus palabras) *dat operam rei illicitæ, et ideo si sequatur mors mulieris, vel pueri animati, non effugiet homicidii crimen* ². Es, pues, cierto que en el caso propuesto este hombre es culpable de homicidio , si el infante estaba animado cuando maltrató á la mujer, y si no lo estaba, cometió tambien un gran crimen dando golpes á una mujer preñada que abortó de resultas de este maltratamiento.

Lo mismo se debe decir, segun san Antonino ³, de la mujer preñada que por danzar ó cometer otros excesos se expone á peligro de abortar.

P. Los padres y madres que acuestan consigo á sus hijos recién nacidos, ¿son reos de homicidio si por casualidad los ahogan ?

R. Es constante que los padres y madres y otras personas que acuestan consigo á los niños recién nacidos, y que los ahogan por no haber puesto todo el cuidado necesario para precaverlo, son verdaderamente culpables de homicidio delante de Dios, como aparece de un antiguo cánón del papa Estéban V ⁴, quien escribiendo á Huberto, obispo de Maguncia, dice que se debe amonestar á los padres y madres no acuesten consigo sus niños, por peligro de que descuidados los ahoguen, y se hagan culpables de homicidio ; de cuyo crimen no pueden ser excusados, cuando tambien le cometen, los que por el aborto procuran la muerte del niño que no ha nacido. Aunque los padres y madres pongan toda la precaucion necesaria para evitar este accidente, y llegue á suceder, no dejarán de ser reos delante de Dios, por haberse expuesto voluntariamente al peligro de que suceda ; por lo cual es caso reservado en muchas diócesis que los padres acuesten consigo á sus hijos antes que tengan un año y medio.

P. ¿Es lícito procurar el aborto de una mujer, ó el darla remedios para hacerla estéril ?

R. Nunca es lícito procurar que perezca el fruto de una mujer

¹ 2, 2, q. 64, a. 8. — ² Ib. ad 2. — ³ 1 p. Sum. tit. VII et VIII, v. 31. —

⁴ In canon. Consultuisti, c. 20, v. 2, q. 5.

con bebidas ú otros medios, aun cuando no esté animado, porque este es un delito que prohíbe el quinto mandamiento. Los Concilios y los antiguos Padres tienen por homicidas á los que procuren el aborto de una mujer, de cualquier modo que sea. San Basilio en su carta á Anfiloto, can. 2, dice expresamente que la mujer que procuró el aborto, debe sufrir la pena de los homicidas, y que no debe hacerse aprecio de los que examinan si el feto estaba animado ó no : *Quæ de industria fœtum corrumpit, cædis pœnas luat, formati autem vel informis subtilitas à nobis non attenditur.*

Algunos casuistas tuvieron la temeridad de valerse de esta distincion para excusar de pecado á la mujer que procura el aborto á fin de salvar su vida ó su honra ; pero el papa Inocencio XI condenó por su decreto del mes de marzo de 1679 las proposiciones siguientes : Primera, es lícito á una mujer procurar el aborto, si el feto no está animado, y teme que de ser público pierda la vida ó la honra : *Licet procurare abortum ante animationem fœtus, ne puella deprehensa gravida occidatur aut infametur.* Segunda, parece probable que el feto mientras está en el vientre de su madre carece todavía de ánima racional, y que comienza á tenerla cuando sale al mundo, y por consiguiente, nunca se comete homicidio en procurar el aborto : *Videtur probabile omnem fœtum quamdiu in utero est carere anima rationali, et tum primum incipere eandem habere cum paritur, ac consequenter dicendum erit : in nullo abortu homicidium committi.*

Tambien deben reputarse por homicidas los médicos ó boticarios que dan á una mujer remedios, ya para abortar, ó ya para hacerla estéril, como se dice en el capítulo *Si aliquis, de Homicid. volunt. vel casuali*, referido en el Penitencial romano en el título del homicidio, capítulo 32 : *Si aliquis causa explendæ libidinis, vel odii meditatione, homini aut mulieri aliquid fecerit vel ad potandum dederit, ut non possit generare, aut concipere vel nasci soboles, homicida teneatur.*

P. Una mujer preñada que esté enferma de peligro ¿podrá tomar un remedio que probablemente le salvará la vida, aunque sea moralmente cierto que perderá el feto?

R. Algunos doctores juzgan que es lícito, porque puede, dicen, preferir su vida á la del hijo que tenga en el vientre ; pero sin embargo respondemos que, si el feto está animado, no puede en conciencia una madre cristiana tomar tal remedio, porque la vida del alma de su hijo la debe ser sin comparacion mas apreciable que su propia vida corporal, y está obligada á preferir la salvacion del niño, que no veria jamás á Dios, y sufriria la pena de daño, si mu-

riese sin Bautismo, á una vida perecedera, como la de su cuerpo. Esto es lo que enseña Silverio ¹ apoyado del sufragio de gran número de autores, y de la autoridad de san Ambrosio, que dice : *Si non potest subveniri alteri, nisi alter lædatur, commodius est neutrum juvari quam gravari alterum* ². Lo mismo oponia Cabasucio ³; y como esto es lo mas seguro en la práctica, debemos concluir que la mujer preñada no puede tomar un remedio que probablemente la sanará, si es moralmente cierto que perderá la vida el feto, ya esté animado, ó no. Lo mas seguro para la conciencia es abandonar su vida á la divina Providencia, antes que querer conservarla por un medio que tan sábios doctores juzgan ilícito.

P. ¿A qué está obligado el que hiere ó mata á otro?

R. Cuando un hombre mata á otro, fuera del caso de la justa defensa de su propia vida, está obligado, lo primero, á hacer una severa penitencia. Los antiguos concilios sujetaban á los homicidas voluntarios á una penitencia que debia durar tanto como su vida; y solo eran recibidos á la comunión en el artículo de la muerte, como se ve por un cánón del concilio Ancirano del año 314. Aunque al presente se use de mas indulgencia con los matadores, la Iglesia siempre quiere que se les imponga una rigurosa penitencia proporcionada á la gravedad de su delito.

Lo segundo, el que ha cometido un homicidio debe reparar todo el daño que con él causó, segun la equidad y regulacion de personas prudentes é instruidas, de suerte que si el muerto tenia familia, á quien mantenía con su trabajo, debe el matador proveer su manutencion, como dice san Antonino ⁴.

El que hirió á otro debe recompensarle todo el daño que le causó con la herida. Si por esta quedó incapaz de ganar la vida como antes, debe satisfacerle todo este daño en cuanto sea posible, dice santo Tomás ⁵; y añadimos que no solo debe atenderse á la naturaleza de la herida, sino á la del sujeto que la padeció. La restitucion obliga mas respecto de un pobre que de un rico, y debe extenderse á su familia, que sufre mayor daño.

La irregularidad, que es un impedimento canónico por el cual queda un hombre inhábil para recibir los órdenes sagrados ⁶, es la última pena aneja al homicidio. El que comete un homicidio ó mutilacion injusta ó ilícita incurre en la irregularidad *ex delicto*. Si el

¹ In 2, 2, q. 64, art. 7, 4, concl. 1. — ² Ambr. in can. Denique, c. 14, q. 4. — ³ Jur. can. 15, 20, n. 8. — ⁴ 2 p. Sum. tit. 2, c. 1, § 2. — ⁵ 2, 2, q. 62, art. 2. — ⁶ Conc. Trid. sess. XIV, c. 7.

homicidio no es injusto ni ilícito, la irregularidad será solo *ex defectu*.

P. ¿Es permitido desearse la muerte?

R. No hay duda que así como no es lícito matarse á sí mismo, ni cortarse ó hacerse cortar algun miembro de su cuerpo, á menos que no sea necesario para conservar la vida; así tambien es ilícito desearse la muerte por ira ó impaciencia contra el órden de Dios, á quien pertenece el dar ó quitar la vida, como dice en el Deuteronomio: *Ego occidam, et ego vivere faciam* ¹.

Sin embargo, debemos advertir que se puede desear la muerte por un buen motivo, por ejemplo, á causa de los innumerables males que son anejos á esta vida, y del peligro de caer en pecado, ó por un deseo ardiente de unirse con Dios en la eternidad. Por estas razones se puede lícitamente desear la muerte, con tal que este deseo vaya acompañado de una entera y perfecta sumision á la voluntad de Dios. En efecto, nadie puede ser justo sin amar á Dios perfectamente, y no le ama así el que no desea verle y poseerle: lo que solo puede conseguirse con la muerte, que es la puerta por donde es preciso pasar para llegar al goce de la presencia de Dios, segun esta palabra del Evangelio: *Transiit à morte ad vitam* ²; por lo cual decia san Pablo ³, que el mas ardiente de sus deseos era el de morir: *Desiderium habens dissolvi, et esse cum Christo*.

Los Santos siempre estuvieron penetrados de estos sentimientos: testigos son san Agustin ⁴, y el piadoso autor de los Soliloquios que se hallan entre las obras de este Padre, el cual arrebatado de su amor, decia á Dios: *Eja Domine moriar ut te videam, nolo vivere, volo mori*. No hay duda, pues, que debe alabarse á una alma que forma semejantes deseos en su corazon, con tal que se someta perfectamente á la voluntad de Dios, como lo estaba san Agustin cuando al ver sitiada de enemigos á Hipona, su ciudad episcopal, y sus moradores próximos á ser pasados á cuchillo, pidió á Dios le sacase de esta vida, para no ser testigo de tan grande infelicidad; lo que Dios le concedió, segun lo refiere Posidio, autor de la vida de este santo Obispo.

P. ¿Qué fruto debemos sacar de esta conferencia?

R. Lo primero, considerar cuánto desagrada á Dios el crimen de homicidio: *Virum sanguinum et dolosum abominabitur Dominus* ⁵, y la pena que á él está aneja. Si alguno derrama la sangre de otro hom-

¹ Deut. xxxii, 29. — ² Joan. v, 24. — ³ Philip. i, 22.

⁴ In Psalm. CXLI, n. 8. — ⁵ Psalm. v, 8.

bre, la suya será recíprocamente derramada, dice en el Génesis : *Quicumque effuderit humanum sanguinem, fundetur sanguis ejus* ¹. ¡Qué amenaza tan terrible! No solo quiere Dios que el que mató á su hermano muera miserablemente, y el que mata á cuchillo muera á cuchillo; sino que quiere, segun el sentir de san Ambrosio ², que muera desesperado como Cain, y que su conciencia sea su propio verdugo, que sin cesar le ponga á la vista el crimen. Lo segundo, evitar las pendencias, las disputas de las tabernas, y la compañía de ciertos hombres perversos que inciten á la venganza. Nunca deis oídos á estos sopladores de la discordia. Por mas humilde, suave y paciente que era David, no halló otro mejor medio que este para contenerse de matar á Saul. La ocasion era la mas oportuna: tenia á su enemigo entre las manos: los soldados que con él estaban retirados en la cueva le aconsejaban le matase, y aun le alegaban motivos de justicia. Ya llegó en fin, le decian ³, el dia en que el Señor os ofreció poner á vuestro enemigo en vuestras manos; vedle aquí, matadle con vuestra espada. ¿Qué no haria David, si hubiera querido escucharlos? Pero les respondió con una admirable entereza: Dios me libre de hacer lo que me aconsejais, y de poner las manos sobre mi señor: *Propitius sit mihi ne faciam hanc rem domino meo christo Domini mei, ut mittam manum meam in eum*. ¡Oh si imitáseis á este gran Príncipe! vuestra pasion se debilitaria poco á poco, y apartando léjos de vosotros á esos seductores que fomentan vuestra ira y venganza, entraríais insensiblemente dentro de vosotros mismos. Pedid á Dios que os comunique la moderacion y dulzura de este santo Rey: este será el medio de vivir en paz con todo el mundo, y de merecer la recompensa que el Señor promete á los pacíficos.

¹ Genes. ix, 6. — ² Lib. de Noe et arca, c. 18. — ³ Reg. xxiv, 5.

CONFERENCIA DÉCIMA.

SOBRE EL ODOIO Y LAS ENEMISTADES.

Non occides. (Exod. xx).

No matarás.

No se limita el quinto mandamiento á prohibir el homicidio consumado que da la muerte del cuerpo, sino que, segun nos lo explica el Salvador ¹, prohibe tambien la ira, el odio y la venganza, pasiones muy peligrosas que, aunque no siempre se manifiestan en lo exterior, no dejan de hacernos culpables delante de Dios. Para observar este mandamiento no basta, pues, evitar el homicidio de hecho, que quita la vida al prójimo, sino que es preciso examinar la raíz oculta del mal en lo interior del corazon, y corregir en nosotros todos los movimientos de odio y venganza que nos hacen desear la pérdida del objeto que aborrecemos. No solo es homicidio el manchar sus manos en la sangre de sus hermanos, sino tambien el conservar en su corazon el odio contra ellos; y el apóstol san Juan no tiene dificultad en decir que el que aborrece á su hermano es homicida: *Omnis qui odit fratrem suum homicida est* ². Y hay muy poca diferencia, dice Salviano, entre los que matan y los que aborrecen de muerte: *Non sunt longe ab occidentibus, qui animo occisionis oderunt* ³. Este es el vicio que hemos de combatir; y como el odio es la causa ordinaria de las enemistades, explicaremos lo uno y lo otro, dando despues algunos remedios para evitarlo.

P. ¿Qué cosa es el odio, y cuál es el carácter de un hombre sujeto á este vicio?

R. Generalmente se entiende por el odio una aversion que tenemos á lo que creemos ser contrario á nuestro bien, á nuestras inclinaciones y á nuestros intereses; porque como el bien es el objeto del amor, el mal lo es del odio: *Odium est fuga mali*. Esta pasion, así como las demás, puede ser buena ó mala. Si se aborrece lo que debe ser aborrecido, es buena; pero si se aborrece lo que se debe

¹ Matth. v, 22. — ² Joan. iii, 15. — ³ Salv. de Prov. 28.

amar, es viciosa. Y así el odio al prójimo á quien Dios nos manda amar es un odio muy malo, y mucho mas culpable que la ira, segun advierte san Agustin : *Quid est odium* ¹? pregunta este Padre : *Ira inveterata ; ira festuca est, odium trabs*. La ira es un movimiento pasajero ; pero el odio es un resentimiento inveterado. La ira es una breve conmocion de la cólera que se inflama y se extingue en un momento ; no es mas que una mota ó una paja en el ojo ; pero el odio es una viga que le despedaza. Un vengativo no puede ver al que aborrece, ni sufrir que se hable bien de él, y solo piensa en echarle en cara sus vicios y defectos. Se parece, dice san Basilio ², á aquellas moscas inmundas, que dejando lo bueno y sano, van á cebarse en lo ulceroso y llagado, y es semejante á los buitres y cuervos, que jamás van á los prados de hermosas flores, como las demás aves, sino solo donde hay cadáveres podridos. Tal es el ánimo de un hombre que aborrece á otro : oculta todas las buenas cualidades del que es objeto de su odio, y si tiene algun vicio, allí es donde para y donde fija su vista ; no puede mirarle con buenos ojos, todo lo que hace le desagrade, reprende sus flaquezas y las de su familia, sus defectos personales ó los de sus deudores, semejante al mar, que sepulta en sus abismos el oro, las piedras, y todo lo mas precioso de un navío, y arroja á la costa los cadáveres y todas las reliquias inútiles de un triste naufragio. Ved aquí lo que es el odio, y el carácter de un hombre sujeto á este vicio : *Odium est ira inveterata*. Para no dejarse vencer de él, es preciso resistir á la ira en los principios : *Sol non occidat super iracundiam vestram* ³.

P. ¿Es pecado aborrecer á una persona que vive desordenadamente?

R. Es preciso, dice santo Tomás ⁴, considerar al prójimo como hombre y como pecador, y distinguir en él lo que es de Dios y lo que es del hombre ; lo que viene de Dios son los dones de la naturaleza y de la gracia, y lo que viene del hombre son los vicios y el pecado. Si consideramos al prójimo como que es obra de Dios, nunca es lícito aborrecerle.

El precepto de la caridad nos obliga á amar á nuestros mayores enemigos, si queremos ser hijos del Padre celestial, que hace que salga el sol para los buenos y malos, y que llueva sobre los justos y pecadores. Pero si consideramos al prójimo como pecador que vive en el desórden, entonces nos es permitido aborrecer en él el pecado

¹ Hom. XLII, inter. 50. — ² Hom. de ira. — ³ Ephes. iv, 26. — ⁴ 2, 2, q. 34, art. 3.

y lo que le aparta de la soberana justicia. Este es el odio perfecto de que habla el Rey profeta cuando dice : *Perfecto odio oderam illos*. No aborrecia en los pecadores su naturaleza , sino su malicia , y la impiedad que los hacia enemigos de Dios á quien amaba : así explica san Agustin estas palabras : *Iniquos odio habui, et legem tuam dilexi* ¹. Esta es la disposicion que debemos tener para con los malos. Pero diréis : son unos borrachos, malvados, deshonestos : no importa, aborreced sus desórdenes y vicios, pero no sus personas. Si son herejes, combatid sus errores, pero conservad la caridad. Esta es la regla que da san Leon ², escribiendo á Rústico, obispo de Narbona : *Odio habeantur peccata, non homines*.

P. ¿Se puede sin pecado desear al enemigo algunos males temporales, v. gr. enfermedades, desgracias en sus negocios, en sus bienes, etc.?

R. Si el que desea estos males á un enemigo que le persigue injustamente, lo hace solo con la intencion de que contribuyan á su salud eterna, ó que sean útiles á su conversion, no peca, dice santo Tomás ³. Se puede tambien desear que un enemigo no se restablezca de la desgracia en que cayó, para que no pueda hacernos mal, ó á nuestros parientes, con tal que en estos casos se obre por celo puro de la justicia, segun estas palabras del Profeta : *Zelavi super iniquos, pacem peccatorum videns* ⁴. Esta doctrina es conforme á la de san Gregorio papa ⁵, que dice : *Evenire plerumque solet ut non amissa charitate, inimici nos ruina lætificet, et rursus ejus gloria sine invidiæ culpa contristet, cum et ruente eo quosdam bene erigi credimus, et proficiente illo plerosque injuste opprimi formidamus*. Pero si se desea al enemigo algun mal por espíritu de venganza ó de odio, se peca contra el precepto de la caridad del prójimo, segun la cual un cristiano está obligado en conciencia á amar aun á su propio enemigo, á tener preparado su corazon, á desearle y procurarle el bien, á orar por él, y perdonarle las ofensas que le haya hecho ; finalmente á asistirle en sus necesidades urgentes, así espirituales como corporales, como lo haria con otro cualquiera cristiano, segun este precepto de Jesucristo : *Diligite inimicos vestros, benefacite his qui oderunt vos, et orate pro persequentibus, et calumniantibus vos* ⁶.

P. ¿Hay obligacion de dar á los enemigos señales exteriores de amistad? y ¿podrá negárselas en algun caso?

¹ In Psalm. cxviii, 113. — ² Leo, in can. Odio, 2, q. 86. — ³ 2, 2, q. 83, art. 8, ad 3. — ⁴ Psalm. lxxii, 3. — ⁵ Lib. XXII Mor. c. 26. — ⁶ Matth. v, 44.

R. San Bernardino de Sena ¹, proponiéndose esta cuestion : Si todos los cristianos están obligados delante de Dios á dar señales exteriores de amistad á sus enemigos ; responde que al parecer están obligados , segun estas palabras de Jesucristo : Si no saludais sino á los que os saludan , ¿ por ventura haceis mas que los gentiles? *Nonne et ethnici hoc faciunt?* En estas palabras parece que el Señor nos advierte que no basta mostrar nuestra benevolencia con signos exteriores á nuestros amigos , sino que estamos obligados á hacer lo mismo con nuestros enemigos.

Sin embargo, este Santo reconoce que puede haber alguna excepcion de esta regla general, y ved aquí cómo se explica. Debemos saber, dice, que hay algunas señales exteriores, sin las que no se puede dar á conocer la caridad del corazon, y á cuya práctica están obligados todos los fieles, porque el que rehusa absolutamente manifestar la caridad con estas señales, da motivo á creer que, en lugar del amor, solo reina el odio en su corazon. Ahora, pues, las señales mas comunes son el saludar á los otros, ya adelantándose, ó ya correspondiendo á su saludo, y en hablarles cuando se ofrece ocasion. De donde se infiere que el que no quiere saludar á su enemigo, ó evita el encontrarle para no hablarle y darle esta muestra de caridad, manifiesta con tal conducta el odio que permanece oculto en el corazon, á no ser que el que rehusa hablar á su enemigo, ó que se aleja de él, lo haga por evitar mayor mal, ó tenga algun otro motivo legítimo para obrar de esta suerte ; en cuyo caso, añade este Santo, debe darlo á conocer á los que se hallen presentes para que no se escandalicen.

Esto es, á mi entender, todo lo que puede responderse á la dificultad propuesta : es preciso amar con caridad cristiana al enemigo, y no rehusarle las señales de este amor, á menos que no haya motivo para temer que de esto suceda algun otro mal. Sin embargo, no hay obligacion de darle señales exteriores de un amor tierno y familiar, como las que suelen darse á un amigo especial, ó hacerle beneficios que no exija una necesidad justa y urgente, pues basta tener el corazon dispuesto á hacerlo en caso preciso. Esta es la doctrina de santo Tomás ².

P. ¿Cuál es la regla ordinaria que debe seguirse acerca del perdón de los enemigos?

R. La regla ordinaria que debe seguirse en estos casos es, lo pri-

¹ Serm. XXVIII in fer. 3 post. III Dom. Quad. — ² 2, 2, q. 23, a. 9 in cor.

mero, que el que ha ofendido al prójimo, y con obras y palabras se ha hecho su enemigo, se adelante á pedirle perdon, y á procurar reconciliarse con él. Este es el sentido de aquellas palabras del Salvador : « Si al tiempo de presentar vuestra ofrenda en el altar, os acordais que vuestro hermano tiene contra vos alguna cosa, dejad vuestro don delante del altar, é id á reconciliaros con vuestro hermano, y entonces volved á ofrecer vuestro don ¹. » Lo segundo, el que ha sido ofendido está obligado á perdonar interiormente la injuria recibida, y si el agresor quiere reconciliarse con él, debe estar dispuesto á recibirle y perdonarle de todo corazon. Esto es lo que enseña san Agustin ² : *Si ille non læsit, dice este Padre, non opus est pergere ad reconciliationem, non enim veniam postulabis ab eo qui tibi fecit injuriam, sed tantum dimittes, sicut tibi dimitti à Domino cupis quod ipse commiseris.* Lo tercero, el que ha ofendido á otro debe reparar el daño que le ha hecho, ya en su persona, ya en sus bienes, ó ya en su honra ; y el ofendido puede, sin vulnerar la caridad, pedir en justicia la satisfaccion conveniente, cuando no la puede obtener de otro modo. Lo cuarto, el uno y otro están obligados á dejar el odio y la enemistad, sin lo cual ni pueden merecer el perdon de sus pecados, ni deben ser absueltos en el sacramento de la Penitencia, ni hacer ninguna obra buena que sea agradable á Dios : *Si charitatem non habueris, nihil tibi prodest* ³. Y aun digo con el Apóstol, que aun cuando el vengativo sufriese el martirio no se salvaría, y seria, segun san Gregorio, mártir del diablo, y no de Jesucristo : *Sua dedit et se diabolo.* Tenemos de esto un famoso ejemplo en la historia eclesiástica.

Habia en Antioquia un cristiano llamado Nicéforo ⁴, de estado laico, en tiempo de los emperadores Valeriano y Galiano, que era amigo especial de un sacerdote de la misma ciudad llamado Sapricio : vivían juntos como hermanos ; pero despues de haberse mantenido largo tiempo en tan buena correspondencia, sucedió, por no sé qué desgracia, que su amistad vino á resfriarse, y al fin paró en un rompimiento declarado. Llegó á tanto su enemistad, que no podia sufrir el uno la vista del otro. En este estado permanecieron largo tiempo, hasta que volviendo en sí Nicéforo, y considerando que el odio es un vicio diabólico, acudió á los amigos de Sapricio para conseguir su reconciliacion. Envióle á decir que reconocia su culpa, que le pesaba mucho de haberle ofendido, y que le rogaba le per-

¹ Matth. v, 23, 24. — ² Lib. I de Serm. Dom. c. 10, n. 27. — ³ I Cor. xiii, 2. — ⁴ Vida de Nicéf. Martirol. 9 febr.

donase, volviéndole á su amistad. No quiso Sapricio dar oídos á las súplicas de Nicéforo, y despreció su sumisión ; sin embargo de esta repulsa, volvióle Nicéforo á instar por medio de otros amigos que nada consiguieron ; pero no creyendo que esto era suficiente, fué en persona á buscar á Sapricio, se arroja á sus piés, y le conjura por Jesucristo le perdonase ; pero este hombre duro permaneció inflexible. En la persecucion que suscitó Valeriano contra la Iglesia, fue preso Sapricio, y llevado á presencia del gobernador, le condenó á muerte. Sabiéndolo Nicéforo, le siguió hasta el lugar del suplicio, continuando en pedirle perdon ; pero al fin parece que Dios habia abandonado á este hombre inexorable á la dureza de su corazón. A vista del verdugo, pronto á quitarle la vida, tuvo Sapricio la cobardía de negar á Jesucristo. Entonces Nicéforo, considerando que la salvacion de este infeliz estaba enteramente perdida, exclamó que era cristiano, y confesando altamente el nombre de Jesucristo que aquel apóstata habia renunciado, mereció recibir la corona del martirio, que el vengativo Sapricio perdió, por no haber querido dejar el odio que tenia en el corazón.

P. ¿Cuáles son las causas ordinarias que producen el odio y las enemistades?

R. La antipatía, el orgullo, el interés y los chismes son las causas mas ordinarias de este vicio. La antipatía ó contrariedad de genios, que es muchas veces el origen de las disputas, pendencias y aversiones. Estamos obligados á vivir con personas de inclinaciones contrarias á las nuestras : el uno es alegre, el otro melancólico ; el uno es vivo, el otro flemático ; el uno es hablador, el otro triste y silencioso. Estos naturales humores no pueden concordar entre sí, y si la gracia no corrige á la naturaleza, producen odios que nunca se acaban. Segundo, el orgullo es otra de las causas que engendran y mantienen las enemistades : *Inter superbos semper jurgia sunt*, dice el Sábio ¹. Esta pasión fiera é insolente desprecia á todo el mundo, y no puede sufrir ser despreciada de nadie. Una palabra picante, una mentira leve, una chanza, una precedencia disputada, una cortesía omitida ó hecha con mal aire la enciende é irrita, y los que antes vivían como amigos, ya no se hablan siquiera. Tercero, el interés separa muchas veces á los mayores amigos, introduce la discordia en las familias, arma al hermano contra el hermano, y cuando se trata de lo mio y de lo tuyo, apenas hay hombre que no

¹ Prov. xiii, 10.

pierda la amistad con todos. Cuarto, los chismes contribuyen tambien mucho á las enemistades: *Lingua tertia multos commovit, et dispersit illos de gente in gentem*, dice el Espíritu Santo ¹. ¿Cuál es esta lengua tercera? La del chismoso. Si alguno ha dicho una palabra contra vosotros, el chismoso la exagera, y ved aquí cómo se forman los odios. Nada es mas pernicioso que estos aduladores, que creyendo hacerse amigos de todos, refieren por una y otra parte todo lo que se dice y todo lo que se hace. San Pablo ² los llama abominables á los ojos de Dios: *Susurrone Deo odibiles*. Estas son lenguas de sierpes, pestes de la república, sopladores de la discordia, sembradores de pleitos, y capaces de turbarlo todo en las familias, entre los amigos, parientes y vecinos: *Vir peccator turbabit amicos, et in medio pacem habentium immittet inimicitiam* ³. Estas son las causas ordinarias del odio. Si alguno de vosotros está sujeto á este vicio, examinad bien cuál es el origen para poner el remedio.

P. Despues de habernos descubierto las causas que producen las enemistades, ¿nos diréis cuáles son los remedios que debemos oponerlas, pues un cristiano no puede tener enemigos?

R. Teneis razon para decir que un cristiano no debe tener enemigos: *Amicos diligere omnium est*, dice Tertuliano, *inimicos autem christianorum; christianus nullius est hostis* ⁴. Pero como sucede lo contrario con mucha frecuencia, es preciso examinar la causa de la aversion contra el prójimo, á fin de combatirla. I. Si proviene de la antipatía y contrariedad de genios, el gran remedio que debe ponerse es la paciencia, acordándonos de estas palabras del Apóstol ⁵: «Llevad los unos las cargas de los otros, y así cumpliréis la ley de Jesucristo.» Evitad el contradecir á personas con quien es difícil convenir. El hombre se complace y se obstina en sus propias opiniones, como advierte la Escritura: *Lætatur homo in sententia oris sui* ⁶. No puede contradecírsele sin irritarle, y al paso que son flacos é imperfectos, es preciso usar con ellos mayor moderacion y prudencia.

II. Si son tales que no es posible tolerarlos en conciencia, y sin ofensa de Dios, es preciso separarse de ellos. Pero si es un marido ó una mujer, si son dos hermanos de una misma familia, ó dos vecinos de una casa, ¿qué debe hacerse? Esforzaos á venceros vosotros mismos, y esperad que la gracia corrija á la naturaleza. No podeis del todo extinguir esa repugnancia y contrariedad de genio;

¹ Eccli. xxviii, 16. — ² Rom. i, 30. — ³ Eccli. xxviii, 11. — ⁴ Ad scap. c. 2. — ⁵ Galat. vi, 2. — ⁶ Prov. xv, 23.

pero una cosa es sentir la tentacion , y otra consentir á ella. Cuando podais conseguir de vosotros mismos sobrepujar esa aversion , y vivir en paz con personas molestas , habréis merecido mucho, practicaréis las obras de misericordia , y labraréis cada dia muchas preciosas coronas que despues hallaréis en el cielo. Tened aliento, amados hermanos, acostumbraos á ser suaves, y ganaréis insensiblemente á esos espíritus rebeldes : *Verbum dulce multiplicat amicos, et mitigat inimicos*, dice el Espíritu Santo ; *sapiens in verbis seipsum amabilem facit* ¹.

III. Cuando el orgullo es causa de las enemistades , es preciso oponerle la humildad. ¿Quereis conservar vuestras almas en paz, nos dice el Salvador? Aprended de mí, que soy manso y humilde de corazon. No basta reprimir el odio y que seais humilde en lo exterior, si no lo sois en lo interior. El corazon es quien debe instruir á la lengua, y arreglar nuestras palabras : *Cor sapientis erudiet os ejus* ². Procurad adquirir esta sabiduría y esta humildad de corazon para reprimir esa perversa inclinacion que os lleva á volver injuria por injuria, y mal por mal. Pero si supiéseis el daño que se me ha hecho, etc. No os han hecho tanto como á Jesucristo, y sin embargo nos enseña la Escritura, que nada respondió á todos los ultrajes de que le cargaron : *Jesus autem tacebat*. ¿No sabeis que una palabra llama á otra, y que un dicho indiscreto basta para sacar de su paso á cualquier hombre? Por esto el Sábio pedia á Dios con tanta eficacia le pusiese una guarda en la boca y le cerrase los labios, para que su lengua no le precipitase : *Quis dabit ori meo custodiam, et super labia mea signaculum certum, ut non cadam ab ipsis, et lingua mea perdat me* ³? Esto es lo que debemos hacer para impedir que el orgullo nos precipite en odios y enemistades.

IV. Si es el interés la causa de discordia con vuestros hermanos, sujetaos á la decision de personas prudentes é instruidas ; perded algo de vuestro derecho para conseguir la paz, y sobre todo no os empeñeis temerariamente en pleitos ; que muchas veces producen venganzas y odios irreconciliables.

V. Finalmente, si son los chismosos los que os ponen en mal con vuestro prójimo, no les deis oídos. Tened por sospechosos, dice san Bernardo ⁴, á los que os adulan, y por enemigos á los que quieren que lo seais de vuestro hermano. Nada es mas pernicioso que esos hombres perversos que con sus chismes os incitan al odio y á

¹ Eccli. VI, 5; XX, 13. — ² Prov. XVI, 23. — ³ Eccli. XXII, 23. — ⁴ Serm. III in Deo Eccl.

la venganza. El mejor medio para que no os dejeis seducir de tal gente, es el de cerrarle cuanto antes la boca. *Linguam nequam noli audire*¹.

Concluiré con un admirable ejemplo, que os enseñará cuán fácil debeis ser en perdonar las ofensas. Los que han leído algo las obras de san Agustin saben que santa Mónica su madre estaba adornada de todas las virtudes que pueden desearse en una mujer cristiana. Era muy devota, asistia todos los dias al santo sacrificio, y su prudencia y moderacion era tan grande, que ganó para Dios á su marido Patricio, y le convirtió á la fe. Era tan casta, que las lenguas mas maldicientes no podian decir nada de ella, y tan celosa por la gloria de Dios y salvacion de las almas, que siguió á su hijo por mar y tierra á Roma, á Ostia y á Milan, para sacarle del error de los Maniqueos en que habia caído, y todos saben que la conversion de san Agustin fue fruto de las lágrimas que por él derramó su santa madre. No obstante, cuando san Agustin ora por el alma de su madre, cuando alega sus virtudes delante del trono de Dios para libertarla del purgatorio, si habia entrado en él, no hace memoria ni de su devocion, ni de su castidad, ni de su celo por la gloria de Dios y por la conversion de su marido y de su hijo; todo esto lo pasa en silencio, y dice únicamente que perdonaba de corazon á los que la ofendian. ¡Oh Señor! le dice á Dios, yo sé que mi pobre madre vivió muy cristianamente, y segun la regla de vuestras santas leyes; pero tambien sé que tiene necesidad de vuestra misericordia, porque: ¡Ay de la vida mas arreglada, si Vos la examinais con rigor! *Væ etiam laudabili vitæ, si remota misericordia discutias eam*². Acordaos que fue misericordiosa; Vos habeis prometido perdonar todas las deudas al que perdona á su hermano, y esto basta, Señor, para inclinaros á que perdoneis á la que siempre perdonó. *Scio misericorditer operatam, et ex corde dimisisse debita debitoribus suis; dimitte illi et debita sua*³.

Imitad este ejemplo, amados oyentes, ganad sobre vosotros mismos una victoria tan gloriosa, perdonad de todo corazon á los que os han ofendido, dejad el odio y la venganza, y reconciliaos con vuestros enemigos, si los teneis, y confiad en que, si haceis misericordia en este mundo, la recibiréis en el otro.

¹ Eccli. xxviii, 28. — ² Lib. IX Conf. c. 13. — ³ Ibidem.

CONFERENCIA UNDÉCIMA.

SOBRE EL SEXTO MANDAMIENTO.

Del vicio de la impureza.

Non mæchaberis. (Exod. xx).

No cometerás adulterio.

En el sexto mandamiento prohíbe Dios no solo el crimen de adulterio, sino tambien todo género de impurezas, sean de la naturaleza que fueren, como lo explica san Agustín en el libro II de las Cuestiones sobre el Éxodo, q. 71. Aunque este vicio tiene una grande extension, y hace grandes estragos en el mundo, hablaré de él sucintamente para no ofender los oídos castos. La brevedad con que el Señor nos intima este precepto da bien á entender que no es conveniente extenderse sobre esto en largos discursos, ya para no enseñar á las almas inocentes lo que ignoran, ya para no traer á la memoria é imaginacion algunas cosas demasiado sabidas. Observando yo esta economía, me reduciré á demostrar cuán peligroso es caer en este vicio prohibido por el sexto mandamiento, las causas que conducen á él, los efectos que produce, y la dificultad de dejarle el que llegó á hacer en él costumbre. Ya que no exponeros con toda claridad un vicio tan peligroso, y que condena á tantas almas, os ruego suplais vosotros lo que la modestia me obliga á suprimir, y que en lo íntimo de vuestro corazón hagais una aplicacion saludable de lo poco que os diré.

P. ¿Cuál es el vicio que nos prohíbe el sexto mandamiento? ¿Es fácil incurrir en él?

R. Este vicio es el de la impureza, que mancha al alma y al cuerpo: vicio tan infame, que no debia ser ni aun nombrado entre los cristianos: *Fornicatio autem et omnis immunditia nec nominetur in vobis sicut decet sanctos*¹, dice san Pablo. Este vicio consiste en un amor desordenado de los deleites carnales, y se comete de muchos

¹ Ephes. v, 3.

modos, que deben explicarse en la confesion, pero no en este lugar. Solo me contentaré con deciros en general, que es muy fácil caer en él, á causa de la corrupcion y propension de nuestra naturaleza : *Sensus enim et cogitatio humani cordis in malum prona sunt ab adolescentia sua* ¹, nos dice la Escritura. ¿Qué atrajo el diluvio sobre la tierra, y el fuego del cielo sobre las ciudades de Sodoma y Gomorra? ¿No fue por ventura este abominable pecado, al cual los hombres de aquel tiempo se abandonaban sin reserva, como tambien nos lo enseña la Escritura santa? *Omnis quippe caro corruperat viam suam*.

Este vicio, como lo advierte san Jerónimo ², acomete á todo género de personas, á los hombres y á las mujeres, á los pobres y á los ricos, y se oculta no menos en los andrajos de los pobres que en los vestidos suntuosos de los ricos : *In serico et pannis eadem libido dominatur*, dice este santo Doctor, *nec regum purpuras timet, nec mendicantium spernit squalorem*. Acomete á los viejos lo mismo que á los mozos, de lo cual nos dió Salomon un ejemplo muy trágico. Salomon, aquel gran rey que pronunciaba oráculos de justicia y de sabiduría, y que era la admiracion de toda la tierra, se abandonó á este vicio al fin de su vida : *Cum esset jam senex, depravatum est cor ejus per mulieres* ³; y de tal suerte se entregó á esta pasion infame, que nos es muy dudosa su salvacion. Otro ejemplo tenemos en aquellos perversos viejos que quisieron corromper á la casta Susana; y Dios quiera que no se hallen hoy viejos insensatos, que imitando á aquellos degraden y envilezcan sus canas con este vergonzoso crimen, ocultando bajo de sus blancos cabellos un fuego impuro, y que despues de haber vivido encenagados durante su mocedad, quieran sepultar en lascivia una vejez menos caduca que estragada. No hay, pues, ninguna edad ni condicion en que no deba temerse este pecado; porque es muy fácil caer en él; y por esto san Juan Clímaco ⁴ nos da esta leccion: Mientras esteis en esa vida, no os fieis de ese lodo impuro de que está compuesto vuestro cuerpo, ni tengais en él confianza, hasta que os presentéis delante del tribunal de Jesucristo.

P. ¿No son los mozos mas inclinados á este vicio?

R. En todo tiempo es de temer este vicio, pero especialmente en la juventud. Muchos caen en él en su mas tierna edad: lo que proviene de la negligencia de los padres y las madres, que no velan

¹ Genes. viii, 21. — ² Epist. ad Salvinam. — ³ III Reg. xi, 4. — ⁴ Esc. esp. grad. c. 15, n. 15.

como deben sobre sus hijos, y que los dejan divertirse con otros, y acuestan á hermanos con hermanas, etc. Por otra parte la juventud tiene tres ó cuatro defectos, que no se encuentran en igual grado en otras edades, como dice san Ambrosio : *Juventus ad amorem liberior, ad lapsum incautior, ad infirmitatem fragilior, ad correctionem durior est* ¹.

I. La juventud es mas libre, mas blanda, y mas susceptible del amor profano. La pasion mas dominante de los mozos es amar y ser amados, y esto basta para que se corrompan y perviertan ; porque no es posible amar á las criaturas, sin exponerse á pecar con ellas, ó á lo menos sin incurrir en la impureza de corazon, de que habla el Evangelio : *Qui viderit mulierem ad concupiscendum eam, jam machatus est in corde suo* ². Me diréis que el ver á una mujer no es pecado ; pero sí lo es mirarla con mal intento : *In oculo visus est, in corde peccatum* ³. Y ¿quienes mas que los mozos son inclinados á semejantes culpas, pues solo buscan compañías que les hagan reir, les agraden y les diviertan ? *Ad amorem liberior.*

II. La juventud tiene menos juicio y es mas inconsiderada : no preve los peligros, ni se precave de ellos : es apasionada á divertirse y disiparse, y no procura huir de las compañías peligrosas y del pecado : *Ad lapsum incautior.*

III. Es mas flaca y mas frágil : y no teniendo experiencia como las demás edades de la debilidad humana, cae mas fácilmente en los lazos que la ponen los enemigos de su salvacion : *Ad infirmitatem fragilior.*

IV. Finalmente, es mas insensible á la correccion y á los consejos que la dan. Por mas que se les pinte á los mozos lo horroroso del vicio, las penas y funestas consecuencias que lleva consigo, todo esto les hace poca ó ninguna impresion : *Ad correctionem durior est.* De aquí proviene que si no pecan con otros, pecan consigo mismos, y se encenagan en el vicio infame que basta para perderlos y condenarlos, pues el Apóstol dice que todos los que le cometen no entrarán en el reino de Dios : *Neque molles regnum Dei possidebunt.*

P. ¿Cuáles son los pasos que conducen al vicio de la impureza?

R. Las causas mas ordinarias de este vicio son la curiosidad, el orgullo, la ociosidad, el trato familiar y frecuente con personas de otro sexo, la lectura de malos libros, la embriaguez, el juego, los bailes y los espectáculos. Ahora trataremos de algunas de estas causas, y de las demás se hablará en las siguientes conferencias.

¹ Serm. XVI in Ps. cxviii, n. 8. — ² Matth. v, 28. — ³ Amb. *ibid.*

I. La curiosidad es muchas veces la primera causa de este vicio; por lo cual nos amonesta el Sábio: *Virginem ne conspicias, ne forte scandalizeris in decore illius*¹. La curiosidad de los ojos consiste en mirar lo que es prohibido ver. David se pasea en su galería, ve á una mujer que se baña, y fija en ella la vista en lugar de apartarla: *Vidit mulierem se lavantem*². Esta mujer se halla distante de él; pero la concupiscencia estaba cerca, dice san Agustin: *Mulier longe, libido prope*. Esta mirada imprudente le condujo á un adulterio, que le dió que llorar para todos los dias de su vida. Hay tambien curiosidad en los trajes. Quieren hacerse espectables, parecer bien y vestirse á la moda. Y ¿á qué fin todo este lujo y esta vanidad, y esos adornos inmodestos, sino para fomentar una pasion deshonestá, ó para manifestar su orgullo con mas insolencia? dice Tertuliano: *Aut ut negotietur luxuria, aut ut gloria insolescat*³.

Hay tambien curiosidad en las compañías. Una mujer quiere ver y ser vista, quiere que se hable de ella ó hablar de las otras: anda por todas partes de dia y de noche donde su curiosidad la lleva. Dina, hija de Jacob y de Lia, no llevaba intencion de pecar con Siquem, cuando salió á ver las mujeres de su país, y sin embargo fue arrebatada por fuerza y vino á ser víctima de la pasion de aquel. ¿Cuál fue la causa de su desgracia? La curiosidad que la incitó á ver las fiestas y asambleas de los idólatras. *Egressa est ut videret mulieres regionis illius*⁴.

Finalmente, hay curiosidad en los oidos. Se complacen en oir ó en tener conversaciones perversas, en cantar ú oir cantar versos lascivos, cuyo tono afeminado solo inspira la impureza; y despues de esto no es de admirar que vengan á caer. ¿Quereis evitar este pecado? Pues velad sobre vuestros sentidos: *Ascendit mors per fenestras*⁵, dice un Profeta. Por los sentidos entra este vicio en el alma, y son otras tantas puertas y ventanas por donde se introduce: es preciso cerrarlas y mortificarlas: *Mortificate membra vestra, quæ sunt super terram*⁶.

P. ¿La ociosidad es tambien muchas veces causa de caer en el vicio de la impureza?

R. La Escritura santa lo dice formalmente. Cuando describe á una mujer disoluta dice que es una holgazana, que se pone á la puerta de su casa para divertir á los que pasan: *Sedit in foribus domus sue... ut vocaret transeuntes per viam, et pergentes timere suo*⁷.

¹ Eccli. ix, 8. — ² II Reg. xi, 2. — ³ De cultu sanom. — ⁴ Genes. xxxiv, 1.

— ⁵ Jerem. ix, 21. — ⁶ Colos. iii, 5. — ⁷ Prov. ix, 14, 15.

Dice tambien expresamente, que cuando pecó David era un tiempo en que no hacia nada, y en que debia cuidar de sus reinos, haciendo guerra al enemigo: *Eo tempore quo solent reges ad bella procedere* ¹. Añade que la glotonería y la ociosidad hicieron caer á los sodomitas en este vicio abominable: *Hæc fuit iniquitas Sodomæ sororis tuæ, superbia, saturitas panis et abundantia, et otium ipsius, et filiarum ejus* ². Nada hacian ellos ni sus hijos, y en nada pensaban sino en pasar el tiempo en diversiones y excesos. Esto es lo que los perdió, y lo que pierde hoy á infinidad de gentes que viven como ellos entre la ociosidad y los deleites. Si quereis evitar las tentaciones peligrosas de la carne, es preciso que ameís el trabajo y os ocupéis útilmente. El que trabaja, solo tiene un demonio que combatir; pero el que vive ocioso está expuesto á los asaltos de todos los demonios. Es como una ciudad abierta por todas partes, que no puede defenderse, y con facilidad viene á caer en manos de sus enemigos. Por esto uno de los consejos que da san Jerónimo á un mozo que habia abrazado la vida monástica, es que haga siempre alguna cosa para no dar entrada al demonio: *Facito semper aliquid operis, ut te semper diabolus inveniat occupatum* ³. Esto mismo practicaba el santo Doctor, rechazando las saetas ardientes de la impureza, con un estudio continuo de la Escritura santa, con largas vigiliass y fervorosas oraciones. ¡Y vosotros creéis ser castos viviendo sin hacer nada, ó pasando el tiempo en el deleite, en el juego ó en diversiones frívolas! Sabed que no se arroja á Asmodeo, que es el demonio de la impureza, sino con la oracion y mortificacion de los sentidos ⁴. La mortificacion que á todos nos conviene es el trabajo, penitencia impuesta á todos los hijos de Adan. Aplicáosla, pues, para que el enemigo, ese leon rugiente que nunca duerme, no halle parte por donde acometeros: *Nolite locum dare diabolo* ⁵.

P. ¿Por qué poneis entre las causas que conducen al vicio que combatis, el frecuente y familiar trato con personas de distinto sexo?

R. Porque siempre debe temerse el contagio que el pecado deramó sobre las criaturas, que son motivo de tentacion á los hombres; y un lazo que muchas veces los hace caer en pecado: *Factæ sunt in tentationem animabus hominum: et in muscipulam pedibus insipientium* ⁶. La conversacion muy familiar y continua con personas de distinto sexo conduce insensiblemente á confianzas peligrosas, que

¹ II Reg. xi, 1. — ² Ezech. xvi, 49. — ³ Epist. IV ad Rust. — ⁴ Tob. iii, 8, 9, 18. — ⁵ Ephes. iv, 27. — ⁶ Sap. xiv, 11.

llama san Jerónimo combates fatales de la pureza, y principio moral de su pérdida : *Principia morituræ virginitatis* ¹. Pero me diréis que esto es excesivo rigor ; porque ¿acaso no es lícito hablar y visitar á mujeres? Sí por cierto, es permitido cuando la caridad, la necesidad ó la cortesía lo requieren ; pero cuando estas conversaciones son inútiles, debemos excusarlas, dice el Sábio : *In medio mulierum noli commorari* ². ¿Han de estar siempre los mozos encerrados en casa? ¿Cómo han de casarse, si no se ven mutuamente? Visitaos, pues, pero sea con honestidad, con recta intencion, con el fin de casaros, en presencia de vuestros padres, y nunca huyais de su vista para contraer ciertas amistades, que por lo comun terminan en grandes desórdenes ; porque el que os visita para casarse, tiene buena intencion ó no. Si no la tiene, es preciso que hayais perdido todo sentimiento de honor, si le veis continuamente y en secreto ; y si la tiene, tanto mas os estimará, cuanto seais mas prudente, modesta y recatada. De aquí se sigue que no debe conversarse con personas de distinto sexo sino con mucha circunspeccion.

P. La lectura de los malos libros ¿no es tambien un incentivo del vicio de la impureza?

R. Hay libros muy perniciosos á los que los leen, que se dirigen á corromper el corazon y la pureza de las costumbres. Tales son los libros de cuentos obscenos, de canciones deshonestas ó indecentes, las novelas amorosas, las comedias y otras obras de esta especie. Siendo todos estos libros unos incentivos de la impureza, no son menos perniciosos que las pinturas lascivas : sin embargo se leen con el pretexto, segun dicen, de aprender á hablar con facilidad y divertir la conversacion ; pero lo cierto es que los leen para aprender lo malo é inspirarle á los demás con mayor atrevimiento y desvergüenza : *Non omnino per hanc turpitudinem verba illa commodius discuntur*, dice san Agustin, *sed per hæc verba turpitudine illa confidentius perpetratur*. La frecuente leccion de estos libros llena el corazon de amor profano, inflama la pasion y hace que en él reine el demonio. Por esto la Iglesia prohíbe imprimirlos, guardarlos y retenerlos. El concilio de Tours del año de 1583 impone la pena de excomunion *ipso facto incurrenda*. *Ne libri*, dice en el título de la profesion de la fe, *ad luxuriam et luxum provocantes imprimantur, vendantur, legantur, aut retineantur omnino... jubetque sicubi reperti fuerint comburantur sub ejusdem anathematis pœna, quam ipso facto incurrent*

¹ Epist. ad Nepot. — ² Eccl. XLII, 12.

qui minime paruerint. Los mejores casuistas juzgan que los que los guardan ó los leen son indignos de absolucion. Esta lectura es tan perniciosa, dice el célebre Gerson¹, que es muy difícil excusar de pecado mortal á los que se dedican á ella, y concluye que el confesor debe obligar á los que tienen tales libros á quemarlos ó romperlos. Este dictámen se autoriza con el ejemplo de la Escritura, donde se refiere que los Apóstoles obligaron á los que tenían libros malos á arrojarlos al fuego, aunque eran de mucho valor : *Multi autem ex eis, qui fuerant curiosa sectati, contulerunt libros, et combusserunt coram omnibus*².

P. ¿Es difícil la conversion de un hombre sujeto á este vicio?

R. Es tan difícil, que la mayor parte de los deshonestos mueren impenitentes. No es menor milagro convertir á uno de estos pecadores, que resucitar á un muerto, dice un Padre de la Iglesia³. Es un sordo que nada escucha de lo que le dicen sobre el peligro en que está de condenarse. Lot advirtió á sus yernos saliesen de Sodoma, porque el Señor iba á destruir aquella ciudad ; pero se burlaron de él, creyendo que se chanceaba : *Visus est eis quasi ludens loqui*⁴. Es un ciego, que aunque todo el mundo vea sus desórdenes, su pasion hace que él solo no los conozca. Por todas partes se habla de él con desprecio, es la fábula del público, el oprobio del barrio y la afrenta de su familia, sobre la cual atrae una deshonor que jamás se borrará, como dice la Escritura : *Turpitudinem et ignominiam congregat sibi, et opprobrium illius non delebitur*⁵. Sin embargo nada ve, ó nada quiere ver de todo esto. Testigo aquella insensata de quien habla Jeremías : *Desperavi, nequaquam faciam : adamavi quippe alienos, et post eos ambulabo*⁶. Una doncella da mucho que hablar, escandaliza á todos con las frecuentes visitas que admite de aquel mozo ; pero si la amonestan que se corrija, lo tiene por locura : *Desperavi, nequaquam faciam.* Si la dicen : aventurais vuestro honor, sois la fábula del mundo, estais en ocasion próxima de pecado, no os pueden absolver, y si os absuelven será un sacrilegio ; en una palabra, os condenais ; nada es capaz de moverla ó dejar sus locos amores : *Adamavi alienos, et post eos ambulabo.* Finalmente, lo que hace difícil la conversion de un deshonesto, es que se halla como privado de todos los sentimientos de la vida cristiana. No tiene fe ni temor de Dios, desprecia sus amenazas y el terror de sus juicios, duda del infierno y la eternidad, se burla de las máximas del

¹ Serm. III de Advent. — ² Act. xix, 19. — ³ Hier. epist. XII ad Eust.

— ⁴ Genes. xix, 14. — ⁵ Prov. vi, 33. — ⁶ Jerem. ii, 25.

Evangelio, y aborrece todas las obras de penitencia. ¡Oh y cuán difícil es que semejante pecador se convierta! Por esto el Sábio nos dice, que perderá su alma por la locura de su corazon apasionado por las criaturas: *Propter cordis inopiam perdet animam suam* ¹: morirá como ha vivido. Mirad el fin de Jezabel, mujer de Acab, rey de Israel. Cuando Jehú entró con sus tropas en Jerusalem, creyó ella atraerle con su hermosura, y á este fin se pintó el rostro; pero ¿qué dijo Jehú? Arrojad á esa infame por la ventana; y cuando fueron despues á enterrarla, solo hallaron el cráneo y las extremidades de piés y manos, porque los perros habian devorado todo su cuerpo, segun la prediccion de Elías. ¡Oh, qué bella honra, y qué bien recompensada! *Hæccine est illa Jezabel!* decian por desprecio los que pasaban cerca de ella. Mirad el fin de Herodes, á quien san Juan Bautista reprendió tantas veces su incestuoso trato con Herodías: *Consumptus à vermibus expiravit* ².

P. ¿Qué medios debe poner un deshonesto para convertirse y apartarse del peligro que corre su salvacion?

R. Debe reconocer que la continencia es un don de Dios, y pedirselo con mucha instancia y fervor, implorando á este fin á la Virgen santísima, y á los Santos que fueron mas recomendables por esta virtud: *Ut scivi quoniam aliter non possem esse continens nisi Deus det*, dice el Sábio, *adii Dominum, et deprecatus sum illum ex totis præcordiis* ³. Segundo, debe entregarse á un sábio director que le dé remedios y consejos que necesita para no incurrir en adelante en este crimen, y para concebir un verdadero horror de todo lo que incita á él. Muchos piden á Dios su conversion, y sentirán, por decirlo así, ser convertidos. Están en la misma disposicion en que dice san Agustin se hallaba él siendo jóven: *At ego adolescens, miser et valde miser, petieram à te castitatem, et continentiam, sed noli modo* ⁴. Yo, miserable jóven, os pedia ¡oh Dios mio! la castidad, pero al mismo tiempo os rogaba no me la concediéseis tan pronto: *Timebam enim ne me cito exaudires et sanares à morbo concupiscentiæ, quam mallebam expleri quam extingui*. Tercero, debe huir de todo lo que conduce á este pecado: *Fugite fornicationem*. Hay algunos pecados, á los cuales se debe resistir y hacer frente combatiéndolos; pero en las tentaciones contra la pureza es preciso huir, es preciso evitar todas las ocasiones, y apartarse de todos los objetos capaces de encender en nosotros una llama impura: *Fugite fornicationem* ⁵.

¹ Prov. vi, 32. — ² Act. xii, 13. — ³ Sap. viii, 21. — ⁴ Lib. VIII Conf. c. 6. — ⁵ I Cor. vi, 18.

Solo con la fuga podemos triunfar de un enemigo tan peligroso. El casto José no halló otro medio mejor para libertarse de las sollicitaciones de la mujer de Putifar que el salir cuanto antes de su casa, dejando la capa entre las manos de aquella infeliz, que le incitaba al pecado : *Relicto in manu ejus pallio, fugit, et egressus est foras* ¹. Considerad la fealdad espantosa de este crimen, y que no hay ninguno que imprima en el hombre una mancha mas vergonzosa : *Omne peccatum quodcumque fecerit homo extra corpus est; qui autem fornicatur, in corpus suum peccat* ². ¿Cuáles son sus efectos y funestas consecuencias? *Qui se jungit fornicariis, erit nequam*, dice el Eclesiástico, *putredo et vermes hæreditabunt illum* ³. Enfermedades vergonzosas, discordias, divisiones, divorcios y enemistades en esta vida; pero en la eterna las penas serán mucho mas horribles : *Fornicatoribus pars erit in stagno ardenti, in igne et sulfure* ⁴. Un estanque de fuego y azufre. ¡Veis aquí, deshonestos, cuál será vuestra eterna morada si no os convertís y haceis penitencia! Sí, infeliz impúdico, y tú mil veces mas infeliz, que has manchado el lecho nupcial, y violado la santidad del matrimonio con un infame adulterio, este será tu tormento por toda la eternidad! ¿Cuánto mas os valdria extinguir ahora el fuego de la concupiscencia?

Estos son los remedios que pueden oponerse al vicio de que hemos hablado; y practicándolos bien, podrán con el auxilio de la gracia producir la conversion de un deshonesto. Pero ¡ah Señor! la voz de vuestros ministros es muy débil para mover á semejantes pecadores : hablad Vos mismo ¡oh Dios mio! á estos corazones endurecidos, abrid los ojos á estos ciegos voluntariosos, que se condenan miserablemente por un deleite momentáneo : tened piedad de estos infelices, que no la tienen de sí mismos, para que conozcan el peligro en que se hallan, y para que hagan penitencia y merezcan de Vos el perdon.

¹ Genes. xxxix, 12. — ² I Cor. vi, 18. — ³ Eccli. xix, 3. — ⁴ Apoc. xxi, 8.

CONFERENCIA DUODÉCIMA.

SOBRE LA GULA Y EMBRIAGUEZ.

Nolite inebriari vino, in quo est luxuria.
(Ephes. v).

No os entreguéis á la embriaguez, que conduce á la lujuria.

Cuando san Pablo, escribiendo á los de Éfeso, les prohíbe la embriaguez, que es el origen de la impureza, nos da bastante á conocer que la intemperancia es la causa mas ordinaria del pecado que se nos prohíbe en el sexto mandamiento. La embriaguez es una obra de tinieblas que conduce á todo género de disoluciones y desórdenes. Un hombre acalorado con el vino no conoce la razon, ni la vergüenza, ni el temor, ni la religion. El hombre que se abandona á la embriaguez, no tardará, dice san Jerónimo ¹, en experimentar los movimientos mas vergonzosos de la impureza: *Venter mero æstuans, despumat in libidines*. Nunca creeré, dice este santo Doctor, que un hombre sujeto al vino y á la gula conserve la castidad: *Numquam ebrium castum putabo* ². San Juan Clímaco ³ afirma que la intemperancia produce un diluvio de malos pensamientos, un manantial de todo género de corrupcion, y un mar inagotable de impurezas secretas y detestables. El que se hace esclavo de su vientre, añade este Santo, y pretende al mismo tiempo vencer al demonio de la impureza, es semejante á un hombre que quisiera apagar un fuego con aceite. Despues de haber tratado del vicio de la impureza en la última conferencia, hablaremos en esta de la gula y de la embriaguez, que conducen á este vicio; y daremos algunos consejos á los taberneros, que muchas veces son causa de estas culpas.

P. ¿Qué cosa es gula? ¿de cuántas maneras se comete?

R. La gula es un apetito desordenado de comer y beber: *Appetitus inordinatus edendi et bibendi*, dice santo Tomás ⁴. Este pecado, aunque no siempre sea mortal, se cuenta entre los capitales, porque

¹ Epist. XXXIII ad Ocean. — ² In epist. ad Tit. — ³ Esc. grad. 14.

⁴ 2, 2, q. 148, art. 1.

es origen de otros muchos : se comete de cinco maneras comprendidas en este verso :

Præpropere, laute, nimis, ardenter, studiosè.

Esto es, que se incurre en este pecado : Lo primero, cuando se come y bebe antes de la hora, y sin ninguna necesidad. Lo segundo, cuando se buscan con mucha diligencia manjares exquisitos y delicados, y se mantiene una mesa muy suntuosa y desproporcionada al estado. Lo tercero, cuando se come con exceso, como hacian los sodomitas, que se llenaban de comida y bebida, lo que fue causa de su ruina. Lo cuarto, cuando se come con mucho ardor y ansia, como hizo Esaú, que volviendo de caza, vendió á Jacob su derecho de primogenitura por un plato de lentejas que su hermano tenia entre las manos. Lo quinto, cuando se come con mucho deleite, como hacian los hijos de Helí ¹, que buscaban con mucho esmero nuevas salsas y condimentos, no queriendo recibir la carne cocida, sino cruda para componerla á su gusto. Ves aquí de cuántos modos se comete el pecado de gula, que muchas veces llega á ser mortal, como cuando el excesivo gasto en la mesa es causa de que no se paguen las deudas, ó se cometan otras injusticias.

P. El que se halla indispuesto por haber comido demasiado, ó algunas cosas que conocia eran contrarias á su salud, ¿peca mortalmente?

R. Santo Tomás ² juzga que no puede excusarse de pecado mortal al que cae en un exceso tan considerable y dañoso á su salud, siempre que esto le suceda con conocimiento y de propósito deliberado. Véanse sus palabras : *Si quis tamen scienter propter immoderatam concupiscentiam cibi grave suo corpori detrimentum inferret, nimis comedendo, et nociva sumendo, non excusaretur à peccato mortali.* Debemos, pues, afirmar, segun la doctrina de este santo Doctor, que si la calidad ó cantidad de la comida y bebida fue causa de algun daño grave á la salud, y esto se hizo con suficiente deliberacion, es difícil excusar de pecado mortal, y mucho mas si el que comete el exceso lo ha experimentado otras veces.

P. El que come ó bebe hasta saciarse con el fin principal de gustar del deleite de la comida, ¿comete algun pecado, aunque no exceda de modo que le haga daño?

¹ I Reg. II, 15. — ² Quest. 14 de Malo, art. 2 ad 4.

R. Es cierto que se puede sin pecado sentir, aunque sea voluntariamente, el deleite que Dios puso en el acto de comer y beber, cuando no se propone este gusto por último fin de la acción, y se come ó bebe para reparar las fuerzas del cuerpo y conservar la salud. La razón que da san Agustín ¹ es que no solo es necesario alimentarnos para la conservación de nuestra salud, sino que las cosas que tomamos á este fin tengan sabor y gusto agradable, aunque no usemos de ellas por el deleite que nos causan; pero obra contra la recta razón, y peca, el que come ó bebe, proponiéndose por fin último el deleite, y no la necesidad. Por lo cual Inocencio XI condenó esta proposición en su decreto de 2 de marzo de 1679: *Comedere et bibere usque ad satietatem ob solam voluptatem non est peccatum, modo non obsit valetudini, quia licite potest appetitus naturalis frui actibus suis*. Esto es: no es pecado comer y beber hasta saciarse por solo deleite, con tal que no dañe á la salud, pues es lícito al apetito natural gozar de los actos que le son propios. Esta censura es conforme á la doctrina de los Santos, que enseñan que solo debemos usar de los alimentos como de una medicina necesaria para reparar nuestras fuerzas: *Hoc me docuisti*, decia san Agustín ², *ut quemadmodum medicamenta, sic alimenta sumpturus accedam*.

P. ¿En qué consiste la embriaguez? ¿es pecado mortal por su naturaleza?

R. La embriaguez, dice santo Tomás ³, consiste en el uso inmoderado del vino. Se incurre en este pecado, cuando el exceso voluntario priva del uso de la razón, ó la turba notablemente.

La embriaguez suele á veces ser involuntaria, como cuando un hombre que no acostumbra beber vino se embriaga, porque no conoce su fuerza, ó porque no ha experimentado la cantidad que podría beber sin caer en este accidente; y entonces la embriaguez no es pecado, á lo menos mortal. Esto es lo que se cree sucedió á Noé la primera vez que bebió vino, y que por consiguiente no conocia su virtud: *Primus Noe vineam plantavit: dedit naturam, sed ignoravit potentiam*, dice san Ambrosio ⁴ referido por Graciano.

La embriaguez voluntaria es por su naturaleza pecado mortal. Así lo dice san Pablo, que pone este vicio entre los que privan de la bienaventuranza. «No os engaños: ni los deshonestos, ni los ebrios heredarán el reino de Dios.» De donde concluye santo Tomás, que la embriaguez es por sí pecado mortal: *Ebrietas per se*

¹ Lib. IV cont. Jul. n. 6. — ² Lib. X Conf. c. 32. — ³ 2, 2, q. 150, art. 2. — ⁴ In can. Sexto die, § 2, dist. 35.

loquendo est peccatum mortale ¹. La razon es, porque no hay vicio que mas haga á los hombres semejantes á las bestias, pues el que se embriaga queda privado de la razon que le distingue de ellas, y por consiguiente incapaz de toda sociedad: *Homo, cum in honore esset, non intellexit: comparatus est jumentis insipientibus, et similis factus est illis* ². Y aun puede decirse que queda inferior á los animales, porque ¿cuál es el que tiene el oído, la vista ni los piés tan débiles como el hombre borracho? ó ¿qué animal traspasa como él los límites de la naturaleza? Esto hace ver el desórden que en sí encierra la embriaguez; pero mejor conocerémos la enormidad de este pecado por los efectos que produce.

P. ¿Qué efectos causa la embriaguez?

R. Estos pueden considerarse respecto del alma, respecto del cuerpo, y respecto de la familia del que está sujeto á este vicio.

I. Respecto del alma, la precipita en gran número de pecados. Este vicio inflama casi todas las pasiones. El borracho es deshonesto: *Luxuriosa res est vinum* ³, dice el Sábio, y no hace escrúpulo de las palabras, cantares y acciones mas impuras. Este vicio fomenta la ira: *et tumultuosa ebrietas*. Un borracho es pendenciero, es jurador, que no puede sufrir al que le reprende: es violento, y solo procura reñir y cometer todo género de acciones contrarias á la razon. Finalmente, este vicio hace al hombre estúpido é incapaz de instruirse en su religion. Un borracho vive sin piedad, sin amor de Dios, y sin compasion de su prójimo: no tiene otro Dios que su vientre: solo piensa en él, solo le sirve, y solo trabaja para él: *Hujuscemodi Christo Domino nostro non serviunt, sed suo ventri* ⁴.

II. Respecto del cuerpo, la embriaguez debilita la salud y acorta la vida. El Sábio nos lo advierte cuando dice que la intemperancia ha dado la muerte á muchos, y que el hombre sóbrio vive mas largo tiempo: *Propter crapulam multi obierunt; qui autem abstinens est, adjiciet vitam* ⁵. La experiencia confirma esta verdad. Todos los dias vemos que los mas robustos enferman por sus desórdenes. El estómago del borracho es una cloaca de todas las inmundicias de la taberna, que exhalan mil vapores al cerebro, y son causa de todo género de enfermedades. De aquí nacen las indigestiones y las cruquezas, la debilidad de los nervios, la gota, la parálisis, el cólico, los humores frios, y los dolores agudos que hacen la vida insoporable: *In multis enim escis erit infirmitas* ⁶.

¹ Thom. ib. — ² Psalm. XLVIII, 21. — ³ Prov. XX, 1. — ⁴ Rom. XVI, 18. — ⁵ Eccli. XXXVII, 34. — ⁶ Ibid. 33.

III. La embriaguez introduce el desórden en las familias por la pérdida de los bienes temporales que se malgastan en tales excesos. El que ama los convites, dice el Sábio ¹, se verá en necesidad : el que ama el vino y la glotonería no se enriquecerá. Os quejais de que vuestros negocios se empeoran, que vuestros hijos se ven obligados á mendigar ; pero ¿cuál es la causa? Vuestra mala conducta, el frecuentar las tabernas, y el que en el domingo comeis y bebeis todo cuanto ganásteis en la semana : *Operarius ebriosus non locupletabitur* ². Estos son los tristes efectos de la embriaguez, que os deben dar á conocer la enormidad de este vicio y el horror que le debeis tener. De lo que hemos dicho es preciso concluir, que un borracho es responsable delante de Dios de todas las malas consecuencias de su embriaguez.

P. El que padece tercianas ¿puede beber vino con exceso hasta embriagarse, á fin de provocar á vómito, porque el médico juzga ser el medio mas eficaz para curarle?

R. Nadie puede sin pecado mortal embriagarse para curar la terciana por medio de un vómito que cause el exceso del vino. La razon que da santo Tomás ³ es, que para excitar el vómito no es preciso beber un licor que embriague, pues el agua tibia puede producir el mismo efecto, y otra infinidad de cosas : *Nec tamen ad vomitum provocandum requiritur quod sit potus inebrians*, dice este santo Doctor, *quia etiam potus aquæ tepidæ vomitum causat, et ideo propter hanc causam non excusaretur aliquis ab ebrietate*. Estas últimas palabras indican muy claramente que el beber con exceso en tal caso seria pecado mortal, pues segun este Santo lo es por su naturaleza la embriaguez. De esta suerte le entiende y le explica san Antonino ⁴, quien añade que el médico que lo mandase, y el que diese el vino al enfermo, serian tambien culpables de pecado mortal.

P. Los que se privan del uso de la razon, ó beben vino hasta excitar el vómito, ¿son los únicos que cometen el pecado de embriaguez?

R. Se engaña el que imagina que solo son borrachos los que pierden con el vino el uso de la razon, ó los que se excedan hasta moverse á vómito ; porque hay otros muchos á quienes no se puede excusar de este pecado : tales son los que sin haber perdido el uso de la razon, se sienten con la cabeza acalorada y la lengua torpe, de suerte que los vapores del vino les imposibilitan el emplearse

¹ Prov. xxi, 16. — ² Eccli. xix, 1. — ³ 2, 2, q. 180, ad 1. — ⁴ P. 2 S., tit. 6, c. 8, § 2.

en su trabajo. El profeta Isaías ¹ condena á los que beben con exceso, cuando dice: ¡Ay de vosotros que os levantaís por la mañana para sumergiros hasta la noche en la glotonería, y para beber hasta que el vino os encienda por sus vapores! Tales son tambien los que por su robusto temperamento beben gran cantidad de vino, y no se embriagan: el mismo Profeta los reprende: ¡Ay de vosotros, dice, que sois muy robustos para beber vino, y esforzados en la embriaguez! *Vae qui potentes estis ad bibendum vinum; et viri fortes ad miscendam ebrietatem* ²! Veis aquí como condena á los que con el pretexto de que tienen la cabeza fuerte, y pueden sufrir el vino, se abandonan á la intemperancia y beben con exceso. Tambien se debe advertir, que además del precepto que prohíbe la embriaguez, hay otro que ordena la templanza. Todo lo que es mas de lo necesario, dice san Juan Crisóstomo ³, no es mantenimiento, sino veneno, y no pueden excusarse de pecado los que beben con exceso. Es verdad que algunas veces alaban lo fuerte de su temperamento; pero tanto mas culpables son, dice san Agustín, cuanto abusan de esta fuerza, que los pone en estado de beber sin experimentar sus malas consecuencias: *Tanto nequior quantum sub poculo invidor* ⁴.

P. ¿Cómo debe portarse el confesor con los que frecuentan las tabernas, con los que se detienen en ellas á horas indebidas, con los que beben con exceso, con los que juran y cantan cosas deshonestas, y con los que escogen las mas voces los domingos y fiestas para cometer semejantes desórdenes?

R. La taberna para estas personas es una ocasion próxima de pecado; y si no se apartan de ella, deben tratarse como indignos de los Sacramentos. Véanse aquí los principios de Tertuliano sobre las ocasiones que llevan al pecado. Afirma que es preciso ó abandonarlas, ó hacer de suerte que no se peque en ellas: pero el que continúa en ofender á Dios, no tiene otro medio ni otra seguridad que el huirlas: *Aut deserendum, aut omnibus modis cavendum ne quid adversus Deum committatur* ⁵. La taberna, segun san Carlos ⁶, es una de las ocasiones en que no se puede absolver á los que están en ella, hasta que la renuncien ó prometan abstenerse; y segun la doctrina de este Santo, el que prometió dos ó tres veces apartarse de ellas, y no lo ha cumplido, debe hacerlo efectivamente antes de ser absuelto.

¹ Isai. v, 11. — ² Ibid. 22. — ³ Hom. XLIV in Matth. — ⁴ Serm. CLV. — ⁵ Lib. de Coron. c. 11. — ⁶ Instr. á los conf.

P. ¿Qué conducta se debe observar con los taberneros que dan de beber á horas indebidas, durante la misa de la parroquia y las Vísperas, que reciben en su casa á los borrachos y gente disoluta, que juran, cantan canciones deshonestas y dicen palabras obscenas; que dan vino á los padres que arruinan sus familias; ó á los hijos contra la voluntad de sus padres, ó en los días de ayuno á gentes del pueblo que no tienen ninguna necesidad, y que lo piden solo para pasar el tiempo?

R. Está prohibido á los taberneros por todas las leyes divinas y humanas el dar de comer y beber á las horas indebidas, como son en los domingos y fiestas durante la misa de la parroquia y Vísperas. Tampoco deben dar de beber antes de la misa, ni de noche sin una verdadera necesidad.

No deben admitir en su casa á gentes de mala vida, ni á los libertinos que juran, dicen palabras feas y cantan canciones escandalosas, ni á los padres que arruinan su familia con sus embriagueces, ni á los hijos que van á la taberna contra la voluntad de sus padres.

En los tiempos de ayuno y abstinencia no deben dar comida de carne ni aun á los Protestantes, que como bautizados están sujetos á las leyes de la Iglesia, y solo podrán darla á los que estén indispuestos. Tampoco deben dar de comer ni beber á los que sin necesidad quieren quebrantar los preceptos de la Iglesia. Finalmente, no deben dar vino á los que conocen que se embriagarán. Los taberneros que no observan todo esto, se hacen culpables de los pecados que se cometen en sus casas, segun la doctrina de san Pablo, de que no solo es reo el que hace el mal, sino el que lo consiente: *Quoniam qui talia agunt, digni sunt morte: et non solum qui ea faciunt, sed etiam qui consentiunt facientibus* ¹.

En cuanto á los taberneros que no tienen bastante valor para observar las reglas prescritas, se les debe advertir que están obligados en conciencia á dejar una ocupacion tan peligrosa. Es principio enseñado por san Carlos ², que hay obligacion de dejar cualquier oficio que sea ocasion próxima de pecado. En vano alegarán los taberneros que no pueden ganar de otro modo su vida: su salvacion es preferible á todo lo demás, y no puede haber necesidad de pecar, dice Tertuliano, para el que solo reconoce una necesidad, que es la de no pecar: *Nulla est peccandi necessitas, ubi una est non peccandi necessitas* ³.

¹ Rom. 1, 32. — ² Avisos á los conf. — ³ Loc. cit.

P. Los taberneros que dan vino á los borrachos ¿son solo culpables de su embriaguez? Los que los incitan y convidan á beber con frecuencia ¿no son tambien cómplices?

R. Santo Tomás afirma que el que convida á beber y el que acepta el convite son igualmente culpables cuando no ignoran el peligro á que se exponen : *Sed si ignorantia desit, neuter excusatur à peccato* ¹. La doctrina de este santo Doctor se funda en la de san Agustin, que dice que debe resistirse á un convite tan perjudicial al alma, y que nos incita á ofender á Dios : *Non sit tibi amicus qui te Dei vult facere inimicum* ². Si para granjear un amigo inducís á un hombre á que beba mucho, ú os embriagais á vosotros mismos, puede ser que ganeis un amigo ; pero tendréis á Dios por enemigo : *Si te et alium inebriaveris, habebis hominem amicum, Deum inimicum*. Mirad si es justo, añade este Padre, que os separeis de vuestro Dios para juntaros á un borracho. No creais, pues, que sois inocentes si empeñais á otros en embriagarse, ya lo hagais por diversion, ó ya con malicia, pues san Antonino ³ dice en propios términos que esto es pecado mortal.

P. ¿Qué remedios pueden oponerse en general á la embriaguez?

R. Seria preciso : Lo primero, que los taberneros fuesen exactos en negar el vino á los que abusan de él, observando fielmente los edictos y leyes del reino acerca del tiempo y las personas á quien pueden venderle. Lo segundo, minorar el número de las tabernas, y reformar con especialidad las que están en lugares públicos de juego y disolucion. Donde hay mas tabernas, hay mas bebedores y borrachos. Lo tercero, los magistrados y oficiales de justicia deberian unirse con los párrocos, para velar sobre la extirpacion de semejantes desórdenes. La borrachera continua de las gentes de campo, artesanos y trabajadores, es un pecado público, no solo en una parroquia, sino en todas : es un manantial de crímenes y escándalos ; y el que desterrase este vicio de las parroquias, cerraria la puerta del infierno, y abriria la del paraíso á la mayor parte de los labradores. Sin embargo, á excepcion de algunos curas celosos, nadie piensa en oponerse á él, ni se toma el trabajo de cortar la raíz de tantos crímenes. Lo cuarto, los padres y madres deberian velar sobre sus hijos, y no sufrir que se acostumbren al vino, dándoles sobre esto buen ejemplo, y haciéndoles dar cuenta del dinero que manejan, para que no lo disipen, como sucede muchas veces. ¿No

¹ 2, 2, q. 150, ad 2. — ² Serm. CCXIII de Temp. — ³ P. a. Sum. tit. 6, c. 3, § 2.

es cosa vergonzosa que los hijos y las mujeres no estén exentos de este vicio? Yo os diré de paso, que en tiempo de Carlomagno no bebían vino en Francia los artesanos y jornaleros; pero hoy son los que mas beben, y los que profanan los domingos y fiestas con todos los desórdenes que se originan del vino.

P. ¿Qué debe hacer un borracho que piensa seriamente en convertirse?

R. Lo primero, debe considerar con atencion los graves males que produce la embriaguez, y que acaso habrá experimentado por sí mismo: *Vinum multum potatum*, dice el Sábio, *irritationem, et iram, et ruinas multas facit* ¹. Es una hidra de muchas cabezas, de donde nacen las riñas, las muertes, los juramentos, las blasfemias, las impurezas, los latrocinios, las injusticias, los malos tratos, la pobreza, el olvido de la salvacion, la profanacion de las fiestas, etc. La vista de tantos crímenes ¿no será capaz de hacer volver en sí al borracho? Lo segundo, es preciso que deje á sus compañeros de este vicio, y que sin necesidad no entre en las tabernas, que frecuente los Sacramentos, que se prescriba una regla de vida, y se imponga una penitencia bastante fuerte para desarraigar tan mala costumbre, habituándose á beber poco vino, y mezclado con agua. Hay algunos que por haberse embriagado una sola vez, no han vuelto á probar mas vino; y si esto es preciso para corregiros, debeis tambien hacerlo. La experiencia demuestra que es mucho mas fácil pasarse del todo sin vino, que beberlo y no excederse. Debe tener presente que puede morir en la embriaguez, y que no estando entonces capaz de pedir á Dios perdon de su pecado, se condenará para siempre: *Attendite autem vobis, ne forte graventur corda vestra in crapula, et ebrietate: et superveniat in vos repentina dies illa* ², nos dice Jesucristo. Lo cuarto, debe hacer reflexion en el fin trágico de los borrachos. El rey Baltasar, nieto de Nabucodonosor ³, se abandonó á la embriaguez, hasta el exceso de beber con sus concubinas en los vasos sagrados que su abuelo habia llevado del templo de Jerusalem, cantando canciones impías en honra de sus falsos dioses. Pero en el mismo momento, dice la Escritura: *In eadem hora*, una mano invisible escribió su condenacion en la pared de la sala donde bebia: *Mane, Thecel, Phares*. Cuyas palabras interpretó Daniel de este modo: *Mane: Numeravit Deus regnum tuum, et complevit illud*: Dios contó los dias de vuestro reino, y los señaló y puso el fin.

¹ Eccli. xxxi, 38. — ² Luc. xxi, 34. — ³ Dan. v, 8.

Theod : *Appensus es in statera, et inventus es minus habens* : Habéis sido pesado en la balanza, y se os halló muy falto. *Phares* : *Diosum est regnum tuum, et datum est Medis et Persis* : Vuestro reino ha sido dividido, y se ha dado á los medos y persas. La pena siguió tan cerca al pecado, que Baltasar fue muerto en aquella misma noche : *Eadem nocte interfectus est Baltassar* ; y desde el profundo de los infiernos á donde le precipitaron sus excesos os enseña que, si no os reducís á las reglas de la templanza, vendréis á ser pasto de las eternas llamas. Finalmente, pedid con constancia á Dios vuestra conversion por los méritos de Jesucristo, atormentado con hiel y vinagre, y acordaos que es preciso mortificarse y participar de las penas del Salvador, si quereis acompañarle en su reino.

CONFERENCIA DÉCIMATERCIA.

SOBRE LOS BAILES, COMEDIAS Y MÁSCARAS.

Non moechaberis. (Exod. xi).

No cometerás adulterio.

No basta á una alma deseosa de su salvacion el evitar el pecado que prohibe el sexto mandamiento, sino que debe apartarse de todo lo que induzca á él. Hay algunas asambleas profanas en que se juntan hombres y mujeres, y son muchas veces ocasion próxima de impureza. Tales son los bailes, las máscaras y las comedias, de que hablaremos hoy. Para este efecto nos serviremos de la espada espiritual que el Señor ha puesto en nuestras manos, quiero decir, la palabra de Dios, para cortar semejantes abusos tan perniciosos á las almas, y cuyo peligro nos da bien á conocer la Escritura cuando nos advierte por boca del Sábio, que no tratemos con mujer que se complace en cantar y danzar : *Cum saltatrice ne assidue sis* ¹ : ni la miremos ni escuchemos, para que no nos haga perecer con la fuerza de sus halagos : *Nec audias illam, ne forte pereas in effecacia illius*. Si nada hubiera que temer de los bailes y danzas, como el mundo afirma, ¿tendria el Espiritu Santo tanto cuidado en disuadirnos de ellas? Examinemos, pues, en esta conferencia si este género de diversiones son tan inocentes como se quiere persuadir.

P. ¿Qué cosa es danzar? esta accion ¿es mala por su naturaleza?

R. Por la palabra danzar se entiende ordinariamente saltar de alegría, marchar, dar vueltas, doblarse y levantarse en cadencia. Esta accion no parece mala, ni ilícita por su naturaleza, como puede probarse con estas palabras del Sábio : *Omnia tempus habent, tempus plangendi, tempus saltandi* ². La Escritura nos da un célebre ejemplo, refiriendo que María, hermana de Aaron y de Moisés, se juntó con las demás mujeres que danzaban separadas de los hombres, cantando canciones de alabanza al Señor despues de la vic-

¹ Eccli. ix, 4. — ² Eccles. iii, 1, 4.

toria conseguida por el pueblo de Dios sobre los egipcios sumergidos en el mar Rojo : *Sumpsit ergo Maria prophetissa soror Aaron tympanum in manu sua*, dice el escritor sagrado, *egressæque sunt omnes mulieres post eam cum tympanis, et choris*, etc. A este ejemplo puede añadirse el de David, que excitado por los motivos de religion y piedad, danzó delante del arca del Señor, para manifestar la alegría que le causaba el verla entrar en la ciudad de Jerusalem : *David saltabat totis viribus ante Dominum* ¹. De aquí se puede concluir con santo Tomás ², que la danza es algunas veces permitida, con tal que vaya acompañada de tres condiciones indispensables para que sea inocente : Lo primero, que las personas que dancen lo hagan con decencia, con modestia, y sin dar escándalo á nadie ; pues de otra suerte seria pecado, como si por ejemplo cometiese esta indecencia un eclesiástico ó un religioso : *Ut non sit persona indecens, sicut clericus vel religiosus*. Lo segundo, que esto sea solo en tiempo de alegría, como el de un regocijo público : *Ut sit tempore lætitiæ, ut liberationis gratia vel in nuptiis, et ejusmodi*. Lo tercero, que se observe honestidad y decencia en los cantares, en los gestos, en el lugar, tiempo y otras circunstancias que acompañan. Estas son las condiciones que pide santo Tomás en el baile, para que pueda ser libre de culpa, y sin las cuales no hay duda que es vicioso y reprobado ; por lo cual añade : *Si autem fiat ad provocandum lasciviam, et secundum alias circumstantias, constat quod actus vitiosus est*. Y como es muy raro el que estas circunstancias se verifiquen en los bailes, creemos con los santos Padres de la Iglesia que es muy propio de la prudencia cristiana el abstenerse de ellos.

P. ¿Cómo piensan los santos Padres acerca de los bailes?

R. San Juan Crisóstomo dice, que el demonio se halla en las danzas lascivas, que son los juegos que mas le agradan, y por cuyo medio pierde mas fácilmente á las almas : *Ubi saltus lascivus, ibi diabolus certe adest... his tripudiis diabolus saltat* ³. Los llama pompas de Satanás, á las cuales renunciamos en nuestro Bautismo ; y añade, que la sala en que se danza es la tienda del demonio, donde pone á la vista todo género de vicios y enciende las pasiones impuras. San Ambrosio ⁴ afirma, que la danza es compañera del deleite y la lujuria : *Deliciarum comes atque luxuriæ* ; y dice, que para danzar es preciso estar borracho ó haber perdido el juicio. San Efrén ⁵ tiene al diablo por autor é inventor de las danzas. ¿Quién enseñó á

¹ II Reg. vi, 14. — ² In cap. III Isai. — ³ Hom. LIX in Matth.

⁴ Lib. II pœn. c. 6. — ⁵ Inter. 2, p. 181.

los cristianos á danzar, pregunta este santo diácono de Edesa : *Unde suas didiscere choreas? Qui talia christianos docuit?* No fue, dice, san Pedro ni san Pablo, ni otro algun Apóstol, sino el demonio, ese espíritu impuro que inspiró á los hombres la impureza y la idolatría; de él vino esta detestable costumbre : *Qui docuit idola colere, docuit etiam ludere*. Tal es el juicio que forman los Santos de los bailes; y esto obligó á decir á un teólogo de la Orden de san Francisco ¹ que la danza es un círculo en cuyo centro está el diablo, y sus ángeles en la circunferencia : *Chorea mundana est circulus, cuius centrum est diabolus, et circumferentia angeli ejus circumstantes*; de donde concluye, que casi nunca el baile deja de ser pecado : *Et ideo raro aut numquam fit sine peccato*.

P. A lo menos ¿no será permitido mirar los bailes y asistir á ellos y á las comedias?

R. Los santos Padres nos enseñan que semejantes espectáculos son indignos de un cristiano. Tertuliano los llama el consistorio privado de la impureza, donde solo se aprueban las libertades que en otra parte serian intolerables : *Est privatum consistorium impudicitiae, ubi nihil probatur quam quod alibi non probatur* ². San Clemente Alejandrino dice que estas asambleas son vergonzosas y llenas de iniquidad : *Magna confusione, et iniquitate hi cætus pleni sunt* ³. San Agustin cree que un hombre virtuoso no puede ver bailar á otro al son de instrumentos sin lamentarse de él ⁴ : *Da hominem qui in Domino vivit, quando respexerit hominem saltantem ad organum, plus illum dolet insanientem, quam phreneticum febrientem*. Salviano ⁵ dice claramente que el teatro es una de las pompas del diablo que los cristianos renunciaron en el Bautismo, y que el asistir á él es en cierto modo apostasía : *In spectaculis quædam apostasia fidei est, et à symbolis ipsius læthalis prævaricatio*. La razon que da es, que el demonio se halla en los espectáculos que él ha inventado, y que el concurrir á ellos es abandonar á Jesucristo y pasarse al partido del diablo. De donde concluimos, que no se puede inocentemente asistir á estas diversiones, que por lo comun son escuelas de galanteo y libertinaje, donde no está segura la virtud mas fuerte, y donde siempre padece menoscabo la pureza; lo que obligó á decir á Tertuliano ⁶ : *Theatrum proprie sacrarium veneris est*. Sin embargo, como

¹ Conrad. Eliginus catechis. cathol. l. IV, c. 14. — ² Lib. de Spectac. c. 17.
— ³ In Pædagog. c. 12. — ⁴ In Psalm. xcvi, n. 8. — ⁵ Lib. VI de Gubern.
— ⁶ Lib. de Spectac. c. 17.

al mundo no le faltan excusas para justificar su conducta, es preciso que procuremos refutarlas.

P. Ardua empresa tomáis en intentar persuadirnos que es preciso abstenerse de comedias y bailes. Esta es una costumbre antigua que muchos aprueban; y ¿por qué no será lícito seguirla?

R. No debemos apoyarnos en la costumbre cuando ha sido introducida por el libertinaje y la corrupcion del mundo. La costumbre que no se funda en la justicia y en la verdad, no es mas que un antiguo error, dice san Cipriano: *Consuetudo sine veritate vetustas erroris est* ¹. Jesucristo no dijo: yo soy la costumbre; sino: yo soy la verdad. Por esto ni el transcurso del tiempo, ni la autoridad de los hombres, ni los privilegios de las naciones tienen fuerza para hacer legítima una mala costumbre. Así discurre Tertuliano. En fin, una costumbre contraria á las leyes de la Iglesia y á las constituciones canónicas no tiene autoridad ninguna, y es verdadero abuso: *Consuetudo*, dice el papa Inocencio III ² escribiendo al obispo de Poitiers, *qua canonicis obviat institutis, nullius debet esse momenti*. Tal es la costumbre que se intenta justificar. Este es un abuso que los santos Padres han combatido como formalmente opuesto á las máximas de la Religion, y Dios mismo ha manifestado su ira muchas veces contra los que le han seguido; Tertuliano ³ refiere un ejemplo de que pone á Dios por testigo. Dice que habiendo ido á la comedia una mujer cristiana, volvió poseida del demonio; y como exorcizasen á este espíritu impuro, reprendiéndole como se habia atrevido á acometer á una cristiana, respondió: *In meo invení, tengo razon, pues la he hallado en un lugar que me pertenece*. No se debe, pues, defender ni seguir semejante costumbre tan contraria á las máximas del Evangelio: *Christus veritatem se, non consuetudinem cognominavit* ⁴.

P. Nuestros padres, dicen los jóvenes, nos permiten concurrir á estas asambleas: ¿luego no será pecado asistir á ellas?

R. ¿Vuestros padres os permiten ir á los bailes y á la comedia, y os conducen por esos caminos de la perdicion? Serán del número de aquellos impíos de que habla el santo Job ⁵, cuando dice: «Se ven salir en tropas los hijos de sus casas, que danzan y saltan de alegría, tienen en la mano su arpa y tímboles, y se divierten al son de los instrumentos.» Pero ¿cuál será el fin? *Ducunt in bonis dies*

¹ Epist. CXXIV ad Rom. — ² In ep. ad Nostram de Cons. lib. III, tit. IV. — ³ Lib. de Spectac. c. 6. — ⁴ Lib. ib. — ⁵ Job, xxi, 11, 12, 13.

suas, et in puncto ad inferna descendunt. Veis aquí el principio á donde los conducís y á donde caminais vosotros, infelices padres y madres que sois tan indulgentes con los hijos, que no os atreveis á oponeros á su libertinaje. ¡Cómo! ¿vuestrós padres y madres os permiten danzar? Luego son imitadores de la infame Herodías, cuya hija recibió por premio y recompensa de su danza la cabeza del mas grande y mas santo de todos los hijos de los hombres : *Saltavit filia Herodiadis, et placuit Herodi.* No me atreveria á deciros lo que añade san Ambrosio ¹ : *Saltet, sed adulteræ filia.* Dance el que quiera, pero esto solo conviene á la hija de una adúltera ; pero la madre que es prudente y reconocida por casta, su cuidado ha de ser enseñar á su hija, no la danza, sino la religion y la moral de Jesucristo : *Quæ vero pudica, quæ casta est, religionem doceat, non saltationem.*

P. Es preciso, dicen, tomar algun recreo los domingos y fiestas despues de haber trabajado toda la semana.

R. No se prohiben las diversiones honestas, sino las perniciosas á la salvacion, como dice un Padre de la Iglesia : *Non animi relaxationem interdictam volo, sed petulantiam coerceo* ². Alegraos, pero sea en el Señor, como ordena el Apóstol : estad alegres y gozosos, pero del modo que corresponde á los cristianos y á los santos, así como la estaba el pueblo de Betulia en las fiestas que celebró despues de haber sido libertado por Judit de las manos de Holofernes : *Erat populus jucundus secundum faciem sanctorum* ³. Pero las danzas son mas prohibidas en los domingos y fiestas que en cualquier otro tiempo, por lo cual los Padres del concilio de París del año de 1212, siendo papa Inocencio III, dicen que mayor pecado es danzar en el santo dia de domingo, que labrar la tierra : *Teste Gregorio, melius est dominico die arare vel fodere, quam choreas ducere* ⁴. Es inútil excusarse con que los bailes se hacen despues de los divinos oficios, pues todo el dia es igualmente santo ; y si no es licita ocuparse en obras serviles despues de la celebracion del oficio divino, solo porque el trabajo impide el dedicarse á las cosas espirituales, con mas fuerte razon se deben evitar los regocijos profanos y los bailes, pues sin comparacion son mucho mas capaces que cualquiera trabajo de hacernos olvidar de Dios y de las cosas espirituales : *At ille recogitavit eo tempore Deo positus illicubi nihil est de eo*, dice Tertuliano ⁵. Y así dijo san Agustín, como refiere santo

¹ Lib. de Vir. c. 8. — ² Greg. Naz. — ³ Judith, xvi, 24. — ⁴ Conc. Paris. p. 3, c. 4. — ⁵ De Spectac. c. 23.

Tomás¹, que menor pecado seria trabajar en día de fiesta, que pasarle en este género de bailes, donde siempre reina el libertinaje. El tercer concilio de Toledo del año 589, siendo papa Pelagio I, declara ser impía la costumbre de danzar en las fiestas de los Santos, y manda á los sacerdotes y magistrados se dediquen á abolir en toda España un abuso tan pernicioso.

Podríamos citar aquí ocho concilios provinciales, celebrados en Francia despues del de Trento, todos los cuales condenan los bailes, y especialmente en los domingos y fiestas. Solo nos resta concluir, que todos aquellos á quienes Dios confió su autoridad están obligados en conciencia á oponerse con todo vigor á tan mala costumbre, que mas tiene de gentilica que de cristiana.

P. Si yo soy convidado á una boda, en que se divierten con un baile, ¿no me será permitido danzar en esta ocasion?

R. Aunque absolutamente hablando no condenamos algunos bailes, que se hacen con modestia y honestidad con motivo de un casamiento, sin embargo se debe confesar que estas asambleas de jóvenes y doncellas producen casi siempre algunos desórdenes. Las miradas, las risas, las palabras equívocas, las riñas, los malos deseos, los cantares deshonestos y las libertades indecentes que unos y otros se toman, hacen casi siempre culpables á los que asisten; y por esto el concilio Laodicense² del tiempo del papa san Silvestre prohibió los bailes aun en las bodas: *Non oportet christianos ad nuptias venientes, se turpiter et indecore gerere vel saltare, sed modeste cœnare, et prandere, ut decet christianos.*

Examinad bien, hermanos míos, lo que pasó en las nupcias de Abrahan, Isaac, Jacob y otros santos de que habla la Escritura, y veréis que en ninguna de ellas se hace mencion de baile ni otras semejantes diversiones. Por el contrario se dice de Sara, que queriendo atraer la misericordia de Dios sobre su matrimonio con el jóven Tobías, declara que siempre tuvo horror á las danzas, y que nunca se juntó con los que danzaban: *Numquam cum ludentibus miscui me: neque cum his, qui in levitate ambulant, participem me præbui*³, y no obstante fue casada muchas veces. Si vosotros obráis de este modo, Dios bendecirá vuestros matrimonios, al paso que incurriréis en su indignacion si os abandonais á las danzas y otros excesos.

P. ¿Es lícito enmascararse, y vestirse con vestido distinto de su sexo, como sucede en las danzas y comedias?

¹ 2, 2, q. 122, art. 4. — ² Can. 53. — ³ Tob. III, 17.

R. La ley antigua prohíbe expresamente á todo género de personas disfrazarse de este modo : *Non induatur mulier veste virili, nec vir utetur veste feminea* ¹ ; y trata de abominable al que esto hiciere : *Abominabilis enim apud Deum est qui facit hæc*. Es preciso observar que esta prohibicion no debe considerarse como simplemente legal, y como un precepto abolido por el Evangelio, sino que por el contrario debe mirarse como un precepto moral que obliga ahora á los cristianos tanto como obligaba á los judíos, como lo enseña santo Tomás ², quien dice que con esta prohibicion no solo intentó Dios apartar al antiguo pueblo de la idolatría que cometian los hombres vistiéndose de mujeres para adorar á Vénus, y las mujeres de hombres en las fiestas de Marte, sino tambien para apartarlos de la lujuria, á que dan motivo estos disfraces. El mismo santo Doctor se explica mas claramente en otra parte, diciendo que este desórden es malo por su naturaleza : *De se vitiosum est quod mulier utatur veste virili, aut è converso* ; y trae la razon que ya habia dado, *et præcipue quia hoc potest esse causa lasciviæ*. En lo cual sigue la opinion de san Agustin, su maestro, que llama infames bistriones á los que se disfrazan de esta suerte : *Veros histriones verosque infames sine dubitatione possumus vocare* ³.

Esta decision es conforme á la doctrina del Apóstol, que recomienda á los fieles vestirse cada uno como conviene á su sexo, y que lo contrario es cosa vergonzosa : á lo que se añade, que á semejantes disfraces se siguen casi siempre los juegos prohibidos y la disolucion, cuyas circunstancias los hacen mas culpables.

P. Á lo menos ¿no será lícito enmascararse en el Carnaval, poniéndose vestidos conformes al sexo, aunque no convengan al estado?

R. No se puede excusar de pecado á los que se disfrazan de máscara en el Carnaval, aunque usen de vestidos conformes á su sexo, pero que no sean convenientes á su estado ; porque con el disfraz pueden ser tenidos por infames y juglares, como lo dijimos con san Agustin. Por otra parte esta suerte de disfraces inducen fácilmente á acciones contrarias al pudor y á la honestidad cristiana, especialmente en un tiempo de disolucion y libertinaje como el del Carnaval, en el que muchos cristianos se abandonan á excesos culpables, sin que nadie los detenga. Entre tanto advertirémos : Lo primero, que siendo el uso de las máscaras un desórden muy pernicioso,

¹ Deut. xxii, 5. — ² 1, 2, q. 102, art. 6. — ³ Soliloq. c. 16.

cioso, prohibido por las leyes del reino, los magistrados y demás superiores deben oponerse á él, y evitarle en cuanto puedan. Lo segundo, que los padres y madres, los amos y amas que permiten á sus hijos y domésticos enmascararse participan de todos los pecados que cometen con este motivo. Lo tercero, que los artesanos y mercaderes que hacen y venden las máscaras que se usan en el Carnaval, ejercen una profesion mala en sí misma, y por consiguiente están obligados á dejarla, si quieren ser absueltos, pues dan ocasion al prójimo de ofender á Dios. Ni vale la excusa de que no intenta consentir al pecado de los que usan las máscaras, porque si no hubiera artesanos que las hiciesen y vendiesen, no se verian tantas en las calles y en los bailes con grande escándalo de los buenos. Podemos aplicarle lo que dijo Tertuliano de los que fabricaban los ídolos de los gentiles: *Quidquid idolatra committit, in artificem quemcumque et cujuscunque idoli reputetur necesse est; quomodo enim remuntiabimus diabolo et angelis ejus si eos facimus* ¹?

Concluyamos con estas palabras que san Pablo dirige á los de Éfeso: *Hoc igitur dico, et testificor in Domino, ut jam non ambuletis sicut et gentes ambulanti in vanitate sensus sui* ². Yo os digo con el Apóstol, y os conjuro, hermanos míos, por el Señor, que dejeis todas esas locuras, y no vivais como los gentiles, que siguen en su conducta la vanidad de sus deseos: encantados con los vanos objetos del mundo, solo procuran llenar el vacío de su corazon con las cosas que los diviertan y distraigan. No los imiteis, pues; apartaos para siempre de los lugares de disolucion, donde solo se aprende el vicio, y donde jamás se halla el espíritu de Dios: renunciad á las danzas, comedias y espectáculos, que son reliquias del gentilismo. Acordaos que no es esto lo que aprendisteis en la escuela de Jesucristo, si acaso con verdad habeis oído su doctrina: *Vos autem non ita didicistis Christum, si tamen illum audistis, et ab ipso edocti estis, sicut est veritas in Jesu*. Se os ha enseñado que en vuestro bautismo renunciásteis á Satanás, á sus pompas, y á las máximas del siglo, para vivir solo en Jesucristo: imitad su santidad, y considerad cuán lejos estais de ella: cuánto habeis desagradado á Dios, á los Ángeles y á los Santos con asistir á esas asambleas profanas. Pero ¿qué no habeis hecho para hallaros en ellas! Habeis desobedecido á vuestros superiores; habeis abandonado la palabra de Dios y el servicio divino; habeis perdido las noches fuera de vuestra casa,

¹ De Idolat. c. 8. — ² Ephes. iv, 17.

mientras las almas santas se ocupaban en orar y cantar alabanzas al Señor. Considerad que mientras vos danzábais, un millon de personas se hallaban en la agonía de la muerte y sufriendo crueles dolores ; que vendrá día en que os halleis en el mismo trance ; que el tiempo pasa y la muerte se acerca, y os veréis precisados á dar cuenta de todas vuestras vanas diversiones ; y finalmente, que son indignas de un alma que tiene verdadero deseo de salvarse : *Non sunt ista*, dice un Padre de la Iglesia, *salvari cupientium* ¹.

¹ S. Eligius, hom. V.

CONFERENCIA DÉCIMACUARTA.

DEL JUEGO.

Non machaberis. (Exod. xx),
No cometerás adulterio.

No extrañéis, amados hermanos, si continuando en la explicacion del sexto mandamiento, pongo el juego entre las causas que conducen al vicio de la impureza. Es cierto que el juego no es malo por sí mismo, que á veces es permitido, y que puede mirarse como un remedio necesario al hombre para alivio del espíritu, así como lo es el sueño para reparar las fuerzas del cuerpo; pero si hay algunos juegos lícitos, hay otros que no lo son; si hay en ellos diversion inocente, la hay tambien culpable; si algunos son recreacion honesta, otros son contrarios á la decencia y honestidad. No será, pues, inoportuno tratar aquí del juego, que tantas veces tiene malas consecuencias, como los mismos gentiles lo han conocido. El juego, dice Horacio, es causa de las riñas, de las disputas y de la ira:

Nam ludus genuit strepitum, certamen, et iram.

Cuando no trajera otro mal que la pérdida del tiempo, que es tan precioso, que daremos de él á Dios una estrecha cuenta; tiempo que debíamos emplear del todo en la práctica de las virtudes cristianas; tiempo en que los condenados quisieran tener siquiera un solo día para hacer penitencia, y que se les negará eternamente; no serian menester otros motivos mas poderosos para que cesase el abuso del juego, en que tantos pródigamente le malgastan. Podemos, pues, llamar á la pasion del juego un furor en los que de ella se dejan dominar, y esta es la que hoy vengo á combatir.

P. Antes de explicarnos los excesos á que se abandonan los jugadores, será preciso que nos digais qué cosa es el juego, y si los hay de varias especies, para que distingamos los que son lícitos de los que no lo son.

R. En general se llama juego todos los ejercicios que hacemos para

divertirnos ; pero en especial se define el juego : una especie de contrato hecho entre muchas personas , que con el fin de recrearse convienen en que tal cantidad pertenezca al que gane. Siendo , pues , el juego un contrato , deben observarse en él las reglas de la justicia y las condiciones esenciales y necesarias de los contratos. Y así , cuando el juego es lícito y honesto , y se ha guardado en él la justicia y las condiciones necesarias , el que ganó segun las reglas del juego tiene derecho á apropiarse y retener lo que ha ganado , pues el que expone su dinero al juego , consiente , si pierde , en transferir la propiedad al que gana. Esto es lo permitido cuando es dueño de sus bienes y tiene facultad de administrarlos , y con tal que no le impidan las leyes ó alguna convencion particular el disponer de ellos.

Se distinguen muchas suertes de juegos. La primera es de aquellos en que el ingenio ó la destreza tienen la principal parte : tales son el juego de damas , del chaquete , de la pelota , los trucos y otros que nada tienen de malos. Es lícito jugar á ellos con las condiciones que hemos dicho y explicaremos mas adelante.

Los segundos son los que tienen en sí alguna deformidad , como son las danzas , máscaras y comedias , que deben evitarse , como hemos dicho en la última conferencia ; porque comunmente incitan al vicio de la impureza.

Los terceros son los juegos de pura suerte , como los dados y otros muchos de naipes , prohibidos por las leyes canónicas y civiles.

Finalmente , los que se llaman mixtos , que dependen en parte de la suerte , como son la malilla y otros de naipes. Estos no parecen ilícitos á muchos casuistas , con tal que no tengan alguna circunstancia que los haga viciosos. Esta opinion la apoyan en la autoridad de santo Tomás ¹ que dice : *Quidam ludi sunt nullam turpitudinem habentes , et ideo servatis circumstantiis , possunt laudabiliter fieri ad quietem propriam , et aliis laudabiliter convivendum.*

P. ¿Es pecado emplear mucho tiempo en el juego , aunque este sea en sí lícito ?

R. Es lícito al hombre tomar alguna recreacion honesta para alivio del espíritu ; pero debe precaver , dice san Ambrosio , el abuso de esta libertad inocente , y que con pretexto de recrear el ánimo pierda la economía y concierto de las buenas obras : *Caveamus itaque* , dice este Padre ² , *ne dum animum relaxare volumus , solvamus omnem harmoniam , et quasi concentum bonorum operum.* Esto es lo que sucede ordinariamente con el exceso del juego.

¹ In IV Sent. dist. 16 , q. 4 , art. 2. — ² Lib. I de Offic. c. 20.

Puede excederse en el juego de dos maneras, dice santo Tomás ¹: La primera, en la materia misma del juego, como cuando consiste en acciones ó palabras contrarias á la Religion ó á las buenas costumbres, ó son notablemente perjudiciales al prójimo; entonces el juego es por su naturaleza pecado mortal, dice el Santo. Segunda, en las circunstancias del juego, ya sea respecto del tiempo, del lugar ó de las personas que juegan, como, por ejemplo, cuando se juega en día de fiesta, ó por largo tiempo en lugar sagrado ó público, ó con escándalo, ó los que juegan son de un estado que les prohíbe jugar, como los sacerdotes, religiosos y magistrados, pues entonces es ilícito por las circunstancias, y á veces pecado mortal, como cuando se juega con pasión excesiva, ó se prefiere el deleite del juego al amor que se debe á Dios, ó al precepto de la Iglesia.

Para responder directamente al caso propuesto digo: Lo primero, que peca el que emplea un tiempo considerable en el juego, aunque este sea lícito. Lo segundo, que este vicio es mas culpable en un eclesiástico que en un secular. Lo tercero, que puede ser muchas veces ocasion de pecado mortal por las circunstancias del juego, como son la de enfurecerse y jurar, ó cuando en él se pasan los días y noches, ó la mayor parte de los domingos y fiestas: circunstancias que hacen el pecado mas grave, pues segun el principio de santo Tomás, el fin del juego, para que sea lícito, ha de ser el alivio del ánimo, y recrear al hombre de un modo justo y racional, y no hacer del juego su principal ocupacion, siendo los insensatos, dice el Sábio; los únicos que miran la vida como un tiempo que solo se nos ha dado para jugar: *Æstimaverunt lusum esse vitam nostram; et conversationem vite compositam ad lucrum* ².

P. Los juegos de pura suerte ¿están prohibidos á todo género de personas?

R. Es constante que los juegos de pura suerte son en sí malos y reprobados. Por esto se prohiben aun á los seculares por el canon 42 de los que se atribuyen á los Apóstoles, referido por Graciano en su decreto ³, donde no solo á los eclesiásticos que los juegan, sino tambien á los legos se les amenaza de ser privados de la Comunión; que prueba con certeza que pueden ser pecado mortal en varias circunstancias, pues la Iglesia no impone esta pena por pecados veniales, como lo advierte san Raimundo ⁴. Sin embargo, esto debe entenderse segun lo explica san Antonino, cuando dice que los

¹ 2, 2, q. 158, art. 3. — ² Sap. xv, 12. — ³ Can. Episcop. 1, dist. 38. —

⁴ Lib de negotiis secularib. in fin.

laicos no pecan mortakmente en los juegos de suerte: lo primero, cuando juegan con divertimiento y sin pasion; lo segundo, cuando lo que se juega es poco, respecto de las facultades del sujeto; lo tercero, cuando se juega con moderacion, sin emplear mucho tiempo, y nunca el que debe emplearse en la santificacion de las fiestas ¹: *Ludus aleæ est peccatum mortale secundum Raymundum, quod credo verum*, dice este Santo, *quando ex cupiditate quis ludit scilicet principaliter motus, non ad recreationem, sed ad acquirendum quid notabile per ludum, nam ludere quid modicum, ut pueri faciunt, vel ob recreationem, et moderate, non videtur mortale*. Solo en estas circunstancias excusa el Santo de pecado mortal á los que juegan á juegos de pura suerte. Otra circunstancia que debe mover á abstenerse de ellos, y que sirvió de motivo á las leyes canónicas y civiles para prohibirlos, es los juramentos y blasfemias en que caen los que pierden dinero: *In nullo exercitio*, dice el mismo san Antonino, *ita frequenter blasphematur Deus, et tota curia cælestis*.

P. ¿Está prohibido el juego de náipes á todo género de personas?

R. Hay diferentes suertes de juegos de náipes: unos de pura suerte, en que no tiene parte la industria, como son la banca, el sacanete y otros, y los mixtos, en que deciden la suerte y la industria, y son bien conocidos de los jugadores.

Estos últimos juegos pueden excusarse de pecado en los seculares que no juegan habitualmente, y emplean moderado tiempo y dinero; pues las leyes de la Iglesia y del Estado no los prohíben. Santo Tomás dice que las ordenanzas de los Príncipes que vedan los juegos no obligan, si aparece por la costumbre que ellos los toleran: *Nisi contraria consuetudo prævaleat* ²; y es evidente que estas leyes no hablan de los juegos de industria ó mixtos, de los particulares que juegan legalmente, sin violar las reglas que los hacen lícitos y honestos.

No obstante, advertirémos que algunos teólogos ponen los juegos mixtos en la clase de los de pura suerte; porque es cierto que la casualidad es siempre el principal motivo para ganar, y toda la industria viene á ser inúfil cuando la suerte da malas cartas al que juega. Por lo cual dice san Antonino que al parecer deben contarse todos los juegos de náipes en el número de los de pura suerte, pues en ella consiste el perder ó ganar: *Ludus aleæ*, dice este santo Ar-

¹ Anton. c. 2, p. S. Thom. — ² 2, 2, q. 82, art. 7.

zobispo de Florencia, *intelligitur omnis ludus qui innititur fortunæ, ut ludus taxillorum; et idem videtur de chartis, quamvis sit ibi aliquid industriæ, principaliter tamen est fortunæ* ¹.

P. ¿Están obligados los eclesiásticos con mas especialidad que los seculares á abstenerse de los juegos de suerte?

R. Los eclesiásticos son muy reprehensibles, y pecan cuando juegan dinero á juegos de pura suerte, pues les están prohibidos como opuestos á la santidad de sus costumbres, que debe corresponder á la dignidad de su estado, por el cual son muy superiores á los legos. Apoyaremos esta decision en los sagrados cánones, que son las leyes de la Iglesia, á las cuales deben los eclesiásticos someterse mas estrechamente que todos los demás.

El cuarto concilio general Lateranense, celebrado en tiempo de Inocencio III el año de 1215, prohíbe absolutamente á los clérigos los juegos de suerte, y aun estar presentes, y mirar á los que juegan: *Clerici ad aleas, vel taxillos non ludant, nec hujusmodi ludis intersint* ².

El concilio provincial de Burdeos, del año 1583, prohíbe tambien á los eclesiásticos los juegos de náipes, ya en público, y ya en secreto: *Ab alea, theseris, chartis, et quovis alio vetito, et indecoro ludum privatim tum publice penitus abstineant* ³.

El concilio de Sens del año de 1528 hace la misma prohibicion, y á ejemplo del de Letran quiere que los clérigos no asistan á los juegos. Véanse sus palabras: *A ludo alearum aliisque quæ à sorte pendent, abstineant, neque ludentium fautores, spectatores, aut testes existant*. Finalmente, el santo concilio de Trento ⁴, y san Carlos Borromeo, tan celoso observador de sus decretos, prohíbe á los clérigos no solo juegos de suerte, sino el mirar á los jugadores, ni permitir que se jueguen en sus casas ⁵; porque esto seria autorizar sus excesos. Y no se deben tener por severas estas prohibiciones, si se considera con el mismo concilio de Trento que los pecados que parecen leves en los seculares, son muy graves en los eclesiásticos, que con sus obras deben edificar á los fieles: *Levia enim delicta, quæ in ipsis maxima essent, effugiant, ut eorum actiones cunctis afferant venerationem*. Por esto los Concilios prohiben á los clérigos jugar en público aun á los juegos de pura industria, y con especialidad á los que necesitan dejar los hábitos, como en el del mallo, pelota, etc.

¹ Anton. c. 2, p. 8. Thom. loc. cit. — ² Can. 16. — ³ Tit. 21 de vita et morib. Cleric. — ⁴ Sess. XXII, c. 1. — ⁵ Mediol. lib. I, p. 2.

Porque, como dice el concilio de Méjico ¹, estos juegos en tales circunstancias no convienen con la gravedad y modestia de un eclesiástico, que está obligado siempre á portarse como ministro de Dios, segun estas palabras del Apóstol : *In omnibus exhibeamus nosmetipsos sicut Dei ministros* ².

P. ¿Es lícito fabricar ó vender dados ó náipes?

R. San Antonino ³ responde así á esta cuestion : « Los que hacen ó venden náipes ú otros instrumentos para los juegos de suerte no pueden al parecer excusarse de pecado mortal ; y por consiguiente no ser absueltos mientras no dejen este tráfico. » *Videtur dicendum de factoribus vel venditoribus alearum, taxillorum, chartarum, quod quia in pluribus homines utuntur his ad peccatum mortale propter avaritiam, ideo non videtur tales posse excusari à mortali, unde nec absolvendi sunt nisi talia dimittant* ⁴. No obstante, podemos decir con algunos casuistas muy doctos ⁵, que no se debe condenar absolutamente á estos hombres, sino procurar persuadirlos á que ganen su vida en otras ocupaciones. La razon que alegan es : primero, que hay muchos juegos que no son de pura suerte, y se hacen con náipes y dados, en los cuales es lícito recrearse con las circunstancias debidas. Segundo, que hay juegos de pura suerte, á los cuales pueden jugar sin pecado los seculares, cuando lo hacen solo para recrearse, y sin espíritu de avaricia, sin pasion, sin escándalo, sin pérdida notable de tiempo, y sin otra alguna circunstancia viciosa : en este sentido se debe entender á santo Tomás, san Raimundo, san Antonino, y los demás teólogos que condenan estos juegos en los que se dedican á ellos por un espíritu de avaricia, ó hacen de ellos su ordinaria y principal ocupacion, ó finalmente se exceden de algun otro modo reprobado por las leyes eclesiásticas y civiles.

P. ¿Qué debe pensarse de los que hacen de su casa una academia de juegos prohibidos de náipes y dados?

R. La conducta de estas personas es muy culpable, pues se hacen cómplices de todos los pecados de los jugadores, dándoles proporcion para cometerlos. Si no hubiese casas de juego, habria muchísimos que nunca hubieran jugado, y por consiguiente evitarian muchos pecados. El que franquea su casa para jugar, dice san Bernardino de Sena, ó pone la mesa y los dados, participa de todas las culpas que se cometen en el juego. No hay confesor que pueda absolverle, y es imposible que se salve, si no abandona este perverso

¹ Lib. III, tit. 5. — ² II Cor. vi, 4. — ³ II p. Sum. Th. tit. 1, cap. 23, § 13. — ⁴ Gen. tom. I, tr. 3, c. 8. — ⁵ Pontas, v. Jueg. c. 8.

comercio. Tales son las palabras de este Santo en uno de los sermones ¹; palabras terribles sin duda, que deben mover á los que tienen semejante conducta á enmendarse prontamente. San Carlos Borromeo ² en sus Instrucciones prohíbe á los confesores absolver á todos los que no tengan una verdadera resolución de dejar todos los pecados mortales y todas las ocasiones de cometerlos, y entre ellas señala la de tener casas dispuestas para que otros jueguen á los naipes y á los dados: *Nec eos absolvant qui cum peccatis mortalibus, simul etiam occasiones vitare plane non proponunt, ut sunt qui domum tenent in hunc finem aliis paratam ut tabellis chartaceis vel aleis ludant.*

Lo mismo debe decirse de los taberneros que tienen en sus casas asambleas de juego, donde se cometen muchos excesos é impiedades; casas que san Bernardino de Sena en otro sermón llamaba profanas y llenas de iniquidad: *O domus profana, et omni iniquitate plena* ³!

P. Lo que se gana al juego ¿es siempre legítimamente adquirido? ¿Hay obligación de restituir en algunos casos?

R. Los jugadores creen con mucha facilidad que les pertenece lo que ganan al juego; pero se engañan: porque hay muchos casos en que, según santo Tomás, están obligados á la restitución ⁴.

El primero, cuando los que pierden no tienen facultad de enajenar sus bienes, como son los menores, los locos, y las mujeres que juegan sin consentimiento de sus maridos á quienes están sujetas. El segundo, cuando los que pierden han sido obligados á jugar, ya con violencia abierta, ó ya con importunidades á que no pudieron resistir. El tercero, cuando el que gana se aprovecha de la poca habilidad de los que sabe ignorar los enredos y lances del juego. En todos estos casos se debe hacer la restitución á las personas que han perdido, y solo puede dispensar de ella, dice san Antonino ⁵, la cortedad de la suma; porque racionalmente se cree que los padres ó tutores de los pupilos y los maridos consienten en unas pérdidas tan pequeñas.

En cuanto á los demás casos, santo Tomás ⁶ y otros muchos canonistas juzgan que en los lugares donde los juegos de suerte están prohibidos por las leyes civiles que están actualmente en observancia hay obligación de restituir lo ganado, no á los que lo han perdido, pues se hicieron indignos quebrantando la prohibición impuesta por

¹ Serm. XXXIII in Dóm. IV Quadrag. — ² Instrucción, c. 8. — ³ Serm. XLII in Quad. art. 3. — ⁴ 2, 2, q. 32, art. 7 ad 2. — ⁵ II. part. tit. 13, c. 23, § 3. — ⁶ Thom. loc. cit.

las leyes, sino á los pobres, ó emplearlo en otras obras de piedad.

Pero como no siempre es fácil saber si las leyes que prohiben estos juegos subsisten en su vigor y fuerza, un confesor prudente puede mandar esta restitution por modo de penitencia, en todo ó en parte, segun las facultades con que se halle en la actualidad el penitente, para obligarle con este saludable rigor á renunciar para siempre la costumbre del juego; y el que por pertinacia rehusase aceptar una penitencia tan útil, manifestaria que queriendo gozar del fruto de su pecado, no estaba suficientemente dispuesto á dejarle ¹. Estos son los casos en que con especialidad están obligados los jugadores á la restitution.

P. ¿Qué fruto debemos sacar de lo que habeis dicho en esta conferencia sobre el juego?

R. Lo primero, examinar delante de Dios los pecados que se cometen en el juego, y en los que acaso habeis incurrido vosotros mismos, los juramentos, los engaños, la profanacion de las fiestas, la pérdida de los bienes, la ruina y desolacion de las familias. El que se halla enfurecido en el juego, y va perdiendo, quiere proseguir con la esperanza de que á lo último se desquitará de todo: al fin juega cuanto tiene y lo pierde, y por un arrebató de desesperacion juega hasta su mismo patrimonio, y tambien lo pierde por justo castigo de Dios. Lo mas terrible y peligroso para la salvacion de estos jugadores insensatos es que su ruina lleva tras sí la de una infinidad de inocentes acreedores, pues habiéndolo perdido todo, ¿cómo pagarán sus deudas? Estos son los desórdenes en que precipita la pasion del juego. Pero cuando no causase otro mal que la pérdida del tiempo, ¡qué tormento será para los jugadores á la hora de la muerte la memoria de haberle tan mal empleado, de haber sacrificado al juego los domingos y fiestas mas solemnes como todos los demás dias, sin otro acto de religion que el oír de prisa una misa rezada, con inmodestia y sin atencion, faltando á la misa mayor, á las Vísperas, á la doctrina y á los demás ejercicios de piedad en que debe ocuparse un cristiano! No creais, no, que estas son culpas leves, dice san Antonino ²; los que por emplear el tiempo en el juego abandonan las cosas divinas en tan santos dias, cometen mayor pecado que los que en ellos labran la tierra: *Lusores propter hoc, ut habeant majus tempus ad ludendum, negligunt divina, missas, et vesperras, orationem, prædicationes... negligunt festa servare, quia in illis*

¹ Pontas, v. Jueg. c. 4. — ² II p. Sum. tit. I, c. 23, § 6.

permazime ludunt, et plura committunt peccata, et graviora, quam si terram colerent, quod est festa violare. Segundo, la memoria de tantos pecados que se cometen en el juego os debe mover á evitarle, y á hacer penitencia, reparando los males que habeis cometido. Tercero, formar la resolucion de no aficionaros jamás al juego. Si alguna vez teneis necesidad de algun recreo, no jugueis á juegos de suerte ni contrarios á la decencia y honestidad cristiana, sino permitidos y convenientes á vuestro estado. No os acostumbreis nunca al juego. Jugad sin codicia, sin escándalo, y con gentes irrepreensibles, de suerte que siempre os halleis capaces de volver al cuidado de vuestras ocupaciones. Finalmente, portaos entonces, como en cualesquiera otra ocasion, de una manera digna de un cristiano: *Omnia autem honeste, et secundum ordinem fant* ¹.

¹ I Cor. xiv, 40.

CONFERENCIA DÉCIMAQUINTA.

SOBRE EL SÉPTIMO MANDAMIENTO.

Del hurto.

Non furtum facies. (Exod. xx).

No hurtarás.

Este mandamiento es el que mas aprueban todos los hombres en general, y al mismo tiempo el que mas quebrantan todos en particular. Todo el mundo confiesa que no se deben tomar los bienes ajenos ; y sin embargo, aunque esto se haga con mucha frecuencia, apenas hay uno que quiera confesarse culpado. El que alaba la severidad de las leyes contra los hurtos manifiestos, se complace interiormente en ocultar tambien sus rapiñas, pensando que solo puede ser citado al tribunal de su conciencia. La Escritura santa nos enseña que los dos vicios que causan mayor estrago en el mundo son el hurto y la impureza : *Furtum et adulterium inundaverunt*¹; y no obstante, no hay quien sobre esto se juzgue á sí mismo con equidad, ni se acuse de tales pecados. Cuando vuestros ministros ¡oh Dios mio! reprenden á vuestro pueblo este vicio, los contradice y se burla de ellos : *Populus enim tuus sicut hi qui contradicunt sacerdoti*². ¿De dónde, pues, nace tan extraño desórden? De que cási siempre se lisonjean todos de que no le cometen ; de que atribuyen al prójimo un pecado de que son tan culpables como él ; de que se forman una falsa seguridad de conciencia, de tal suerte que uno que se ha enriquecido con los despojos de otro, dice á Dios con tanta ceguedad é insolencia como el fariseo : yo os doy, Señor, gracias de que no soy ladrón, ni adúltero como los demás hombres, y especialmente como este miserable publicano. Á vista de esto, ¿hay que pasmarse si el hurto, que cada uno condena en general, ha cundido de tal suerte en cási todos los estados, que así en las ciudades como en los pueblos solo se oye hablar de injusticias, extorsiones y rapiñas? Voy,

¹ Osee, iv, 2. — ² Id. iv, 4.

pues, á manifestaros que teneis razon en condenar el hurto, porque este vicio es tan odioso; pero que seria mucho mejor que examináseis si lo hubiéseis cometido vosotros, pues es tan comun.

P. ¿Á qué nos obliga el séptimo mandamiento? ¿Qué cosa es el hurto, y de cuántos modos se comete?

R. El séptimo mandamiento, como todos los demás, tiene dos partes, dice el catecismo del concilio de Trento ¹. Nos prohíbe una cosa y nos manda otra. Nos prohíbe tomar ó retener injustamente lo ajeno y causar al prójimo ningun daño en sus bienes, y nos manda asistirle en sus necesidades, y ser con él misericordiosos; esto es, nos prohíbe el hurto y nos ordena la limosna. Lo uno y lo otro se contiene en este precepto de la ley natural, que nos manda hacer con los demás lo que queremos que hagan con nosotros, en lo cual, dice el Señor, consiste toda la ley y los Profetas: *Omnia ergo quaecumque vultis ut faciant vobis homines, et vos facite illis: hæc est enim lex, et Propheta* ². Comenzaremos por lo que toca al hurto, y después trataremos de la limosna.

Por el hurto en general se entiende todo género de usurpaciones injustas del bien ajeno: *Furti nomine*, dice san Agustín ³, *bene intelligitur omnis illicita usurpatio rei alienæ*. Se puede tomar el bien ajeno injustamente de tres modos: Primero, á escondidas, y sin que lo sepa el agraviado, lo que propiamente se llama hurto, dice santo Tomás ⁴. Segundo, con violencia, y si esta se hace á traicion, como los salteadores de caminos, se llama latrocinio; pero si la violencia es pública, se llama rapiña: tal fue el crimen de Acab, que se apoderó de la viña de Nabot. Tercero, con fraude, sorpresa ó engaño, como hacen los que venden ó compran, engañando en el peso, en la medida, en el número, ó de otra suerte.

Las diferentes especies de hurtos se distinguen tambien por la cualidad de las cosas hurtadas. Si se roban los bienes de un particular, esto propiamente se llama hurto; pero si los bienes son del público, se llama peculato. Tal es el pecado de los que revestidos de un empleo público, ó manejando la Real Hacienda, faltan á la justicia ó á la fidelidad en la administracion ó ejercicio de sus ministerios ó empleos. Finalmente, el hurto de una cosa sagrada, ó de una cosa no sagrada en lugar sagrado se llama sacrilegio, y es el mas detestable de todos los hurtos; y sin embargo, es mas comun de lo que se piensa, pues sin hablar de los impíos que roban en las iglesias, son

¹ Cat. ad Par. ib. n. 6. — ² Matth. vii, 12. — ³ Quæst. LXXI in Exod. — ⁴ 2, 2, q. 63, art. 5.

muchos los que abusan de los bienes eclesiásticos, y que hacen servir á sus pasiones los bienes destinados al culto de Dios y á la manutencion de sus ministros, y al socorro de los pobres, lo que, segun los santos Padres, es una verdadera injusticia, un robo y un sacrilegio ¹.

P. ¿Es gran pecado el hurto? ¿Son culpables de pecado mortal los que hacen muchos hurtos pequeños?

R. Todos los teólogos convienen con santo Tomás ², que el hurto es pecado mortal por su naturaleza. El apóstol san Pablo lo advierte claramente, cuando dice en su primera á los corintios, que ni los ladrones, ni los que roban los bienes ajenos, herederán el reino de Dios: *Neque fures, neque rapaces regnum Dei possidebunt* ³. Tobías estaba tan persuadido de esta verdad, que habiendo oido balar en su casa un cabritillo, y dudando si seria hurtado, dijo á su mujer le volviese á su dueño, porque no le era lícito comer ni aun tocar una cosa que fuese ajena: *Videte ne forte furtivus sit, reddite eum dominis suis, quia non licet nobis edere ex furto aliquid, aut contingere* ⁴.

Las malas consecuencias del robo son una prueba manifiesta de la gravedad de este pecado. De aquí nacen los pleitos, las enemistades, los odios, las discordias, y precipita á muchos en el infierno, por la dificultad que hay en restituir los bienes ajenos despues de habérselos apropiado. Por lo cual exclama el profeta Habacuc: ¡Ay de aquel que junta lo que no le pertenece! *Vae ei qui multiplicat non sua* ⁵. ¿Hasta cuándo juntará contra sí mismo montones de lodo? *Usquequo et aggravat contra se densum lutum?* Estos montes de lodo significan los varios crímenes que hacen al ladron odioso á todo el mundo, de suerte que las piedras mismas de los edificios que fabrica clamarán venganza contra él, como dice el mismo Profeta: *Lapis de pariete clamabit*. Finalmente, la enormidad del hurto se manifiesta por las leyes civiles, que castigan con pena de muerte á los culpables de este crimen. El hurto puede ser á veces pecado venial por la parvidad de la materia, como advierte santo Tomás ⁶, y porque es creible que el dueño no lo llevaria muy á mal, y consentiria fácilmente en privarse de la cosa hurtada; pero añade el Doctor angélico, si el que hurta una cosa de poca importancia tiene intencion de robar otra de mas valor, y de causar un daño considerable al prójimo, pecará mortalmente aunque no consiga su designio: *Si tamen*

¹ Bern. super. Ecce nos. — ² 2, 2, quæst. 66, art. 6. — ³ 1 Cor. vi, 10. —

⁴ Tob. ii, 21. — ⁵ Habac. ii, 6. — ⁶ 2, 2, q. 63, art. 3.

habet animum furandi, et inferendi detrimentum proximo, etiam in talibus minimis potest esse peccatum mortale, sicut et in solum cogitata per consensum.

Como la gravedad del hurto es proporcionada al daño que se causa al prójimo, no es fácil señalar la cantidad que se necesita para que llegue á pecado mortal. Debe atenderse la cualidad de aquel á quien se hizo el hurto, y las disposiciones del que lo ha hecho. Pecará mortalmente el que quite un sueldo al que no tiene otra cosa para comer en el día, ó un instrumento que necesite absolutamente un artesano para ganar su vida, aunque sea de muy poco valor. Lo mismo debe decirse del que hace pequeños hurtos con la intencion de continuar hasta una suma considerable. Por esto el papa Inocencio XI en su decreto del mes de marzo de 1679 condenó la siguiente proposicion: Ninguno está obligado bajo de pecado mortal á restituir lo que hurtó en pequeñas partidas, aunque todas compongan una cantidad grande: *Non tenetur quis sub pœna peccati mortali restituere quod ablatum est per pauca furta, quantacumque sit magna summa totalis.*

P. Los hijos que toman de los bienes de sus padres, ó no les dan cuenta de lo que ganan, ¿son culpables de hurto, y pecan contra el séptimo mandamiento?

R. Muchos hijos de familia toman dinero, trigo, muebles y otras cosas de la casa de sus padres para el juego, la disolucion y otras locuras, y creen poderlo hacer sin perjuicio de la conciencia. Pero oigan al Sábio que dice, que el que hurta á su padre ó su madre, y afirma que esto no es pecado, participa del crimen de homicidio: *Qui subtrahit aliquid à patre suo et à matre, et dicit hoc non esse peccatum, particeps homicidæ est* ¹. Palabras que manifiestan bien la injuria que hacen los hijos á aquellos á quienes deben tener un amor sincero y un sumo respeto, pues tomando como lo hacen los bienes de sus padres y madres, de los cuales no son herederos hasta despues de su muerte, parece que en cierto modo quieren quitarles la vida: *Particeps homicidæ est*. Y así san Antonino ² no teme decir que el hijo que hurta á su padre alguna cosa de importancia, peca mortalmente. Es cierto, añade el Santo, que lo que en un extraño seria materia grave, y por consiguiente pecado mortal, será culpa venial en un hijo; porque un padre lleva con menos repugnancia que un hijo le tome algunas cosas que no son muy considerables,

¹ Prov. xxviii, 24. — ² II p. Sum. tit. II, c. 15, § 1.

que no un extraño ; y así puede decirse que cuando el padre no recibe grave daño, y el hijo hace buen uso de la cosa que toma, no peca mortalmente.

En fin, como los padres, segun san Pablo, deben atesorar para los hijos, y socorrer sus necesidades : *Nec enim debent filii parentibus thesaurizare, sed parentes filiis* ¹; se infiere que los hijos deben dar cuenta á sus padres de lo que ganan con su industria ó trabajo de sus manos, y no retener ni hacer cosa importante sin su consentimiento, y á esto deben atender mucho los hijos que tienen ganancias particulares.

P. ¿ Pecan las mujeres contra el séptimo mandamiento, si toman ó dan alguna cosa de importancia sin permiso de sus maridos?

R. Una mujer casada puede tener bienes de diferente naturaleza : unos se llaman dotales, y otros parafernales. Los dotales son los que entregó á su marido para sostener las cargas del matrimonio, y á los cuales tiene derecho para este efecto, mientras viven los dos consortes. Los parafernales son los que no entran en el dote, *quæ præter dotem habet*, dice la ley, ya sea que estos bienes la hayan sido legados, ó dados en particular. Supuesta esta distincion, digo que el derecho escrito permite á una mujer casada disponer á su arbitrio y sin consentimiento de su marido de los bienes parafernales que tenga, á no ser que al tiempo de casarse diese á su marido por dote todos sus bienes presentes, y que en adelante tuviere ; en cuyo caso no podrá tener ningunos bienes parafernales, y no solo todo lo que llevó al tiempo de casarse, sino todo cuanto despues le pertenezca por sucesion, donacion ú otro cualquier motivo, debe considerarse como bienes dotales, y no puede disponer de ellos sin la autoridad y consentimiento de su marido, á no ser que las leyes del reino dispongan otra cosa.

En cuanto á los bienes dotales, es constante que la mujer no puede disponer de ellos sin consentimiento de su marido, á quien pertenece el usufructo para soportar las cargas del matrimonio ; á menos que el marido sea hombre de mala conducta, que por su avaricia ó sus desórdenes no quiera subvenir á las necesidades de su familia, pues entonces la mujer puede tomar lo necesario para su decente sustentacion, ó para pagar las deudas de la familia ; pero no debe llegar á estos extremos sino despues de haber amonestado suficientemente á su marido la obligacion que tiene de contribuir á las cosas necesarias.

¹ II Cor. XII, 14.

P. ¿Puede el marido sin consentimiento de la mujer disponer de los bienes, muebles, dinero, rentas, etc., ó de los inmuebles adquiridos durante el matrimonio, para enriquecer á sus parientes, amigos, ó hijos entenados? ¿Tendrá la mujer la misma facultad?

R. Aunque los conzortes no puedan pedir judicialmente el uno contra el otro sobre los hurtos de esta especie, es cierto no obstante que comete culpa mortal el que distrae los bienes comunes de ambos, y los emplea en tales usos, no teniendo sobre esto el marido mas facultades que la mujer. De donde debe concluirse, que si el daño que uno causa al otro es notable, no hay duda que comete un pecado grave de injusticia. Fundado en este principio el papa Honorio III¹, escribiendo al magistrado y á los vecinos de la Rochela acerca de la costumbre que permitia al marido, que habia disipado ó perdido sus propios bienes, enajenar los muebles ó raíces de su mujer, condena esta costumbre como abusiva, y declara que no es lícito conformarse con tan injustos usos.

La mujer tiene todavía menos derecho: lo que se prueba claramente con la carta que san Agustín escribió á una señora llamada Ecdicia, que sin saberlo su marido habia dado casi todos sus bienes comunes á dos monjes en calidad de pobres. Véanse sus palabras: *Nihil ergo de tua veste, nihil de tuo auro, argento, vel quacunque pecunia, aut rebus aliis tuis sine arbitrio ejus facere debuisti*². Y añade, que debia pedir humildemente perdón á su marido de la temeridad que tuvo en disponer contra su voluntad de unos bienes cuya administracion le correspondia. Pero debe advertirse que una mujer no necesita del consentimiento de su marido para socorrer á su padre ó á su madre, cuando uno ú otro se halle en necesidad urgente, y rehusa el marido hacerlo. Lo mismo se debe decir respecto de un hermano, hermana, ó de los hijos del primer matrimonio, que padezcan igual necesidad.

P. ¿Cuándo pecan contra este mandamiento los criados, artesanos y jornaleros?

R. Todas estas personas defraudan muchas veces á los amos, ó á los que los emplean, aunque el apóstol san Pablo les recomienda tan expresamente la fidelidad: *Non fraudantes, sed in omnibus fidem bonam ostendentes*³. Primero: los criados pecan contra este mandamiento cuando hurtan los bienes de sus amos, ó no tienen de ellos el cuidado que corresponde. Segundo, cuando toman ocultamente

¹ In cap. Ex part. 10, de Consuet. 21, tit. 4. — ² Epist. CCLXXII, año XCIX, n. 4 et 5. — ³ Tit. II, 10.

algunas cosas con pretexto de hacer limosnas, ó de recompensar á los que les han ayudado en el servicio del amo. Tercero, cuando con el pretexto de que su salario es corto, no quieren trabajar ó toman por sí mismos mas de lo concertado. Por esto las universidades de Paris y de Lovaina, y despues la Santa Sede, condenaron la proposicion siguiente: « Los criados y criadas pueden hurtar á sus amos lo que estimen correspondiente á su trabajo, si el salario no es igual á este. » Es de advertir en los robos domésticos de criados, hijos y mujeres, que los que les ocultan las cosas hurtadas son igualmente culpables, porque estos encubridores favorecen su crimen, y son causa de tales hurtos: *Qui cum fure participat audit animam suam*, dice la Escritura, *adjuramentum audit, et non judicat* ¹.

Los jornaleros y artesanos pecan tambien contra este mandamiento cuando no cumplen fielmente con su trabajo, cuando toman mas del precio convenido, cuando engañan ó se pagan de sus manos, como hacen los sastres, que guardan para sí pedazos de las telas, con pretexto de que no les pagan lo que vale la hechura de los vestidos. Finalmente, todos los que tienen y cobran sueldo por cualquier empleo particular ó público son verdaderos ladrones, dice el catecismo del concilio de Trento ², si no cumplen con sus obligaciones: *Illi numero furum reponendi sunt, qui cum ad privatum aliquod, vel publicum officium conducti sunt, nullam vel parvam operam navantes munus negligunt, mercede tanquam pretio fruuntur*.

P. Los pobres que quitan alguna cosa á los ricos para alivio de su miseria ¿son culpables de hurto?

R. Hay algunos que creen no es pecado hurtar á los ricos, con pretexto de que el daño que reciben es tan leve, que apenas pueden conocerlo. ¡Miserable excusa! dice el catecismo del concilio de Trento: *Misera sane et pestifera defensio!* No hallaréis en los mandamientos de Dios que sea lícito hurtar á los ricos. No obstante, para resolver la cuestion se debe suponer que hay tres géneros de necesidades en que pueden caer los pobres: necesidad comun, necesidad grave, y necesidad extrema.

La necesidad comun es la de los que mendigan de puerta en puerta, y esta no puede excusar á los pobres que hurtan. Es un pretexto frívolo que condena san Pablo ³, cuando despues de prohibir el hurto, amonesta á los pobres á que trabajen, enseñándoles en esto que si trabajan tendrán con que mantenerse; y por consi-

¹ Prov. xxix, 24. — ² Cat. ad Par. ib. — ³ Ephes. iv, 2.

guiente son muy culpables si en lugar de aplicarse al trabajo creen que les es lícito hurtar ; y el Sábio dice expresamente que la ociosidad es madre de todos los vicios : *Multam enim malitiam docuit otiositas* ¹.

La necesidad grave es la que reduce á un hombre á decaer de su estado, de suerte que para vivir se vea obligado á trabajar de un modo que no conviene á su calidad. Esta necesidad tampoco excusa de pecado á los que roban á los ricos lo que necesitan para vivir. El papa Inocencio XI decidió esta cuestion, condenando por su decreto de 2 de marzo de 1679 la proposicion que enseña : *Permissum est furari non solum in extrema, sed etiam in gravi necessitate*. En efecto, por lo comun solo se incurre en esta necesidad por culpa propia, por no trabajar, por hacer excesivos gastos, y de aquí proviene el pedir prestado, y no pagarlo nunca, quedando siempre mas pobre el que se apodera de los bienes ajenos, porque Dios no echa su bendicion á los que tienen semejante conducta : *Alii dividunt propria, et ditiores fiunt*, dice la Escritura ² : *alii rapiunt non sua, et semper in egestate sunt*.

La necesidad extrema es aquella en que faltan absolutamente las cosas necesarias á la vida, de suerte que si no se socorre al que la padece, está en peligro de muerte. Todos los teólogos convienen unánimes en que los pobres que se hallan en esta necesidad pueden tomar lo que necesitan para no morir de hambre. Las razones que dan son : La primera, que entonces no hay ley que prohiba tomar lo necesario : *Necessitas non habet legem*. Jesucristo no reprendió á sus discípulos porque apretados de la hambre cogieron espigas de trigo para mantenerse. La segunda, que en estos casos los bienes son comunes, y el que se halla en una necesidad tan estrecha tiene entonces derecho á ellos, como el que es dueño por las leyes particulares. Dios manda á todos los hombres que socorran en tales ocasiones, y puede decirse que el que rehusa la limosna es homicida del pobre : *Si non pavisti, occidisti*. Estas razones son de santo Tomás ³.

Sin embargo, debe ponerse alguna modificacion á esta doctrina. Primero, es preciso que la necesidad sea verdaderamente extrema, y que no haya otro medio de salir de ella. Segundo, que no se tome mas de lo absolutamente necesario para conservar la vida en lo preciso, y esto solo puede hacerse con mucha moderacion. Y así,

¹ Eccli. xxxiii, 29. — ² Prov. xi, 24. — ³ 2, 2, q. 67, a. 7.

los que con este pretexto hurtasen ó tomasen alguna cantidad considerable, serian culpables y violarian las reglas de la justicia. Tercero, nunca debe darse á los pobres semejante consejo, sino por el contrario exhortarlos á la paciencia y á que trabajen, advirtiéndoles que si fuesen cogidos en el hecho, podrian ser castigados con pena infame por los jueces; de donde se infiere, que no pudiendo ni debiendo exponerse á tal deshonor, hay casos en que deberian antes abandonarse á la Providencia, que hurtar á nadie cosa alguna.

P. La falta de leña que padezcan los pobres que viven en el campo ¿los autoriza para tomarla de los montes del Rey, ó de los particulares á quien pertenezcan?

R. Primero, cuando no hay ley del reino que permita á los pobres hacer leña en los montes ó bosques reales, solo la costumbre puede autorizarlos para ello; y esta costumbre para ser legítima debe fundarse en el consentimiento expreso ó tácito de los propietarios.

Segundo, en caso de extrema necesidad los pobres que no tienen leña para calentarse, ni para cocer el pan y su alimento, pueden tomarla de los bosques del Rey ó particulares, aunque no tengan ningun derecho á su uso. En este caso no cometen hurto, porque para cometerle es preciso tomar los bienes ajenos contra la voluntad de su dueño, y en la necesidad extrema los bienes son comunes: ni es creible que en semejante ocasion el dueño del bosque lleve á mal que un pobre tome un poco de leña para socorrer su necesidad.

Por lo que toca á los que padecen una necesidad menos urgente, no pueden tomar ninguna leña en los bosques sin el consentimiento expreso ó tácito de los propietarios. En virtud de este consentimiento autorizado por la costumbre en muchas partes, recojen los pobres públicamente la leña menuda que cae al suelo, sin que los guardas se lo impidan, y los pobres deben contentarse con esto, sin que les sea lícito hacer daño en los bosques, ni cortar leña para venderla con pretexto de mantener á su familia.

P. Los que causan algun daño al prójimo, ó que pudiendo impedirlo no lo hacen, ¿pecan contra este mandamiento?

R. No solo los que hurtan los bienes del prójimo pecan contra el séptimo mandamiento, sino tambien los que le causan algun daño: lo que puede suceder de muchos modos. Primero, reteniendo injustamente lo ajeno, como hacen los que por su mala conducta no

pagan sus deudas, ó lo que es mucho peor, no quieren confesarlas, para no verse obligados á satisfacerlas, ó usan de fraudes con sus acreedores. Segundo, cuando los que tienen á su cargo los bienes de otros, los dejan perder ó deteriorarse por su negligencia ó malicia, ó que despues de haberlos disfrutado en calidad de tutores, curadores ó arrendatarios, no dan cuenta fiel de ellos. Tercero, concurriendo al daño causado al prójimo, ya mandándolo, dando auxilio, consejo ó consentimiento, ó no impidiéndolo siempre que se puede, como los criados que no advierten á su amo del daño que se les hace, los pastores que dejan al ganado entrar en los pastos ajenos, los amos que lo saben y lo toleran, y los cazadores y otros que causan perjuicio á los prados, viñas, trigos y demás frutos de la tierra. Cuarto, no impidiendo los hurtos, rapiñas, extorsiones y monopolios, como es de la obligacion de los magistrados, y todos los que por su empleo deben procurar la conservacion de los bienes del público ó particulares: todos los cuales son reos de los daños que causa su negligencia, y pecan contra el séptimo mandamiento.

P. ¿Qué fruto debemos sacar de esta conferencia?

R. Veiste aquí comprendido en estas palabras de san Pablo ¹: *Qui furabatur, jam non furetur: magis autem laboret, operando manibus suis, quod bonum est, ut habeat unde tribuat necessitatem patienti.* ¿Vosotros habeis tenido el vicio de quitar lo ajeno? No hurtéis ya de aquí en adelante, ni cometáis mas injusticias, engaños, rapiñas ni atrocidades: todo es preciso que lo dejéis y renunciéis para siempre: *Qui furabatur, jam non furetur.* Pero como la holgazanería conduce por lo comun á este maldito pecado, es preciso que trabajéis con mas aplicacion que hasta ahora: *Magis autem laboret*; y porque no todo trabajo es suficiente y hay algunos oficios que no son licitos, quiere el Apóstol que trabajéis con vuestras manos con espíritu de penitencia, ganando la vida en alguna obra que sea buena, loable y útil: *Operando manibus suis quod bonum est.* Pero todavía se necesita algo mas para hacer de un ladrón un perfecto penitente. Es preciso que repare sus injusticias y todo el mal que ha causado, y que se aplique tanto al trabajo, que con su economía y buena conducta pueda hacer limosna y horrar con santas obras sus iniquidades pasadas: *Ut habeat unde tribuat necessitatem patienti.* Ved aquí el gran remedio que propongo con el Apóstol á todos los que han tenido la desgracia de quebrantar el séptimo mandamien-

¹ Ephes. iv, 28.

to. Pero si hay alguno tan obstinado que lo desprecie y se resuelva á morir sin reparar sus injusticias, este es un réprobo á quien nada tengo que decir; pero si el deseo de vuestra salvacion os mueve algun tanto, amados hermanos, haced sobre esto una seria reflexion: pensad y penetrad bien esta verdad, que el infierno se hizo para los ladrones, y el cielo para los que aman la justicia y tienen limpias las manos y la conciencia. Considerad bien, y convenceos, que si perdeis el alma lo perdeis todo; y que si la salvais, aunque lo perdais todo, lo salvaréis, poseyendo para siempre los bienes eternos, que son la felicidad de los santos.

CONFERENCIA DÉCIMASEXTA.

SOBRE EL COMERCIO.

Non furtum facies. (Exod. xx).

No hurtarás.

Habiéndome propuesto en la explicacion del séptimo mandamiento manifestaros las injusticias que se cometen en diferentes oficios y profesiones, no debo omitir las que son tan comunes entre los mercaderes. Bien sé que no hay cosa mas útil ni necesaria en la vida civil que el comercio. Sin hacer venir de las partes mas distantes del mundo las telas exquisitas, sin embarazarse en equipar navíos, ni exponerse á naufragar, ó caer en manos de corsarios, halla cualquiera en las tiendas todo lo mas precioso que producen las Indias y otras regiones. Estas ventajas son grandes, y es justo que los que las procuran al público tengan su ganancia; pero esta muchas veces es tan fraudulenta y tan excesiva, que Salviano no teme decir que la vida de los que se ocupan en el tráfico y comercio es un fraude y perjurio. *Quid autem aliud est cunctorum negotiantium vita, quam fraus atque perjurium* ¹?

No es mi intento hacer de esta conferencia una sátira, ni ofender á nadie con suposiciones de imaginadas culpas: bien sé que hay en el comercio hombres íntegros, fieles, inocentes y justos, que entre los peligros de su profesion conservan el espíritu del Cristianismo; pero como hay otros de una conducta enteramente opuesta y que quieren vivir en una culpable ignorancia, será conveniente instruirlos sobre ciertos puntos en que se creen inocentes, á fin de ayudarlos para que se acusen y enmienden.

P. ¿Cómo debe comerciar un cristiano?

R. Debe negociar: Lo primero, sin engaño y sin usura. Jamás debe engañar en la venta ni en la compra de las mercaderías. La fidelidad es el alma del comercio, y la que le hace prósperar, y la

¹ Lib. III de Provid.

que siempre honra á los que le ejercen : *Vir fidelis multum laudabitur*, dice el Sábio ¹, *qui autem festinat ditari, non erit innocens*.

Lo segundo, sin jurar ni mentir. La principal regla de los mercaderes virtuosos es la fe. Pero si yo soy sincero, me diréis, nada ganaré, y ¿en qué vendrán á parar mis negocios? Mas yo os pregunto : ¿A dónde irá á parar vuestra alma, si sois un jurador ó un embustero? Y ¿qué vendréis á ganar, si la perdeis con vuestros perjurios y multiplicados engaños?

Lo tercero, no debe emplear en el comercio el tiempo destinado al servicio de Dios. El Señor maldecirá vuestros tratos, si profanais los domingos y fiestas, y lo que ganeis en tales dias será reducido á nada. *Mercedes congregavit*, dice el profeta Ageo, *misit eas in sacculum pertussum* ².

Lo cuarto, debe comerciar con buen fin para mantener su familia, socorrer á los pobres, y ser útil al público. Si el comercio no se hace con algunos de estos motivos, sino por enriquecerse, entonces el comercio es vicioso, dice santo Tomás ³; porque, segun el Apóstol, la codicia es la raíz de todos los males : *Radix omnium malorum cupiditas* ⁴. Los que solo procuran hacerse ricos, caen en la tentacion y en los lazos del diablo, y se entregan á muchos deseos vanos y perniciosos, que precipitan á los hombres en el abismo de su ruina y condenacion : *Qui volunt divites fieri incidunt in tentationem, et in laqueum diaboli, et desideria multa vana et inutilia, quæ mergunt homines in interitum, et perditionem*.

P. ¿Cuáles son las injusticias que ordinariamente se cometen en el comercio?

R. Peca contra la fidelidad que requiere el comercio : Lo primero, el que vende con falso peso ó falsa medida : *Nolite facere iniquum aliquid in iudicio, in regula, in pondere, in mensura : statera justa, et æqua sint pondera* ⁵. No cometais ninguna injusticia en vuestros pesos ni medidas, y sean justas é iguales vuestras balanzas, dice Dios á su pueblo en el Levítico. Bien sabeis que en todos los domingos son excomulgados los que cometen tales fraudes. Pero ¿obraré yo mal, me diréis, si contentándome con una ganancia corta, cerceno algo en el peso y la medida? ¿Preguntais si haceis mal? Oid lo que dice la Escritura : No tendréis pesos ni medidas diferentes, unas para comprar, y otras para vender ; porque el Señor vuestro Dios abomina al que hace esto : *Abominatur enim Dominus Deus tuus eum qui*

¹ Prov. XXVIII, 20. — ² Aggæi, I, 6. — ³ 2, 2, q. 77, a. 4. — ⁴ I Tim. VI, 10. — ⁵ Levit. XIX, 35, 36.

facit hoc, et aversatur omnem injustitiam ¹. Hay mercaderes que aunque tengan medidas justas, no dejan de engañar á los que compran en el modo de pesar ó medir. Un corazon recto abomina todas estas injusticias.

Lo segundo, el que vende un género por otro que es de diferente especie del que le piden, ó que siendo de la misma especie, no es de la misma calidad; ó el que vende mercaderías que tienen defectos que debe manifestar, y no lo hace. Por ejemplo, un paño que se quemó en el tinte, nada se dice al comprador, y se vende como bueno.

Lo tercero, el que vende ó compra por mas ó menos del justo precio, aprovechándose de la necesidad ó ignorancia de otro para vender mas caro, ó para comprar mas barato, ó comprar géneros á personas que los han robado, ó no tienen derecho para venderlos.

Lo cuarto, el que hace monopolios ó convenciones injustas y perjudiciales al público. *Monopolium* es una palabra griega que significa el que vende solo. Esta etimología da fácilmente á entender que el monopolio consiste en convenirse algunos mercaderes, artesanos ú otras personas en vender solos algunos géneros, ó hacer alguna obra para venderla al precio mas alto, á causa de la necesidad en que ponen al público de depender de ellos. Estos monopolistas pecan contra la justicia y la caridad, y son condenados por las leyes canónicas y civiles. Tambien son culpables de rapiña los que en tiempo de escasez de granos y otras cosas necesarias á la vida las encierran y ocultan, haciendo que valgan mucho mas caras. De estos se dice en los Proverbios, cap. xi, que serán maldicidos por los pueblos: *Qui abscondit frumenta maledicetur in populis*.

Finalmente, cometen injusticia los que con fraudulentas quiebras y otros engaños se quedan con los bienes ajenos. Estos son los principales fraudes que se cometen en el comercio, todos los cuales son condenados en general por esta regla del derecho: *Locupletari non debet aliquis cum alterius injuria vel jactura* ².

P. ¿Es lícito alguna vez á los mercaderes mezclar los géneros que venden?

R. Es preciso distinguir; jamás es lícito á los mercaderes hacer alguna mezcla que deteriore sus géneros, y los haga de inferior precio, y sin embargo los venda al precio corriente, como si no estuviesen malendos: vender, por ejemplo, vino mezclado con agua al

¹ Deut. xxv, 16. — ² In 6.

mismo precio que el puro, es engañar en la sustancia de la cosa, dice santo Tomás ¹. Por lo cual, la facultad de teología de París condenó en 1666 la proposición siguiente: *Licitum est tavernariis vinum aqua miscere, et agricolis triticum paleis, et communi pretio vendere, dummodo deteriora non reddantur eis, quæ communiter venduntur*. Esta doctrina, dice la censura, es contraria á la buena fe y á la justicia pública.

Pero no creemos que sea injusticia el hacer algunas mezclas, que léjos de dañar á los compradores, mejoran y fortifican los géneros que compran. Por ejemplo, puede un mercader en conciencia conservar el color y la fuerza de los vinos con algun ingrediente que no sea nocivo.

P. ¿Están obligados los mercaderes á manifestar los defectos de la cosa que venden?

R. Hay dos especies de defectos: unos esenciales y otros accidentales. Los esenciales son los que hacen á una cosa absolutamente inútil para el uso que tiene en el comercio, ó que disminuyen de tal suerte este uso, ó le hacen tan incómodo, que si los hubiese conocido el comprador, no la hubiera tomado á aquel precio. Por ejemplo, una viga podrida es inútil para un edificio, un caballo inquieto es menos útil para el servicio y mas incómodo. Estos defectos son suficientes para rescindir la venta.

Los defectos accidentales son los que solo impiden que el uso de una cosa sea tan ventajoso como se esperaba. Por ejemplo, si un caballo es solo duro á la espuela, si el vino no es tan delicado ni de tan fino gusto como se creía, esto no es causa suficiente para anular la venta.

Supuesta esta distinción, digo que no hay obligación rigurosa de declarar los defectos accidentales de las cosas que se venden, con tal que el precio sea arreglado y con respecto á los defectos. Y así el que vende un caballo duro á la espuela, no está obligado á advertirlo al que le compra, dice santo Tomás ², porque no quería darle lo que valia; pero tampoco debe llevar el mismo precio que por otro caballo que fuese obediente al que le pica.

En cuanto á los defectos esenciales que pueden causar perjuicio al que compra la cosa, se debe distinguir si los defectos son notorios, esto es, si pueden advertirse fácilmente por el comprador. Por ejemplo, si un caballo es tuerto ó cojo, el vendedor no está obliga-

¹ 2, 2, q. 77, art. 2. — ² Quodl. c. 2, 2, 20.

do á advertirlo al que lo compra ; porque estos son defectos que se advierten fácilmente. Supuesta esta decision, dice Silvio ¹ : Lo primero, que el comprador ha de poder reconocer el defecto ; porque si tiene la vista corta , ó es ciego, de suerte que no lo puede advertir, debe declarárselo el vendedor. Lo segundo, que el comprador sea hombre inteligente ; porque no es lícito abusar de la simplicidad del prójimo. Lo tercero, que este defecto no exponga al comprador á un peligro evidente ; un caballo muy vivo puede precipitar al que le monta, si no es un hombre robusto. Lo cuarto, no debe usar de fraude para impedir que el comprador no advierta el defecto de la cosa. Por ejemplo, un caballo está cojo, pero no se advierte cuando está acalorado y se le hace trotar entonces una larga carrera, y si el comprador no puede advertir el defecto, es por el fraude del que le vende. En una palabra, el fundamento de los teólogos, que deciden que no hay obligacion de descubrir el defecto de la cosa que se vende si es notorio, estriba en el supuesto de que el que compra quiere hacerlo, no obstante el defecto que advierte en la cosa : *Scienti et volenti non fit injuria, non dolus*.

Pero si los defectos esenciales de una cosa no pueden advertirse por el comprador, la probidad y la justicia obligan á que se le adviertan, dice santo Tomás ; porque no es lícito venderle una cosa que por no conocerla pudiera causarle perjuicio. Por ejemplo, yo vendo un caballo fogoso, que podria matar al que le monta, si no conoce este defecto, y cometo una injusticia si no se lo advierto al comprador : *Dare alicui occasionem periculi, vel damni, semper est illicitum* ², dice el Doctor angélico.

P. ¿Cuáles son los casos en que los que venden caballos están obligados á volverlos á recibir, y restituir el precio ?

R. Hay tres casos ordinarios que se llaman redhibitorios ; porque dan lugar á la rescision de la venta del caballo. Estos casos son : la falta de respiracion, el muermo, y la corvatura ó hinchazon de piernas. Cuando un caballo adolece de cualquiera de estas enfermedades, la venta es nula, y puede deshacerse en el tiempo prescrito por la costumbre, ó arreglado entre el vendedor y comprador por pacto expreso. Además de estos casos que siempre se exceptúan, puede tener el caballo otros defectos secretos que le hagan inútil ó dañoso al comprador ; y entonces si el vendedor no quiso declarar estos defectos, está obligado á volver á tomar su caballo, ó indemnizar al

¹ Ib. 1, 2, q. 77, art. 3. — ² Loc. cit.

comprador : *Si hujusmodi vitia sint occulta, et ipse non delegat*, dice santo Tomás, *erit illicita et dolosa venditio, et tenetur venditor ad damni recompensationem* ¹. Pero se debe advertir que si el vendedor no conocia estos defectos ocultos, y vendió el caballo de buena fe, sin asegurar que no tuviese defecto, no parece justo condenarle á la indemnizacion, con tal que al tiempo de venderle arreglase el precio con respecto á la contingencia de que saliese defectuoso.

P. ¿Es lícito vender ó comprar las cosas á mas ó menos precio de lo que valen? ¿Cuál es el precio ordinario de las mercaderías?

R. La regla general es, que nunca debe venderse una cosa por mas de lo que vale, ni comprarla por menos de su justo valor. El contrato de venta y compra fue introducido entre los hombres para la comodidad reciproca del vendedor y comprador, y es preciso que haya igualdad entre la cosa vendida y el precio que se da por ella, y que el vendedor y comprador tengan su comun utilidad. Esta igualdad se destruye cuando el precio que se da excede el justo valor de la cosa vendida, ó el valor de la cosa excede el precio, y por consiguiente no hay justicia en tal venta ni en tal compra. *Et ideo*, dice santo Tomás, *carius vendere vel vilis emere rem quam valeat, est secundum se injustum et illicitum*.

Para mayor claridad debemos distinguir dos suertes de precios. El primero es el que se llama legítimo, esto es, el señalado por el príncipe ó sus ministros. Este precio no puede aumentarse ni disminuirse. Por ejemplo, si el precio del vino ó de la carne está arreglado por el juez de la policía, no se puede vender mas caro, ni comprar mas barato, porque seria injusticia. El segundo precio es el que se llama natural, comun y arbitrario, porque no está señalado ni tasado, y este es el precio en que la cosa que se vende se estima comunmente por las personas inteligentes é instruidas en juzgar el justo valor. Este precio no consiste como el primero en un punto determinado, y tiene cierta extension, segun el mayor ó menor aprecio que se hace de la cosa. Los teólogos señalan tres grados; que son el sumo, el medio ó moderado, y el ínfimo; pero entre ellos no puede haber notable diferencia : *Justum pretium rerum non est punctualiter determinatum, sed magis in quadam æstimatione consistit*, dice santo Tomás ², *ita quod modica additio vel minutio non videtur tollere æqualitatem justitiæ*. Esto supuesto, debe decirse que un mercader vende los géneros mas caros de lo que de-

¹ Loc. cit. — ² Ibid. ad 1.

be, cuando el precio á que los vende excede al sumo ; y los compra menos de lo que valen , cuando el precio que da por ellos es menos del infimo.

P. ¿ Es lícito vender las mercaderías al precio que se pueda, con tal que no sea muy exorbitante, pues el derecho dice : *Res tantum valet quantum vendi potest*?

R. Aunque sea lícito á los mercaderes tener alguna ganancia en sus géneros, deducidos los gastos que necesitan hacer en viajes, criados, casas, etc., no les es permitido venderlos al mas alto precio que pueden, si excede al sumo que corre, porque esto seria una injusticia, que nunca autoriza el derecho ; pues cuando dice que la cosa vale tanto como puede venderse, esto se entiende, dice san Antonino ¹, si no excede de su justo precio. Este es el verdadero sentido de la ley, que en otra parte asegura que el precio de las cosas debe arreglarse por el de su estimacion : prueba cierta de que no quiere que el precio de las cosas penda de la codicia del vendedor, ó que valgan tanto cuanto pueden venderse, sino solo lo que comunmente se estima por personas inteligentes en el comercio. Es cierto, dice santo Tomás ², que el derecho tolera y no castiga á los que venden las mercaderías en mas de lo que valen, con tal que el comprador no sea perjudicado enormemente, ni pague por la cosa la mitad mas de lo que vale. El derecho, que no puede impedir todas las injusticias que desaprueba, se vió precisado á establecer esta máxima, para cortar una infinidad de pleitos que nacerian de las compras y ventas, si por un leve perjuicio fuese permitido pedir en justicia la reparacion ; pero esto no impide que por la ley de Dios, que condena las mas pequeñas injusticias, no esté obligado en conciencia á indemnizar al que padeció perjuicio en la compra ó venta, por haber vendido mas caro, ó comprado mas barato. Para evitar, pues, toda injusticia, el vendedor debe ceñirse á una ganancia honesta, y el comprador debe pagar un precio razonable. Esto es lo que el Sábio nos amonesta cuando dice : *Sicut in medio compaginis lapidum palus figitur, sic et inter medium venditionis et emptionis angustiaabitur peccatum*.

P. ¿ Es lícito vender las cosas en mas de lo que valen cuando se dan al fiado?

R. Habiendo sido consultado el papa Urbano III ³, si peca un mercader que vende sus géneros á precio mas alto, porque da al

¹ II p. Sum. tit. I, c. 8, § 5. — ² Loc. cit. — ³ Urb. III, cap. consult. 10 de Usur.

comprador un largo tiempo para la paga, respondió, que segun las palabras de Jesucristo, se debe prestar sin esperanza de premio: *Mutuum date nihil inde sperantes*; y que por consiguiente los que venden mas caro por la dilacion de la paga que conceden al comprador con el fin de ganar, se hacen culpables de usura, y están obligados á la restitucion. El primer concilio de Milan del año de 1565 y el de Burdeos de 1583 ¹ declaran lo mismo. *Ne quis rem aliquam ob dilatam solutionem carius vendat justo pretio*, dice el primero. *Ne quis ob dilatam solutionis diem carius vendat quam justi pretii ratio ferat*, dice el segundo ². La misma doctrina enseña santo Tomás, y dice que un mercader no es menos culpable de usura si vende mas caro á causa de la dilacion de la paga que concede al comprador, que el que presta una cantidad por cierto tiempo á interés, pues solo vende mas caro para sacar ganancia del beneficio que hace al deudor: *Unde quidquid ultra justum pretium pro hujusmodi expectatione exigitur, est quasi pretium mutui, quod pertinet ad rationem usuræ*, dice este santo Doctor ³.

Es, pues, una injusticia manifiesta vender las cosas por mas de lo que valen, porque se dan al fiado. La ganancia legítima, ya se vende á crédito ó á dinero contante, está encerrada en los tres grados del justo precio. Todo lo mas que puede hacer un mercader que vende á crédito, es elegir el precio sumo de lo justo, para compensar lícitamente el daño que sufre en vender al fiado.

Tambien es lícito al mercader pedir recompensa á los que venden á crédito, si no le pagan en el término que les señaló, ó si pasa un año cuando no les prescribió tiempo limitado. El Diccionario de las sentencias ⁴ no quiere que sea lícito á un mercader que vende á crédito el que se haga pagar los intereses de su dinero, hasta que pase un año despues de la venta de tales géneros. La razon es, porque ya tiene en ella la ganancia que naturalmente corresponde á su comercio; y si pudiera desde que hace la venta llevar intereses del dinero que tarda en cobrar, sacaria de él una duplicada ganancia; pero como al fin del año se presume que no tiene ya ninguna ganancia en los géneros que fió, y que sufre perjuicio en la dilacion de la paga, es justo que se la recompense el deudor que la retarda.

P. ¿Pueden los mercaderes comerciar en todo género de mercaderías, y comprar de toda clase de personas?

R. A la primera pregunta respondo, que hay algunos géneros

¹ II, p. 68, de Usur. — ² Burd. eod. tit. — ³ 2, 2, q. 78, art. 2, ad 7.

⁴ V. March. n. 1 et 3.

prohibidos, que se llaman de contrabando, cuyo tráfico no es permitido, y los mercaderes están obligados á obedecer las leyes del Príncipe que lo prohíben: *Omnis anima potestatibus sublimioribus subdita sit*, dice san Pablo ¹. En algunos casos será pecado mortal la transgresion. Por ejemplo, si la ley impone pena de muerte, galeras ú otra grave, no solo por la desobediencia al Soberano, sino principalmente por el peligro á que se expone de perder la vida, la libertad y los bienes el que llega á ser aprehendido por los ministros reales; á cuyo riesgo nadie puede exponerse voluntariamente sin cometer un pecado mortal: á que se añade que los contrabandistas profanan por lo comun los domingos y fiestas, etc. Además de las mercaderías prohibidas por el Príncipe, hay otras que prohíbe la ley natural, como son los libros contrarios á la Religion y buenas costumbres, cuyo comercio es absolutamente vedado con mas rigor.

En cuanto á la segunda pregunta respondo, que no deben comprar de los niños, insensatos, y de todos los demás que son naturalmente inhábiles para contratar; ni de los que la ley declara incapaces, como son los pródigos, los menores, las mujeres que están sujetas á la autoridad de sus maridos, y los que están suspensos por la justicia, si contratan en perjuicio suyo. Mucho mas ilícito es comprar de los que han robado las cosas que venden ó hay sospecha de ello.

P. Los mercaderes que defraudan los derechos reales ¿pecan y están obligados á la restitucion?

R. No puede el mercader sin ofensa de Dios defraudar el pago de los derechos legítimamente establecidos por el Príncipe; pues tiene poder para exigir de sus vasallos los tributos necesarios para subvenir á las urgencias y cargas del Estado. Y no vale decir que los impuestos son exorbitantes, y que se aumentan todos los dias. Esto no puede justificar á los mercaderes; pues á ellos ni á los demás particulares no les toca juzgar si los tributos son ó no excesivos; porque no pueden, ni aun deben conocer las necesidades del Estado, á las cuales todos los súbditos deben contribuir.

Esta decision se funda en las palabras de Jesucristo, que dice que es preciso dar al César lo que es del César: *Reddite quæ sunt Cæsaris Cæsari* ². El Salvador mismo lo practicó habiendo pagado el tributo por sí y por san Pedro, como lo refiere san Mateo ³. San

¹ Rom. XIII, 1. — ² Luc. XX, 25. — ³ Matth. XVII, 26.

Pablo nos recomienda esta obligacion en su epístola á los romanos, y nos dice que los Príncipes son los ministros de Dios, que le sirven ejerciendo las funciones de su empleo. Los que defraudan los derechos del Príncipe, roban lo ajeno, y su pecado es mortal, si el fraude es considerable: *Justitia porro vectigalium est commutativa, quia viget utrique*, dice Cabasucio ¹: *Principi enim salus, et securitas populi ex ejus officio incumbit: populo autem præstatio tributorum, et obedientiæ, atque is qui justitiam commutativam violat in re gravi, peccat eo ipso mortaliter, cum restituendi obligatione*. La ley que manda pagar los tributos á los Príncipes, no es una ley puramente penal, sino ley conforme al derecho natural, que nos ordena contribuir á los Príncipes con los socorros y auxilios, para gobernar el Estado, defender sus pueblos y mantenerlos en paz. Es falsa, pues, la máxima de los que creen que es lícito defraudar los reales impuestos.

Haced aquí, mercaderes, un poco de reflexion sobre vuestra profesion. Todos los mercaderes deben tener buena fe y probidad. Sin estas dos virtudes el comercio no será mas que un latrocinio. ¿Haceis el debido aprecio de estas virtudes, como el Apóstol nos lo encarga cuando dice: *Ne quis supergrediatur, neque circumveniat in negotio fratrem suum* ²? No mas fraudes, no mas trampas y engaños, no mas injusticias en vuestras promesas, en vuestras palabras, en vuestros contratos y en vuestros negocios. En tantos años que ha ejercéis la profesion de mercaderes, ¿cuál ha sido vuestra conducta? *Virum fidelem quis inveniet* ³? ¡Cuán raro es, dice el Sábio, hallar un hombre fiel en el mundo! Añadamos, especialmente en el comercio. ¡Cuántas maldades se cometen en él! Considerad delante de Dios si sois culpables de algunas. ¿Cómo habeis vendido? ¿cómo habeis comprado? si sois uno de esos hombres artificiosos, que, para servirme de la expresion del Profeta, usan de engaños tan sutiles, como una navaja afilada, que corta los cabellos sin que se sienta. *Sicut novacula acuta fecisti dolum* ⁴. Las ganancias que habeis sacado, ¿no han sido nunca excesivas ni injustas? ¿Habeis sido siempre exacto en vuestras cuentas y negocios? ¿habeis engañado á alguno? *Virum fidelem quis inveniet*? Yo os dejo el cuidado de examinaros sobre todo esto, y ruego al Señor que os conceda la gracia de que guardéis la justicia, la rectitud y buena fe, que tanto nos recomendó, para que despues de haber comerciado cristianamente merezcáis recibir en recompensa los bienes eternos.

¹ Jur. can. lib. VI, n. 8. — ² I Thes. iv, 6. — ³ Prov. xx, 6.

⁴ Psalm. LI, 4.

CONFERENCIA DÉCIMASÉPTIMA.

SOBRE LA USURA.

Non furtum facies. (Exod. xx).

No hurtarás.

Como la usura es uno de los pecados mas frecuentes en el comercio, debemos ahora hablar de ella. Despues de haber tratado de las injusticias que se cometen por los mercaderes, es preciso que combatamos la usura, vicio tan comun en la sociedad civil, y autorizado por la práctica de tantas personas; pues unas creen que el poner su dinero á ganancias, asegurando el principal y reservándose el derecho de repetirlo al tiempo convenido, no es pecado; y aun otras se lisonjean de que en ciertas ocasiones ejercen un acto de caridad: ó si no piensan de este modo, creen á lo menos que cuando los contratos usurarios se celebran voluntariamente entre las partes, no hay en ellos injusticias, y para hacer esta práctica menos odiosa quitan el nombre de usura á la ganancia que sacan del préstamo, y le dan el de interés, que es mas honesto.

Para quitar, pues, á los usureros los velos con que se cubren, es preciso que expliquemos qué cosa es el préstamo, que da ocasion y pretexto á todas las usuras que se practican: despues verémos en qué consiste la usura, si está prohibida, y cuándo se comete.

P. ¿Qué entendeis por préstamo? ¿qué diferencia hay entre el préstamo á uso, y el préstamo simple?

R. Por el préstamo en general se entiende un contrato por el cual una persona se despoja gratuitamente en favor de otra por cierto tiempo de una cosa que le pertenece. Decimos gratuitamente, para distinguir el préstamo del arrendamiento, que produce lucro; y decimos por cierto tiempo, para distinguir el préstamo de la donacion.

El préstamo se divide en dos especies. El uno se llama préstamo á uso, en latin *commodatum*; y el otro préstamo simple, *mutuum*. El préstamo á uso es un contrato gratuito por el cual una persona concede á otra el uso de una cosa que no se consume sirviéndose de ella; pero sin donarle la propiedad. Por ejemplo, yo presto mi ca-

ballo á un amigo para hacer un viaje ; pero siempre quedo dueño y propietario , y debe volvérmelo luego que haya hecho el uso para que se lo concedí.

El préstamo simple es un contrato por el cual una persona presta gratuitamente á otra una cosa que se consume con el uso , como es el dinero , el trigo , el vino y otras cosas , para que aquel á quien se prestan tenga la propiedad , con la condicion de volverle el valor de ellas , en caso , de la misma calidad , ó de la misma naturaleza.

De aquí es fácil conocer la diferencia que hay entre el préstamo á uso y el préstamo simple. Primero , la materia del préstamo á uso consiste en cosas que no se consumen sirviéndose de ellas , como un caballo ó una casa que se presta á un amigo ; pero la materia del simple préstamo consiste en cosas que se consumen , como el vino , el trigo y el dinero , que se emplea en lo que se compra. Segundo , en el préstamo á uso hay una accion para pedir la cosa misma que se prestó ; pero en el préstamo simple no hay derecho para pedir la cosa prestada *in individuo* , como dicen los teólogos , sino solo una cosa de la misma especie , calidad y valor. Tercero , en el préstamo á uso no se transfiere el dominio , sino solo el uso , y en el préstamo simple se transfiere el uno y el otro ; porque , como hemos dicho , la materia de este préstamo consiste en cosas que se consumen , y cuyo uso es inseparable de la propiedad. Yo presto cien pesos : el que los recibe es el dueño de ellos , y puede gastarlos como le parezca. Este principio decide que , si el dinero prestado perece entre las manos del deudor , ó disminuye por la baja de la moneda , es responsable de la pérdida ; y si por el contrario se sube , la ganancia es para él : basta que el deudor vuelva la misma suma que recibió : la pérdida y la ganancia son de su cuenta , porque se hizo dueño de aquella cantidad en el momento en que la recibió prestada : *Res perit domino , res fructificat domino*. En estos principios todos convienen , y ha sido preciso suponerlos para dar una noción de la usura.

P. ¿Qué cosa es usura ? ¿Se divide en muchas especies ?

R. La usura , dice santo Tomás ¹ , es el precio del uso del dinero que se da á préstamo : *Usura est pretium usus pecuniæ mutuatæ*. San Antonino la define con mas claridad , y dice que la usura es un lucro que se saca ó pretende sacar principalmente por el préstamo hecho á otro de alguna cosa : *Usura est lucrum ex mutuo principaliter intentum* ².

¹ 2, 2, q. 78, art. 1. — ² II p. Sum. t. I, c. 7, § 1.

Expliquemos esta definicion. Es un lucro, esto es, una cosa apreciable, por ejemplo, del dinero, trigo, vino, géneros, mercaderías, y aun del servicio y trabajo; en una palabra, de todo lo que se puede estimar á precio de dinero, y se exige además de la cosa prestada *ultra sortem*.

Es una ganancia que se hace con motivo del préstamo; porque solo en este se comete la usura: pues aunque es cierto que la usura puede hallarse en los demás contratos, por ejemplo, en las ventas, siempre que la usura viene á parar implícitamente en el préstamo, pues yo vendo una fanega de trigo en veinte reales, y os pido un real mas, porque me pedís que os espere un año para el pago, es lo mismo que si yo os prestase veinte reales con obligacion de que al cabo de un año me pagáseis veinte y uno.

Hemos dicho que es un lucro que se saca ó pretende sacar, porque puede uno ser culpable de usura, solo con la intencion que tenga de exigir algo mas de lo que prestó, así como es simoníaco el que tenga voluntad de adquirir un beneficio por medio de una cosa temporal, aunque esta intencion no vaya acompañada de ningun convenio.

Añádese que la usura es un lucro que se exige principalmente á causa del préstamo, porque no se prohíbe al que presta esperar del deudor algun agradecimiento, con tal que su principal intencion sea dar al prójimo señales de caridad, y favorecerle en sus urgencias: lo que se conocerá fácilmente, dice san Antonino ¹, si el que presta se halla en tal disposicion, que no dejaria de prestar aun cuando no esperase ninguna utilidad. Esta no puede exigirse: por lo cual el papa Inocencio XI en su decreto de 2 de marzo de 1679 condenó la proposicion que dice: No es usura exigir alguna cosa además de la suerte principal, cuando se exige á título de agradecimiento y benevolencia; porque la usura solo se comete exigiéndolo como deuda de justicia: *Usura non est dum ultra sortem aliquid exigitur tamquam ex benevolentia et gratitudine debitum, sed solum si exigatur tamquam ex justitia debitum*. La censura prohibe defender ó enseñar esta proposicion, pena de excomunion *ipso facto* reservada á la Santa Sede.

Hay muchas especies de usuras: hay usura real y usura mental. La real es la que se hace por un convenio expreso ó tácito de exigir algun lucro del préstamo, y la mental es la que se comete con

¹ II p. Sum. t. I, c. 7, § 1.

la sola intencion de exigirle. Hay usura expresa, y usura paliada. La expresa y explícita consiste en sacar algun lucro del préstamo en razon de préstamo. La usura paliada es la que se halla en los demás contratos, por ejemplo, en la de venta; tal es la usura de los que vendiendo al fiado, piden por sus géneros mas de lo que valen.

Se distinguen tambien otras dos especies de usuras: la usura de la suerte principal, cuando se lleva interés del dinero prestado, y la usura de la usura, cuando se llevan intereses de los intereses usurarios cuya paga se dilata.

P. ¿Está prohibida la usura de tal suerte, que el que la ejerce está obligado á la restitution?

R. No hay duda que está prohibida; lo primero, por el derecho natural. Todos los teólogos convienen en que los preceptos del Decálogo son de derecho natural, y el Decálogo prohibe la usura. Es un latrocinio, dicen los santos Padres: *Si quis usuram acceperit, rapinam facit*¹. Ella está comprendida en el séptimo precepto, dice san Bernardo: *In furtu comprehenditur usura*². Lo mismo afirma el Maestro de las sentencias. Véanse aquí las razones de que se vale para probar que la usura es un hurto, y por consiguiente opuesta al derecho natural. Es contra el derecho natural exigir doble precio por una misma cosa, ó venderla dos veces, ó vender lo que no existe, ó hacerse alguno pagar lo que no le pertenece; y esto es lo que hace el que exige interés de un simple préstamo. Lo primero, exige doble precio por la misma cosa, ó la vende dos veces, pues el que exige alguna cosa sobre la suerte principal, ó es por razon de la suerte, esto es, del dinero prestado, ó por razon del uso de este dinero. Si es por razon del dinero prestado, recibe doble precio por una misma cosa, pues recibe la suma capital, y además el interés; y así vende dos veces la misma cosa. Si el interés que exige es por razon del uso del dinero, vende una cosa que no hay, pues el uso del dinero no se puede distinguir del mismo dinero; porque en las cosas que se consumen con el uso, no puede separarse el uso de la cosa: por ejemplo, el uso del pan es inseparable del pan mismo: este discurso es del catecismo del concilio de Trento³, generalmente aprobado en toda la Iglesia latina: *Qui fœnerantur his idem vendunt, aut vendunt id quod non est*. Lo segundo, el que presta á intereses vende lo que no le pertenece, pues siendo el dinero estéril por su naturaleza, y no produciendo nada por sí mismo, sino solo por

¹ Ambr. lib. de bono mortis, c. 12. — ² Serm. IV sup. Salve.

³ 3 p. in 7 Decal. præcep. n. 20.

medio de la industria del que toma prestado, el que quiere sacar lucro del préstamo, porque aquel á quien presta tiene industria para que produzca, quiere vender lo que no es suyo, esto es, la industria ajena. Por estas razones concluye santo Tomás, que la usura es contraria al derecho natural, que es mala por sí misma, y que obliga al usurero á la restitution: *Et sicut alia injuste acquisita tenetur homo restituere, ita restituere tenetur pecuniam quam per usuram accipit* ¹.

Lo segundo, la usura es prohibida por el derecho divino, así en el Antiguo como en el Nuevo Testamento. «No prestarás á tu hermano á usura, dice Moisés en el Levítico ², ni exigirás de él mas de lo que le hayas dado.» Veis aquí la usura bien claramente prohibida. «Señor, dice David ³, ¿quién habitará en vuestro tabernáculo, y quién descansará en vuestro monte santo? El que viva ino-centemente, el que observe las reglas de la justicia, y el que no preste su dinero á usura.» El profeta Ezequiel ⁴ declara tambien que el hombre no es justo, ni puede esperar la bienaventuranza, si presta á usura, y recibe de sus hermanos mas de lo que les prestó en sus necesidades. Jesucristo en su Evangelio renovó la prohibicion de la usura. «Prestad, dice, y no espereis ningun premio ⁵.» *Mutuum date, nihil inde sperantes*. Estas primeras palabras, *Mutuum date*, solo son de consejo, porque no todos están obligados á prestar; pero las que se siguen; *nihil inde sperantes*, contienen un precepto formal, no siendo licito á nadie sacar lucro por razon del préstamo. Así las explica santo Tomás, conforme á los sagrados cánones y las constituciones de los Papas: *Mutuum dare non semper tenetur homo: et ideo quantum ad hoc ponitur inter consilia, sed quod homo lucrum de mutuo non quærat, hoc cadit sub ratione præcepti* ⁶.

Finalmente, la usura está prohibida por el derecho humano asi eclesiástico como civil, á saber, por los cánones de los Concilios, por las decretales de los Papas, por los Padres de la Iglesia y por las leyes del reino; en una palabra, la Iglesia tiene tanto horror á este vicio, que en algunas partes son excomulgados los usureros en la misa parroquial todos los domingos; y los papas Alejandro VII é Inocencio XI condenaron esta proposicion: *Usura etsi esset prohibita judæis, non tamen christianis, lege veteri in judicialibus præceptis abolita per Christum*. «Aunque la usura fuese prohibida á los ju-

¹ 2, 2, q. 78, a. 1. — ² Levit. xiv, 37. — ³ Psalm. xiv. — ⁴ Ezech. xviii, 8, 9. — ⁵ Luc. vi, 35. — ⁶ 2, 2, q. 78, a. 1 ad 4.

«díos, no lo es á los cristianos, porque la ley antigua fue abolida por «Cristo en cuanto á los preceptos judiciales.»

P. ¿Hay algunos casos en que sin injusticia se pueda exigir algo mas de la suma prestada?

R. Aunque sea regla general que la usura consiste en exigir mas de lo que se prestó: *Usura est ubi amplius requiritur quam datur*; sin embargo la Iglesia no desapueba que el que presta exija de su deudor la indemnizacion en dos casos: pueden considerarse como dos excepciones de la ley que prohíbe las usuras; estos son el daño emergente, y el lucro cesante: *Dammum emergens, et lucrum cessans*, como dicen los teólogos. Explicaremos lo que se entiende por estos dos títulos, y cuándo serán suficientes para exigir indemnizacion del préstamo.

Por el daño emergente se entiende el daño ó pérdida que uno sufre porque prestó á otro. Por ejemplo, uno me pide prestada cierta suma que yo tenia destinada para reparar mi casa; yo se la presto; y este préstamo es causa de que no pueda reparar ni arrendar mi casa, y es justo que yo exija alguna cosa mas de la cantidad prestada para resarcir mi pérdida, segun la máxima de que nadie está obligado á procurar el bien ajeno con daño propio: *Nemo tenetur cum damno suo de proprio facere beneficium*¹. Pero para no engañarse, ni ocultar una verdadera usura con el pretexto de resarcir un daño imaginario, veamos las condiciones que piden los teólogos para que sea legítimo el título de daño emergente.

La primera, que el daño sea real y verdadero, causado por el préstamo, y no por otros accidentes que no tengan relacion con él; porque si el daño no es real, ni el préstamo es causa del perjuicio, no puede el acreedor en uno ni otro caso cobrar mas que su capital.

La segunda, que la indemnizacion que se exige al deudor sea exactamente proporcionada é igual al daño que padece; porque de otro modo será usura.

La tercera, que el acreedor convenga con el deudor al tiempo del préstamo en que le resarcirá el daño que se le ocasione, para que el deudor tenga plena libertad de recibir ó no prestado con semejante condicion: *Jurari nos non decipi beneficio oportet*, dice el Derecho.

Por lucro cesante se entiende la ganancia que el que presta hubiera adquirido con su dinero, á no haberlo prestado. Un mercader,

¹ Silv. in 2, 2, q. 78, a. 1, q. 4.

por ejemplo, determinó emplear su dinero en el comercio, y no pudo hacerlo, ni ganar por este medio, porque lo prestó: este es un lucro cesante. ¿Y autoriza para exigir intereses del simple préstamo? Los teólogos convienen en que es título legítimo para exigir alguna cosa sobre la suma principal, siempre que se verifiquen estas cuatro condiciones ¹:

La primera, que lo que se presta estuviere destinado al comercio, pues á no estarlo, no se puede decir que el que le presta dejó de ganar prestando. Por esto dice Silvio ², que los ricos que no comercian no pueden valerse del título de lucro cesante.

La segunda condicion es, que el mercader que presta no tenga otro dinero para poder prestar que el que emplea en el comercio, ó necesita para los gastos de su familia; pues si tiene otro dinero, no puede decir verdaderamente que si lo presta deja de ganar.

La tercera es, que el lucro cesante no sea solo posible y remoto, sino probable y próximo, esto es, que tenga razones y motivos para esperar ganancia del dinero expuesto al comercio. De aquí se infiere, que aunque el lucro cesante se distinga del daño emergente actual, no se distingue del daño probablemente futuro; pues de otro modo no seria título suficiente para exigir cosa alguna sobre la suerte principal.

La última condicion es, que el que deja de ganar por causa del préstamo, no exige de su deudor toda la ganancia que hubiera podido tener; pues una cosa que se espera es menos estimable que lo que se posee, dice santo Tomás ³; porque la una es cierta, y la otra incierta.

P. ¿Son usurarios los contratos en que se estipula interés, sin enajenar la suerte principal?

R. No hay duda, porque no puede nunca exigirse interés del préstamo como tal. El contrato de que hablais es un convenio en que el acreedor no transfiere el dominio de la cosa que presta, sino por cierto tiempo señalado en el mismo contrato, reservándose el derecho de volver á entrar en posesion de la cosa luego que se concluya el término, y obligando al deudor á que se la entregue. Si este contrato se hace ante escribano, es una obligacion formal; y si falta este requisito es una simple promesa. Pero de cualquier modo que se haga, siempre que sin enajenar el principal se exija alguna cosa, es usura: *Amplius recipitur quam datur*. Y es inútil alegar que

¹ Card. Tol. Instruct. Sacerd. lib. V, c. 33. — ² In 2, 2, q. 77, a. 1.

³ 2, 2, q. 61, a. 4.

el interés que se exige es muy corto ; pues de cualquier calidad que sea , está prohibido á menos que no se verifique el título de daño emergente , ó lucro cesante , ni tampoco vale el que en algunas partes del reino se toleren estos contratos ; porque aunque no sean nulos por el derecho civil , siempre son ilícitos en el fuero de la conciencia : *Cum omnis usura et superabundantia prohibeatur in lege* , dice el papa Urbano III ¹ ; y tambien es inútil decir que el que da el dinero se obliga á no pedirlo hasta cierto tiempo , pues el papa Alejandro VII en su decreto de 18 de marzo de 1666 condenó esta proposicion : *Licetum est mutuanti aliquid ultra sortem exigere , si se obliget ad non repetendam sortem usque ad certum tempus*.

NOTA.

« En esta cuestion se da por ilícito el contrato trino tan admitido « y corriente en España , aun despues de las ruidosas controversias « que sobre él se suscitaron no hace muchos años ; y aunque la opinion de nuestro autor la siguen Natal Alejandro , Geneto , Concina , Ferrer y otros modernos doctísimos , tambien es cierto que defienden la contraria no pocos canonistas y moralistas , como Covarrubias , el cardenal de Lugo , Gabalino y otros , como puede verse en Benedicto XIV en su obra *de Synodo diæcesana* , lib. X , cap. 7 ; « y aunque á este sábio Pontífice le parece la primera mas conforme á la bula *Detestabilis* de Sixto V , previene Su Santidad que , no habiendo sido censurada la contraria por la Silla apostólica , se debe usar de moderacion y abstenerse los Obispos de decidir en sus síndodos esta disputa. Lo cierto es que de órden de S. M. se hicieron sobre esto muchas y dilatadas consultas , y que de ellas resultó que el contrato trino corriese sin el menor impedimento. »

De aquí se infiere que los escribanos no puedan otorgar contratos en que intervenga usura , sin que los excuse la ignorancia , pues deben saber todo lo que corresponde á su profesion ; y si los otorgan pecan , y se hacen cómplices de la injusticia del usurero , y por consiguiente están obligados *in solidum* á la restitution.

P. ¿ Qué frutos debemos sacar de esta conferencia ?

R. El primero , será convencernos de que la usura es un pecado que la ley de Dios prohíbe , y que nunca es lícito prestar á usura á los pobres ni á los ricos.

El segundo , evitar todos los contratos usurarios , procurando ins-

¹ In cap. *Consuluit* , 10 de Usur.

truirse sobre este punto. El mundo está lleno de malvados y usureros : los hay en las ciudades y en las aldeas , en las tiendas y en las plazas públicas , y se hallan en todas partes ; lo que debe hacernos gemir con el Profeta : *Vidi iniquitatem, et contradictionem in civitate... et non defecit de plateis ejus usura, et dolus*¹. Sin embargo, casi nadie se instruye sobre esto , ni se acusa ni se confiesa culpado. ¿Qué mal hago yo? dicen : nadie presta hoy gratuitamente : es costumbre exigir intereses del simple préstamo , y no hago mas que los otros. Pues sabed , amados hermanos , que Jesucristo , que ha de ser vuestro juez y el mio , no se llama costumbre , sino verdad. ¿Esta es la costumbre? Sabed que esta no puede hacer lícito lo que la ley de Dios prohíbe , ni que un contrato injusto sea justo y legitimo ; y así la usura será mala mientras la ley de Dios la condene.

El tercero , reparar todo el daño que hayais hecho en esta materia , y ejercer en lo venidero otra usura muy distinta de que habla la Escritura cuando dice , que el que tiene compasion del pobre y le socorre en su miseria , presta al Señor á usura , y que el Señor se lo remunerará : *Fœneratur Domino qui miseretur pauperis : et vicissitudinem suam reddet ei*². Muchas veces estais cuidadosos en pensar dónde pondréis vuestro dinero. ¿Si será en el fondo perdido? Temeis que sea enteramente perdido para vos. ¿Si lo guardaréis en vuestras arcas? Pero nada os reeditúa. ¿Si compraréis casas? Pero el fuego las reduce á cenizas. ¿Si lo entregaréis á banqueros ó mercaderes? Pero las quiebras son muy frecuentes. ¿Qué haréis pues? Ponedlo en manos de los pobres. Ved aquí , os dice san Ambrosio³ , un nuevo género de comercio , y una santa usura sustituida á la que Dios prohíbe : *Fœneratur* , etc. ¿Quereis que vuestro dinero os rinda ganancias? Pues confiadle á personas seguras y fieles. Y ¿cuáles son estas? Los pobres , sí , los pobres ; que aunque nada pueden daros , tienen un buen fiador que satisfará por ellos. Este es Jesucristo , y quien lo asegura es su Evangelio , que no puede engañarnos : *Evangelium ejus cautio est*. Vosotros fiais bien de un hombre rico , añade este Padre , cuando responde por otro , y no os deteneis en prestar vuestro dinero. Y la palabra de Dios ¿no valdrá tanto como la de un hombre? ¿Temeis caer en pobreza , cuando os asegura que lo que hagais por los suyos os lo remunerará cien veces mas? Dais poco , y recibiréis mucho : dais en la tierra , y vuestra paga será en el cielo. *Minimum datis, et multum recipietis : in terra datis, et vobis solvetur in celo*.

¹ Psalm. civ, 10, 12. — ² Prov. xix, 17. — ³ Lib. de Nabuth.

CONFERENCIA DÉCIMOCTAVA.

SOBRE LA RESTITUCION.

Non furtum facies. (Exod. xx).

No hurtarás, ni retendrás lo ajeno.

No solo nos prohíbe el séptimo mandamiento hurtar los bienes ajenos, sino el guardarlos y retenerlos injustamente, de suerte que cualquiera que los tenga debe restituirlos. Esta restitucion es necesaria para salvarse, y se funda en el derecho natural y divino. El derecho natural nos prohíbe hacer con nuestros hermanos lo que no queremos que hagan ellos con nosotros : es claro que no queremos que retengan nuestros bienes contra nuestra voluntad ; luego no podemos retenerlos contra la suya. El derecho divino nos prohíbe tambien violar las reglas de la justicia : *Reddite omnibus debita* ¹, nos dice san Pablo ; y el profeta Ezequiel nos asegura que el pecador que hurtó los bienes ajenos, ó los retiene injustamente, no puede recobrar la gracia, si no los restituye á quienes pertenecen : *Si egerit pœnitentiam, et pignus restituerit... rapinamque reddiderit... vita vivet* ². Como este punto de moral es de la mayor importancia, y solo puede tratarse en general en una plática, no será inútil descender aquí á los casos individuales, y proponer á lo menos los mas frecuentes, en que muchos, alucinados por su codicia, se creen exentos de restituir los bienes mal adquiridos, y de reparar los daños que han causado.

P. ¿Qué cosa es restitucion? ¿Quién debe hacerla cuando muchos han tenido parte en un mismo hurto, y á quién debe hacerse?

R. La restitucion es un acto de justicia que nos obliga no solo á volver al prójimo los bienes que le hemos quitado, ó que retenemos injustamente, sino tambien á resarcirle el daño que le hemos causado. Esta definicion es de santo Tomás. Restituir, dice el santo Doctor, es reponer á una persona en posesion de lo que le pertenece, y en cuanto sea posible en un estado igual al en que estaba antes que se le hubiesen quitado sus bienes, ó causado el daño : *Restitue-*

¹ Rom. xiii, 7. — ² Ezech. xxxiii, 14, 15.

re nihil aliud esse videtur quam iterato aliquem statuere in possessionem vel dominium rei suæ ¹.

Es cierto, lo primero, que todo el que retiene los bienes ajenos, de cualquier modo que sea, está obligado á restituirlos cuanto antes pueda. La dilacion voluntaria es un nuevo pecado mas ó menos grave, segun el mayor ó menor daño que sufra el prójimo con la privacion de lo que se le ha hurtado. Veis aquí que debe restituir el que hizo el hurto, ya por su propia mano, ó ya por otra, para salvar su honra. Lo segundo, que cuando muchos han concurrido á un mismo hurto, todos están obligados sólidamente los unos por los otros á restituir, y aun uno solo por todos, en caso que los demás cómplices no puedan, ó no quieran hacerlo. Los que son cómplices en un mismo hurto se comprenden en estos dos versos :

*Jussio, consilium, consensus, palpo, recursus,
Participans, mutus, non obstans, non manifestans* ².

Véase aquí la explicacion : *Jussio*, los que mandan hacer el hurto, como, por ejemplo, el amo al criado, ó el padre al hijo. *Consilium*, los que le han aconsejado. *Consensus*, los que han consentido, ya sea que se aprovechasen del hurto, ó ya sin intencion de aprovecharse. *Palpo*, los que alaban ó aprueban el hurto. *Recursus*, los encubridores que dan acogida en su casa á los ladrones para facilitarles los medios de hurtar. *Participans*, los que se aprovechan del hurto, ó que han ayudado á hacerle. Estos seis concurren directamente al hurto, y los tres que se siguen solo concurren indirectamente, á saber : *Mutus*, el que calla cuando está obligado á hablar para impedir una injusticia. *Non obstans*, el que no la impide cuando puede y debe. *Non manifestans*, el que no descubre al que la ha cometido.

Aunque estos nueve cómplices están obligados sólidamente á la restitution y reparacion del daño, se debe advertir : Lo primero, que el primero que restituye el todo, descarga á los demás respecto del agraviado ; pero todos los partícipes de un hurto tienen obligacion cada uno por su parte á indemnizar á aquel de entre ellos ³ que restituyó el todo, no siendo justo que pague uno solo el hurto que se dividió entre muchos. Lo segundo, que los que están obligados á restituir el hurto se dividen en dos clases. Los unos son la causa principal,

¹ 2, 2, q. 62, a. 1. — ² Ibid. art. 7. — ³ Ibid. ad 2.

y estos son los que lo mandaron, ejecutaron, ó se aprovecharon de él; y por consiguiente tienen obligacion de derecho á restituir. Los otros son solo causa menos principal de la injusticia, y estos solo están obligados á la restitucion subsidiariamente en lugar de los primeros, cuando no pueden ó no quieren restituir; de suerte que cuando los que son la causa principal han restituido, los demás no están obligados á restituir, ni al que padeció el daño, ni á los que fueron la causa principal.

A la última pregunta se responde, que la restitucion debe siempre hacerse á aquel á quien se hizo el hurto. Si es desconocido, es preciso buscarle; y si está distante, enviárselo por persona segura; y si es muerto, la restitucion debe hacerse á sus herederos: y finalmente, si esto no fuera posible, dice santo Tomás ¹, se debe invertir en limosnas y en orar á Dios por él.

P. El que compra una cosa hurtada ¿está obligado á la restitucion?

R. Una cosa hurtada puede comprarse con buena ó mala fe: el que la compra de mala fe está obligado á restituirla al propietario, sin poder pedirle lo que dió por ella, ni volverla al ladron con pretexto de recobrar el precio que le pagó; porque es justo que él mismo sufra el daño que se causó con su mala fe, segun esta regla de derecho: *Damnum quod quis sua culpa sentit, sibi debet, non aliis imputare* ².

Si compró de buena fe, y sin tener motivo justo para creer que la cosa fue hurtada, y por algun caso fortuito pereziese durante el tiempo en que la tenia de buena fe, no está obligado á la restitucion: *Bonæ fidei emptor*, dice san Raimundo ³, *si durante bona fide ipsius perit res, non tenetur restituere, idem credo si alienavit durante bona fide*. Pero si todavía la conserva, está obligado á restituirla; pues por mas buena fe que tenga, no puede serle transferida la propiedad por el que se la vendió, porque no era dueño de ella, segun la regla de Bonifacio VIII, quien dice que ninguno puede dar á otro mas derecho sobre una cosa que el que él mismo tiene: *Nemo potest plus juris transferre in alium, quam sibi competere dignoscitur* ⁴.

P. El que halló una cosa ¿está obligado á restituirla? Y ¿á quién deberá hacerlo? Antes de volverla ¿podrá exigir la recompensa prometida á los que la encontraren?

R. Hay ciertas cosas que el que las halla puede justamente rete-

¹ 2, 2, q. 62, a. 3 ad 3. — ² In 6, reg. 86. — ³ Sum. lib. II, tit. VI, 87. — ⁴ In 6, reg. 79.

nerlas, como son las que nunca tuvieron dueño, v. gr. las piedras preciosas ó perlas que se encuentren á la orilla del mar entre la arena : *Talia occupanti conceduntur*, dice santo Tomás ¹. Hay otras que tienen dueño, como un bolsillo con dinero, etc. ; y estas solo pueden retenerse con la intencion de volverlas al propietario : *Si quid invenisti, et non reddidisti, rapuisti* ², dice san Agustin. San Antonino afirma, que no se puede sin pecado mortal retener la cosa hallada, si es de valor considerable, y que debe hacerse con prudencia la averiguacion que sea posible, para descubrir la persona á quien pertenece ; y si despues de esta diligencia no parece, se debe dar la cosa ó su justo valor á los pobres, á no ser que lo sea el que la halló, en cuyo caso podrá retenerla con aprobacion de su obispo ó de su confesor : *Quod si per se nescit cujus sit, faciat publice denunciari in Ecclesia*, dice este santo Arzobispo ³ ; *et si isto modo nec reperiretur cujus esset, debet erogari pauperibus, nisi ipse inventor esset multo pauper, quia tunc posset cum licentia episcopi, vel pœnitentiarii sui, vel confessarii illud sibi retinere ; quando scilicet non invenitur cujus est*. Este es tambien el comun sentir de los teólogos.

El que halló una cosa no debe exigir la recompensa prometida á los que la encontrasen, y solo puede recibirla cuando se la dén libremente. Lo mejor seria no tomar nada, á ejemplo de aquel pobre gramático ⁴ de que habla san Agustin, que habiéndose hallado una bolsa con doscientos escudos, la volvió á su dueño, sin querer recibir nada de lo que le ofrecia.

P. Los que piden y reciben limosna con falsos pretextos, ó sin necesidad, ¿ están obligados á la restitution? Y en este caso ¿ á quién deben hacerla ?

R. Los pobres fingidos que pudiendo mantenerse razonablemente y segun su estado, si trabajasen, sacan limosna de las personas caritativas con falsos pretextos, por codicia, ó por vivir en la libertad y sin molestia, están obligados á la restitution, pues solo adquieren con fraude las limosnas que reciben ; siendo cierto que los que se las dan no lo harian si supiesen que no eran necesitados, y que solo mendigaban por codicia, libertinaje ú holgazaneria. Esta decision se funda en el derecho, que ordena que todo el que cometa fraude no puede aprovecharse de él : *Fraus et dolus*, dice Inocencio III, *alicui patrocinari non debent*. Estos falsos pobres se deben reputar por verdaderos ladrones, dice el catecismo del concilio de

¹ 2, 2, q. 66, art. 3 ad 2. — ² Serm. CLXXVIII de v. Apoc. n. 8. — ³ II p. Sum. tit. 1, c. 15, v. 6, 2. — ⁴ Loc. cit.

Trento ¹: *Furtum facere videntur qui factis simulatisque verbis, quive fallaci mendacitate pecuniam extorquent, quorum eo gravius est peccatum, quod furtum mendacio cumulant.*

Todos estos pobres fingidos están obligados delante de Dios á restituir á los pobres verdaderos lo que han juntado por este medio, y no á los que les han dado limosna, aun cuando puedan restituírselo; porque las personas caritativas al tiempo de hacerla tuvieron intencion formal de despojarse del dominio de lo que daban en favor de los verdaderos pobres; y restituyéndolo á estos, obrarán conforme á la intencion de los que dieron la limosna.

NOTA.

«En la cuestion siguiente trata el autor de las injusticias y fraudes que cometen los comisionados en la cobranza de los tributos y reales impuestos en Francia, y como estos en su forma y en la exaccion varian mucho de los de España, se omite el traducirla; y solo puede añadirse, que así los que pagan las contribuciones, como los encargados de cobrarlas, están obligados en conciencia á observar las leyes y órdenes de S. M. y de los tribunales y magistrados á quienes corresponde entender de estas materias.»

P. Hay muchas personas que están obligadas á restituir los bienes ajenos; pero no pueden hacerlo: y esta imposibilidad ¿los dispensa de la restitucion?

R. Antes de responder á este caso es preciso distinguir dos géneros de imposibilidad. La una se llama física, cuando se carece de bienes para restituir; y la otra moral, cuando no se puede restituir, á lo menos en la actualidad, sin padecer un notable perjuicio, por ejemplo, exponiéndose á perder la honra ó la vida. Esto supuesto:

Digo, lo primero, que el que se halla en la imposibilidad física de restituir, está exento de hacerlo, ó á lo menos puede diferir la restitucion sin daño de su conciencia. Este es el sentir de todos los teólogos. La razon es, que nadie está obligado á lo imposible: el precepto de la restitucion solo obliga á restituir lo que se retiene injustamente contra la voluntad de su dueño; y en tal caso se presume que consiente, segun las reglas del precepto de la caridad, á que el que le debe sea exento, ó á lo menos dilate la restitucion de lo que debe, mientras se halle imposibilitado de hacerlo.

¹ 3 p. de 7 præcep. n. 17.

Pero como muchos se engañan acerca de la imposibilidad moral de restituir, la explicaremos en diferentes proposiciones sacadas de Silvio ¹, célebre comentador de santo Tomás.

I. Se presume estar en la imposibilidad de restituir el que necesita para sí y su familia los bienes de que debia despojarse para restituir, so pena de incurrir en necesidad extrema: esta imposibilidad, si es verdadera, da derecho para diferir la restitucion, y aun dispensa de ella absolutamente, aunque el sujeto á quien se deba restituir se halle en igual pobreza. Esta decision es de muchos sábios teólogos, y del mismo santo Tomás, quien dice: *Quando aliquis non potest statim restituere, ipsa impotentia absolvit eum ab instanti restitutione facienda, sive etiam totaliter absolvitur si omnino fit impotens* ².

II. El que no puede restituir sin causarse un daño considerable, por ejemplo, sin decaer de su estado natural, que es el de su nacimiento, y sin vender sus bienes á bajo precio, puede diferir la restitucion de lo que debe, con tal que aquel á quien debe no sufra igual perjuicio en la demora. Esta restitucion es muy arreglada, dice Silvio, pues el deudor que no se halla en necesidad extrema debe atender mas al daño que sufre su acreedor, que al que él mismo padece. Esta doctrina de Silvio se apoya en una ley del Éxodo, que ordena al que tiene derecho para repetir contra su prójimo alguna cantidad, no la exija como un tirano, sin querer conceder ninguna espera á su deudor: *Non urgebis quasi exactor* ³.

De donde se infiere que el que debe, puede dilatar la paga hasta el tiempo en que pueda hacerlo cómodamente.

IV. El medio ordinario que debe tomar el que no puede restituir desde luego, es pedir espera al acreedor que puede concederla: *Quilibet tenetur statim restituere si potest*, dice santo Tomás ⁴, *vel petere dilationem ab eo, qui potest usum rei concedere*.

V. Se puede en conciencia diferir la restitucion, y aun quedar libre de ella, si consiente aquel á quien debe hacerse; pero para esto es preciso: Lo primero, que el que consiente tenga derecho para hacerlo, y para dar lo que concede; porque si es menor, mujer casada, demente, ú otro alguno á quien la ley prohiba enajenar sus bienes, el consentimiento de estas personas no puede dispensar del precepto de la restitucion. Lo segundo, que el que conceda la demora de la restitucion, ó exonere de ella, lo haga libremente, y con

¹ Silv. in 2, 2, q. 31. — ² 2, 2, q. 26, a. 2. — ³ Exod. xxii, 26.

⁴ Loc. cit. art. 8.

conocimiento de causa, pues si interviniese violencia ó sorpresa de parte del que debe, no quedaria este libre delante de Dios: *Fraus et dolus nemini patrocinari debent*.

P. Qué fruto debemos sacar de esta conferencia?

R. El de reflexionar sériamente sobre la necesidad de la restitucion. No nos engañemos en un punto de tanta importancia. Los Santos nos aseguran que no se puede hacer una verdadera penitencia si no se restituyen los bienes ajenos siempre que sea posible, y que de otro modo la penitencia es falsa: *Si res aliena propter quam peccatum est*, dice san Agustin en su carta á Macedonio, *cum reddi posset non redditur, non agitur pœnitentia, sed fingitur*. San Cárlos Borromeo estaba tan convencido de esta verdad, que en su Instruccion á los confesores les dice que no deben confiar sobre esto de las promesas del penitente que ha hecho ya otras semejantes, y no ha procurado cumplirlas: *Ante factam restitutionem nemo absolvatur, nisi aut impotentia, aut gravis et periculosa infirmitas obstiterit*¹. Así se explica este santo Cardenal. ¿Quereis, pues, vosotros asegurar vuestra salvacion, y tranquilizar vuestra conciencia? Restituid lo ajeno, si lo poseeis: volved prontamente esos bienes mal adquiridos, pagad vuestras deudas, para que Dios os perdone lo que debeis á su justicia. No dejéis á vuestros herederos el cumplimiento de estas obligaciones. Mas vale ser pobre, é irse al cielo, que ser precipitado en el infierno cargado de tesoros mal habidos. Si por obedecer á la ley de Dios sufrís la privacion de algunos bienes temporales, haréis en el cielo la posesion de los bienes eternos.

¹ Act. Eccles. Mediol. p. 4 Instruct. Confes.

CONFERENCIA DÉCIMANONA.

DE LA LIMOSNA.

Non furtum facies. (Exod. xx).

No hurtarás.

Hemos dicho al comenzar la explicacion del séptimo precepto que en estas palabras: *Non furtum facies*, no solo nos prohíbe tomar ó retener injustamente los bienes ajenos, sino que nos manda tambien dar al prójimo parte de los nuestros, y asistirle en sus necesidades siempre que podamos. Despues de habernos extendido bastante sobre la retencion injusta de los bienes ajenos, y sobre los perjuicios que de aquí se siguen, nos resta hablar de la limosna que debemos practicar con nuestros hermanos necesitados, mostrándoles nuestro amor, no con buenas palabras, que nada cuestan, sino con obras, como dice san Juan, aliviándolos con socorros verdaderos y efectivos: *Non diligamus verbo, neque lingua, sed opere et veritate* ¹.

Si Dios nos ha dado mas bienes de los que necesitamos, es para que ayudemos á los que no tienen los suficientes: esto es lo que se llama hacer limosna, que es un acto de caridad y misericordia por el cual damos por amor de Dios alguna cosa de nuestros bienes á los pobres, á fin de socorrerlos en su miseria. Para darnos san Agustín una idea de esta misericordia, dice que es el afecto de un corazon compadecido de la miseria del prójimo á quien se socorre: *Animi dolentis affectus cum additamento beneficii* ².

De donde se infiere que la virtud de la limosna contiene dos cosas: La primera es interior, y procede del corazon; y la segunda exterior, que hace obrar la mano para derramar liberalidades. La una excita la compasion de su indigencia y el socorro efectivo: la compasion cuando no podemos hacer otra cosa, y el socorro exterior cuando nos hallamos en estado de practicarlo. Si careceis de bienes, vuestro buen corazon debe suplir este defecto. Si sois rico, no basta que tengais buena voluntad, si no la acompañan limosnas

¹ I Joan. III, 18. — ² Hom. XL, ex. 50.

proporcionadas á vuestros medios. Es preciso hacer limosnas. Pero ¿cuándo las debemos hacer, y cómo? Esto es lo que vamos á explicar en la presente conferencia.

P. La limosna ¿es de obligacion? Ó ¿es mas un consejo que Dios nos da, que un precepto que nos impone?

R. La limosna es de obligacion indispensable á todos los que se hallan en estado de hacerla. Este es uno de los principales deberes del amor del prójimo; porque no es posible que le amemos, dice san Juan, y que dejemos de asistirle en sus necesidades: *Qui habuerit substantiam hujus mundi, et viderit fratrem suum necessitatem habere, et clauserit viscera sua ab eo, quomodo charitas Dei manet in eo* ¹?

La obligacion de hacer limosna es tan antigua en el mundo como la Religion. Siempre habrá pobres entre vosotros, dice Dios á su pueblo en el Deuteronomio, por lo cual os mando abraís las manos para socorrer á vuestro hermano necesitado. *Idcirco ego præcipio tibi, ut aperias manum fratri tuo egeno et pauperi* ². ¿Hay acaso otro mandamiento mas formal y mas expreso? Da limosna de tus bienes, dice el santo hombre Tobías ³ á su hijo. No apartes tu rostro del pobre, y de este modo lograrás que el Señor no aparte de tí el suyo. Sé caritativo en cuanto puedas; si tienes mucho, da mucho, y si poco, da de ese poco con buen corazon, y juntarás un gran tesoro para el dia de la necesidad. Palabras admirables que manifiestan que la limosna era ya mirada en el Antiguo Testamento como un deber indispensable de la Religion.

Pero todavía dice mas el Espíritu Santo en el Eclesiástico: *Eleemosynam pauperis ne defraudes* ⁴: No defraudeis al pobre de su limosna. Como si dijera: vosotros se la debeis, y no podeis sin fraude rehusársela; y mas adelante: Prestad el oido al pobre sin enfado: dadle lo que debeis, y respondedle favorablemente y con dulzura: *Declina pauperi sine tristitia aurem tuam, et redde debitum tuum, et responde illi pacifica in mansuetudinem*. Ricos del siglo, pesad estas palabras: *Redde debitum tuum*. Es preciso que cumplais con lo que debeis al pobre: no es este un simple consejo, sino un precepto: no una pura liberalidad, sino una obligacion y una deuda: *Debitum*. Robar los bienes ajenos, y no dar los suyos al que carece de ellos, es en el lenguaje de la Escritura igual injusticia, porque Dios no os ha dado mas bienes que á otros, sino á fin de que les deis parte

¹ I Joan. III, 17. — ² Deut. XV, 11. — ³ Tob. IV, 7, 9. — ⁴ Eccli. IV, 1.

de ellos en su necesidad. Vosotros les debeis el dinero que disipais en tantas locuras, en tantas comidas suntuosas, en tantos muebles costosos y soberbios, en tantos vestidos magníficos que no convienen á vuestro estado, y todo ese dinero que empleais en jugar y divertiros. Dad ese dinero supérfluo á los pobres á quienes pertenece, y descargaos de una deuda tan justa : *Redde debitum tuum*. No es esta, en fin, una obra de supererogacion, sino de riguroso precepto.

San Pablo escribiendo á su discípulo Timoteo le dice : Mandarás á los ricos que den fácilmente á los pobres. No dice el Apóstol, aconseja á los ricos, exhortalos, ruégalos, sino mándales que hagan limosna con buen corazon á los pobres : *Divitibus hujus sæculi præcipe... facile tribuere* ¹. Luego esta es para los ricos una verdadera obligacion, y la limosna es uno de sus mas esenciales deberes. Tambien podríamos apoyar esta verdad con la autoridad de los santos Padres ; pero ya se ha hecho en un libro intitulado : *De la limosna cristiana* ; por lo cual nos abstendremos de citarlos, pasando á otras preguntas.

P. El precepto de la limosna ¿ obliga bajo de pecado mortal? Y ¿ en qué casos?

R. Es cierto que el precepto de la limosna obliga á todos los que pueden hacerla, bajo de pecado mortal. No se necesita otra prueba que la terrible sentencia que el Hijo de Dios pronunciará contra los réprobos, por no haber asistido á los pobres : *Discedite à me, maledicti, in ignem æternum*. En la falta de misericordia, dice el Evangelio, se fundará esta sentencia funesta de su condenacion : *Id, maleditos, al fuego eterno. Illic conjiciuntur*, dice san Gregorio Nazianceno ², *quia Christum per pauperes minime curarunt*.

Me preguntais en qué ocasiones obliga este precepto, y os respondo con santo Tomás ³, que siendo afirmativo el precepto de la limosna, no obliga en todo tiempo, sino ordinariamente quando concurren estas dos circunstancias. La primera, quando hay bienes supérfluos, segun estas palabras de Jesucristo : *Quod superest, date elemosynam* ⁴ ; y la segunda, quando el prójimo se halle necesitado. Para saber, pues, cuándo nos obliga este precepto, es preciso examinar qué es lo que se llama supérfluo, y cuál es la necesidad de los pobres.

Se llama supérfluo todo lo que tiene alguno de mas de lo neces-

¹ 1 Tim. vi, 17, 18. — ² Orat. XVI. — ³ 2, 2, q. 32, art. 5.

⁴ Luc. xi, 41.

rio. Hay dos géneros de supérfluo. El primero, de los bienes que no son necesarios á la conservacion de nuestra vida ; y el segundo, de los bienes que no son necesarios á la decencia de nuestro estado ; y hay tres géneros de necesidades en que pueden hallarse los pobres : la extrema, la urgente y la comun. Esto supuesto, digo lo primero, que los que tienen bienes supérfluos á la conservacion de su vida, aunque sean necesarios á su estado, están obligados bajo de pecado mortal á dar limosna al prójimo que se halla en extrema necesidad, y reducido á tal miseria, que está en peligro evidente de morir si no se le socorre. La razon es, que el orden de la caridad exige que antepongamos la vida del prójimo á la decencia de nuestro estado, del cual debemos caer antes que dejar que perezca nuestro hermano por falta de socorro : *In illo enim casu*, dice santo Tomás ¹, *locum habet quod Ambrosius dicit : Pasce fame morientem, si non pavisti, occidisti*. Los obispos de los primeros siglos estaban tan persuadidos de esta verdad, que aunque el adorno de los templos del Señor sea preferible á la decencia del estado de un particular, despojaban las iglesias de sus ornamentos, y vendian los vasos de oro y plata para mantener á los pobres en tiempo de hambre, y para rescatar á los cautivos de manos de los bárbaros, como lo practicó san Ambrosio ².

II. El que tiene bienes supérfluos á su estado tiene obligacion bajo de pecado mortal de socorrer al prójimo que padece necesidad urgente, pues Jesucristo nos advierte que dirá á los réprobos en el dia del juicio : Apartaos de mí, malditos : id al fuego eterno que está preparado para el demonio y sus ángeles ; pues tuve hambre, y no me disteis de comer : tuve sed, y no me disteis de beber : fuí peregrino, y no me disteis posada : me ví desnudo, y no me disteis de vestir : enfermo estuve y encarcelado, y no me visitásteis ³. Estas palabras no indican necesidades extremas, sino solo necesidades urgentes, como son las que experimentan los pobres en tiempo de hambre, de frios excesivos, de irrupcion de enemigos, y, sin embargo, los que en tales necesidades no socorran á los pobres, deben temer, dice san Agustin ⁴, ser contados en el número de los réprobos.

Es cierto que no hay obligacion de dar á los pobres que padecen necesidad urgente todo lo preciso para mantener honestamente la decencia del estado ; porque nadie está obligado á sacar al prójimo

¹ Loc. cit. — ² Lib. II Officior. c. 38. — ³ Matth. xxv, 41. — ⁴ Tract. V in I Ep. Joan.

de una necesidad urgente, cayendo él mismo en otra igual. Sin embargo, como entre las cosas que se emplean para mantener el estado hay muchas que pueden excusarse sin grande incomodidad, está obligado el que las tiene á privarse de ellas para socorrer á los pobres que se hallan en necesidad urgente.

III. Los ricos que tienen bienes absolutamente supérfluos están obligados á dar una buena parte de ellos á los pobres que se hallan en necesidad comun. Los bienes que son absolutamente supérfluos á los ricos son necesarios á los pobres, como lo advierte san Agustin en el tratado L sobre el Evangelio de san Juan : *Si habes superflua, da pauperibus, et Domini pedes tersisti : tibi superflua sunt, sed Domini pedibus necessaria sunt.* En otra parte dice, que si retenemos lo supérfluo, retenemos lo ajeno : *Superflua dictum necessaria sunt pauperum ; res alienas possidentur cum superflua possidentur* ¹. Esta doctrina es tan cierta, que basta oponer á los ricos la condenacion de la proposicion siguiente, hecha por el papa Inocencio XI en el año de 1700 : « Con dificultad se hallará en los seculares, y aun « en los mismos Reyes, alguna cosa que sea supérflua á su estado, y « así no está obligado nadie á hacer limosna, si la ha de hacer de lo « supérfluo á su estado. »

P. Nada tenemos de supérfluo, dicen muchos ricos, ¿ cómo podrémos darlo á los pobres? Otros dicen : nuestros hijos son los primeros pobres, tenemos una gran familia que mantener, y ¿ no estaremos exentos de hacer limosna?

R. ¿ Nada teneis de supérfluo vosotros, ricos del siglo? Pues yo respondo con el Evangelio ², que sí lo teneis ; porque Jesucristo dice que deis limosna de lo que os sobra, y purgaréis vuestros pecados : *Quod superest, date eleemosynam, et ecce omnia munda sunt vobis.* Lo que os sobra despues de lo necesario, es ciertamente supérfluo. Pero veamos si con efecto lo teneis. No hay duda que si se quieren medir las rentas con la ambicion ó los deleites, pocos se hallarán que tengan supérfluo, y aun apenas tendrán lo necesario, porque no saben arreglarse. La vanidad, la codicia y los deleites se aumentan á proporcion de los bienes : se quiere sobresalir mas de lo que permiten las facultades, se gasta mas de lo que hay, y á pesar de la declaracion del Salvador, nada queda para hacer limosna ; pero al que sabe arreglarse cristianamente á su estado, siempre le sobra para dar. ¿ No teneis nada supérfluo? Pues reformad

¹ In Psalm. CXLVII. — ² Luc. XI, 41.

lo que gasteis en el juego, en diversiones, en excesos, en muebles magníficos y en vestidos costosos, y sobrára mucho para los pobres.

Pero yo tengo una crecida familia, y muchos hijos que educar y á quienes dar estado. Proveed á sus necesidades y á su colocacion, esto es muy justo; pero tambien debeis granjearles la proteccion de Dios por medio de la limosna: *Filios habes?* os dice san Agustin, haced cuenta que teneis uno mas, y dad algo á Jesucristo: *Unum plus numera, et da aliquid Christo* ¹. Si en lugar de cuatro hijos tuviéseis cinco, ¿abandonaríais al último? ¿No le mantendríais como á los demás? Y la experiencia ¿no muestra todos los dias que las familias donde hay mas hijos son las que Dios bendice con mayor abundancia, cuando le sirven fielmente? Dad, pues, á los pobres el pan que daríais al quinto hijo, y entre Jesucristo en su lugar, como miembro de vuestra familia. ¿No será una grande honra para vosotros y para vuestros hijos que tengan á Jesucristo por hermano suyo? Vosotros les granjearéis un caritativo tutor despues de vuestra muerte, y conseguirán un establecimiento mas sólido que el que pudiesen lograr por toda la prudencia de los hombres, segun estas palabras del Sábio: *Qui dat pauperi non indigebit* ².

P. Otro pretexto de que se valen algunos para dispensarse de la limosna, es el decir que hay pobres malos que no la merecen.

R. Convengo en que hay pobres malos á quienes se puede y aun se debe rehusar la limosna: tales son los que estando robustos y sanos, quieren antes mendigar que trabajar para mantenerse; hombres por lo comun de perversas costumbres, y que tienen tan poca religion, que casi nunca se les ve frecuentar los Sacramentos. A estos mendigos robustos castigan las leyes civiles, como lo advierte santo Tomás: *Lex autem civilis imponit pœnam validis mendicantibus, qui non propter utilitatem vel necessitatem mendicant* ³. Pero si hay pobres malos, los hay tambien buenos, y no es fácil discernir unos de otros; por lo cual este pretexto no puede dispensarnos de dar limosna. Añado mas, que obligándonos el precepto de la caridad á amar y hacer bien á todos los hombres buenos ó malos, amigos ó enemigos, fieles ó infieles: *Benefacite his qui oderunt vos*: se infiere que hay obligacion de asistir á los pobres, aunque sean malos; pues el precepto de la limosna no es menos general y absoluto que el de la caridad del prójimo.

Tampoco debemos repeler á un pobre malo con pretexto de que

¹ In Psalm. XXXVIII. — ² Prov. XXVIII, 27. — ³ 2, 2, q. 187, a. 8.

hallándose en desgracia de Dios son inútiles sus oraciones ; pues no debemos esperar la recompensa de la virtud de estas , sino de la limosna , que por su naturaleza es propia á obtener de Dios las gracias que necesitamos , si por otra parte no ponemos obstáculos : *Conclude eleemosynam in sinu pauperis* , dice el Sábio ¹ , sin distinguir entre el bueno y el malo : *et hæc pro te exorabit ab omni malo* .

P. Una mujer casada ¿puede dar limosna sin noticia de su marido , y aun contra su voluntad en algunos casos?

R. Es preciso responder con distincion , porque ó esta mujer da limosna á un pobre que se halla en extrema necesidad , ó al que padece una necesidad comun y ordinaria . Si el pobre se halla en necesidad extrema , y juzga que no puede libertarse sin el socorro que ella le dé , es cierto que puede y debe dar la limosna necesaria para que el prójimo salga de aquel estado , aunque su marido se lo prohiba expresamente . La razon es que , segun el derecho natural , todas las cosas son comunes en tales casos , como lo enseña santo Tomás ² ; quien dice que no solo la mujer , sino tambien los hijos y criados , pueden entonces dar limosna de los bienes del padre ó del amo ; porque deben presumir que lo aprobará , pues él estaria obligado á darla si se hallase presente .

Pero no sucede así cuando la necesidad del pobre es solo comun ; pues en este caso no puede la mujer sin el consentimiento de su marido hacer mas que aquellas limosnas moderadas , que juzga no desaprobalaria si viese la necesidad del pobre . Pero , segun este santo Doctor ³ , puede la mujer dar limosna sin consentimiento de su marido de lo que ella gane con su industria , ó de los bienes que no fueron inclusos en la dote ; aunque en este caso debe usar de moderacion , para no perjudicar á su familia ni empobrecer á su marido : *Ne ex earum superfluitate vir depauperetur* , dice el Santo ⁴ .

P. ¿ Pueden los hijos de familia dar limosna de los bienes de su padre , y los criados de los de sus amos?

R. Los bienes del hijo de familia pertenecen á su padre , dice santo Tomás ⁵ , por lo cual no puede dar limosnas , á no ser tan cortas , que no tenga justo motivo para creer que no las desaprobalaria si estuviese presente . Pero si el padre le concede la libre disposicion de alguna cosa , no hay duda que puede emplearla en socorrer á los pobres . Esta es la regla que deben seguir los hijos y los criados , sin

¹ Eccli. xxix , 18. — ² In 4 , dist. 15 , q. 2 , a. 5. — ³ 2 , 2 , q. 32 , a. 8 ad 3. — ⁴ Ibid. — ⁵ 2 , 2 , q. 32 , a. 8.

lisonjearse demasiado con el especioso pretexto de caridad, ó del consentimiento tácito del padre de familias.

Para que mejor se conozca lo que debe entenderse por la limosna corta, el mismo Santo ¹ pone un ejemplo diciendo, que el hijo puede algunas veces dar de limosna algunos pedazos de pan, ú otras cosas semejantes de poca importancia, y lo mismo dice respecto de los criados: añadiendo que aunque un doméstico esté encargado de la administracion de todos los bienes de su amo, no le seria lícito hacer mayores limosnas; porque todo el poder que se le da en este caso es para conservarlos, y no para distribuirlos.

Sin embargo, se debe advertir que un hijo de familias que ha ganado algunos bienes en la guerra, ó ejerciendo la medicina, abogacía, ú otra profesion honesta, es absolutamente dueño de lo que adquirió de este modo; y por consiguiente puede hacer limosnas, y disponer de ello como le agrada, sin que su padre tenga derecho para oponerse.

P. ¿Qué condiciones deben acompañar la limosna para que sea útil y meritoria?

R. De poco serviría dar limosna, si no fuese con las calidades que se requieren para que sea agradable á Dios. Os podría señalar muchas que concurren al mérito y á la perfeccion de la limosna, y decirlos que debe ser suave y paciente, para no enfadarse de los malos modos é importunidad de los pobres: humilde y modesta, para darles secretamente en cuanto sea posible los socorros que necesitan: sábia y prudente, para discernir las verdaderas miserias de las que son fingidas: generosa y magnífica, para imitar la bondad de Dios, que derrama con abundancia sus dones sobre nosotros: *qui dat omnibus affluenter*: santa y religiosa, para honrar á Jesucristo en las personas de los pobres. Pero además de estas cualidades que nos indica la Escritura, véanse aquí otras tres que son poco atendidas.

I. La limosna debe hacerse de nuestros propios bienes, y no de los adquiridos injustamente. No penseis que algunas limosnas borrarán vuestras injusticias, hurtos, etc. Dios no aprueba, ni aun se digna mirar los presentes que le hacen los hombres injustos: *Dona iniquorum non probat Altissimus, nec respicit in oblationes iniquorum* ². Da limosna, decia Tobías ³ á su hijo; pero mira no sea de los bienes ajenos, sino de los tuyos propios: *Ex substantia tua fac eleemosynam*.

¹ In 4, dist. 15, a. 2. — ² Eccli. xxxiv, 23. — ³ Tob. iv, 7.

II. La limosna debe ser proporcionada á vuestras facultades y á la necesidad de los pobres. Algunas veces preguntais cuánto es lo que debeis dar á los pobres : yo no sé la naturaleza , cantidad y calidad de vuestros bienes ; pero lo que os puedo aconsejar en general es lo que Tobías dice á su hijo : Si teneis mucho , dad mucho ; y si poco , dad poco , pero con buen corazon : *Quomodo potueris, ita esto misericors : si multum tibi fuerit, abundanter tribue : si exiguum tibi fuerit, etiam exiguum libenter impertiri stude.* Tened consideracion á la necesidad de los pobres , y al paso que esta crezca , sea mayor vuestra caridad.

III. La limosna se debe hacer con prontitud y alegría. Es una deuda que debe pagarse con gusto. ¿ De qué os sirve ese dinero que se enmohece en vuestras arcas , ese trigo que se pudre en vuestros graneros , y esos vestidos que destruye la polilla ? Todo esto , dice san Basilio ¹ , pertenece á los pobres.

¿ Á cuándo aguardais para dárselo ? ¿ Por qué los dejais consumirse en su miseria ? ¿ Con qué ojos pensais que mirará Dios esas limosnas tardías , hechas de mala gana , y que os arranca de las manos la importunidad de los pobres , y no la caridad ? Dios las desprecia , porque no quiere que se dé por fuerza : *Ikilorem enim datorum diligit Deus* ² . Ved aquí cómo debe hacerse la limosna.

Beatus qui intelligit super egenum et pauperem : in die mala liberabit eum Dominus ³ . ¡ Dichoso el hombre , dichoso el rico , dichoso el beneficiado que comprende la obligacion que tiene de dar limosna y la cumple ! *Beatus qui intelligit.* ¡ Dichoso el seglar , dichoso el eclesiástico que comprende una verdad tan importante y la practica ! *Beatus qui intelligit super egenum et pauperem.* ¡ Dichoso el que considerándose como un dispensador de los bienes que posee , da parte de ellos á los pobres y miserables ! *Beatus qui intelligit super egenum et pauperem : in die mala liberabit eum Dominus.* En el último dia , en el dia fatal para otros muchos , cuando el tentador tan ingenioso para perder las almas quiera ponerle asechanzas , la gracia del Señor le libertará : *In die mala liberabit eum Dominus.* No me acuerdo , decia san Jerónimo ⁴ , haber visto acabar con mala muerte al que en vida fue caritativo. Es imposible que los muchos que oran por él , y que se interesan por su salvacion , no sean oidos : *Non memini me legere mala morte mortuum , qui libenter opera charitatis exercuit ; habet enim intercessores multos , et impossibile est multorum preces non exaudiri.* Cuando venga la enfermedad á llamar á su puer-

¹ Hom. in Ditesc. — ² II Cor. IX, 7. — ³ Psalm. XL, 1. — ⁴ Ep. ad Nep.

ta, la misericordia divina le extenderá sus brazos, y le consolará : *Dominus opem feret illi super lectum doloris ejus* ; y mientras el avaro, el injusto y el usurero vomitarán sus riquezas de iniquidad con sus almas en el infierno, el hombre caritativo y misericordioso irá á recibir en el cielo la recompensa de sus limosnas : *Centuplum accipiet, et vitam æternam possidebit.*

CONFERENCIA VIGÉSIMA.

SOBRE EL OCTAVO MANDAMIENTO.

Del falso testimonio y la mentira.

Non loqueris contra proximum tuum falsum testimonium. (Exod. xx).

No levantarás contra tu prójimo falso testimonio.

Hasta aquí hemos hablado de los preceptos del Decálogo que arreglan los deberes de justicia que estamos obligados á practicar con el prójimo, y que nos prohíben hacerle daño en su persona ó en sus bienes, y ahora trataremos del octavo mandamiento, que nos veda injuriar al prójimo en su reputacion con el falso testimonio ó la mentira, por lo cual recitamos ordinariamente este precepto : *No levantar falso testimonio, ni mentir*. No solo nos prohíbe el falso testimonio y la mentira : *Non loqueris contra proximum tuum falsum testimonium*, sino tambien la murmuracion, la calumnia, las palabras ofensivas, las chanzas picantes, las burlas, las adulaciones, las sospechas y juicios temerarios, y todas las palabras ó pensamientos contrarios á la justicia y la caridad que se debe al prójimo. Ahora nos ceñiremos á hablar del falso testimonio y la mentira.

P. ¿Qué es falso testimonio? ¿es pecado grave?

R. Se entiende ordinariamente por falso testimonio una deposicion hecha judicialmente contra la verdad, poniendo á Dios por testigo de que la dirá. Si en lugar de decir claramente lo que sabemos sobre las cosas que el juez nos pregunta, y tiene derecho para preguntarnos, se disimula, ó se miente, ó se usa de equívocos para sorprender ó engañar al juez, este es un falso testimonio, pues la intencion del juez, á la cual deben los testigos arreglar sus respuestas, es de obligarles á declarar la verdad del hecho, ya sea que condene, ó ya que absuelva al acusado, y el juramento que prestan los obliga á ello absolutamente.

De aquí es fácil concluir que el falso testimonio es un pecado grave que obliga á la reparacion de todo el daño que se cause por no decir la verdad, pues el que la suprime peca contra la justicia : *Tes-*

tis iniquus, dice la Escritura ¹, *deridet judicium*. Santo Tomás afirma que el falso testimonio encierra tres pecados, que son, el perjurio, la injusticia y la mentira. El perjurio, porque se obliga á todos los testigos á jurar que dirán la verdad; la injusticia, pues se hace daño al prójimo, con quien se debe guardar la caridad y la justicia, y la mentira, porque el falso testigo asegura ó niega una cosa contra la verdad que conoce.

Las leyes eclesiásticas y civiles han pronunciado varias penas contra el falso testimonio. Francisco I impuso pena de muerte á los testigos falsos. Teodulfo, obispo de Orleans, que vivió á últimos del siglo VIII, advierte en el cap. 27 de sus Capitulares, que la Iglesia castigaba á los testigos falsos, excomulgándolos si eran seculares, y deponiéndolos si eran eclesiásticos; y hoy el falso testimonio es por lo comun caso reservado al obispo.

P. Habeis dicho que el testigo falso está obligado á reparar el daño que cause maliciosamente al acusado; pero si faltase á la verdad por defecto de memoria, ¿seria culpable, y estaria obligado á la restitucion?

R. Si este defecto de memoria es puramente natural, y despues de un suficiente exámen está persuadido el que jura de que dice la verdad, no se le puede acusar de pecado mortal, dice santo Tomás ²; y san Antonino añade ³, que debe tambien ser libre de la restitucion. Pero siempre el testigo debe poner gran cuidado de no fiarse mucho de su memoria, no afirmando cosa alguna que no sepa por sí mismo, y no por relacion ajena: debe, pues, declarar las cosas segun las sabe, sin asegurar lo dudoso como cierto: *In testimonio ferendo*, dice el angélico Doctor ⁴, *non debet homo pro certo asserere, quasi sciens id de quo certus non est, sed dubium sub dubio proferre, et id de quo certus est pro certo asserere*.

El testigo que procede de otro modo es culpable de una imprudencia muy grande, exponiéndose al peligro de dar un falso testimonio, de engañar al juez, y de vulnerar la justicia debida al prójimo.

P. ¿Tiene obligacion de declarar el que es preguntado?

R. Santo Tomás, proponiéndose esta cuestion, responde: lo primero, que cualquiera está obligado á declarar lo que sabe, siempre que se le pregunte en forma judicial por el juez competente que tenga autoridad legítima. Lo segundo, que aunque el que quiere que

¹ Prov. XIX, 28. — ² Ibid. art. 2. — ³ II p. Sum. t. I, c. 19, § 7.

⁴ Loc. cit.

declaremos no tenga autoridad sobre nosotros, y aun cuando no seamos preguntados, debemos declarar cuando es necesario para impedir que se cause algun daño notable al prójimo, segun estas palabras de la Escritura : *Eripite pauperem, et egenum de manu peccatoris liberate* ¹. Libertad al pobre y necesitado : sacadle de entre las manos del malo ; y en otra parte : *Erue eos, qui ducuntur ad mortem*. No dejeis de socorrer á los que están en peligro de muerte.

No obstante, hay algunas personas que están exentas de declarar aunque se lo mande un superior legítimo. Primero, el hijo no está obligado á declarar contra el padre, ni el padre contra el hijo, ni el hermano contra el hermano, ni el marido contra la mujer, ni la mujer contra el marido, á no ser en algunos casos extraordinarios que señalen las leyes del país. Segundo, un confesor jamás está obligado á declarar lo que sabe por la confesion ; porque no lo sabe como hombre, sino como ministro de Dios, y no hay precepto humano que pueda dispensarle del secreto en la administracion de este Sacramento. Tercero, tampoco debemos declarar lo que se nos confió bajo de secreto natural. Si un enfermo confió su última voluntad á un médico, un litigante su derecho á un abogado, estos no pueden descubrir uno ni otro en juicio : *Quia servare fidem est de jure naturali*, dice el angélico Doctor ², *nihil autem potest præcipi humani contra id, quod est de jure naturali*. Sin embargo, debe exceptuarse el caso en que el secreto fuese perjudicial al bien público, ó notablemente dañoso á algun particular, pues entonces no hay obligacion de guardarle no obstante la promesa.

P. ¿ Está obligado un reo á confesar el delito sobre que le pregunta el juez?

R. Los Doctores afirman comunmente con santo Tomás ³, que un reo preguntado por el juez competente que procede jurídicamente, está obligado á decir la verdad y confesar su crimen aunque haya de costarle la vida ; y juzgan que si no quiere confesar la verdad, ó la niega, peca mortalmente. La razon es, porque cualquiera está obligado á obedecer á su superior legítimo cuando le manda lo que tiene autoridad para mandarle. Y siendo el juez competente superior legítimo que tiene derecho, y aun obligacion de preguntar al acusado y sacar la verdad de su boca, el reo está obligado á descubrirla y confesar su crimen ; y por consiguiente si no lo hace comete un pecado mortal, no solo á causa del juramento que hizo de decir

¹ Prov. xxiv, 11. — ² 2, 2, q. 70, art. 1. — ³ 2, 2, q. 69.

la verdad , sino tambien porque desobedece en una cosa de mucha importancia á su superior legítimo.

Añade santo Tomás en la q. 70, art. 1, que si un reo no es preguntado juridicamente, y con la formalidad judicial, no está obligado á responder, ni peca en resistirse; y puede apelar de los procedimientos del juez, ó valerse de otros medios justos y permitidos para libertarse de sus manos; pero supuesto que el reo responda, no le es lícito mentir; y el confesor, dice Navarro ¹, no le podria absolver si no estuviese dispuesto á decir la verdad.

El acusado tiene igualmente obligacion de declarar sus cómplices, si el juez le pregunta por ellos en forma judicial; y en algunos crímenes, como son el de la herejía, lesa majestad, falsificacion de moneda, conspiracion contra el Príncipe ó contra el Estado, y robo de camisas, no puede el acusado en conciencia resistirse á declarar sus cómplices, aunque haya prometido no descubrirlos: *Revelare secreta in malum personarum est contra fidelitatem*, dice santo Tomás ²; *non autem si revelentur propter bonum commune, quod semper præferendum est bono privato*.

P. ¿Es lícito á un acusado inocente imputar con falsedad un crimen al que le acusó calumniosamente, ó al testigo falso que declaró contra él?

R. A nadie es lícito defenderse de ese modo, aunque por las calumnias de sus acusadores se vea expuesto á peligro de perder sus bienes, su honra ó su vida. Para prueba de esta doctrina basta referir la condenacion que el papa Inocencio XI, en su decreto de marzo de 1679, hizo de la proposicion siguiente: «Es probable que no peca mortalmente el que por defender su inocencia y su honra impone á otro un falso crimen.» *Probabile est non peccare mortaliter qui imponit falsum crimen alicui, ut suam innocentiam et honorem defendat*. Verdaderamente nada es mas opuesto á esta máxima del Evangelio que Jesucristo nos propone como regla de nuestra conducta: «Amad á vuestros enemigos; haced bien á los que os aborrecen, y orad por los que os persiguen y calumnian ³.» San Pablo, escribiendo á los romanos, prohibe á los fieles que vuelvan mal por mal, y léjos de ultrajar á los que los habian tratado injustamente, les manda bendecir á los que les persiguen, y hacer bien á los que les habian hecho mal: *Benedicite persequentibus vos: benedicite, et nolite maledicere... nulli malum pro malo reddentes* ⁴. De aquí es fácil in-

¹ Manual. c. 28, n. 38. — ² 2, 2, q. 68, 2, a. 1 ad 3. — ³ Matth. v, 44.
— ⁴ Rom. xii, 14, 17.

ferir que no es lícito á un inocente acusado imputar al testigo un falso crimen para destruir su declaracion.

P. ¿Es lícito en algunos casos fabricar instrumentos falsos, y servirse de ellos?

R. No por cierto, porque las leyes lo prohiben con severas penas. De tres modos puede cometerse el crimen de falsificacion :

El primero, fabricando falsos instrumentos, ya públicos, ó ya privados, lo que se hace fingiendo las firmas de los escribanos, de los testigos ó de las partes. Lo segundo, alterando un instrumento verdadero, quitándole ó añadiéndole algunas líneas ó palabras, ó mudando la fecha, ó alguna otra cosa. Lo tercero, anteponiendo ó posponiendo las fechas verdaderas con perjuicio de tercero, ó insertando cláusulas falsas; ó diciendo al escribano en un contrato, v. gr. que la suma fue pagada en dinero de contado, siendo así que no lo fue, ó que se pagó en billetes.

Los que se valen de instrumentos falsos sabiendo que lo son, cometen un pecado muy enorme; y no son menos culpables que los que se valen de un falso testigo para condenar á su contrario. La sentencia favorable que en este caso obtengan, no les da en conciencia ningun derecho, ni puede ser puesta en ejecucion, y están obligados á restituir al que perdió el pleito, el capital, los gastos, daños é intereses. Esta decision se funda en el cap. *Super eo, de Crimine falsi*. Los que fingen estos falsos instrumentos, y los que los aconsejan son cómplices del pecado de los que se sirven de ellos, y obligados sólidamente á restituir. Si los falsarios son ministros de justicia, son todavía mucho mas culpables; pues además de que cooperan al daño que sufre la parte agraviada, violan la fidelidad que deben al público en el ejercicio de sus empleos.

P. El que ha perdido un finiquito de una cantidad que verdaderamente pagó, y que se le pide de nuevo, ó perdió una escritura de obligacion á favor suyo, y el deudor niega la deuda, ¿podrá á lo menos en estos casos suplantar el finiquito ó la escritura perdida para cobrar su dinero, ó libertarse de un pleito injusto?

R. De ningun modo esto es permitido, pues aunque la pérdida del finiquito ó la escritura sea causa de perder su dinero, y que la cantidad de que se presenta un finiquito falso estuviese realmente pagada; ó que la suma de la escritura que se suplantase se lo debiera efectivamente; no hay duda que el finiquito y la escritura serian falsos, y por consiguiente no pueden permitirse, porque todas las leyes prohiben las mentiras y falsedades. La pérdida ó daño que

quiere evitarse no es causa legítima ni suficiente para hacer una falsedad en el caso supuesto, ni lo exceptúan las leyes, pues la prohibicion de fabricar instrumentos falsos es absoluta y general.

Ni pueden ser excusados los que presenten semejantes instrumentos por el pretexto de que no hacen perjuicio á nadie. La facultad de teología de París, en su censura que hizo en 3 de febrero de 1665 de algunas proposiciones de Amadeo Guimenio, condenó la doctrina contraria despreciando esta excusa. Lo que solamente se puede asegurar es, que el que se valga de tales instrumentos falsos no está obligado á restitution.

P. ¿Qué cosa es mentira? ¿está prohibida siempre? y ¿en cuántos géneros se distingue?

R. Los teólogos distinguen la mentira en material y formal. La material consiste en decir una cosa falsa en sí misma, pero que se cree verdadera. Esto es engañarse, pero no es propiamente mentira ni pecado: *Quisquis autem hoc enuntiat, quod vel creditum animo, vel opinatum tenet, etiam si falsum sit, non mentitur* ¹, dice san Agustín. La mentira formal consiste en decir una cosa contra lo que se siente: es asegurar una cosa de un modo, aunque se conozca que sucedió de otro modo: *Omnis qui mentitur contra id quod animo sentit loquitur* ².

La mentira siempre es prohibida; nunca es lícito mentir por ninguna causa: *Noli velle mentiri omne mendacium*, dice el Eclesiástico. Toda mentira se opone á Dios, que es la verdad inmutable y eterna; y le desagrada tanto, dice el Sábio en sus Proverbios ³, que Dios abomina los labios mentirosos: *Abominatio est Domino labia mendacia*.

Hay tres clases de mentira. La primera se llama mentira jocosa, y es la que se dice por recrear el ánimo. La segunda se llama oficiosa, y se dirige á procurar algun bien al prójimo, ó impedirle algun mal; y la tercera se llama perniciosa, y es la que se dice con intencion de causar algun perjuicio. San Agustín ⁴, que es entre todos los Padres el que combate con mas vigor la mentira, confiesa que las mentiras jocosas y oficiosas solo son por su naturaleza pecados veniales; pero que las perniciosas son comunmente pecados mortales, porque no solo se oponen á la verdad, sino tambien á la justicia y á la caridad. Sin embargo, algunas veces la mentira perniciosa puede ser solo pecado venial, cuando el daño que se inten-

¹ Lib. de Mend. c. 8. — ² Manual. ad Laur. c. 32. — ³ Prov. xii, 22. —

⁴ In Psalm. v.

ta causar con ella es leve y de poca importancia. Así lo siente santo Tomás ¹.

P. ¿Es lícito en algunos casos usar de equívocos ó restricciones mentales, ó lo será á lo menos disimular la verdad?

R. El servirse de equívocos es usar de una palabra ambigua, que tiene dos significaciones, para dar á entender otra cosa de lo que se piensa. El usar de restriccion mental es retener en el ánimo un sentido que no se explica, con el fin de engañar á quien se habla: por ejemplo, me preguntais si he oído misa, y respondo que sí: mi intencion es que la oí ayer, y vosotros me preguntais por hoy: bien comprendo que mi respuesta os engañará; y esto es lo que se llama restriccion mental. Se pregunta á un criado si está su amo en casa, y responde que ha salido, porque salió el día antes. Estos rodeos y ambigüedades no pueden excusarse de mentira, pues todos por razon de la honestidad están obligados á declarar la verdad: *Ex honestate unus homo alteri debet veritatis manifestationem*, dice santo Tomás ². La prueba que alega este Santo es, que siendo el hombre naturalmente sociable, y la sociedad no pudiendo subsistir sin la verdad, hay obligacion de declararla. Por lo cual Inocencio XI proscribió la doctrina contraria, condenando en su decreto de 2 de marzo de 1679 sesenta y cinco proposiciones de moral, entre las cuales la 26 y 27 apoyaban la libertad de los equívocos.

Sin embargo, es prudencia ocultar la verdad en ciertos casos, como lo advierte san Gregorio papa ³ en su pastoral. Se puede apartar la intencion del que pregunta á algun otro objeto; y si sucede que se engañe por su imprudencia, y que forme una falsa idea de nuestras palabras, no estamos obligados á desengañarle; y este es el sentir de santo Tomás: *Licet veritatem occultare prudenter sub aliqua dissimulatione, ut Augustinus dicit in libro de Mendacio* ⁴; pero nunca se debe decir cosa contraria á la verdad, segun esta máxima de san Agustín: *Mentiri nunquam licet, ergo nec occultare mendacio* ⁵.

P. ¿Qué consejos pueden darse á los que son propensos á mentir, para que se corrijan de este vicio?

R. Es preciso hacerles ver: lo primero, que están animados del espíritu del diablo, y que tienen por guia y modelo á este padre y primer inventor de los engaños y mentiras. Esto es lo que echaba en cara Jesucristo á los fariseos, que eran artificiosos y embusteros. Vosotros decís que sois hijos de Abraham, aquel hombre recto,

¹ 2, 2, q. 100, a. 3. — ² 2, 2, q. 109, a. 3. — ³ III p. c. 12. — ⁴ 2, 2, q. 100, a. 3. — ⁵ Lib. de Mendacio, c. 10.

simple y sencillo; pero os engañais: *Vos ex patre diabolo estis* ¹: Vosotros sois hijos del diablo, pues imitais sus acciones, seguis sus ejemplos, y cumplís sus deseos: *Et desideria ejus vultis implere*. Él mintió á nuestros primeros padres, y quisiera desterrar del mundo la verdad, y que todos los hombres fuesen embusteros como él. La mentira es de tal suerte su carácter, que la halla dentro de sí mismo: *Cum loquitur mendacium ex propriis loquitur*: su cualidad, su naturaleza y su ocupacion es mentir é inspirar á los que escuchan el engaño y la mentira: *Quia mendax est, el pater ejus*. Veis aquí, embusteros, cuál es vuestro padre, y el modelo que seguis. Obraís como el demonio, habláis como el demonio, estais animados de su espíritu, y cumplís sus deseos: *Et desideria patris vestri vultis implere*. Lo segundo, manifestarles por la Escritura las penas con que Dios castiga á los mentirosos. Los Actos de los Apóstoles ² nos dan un doble ejemplo en Ananías y Saffra. Pero aun cuando Dios los perdone en este mundo, serán en el otro castigados con mas rigor ³. Lo tercero, que siendo todos miembros de un mismo cuerpo, no debemos engañarnos unos á otros. De esta razon se sirve san Pablo para inspirarnos horror á la mentira: *Deponentes mendacium loquimini veritatem unusquisque cum proximo suo, quoniam sumus invicem membra* ⁴.

Huyamos, cristianos, de la mentira, y declarémonos enteramente por la verdad. Si la decimos, honramos á Jesucristo, á los Santos y á su Evangelio. Honramos á Jesucristo, que vino al mundo á dar testimonio de la verdad: honramos á los Santos, que fueron mártires de la verdad, y la defendieron con peligro de su vida; y honramos al Evangelio, que condena en todas partes el engaño y la mentira. Haced ¡oh Dios mio! que yo ame la verdad, y que nunca la abandone: *Ne auferas de ore meo verbum veritatis usquequaque* ⁵. Haced que tenga á la mentira todo el horror que le tenia el santo hombre Job, y que forme como él resolucion de no decir ninguna: *Donec superest halitus in me, et spiritus Dei in naribus meis, non loquentur labia mea iniquitatem, nec lingua mea meditabitur mendacium* ⁶. Sí, Dios mio, mientras Vos me tengais en este mundo, mientras yo tenga un soplo de vida, mis labios no pronunciarán cosa injusta, ni mi lengua proferirá la mentira. En todo tiempo, en todo lugar y en toda ocasion daré el testimonio que debo á la verdad para que Vos ¡oh Dios mio! que sois la verdad misma, seais mi herencia por toda la eternidad. Amen.

¹ Joan. viii, 44. — ² Act. v, 5. — ³ Apoc. xxi, 8. — ⁴ Ephes. iv, 25.

⁵ Psalm. cxviii, 43. — ⁶ Job, xxvii, 3, 4.

CONFERENCIA VIGÉSIMAPRIMERA.

SOBRE EL NONO MANDAMIENTO.

De los malos pensamientos y malos deseos.

Non concupisces uxorem proximi tui.
(Exod. xx).

No desearás la mujer de tu prójimo.

Hemos visto en la explicacion del sexto precepto, que al tiempo de prohibirnos Dios el crimen del adulterio, nos prohíbe tambien toda especie de impureza, y en general todo lo que conduce á un vicio tan peligroso. Ya os dije que todo esto se comprende en aquellas dos palabras: *Non mæchaberis*. Pero ahora es preciso haceros ver que en el noveno mandamiento nos prohíbe el Señor no solo la accion del crimen, sino tambien el deseo y voluntad de cometerle: *Non concupisces*. Advertid, hermanos, que este precepto era muy necesario á la mayor parte de los hombres, que comunmente juzgan de los pecados por lo exterior, haciendo poco caso de lo interior, y de sondear el fondo del corazon, considerando la raíz de las acciones. En esta disposicion parece que estaban los judíos respecto de los pecados del corazon; por lo cual el Hijo de Dios, queriendo instruirles sobre este punto, les dice en su Evangelio ¹: «Ya oísteis lo que se dijo á los antiguos: no cometeréis adulterio; pero yo os digo, que el que mirare á una mujer con mal deseo, ya cometió adulterio en su corazon.» Para observar, pues, el noveno mandamiento es preciso velar con gran cuidado en la guarda de nuestro corazon, para que no le corrompan los malos pensamientos y deseos. Este es el importante aviso que nos da el Sábio: *Omni custodia serva cor tuum, quia ex ipso vita procedit* ²; y este será tambien la materia de esta instruccion. Guardaos de formar malos deseos en vuestro corazon, porque la ley de Dios lo prohíbe: *Non concupisces*. La voluntad de cometer el crimen se reputa como si se hubiera cometi-

¹ Matth. v, 27, 28. — ² Prov. iv, 23.

do. En la escuela de Jesucristo no hay diferencia entre el pecado y el deseo de cometerle. En efecto, Dios quiere que seamos castos, no solo en el cuerpo, sino tambien en el corazon: *Non concupisces*. Esto es lo que vamos á explicar ahora.

P. ¿Cómo podrémos observar este mandamiento: *Non concupisces*, pues en todos habita la concupiscencia, que nos inclina á lo malo?

R. Los Protestantes afirman que no podemos guardar este mandamiento, porque dicen que la concupiscencia y los movimientos desordenados son pecado; pero se engañan en este punto como en otros muchos. Es verdad que todos tenemos concupiscencia, que no es otra cosa que la propension é inclinacion al mal, lo que la Escritura ¹ llama origen de los malos deseos. Tambien es cierto que permanece en nosotros aun despues del Bautismo, y que es pena del pecado original; pero aunque proceda del pecado, é incline al pecado, sin embargo ella no es pecado cuando no se consienten los malos deseos: *Nam ipsa quidem concupiscentia jam non est peccatum in regeneratis*, dice san Agustin, *quando illi ad illicita opera non consentiunt* ². Esto es lo que definió expresamente el concilio de Trento ³, y es conforme á la doctrina del Apóstol ⁴, que declara que no hay condenacion en los que son regenerados en Jesucristo por el Bautismo. Luego la concupiscencia que resta en ellos hasta la muerte no es pecado. No solo no es pecado, sino que los movimientos desordenados que produce en nosotros, de cualquiera naturaleza que sean, no son culpables cuando no son voluntarios, y lo serán solo cuando la voluntad consienta en ellos. Ahora, pues, todos sabemos, y la fe nos lo enseña, que con el auxilio de la gracia podemos no consentir á los deseos desordenados de la concupiscencia, y por consiguiente podemos guardar el precepto que solo nos prohíbe no consentir. El Sábio nos dice que no sigamos la concupiscencia, sino que la reprimamos ⁵: *Post concupiscentias tuas non eas*; y el Apóstol nos amonesta que no dejemos reinar en nosotros el pecado, ni obedezcamos á sus desordenados deseos: *Non ergo regnet peccatum in vestro mortali corpore ut obediatis concupiscentiis ejus* ⁶. No podemos impedir en nosotros la concupiscencia; pero podemos con el auxilio de la gracia impedir que reine en nosotros; y esto es todo lo que Dios manda prohibiéndonos obedecer á sus movimientos desordenados. Y así para cumplir este mandamiento es preciso que nos aplique-

¹ Tit. vi, 16. — ² Lib. de Nupt. et concup. c. 23. — ³ Sess. c. 5.

⁴ Rom. viii, 1. — ⁵ Eccli. xviii, 30. — ⁶ Rom. vi, 12.

mos á pelear mientras dare la vida contra este enemigo doméstico, que tantas veces nos acomete, y que puede ser enflaquecido, pero no destruido del todo hasta la muerte: *Opprimi potest et debet per gratiam Dei, ut non regnet in nobis; sed non ejicitur nisi in morte*, dice san Bernardo ¹.

P. ¿Hay alguna diferencia entre el pensamiento y el deseo de una accion mala?

R. Sí por cierto: el pensamiento es la representacion de la cosa mala, y el deseo la voluntad de cumplirla. El deseo del mal siempre es pecado; porque encierra en sí el consentimiento de la voluntad á la accion mala; y en esto consiste el pecado; porque del consentimiento del corazon nacen todas las culpas, segun lo que dice Jesucristo: *De corde enim exeunt cogitationes mals, homicidia, adulteria, fornicationes, furta, falsa testimonia, blasphemie* ². Pero el pensamiento del mal no es pecado cuando no interviene la voluntad. Por el contrario, si los malos pensamientos, léjos de sernos agradables, nos molestan, si no damos á ellos motivo por nuestra culpa, y si los deseamos sin detenernos voluntariamente, son para nosotros ocasion de mérito, léjos de ser pecado. Esto es lo que debe consolar á muchas almas afligidas de malos pensamientos. Bienaventurado, dice Santiago ³, el que sufre la tentacion; porque cuando su virtud sea probada, recibirá la corona de la vida eterna, que Dios promete á los que le aman. Dios permite, dice el Sábio, que los mayores santos sean tentados y probados de todos modos para hacerlos dignos de su gloria: *Deus tentavit eos, et invenit illos dignos se* ⁴. De aquí es fácil concluir que debe distinguirse entre el pensamiento del mal y el deseo del mal: el simple pensamiento del mal no es pecado; pero siempre lo es el deseo del mal. Por esto san Pedro nos exhorta con tanta eficacia á abstenernos de los malos deseos: *Obsecro vos tamquam advenas et peregrinos abstinere vos à carnalibus desideriis, quæ militant adversus animam* ⁵.

P. ¿Cuándo interviene pecado en los malos pensamientos?

R. Por malo que sea un pensamiento, nunca es pecado, á menos que le acompañe la voluntad; porque, segun el gran principio de san Agustin ⁶, no hay pecado donde no hay voluntad: *Non nisi voluntate peccatur*. Pero la voluntad tácita, que se llama morosidad, basta para hacerle culpable mas ó menos, segun la naturaleza del objeto, y segun sea mas ó menos perfecto el consentimiento. Esto

¹ Serm. de Adv. n. 2. — ² Matth. xv, 19. — ³ Jacob. 1, 12. — ⁴ Sap. xli, 5. — ⁵ 1 Petr. ii, 11. — ⁶ Lib. I Retract. c. 13.

supuesto, se peca en los malos pensamientos: lo primero, cuando hay descuido en prevenirlos ó en desecharlos; lo segundo, el que se detiene en ellos con gusto sin consentirlos, peca todavía mas gravemente; lo tercero, cuando se consiente en ellos, aunque no haya voluntad de ejecutarlos; y entonces es pecado mortal. Pero para conocer mas bien si se ha consentido ó no á estos pensamientos es preciso, dice Silvio ¹, distinguir tres especies de movimientos de la concupiscencia. El primero, que es enteramente involuntario, porque previene el consentimiento de la voluntad. El segundo, que no es del todo voluntario, porque la voluntad resiste y rehusa consentir, pero no resiste enteramente, y el consentimiento que da solo es imperfecto. El tercero es enteramente voluntario, porque no falta advertencia, y léjos de resistir á él, se le da un pleno consentimiento. El primer movimiento, no siendo como no es voluntario, no es pecado. El segundo es pecado venial, y el tercero es pecado mortal: *Primus nullum est peccatum*, dice este teólogo, *secundus veniale*, *tertius mortale*. Es, pues, cosa cierta que, aunque no se cometa la accion mala, será pecado mortal si se consiente en el corazon: lo que parece evidente por estas palabras del Sábio: *Perversæ enim cogitationes separant à Deo... Abominatio Domini cogitationes malæ* ². Nada es capaz de separarnos de Dios, ni nada abomina sino el pecado mortal. Para no consentir en los malos pensamientos es menester cuidar mucho en no detenerse en ellos voluntariamente: *Conquega cor tuum in sanctitate* ³.

P. El que pecó contra el noveno precepto, ¿basta que diga en la confesion que tuvo malos pensamientos?

R. Hay muchos que se contentan con decir al confesor que han tenido malos pensamientos, sin explicarse mas; pero esto no basta para la integridad de la confesion: es preciso decir si se detuvieron en ellos voluntariamente, y si consintieron ó no. Entonces hay obligacion de declarar la especie de mal pensamiento, así como hay obligacion de decir la especie de impureza en que se incurrió, si el mal pensamiento consentido tuvo alguna consecuencia: por ejemplo, si incurrió en tocamientos deshonestos, ó en pecado de mollicie, del que dice san Pablo, que los que le cometan no entrarán en el reino de los cielos: *Neque molles... regnum Dei possidebunt*. Es preciso confesarlo. Á esto faltan muchos con pretexto de ignorancia; pero es muy difícil que la ignorancia los excuse, y que la luz natu-

¹ In 1, 2, q. 74, art. 8. — ² Sap. 1, 3; Prov. xv, 26. — ³ Eccli. xxx, 24.

ral ó sobrenatural no les dicte que lo que hacen es malo. Por otra parte, aun cuando solo tuviesen alguna duda, están obligados á preguntar y á confesarse; y sabrán que el caer voluntariamente en la molicie es un pecado mortal contra el derecho natural, como lo enseña santo Tomás ¹. Por lo cual vemos en la Escritura que Dios castigó con mucha severidad á Onan que cometia igual pecado: *Idcirco percussit eum Dominus, quia rem detestabilem faceret.*

P. ¿Es lícito desear la mujer del prójimo para casarse con ella si viniese á quedar viuda?

R. No por cierto: este deseo es un pecado. Las personas casadas no pueden poner su deseo ni afecto en otra parte sin contravenir al noveno mandamiento. La razon es, que fomentando semejantes deseos su corazon, se exponen á caer en adulterio ó en otra impureza, ó por lo menos á concebir aversion y desprecio á la persona con quien Dios les unió por el vínculo del matrimonio. Es una imprudencia muy culpable que las personas casadas digan á extraños ó extrañas: si yo estuviese viudo ó viuda, me casaria con vos. Jamás deben hablar de esta suerte ni en chanza ni en veras. Digo tambien que cuando un mozo ó una doncella están tratados de casar, no es permitido á otro solicitarlos á este fin, ni se puede sin ofensa de Dios disuadirles el contraer matrimonio con la persona á quien dieron palabra. Esta es la doctrina del catecismo del concilio de Trento, que añade no ser lícito desear el casarse con una persona consagrada á Dios, ó que entró en religion, ó que se sabe hizo voto de no casarse.

P. Una persona casta que tiene muchas veces sueños contra la pureza, ¿peca contra este mandamiento?

R. Es cierto que el demonio combate con especialidad á los buenos: *Hoc scitote, quia diabolus non persequitur nisi bonos*, dice san Agustin ², y que es autor de la mayor parte de los sueños que les acaecen durante la noche; pero no es menos cierto que su malicia, y los malos efectos que produce en nuestra imaginacion ó en nuestro cuerpo, jamás pueden sernos dañosos por sí mismos, con tal que no demos consentimiento á ellos ³. Y así puede decirse á estas almas puras lo que el profeta Jeremías decia á los judíos: *Ne attendatis ad somnia vestra, quæ vos somniatis* ⁴. Este es tambien el sentir de santo Tomás ⁵, que refiere un ejemplo de las Conferencias de Casiano, donde se dice que un solitario mozo, que por su humildad y vigi-

¹ 2, 2, q. 154, art. 11. — ² Serm. LXXXV de Temp. — ³ Id. de Gen. ad lit. l. 12, n. 30. — ⁴ Jerem. xxix, 8. — ⁵ 2, 2, q. 152, art. 5.

lancia adquirió en alto grado la virtud de la castidad , padecía sin embargo sueños impuros, especialmente cuando se preparaba para la comunión ; y que habiendo consultado á sus superiores, reconocieron aquellos sábios viejos que estos accidentes provenian de la malicia del demonio, y le aconsejaron que se acercase sin temor á la santa mesa ¹. Habiéndolo así ejecutado, descubrió la malicia del seductor de las almas, y estos malos efectos cesaron por la virtud de la sagrada Eucaristía.

Pero el que se haya entretenido durante el dia en cosas contrarias á la pureza, y antes del sueño no se arrepintió sinceramente, no hay duda que entonces será culpable ; porque el que quiere la causa, se presume también que quiere el efecto que produce, como confiesan todos los teólogos. Pero puede suceder que estos malos sueños provengan de una causa inocente, aunque voluntaria ; por ejemplo, si un médico ó confesor que han leído algunos libros para instruirse en la curacion del alma ó del cuerpo del prójimo, tienen algunos sueños sobre las cosas que leyeron de dia, estos sueños, ó las impurezas corporales que entonces pueden sobrevenirles, no se les deben imputar á pecado, porque la causa no es culpable. Sin embargo, es preciso que se armen con la oracion contra estas ilusiones nocturnas, como nos lo advierte la Iglesia en el himno de las Completas :

Procul recedant somnia,
Et noctium phantasmata,
Hostemque nostrum comprime
Ne polluantur corpora.

P. ¿ Qué remedios pueden proponerse á las almas virtuosas que se quejan de ser continuamente atormentadas de malos pensamientos ?

R. Es preciso advertirles : lo primero, que la vida presente es una tentacion continua ; que en cualquier lugar donde nos hallemos, y de cualquier modo que vivamos, siempre estaremos expuestos á mil pensamientos importunos, que nacen del antiguo pecado que heredamos de Adán. Por mas cuidado que pongamos en ahuyentarlos, siempre renacen y se suceden unos á otros, porque proceden de una concupiscencia rebelde y fecunda, que los produce sin cesar. Unas veces son pensamientos de impureza ó gula, otras de en-

¹ Cassian. Confer. XXII, c. 6.

vidia ó venganza, otras contra Dios y contra la religion; pero no os turbeis, hermanos, en semejantes tentaciones que afligen vuestro espíritu, y en las que no tiene parte vuestro corazon: *Non timebis à timore nocturno, à sagitta volante in die, à negotio perambulante in tenebris, ab incursu, et daemonio meridiano*¹. Este es consejo que da san Juan Climaco².

Lo segundo, el medio mas seguro para desechar estas tentaciones importunas, de que ordinariamente es autor el demonio, es despreciarlas y burlarse de este dragon infernal que el Hijo de Dios apriisionó y venció: *Attingit diabolum Christus spiritualibus vinculis*³, dice san Agustin. Es semejante á un perro encadenado, que puede ladrar, pero no puede morder sino á los que se acercan y quieren ser mordidos: *Latrare potest, sollicitare potest, mordere omnino non potest, nisi volentem*.

Lo tercero, que debemos ser fieles en la práctica de nuestras obligaciones, poniendo en Dios nuestra confianza, que no permitirá que seamos tentados sobre nuestras fuerzas, y hará que la tentacion nos sea provechosa: *Fidelis autem Deus est, qui non patietur vos tentari supra id, quod potestis, sed faciet etiam cum tentatione proventum, ut possitis sustinere*⁴. A todos estos avisos es preciso añadir el de la mortificacion de los sentidos, la frecuencia de la oracion, el continuo trabajo, la memoria de la muerte y de nuestro último fin, la devocion á la santísima Virgen, y sobre todo á la pasion de Jesucristo. En las vidas de los Padres del desierto⁵ se refiere de la santa abadesa Sara que, habiendo sido tentada fuertemente por el demonio por espacio de trece años, nunca pidió á Dios la librase de este trabajo, sino que le diese fuerzas para tolerarle. Un dia que la tentacion fue mas violenta, y en que el enemigo comun la representó todos los halagos y vanidades del siglo, se arrojó á los piés de un Crucifijo, y oró con tanto fervor, que el demonio exclamó: Sara, tú me has vencido. No te he vencido, respondió la Santa, sino Jesucristo mi Salvador.

P. ¿Qué es lo que Dios nos ordena en el noveno mandamiento?

R. Nos ordena reprimir los ardores de la concupiscencia, resistir á sus movimientos desordenados, y vivir castamente cada uno segun su estado. Hay castidad de vírgenes, de viudas y de casados. La castidad de las vírgenes consiste en vivir en una continencia perpétua sin casarse, y este es el grado de castidad mas perfecto, que

¹ Psalm. xc, 5, 6. — ² Scala, gr. 28. — ³ In Psalm. lxxiii. — ⁴ I Cor. x, 13. — ⁵ Pelag. Diac. in Vita Patr.

hace en cierto modo al hombre semejante á los Ángeles , y le pone en estado de seguir mas de cerca al Cordero sin mancha , como dice san Juan ¹. « ¡ Oh , cuán hermosa es la generacion casta unida « con el resplandor de la virtud , exclama el Sábio ² ! Su memoria « es inmortal y honrada delante de Dios y de los hombres. » La castidad de las viudas sigue á la de las vírgenes , y consiste en guardar continencia durante su viudez. Vemos en la Escritura , que las viudas que no intentan pasar á segundas nupcias son alabadas de Dios y de los hombres. Cuando la casta Judit cortó la cabeza á Holofernes , y por este medio libertó á Betulia de la opresion en que se hallaba , se dice que el sumo pontifice Joaquin vino de Jerusalem á Betulia , acompañado de todos sus sacerdotes , para ver á esta santa viuda , á quien dieron mil bendiciones. « Vos sois , la decian , « la gloria de Jerusalem , la alegría de Israel : vos habeis hecho una « accion muy gloriosa , porque habeis amado la castidad permaneciendo viuda ³. » *Eo quod castitatem amaveris , et post virum tuum alterum nascieris*. Finalmente , la castidad de los casados consiste en vivir santamente en el matrimonio , con una intencion pura , y segun Dios , sin dejarse dominar de la concupiscencia , y siguiendo las reglas que les prescribe san Pablo : *Ut sciat unusquisque vestrum vas suum possidere in sanctificatione* ⁴. Debe cada uno vivir en la castidad que conviene al estado á que Dios le llamó ; porque , hermanos , no os engañeis , los que se abandonan á los pecados contrarios á la pureza , no poseerán el reino de Dios. Pedísela con fervor ; porque , como dice el Sábio ⁵ , nadie puede ser casto , si Dios no le concede el don de la continencia. Si la pedís sinceramente , no os la negará. Decidle con san Agustin : *Continentiam jubes ; da quod jubes , et jube quod vis* ⁶.

¹ Apoc. xiv , 4. — ² Sap. iv , 1. — ³ Judith , xv , 11. — ⁴ I Thes. iv , 4. —

⁵ Sap. viii , 21. — ⁶ Lib. X Confes. c. 29.

CONFERENCIA VIGÉSIMASEGUNDA.

SOBRE EL DÉCIMO MANDAMIENTO.

De los pleitos.

Non concupisces domum proximi tui... nec omnia quæ illius sunt. (Exod. xx).

No desearás las cosas de tu prójimo, ni otra cosa alguna que le pertenezca.

Por el séptimo precepto se nos prohíbe tomar ó retener injustamente los bienes del prójimo ; y en este se nos veda tambien el desearlos con daño suyo. Decimos con daño suyo, porque no se prohíbe desear lo ajeno para adquirirlo por medios legítimos, y sin causarle perjuicio. Los contratos de venta y compra se fundan en este deseo lícito, porque el que se determina á comprar una casa ó una tierra, es porque esta casa ó esta tierra le agradan, y desea tenerlas. Solo pecan contra este mandamiento los que envidian los bienes ajenos y los desean injustamente ; como los mercaderes que desean la falta ó carestía de víveres y géneros con el fin de enriquecerse ; los oficiales y soldados que desean la guerra para saquear impunemente ; los médicos que desean que haya enfermedades para tener mas ganancia ; los hijos ingratos que desean la muerte de sus padres para gozar de sus bienes, y los ministros de justicia que desean y fomentan los pleitos. De estos hablaremos hoy, habiendo explicado suficientemente lo demás que pertenece al séptimo mandamiento.

Desearia que se pudiese decir de esta parroquia lo que un grande obispo del siglo V decia de sí mismo y de su clero ¹. Despues de veinte y cinco años que soy obispo, decia Teodoreto, he procurado arreglar mi vida de tal suerte, que no he tenido ningun pleito. Del mismo modo se han portado mis eclesiásticos ; y no conozco ninguno que frecuentase el foro ni los tribunales seculares. Pluguiese á Dios que todos estuviésemos en la misma disposicion en

¹ Epist. LXXXI, 1.

que estaban los de aquellos primeros siglos. Las familias cristianas estarían mucho mas adelantadas en lo espiritual y temporal; pero ya que los pleitos son en el día tan comunes, examinemos en esta conferencia si es lícito litigar, la conducta que deben observar los que se ven obligados á ello, y las injusticias que se cometen en los pleitos.

P. ¿Qué cosa es pleito? ¿Es lícito alguna vez litigar?

R. Se puede decir que un pleito es una instancia hecha en justicia contra el prójimo, para recobrar alguna cosa, ó para resarcir algun daño que se cree haber recibido en los bienes ó en la honra. Decimos que es una instancia hecha en justicia: para explicar esto sería preciso saber todas las cavilaciones y trampas judiciales; pero sin explicarlas basta decir que es una instancia muchas veces interminable, ya por la tenacidad de las partes que van de un tribunal á otro, ó ya por la mala fe de los ministros de justicia, que muchas veces prolongan las causas que podrían concluirse con brevedad. Por esto decía un sábio cardenal, que un pleito era un laberinto donde se pierde con frecuencia el mas claro derecho entre los rodeos infinitos de las fórmulas judiciales; de suerte que el que comienza un pleito se debe imaginar á la entrada de un laberinto, donde mas se pierde al paso que mas se adelanta, y cuantos mas caminos busca para salir, menos encuentra. Pero ¿contra quién es este pleito y esta disputa que quiere concluirse por los términos judiciales? Contra el prójimo, á quien debe amarse como á sí mismo. El hermano litiga contra el hermano; y ¿por qué? Por cosas puramente temporales. Un cristiano, á quien Dios promete el reino de los cielos, se divierte en litigar por frioleras y cosas de poca importancia: *Contendit christianus pro rebus terrenis cui promissum est regnum cælorum*¹, dice san Agustin.

Pero ¿es lícito pleitear? Aunque sea muy difícil hacerlo sin ofensa de Dios, no se puede decir que nunca es lícito, pues si fuese cierto que todo género de pleitos son malos y que nunca son permitidos, se seguiría de aquí, dice santo Tomás², que no debieran haberse establecido jueces para terminar las diferencias, pues era dar á los fieles ocasion de litigar. No puede tampoco afirmarse esta proposición sin condenar á Moisés, el primero y el mas sábio de todos los legisladores. ¿No estableció este gran Profeta³ jueces en las doce tribus de Israel? ¿No les señaló las reglas que debían seguir para

¹ In Psalm. LXXX. — ² 2, 2, q. 60, art. 2. — ³ Deut. i.

pronunciar sentencias equitativas; añadiendo que, en los casos en que no se creyesen con suficiente luz para terminar las discordias que acaeciesen entre los particulares, acudiesen á él para saber lo que debían hacer? Finalmente, no se pueden condenar sin distincion todos los pleitos, sin reprobar la práctica universal de todas las naciones. Y ¿hay cosa mejor establecida que esta política que, como advierte santo Tomás ¹, se dirige á cortar las injusticias, á castigar la insolencia de los malos, á conservar y mantener la paz y el buen orden y la religion de un Estado? De aquí debe concluirse, que los pleitos no son malos en sí mismos, sino solo por los abusos que en ellos se cometen.

P. Jesucristo dice en el Evangelio ²: Si alguno quiere quitarse la capa, dadle hasta la túnica; y san Pablo reprende á los corintios ³, de que pecan litigando los unos contra los otros. Estas autoridades ¿no prueban que el litigar es absolutamente prohibido á los cristianos?

R. Los pasajes que citais prueban bien que el litigar es una cosa odiosa, como dice san Juan Crisóstomo: *Litigare est odiosum*; pero no prueban que todos los pleitos sean malos. Cuando Jesucristo dijo: Si alguno quiere litigar con vosotros, y quitaros la capa, dadle tambien la túnica; nos prescribe, segun los intérpretes, un precepto que se debe practicar en la preparacion del corazon, y no siempre á la letra; así como no hay obligacion á la letra de presentar la otra mejilla al que nos da una bofetada. Y así, esto solo significa que debemos vivir con tal desapego de los bienes de este mundo, que debemos estar dispuestos á perderlos antes que exponernos litigando á vulnerar la caridad, la verdad y la justicia.

Estas palabras de san Pablo: *Jam quidem omnino delictum est in vobis, quod judicia habetis inter vos* ⁴, nos enseñan que los hombres por lo comun hacen mal en litigar, porque los pleitos nacen ordinariamente de mal principio. De aquí es que añade el Apóstol: ¿Por qué no sufrís mas bien que os hagan daño, y que os quiten vuestros bienes? Mas vale padecer todo esto, que pleitear, porque rara vez carece de pecado. Así explica san Agustín este pasaje. San Pablo, dice, condena los pleitos, y solo los tolera por la flaqueza de los fieles, y con la condicion de que no litiguen ante los gentiles.

Todo lo que debe concluirse de estas autoridades es, que hay mucho peligro en litigar. Por lo cual el Apóstol dice expresamente

¹ 2, 2, q. 108, a. 1. — ² Math. v, 40. — ³ 1 Cor. vi, 7. — ⁴ Ibid.

á su discípulo Timoteo, que un siervo de Dios no puede litigar: *Servum Dei non oportet litigare*; pero no se debe concluir que todos los pleitos sean malos. Hay tambien casos en que pueden ser meritorios, si obliga á seguirlos la necesidad ó la caridad.

P. ¿Qué debe hacer, y cómo debe conducirse el que se ve obligado á pleitear?

R. Hemos dicho que hay algunos pleitos necesarios. Por ejemplo, uno quiere quitarme mis bienes, y yo me veo precisado á defenderlos contra él en justicia. Tambien los hay de caridad. Si á una viuda, á un huérfano, á una iglesia ú hospital se le quiere quitar alguna cosa, es justo defenderlos y pleitear; pero sea con estas condiciones:

Lo primero, sin animosidad, para que podais decir todos los dias lo que Jesucristo nos enseñó en la Oracion-dominical: «Perdónanos nuestras ofensas, así como nosotros perdonamos á los que nos han ofendido.» Porque si es la caridad la que nos obliga á comenzar el pleito, es preciso hacer ver que la caridad es la que nos conduce: *Cum à charitate nascuntur, charitatem probat*, dice san Agustin ¹.

Lo segundo, sin engaños. No hay en la justicia mas que un camino que guie á la vida, y por poco que se aparte de él, dice el Sábio, se toma un camino que conduce á la muerte: *In semita justitiae, vita: iter autem devium ducit ad mortem* ². Aun cuando una causa sea buena, no es lícito hacerla mejor con la mas mínima trampa, aunque sea una mentira leve. A vista de esto, ¿qué diremos de tantos falsos testimonios, falsificaciones de escrituras, antidatas, hechos supuestos, sustracciones de piezas, y tantas otras maldades que se cometen en el foro? Pero el engaño es de poca consecuencia. No importa; en la justicia no hay mas que un camino: este es recto, pero estrecho; y el que se aparte de él, aunque sea poco, tomará el que conduce á la muerte: *Iter autem devium ducit ad mortem*.

Lo tercero, sin crueldad con los contrarios. No tengais litigios, decia san Agustin ³ á unas personas religiosas que vivian bajo de su conducta; ó si los teneis, concluidlos cuanto antes: *Lites aut nullas habeatis, aut quam celerrime finiatis*. No os será difícil seguir este consejo, si cerrais los oidos á esos litigantes de profesion, que no quieren rendirse á ningun convenio, ó que habiendo obtenido una sentencia á favor de su crédito ó de su dinero, se persuaden poder en conciencia ejecutarla con todo rigor, y perseguir inhumanamen-

¹ Epist. LXXVII. — ² Prov. xii, 28. — ³ Aug. loc. cit.

te á sus contrarios, sin darles ninguna espera, apoderándose de sus bienes, y dejándolos en un estado miserable, á ejemplo de aquel siervo bárbaro de que habla el Evangelio ¹, que no quiso tener compasión de su compañero.

P. ¿Cuáles son las causas ordinarias que producen los pleitos?

R. Muchas. La primera, la ignorancia ó malicia de los escribanos: sus escrituras son otras tantas sentencias definitivas que nadie se atreve á reformar, ni aun los jueces mismos. Este es el origen de infinitos pleitos. Omiten en un testamento, en un contrato de matrimonio, etc., alguna cláusula esencial, ó usan de palabras equívocas: otorgan instrumentos de los que no son capaces de contratar, de un hombre medio borracho, de un moribundo, á quien se hace decir todo lo que se quiere, de una mujer obligada por las amenazas y por el temor de su marido: no explican á las partes antes de firmar las cosas á que se obligan: sacan copias de un contrato que no conviene con su original, etc. Todo esto da motivo á muchos pleitos.

La segunda causa de las discordias que vemos entre los cristianos es la avaricia y la mala fe de los ministros de justicia, que buscan y fomentan los pleitos que hacen á todo género de causas, y las prolongan para enriquecerse á costa de las partes. Estas gentes esquilan á los litigantes como ovejas, y los despluman como á capones, decia en otro tiempo san Francisco de Sales. Bien sé que hay algunos buenos entre los ministros de justicia: no condeno á nadie en particular, y solo hablo de los que abusan de su profesion. Estos se me figuran á aquella especie de hombres de que habla el Sábio ², cuyos dientes son tan cortantes como espadas: *Generatio, quæ pro dentibus gladios habet*: hombres codiciosos é interesados, que despedazan y devoran á los miserables que se acercan á ellos: *et comandit molaribus suis, ut comedat inopes de terra, et pauperes ex hominibus*; y como dice en el verso siguiente, son como las dos hijas de la sanguijuela, que siempre gritan, dame, dame: *Sanguisugæ duæ sunt filiæ, dicentes: Affer, affer*. Nunca se les puede contentar: es preciso dar dinero á ellos, y regalar á sus mujeres, el que quiera ser bien despachado; y como si nada hubieran hecho, siempre les dice *affer, affer*. Estas sanguijuelas no se despegan hasta que están llenas de la sangre de los litigantes:

Non missura cutem nisi plena cruoris hirudo ³.

¹ Matth. xviii. — ² Prov. xxx, 14. — ³ Horat. Art. poet.

La tercera causa es los ánimos inquietos y enredadores, que no faltan en todos los pueblos, los cuales tienen su mayor gusto en que haya pleitos y disturbios. Tales son los que se emplean en comisiones y compran á otros sus papeles, y la accion que puedan tener á alguna cosa. Estas pestes públicas destruyen y aniquilan las familias. Guardaos bien de tratarlos ni consultarlos, porque son capaces de enredarlo todo : *Homo perversus suscitatur lites* ¹.

Finalmente, las mismas partes son muchas veces causa de sus pleitos : *Unde bella et lites in vobis?* decia Santiago ²; *nonne hinc? ex concupiscentiis vestris, quæ militant in membris vestris?* ¿De dónde proceden entre vosotros las discordias y los pleitos sino de vuestras pasiones desordenadas? El rico quiere apoderarse de los bienes del pobre, como Acab de las viñas de Nabot : *Pascua divitum sunt pauperes* ³ : vuestra pertinacia es causa de que no deis oídos á nadie : vuestra soberbia no os permite tratar de convenio con el prójimo. Él se arrepentirá, decia, él llevará toda la carga y se morderá los dedos, aunque me cueste vender la camisa. Veis aquí hasta dónde os lleva la pasión. A estas causas se añade á veces la negligencia. El descuido de no recoger carta de pago de una deuda satisfecha, el dejar los papeles en manos de escribanos y procuradores, el no tener un comerciante sus libros en buen estado y sus negocios corrientes, etc., todo esto contribuye no poco á que se susciten pleitos.

P. ¿No tienen tambien los pleitos por lo comun malas resultas, que nos deben mover á evitarlos?

R. No hay duda que las resultas de los pleitos suelen ser muy desgraciadas, sacrificándose al mismo tiempo lo espiritual y temporal.

Respecto de lo temporal, digo lo primero, que exponeis vuestra honra á ser despedazada por abogados hábiles en calumniar y declamar contra las partes contrarias. Por esto, si sois prudentes, no sigais nunca pleito sobre injurias : los ministros de justicia no harán mas que reirse y burlarse de vosotros : *Omnis injuriæ proximi ne memineris, et nihil agas in operibus injuriæ* ⁴. Este es el consejo que nos da el Eclesiástico. Lo segundo, se pierde el tiempo que podria emplearse con mucha mas utilidad. Es preciso visitar á los jueces, importunar á los amigos, dejar los negocios mas urgentes para dedicarse al pleito; en una palabra, es una molestia que ocupa dia y noche, y una distraccion continua. Lo tercero, se sacrifica el re-

¹ Prov. xvi, 28. — ² Jacob. iv, 4. — ³ Eccli. xiii, 23. — ⁴ Eccli. x, 6.

peso y la salud. Un pleito es un despertador que turba é impide el sueño. No se piensa mas que en si se perderá ó se ganará. El procurador pide dinero ; y si no lo hay, ¡qué inquietud! y si se pierde el pleito, ¡qué desconuelo en la familia! Ha habido muchos que murieron de pesadumbre por haber perdido un pleito. Lo cuarto, se gastan los bienes mas floridos, y basta un mal litigio para reducir una familia á pedir limosna. Aun cuando se gane, los gastos suelen importar mas de lo que se saca en limpio ; por lo que es proverbio comun, que en materia de pleitos el que gana pierde : solo se enriquecen los ministros de justicia ; testigo aquel abogado que, habiendo hecho una casa magnífica, mandó poner esta inscripcion :

Los pertinaces y cabezas vanas,
Son los que han fabricado estas ventanas.

Respecto de lo espiritual, las consecuencias de un pleito son todavía mas peligrosas. ¡Cuántos se han condenado por las culpas que se originan de los pleitos! De aquí nace el olvido de Dios y de la salvacion. Un pleitista ocupado en inventar enredos, en nada menos piensa que en servir á Dios. Si va á oír misa, al instante le viene á la memoria su pleito. Si encuentra á su adversario, no puede verle ni hablarle ; y solo reina entre ellos la envidia, la discordia, la murmuracion y el odio ; porque, como decia san Francisco de Sales, en una libra de pleito no se halla una onza de caridad. Absteneos, pues, de litigar, y evitaréis muchos pecados: *Abstine te à litigare, et minues peccata* ¹. Advertid que la Escritura no dice que evitaréis el pecado, sino los pecados ; porque los pecados que se originan de los pleitos son innumerables. Ved aquí lo que os debe mover á abstenerlos.

R. ¿Pecan los litigantes que apelan de una sentencia justa y equitativa para eludir y suspender su ejecucion? Y ¿pecarán tambien si rehusan el ajuste que les propongan sus contrarios?

R. A la primera pregunta respondo, que es lícito apelar de una sentencia, cuando se crea que no es justa ; pero si lo es, no se puede apelar de ella, para molestar á la otra parte, ó impedir que se ejecute. Esta decision es de san Bernardo ²: *Appellare inique, dicitur el Santo, iniquum est... iniqua omnis appellatio: etiam quoniam justitia non cogit iniqua. Appellare non iniquitas, sed iniquitas liciti*. Lo mismo enseña santo Tomás ³.

¹ Eccli. xxviii, 10. — ² Lib. IV de Consid. c. 14. — ³ 2, 2, q. 60, art. 3.

A la segunda pregunta digo con san Ambrosio ¹, que un cristiano no debe aflojar y perder algo de su derecho antes de pleitear, y lo prueba con muchas razones. La primera, que muchas veces se gana mas por un ajuste que ganando el pleito; porque el litigar es muy costoso. La segunda, que es casi imposible litigar sin violar las reglas de la caridad. Estas razones movieron á los concilios de Cartago, de Agde y Trieste para ordenar en sus cánones, que no se admitiesen las ofrendas que presentasen á la Iglesia los litigantes pertinaces que rehusasen tratar de convenio. De donde se infiere, que un pleiteante que desprecie el ajuste razonable que le propone su adversario, no está seguro en conciencia, ni es digno de absolucion. Decimos un ajuste razonable; pues si este fuese perjudicial, no está obligado á admitirlo, y puede continuar el pleito sin ofensa de la caridad: *Ex charitate vero, sua in iudicio repetere licitum est*, dice santo Tomás ².

P. ¿Cuáles son las prendas que deben tener los jueces, abogados y procuradores, y cómo deben portarse en los pleitos?

R. La ciencia, la integridad y el desinterés son las principales cualidades de un juez. Debe estar instruido de las leyes, ordenanzas y reglamentos concernientes á las funciones de su cargo; pues está obligado á dirigir por ellas sus decisiones: *Bonus iudex nihil ex arbitrio suo faciat*, dice san Ambrosio ³, *sed iuxta leges, et jura promulgiat*. Debe ser íntegro, amando la justicia y sosteniendo el buen derecho con firmeza y sin aceptacion de personas: *Diligite justitiam, qui judicatis terram* ⁴. Debe ser desinteresado, escuchando al pobre como al rico, y no recibir regalos de aquellos cuyos negocios penden de su mano: *Munera de sinu impius accipit, ut pervertat sententia judicis* ⁵.

De aquí es fácil concluir que un juez peca gravemente, y está obligado á la restitution cuando por ignorancia, por odio contra el prójimo, ó por pasion á alguna de las partes, ha sentenciado contra las leyes, ha contribuido á que se enreden los pleitos, ha favorecido á unos á costa de otros, ó ha sido causa de algun daño injusto, de cualquier modo que sea: *Non facies quod iniquum est, nec injuste judicabis: non consideres personam pauperis, nec honores vultum potentis: juste judica proximo tuo* ⁶.

I. Las cualidades y obligaciones de los abogados y procuradores son las mismas con poca diferencia. Deben estar instruidos su-

¹ Lib. de Offic. — ² Loc. cit. — ³ In Psalm. cxviii, serm. XX.

⁴ Sep. 1, 1. — ⁵ Prov. xvii, 23. — ⁶ Levk. xix, 25.

ficientemente en las leyes, versados en la práctica judicial, y de una probidad conocida: *Infames non possunt esse procuratores, vel patroni causarum* ¹, dice el derecho. Esta probidad exige que guarden secreto á las partes. Si tienen correspondencia tácita ó expresa con la parte contraria ó con su procurador, pecan contra el derecho natural, y están obligados por esta infidelidad á resarcir todo el daño que causen. Por la misma razon se prohíbe á un abogado aconsejar á las dos partes, pues viola las reglas de la equidad, dando á ambas dictámenes favorables, que por consecuencia se contradicen.

II. No deben encargarse indiferentemente de todo género de causas, pues solo deben patrocinar con su ministerio la justicia y la verdad. El abogado y el procurador pecan gravemente contra la justicia, si toman la defensa de un pleito injusto, ó son causa de que le pierda el que tiene razon. Así lo dice santo Tomás ², y añade, que si en el curso del pleito descubren que la parte que defienden carece de derecho, están obligados á advertírselo, y aconsejarla que desista de la demanda.

III. Un abogado que está bien instruido de la causa, debe defenderla con claridad, con sinceridad y prudencia, sin fraudes ni disimulaciones, y sin hacer gastar á la parte en escrituras ni diligencias inútiles.

IV. Finalmente, los abogados y procuradores deben ser desinteresados, contentándose con sus derechos legítimos: *Contenti estote stipendiis vestris* ³. Les está prohibido estipular por su trabajo una parte de la cosa que se litiga, comprar derechos litigiosos, tener parte directa ni indirecta en los pleitos en que intervienen por sus oficios. Su desinterés debe moverlos, dice santo Tomás ⁴, á tomar de buen corazon, y aun gratuitamente, la defensa del pobre, de la viuda y del huérfano. No diremos mas acerca de sus obligaciones, y solo les rogamos que las desempeñen como deben, sosteniendo con celo el honor de su profesion, que será útil al público siempre que la ejerzan cristianamente.

Por lo que hace á vosotros, hermanos, que habeis oido cuán peligroso es tener pleitos, os amonesto que los eviteis. *Ne litis horror insonet*. Esta es la oracion que la Iglesia hace por todos. Nada desea tanto como la concordia entre sus hijos, y la extirpacion de los pleitos: *Extingue flammam litium*. Desterrad, ¡oh Dios mio! los pleitos de esta parroquia; y si hay todavía algunos, ponedlos en manos de

¹ Caus. 3, q. 7, c. 2. — ² 2, 2, q. 71, a. 3. — ³ Luc. III, 14. — ⁴ Loc. cit.

árbitros sábios y prudentes ; pero especialmente acudid á vuestros pastores , á ejemplo de los primeros fieles ; y aunque os parezcan menos hábiles que los ministros de justicia , no temo asegurar que son mas á propósito que ellos para terminar vuestras diferencias : *Sæcularia igitur judicia si habueritis contemptibiles , qui sunt in Ecclesia , hos constituite ad judicandum*. Tened por vuestra parte un espíritu pacífico. Si vuestro vecino os acomete , responded como Abraham á su sobrino Lot : Nosotros somos parientes , vecinos y amigos , y no debemos reñir por cosa alguna de este mundo : *Ne quæso sit jurgium inter me et te... fratres enim sumus*. Abrazad , hermanos , estos avisos : evitaréis los infinitos males que acompañan los pleitos , y tendréis mas lugar para trabajar con mas cuidado en el gran negocio de vuestra salvacion.

FIN DEL TOMO CUARTO.

Digitized by Google

ÍNDICE

DE LAS PLÁTICAS CONTENIDAS EN ESTE CUARTO TOMO.

	PÁG.
Plática primera. Sobre el Credo, la fe y la obligacion que tenemos de profesarla públicamente.	5
Plática segunda. Sobre estas palabras: Cree en Dios Padre todopoderoso.— De Dios, de la trinidad de personas en Dios, y de sus infinitas perfecciones.	17
Plática tercera. Sobre estas palabras: Criador del cielo y de la tierra.— De la creacion del mundo y de los Angeles.	27
Plática cuarta. Sobre la creacion del hombre.	37
Plática quinta. Sobre la caída de Adán, y el pecado original.	46
Plática sexta. Sobre la necesidad de un Redentor.	53
Plática séptima. Sobre el misterio de la Encarnacion.	61
Plática octava. Sobre el nacimiento de Jesucristo.	68
Plática nona. Sobre la vida de Jesucristo.	75
Plática décima. Sobre la pasion de Jesucristo.	83
Plática undécima. Sobre la muerte de Jesucristo.	93
Plática duodécima. Sobre la resurreccion de Jesucristo.	100
Plática décimatercia. Ascension de Jesucristo al cielo, su segunda venida á la tierra, y el juicio final.	108
Plática décimacuarta. Venida del Espíritu Santo sobre los Apóstoles, establecimiento de la religion cristiana.	117
Plática décimaquinta. De la Iglesia, sus privilegios, y señales ó caracteres que la distinguen de todas las sectas que falsamente se atribuyen el nombre de Iglesia.	126
Pláticas sobre los Sacramentos.—Plática primera sobre los Sacramentos en general.	139
Plática segunda. Del Bautismo.	148
Plática tercera. Sobre la Confirmacion.	162
Plática cuarta. De la Eucaristia. — Promesa é institucion de este Sacramento, presencia real y transustanciacion.	171
Plática quinta. Sobre la Comunión.	182
Plática sexta. Adoracion de Jesucristo en el santísimo Sacramento del altar.	192
Plática séptima. Sobre el santo sacrificio de la misa.	202
Plática octava. Sobre el sacramento de la Penitencia. — De la contricion.	211
Plática nona. Sobre la confesion, y el exámen de conciencia.	220
Plática décima. Sobre la satisfaccion del penitente, y la absolucion del sacerdote.	230
Plática undécima. Sobre las indulgencias.	241

Plática duodécima. Sobre la Extremauncion.	250
Plática décimatercia. Del sacramento del Orden.	258
Plática décimacuarta. Sobre el Matrimonio.	266
Conferencia primera. Sobre el Decálogo y los mandamientos en general.	278
Conferencia segunda. Sobre el primer mandamiento.	286
Conferencia tercera. Sobre el culto que da la Iglesia á los Santos, á las reliquias y á las imágenes.	294
Conferencia cuarta. Sobre los pecados que se oponen al primer mandamiento, y en particular sobre la supersticion y la divinacion.	304
Conferencia quinta. Sobre el segundo mandamiento.—De los votos.	313
Conferencia sexta. Segundo mandamiento.—Sobre el juramento y la blasfemia.	322
Conferencia séptima. Sobre el tercer mandamiento.	331
Conferencia octava. Sobre el cuarto mandamiento.—Obligaciones de los amos y criados.	341
Conferencia nona. Sobre el quinto mandamiento.—Del homicidio.	353
Conferencia décima. Sobre el odio y las enemistades.	363
Conferencia undécima. Sobre el sexto mandamiento.—Del vicio de la impureza.	372
Conferencia duodécima. Sobre la gula y embriaguez.	381
Conferencia décimatercia. Sobre los bailes, comedias y máscaras.	391
Conferencia décimacuarta. Del juego.	400
Conferencia décimaquinta. Sobre el séptimo mandamiento.—Del hurto.	409
Conferencia décimasexta. Sobre el comercio.	420
Conferencia décimaséptima. Sobre la usura.	430
Conferencia décimoctava. Sobre la restitucion.	439
Conferencia décimanona. De la limosna.	446
Conferencia vigésima. Sobre el octavo mandamiento.—Del falso testimonio y la mentira.	456
Conferencia vigésimaprimera. Sobre el nono mandamiento.—De los malos pensamiento y malos deseos.	464
Conferencia vigésimasegunda. Sobre el décimo mandamiento.—De los pleitos.	472

FIN DEL ÍNDICE DEL TOMO CUARTO.